

VISIONES DE LA REVOLUCIÓN CUBANA DESDE LA PRENSA COLOMBIANA.
DE BATISTA A LA CRISIS DE LOS MISILES.
1952-1962

Monografía de grado
para optar por el título de Historiador

Nicolás Escobar Parra

Asesora
Marta Ospina Echeverri
Profesora
Departamento de Historia
Universidad de Antioquia

Departamento de Historia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Universidad de Antioquia
2013

AGRADECIMIENTOS

Incontables fueron las personas y diversas las instituciones que de una u otra forma contribuyeron a que este trabajo fuera una realidad. En primer lugar, quiero agradecer el inmenso apoyo, los miles de aportes y la infinita confianza que a lo largo de este proceso me brindó la profesora Marta Ospina Echeverri como asesora de la monografía. A mis padres, Abel y Ángela, debo manifestarles también mi profundo agradecimiento por sus esfuerzos, su acompañamiento y su paciencia no sólo durante la elaboración de este trabajo, sino también durante los años precedentes. Igualmente, debo mencionar a Natalia y a aquellos familiares y amigos que con su comprensión, con su aliento y hasta con sus chanzas siempre me acompañaron en esta labor. Y no puedo dejar a un lado mi gratitud con el Departamento de Historia de la Universidad de Antioquia y con los diversos docentes que a lo largo de estos años aportaron su granito de arena para con mi formación como historiador.

Creo pertinente también mencionar mi agradecimiento hacia el personal de las diversas bibliotecas a las cuales recurrí en búsqueda de información. Tales instituciones son: la Biblioteca Central de la Universidad de Antioquia, la Biblioteca Pública Piloto, la Biblioteca Nacional de Colombia, la Biblioteca Luis Echavarría Villegas, la Biblioteca Luis Ángel Arango y la Biblioteca Nacional de Cuba José Martí. El aporte y la ayuda de quienes laboran en estos establecimientos fueron invaluableles.

Quiero asimismo manifestar que me encantaría mencionar uno por uno los nombres de todas aquellas personas con las cuales tengo un sentimiento de gratitud, pero la extensión de una lista semejante sería enorme. A todos, gracias por haberme permitido que este sueño sea hoy una grata realidad.

CONTENIDO

	Página
Índice de figuras	v
Resumen	ix
Abstract	ix
INTRODUCCIÓN	2
1. BIPARTIDISMO Y GOLPE DE ESTADO: 1952	11
1.1. Batista se toma el poder en Cuba	11
1.2. La guerra fría y América Latina a principios de los años cincuenta	12
1.3. Colombia c. 1952	20
1.4. El golpe de Batista y la prensa colombiana	36
2. DICTADURAS <i>VERSUS</i> DEMOCRACIAS: 1953-1958	60
2.1. El régimen de Batista y la prerrevolución cubana	60
2.2. El mundo y América Latina a finales de los años cincuenta	73
2.3. Política y prensa en Colombia entre 1953 y 1958	80
2.3.1. <i>Dictadura y transición semidemocrática</i>	80
2.3.2. <i>De las censuras a la Gran Prensa</i>	93
2.4. El <i>batistato</i> y la lucha prerrevolucionaria en Cuba vistos desde la prensa colombiana	102
2.4.1. <i>Apaciguamiento del bipartidismo durante el incipiente batistato</i>	103
2.4.2. <i>Silencio cómplice y mordaza impuesta en la prensa colombiana</i>	107
2.4.3. <i>Críticas e indirectas a las dictaduras cubana y colombiana</i>	117
2.4.4. <i>La Gran Prensa y el fin del batistato</i>	127
3. FRENTE NACIONAL Y REVOLUCIÓN: 1959-1962	164
3.1. La revolución cubana y la guerra fría	164
3.2. Frente Nacional, <i>interamericanismo</i> y prensa colombiana: 1959-1962	201
3.3. La prensa colombiana opina sobre la revolución cubana	215
3.3.1. <i>¡Dictadura no! ¡Revolución... si?</i>	218
3.3.2. <i>El comunismo en Cuba: un controvertido mal</i>	223
3.3.3. <i>Los barbudos: entre la heroicidad y el villanaje</i>	234
3.3.4. <i>Estados Unidos y Cuba. Intervencionismo versus Autodeterminación de los pueblos</i>	245
3.3.5. <i>Una sola revolución, muchos hechos por comentar</i>	259
3.3.6. <i>Colombia y la revolución cubana: infiltración, multilateralismo y versiones contrapuestas</i>	270
CONCLUSIONES.....	341
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	347
1. Fuentes primarias	347
1.1. <i>Publicaciones periódicas</i>	347

1.2. <i>Memorias, diarios, discursos y otros documentos de la época</i>	347
2. Bibliografía secundaria	349
2.1. <i>Libros</i>	349
2.2. <i>Artículos</i>	355
2.3. <i>Inéditos</i>	363
2.4. <i>Páginas de Internet</i>	364
	2.5. <i>Otros</i> 365

Índice de figuras

Figura 1. Título: “CAMINO DEL KREMLIN”. Autor: anónimo.....	53
Figura 2. Título: “EN TIERRAS DE ALEMANIA”. Autor: Peter Aldor.....	53
Figura 3. Título: “JUSTICIA FRANQUISTA”. Autor: Peter Aldor.....	54
Figura 4. Título: “AL OJO DE PRIO”. Autor: anónimo.....	54
Figura 5. Título: “MOLIDO A GOLPES”. Autor: sin identificar.....	55
Figura 6. Título: “CUARTELAZO AL AMANECER”. Autor: Pencyla.....	55
Figura 7. Título: “LUCHA ‘LIBRE’ EN LA HABANA”. Autor: Peter Aldor.....	56
Figura 8. Título: “LOS FULGENCIOS”. Autor: Peter Aldor.....	56
Figura 9. Título: “PRIO SOCARRAS Y BATISTA”. Autor: Roberto Pinzón Monchalliani.....	57
Figura 10. Título: “EN UNA ISLA DEL CARIBE”. Autor: Luis María Rincón.....	57
Figura 11. Sin título. Autor: Valentino.....	58
Figura 12. Título: “7 días y un capítulo político”. Autor: Nicolás Luhrsen, <i>Niko</i>	58
Figura 13. Sin título. Autor: anónimo.....	59
Figura 14. Sin título. Autor: sin identificar.....	59
Figura 15. Título: “AMNISTIA”. Autor: José Manuel Roseñada.....	152
Figura 16. Título: “Cuba Adelanta Lucha Contra el Comunismo”. Autor: anónimo.....	153
Figura 17. Título: “La isla de Cuba y el fundador de la república. Autor: sin identificar.....	154
Figura 18. Título: “PARAISO PERDIDO”. Autor: Duarte.....	154
Figura 19. Título: “FULGENIO, EL HOMBRE FUERTE”. Autor: Peter Aldor.....	155
Figura 20. Título: “LOS DOS PARALELOS”. Autor: Peter Aldor.....	155
Figura 21. Título: “LA HISTORIETA DE MC CARTHY”. Autor: Peter Aldor.....	156
Figura 22. Título: “RUEDA A RUEDA”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	156
Figura 23. Título: “POR SUS FRUTOS”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	157
Figura 24. Título: “TIRITANDO”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	157
Figura 25. Título: “UN SOLO DE VIOLIN”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	158
Figura 26. Título: “COMUN DESEO”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	158
Figura 27. Título: “POTOTO Y FULGENCIO”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	159
Figura 28. Título: “RESURRECCIÓN ANHELADA”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	159
Figura 29. Título: “DE SUR A NORTE”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	160
Figura 30. Título: “ENCRUCIJADA”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	160
Figura 31. Título: “Los Serenateros”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	161
Figura 32. Título: “EN CUBA”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	161
Figura 33. Título: “Cuestión de Horas”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	162
Figura 34. Título: “CAPRICHO”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	162
Figura 35. Sin título. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	163
Figura 36. Título: “Cuba en Llamas”. Autor: anónimo.....	163
Figura 37. Título: “¡Viva Cuba Libre!”. Autor: anónimo.....	289
Figura 38. Título: “ESTIRPE DE HEROES.....”. Autor: anónimo.....	289
Figura 39. Título: “A LA RETAGUARDIA DE LA REVOLUCIÓN”. Autor: Anónimo.....	290

Figura 40. Sin título. Autor: sin identificar.....	290
Figura 41. Sin título. Autor: sin identificar.....	291
Figura 42. Sin título. Autor: sin identificar.....	291
Figura 43. Sin título. Autor: anónimo	292
Figura 44. Título: “VIENDO LA TV”. Autor: José Manuel Roseñada	292
Figura 45. Sin título. Autor: Adigio Benítez Jimeno.....	293
Figura 46. Título: “SIN PALABRAS”. Autor: Santiago Armada Suárez, <i>Chago</i>	293
Figura 47. Título: “¡LLEGARON Y QUEDARON!”. Autor: Adigio Benítez Jimeno.....	294
Figura 48. Título: “LA RABIA DE LA DERROTA”. Autor: Adigio Benítez Jimeno	294
Figura 49. Título: “SIN COMENTARIOS”. Autor: Gustavo Prado Álvarez, <i>Pitín</i>	295
Figura 50. Sin título. Autor: anónimo	296
Figura 51. Sin título. Autor: René de la Nuez.....	296
Figura 52. Título: “Kennedy: el nuevo Flautista de Hammelin”. Autor: René de la Nuez	297
Figura 53. Título: “Poker de ‘Ases’”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	297
Figura 54. Título: “MESA REDONDA”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	298
Figura 55. Título: “Brindando con ‘Cuba Libre’”. Autor: Hernán Merino	298
Figura 56. Título: “FIDEL EL ILUSO”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	299
Figura 57. Título: “Una Extraña Actitud”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	299
Figura 58. Título: “El Trineo de Nikita”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	300
Figura 59. Título: “Eso Mismo”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	300
Figura 60. Título: “Suave que lo están matando”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	301
Figura 61. Título: “EL SEMBRADOR”. Autor: <i>España</i>	301
Figura 62. Título: “EL MATADOR”. Autor: <i>Crayón</i>	302
Figura 63. Título: “La Habanera”. Autor: anónimo	302
Figura 64. Sin título. Autor: anónimo	303
Figura 65. Sin título. Autor: <i>K</i>	303
Figura 66. Título: “AUTODETERMINACIÓN”. Autor: Silvio Fontanillas	304
Figura 67. Título: “ACTUALIDAD ‘FIDELISTA’”. Autor: Silvio Fontanillas	304
Figura 68. Título: “ACTUALIDAD FIDELISTA”. Autor: Silvio Fontanillas	305
Figura 69. Sin título. Autor: Juan Carlos Colombre, <i>Landrú</i>	305
Figura 70. Título: “En Cuba”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	306
Figura 71. Título: “Contrasentido”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	306
Figura 72. Título: “Teatro Ruso-Cubano”. Autor: <i>Nino</i>	307
Figura 73. Título: “A los acordes del himno comunista, Fide Castro atacó a la Fuerza Aérea de E.U.”. Autor: Ramón Arroyo	307
Figura 74. Título: “EN LA CUBA DE HOY”. Autor: <i>Crayón</i>	308
Figura 75. Título: “LA HISTORIA SE REPITE”. Autor: Héctor Osuna, <i>Ho</i>	308
Figura 76. Sin título. Autor: sin identificar.....	309
Figura 77. Sin título. Autor: anónimo	309
Figura 78. Título: “Castro: otro cambalache”. Autor: anónimo.....	310
Figura 79. Título: “Sin Comentarios”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	310

Figura 80. Título: “CREALO! QUE ES VERDURA”. Autor: Nicolás Luhrsen, <i>Niko</i>	311
Figura 81. Título: “...el triunvirato que tiraniza a Cuba...”. Autor: anónimo	311
Figura 82. Título: “LOS BARQUEROS DEL VOLGA”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	312
Figura 83. Título: “Actualidad Fidelista”. Autor: Ramón Arroyo.....	312
Figura 84. Título: “EL Tío Sam vs. Fidel”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	313
Figura 85. Título: “DISEÑOS DE CABRAL”. Autor: Ernesto García <i>El Chango</i> Cabral	313
Figura 86. Título: “DISEÑOS DE CABRAL”. Autor: Ernesto García <i>El Chango</i> Cabral	314
Figura 87. Título: “YA CASI”. Autor: <i>Espítia</i>	314
Figura 88. Sin título. Autor: Antonio Prohías	315
Figura 89. Título: “Una Amarga Verdad”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	315
Figura 90. Título: “¿TRAS LAS HUELLAS DE CUAL ROOSVLET?”. Autor: sin identificar.....	316
Figura 91. Título: “CUBA, 1962”. Autor: José María López, <i>Pepón</i>	316
Figura 92. Título: “CRISIS CUBANA”. Autor: <i>Pin Gün</i>	317
Figura 93. Título: “NUEVAS LABORES”. Autor: Antonio Mingote.....	317
Figura 94. Título: “ALTO... Mr. KENNEDY. CUBA NO ESTA SOLA”. Autor: anónimo.....	318
Figura 95. Título: “CUBA NO ESTA SOLA”. Autor: anónimo.....	318
Figura 96. Título: “DONDE ASOME QUEDARA”. Autor: anónimo	319
Figura 97. Sin título. Autor: <i>Agnete</i>	319
Figura 98. Sin título. Autor: anónimo	320
Figura 99. Título: “EN EL AEROPUERTO”. Autor: Crayón.....	320
Figura 100. Título: “SICOSIS DE PANICO”. Autor: <i>Crayón</i>	321
Figura 101. Título: “LA SEMANA EN SERIO. Cohete”. Autor: Juan Carlos Colombres, <i>Landrú</i>	321
Figura 102. Título: “LA SEMANA EN SERIO. Infiltración”. Autor: Juan Carlos Colombres, <i>Landrú</i>	322
Figura 103. Título: “LA OFRENDA”. Autor: <i>Espítia</i>	322
Figura 104. Título: “ATAQUE DE LOCURA”. Autor: <i>Espítia</i>	323
Figura 105. Título: “Al Margen del Paredón”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	323
Figura 106. Título: “Su camarada”. Autor: sin identificar	324
Figura 107. Sin título. Autor: anónimo.....	324
Figura 108. Título: “Zafra en Cuba”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	325
Figura 109. Título: “La Vida Social en Cuba”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	325
Figura 110. Título: “CONTRA EL PAREDON”. Autor: <i>Espítia</i>	326
Figura 111. Título: “CUBA LIBRE”. Autor: <i>Espítia</i>	326
Figura 112. Título: “EN LA CUBA DE FILDE”. Autor: anónimo.....	327
Figura 113. Título: “—Fuera del continente”. Autor: Antonio Prohías	327
Figura 114. Título: “UN VIEJO REFRAN”. Autor: <i>Charro Núñez</i>	328
Figura 115. Título: “El Leñador Optimista”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	328
Figura 116. Título: “LA SEMANA EN SERIO. Perito Calígrafo”. Autor: Juan Carlos Colombres, <i>Landrú</i>	329
Figura 117. Título: “LA SEMANA EN SERIO. Relaciones Exteriores”. Autor: Juan Carlos Colombres, <i>Landrú</i>	329
Figura 118. Título: “Hasta Su Nombre lo Indica”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezefe</i>	330
Figura 119. Sin título. Autor: sin identificar.....	330

Figura 120. Título: “ALFONSITO Y SUS AMIGOS”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	331
Figura 121. Título: “FIDEL-IDAD”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	331
Figura 122. Título: “LA VERDAD”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, <i>Velezeje</i>	332
Figura 123. Título: “RADICAL”. Autor: anónimo.....	332
Figura 124. Título: “”EL MAS INCREDULO. Autor: <i>Espitia</i>	333
Figura 125. Título: “Y SIGUE TAN CAMPANTE...”. Autor: <i>Espitia</i>	333
Figura 126. Título: “RUPTURA IMPOSIBLE”. Autor: Henry Laverde.....	334
Figura 127. Título: “EL HAMLET CRIOLLO”. Autor: <i>Espitia</i>	334
Figura 128. Título: ““EL LACAYO””. Autor: <i>Espitia</i>	335
Figura 129. Título: “UN AMOR QUE SE VA”. Autor: <i>Donald</i>	335
Figura 130. Título: “LO DEJO EL TREN”. Autor: <i>Crayón</i>	336
Figura 131. Título: “DESPUES DE LA EXPULSION”. Autor: <i>Crayón</i>	336
Figura 132. Título: “LA SEMANA EN SERIO. Secreta esperanza”. Autor: Juan Carlos Colombres, <i>Landrú</i>	337
Figura 133. Título: “LA SEMANA EN SERIO. La lógica de las señoras”. Autor: Juan Carlos Colombres, <i>Landrú</i>	337
Figura 134. Título: “METIDA EN LA GRANDE”. Autor: anónimo	338
Figura 135. Título: “EN PLENO VUELO”. Autor: anónimo.....	338
Figura 136. Título: “POR FIN SOLOS”. Autor: <i>Espitia</i>	339
Figura 137. Título: “ENTRE UN ZAPATO”. Autor: anónimo.....	339
Figura 138. Sin título. Autor: anónimo.....	340
Figura 139. Título: “CITA - RECEPCION - ABRAZO - PACHANGA - HASTA PRONTO”. Autor: <i>Espitia</i>	340
Figura 140. Sin título. Autor: Joaquín Salvador Lavado, <i>Quino</i>	340

Resumen

La presente investigación es un análisis de las percepciones emitidas por la prensa colombiana sobre la escena política cubana desde que Fulgencio Batista se tomó el poder, en 1952, hasta la crisis de los misiles, en 1962, con los diversos sucesos que atañeron a la revolución cubana como eje transversal. El objetivo es analizar qué opiniones se publicaron, qué discursos se emitieron, qué clase de mensajes se transmitieron, qué sentimientos se inculcaron y qué tipo de opinión pública se *creó* en diferentes periódicos políticos colombianos respecto a dicho tema, y cómo todo ello varió o no en el lapso de tiempo estudiado. Para tales efectos, se abordaron un diario liberal y uno conservador (a lo largo de todo el trabajo) y diferentes semanarios adscritos al Movimiento Revolucionario Liberal (desde 1959). Y, asimismo, sólo aquellas publicaciones en las cuales los directores de los periódicos, los periodistas, los políticos o los dibujantes colombianos plasmaron directamente sus opiniones (a saber, los editoriales, las columnas, los artículos de opinión y las caricaturas editoriales), fueron analizadas.

Palabras clave: prensa colombiana, revolución cubana, discursos políticos, guerra fría, bipartidismo, dictaduras, Frente Nacional y Movimiento Revolucionario Liberal.

Abstract

The present investigation is an analysis of the perceptions emitted by the Colombian press about the Cuban political scene since Fulgencio Batista took the power, in 1952, until the missiles crisis, in 1962, with the divers events that concerned the Cuban revolution on a transversal axis. The objective is to analyze what opinions were publicized, what speeches were emitted, what kind of messages were transmitted, what feelings were inculcated and what kind of public opinion was *created* in different Colombian political newspapers in relation to the aforesaid theme, and how all of that changed or not in the period of time studied. For such effects, one liberal and one conservator newspaper (along the work) and different weekly papers appointed to the Liberal Revolutionary Movement (since 1959) were investigated. And, likewise, only those publications in which the Colombian newspaper directors, journalists, politicians or cartoonists expressed their opinions directly (namely, the editorials, the columns, the opinion articles and the political cartoons), were analyzed.

Keywords: Colombian press, Cuban revolution, political speeches, Cold War, bipartisanship, dictatorship, National Front and Liberal Revolutionary Movement.

...los medios de comunicación y su forma de operar [...] sirven para movilizar el apoyo en favor de los intereses especiales que dominan la actividad estatal y privada; [...] sus opciones, énfasis y omisiones pueden entenderse mejor, y en ocasiones con una claridad y penetración sorprendentes, si las analizamos en estos términos.

Noam Chomsky y Edward S. Hermann,
Los guardianes de la libertad.

Cuba es un país donde la política, la magia y la religión son provincias colindantes, a veces sin línea divisoria.

Hugh Thomas,
Cuba. La lucha por la libertad.

INTRODUCCIÓN

La revolución cubana fue el acontecimiento más trascendental del siglo XX en América Latina. Este es un juicio de valor con el que posiblemente algunos estarán en desacuerdo (sobre todo para un historiador en formación), pero lo cierto es que el mismo ha sido apuntado por numerosos académicos y que, además, está fundamentado en diversos hechos¹. En efecto, el proceso iniciado en Cuba a partir de 1959 por Fidel Castro y sus hombres trajo, en esencia, y como ningún otro evento acaecido en la historia latinoamericana en la centuria anterior, notables cambios en la geopolítica continental y una especie de reposicionamiento de esta región ante el mundo. Porque gracias a la revolución cubana o, más exactamente, gracias a la constitución de un régimen comunista aliado de la Unión Soviética, la guerra fría *llegó* con todo furor a esta parte del globo (hasta el punto que incluso la posibilidad de una tercera —y, quizás, última— guerra mundial, cuyo *epicentro* sería la isla, fue manifiesta en octubre de 1962). Como consecuencia de ello, y en vista también de la movilización popular que en la mayoría de países latinoamericanos suscitó el proceso llevado a cabo en Cuba y de la percepción de que la revolución se expandiría por toda América, en Estados Unidos implantaron una nueva política para el resto del continente y el panamericanismo cambió de directrices, hechos que a la postre *se tradujeron* en el aislamiento de la isla y en la contención del ideario revolucionario. Tales han sido los alcances del susodicho evento que incluso su máximo líder, Fidel Castro, ha sido quizás el mandatario latinoamericano más conocido y sonado a nivel mundial (entre otras cosas porque *desafió* abiertamente —y sin perecer en el intento— a la potencia hegemónica y porque, de paso, vio *desfilarse* diez presidentes por la Casa Blanca mientras estuvo en el poder), mientras que otra de sus figuras, Ernesto *Che* Guevara, pasó a la historia como el símbolo de la subversión contra el *statu quo* en casi que todos los rincones del mundo. Es más, la Cuba comunista fue una de las pocas naciones que logró *sobrevivir* al *derrumbe* de la

¹ Entre los autores que han escrito sobre lo que significó la revolución cubana para América Latina pueden destacarse algunos de los latinoamericanistas que participaron en la obra multi volumen *Historia de América Latina* editada por el inglés Leslie Bethell, particularmente en el volumen 12, *Política y sociedad desde 1930* (Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1997). Véanse, en dicho tomo: Jonathan Hartlyn y Arturo Valenzuela, “La democracia en América Latina desde 1930”, pp. 47-48, p. 65 y pp. 75-76; Alan Angell, “La izquierda en América Latina desde c. 1920”, pp. 100-103, y Alain Rouquié y Stephen Suffern, “Los militares en la política latinoamericana desde 1930”, pp. 291-292. En este mismo sentido, cabe también destacar las menciones que sobre el tema ha realizado Tulio Halperin Donghi (*Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial S. A., El libro de bolsillo, 13ª edic., 1996, p. 7, p. 452, p. 509, pp.513-517), Ignacio Ramonet (*Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 3ª edic., noviembre de 2006, pp. 20-24), Leopoldo Villar Borda (*Alberto Lleras. El último republicano*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., marzo de 1997, pp. 331-332), y, entre otros autores de suma resonancia, Eric Hobsbawm (*Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, Editorial Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1995, p. 90, p. 356, p. 361 y p. 439).

Unión Soviética y, por si fuera poco, todavía hoy, más de cincuenta años después de que los llamados *barbudos* se tomaran el poder en la isla, gran parte de la opinión pública mundial mantiene centrada su atención sobre prácticamente todo lo que sucede en *La perla de las Antillas* a nivel estatal². No en vano lo que se ha escrito sobre la revolución cubana, sobre Fidel Castro, sobre el *Che* Guevara y, en general, sobre los múltiples acontecimientos que han rodeado a este hecho y a estos personajes, sea para loar, para criticar, para describir o sea para lo que sea, es incalculable.

El presente trabajo, sin embargo, no es una investigación sobre la revolución cubana en sí. Es más bien sobre cómo la prensa de Colombia *vio* este proceso. En otras palabras, es sobre qué opinaron acerca de dicho tema los periódicos del país latinoamericano que más oposición hizo al camino emprendido por Castro y sus hombres en la isla caribeña. Porque no sobra recordar que Colombia, después de Estados Unidos, fue el país que más impulsó las medidas que se tomaron a nivel continental tanto para hacer *contrapeso* a la propuesta castrista como para aislar al gobierno antillano del sistema interamericano (lo cual se dio, por un lado, al poner al país como *vitrina* de la famosa Alianza para el Progreso y, por el otro, al promover la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos, OEA). De ahí que resulte atrayente —por así decirlo— la realización de un análisis sobre los medios de comunicación de este país, entendiendo que aquellos son transmisores de mensajes y de símbolos; inculcadores de valores, de creencias y de códigos; movilizadores de intereses, orientadores de opinión pública y fabricantes de consenso, *características* que les dan el poder de incidir en la cosmovisión de los ciudadanos, de controlar el *mainstream* y de defender sus propios intereses de clase³. Entonces, lo que pretende esta investigación es describir qué opinaron y cómo opinaron acerca de la revolución cubana algunos de los periódicos colombianos más importantes de la época, a fin de conocer qué tipos de mensajes transmitieron, qué tipos de valores y de creencias inculcaron; cuáles intereses defendieron, qué tipos de opinión pública *crearon* y, en determinados aspectos, cómo influyeron en la sociedad y en la política colombianas —todo ello en relación a la llamada *cuestión Cuba*—. Y no solo eso, también se quiere ver si estos discursos periodísticos

² No sobra recordar que a los revolucionarios comandados por Fidel Castro, entre los que se encontraban Raúl Castro, Ernesto *Che* Guevara y Camilo Cienfuegos, se les llama *barbudos* gracias a que la mayoría de ellos se dejó crecer la barba desde que estaban en la Sierra Maestra luchando contra el régimen de Fulgencio Batista.

³ Véanse al respecto: Noam Chomsky y Edward S. Herman, *Los guardianes de la libertad. Propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*, Barcelona, Editorial Crítica, S. A., 1990, pp. 11-12 y p. 21, y Antonio Pineda Cachero, “El modelo de propaganda de Noam Chomsky: medios *mainstream* y control de pensamiento”, *Ámbitos. Revista Andaluza de Comunicación*, No. 6, Sevilla, enero-junio de 2001, pp. 193-199. En cuanto a la definición de “mainstream” (del inglés “corriente principal”), este concepto alude tanto a las tendencias informativas de los medios como a las preferencias aceptadas mayoritariamente por una sociedad.

mutaron o no en el tiempo y, en caso de que así fuera, cómo lo hicieron, siempre teniendo en cuenta la orientación ideológica —léase, la adscripción partidista— de los diferentes medios, así como el contexto sociopolítico, nacional e internacional, que los rodeaba. Al respecto, debe tenerse en cuenta que la Colombia de mediados del siglo XX pasó por momentos álgidos, en los cuales se vivieron épocas de violencia partidista, de gobiernos civiles con carácter dictatorial, de regímenes militares, de coaliciones entre conservadores y liberales, y, en fin, de una extraordinaria exaltación política. Y, en gran medida como consecuencia de ello, la prensa de este país revistió unas características altamente contrapuestas, pues, según la catedrática Maryluz Vallejo Mejía, si bien se destacó por el moderno lenguaje, por el abundante periodismo de opinión y por el buen nivel en los suplementos literarios, también fue merecedora de críticas por el sectarismo, por la “falta de rigor en el tratamiento de la noticia” y hasta por el servilismo ante las políticas estadounidenses (en especial desde finales de los años cincuenta, luego de que pasara la época más álgida de la violencia bipartidista)⁴. No sobra aclarar entonces que la forma como se abordarán las múltiples publicaciones de los periódicos analizados será a través de un análisis contextual del lenguaje político de cada uno, mas no a través de un análisis de discurso. Esta decisión está sustentada, en gran medida, en lo expuesto por el historiador Elías José Palti acerca de que la disciplina histórica está revolucionando hacia una “nueva historia intelectual” cuyo objeto de estudio *busca* situar las “ideas” no en “la superficie textual de los discursos”, sino en los “lenguajes políticos que las subyacen”, lo cual pretende, *grosso modo*, conocer cómo el contexto se manifiesta en el propio texto, cómo el vocabulario se adapta a dicho texto para hacerse inteligible y cómo ello cambia de acuerdo al momento histórico⁵. Y, de igual modo, el análisis contextual primará sobre el discursivo porque el presente trabajo es, en esencia, una investigación histórica, y también porque la realización de un análisis textual medianamente riguroso de los muchos artículos que sobre Cuba se publicaron entre 1952 y 1962 —a semejanza, por ejemplo, de los realizados por el experto en lingüística Teun Adrianus van Dijk— haría que el presente trabajo tuviera una extensión exorbitante⁶. Así pues que, más que un nuevo estudio sobre la revolución

⁴ *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*, Bogotá, Editorial Planeta Colombiana S. A., 2006, p. 41 y p. 346. Véase también: Enrique Santos Calderón: “El periodismo en Colombia. 1886-1986”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. VI: *Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 121-124.

⁵ *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XX. (Un estudio sobre las formas del discurso político)*, México, Fondo de Cultura Económica, 2005, pp. 37-44.

⁶ Como referencia de otros trabajos históricos que han tratado la prensa de una manera más contextual que textual, pueden verse: Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad de las élites sobre la Violencia en Colombia (1936-1949)*, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, El Áncora Editores, 1995, 224 págs.; del mismo autor, *Política y caudillos colombianos en la caricatura editorial, 1920-1950. Estudio de los imaginarios*

cubana, esta será una breve historia de Colombia vista a través de las opiniones emitidas por su prensa respecto al tan mencionado acontecimiento.

Ahora bien, antes de precisar cuáles periódicos se analizaron, es necesario explicar el porqué de la elección del período 1952-1962 en el presente estudio (a sabiendas de que la revolución cubana *triumfó* en enero de 1959). Y es que la cuestión pasa, precisamente, por la ambigüedad del concepto “revolución”. Según el *Diccionario de política* de Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino, dicho término alude a la “tentativa acompañada del uso de la violencia de derribar a las autoridades políticas existentes y sustituirlas con el fin de efectuar profundos cambios en las relaciones políticas, en el ordenamiento jurídico-constitucional y en la esfera socioeconómica”, y se diferencia de conceptos como “golpe de Estado”, como “revuelta” o como “rebelión” por su sustento ideológico, por la participación de hombres ajenos a la élite y por la efectuación de verdaderos cambios sociales, políticos y económicos⁷. Las preguntas, entonces, son: ¿la revolución cubana comenzó el día en que Fidel Castro tomó la decisión de hacerse con el poder en Cuba, el día en que los rebeldes derrocaron al dictador Fulgencio Batista o el día en que los barbudos empezaron a tomar drásticas medidas de índole socioeconómica? Y más aún: ¿esta revolución *culminó* en algún momento o aún ésta está *desarrollándose* en el país caribeño? Al margen de estos cuestionamientos (pues quizás no exista una respuesta puntual para los mismos), en aras de conocer las *dinámicas* de la prensa colombiana en diferentes momentos sociopolíticos, aquí entonces se quiso abarcar desde el día que ocurrió el acontecimiento que motivó la empresa revolucionaria castrista, hasta el día en el cual el proyecto emprendido por los barbudos *aseguró*, de cierto modo, su supervivencia. Es decir, desde el momento en el que el general Fulgencio Batista se tomó el poder de Cuba por medio de un golpe de Estado, el 10 de marzo de 1952 (aunque también lo había hecho años atrás), hasta cuando el proyecto de Fidel Castro y sus hombres logró una especie de *consolidación*, tras la promesa del presidente de Estados Unidos John Fitzgerald Kennedy de no invadir a Cuba, la cual se dio en octubre de 1962 con motivo de la llamada “crisis de los misiles”. De manera que los tres capítulos que conforman este trabajo están justificados acorde a los

políticos partidistas, César A. Hurtado Orozco ed., Medellín, La Carreta Editores, Universidad Nacional de Colombia, 2009, 282 págs., y, entre otros, Cesar Augusto Ayala Diago, “La Nueva Prensa y su influencia en la política colombiana de los años sesenta”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 37, No. 55, Bogotá, 2000, pp. 60-72. Y como un ejemplo diciente de lo riguroso que puede resultar un análisis de discurso para artículos de prensa, véase: Teun Adrianus van Dijk, “Discurso, conocimiento e ideología. Reformulación de viejas cuestiones y propuesta de algunas soluciones nuevas”, *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, Vol. 10, Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, 2005, pp. 285-315 (artículo en el cual el autor se toma prácticamente varios párrafos por cada frase analizada, lo cual da indicios de lo complejo que puede resultar esta labor, más aún para un historiador en formación).

⁷ México-Madrid, siglo veintiuno editores, s.a. de c. v., Siglo veintiuno de España editores, s. a., 10ª edic., p. 1.412.

acontecimientos y a los procesos sociopolíticos más sonados que vivió Cuba entre uno y otro hecho. Así, en el primer capítulo se habla del golpe de Estado de Batista (en 1952), el segundo trata de la lucha de Castro y sus hombres por derrocar al dictador (entre 1953 y 1958) y el tercero es acerca de los sucesos más conocidos que se dieron tras la toma del poder por parte de los barbudos (entre 1959 y 1962).

En vista del lapso que comprende este estudio y de la división temporal de los capítulos, y teniendo en cuenta también los diferentes acontecimientos del escenario político colombiano de aquellos años, los periódicos elegidos para esta investigación son de una índole diversa. No sobra volver a mencionar que entre 1952 y 1962 Colombia vivió momentos de una enorme agitación política, y ello, como es de suponerse, influyó en que las líneas editoriales y los discursos de la prensa nacional fueran variables en sumo grado. Por ende, la idea aquí es investigar algunos de los medios más idóneos o que más luces pueden dar para con la *labor* de conocer las visiones de la revolución cubana desde la prensa colombiana. Empero, cabe precisar que en la mayor parte de la investigación se pretende abordar periódicos que hoy en día están fuera de circulación o de los cuales pocos estudios de carácter histórico se han realizado, decisión sustentada en el interés por abordar nuevas fuentes y, en cierto sentido, por revivir la memoria de medios y de personajes que en su momento *jugaron* un notable papel en la historia sociopolítica colombiana. Así pues, y dado que lo proyectado en un comienzo era realizar una comparación entre las perspectivas de un diario liberal y uno conservador —o sea, entre las corrientes de pensamiento a la sazón dominantes—, los periódicos elegidos como eje transversal de este estudio son *El Correo* (liberal) y *El Siglo* (conservador)⁸. Sin embargo, conforme avanzó la investigación se realizaron algunas modificaciones y adhesiones, a fin de buscar nuevos y más dicentes puntos de vista sobre el escenario político cubano. Por ejemplo, para todo el primer capítulo y comienzos del segundo (a saber, hasta mediados de 1955), por los lados de los liberales, *El Tiempo* se examinó en sustitución de *El Correo*, lo cual fue motivado, primero, por el hecho de que aquellos fueron momentos en que las tendencias bipartidistas estaban en todo su furor —especialmente entre *El Tiempo* y *El Siglo*— y por ello resultó interesante conocer la contraposición entre ambos, y, segundo, porque para entonces *El Correo* era un periódico precario y sin mayor impacto (lo cual cambiaría, precisamente, desde 1955). En este mismo sentido, para el segundo capítulo *El Siglo* fue reemplazado de manera transitoria

⁸ Es pertinente mencionar el hecho de que en un principio se pensó que el hecho de que *El Siglo* fuera de Bogotá y de que *El Correo* fuera de Medellín también daría pie a nuevas comparaciones en las perspectivas de ambos diarios. Sin embargo, luego se pudo comprobar que en este tipo de medios y de contexto, más que las diferencias por el lugar de origen de cada diario, lo que importaba era la adscripción partidista, la pertenencia a facciones políticas y los intereses de cada medio como voceros de las élites, y entonces el análisis se realizó desde estas perspectivas, y se omitió la cuestión geoespacial.

por el también conservador *El Colombiano*, hecho que se dio a razón del cierre forzoso que la censura oficial le ocasionó al primero entre 1953 y 1957, y entonces en estos cuatro años el segundo lo reemplazó como *vocero* de las doctrinas conservadoras. Y, por último, para el tercer capítulo, ante la mengua que sufrieron los conflictos bipartidistas con la creación del pacto entre liberales y conservadores conocido como el Frente Nacional, en vez de comparar las perspectivas de liberales y conservadores, más bien se cotejó lo dicho por *frentenacionalistas* y *antifrentenacionalistas*, razón por la cual a los análisis de *El Correo* y de *El Siglo* se le sumaron los de los semanarios *La Calle* (para el período 1959-1960), *La Nueva Calle* (desde finales de 1960 y de manera aleatoria) y *La Nueva Prensa* (entre 1961 y 1962), todos adscritos —en mayor o menor grado— al Movimiento Revolucionario Liberal, quizás el partido que más cuestionó al sistema bipartidista en sus primeros años. Por otra parte, a lo largo del trabajo se citarán algunas publicaciones de diferentes medios de comunicación cubanos de ese entonces, tales como los diarios *Hoy*, *Diario de la Marina*, *Prensa Libre*, *El Mundo*, *Alerta* y *Revolución*, y como la revista *Bobemia*. La idea, con ello, es complementar las diferentes argumentaciones que sobre Cuba se plantean y, en ocasiones, comparar los puntos de vista de las prensas colombiana y cubana. En suma, el presente trabajo comprende diversos tipos de prensa, diferentes momentos históricos, postulados heterogéneos y, en fin, una gran variedad de opiniones sobre los diferentes acontecimientos ocurridos en Cuba. Bien puede decirse que “Visiones de la revolución cubana desde la prensa colombiana” es *una sinfonía a varias manos*.

Partiendo entonces del interés por contextualizar el discurso de la prensa, es pertinente mencionar que el tipo de publicaciones que en las páginas siguientes se analizarán serán aquellas que contienen juicios de valor explícitos. Es decir, el estudio recaerá casi que exclusivamente sobre el discurso de los editoriales, de las columnas y de los artículos de opinión, y sobre los mensajes y los símbolos de las caricaturas editoriales. Se omitirán las noticias y las fotografías porque estas raramente tenían opiniones manifiestas y porque en su mayoría eran reproducciones de lo emitido por las agencias de prensa extranjeras (eso sin contar con que prácticamente todos los días había artículos noticiosos sobre la sociopolítica cubana, y entonces un *abordaje sistemático* de sus múltiples contenidos sería prácticamente un imposible). En total, para el lapso 1952-1962 se emitieron poco más de 2.100 publicaciones sobre el tema en cuestión con *calificativos* expresados por periodistas o caricaturistas colombianos, siendo el período que comprende el último capítulo el que más aportó, con unas 1.900. El lector sabrá entender entonces que aquí no se citen ciertos artículos, que no se exhiban algunas caricaturas o que se omitan algunas observaciones

relativas a los contextos internacional, cubano o colombiano, porque, además, hay que tener en cuenta que en total fueron más de 8.000 los impresos indagados (comprendidos en los once años de pesquisa de un diario conservador y uno liberal, y en los cuatro años de búsqueda en los semanarios *emerrelistas*). Ahora bien, gracias a la variedad de medios y a la cantidad de emisiones, aquí se hará constantemente una especie de *cosificación* de la prensa y de cada periódico, pues aunque se sabe que quienes realmente publicaban eran los periodistas, los directores de los diarios, los caricaturistas y hasta los políticos, aludir a que la prensa colombiana publicó esto o aquello, o a que un periódico se expresó de esta forma o de otra, puede ahorrar innecesarias explicaciones y/o particularizaciones de los diferentes casos. Al respecto, vale aclarar que dicha cosificación no resulta problemática u osada en lo absoluto, ya que los periódicos de aquellos años funcionaban —gracias al sectarismo— como una especie de *unidad doctrinaria* y, por ende, muy rara vez ocurría que en un diario conservador se expresaran diaristas liberales y viceversa, o que en un semanario *emerrelista* publicaran periodistas *frentenacionalistas* y viceversa, así que este tipo de *generalizaciones* resultan sumamente válidas en la mayoría de casos.

Respecto a la forma como están compuestos los capítulos, vale mencionar que los primeros dos están divididos de la siguiente forma: en el primer aparte se alude a lo acontecido en Cuba, en el segundo, al contexto mundial y latinoamericano; en el tercero, a los sucesos más relevantes del escenario sociopolítico colombiano y a la relación de los medios con tales sucesos, y en el cuarto, a las percepciones de la prensa colombiana sobre el acaecer en el país caribeño. Para el tercer capítulo, por su parte, gracias al *posicionamiento* que tuvo la revolución cubana a nivel continental y mundial, se decidió reunir en un mismo aparte lo acaecido en la isla y el contexto general, mientras que los temas relacionados con Colombia y con las percepciones de la prensa sobre la isla permanecen iguales que en los capítulos precedentes. Si bien podría pensarse que en el caso de los primeros dos capítulos resulta algo anómalo que primero se describa la situación política cubana y luego el contexto mundial y continental (y no al revés, para llevar el texto de lo general a lo particular), esto tiene su justificación en el hecho de que precisamente lo acaecido en Cuba fue lo que motivó las miles de opiniones que en los periódicos colombianos se emitieron y, por ende, se les quiere dar énfasis no sólo al mencionarlos en primer lugar, sino también al ajustar —o, si se prefiere, *amoldar*— el contexto general al acontecer cubano, y por ello resulta más adecuado que este último vaya antes que el primero. En relación a esto, debe agregarse también que si bien por momentos las diferentes contextualizaciones pueden parecer algo extensas y descriptivas, esto se pensó así, por un lado, para tratar de dar al

lector los elementos suficientes en su interés por comprender las percepciones de la prensa colombiana sobre Cuba y, por el otro, para sustentar de la mejor manera posible las argumentaciones en el análisis de estas opiniones, teniendo en cuenta las múltiples *variaciones* de los contextos, de las orientaciones ideológicas de los medios y de los discursos de los diarios. Así, también se comprenderá por qué entonces hay algunos hechos de las historias sociopolíticas mundial, latinoamericana, colombiana y cubana que no se mencionan en tales contextos (por más sonados que estos fueran): la idea es referirse a aquellos sucesos que tuvieron directa injerencia en las visiones de la revolución cubana desde la prensa colombiana, y no a acontecimientos que poco se relacionaron con ello. De otro lado, pero continuando con este orden de ideas, en relación a los regímenes presidenciales que tuvo Colombia entre 1952 y 1962, y teniendo en cuenta la división de los capítulos, es oportuno indicar que el contexto colombiano será abordado de la siguiente forma: en el primer capítulo se aludirá a la presidencia de Laureano Gómez (1950-1953), en el segundo, a la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), al gobierno de la Junta Militar (1957-1958) y a la *construcción* del Frente Nacional, y en el tercero, a la administración de Alberto Lleras Camargo (1958-1962) y a los primeros meses del gobierno de Guillermo León Valencia (1962-1966). Es pertinente dejar esto en claro porque, según puede observarse, el segundo capítulo alcanza a abarcar los últimos meses del gobierno de Laureano Gómez y los primeros del de Alberto Lleras Camargo, pero en su respectiva contextualización más bien optó por hacer énfasis en cómo llegó el Rojas Pinilla al poder, por un lado, y en cómo fue que se erigió la coalición bipartidista, por el otro, ante lo cual se omitieron ciertos aspectos del régimen de Gómez y se dejaron los detalles de la primera administración *frentenacionalista* para el tercer capítulo. Y, en este mismo sentido, vale decir que sólo se mencionará someramente el gobierno de Guillermo León Valencia a razón de que éste llegó a la presidencia tan solo tres meses antes de la crisis de los misiles (más exactamente en agosto de 1962), acontecimiento que, según se mencionó, marca el límite temporal de este trabajo, y, por ende, no hubo muchos cambios en la sociopolítica colombiana en tal lapso.

Una última aclaración, relacionada con el uso que a lo largo del trabajo se hará de la noción de “comunismo”, es necesaria. Este concepto, en términos estrictamente marxistas, alude a la etapa de la historia en la cual se ha *superado* el socialismo y, por ende, eliminado el Estado. Así pues que, en rigor, ni en Cuba ni en la Unión Soviética ni en ningún otro país han logrado implantar el comunismo, sino sólo el socialismo (y, de hecho, en la mayoría de casos, el Estado, en vez de acercarse a su desaparición, se ha fortalecido más y más). Sin

embargo, los términos “comunismo” y “socialismo” se han empleado históricamente como si fueran sinónimos o, en ciertos casos, se les ha tratado de diferenciar en razón del radicalismo de los respectivos regímenes, es decir, como si los Estados comunistas fueran más *extremistas* que los socialistas (hasta el punto que los segundos podían ser compatibles con la democracia, mientras que los primeros no)⁹. Tal es el caso, por ejemplo, de los discursos políticos de la segunda mitad del siglo XX con motivo de los múltiples temores suscitados por la guerra fría: “comunismo”, para los satélites de la Unión Soviética, y “anticomunismo”, para los países aliados de Estados Unidos, fueron términos comúnmente usados en todo tipo de escenarios. En el presente trabajo, entonces, a fin de evitar controversias innecesarias sobre los planteamientos de la prensa y de facilitar las argumentaciones que sobre ello se realizarán, ambos términos se usarán sin distinción alguna e, incluso, quizás se haga más alusión al comunismo y al anticomunismo que a otro tipo de nociones similares.

Así pues que, en definitiva, el trabajo que el lector tiene en sus manos es una breve historia de la Colombia de mediados del siglo XX basada en lo que la prensa de este país opinó sobre los diferentes acontecimientos que rodearon la empresa revolucionaria cubana. Quiere dejarse en claro que, más que indagar por la *validez* del proyecto emprendido en la isla por Fidel Castro o que comprobar la veracidad de los múltiples juicios de valor que sobre ello se emitieron en los medios colombianos, aquí se pretende es explicar por qué los periódicos opinaban de una u otra forma, acorde al contexto en el cual se emitieron tales discursos. Con base en ello, el lector podrá entonces formar su propia opinión sobre los diferentes acontecimientos de los escenarios mundial, colombiano y cubano, y podrá también entender cómo fue que en la opinión pública colombiana se forjaron diferentes perspectivas sobre lo acaecido en Cuba. Así, y aunque este no sea el objetivo principal de este estudio, cada cual podrá adquirir elementos de juicio para comprender cómo es que los discursos periodísticos están inmersos en determinados contextos y cómo ello puede incidir en la creación de múltiples y muy variadas perspectivas sobre un acontecimiento dado.

⁹ Véase al respecto el artículo del historiador y politólogo Luis Fernando Vargas Alzate “La imposibilidad del comunismo” (*La República*, Bogotá, 25 de octubre de 2010, [s. p.]).

1.1. Batista se toma el poder en Cuba

El 10 de marzo de 1952, en horas de la madrugada, el general del ejército Rubén Fulgencio Batista y Zaldívar le propinó un golpe de Estado al presidente de Cuba, Carlos Prío Socarrás. La acción estuvo sustentada en la corrupción que se había *instalado* en el gobierno, en los elevados niveles de gansterismo por toda la isla y en que, supuestamente, Prío Socarrás pretendía perpetuarse en el poder por medio de un *antogolpe* de Estado. Esta última es una disculpa que cuesta trabajo creer debido a los ideales democráticos del depuesto presidente, según cuenta el historiador Hugh Thomas¹⁰. Pero, aun así, Batista se tomó el campamento militar Columbia, en La Habana, y desde allí se hizo con el poder de la isla.

El golpe de Estado, también llamado *el golpe de la sunsundamba* o *el golpe del sun sun* por sus *analogías* con una canción popular, se consolidó sin mayor resistencia¹¹. Sólo el depuesto gobierno y algunos sectores estudiantiles trataron de oponerse a las acciones de Batista, pero no tuvieron mucho éxito. La suspensión de las garantías constitucionales desesperanzó a quienes querían una Cuba honorable, feliz y con decencia política¹². Pero las dudas que en un principio generó el cuartelazo en la prensa y en algunos sectores políticos —nacionales e internacionales— se mitigaron con el pasar de los días. En términos generales, como resultado de la mala administración de Prío Socarrás, la sociedad isleña aceptó el nuevo régimen hasta el punto que, en palabras del catedrático Louis A. Pérez Jr., “para muchos cubanos el golpe representaba un cambio que debería haberse efectuado mucho antes”¹³. Para los financieros y empresarios la figura de Batista en el palacio presidencial representó orden, estabilidad y tranquilidad laboral, y para los partidos

¹⁰ *Cuba. La lucha por la libertad*, Barcelona, Grupo Editorial Random House Mondadori, 2004, pp. 589-615.

¹¹ Hugh Thomas menciona que al cuartelazo lo llamaron el “golpe de la sunsundamba” “por el nombre de una canción muy popular llamada así” (*Cuba...*, p. 597), mientras que el reconocido periodista cubano José Pardo Llada dice que “los cubanos [lo] llamaron humorísticamente ‘el golpe del sun sun’ aludiendo a una guaracha de moda que hablaba de un pajarito, ‘el sun-sun, pájaro lindo de la madrugada...’” (*Fidel. De los jesuitas al Moncada*, Bogotá, Enciclopedia Popular Ilustrada, Plaza y Janés Editores Colombia Ltda., 1976, p. 79). La pieza musical, al parecer, realmente dice: “Sun, sun, sun / Sun, sun, damba aé / pájaro lindo de la madrugá” (véase: *El Correo*, Medellín, 21 de octubre de 1956, p. 5), o “sunsundamba é, pájaro lindo de la madrugá” (véase: <http://www.cubadata.com/chronology/2005/8-August%202005%20All%20News.pdf>, en línea abril de 2013). Pero, no obstante las discrepancias sobre qué reza exactamente la canción, a lo largo del presente trabajo se hablará del golpe de Batista según las dos menciones de Thomas y de Pardo Llada.

¹² Véanse: Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 601; Enrique de la Osa, *En Cuba. Segundo tiempo, 1948-1952*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Ediciones Políticas, 2005, pp. 485-505, y de este mismo autor, *En Cuba. Tercer tiempo, 1952-1954*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Ediciones Políticas, 2005, pp. 1-60. Estos dos textos son la recopilación de los artículos escritos por el periodista Enrique de la Osa en la columna “En Cuba”, que se publicaba en la revista cubana *Bohemia*, quizás la más importante de la isla en ese entonces.

¹³ “Cuba, c. 1930-1959”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 13: *México y el Caribe desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1998, p. 173.

políticos el golpista prometió elecciones presidenciales en 1953. Gracias a ello, en menos de veinte días los gobiernos de la región reconocieron el nuevo régimen cubano. Así, paulatinamente, se aceptó y se consolidó el gobierno militar del general Batista en el país caribeño.

1.2. La guerra fría y América Latina a principios de los años cincuenta

Cuando Batista se tomó el poder cubano en 1952, la situación en el resto del mundo era turbulenta. La guerra fría, aquella pugna entre Estados Unidos y la Unión Soviética por imponer sus sistemas socioeconómicos, estaba dando sus primeros pasos¹⁴. Capitalismo y comunismo, norteamericanos y rusos, Harry Truman y Josif Stalin estaban *en boca de todo el mundo*. Dado que recién había terminado la segunda guerra mundial, tras la derrota del fascismo en 1945, la geopolítica global estaba apenas reorganizándose. No en vano, estadounidenses y soviéticos reñían en Europa y Asia por sumar territorios a sus respectivas zonas de influencia. Para entonces, la guerra de Corea era el mejor ejemplo de las disputas territoriales entre las dos potencias. Este país asiático vivió por más de tres años, desde 1950 hasta 1953, un conflicto bélico alrededor del famoso paralelo 38. También hubo confrontaciones en Indochina, China y Alemania, pero estas se resolvieron rápidamente y con relativa eficacia en el plano diplomático. Estas disputas, llevadas a cabo en la lógica de la bipolaridad entre el capitalismo y el comunismo, consolidaron “los cimientos de los siguientes tres decenios de guerra fría”, según menciona Ronald E. Powaski¹⁵.

La guerra fría, como casi todas —sino todas— las confrontaciones, no se desarrolló solamente en el plano militar y diplomático¹⁶. Los discursos de ambas potencias para

¹⁴ Menciona Ronald E. Powaski, que “Según la opinión tradicional, la guerra fría empezó en los últimos meses de la segunda contienda mundial, pero las raíces de la rivalidad entre las superpotencias tienen varios siglos de anterioridad y se remontan a la infancia misma de la nación norteamericana” (véase: *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Barcelona, Editorial Crítica, S. L., 2000, p. 359).

¹⁵ *La guerra fría...*, p. 124.

¹⁶ Si bien podría pensarse que la guerra fría no se desarrolló a nivel militar (pues nunca hubo un ataque directo entre sus dos protagonistas) cabe recordar que durante la misma se dio la llamada *carrera armamentista* y que, además, las guerras al interior de países tercermundistas y el despliegue de tropas alrededor de todo el mundo fueron hechos constantes en los cerca de 45 años que duraron las pugnas entre estadounidenses y soviéticos, motivo por el cual se puede hablar de militarismo sin temor a equívocos. Véase una afirmación en este mismo sentido en: Marcos Cueva Perus, “¿El último imperio?: notas sobre la política exterior estadounidense y el estudio de las relaciones internacionales”, *Relaciones Internacionales*, No. 95, México, Centro de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, mayo-agosto de 2006, pp. 17-18.

hacerle propaganda a sus sistemas socioeconómicos también jugaron un papel primordial a lo largo de todo el conflicto bipolar. Tanto los estadounidenses como los soviéticos querían mostrarle al mundo las ventajas de su propio estilo de vida, así como los defectos del sistema rival. Por eso, “junto con la democracia y el libre mercado, Estados Unidos proyectó [...] desde el ‘modo de vida americano’ (*American way of life*) hasta el reconocimiento de los derechos civiles (Martin Luther King), entre otros valores”, dice el catedrático, Marcos Cueva Perus¹⁷. Y por eso también, la “habilidad propagandística” y la “excitación en extremo” —aun cuando se cayera a los excesos de las falsas informaciones y de la neurosis— eran algunas de las *armas* de la Unión Soviética en su búsqueda del *éxito*, según señaló el periodista norteamericano John Gunter tras su viaje a territorio ruso en los años cincuenta¹⁸. Ninguna de las potencias ni sus aliados, entonces, podían permitirse la incursión de la ideología antagonista en su área de influencia. El propio presidente de Estados Unidos, Harry Truman, diría alguna vez que “la lucha más importante era por la ‘mente de los hombres’”, cuenta el investigador cubano Jesús Arboleya Cervera¹⁹. No en vano la geopolítica mundial *se moldeó* en torno a discursos *parcialmente* chovinistas basados en la exaltación de lo propio y en la satanización de la otredad. Discursos, además, maniqueos y de inspiración religiosa —o, si se prefiere, cristiana— del bien y del mal, de lo sagrado y de lo profano, de dios y del diablo. Cualquier injerencia ideológica, discursiva, militar o política de un sistema en el otro, era vista con sumo recelo. De allí la tesis del historiador Eric Hobsbawm, en su libro *Historia del siglo XX. 1914-1991*, según la cual la guerra fría “fue una confrontación de pesadillas”²⁰. Pesadillas que se impulsaron desde los gobiernos soviético y estadounidense y cuyos costos humanos y económicos fueron altísimos, pero siempre justificados en la salvaguardia de lo propio y en la descalificación de lo foráneo.

En Estados Unidos las pesadillas anticomunistas se *materializaron* en el *macartismo*, eponónimo concerniente a Joseph Raymond McCarthy, senador republicano por Wisconsin

¹⁷ “¿El último imperio?..”, p. 17. Menciona también Jesús Arboleya Cervera que “Unas mentes eran tan simples que, para convencerlos de las virtudes del *american way of life*, bastaba con circular ciertos programas de radio, transformas ‘oestes’ en películas de guerra, inventar héroes norteamericanos en los *comics* para niños y controlar la naciente televisión. Pero para las mentes más sofisticadas de la inteligencia europea, también se crearon programas de ‘alto vuelo’ intelectual, bajo el control de la CIA” (*La revolución de otro mundo. Un análisis histórico de la Revolución Cubana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2008, p. 136).

¹⁸ *Rusia por dentro, hoy*, Buenos Aires, Editorial Goyanarte, 1958, pp. 491-493. A lo largo de este libro, Gunther da numerosos ejemplos de cómo operaba el propagandismo soviético. Cuenta que a los historiadores y a los periodistas les tocaba constantemente *seguirle el juego* al régimen en lo relativo a las informaciones que publicaban. Por eso, el pueblo soviético creía que el ejército rojo había sido el que derrotó a Japón en la segunda guerra mundial, que las tropas inglesas y norteamericanas desembarcaron en Normandía el llamado *Día D* porque ya los rusos habían arrinconado a Hitler en su *guarida* (pp. 257-258) y que el ejército rojo había intervenido en la revolución húngara de 1956 de forma relativamente indirecta: “para restaurar el orden en Budapest” (según las palabras de *Pranda* e *Izvestia*, los diarios soviéticos más importantes de la época: p. 298).

¹⁹ *La revolución de otro mundo...*, p. 136.

²⁰ Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1995, p. 89.

conocido internacionalmente por sus métodos inescrupulosos e infundamentados para tildar de comunistas a políticos y a militares de su país²¹. “Macartismo”, según el *Diccionario Enciclopédico Grijalbo*, es, por un lado, un “Término que indica el conjunto de acciones anticomunistas impulsadas por el senador estadounidense. [sic] Joseph McCarthy en el período de la guerra fría, contra personalidades polít. [sic] y culturales de su país (1952-1954)”, y, por el otro, “cualquier tipo de persecución por razones ideológicas, esp. [sic] contra sectores progresistas”²². El *The American Heritage Dictionary of the English Language*, por su parte, tiene una definición de “macartismo” un poco más mordaz y, a su vez, menos ligada a la figura de quien inspiró el epónimo, por lo que el uso del mismo se hace más aplicable a diferentes situaciones: “1. The practice of publicizing accusations of political disloyalty or subversion without sufficient regard to evidence. 2. The use of unfair investigatory or accusatory methods in order to suppress opposition”²³. Si bien McCarthy no fue el primer anticomunista en Estados Unidos, sí se adhirió a la causa del *miedo rojo* (en inglés *red scare*) para popularizarse y, con ello, conservar su curul. Usando la lógica del *grupo maldito* —que se refiere a la necesidad de las sociedades de tener a quien “achacarle las desgracias y los males que les atormentan”, según Roberta Strauss Feuerlicht— el demagogo senador dio inicio a la *caza de brujas*²⁴. Todo aquel que discrepaba de él, fácilmente se veía involucrado en escándalos por supuestas relaciones con el comunismo. Centenares de empleados del gobierno norteamericano vieron su carrera arruinada gracias a sus acusaciones e, incluso, los presidentes estadounidenses de la primera mitad de la década de los cincuenta, Harry Truman y Dwight Eisenhower, debieron sortear sus diatribas²⁵. Gracias a esto, desde 1950 McCarthy acaparó la atención de la opinión pública occidental. Con ello, además de cumplir su objetivo de mantenerse activo políticamente por varios años, logró que la política de su país se hiciera más radical en la contención del comunismo.

²¹ Véase: Richard H. Rovere, *McCarthy y el macarthismo*, Buenos Aires, Editorial Palestra, Colección “Historia Viva”, 1960, p. 10. El epónimo lo acuñó en 1950 el caricaturista Herbert Block, *Herblock*, (tres veces ganador del premio Pulitzer) en uno de sus trabajos para el *Washington Post*. El dibujante caricaturizó un elefante (símbolo del partido republicano) resistiéndose a montar en el macartismo, representado en una inestable y tambaleante columna hecha de varios baldes, un barril despedazándose y una pequeña plataforma chorreando algo parecido a lodo o a crudo, recreando así la forma como el macartismo, sin base sólida alguna, enlodaba a las personas (véase: <http://upload.wikimedia.org/wikipedia/en/9/90/Herblock1950.jpg>, en línea en abril de 2013).

²² Barcelona, Grijalbo Mondadori S. A., 1996, edición actualizada, p. 1153.

²³ Boston-New York, Houghton Mifflin Company, 1992, 3ª edic., p. 1114. El periodista Rafael Bladé, en un artículo concerniente al macartismo traduce esta definición de la siguiente manera: “1. La práctica de publicitar acusaciones de deslealtad política o subversión sin suficientes evidencias. 2. El uso de injustas investigaciones o métodos acusatorios para suprimir la oposición” (véase: “Caza de brujas. La amenaza roja. Fiebre anticomunista en EE UU”, *Historia y vida*, No. 421, Barcelona, abril de 2003, p. 71).

²⁴ Roberta Strauss Feuerlicht, *Joe McCarthy y el mcarthysmo. El odio que trastornó a Norteamérica*, Barcelona, Ediciones Grijalbo S. A., Colección Nuevo Norte, 1976, pp. 39-40.

²⁵ Ronald Powaski, *La guerra fría...*, pp. 127-128.

La Doctrina Truman, formulada en Estados Unidos en los inicios de la segunda posguerra, fue el paso más *importante* en la campaña pronorteamericana y antisoviética en Occidente. La potencia socialista había quedado debilitada en términos humanos y de infraestructura tras la segunda guerra mundial²⁶. Pero, de todas formas, había que impedir su posible expansión. Por ello, *las banderas* de la Doctrina fueron la contención del comunismo y la estabilidad económica en los países del área de influencia estadounidense: “la política de los Estados Unidos debe encaminarse a apoyar a los pueblos libres que resisten las imposiciones de minorías armadas o presiones exteriores”, dijo el presidente Truman en la formulación del programa que llevó su nombre²⁷. Para lograr esto, los estadounidenses crearon entonces una serie de tratados, proyectos e instituciones enfocados en fortalecer la unidad del mundo capitalista. El Plan Marshall y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) fueron los convenios establecidos para apoyar a la Europa occidental de la posguerra y, así, contener el *avance* de la frontera soviética, llamada entonces *la cortina de hierro*. Con el primero, Estados Unidos le *inyectó* 12.000 millones de dólares al viejo continente para su reconstrucción, mientras que el segundo consistió una alianza militar entre más de una decena de países europeos, Canadá y Estados Unidos²⁸. El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), también conocido como el Pacto de Río, por su parte, fue el convenio firmado por Estados Unidos y la mayoría de países latinoamericanos para apoyarse militarmente. Allí se planteó que un ataque armado a cualquiera de los países americanos sería considerado como un ataque a todos los estados de la región y, por ende, cada uno de ellos se comprometía a hacer frente a la agresión²⁹. Este tratado —que por momentos pareció ser una prolongación de la Doctrina Monroe, aquella de *América para los americanos*—, sirvió de base para la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA) en 1948. Ésta, que a propósito se fundó en la Novena Conferencia Panamericana, celebrada en Bogotá en los días *circundantes* al asesinato del político liberal Jorge Eliécer Gaitán, fue el organismo creado para mantener el

²⁶ Felicitas López Portillo, “El mundo de la posguerra: guerra fría y revolución (1945-1959)”, *Latinoamérica. Revista de estudios latinoamericanos*, No. 37, 2003/2, México, Universidad Autónoma de México, 2004, p. 270 y 276. Menciona esta autora que: “se calcula que la URSS perdió 22 millones de sus habitantes, la enorme mayoría jóvenes en edad productiva”, durante la contienda contra el Eje.

²⁷ Coral Bell, “La doctrina Truman y la guerra fría”, *Historia Mundial del siglo 20. Tomo V*, Alonso Mejía M., [sin datos], p. 3. No sobra aclarar que “presiones exteriores” es una evidente referencia de Truman a los rusos. Vale entonces mencionar que las palabras de Powaski según las cuales el período 1945-1953 fue la época de la contención del comunismo, resultan bastante acertadas (*La guerra fría...*, p. 87).

²⁸ En lo económico ya se habían creado en la Conferencia de Bretton Woods, en 1944, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, organismos cuya función fue la estabilización de las unidades monetarias y crediticias tras la segunda guerra mundial, y no la contención del comunismo (véase: Eduardo Sáenz Rovner, *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002, p. 15).

²⁹ Véase: Jacques Pirenne, *Historia Universal. Las grandes corrientes de la historia*, Vol. IX: *Los años de posguerra (1945-1955)*, México, Editorial Cumbre S. A., 18ª edic., p. 289.

equilibrio sociopolítico del llamado “patio trasero estadounidense”³⁰. Allí se pactaron entonces mecanismos de desarrollo conjuntos en los que debían primar la paz, la seguridad y el respeto a la autonomía de los Estados miembros. Así pues, con el Plan Marshall, con la OTAN, con el TIAR y con la OEA, los Estados Unidos lograron mantener cierto control sobre su área de influencia y, con ello, salvaguardar sus intereses y evitar la expansión del comunismo internacional, por lo menos en los primeros años de la guerra fría.

Con el TIAR y con la OEA, la unidad continental para la contención del comunismo se empezó a hacer realidad en América Latina³¹. En ese entonces aún no había peligro inminente de injerencia soviética en la región, según lo afirma el científico político Alain Rouquié³². Pero, a pesar de ello, sí había una posición ideológica y discursiva en contra de la potencia socialista. Por eso, bajo el amparo de los susodichos convenios diplomáticos y en la lógica del miedo rojo, más de una decena de países latinoamericanos firmaron pactos militares con Estados Unidos en el marco de la Ley de Seguridad Mutua que aprobó el Congreso de este país en 1951³³. Así llegó una nueva etapa en las relaciones entre la potencia capitalista y su *patio trasero*; etapa en la cual se pretendió el establecimiento de un bloque continental —diplomático y militar— para combatir al comunismo³⁴. Entonces, la política del *buen vecino* (que rigió los destinos de los países del nuevo mundo desde la crisis económica de 1929 hasta el fin de la segunda guerra mundial) dio paso a la Doctrina de Seguridad Nacional (que, a propósito, se *inició* en 1945, se *robusteció* en 1951 con la antedicha ley y se *impulsó* con mayor fervor después de la revolución cubana en 1959)³⁵. Esta doctrina, *grosso modo*, consistió en una serie de medidas tomadas por el gobierno estadounidense que

³⁰ La expresión “patio trasero estadounidense” para referirse a América Latina, aunque es conocida popularmente, fue tomada de: Marcos Cueva Perus, “¿El último imperio?...”, p. 31.

³¹ Dice la autora Heloisa Jochims Reichel que “la disputa entre capitalismo y comunismo en América Latina venía sucediendo [...] a nivel imaginario” hasta la revolución cubana (véase: “Prensa brasileña y anticomunismo en América Latina durante la primera etapa de la guerra fría (1947-1959)”, *Cuadernos Americanos*, Vol. 04, No. 112. México, julio-agosto de 2005, p. 30). Sin embargo, la creación del TIAR y de la OEA, entre otros aspectos, demuestran que del nivel imaginario se pasó al *nivel físico* mucho antes de 1959. Véase esta afirmación en: Juan G. Tokatlián y Rodrigo Pardo, *Política exterior colombiana. ¿De la subordinación a la autonomía?*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, Ediciones Uniandes, abril de 1989, p. 127.

³² *El Estado militar en América Latina*, Buenos Aires, Emecé Editores S. A., 1984, p. 149.

³³ Véase: Alain Rouquié y Stephen Suffern, “Los militares en la política latinoamericana desde 1930”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1997, p. 290.

³⁴ Véanse: Alain Rouquié, *El Estado...*, pp. 148-149; Heloisa Jochims Reichel, “Prensa brasileña...”, p. 31, y Alain Rouquié y Stephen Suffern, “Los militares en la política...”, p. 290. Según estos autores, los pactos militares se firmaron aun cuando América Latina no era una zona militar de gran prioridad para Estados Unidos. Europa, justo enfrente de la *cortina de hierro*, sí lo era (prueba de ello son el Plan Marshall y la OTAN).

³⁵ Sobre los inicios de la Doctrina de Seguridad Nacional, Francisco Leal Buitrago menciona que ésta “proviene de un período de la vida política de América Latina que se inició en los años sesenta”, tras la revolución cubana (véase: “Surgimiento, auge y crisis de la Doctrina de Seguridad Nacional en América Latina y Colombia”, *Análisis Político*, No. 15, Bogotá, enero-abril de 1992, p. 6). Pero también dice, en concordancia con Édgar de Jesús Velásquez Rivera (en: “Historia de la Doctrina de Seguridad Nacional”, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, México, año 09, No. 27, enero-abril de 2002, p. 11), que la Doctrina dio sus primeros pasos al término de la segunda guerra mundial y en los inicios de la guerra fría.

facultaron a los militares latinoamericanos para que actuaran a favor de los intereses de Occidente, o sea, para que estimularan el pensamiento de derecha y para que acometieran contra el llamado *enemigo interno* (definición que se le dio a aquel actor que, casi siempre tildado de comunista, se oponía al *statu quo* y, debido a ello, ocasionaba inestabilidad en el sistema)³⁶. Dicha doctrina, además, en palabras de Édgar de Jesús Velásquez Rivera, “fundamentó su filosofía en que todo individuo era amigo o enemigo, que América Latina estaba en estado de guerra contra el comunismo mundial y que su lugar se situaba al lado del mundo occidental”³⁷. Basándose en estos supuestos, hubo quienes aplicaron la Doctrina de Seguridad Nacional en los primeros años de guerra fría para combatir supuestas infiltraciones soviéticas en la región. Como consecuencia de ello, a principios de los años cincuenta se propinaron numerosos golpes de Estado en territorio latinoamericano. Y aunque en estos hechos se cometieron violaciones a leyes y a derechos humanos por parte de los militares que se hicieron con el poder, siempre hubo una explicación y una justificación *bien aceptada* por la gente, pues esa era *la guerra contra el comunismo internacional*. A la sombra del TIAR, de la OEA y de la Doctrina de Seguridad Nacional, entonces, el anticomunismo y, con él, los militares, penetraron la escena sociopolítica de América Latina de principios de los años cincuenta sin mayores obstáculos. Aunque en la Carta de la OEA se había estipulado que la “democracia representativa es condición indispensable para la estabilidad, la paz y el desarrollo de la región”, la realidad resultó siendo muy diferente³⁸.

El miedo rojo llegó a América Latina mucho antes de iniciarse la guerra fría. Desde el siglo XIX el comunismo fue visto con cierto recelo³⁹. Pero sólo hasta la tercera década del siglo XX empezaron a *prenderse* con intensidad *las alarmas* en contra de esta doctrina. La creación de partidos pro soviéticos inspirados en la revolución rusa de 1917, así como la celebración del Primer Congreso Comunista de América Latina en 1929, explican esa situación. Según el catedrático de historia Robert Freeman Smith, “en 1930 el movimiento

³⁶ Véase: Francisco Leal Buitrago, “Surgimiento, auge...”, pp. 6-34, y Édgar de Jesús Velásquez Rivera, “Historia de la Doctrina...”, p. 11.

³⁷ “Historia de la Doctrina...”, pp. 13-14.

³⁸ Citado en: Augusto Ramírez Ocampo, “La defensa colectiva de la democracia”, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), *La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A., 2004, p. 469. Por algo menciona el anteriormente citado Rouquié que “Este dispositivo multilateral relativamente flojo y lábil se basa en el principio de la armonía de intereses entre los países miembros de la ‘familia americana’, según la concepción paternalista cara al Departamento de Estado” (véase: *El Estado militar...*, p. 148).

³⁹ Un ejemplo de la satanización del comunismo en el siglo XIX es un documento de 1852 que reza: “El señor gobernador epilogó su discurso combatiendo el infame sistema del comunismo y demostrando al pueblo que la moral, la ley y la religión son los únicos que conducen al género humano al temple, abierto para todos, de la fortuna, el honor y la gloria”. Véase: Archivo Histórico de Antioquia, “Actas de la Junta de Manumisión de Medellín”, Actas de Visitas, tomo 2978, año 1852, f. 1r-3.

comunista en América Latina era pequeño”⁴⁰. Pero aunque fueran manifestaciones izquierdistas sin mucho peso, para los reaccionarios latinoamericanos eran una amenaza que debía ser combatida o, por lo menos, controlada. Así se explica la aparición de algunos regímenes dictatoriales y de los movimientos populistas, nacionalistas y estatistas que dominaron la política de la región durante los años posteriores a la crisis del 29⁴¹. Sin embargo, gracias a que en los años treinta y durante la segunda guerra mundial el fascismo y, particularmente, el nacionalsocialismo pusieron en jaque al *establishment*, y gracias también a las *afinidades* entre los antedichos movimientos y la ultraderecha europea, el miedo rojo se aplacó. Que la política de Adolf Hitler pareciera más peligrosa que la de Josif Stalin y que la Unión Soviética participara en la guerra en el bando aliado, ayudaron a ello. Según señala Alan Angell, en estos años “los movimientos comunistas en América Latina disfrutaron de un prestigio y una tolerancia excepcionales como consecuencia de su participación en los movimientos antifascistas y de la admiración que despertaba la actitud de la Unión Soviética en la contienda”⁴². Pero este “proceso paradójico” (palabras de Hobsbawm) no duró mucho tiempo: tras la derrota del Eje y la consiguiente emergencia de Estados Unidos y de la Unión Soviética como únicas superpotencias, el anticomunismo regresó a Occidente con todo furor⁴³. Regresó esta vez impulsado política, económica y militarmente por la Doctrina Truman y discursivamente por el propagandismo del *american way of life* y por el macartismo.

La paranoia anticomunista promulgada en Estados Unidos en los primeros años de la confrontación bipolar permeó rápidamente el discurso de los latinoamericanos. Gracias a ello, las acciones de los dirigentes políticos de la región se moldearon en torno a tres *vertientes* —todas, causa y consecuencia de las otras dos—: al reclamo de dinero a los Estados Unidos para contener la amenaza roja, a la implementación de reformas sociales y a la *radicalización* de los regímenes políticos. En efecto, la precaria situación socioeconómica del subcontinente, sumada al discurso macartista, llevó a los dirigentes políticos latinoamericanos a pedir más ayuda económica a los norteamericanos. Según la autora

⁴⁰ “América Latina, los Estados Unidos y las potencias europeas, 1830-1930”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 7: *América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930*, Barcelona, Editorial Crítica, S. A., 1991, p. 103.

⁴¹ Véanse: Jaime Delgado Martín, “El siglo XX Hispanoamericano: Fases y contenidos”, *Actas del Congreso Internacional de Historia de América. Córdoba, Marzo 1987*, tomo 1: *Iberoamérica en el siglo XX*, Córdoba, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Cajatur, 1988, p. 8, y Michael M. Hall y Hobart A. Spalding Jr., “La clase trabajadora urbana y los primeros movimientos obreros de América Latina, 1880-1930”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 7: *América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930*, Barcelona, Editorial Crítica, S. A., 1991, p. 315.

⁴² “La izquierda en América Latina desde c. 1920”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1997, p. 95.

⁴³ Véanse las palabras de Hobsbawm en: *Historia del siglo XX...*, p. 17.

Felicitas López Portillo, se pensó que “para combatir el comunismo había que erradicar las condiciones que lo hacían posible, tales como el atraso, la ignorancia y la situación de marginalidad en que se debatían las mayorías latinoamericanas”⁴⁴. Pero en un indicio de que el miedo rojo era más un recurso discursivo que una necesidad de combatir una amenaza real, en Estados Unidos se negaron a apoyar económicamente a su *patio trasero*⁴⁵. Mencionan Fernando Cepeda Ulloa y Rodrigo Pardo García-Peña que “[para los latinoamericanos] el punto principal de la agenda de las relaciones era el económico, mientras que para [...] [los estadounidenses] era la defensa”, y ésta era más efectiva en Europa, justo enfrente de la *cortina de hierro*, que en América Latina⁴⁶. Entonces, los latinoamericanos decidieron buscar soluciones a sus propios problemas. Unos lo hicieron a través de reformas sociales de carácter nacionalista y otros a través de la militarización de los gobiernos. El caso más representativo de los primeros fue el de la Guatemala del presidente Jacobo Arbenz. Para combatir la desigualdad social, su gobierno inició una serie de transformaciones socioeconómicas que perjudicaron los intereses de compañías norteamericanas (como la United Fruit Company, a la que le expropiaron 95.000 hectáreas de tierra sin cultivar) y que, gracias a ello, recibieron el apoyo de los comunistas. Esto alarmó al gobierno norteamericano y, en consecuencia, la Agencia Central de Inteligencia (CIA, de su sigla en inglés *Central Intelligence Agency*) derrocó a Arbenz por intermedio de un grupo de mercenarios centroamericanos con el pretexto de “injerencia soviética y agresión externa”⁴⁷. De otro lado, gobiernos como el de Arbenz, la supuesta amenaza comunista y el amparo de la Doctrina de Seguridad Nacional, sirvieron de pretexto a militares de varios países latinoamericanos para tomarse el poder y, así, buscar otras soluciones a los problemas socioeconómicos. De hecho, en 1954 hubo regímenes castrenses en trece de los veinte estados de la región⁴⁸. Regímenes que facilitaron la penetración del capital transnacional, la subordinación de las élites regionales al proyecto anticomunista y el aplastamiento de posibles intentos reformistas de izquierda⁴⁹. Por algo en Estados Unidos, en palabras del antes citado Velásquez Rivera, se declararon “partidarios de una política de

⁴⁴ “El mundo de la posguerra...”, p. 293.

⁴⁵ Véase: Heloisa Jochims Reichel “Prensa brasileña...”, p. 32.

⁴⁶ “La política exterior colombiana (1946-1974)”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. III: *Relaciones Internacionales. Movimientos Sociales*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 32.

⁴⁷ Véase: Ronald E. Powaski, *La guerra fría...*, pp. 137-138. Casos similares al de Guatemala ocurrieron, por ejemplo, en Bolivia con Víctor Paz Estenssoro y en la Guayana Británica de Cheddi Jagan.

⁴⁸ Anastasio Somoza en Nicaragua, Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, Fulgencio Batista en Cuba, Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, Gustavo Rojas Pinilla en Colombia, Manuel Arturo Odría en Perú, el Movimiento Nacional Revolucionario en Bolivia, Alfredo Stroessner en Paraguay y Carlos Castillo Armas en Guatemala son algunos ejemplos de los dictadores en el poder en 1954. Véase: Felicitas López Portillo, “El mundo de la posguerra...”, p. 291, y Jaime Delgado Martín, “El siglo XX...”, pp. 13-15.

⁴⁹ Felicitas López Portillo, “El mundo de la posguerra...”, p. 291.

estabilidad en el continente, donde el golpe de Estado y la dictadura se convirtieron en la norma y no en la excepción”⁵⁰. De esta forma, el anticomunismo y el militarismo se instalaron en las más altas esferas de la política latinoamericana en los primeros años de guerra fría. Y así, pues, fue como la protección y el aval de las políticas del país hegemónico en la región, permitieron que el general Fulgencio Batista se hiciera con el poder de *La perla de las Antillas* aquella madrugada de marzo del 52.

1.3. Colombia c. 1952

En Colombia, a principios de los años cincuenta, el escenario sociopolítico no estuvo menos agitado que en el resto del mundo. Estos años abarcan el período conocido como *La Violencia*, concepto acuñado en virtud del conflicto bélico —con carácter de *guerra civil no declarada*— entre liberales y conservadores que dejó centenares de miles de colombianos muertos⁵¹. Aunque las versiones sobre el origen, las características y las secuelas de esta contienda son numerosas, los especialistas en el tema, los llamados *violentólogos*, coinciden en que los momentos más álgidos se vivieron en los años posteriores a 1948, tras el asesinato del dirigente liberal Jorge Eliécer Gaitán⁵². Políticos, militares, periodistas, guerrilleros y campesinos, todos pugnaron fervientemente, de una u otra forma y una y otra vez, por defender sus intereses partidistas e ideológicos en esos años.

Así como ocurrió en la guerra fría, durante *La Violencia* las pugnas se dieron también a nivel discursivo. Tanto liberales como conservadores, apoyándose en la estigmatización del miembro del partido opuesto, instigaron a sus copartidarios para que defendieran sus ideales. La política, las iglesias y los medios de comunicación fueron los principales *vehículos* en los que se difundieron las lides discursivas. A través de un lenguaje cargado de ideas, de

⁵⁰ “Historia de la Doctrina...”, p. 19.

⁵¹ El concepto “guerra civil no declarada” fue tomado de: Jonathan Hartlyn y Arturo Valenzuela, “La democracia en América Latina desde 1930”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1997, p. 31.

⁵² Véanse: Gonzalo Sánchez Gómez, “Los estudios sobre la violencia: balance y perspectivas”, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez Gómez y Ricardo Peñaranda comps. y César A. Hurtado Orozco ed. de la presente edic., Medellín, La Carreta Editores E. U., Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), de la Universidad Nacional de Colombia, 3ª edic., 2007, pp. 19-30; Daniel Pécaut, “De las violencias a la Violencia”, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez Gómez y Ricardo Peñaranda comps. y César A. Hurtado Orozco ed. de la presente edic., Medellín, La Carreta Editores E. U., Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), de la Universidad Nacional de Colombia, 3ª edic., 2007, pp. 229-238, y Catherine Legrand, “La política y la violencia en Colombia (1946-1965): interpretaciones en la década de los ochenta”, *Memoria y Sociedad*, Vol. 2, No. 4, Bogotá, 1997, pp. 79-104. Este último artículo es una revisión a la historiografía escrita en la década de los ochenta sobre la violencia. Por eso resulta bastante útil para conocer las interpretaciones que hasta entonces se tuvieron sobre dicha temática.

imágenes y de símbolos, y en el cual primaron los improperios, el bipartidismo justificó la intolerancia y el odio contra lo que *el otro* representaba⁵³. Así se difundió lo que el catedrático Darío Acevedo Carmona llama “una mentalidad de la violencia consistente en atribuir al otro la coacción, la persecución y los hechos de sangre, y concebirse a sí mismo como víctima”⁵⁴. Una “mentalidad de la violencia”, además, en la que se apeló al sentimiento en vez de a la razón y en la que cada partido construyó sus *trincheras* y su *arsenal ideológico* para crear un clima de intolerancia, de desconfianza y de pugnacidad⁵⁵. Si el especialista en análisis del discurso Teun Adrianus van Dijk estudiara el caso de La Violencia, seguramente diría que la confrontación bipartidista apeló a lo que él llama “estrategias de persuasión y manipulación”, consistentes en la presentación de “un retrato de *Nosotros* como buenos y *Ellos* u *otros* como malos”⁵⁶. Así pues, en palabras de la anteriormente citada Catalina María Puerta Henao, la Colombia de principios de los años cincuenta fue un escenario de *pugnas incesantes*⁵⁷.

Al lenguaje bipartidista de La Violencia fácilmente se le acomodaron las peroratas de la guerra fría. El discurso anticomunista y a favor de la solidaridad continental *cayó como anillo al dedo* a las lides entre liberales y conservadores. Según señala el *violentólogo* colombiano Gonzalo Sánchez Gómez, el elemento central de la diferenciación bipartidista acudió a mediaciones “abstractas vinculadas al pensamiento y a la cultura occidentales”, expresados en el “debate ideológico internacional (comunismo, fascismo, guerra fría)”⁵⁸. No en vano “se pasó [...] de hablar de la amenaza que representaba el liberal o conservador, para convertir a éste en un comunista o en un guerrillero”, tal como lo señala Puerta Henao⁵⁹. Pero los señalamientos atañidos a la guerra fría no eran sólo de “comunista” o de “guerrillero” (términos usados principalmente por los conservadores para referirse a sus opositores). Expresiones como “falangista”, “fascista” y “nazista” —profesados mayoritariamente por los liberales para aludir a los conservadores— también aparecieron en el discurso bipartidista. En palabras de Acevedo Carmona, el uso de las “analogías liberalismo-comunismo-anarquismo-caos-abismo, [y] conservatismo-falangismo-atraso-

⁵³ Véase: Catalina María Puerta Henao, “Discurso político y violencia en Colombia”, *Estudios de Derecho*, Vol. 65, No. 145, Medellín, junio de 2008, pp. 189-220.

⁵⁴ *La mentalidad de las élites sobre la Violencia en Colombia (1936-1949)*, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, El Áncora Editores, 1995, p. 40

⁵⁵ Véase: Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad de las élites...*, p. 22 y p. 36.

⁵⁶ “Discurso y dominación. 25 años de Análisis Crítico del Discurso”, Grandes conferencias de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, febrero de 2004, p. 28.

⁵⁷ Véase: Catalina María Puerta Henao, “Discurso político...”, pp. 194.

⁵⁸ Esto lo escribió dicho autor en el prólogo que realizó al libro de Darío Acevedo Carmona *La mentalidad de las élites...* (véase la página 16 del mismo).

⁵⁹ Véase: Catalina María Puerta Henao, “Discurso político...”, p. 202.

dictadura-violencia-autoritarismo” se hizo común⁶⁰. En aquel entonces no había peligro de injerencia soviética, según se mencionó antes, ni mucho menos de injerencia de la ultraderecha europea (pues el nacionalsocialismo estaba sumamente controlado tras la segunda guerra mundial), pero las acusaciones tenían algo de fundamento. Viejas simpatías de liberales como Jorge Eliécer Gaitán con la izquierda, la existencia de guerrillas compuestas por liberales y comunistas y la idea de que el *Bogotazo* fue causado por agentes soviéticos, entre otros aspectos, cimentaron el discurso macartista conservador; mientras que las afinidades con la causa falangista y el *antinorteamericanismo* de políticos como Laureano Gómez, la creación de un semanario conservador titulado *El Fascista* y el saludo hitleriano de algunos conservadores en eventos públicos, hicieron lo propio con las soflamas liberales⁶¹. Sin embargo, no todos los liberales eran simpatizantes de la izquierda y no todos los conservadores lo eran de la ultraderecha. Además, tras la segunda guerra mundial y en los inicios de la guerra fría, el fascismo y el comunismo fueron *los enemigos a vencer* por Occidente. Por ello, en la Colombia de los años cincuenta no fueron fácilmente perceptibles proximidades de los políticos nacionales con regímenes de *uno y otro bando*. O sea que los discursos bipartidistas en los que se realizaron las analogías tocantes a la guerra fría obedecieron a recursos de estigmatización de la otredad —de lo bueno de “Nosotros” vs. lo malo de “Ellos”— basadas en “presuposiciones de conocimiento histórico” (en términos de van Dijk), más que a alarmas sobre un peligro existente. Bien dice Acevedo Carmona en su libro *La mentalidad de las élites sobre la violencia en Colombia (1936-1949)*: “El pasado y el

⁶⁰ *La mentalidad de las élites...*, p. 95.

⁶¹ Véanse: Daniel Pécaut, *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930-1953*, Bogotá, Editorial Norma S. A., 2ª edic., 2001, pp. 597-602; Medófilo Medina, “La resistencia campesina en el sur del Tolima”, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez Gómez y Ricardo Peñaranda comps. y César A. Hurtado Orozco ed. de la presente edic., Medellín, La Carreta Editores E. U., Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia, 3ª edic., 2007, p. 290; Ricardo Sánchez Ángel, “Bajo la égida de los Estados Unidos”, *Historia de las ideas políticas en Colombia. De la independencia hasta nuestros días*, José Fernando Ocampo T. ed., Bogotá, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A., Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR, 2008, pp. 223-226; Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad de las élites...*, p. 39; del mismo autor “Caricatura e imaginarios políticos, Colombia, 1936-1950”, informe de investigación inédito producto de un año sabático, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, agosto de 1996, p. 37 (citado por: Luis Fernando Pérez Gallego, “La oposición política en Colombia vista a través de la caricatura, 1810-1957”, trabajo de pregrado, Departamento de Historia, Universidad de Antioquia, 1999, p. 209); Carlos Mario Perea, *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949)*, Bogotá, Editorial Santillana S. A., 1996, 222 págs.; James D. Henderson, *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, Colección Clío, julio de 2006, p. 390, y Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo berido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*, Bogotá, Editorial Planeta Colombiana S. A., 2006, p. 119. Sobre las afinidades de liberales como Gaitán con la izquierda, específicamente, véase la “Plataforma de orientación ideológica del Partido Liberal Colombiano” adoptada en 1947, en la que proclaman la “solidaridad con todas las fuerzas de izquierda que en el continente americano luchan”. (en: Otto Morales Benítez, *Origen, programas y tesis del liberalismo*, Bogotá, Partido Liberal Colombiano, Biblioteca del Liberalismo, 1998, p. 384). Y de las afinidades de Laureano Gómez con el falangismo se hablará posteriormente.

presente se confunden para atizar con los fantasmas de siempre un enfrentamiento que va copando todos los espacios”⁶².

En la difusión de las querellas discursivas entre conservadores y liberales, la prensa fue un actor de *primer nivel*, pues la gran mayoría de las publicaciones periódicas de la época estaban adscritas a los intereses de uno u otro partido. Según un artículo emitido en 1951 en la revista bogotana *Sábado*, en ese entonces se imprimían en Colombia aproximadamente 64 diarios, semanarios, quincenarios y “mensuarios [sic]”, de los cuales 55 eran liberales o conservadores, siete apolíticos, uno socialista y otro comunista⁶³. “Se trata [...] de una característica *sui generis* de la prensa colombiana”, según lo afirma Enrique Santos Calderón, pues esta situación “No se observa en otros países de América Latina”⁶⁴. Dados los *ímpetus* partidistas de la época, no cabe duda de que toda esa prensa actuó de acuerdo a sus intereses políticos para *recrear* eso que Gonzalo Sánchez Gómez llama “la violencia como *guerra de imágenes [sic]*, de mentalidades, de visiones del mundo, del adversario y del poder”⁶⁵. Los medios de comunicación, entonces, se usaron como vehículos de pasiones, de odios y de venganzas en los que se favorecían la intolerancia y la exclusión del oponente⁶⁶. Decenas, centenas o, quizás, millares de artículos noticiosos, de editoriales, de columnas, de artículos de opinión y, en fin, de caricaturas, publicó la prensa de la época en función de sus pendencias partidistas para tildar al otro de “comunista”, “fascista”, “guerrillero”, “pájaro”, “basilisco”, “anárquico”, “masón”, “falangista”, etc.⁶⁷. “En los años duros de la Violencia (1946-1953), se aprecian bien los brotes francamente pasionales que alcanzó la vocación partidista en la prensa colombiana”, afirma acertadamente Santos Calderón⁶⁸.

El Siglo (conservador) y *El Tiempo* (liberal), probablemente los dos diarios más representativos de la época, fueron los que con mayor ahínco se concentraron en las lides bipartidistas. El primero, fundado en 1936 por José de la Vega y Laureano Gómez, fue un

⁶² *La mentalidad de las élites...*, p. 62.

⁶³ “42 Diarios y 10 Hebdomadarios Funcionan hoy en la República”, *Sábado*, Bogotá, 4 de agosto de 1951, p. 8. No en vano, Maryluz Vallejo Mejía señala en su libro *A plomo herido...* que las publicaciones neutrales e independientes (y al margen del bipartidismo) eran “*rara avis*” (p. 65). En el listado hecho en *Sábado*, no figuran otro tipo de publicaciones “*esporádicas*” y “*especializadas*” que servían de órgano de expresión de universidades, asociaciones culturales y empresas privadas.

⁶⁴ “El periodismo en Colombia. 1886-1986”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. VI: *Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 123.

⁶⁵ Véase el prólogo que hizo Sánchez Gómez del libro de Acevedo Carmona *La mentalidad de las élites...*, p. 17.

⁶⁶ Véase: Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad de las élites...*, p. 65.

⁶⁷ Para un análisis exhaustivo de las publicaciones pendencieras a mediados del siglo XX en la prensa colombiana, véanse los libros de Darío Acevedo Carmona *La mentalidad de las élites...* y *Política y caudillos colombianos en la caricatura editorial, 1920-1950. Estudio de los imaginarios políticos partidistas* (César A. Hurtado Orozco ed., Medellín, La Carreta Editores, Universidad Nacional de Colombia, 2009, 282 págs.).

⁶⁸ “El periodismo en Colombia...”, p. 124.

“diario abiertamente doctrinario” en palabras del estadounidense James D. Henderson⁶⁹. Gómez —a la sazón llamado *El monstruo* y *El hombre tempestad* por su radicalismo y su poder discursivo— fue sin dudas uno de los conservadores más recalcitrantes de la historia colombiana. Siempre se le reconoció como un periodista y un político extremista: católico, nacionalista, reaccionario, antiliberal, anticomunista, antimasonico y, en sus primeros años de vida pública, antinorteamericano (consecuencia, esto último, de su *dolor* por la separación de Panamá en 1903, propiciada, según él mismo, por el imperialismo norteamericano)⁷⁰. No en vano también se le relacionó con la ultraderecha europea y se le tildó de *gran inquisidor* de La Violencia⁷¹. No obstante, en su defensa, y sin desconocer su extremosidad, vale decir que las acusaciones de sus supuestas afinidades con el fascismo son, en gran parte, injustificadas. Las lógicas discursivas de mediados del siglo XX hicieron que los liberales de entonces (periodistas y políticos) acusaran a Gómez de ser *filofascista*, imputación de la que se han valido también numerosos historiadores para seguir presentándolo como tal. Por ejemplo, Luis Antonio Restrepo Arango dice que sus “posiciones fascistas eran de todos conocidas”; Álvaro Tirado Mejía dice que durante la segunda guerra mundial se opuso a los aliados y mostró “sus simpatías con las potencias del Eje”, y Adolfo León Atehortúa Cruz dice que apoyó a la Alemania nazi⁷². Es cierto que Gómez estuvo en Alemania cuando Adolf Hitler subió al poder, que celebró la entrada de Francisco Franco en Madrid durante la guerra civil española (incluso meses antes de que este hecho ocurriera), que promulgó la democracia autoritaria —diferente a la democracia de la mitad más uno—, que consideró anticuadas las instituciones de la doctrina liberal, que fue un fervoroso anticomunista, que fue un crítico del imperialismo norteamericano, que consideró a los judíos gente peligrosa e indeseable, que apoyó la causa alemana en la primera guerra mundial y que fue un nacionalista romántico⁷³. Las acusaciones, entonces,

⁶⁹ *La modernización en Colombia...*, p. 343.

⁷⁰ En relación al sentimiento antinorteamericano y a las ideas de Gómez, véanse: James D. Henderson, *Las ideas de Laureano Gómez*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1985, 279 págs, y el diario *La Unidad*, en el cual el periodista y político conservador inició su vida pública.

⁷¹ Véanse: Vernon Lee Fluharty, *La danza de los millones. Régimen militar y revolución social en Colombia (1930-1956)*, Bogotá, El Áncora Editores Ltda., 1981, pp. 64-66.

⁷² La afirmación de Restrepo Arango, véase en: “Literatura y pensamiento. 1946-1957”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. VI: *Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 68; la de Tirado Mejía, en: “El gobierno de Laureano Gómez, de la dictadura civil a la dictadura militar”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 84, y la de Atehortúa Cruz en: “Colombia en la guerra de Corea”, *Folios*, No. 27, Bogotá, Revista de la Facultad de Humanidades, Universidad Pedagógica Nacional, enero-junio de 2008, 2ª época, p. 65.

⁷³ Véanse, al respecto: James D. Henderson, *La modernización en Colombia...* pp. 389-392; de este mismo autor, *Las ideas de Laureano...*, 279 págs.; Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido...*, pp. 118-121, y Christopher Abel y Marco Palacios, “Colombia, 1930-1958”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 16: *Los países andinos desde 1930*, Barcelona, Editorial Crítica, S.L., 2002, p. 192.

tuvieron algo de fundamento. Empero, es precisamente Henderson, en su libro *Las ideas de Laureano Gómez*, quien afirma que el polémico conservador no fue fascista y que, de hecho, él mismo fue un duro crítico de esta doctrina. Los argumentos del autor para afirmar esto radican en que desde su regreso de Alemania, Gómez dijo de Hitler y de Benito Mussolini que eran unos tiranos, unos *bolcheviques de derecha*, unos criminales, unos coartadores de la libertad humana, unos violadores de las leyes morales y unos amenazantes de la cultura occidental⁷⁴. Asimismo, según Henderson, Gómez sostuvo que su posición era antidictatorial y prodemocrática, que su neutralidad en la segunda guerra mundial obedeció a diferencias con los norteamericanos y que, de hecho, el fascismo era responsabilidad de la doctrina liberal, por lo que las susodichas inculpaciones eran artificios inventados tanto por los liberales como por los estadounidenses. Y si bien es cierto que Gómez en un principio consideró que la España de Franco era el mayor éxito de la época (por su lucha contra el comunismo), luego, cuando el *generalísimo* impuso un sistema autoritario, cambió de opinión y llegó a considerar el régimen ibérico como *un accidente histórico*⁷⁵. Con todo y esto, “Durante veinte y tantos años, Gómez se encontró en la necesidad de defenderse de los cargos de los Liberales [*sic*] que lo acusaban de ser un fascista”, afirma Henderson⁷⁶. Su poderosa oratoria y sus exuberantes ataques a liberales, a norteamericanos, a masones, a comunistas, a judíos, a dictadores, en fin, pesaron más que sus argumentos antifascistas. O sea que pudieron más los recursos discursivos de estigmatización del enemigo por parte de sus antagonistas, que sus propias palabras. Bien dice el periodista Carlos J. Villar Borda: “Mucha tinta se ha gastado con la teoría de que Gómez fue nazi. [Pero] Un análisis objetivo de sus ideas lleva a la conclusión de que no fue así”⁷⁷. Sin embargo, a pesar de que Laureano Gómez no fue un *filofascista*, tampoco pueden desconocerse sus posturas conservadoras radicales. Los mote de *El monstruo* y de *El hombre tempestad* no se los pusieron en vano. Por algo, el anticomunismo y el antiliberalismo del diario que cofundó y en el que tantas veces editorializó, *El Siglo*, fueron vehementes.

El Tiempo, por su parte, fue fundado en 1911 por Adolfo Villegas Restrepo y comprado dos años después por Eduardo Santos Montejó —presidente de Colombia en 1938-1942—, quien convirtió al diario en el órgano oficial del liberalismo⁷⁸. Este fue inicialmente un periódico liberal en el estricto sentido de la palabra: anticlerical,

⁷⁴ *Las ideas de Laureano...*, pp. 133-140 y pp. 246-248.

⁷⁵ James D. Henderson, *La modernización en Colombia...* pp. 389-390.

⁷⁶ *Las ideas de Laureano...*, p. 135.

⁷⁷ *La pasión del periodismo*, Bogotá, Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2004, p. 167.

⁷⁸ Véanse: Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido...*, p. 393, y “Un siglo de ‘El Tiempo’”, *Semana*, ed. No. 1.499, Bogotá, 24 al 31 de enero de 2011, p. 29.

promulgador de cambios progresistas, antiimperialista y vocero de ideas audaces⁷⁹. Gracias al influjo de personajes de la talla de Eduardo Santos Montejó (“defensor de la democracia y enemigo de las dictaduras y de los dictadores”, en palabras del periodista Alberto Donadío), de Enrique Santos Montejó (el famoso *Calibán*, hermano de Eduardo y autor de la reconocida columna “Danza de las Horas”, la más leída de la prensa colombiana por muchos años) y de Roberto García-Peña (también conocido como *Ajax*, quien como director por más tres décadas “escribió más de veinte mil editoriales y diecisiete kilómetros de material impreso”, según cuenta Antonio Cacia Prada), *el diario de los Santos* se volvió el de mayor circulación en Colombia desde los años treinta⁸⁰. Conforme a un artículo de la revista *Semana* de 1948, esta era “la empresa periodística más grande y más rica de Colombia” en aquel entonces⁸¹. No en vano dice el historiador Christopher Abel que este diario “Estableció un nuevo tipo de periodismo; los gerentes viajaban regularmente a Europa y Estados Unidos para conocer métodos modernos de información y tecnología de imprenta. La circulación de *El Tiempo* creció gracias a nuevas técnicas de venta, métodos avanzados de presentación, informe de actos criminales y columnas de opinión”⁸². Así pues, seguramente fueron los viajes que los gerentes del diario hicieron al extranjero lo que generó que hacia mediados del siglo XX los puntos de vista que en éste se expresaban estuvieran determinados por ideas liberales, republicanas y de conciliación. “Con lo años, *El Tiempo* pasó de liberal militante a defensor de la institucionalidad”, señala un artículo de la revista *Semana* publicado en enero del 2011 con motivo del centenario del diario⁸³. Ello explica, pues, por qué la casa editorial liberal protagonizó en la escena colombiana las contiendas discursivas con sus similares conservadores, especialmente con *El Siglo*.

Hacia 1952, las pendencias entre *El Siglo* y *El Tiempo* estuvieron en uno de sus puntos más altos. Incontables ofensas fueron publicadas en editoriales, artículos de opinión, noticias, columnas y caricaturas de ambos diarios en este año. Los dos acudieron una y otra vez a soflamas dicotómicas en las que clamaron por la paz de Colombia a la vez que arengaron contra el partido opositor. Tanto *El Siglo* como *El Tiempo* se atacaron y se defendieron en artículos concernientes a las realidades colombiana e internacional,

⁷⁹ Véase: Carlos Uribe Celis, *Democracia y medios de comunicación en Colombia*, Bogotá, Foro Nacional por Colombia, 1991, p. 24.

⁸⁰ Alberto Donadío, “*El Espectador*. Estandarte del periodismo colombiano”, *El Espectador*. 120 años de testimonio crítico, Museo Universitario de la Universidad de Antioquia ed., Medellín, noviembre de 2008, pp. 40-42; Antonio Cacia Prada, *Historia del periodismo colombiano*, Bogotá, Editorial Prensa Católica, 1958, p. 324 y p. 330, y Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido...*, p. 266.

⁸¹ “La Marcha de ‘El Tiempo’”, *Semana*, Vol. 5, No. 104, Bogotá, 16 de octubre de 1948, p. 24.

⁸² *Política, Iglesia y partidos en Colombia: 1886-1953*, Bogotá, FAES-Universidad Nacional de Colombia, 1987, p. 203.

⁸³ “Un siglo de ‘El Tiempo’”..., p. 30.

pugnando por cuál era el más católico, el más pacifista y, entre otras cosas, el de mayores bases ideológicas⁸⁴. Nuevamente vale decir que si van Dijk hubiera estudiado el caso del bipartidismo de los años cincuenta en Colombia, diría que “A través de una representación positiva de *Nosotros* y una representación negativa de *Ellos*” ambos diarios emitieron un discurso ideológicamente orientado a favor de sus intereses políticos⁸⁵. Para *El Siglo* los liberales eran el demonio mismo, mientras que para *El Tiempo* los conservadores eran los culpables del atraso del país. En lo referido al contexto colombiano, uno y otro se achacaron los hechos de guerra y de barbarie que azotaban a la nación (“La violencia es roja o azul según quien hable”, asegura al respecto Acevedo Carmona); mientras que en lo relacionado con el contexto internacional, las querellas se concibieron en torno al miedo rojo, al antifascismo y a la solidaridad continental que por entonces patrocinaba la Doctrina Truman⁸⁶.

El Siglo, antiliberal y definitivamente anticomunista, acudió al discurso macartista del miedo rojo para manifestar su posición y, con ello, atacar a *El Tiempo*. En lo que puede considerarse como una asociación —sin duda despectiva— entre liberales y comunistas, la palabra “rojo” fue usada con frecuencia en este diario en las noticias internacionales. Algunos titulares rezaron: “Muertos 12 Prisioneros Rojos Amotinados en un Campamento de Corea”, “Los tanques aliados rompen las líneas de avanzadas rojas” e “Impetuoso avance de las fuerzas rojas en Indochina francesa”⁸⁷. Mientras esto fue así en algunos encabezados noticiosos, en los artículos en los que el diario expresó sus opiniones la situación no fue menos pendenciera. Algunas publicaciones (entre editoriales y caricaturas) del primer semestre de 1952 son una buena muestra de ello. En algunas de los primeros, por ejemplo, *El Siglo* acusó a *El Tiempo* de ser “procomunista [*sic*]”, pues Rusia (también llamada “el lobo estepario” que “hunde su zarpa” sobre los países en los que tiene injerencia) encontró en el diario liberal una “diabólica conexidad” que le hace publicidad, porque *El Tiempo*, signatario de ese “pacto con el diablo”, es una “casa siempre abierta y siempre generosa que les prodiga [...] y les hace lloviznar [a los rusos] [...] elogios

⁸⁴ Sobre esto se mostrarán algunos ejemplos posteriormente, pero para una noción más completa, véanse buena parte de las editoriales y las columnas de los diarios mencionados en 1952, allí se evidencian a la perfección este tipo de lides discursivas.

⁸⁵ “Discurso y dominación. 25 años de Análisis Crítico del Discurso”, Grandes conferencias de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, febrero de 2004, p. 28.

⁸⁶ *La mentalidad de las élites...*, p. 41. Véanse, como un buen ejemplo de lo dicho, los artículos: “Unión nacional contra la violencia”, *El Siglo*, Bogotá, 8 de abril de 1952, p. 4, y “Ante la nación”, *El Tiempo*, Bogotá, 9 de abril de 1952, p. 4.

⁸⁷ *El Siglo*, Bogotá, 16 de marzo de 1952, p. 2; 17 de febrero de 1952, p. 2, y 26 de febrero de 1952, p. 2 (en su respectivo orden de aparición en el texto).

desmesurados”⁸⁸. (No sobra recordar que en 1952 el director de *El Siglo* era Álvaro Gómez Hurtado, hijo de Laureano, y que ambos, seguramente, allí editorializaban.) En las caricaturas, entretanto, el diario conservador arremetió contra el liberalismo, en unas, y contra el comunismo internacional, en otras. Véase como ejemplo la figura 1 (al final del capítulo), un dibujo satírico anónimo en el cual se quiso mostrar que la Unión Soviética era una muerte más segura que la muerte misma⁸⁹. Entonces, acudiendo a comparaciones mordaces y a afirmaciones por momentos *carentes de sentido*, este periódico expresó sus posiciones en contra del liberalismo colombiano y del comunismo internacional. No en vano afirma el historiador Álvaro Tirado Mejía que “Indudablemente había mucha similitud entre las posiciones del macartismo contra los demócratas, liberales y progresistas [...] y las que acá tomaban Laureano Gómez y sus seguidores”⁹⁰.

El Tiempo, entretanto, se valió de palabras menos agresivas que las de *El Siglo* para ejecutar sus ataques y defensas. Frente al uso del término “rojo” por parte del diario conservador, los titulares del diario liberal evitaron la colorida relación —por obvia conveniencia— y se refirieron a los comunistas como tales: “La Ayuda de E.U. Podría Servir para Pagar Obreros Comunistas”, “Invasión Comunista a 3 Islas se Rechaza por la marina surcoreana” y “Fuerte Avanzada Comunista Amenaza a la Ciudad de Hanoi”⁹¹. Este hecho, que demuestra una actitud un poco menos belicosa en *El Tiempo* que en su similar conservador (sobre todo respecto a la doctrina soviética), es también perceptible en las publicaciones en las cuales la *casa* liberal expresó su opinión. Porque sus posturas, más bien, fueron encauzadas en contra del radicalismo defendido por ciertos sectores conservadores de Colombia y del mundo y, quizás por consiguiente, su discurso se orientó a favor de la libertad de prensa, de la democracia y de la solidaridad continental. Ejemplos de ello son dos editoriales publicados en marzo de 1952. En ellos el diario liberal se fue *pluma en ristre* contra el famoso senador McCarthy y contra aquellos conservadores colombianos que antes habían tenido afinidades con la ultraderecha europea. Al primero lo criticó por ir en contra de la libertad de prensa y a los segundos por declararse amigos de la democracia cuando antes aparentemente lo fueron de las dictaduras. Sobre el senador norteamericano

⁸⁸ Véanse los artículos: “Dialéctica sospechosa”, *El Siglo*, Bogotá, 13 de marzo de 1952, p. 4; “Tesis de la oposición. El procomunismo”, *El Siglo*, Bogotá, 16 de abril de 1952, p. 4, y “Pacto con el diablo”, *El Siglo*, Bogotá, 24 de abril de 1952, p. 4.

⁸⁹ En el presente estudio sólo se hará mención de caricaturas relacionadas con el contexto internacional, no de los dibujos satíricos sobre el bipartidismo. Éstos son suficientemente estudiados por Darío Acevedo Carmona en su libro *Política y caudillo colombianos en la caricatura...*

⁹⁰ “El gobierno de Laureano Gómez, de la dictadura civil a la dictadura militar”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 90.

⁹¹ En su orden: *El Tiempo*, Bogotá, 21 de febrero de 1952, p. 8; 23 de febrero de 1952, p. 10, y 27 de febrero de 1952, p. 8.

dijo *El Tiempo* que, famoso “por sus extravíos y debilidades sensacionalistas” (pues le teme a las ideas y a las palabras), quiso acallar las críticas de un periódico de su país “siguiendo la huella de los dictadores”, o sea, valiéndose “de la lucha anticomunista para causar grave daño a la autonomía de las conciencias” y para “liquidar la libertad de pensamiento”. A renglón seguido, sobre la democracia y la censura a la prensa, dijo el diario liberal:

El hemisferio americano ha contemplado con infinito dolor el calvario de la libertad de prensa. Y es ya hora de que la democracia no se preste a ser torpe careta para amparar a quienes la han escarnecido o a quienes no vacilan en traicionarla. [...] La libertad de prensa es su primer requisito. Ponerla a cubierto de toda clase de peligros como éste que ha querido desatar y relieves el senador McCarthy, debiera ser obligación imprescriptible de los espíritus que honradamente reconocen y exaltan su maravillosa misión creadora.⁹²

Respecto a aquellos que en Colombia antes habían tenido conciernas con la ultraderecha europea, *El Tiempo*, sin mencionar nombres específicos, dijo que le parecía “curioso el entusiasmo con que ciertos periodistas conservadores, especialmente los más tenaces y fervorosos enemigos de la solidaridad americana cuando ésta operaba contra el nazifascismo [*sic*], se proclaman ahora sus amigos y defensores resueltos”⁹³. Ese tipo de correlaciones entre hechos internacionales y el contexto colombiano fue común en el diario liberal. Véanse, por ejemplo, las figuras 2 y 3: dos caricaturas realizadas por el artista mundialmente famoso gracias a sus dibujos sobre temas internacionales, Peter Aldor (de origen húngaro y refugiado en Colombia desde la segunda guerra mundial), pensadas para criticar a los totalitarismos europeos, aunque seguramente no por ello podrían dejar de ser una indirecta a sucesos y a personajes colombianos. La primera es un dibujo sobre el resurgimiento del nazismo (simbolizado en unas flores con la cruz esvástica que salen de la tumba de Hitler), ante la mirada inquieta de un Occidente personificado en el tío Sam, en Winston Churchill y en Francia (representada en una mujer escandalizada en cuya cabeza se *posa* un gorro frigio con las iniciales RF, República Francesa). Y la segunda es una sátira del manejo que en la España de Franco le estaban dando a la justicia, pues ésta estaba siendo enjuiciada por portar sin licencia sus distintivas espada y balanza. Estas publicaciones, a fin de cuentas, permiten entrever que el discurso de *El Tiempo*, aunque inmerso en las pugnas bipartidistas, fue más moderado o, si se quiere, más indirecto que el de *El Siglo*. Porque contrario a lo manifestado en el diario conservador, el liberal no realizó acusaciones mordaces y ampulosas. Sin explicitar a quiénes se refería y reseñando un hecho *genérico* (la ultraderecha europea), proclamó sus ideas y, así, le respondió al conservatismo.

⁹² “Una táctica totalitaria”, *El Tiempo*. Bogotá, 18 de marzo de 1952, p. 4.

⁹³ “No hay que confundir”, *El Tiempo*. Bogotá, 16 de marzo de 1952, p. 4.

Ahora, si bien es sabido que *El Siglo* no fue *filofascista*, que *El Tiempo* no fue *procomunista* y que las soflamas fueron producto de recursos discursivos de animadversión, entonces ¿qué dijeron uno y otro diario de los *ataques* proferidos por sus rivales? Cabe mencionar que de los discursos de *El Tiempo* y de *El Siglo* sobresalen, aparte de las pependencias, la ausencia de juicios de valor en contra de las ideologías de las que se decía tenían afinidad. Porque si bien el diario liberal marcó desde los años veinte su deslinde del socialismo y del comunismo, en plenos inicios de guerra fría fue poco lo que criticó dichas ideologías; y lo mismo con el diario conservador, que aunque sí mostró alguna vez simpatías con el franquismo, luego, en plenos años cincuenta, casi no lo vituperó⁹⁴. Esa relativa ausencia de alusiones negativas por parte de los liberales al comunismo y de los conservadores al ultraderechismo fue, entonces, *caldo de cultivo* para que los discursos de *El Siglo* —macartista, mordaz y acusatorio— y de *El Tiempo* —*antiultraderechista* y fundamentándose en la libertad de prensa, en la democracia y en la solidaridad continental—, pululara. Ello sugiere, además, que las peroratas tuvieron algo de fundamento. Pero la respuesta a la pregunta radica en que a pesar de las acusaciones, ambos periódicos siguieron en su lógica pependenciera y, entonces, en vez de *atacar* a las doctrinas con las cuales se les relacionaba, siguieron *atacándose* entre sí. O sea que si bien los diarios no tenían afinidades con los regímenes de las extremas izquierda y derecha, tampoco les importaba que se afirmara que tales afinidades sí existían: lo que les importaba era seguir tildando al otro de “izquierdista” o de “ultraderechista”.

Pero entonces ¿cómo se explican los *lenguajes* de *El Siglo*, radicalmente anticomunista, y de *El Tiempo*, antifascista y promulgador de principios democráticos? ¿Acaso la posición de *El Siglo* obedeció a una especie de *cortina de humo* para ocultar su antigua connivencia con el franquismo? ¿Y por qué *El Tiempo* asumió un discurso más conciliador y menos radical que el diario conservador? Probablemente los conservadores y los liberales de la época dirían que todas esas posiciones obedecieron a los principios doctrinales de cada partido político. Pero una explicación más lógica sobre las características de esos discursos está relacionada con el entorno en el cual se expresaron. El abordaje del contexto es determinante para

⁹⁴ Sobre el deslinde de *El Tiempo* del comunismo y el socialismo, véase: Carlos Uribe Celis, *Democracia y medios de comunicación...*, p. 29. Hay que aclarar que, aunque no en gran medida, el diario liberal sí tuvo posiciones más críticas respecto al comunismo que el diario conservador frente al franquismo, aunque éstas se dieron prácticamente sólo a nivel de las caricaturas. Nótese, por ejemplo, en la figura 2 la ausencia de Stalin en la inquietud de los aliados frente al resurgimiento del nazismo. ¿Acaso no importó que la Unión Soviética también pudiera estar desasosegada por el florecimiento del hitlerismo, en tanto tuvo más de veinte millones de muertos durante la segunda guerra mundial? ¿Por qué entonces junto al tío Sam, a Wiston Churchill y a Francia no estuvo el máximo representante de la Unión Soviética? Sin duda, las respuestas a estas preguntas apuntan hacia la satanización del comunismo en los cincuenta, pues en tiempos de guerra fría era *inadmisible* sugerir que los soviéticos volverían a ser aliados.

entender y analizar los discursos en tanto éste informa sobre las condiciones en los que se activan, usan, expresan y presuponen los mismos, afirma van Dijk⁹⁵. Por lo tanto, las respuestas a estas preguntas están intrínsecamente relacionadas con el hecho de que Colombia, en esta época, estuvo gobernada por un régimen conservador extremoso (del cual *El Siglo* fue el *vocero oficial*) y, casi por consiguiente, el liberalismo fue un partido de oposición *maniatado*. Laureano Gómez (*El monstruo*, *El hombre tempestad*, el conservador recalcitrante) fue elegido presidente para el período 1950-1954 con la abstención casi total del liberalismo. A finales de 1951, sin embargo, Gómez enfermó, por lo que el ministro de guerra, Roberto Urdaneta Arbeláez, fue designado como primer mandatario interino. Aun así, según James D. Henderson, el presidente electo *popularmente* “se aseguró de poder controlar el gobierno desde su cama de enfermo”; afirmación que no cuesta trabajo creer, aun cuando el mismo Urdaneta Arbeláez dijo alguna vez que en las reuniones que él tenía con Gómez dos o tres veces por semana, a éste le costaba trabajo dar sus opiniones y “jamás intervino siquiera para pedir el nombramiento de un portero”⁹⁶. Pero fuera con Laureano Gómez o con Urdaneta Arbeláez a la cabeza, el régimen se caracterizó por sus políticas radicalmente conservadoras, o, mejor dicho, por lo que Alain Rouquié llama el “extremismo doctrinario ‘laureanista’ [*sic*]”⁹⁷. No en vano, independientemente de las posibles acepciones del concepto, este régimen ha sido tildado como *dictatorial* por numerosos historiadores⁹⁸. Por ejemplo, dice Tirado Mejía que esta presidencia trajo “la preeminencia del ejecutivo sobre el legislativo, el recorte de las libertades públicas tradicionalmente protegidas, la introducción de elementos corporativistas ajenos a nuestra tradición político-jurídica [*sic*] y la restricción del sufragio universal”⁹⁹. Esas actitudes dictatoriales, sumadas a las antiguas simpatías de Gómez con el franquismo y a las ideas antinorteamericanas que éste promulgó en sus primeros años de vida pública, hicieron que

⁹⁵ *Ideología. Un enfoque multidisciplinario*, Barcelona, Editorial Gedisa, 2000, pp. 266-286, y del mismo autor, “Discurso, conocimiento e ideología. Reformulación de viejas cuestiones y propuesta de algunas soluciones nuevas”, *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, Vol. 10, Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, 2005, pp. 312-313.

⁹⁶ *La modernización en Colombia...*, p. 516. Según Henderson, fueron tres las maneras como Laureano Gómez mantuvo el control sobre el gobierno: dejando un cuerpo de lugartenientes en quienes podía confiar para llevar a cabo sus programas, dominando el Partido Conservador y manteniendo su influencia mediante la reforma de la Constitución Nacional. La afirmación de Urdaneta Arbeláez, véase en: *Reportajes de la historia de Colombia. 158 documentos y relatos de testigos presenciales sobre hechos ocurridos en 5 siglos*, tomo 2: *Desde la rebelión de Mosquera hasta la época actual*, selección y presentación de textos: Jorge Orlando Melo, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 331.

⁹⁷ *El Estado militar...*, p. 235.

⁹⁸ Daniel Pécaut, aunque no está muy de acuerdo con usar el concepto, dice que “existen ciertamente muy buenos argumentos para hablar de dictadura” (véase: *Orden y violencia...*, p. 592); Vernon Lee Fluharty menciona que con Gómez “terminó la era republicana y llegó a Colombia la dictadura” (véase: *La danza de los millones...*, p. 139) y Ricardo Sánchez Ángel señala que esta fue la época de la dictadura conservadora y, asimismo, de la derrota de la democracia (véase: “Bajo la égida de los Estados...”, pp. 240-241).

⁹⁹ “El gobierno de Laureano Gómez...”, p. 89.

en Estados Unidos miraran con ciertas prevenciones al gobierno colombiano iniciado en 1950. Para contrarrestar esto —pues los costos políticos podían ser enormes: una cosa era tener de enemigo a Estados Unidos como periodista y otra como presidente—, Gómez debió manifestar su arraigado anticomunismo y mostrarse como un fervoroso aliado de la potencia capitalista. Por ello Colombia fue el único país latinoamericano que envió un batallón de soldados a la guerra de Corea para que lucharan junto a las tropas estadounidenses contra la avanzada soviética en Oriente. Menciona Adolfo León Atehortúa Cruz que fue así como el caudillo conservador debió exorcizar “sus viejos demonios de oposición al tratado Urrutia-Thompson [relativo a la separación de Panamá] y de apoyo a la Alemania nazi” (afirmación esta última, que a pesar de haberse desmentido anteriormente, no deja de ser clave para entender las lógicas político-discursivas de Colombia de ese entonces)¹⁰⁰. Dadas estas condiciones, puede suponerse entonces que el discurso de *El Siglo* fue vehemente gracias no sólo al influjo de quienes en él escribían y de quienes lo habían fundado, sino también gracias a que podía opinar cuanto quisiera sin correr el riesgo de que el régimen lo refrenara o lo acallara, por un lado, y a que *debía* mostrarse ante la opinión pública como un fervoroso anticomunista y pronorteamericano, por el otro. (Véase por ejemplo en los siguientes capítulos cómo el mismo diario cambió su línea discursiva cuando el contexto sociopolítico fue diferente.) O sea que si bien la posición del *diario de los Gómez* obedeció inicialmente a las líneas doctrinales del partido conservador, también obedeció a una *maniobra de distracción* para olvidar un pasado ajeno a los intereses de Occidente.

Las características del régimen de Gómez-Urdaneta —y especialmente de la personalidad del primero— permiten entrever que el escenario sociopolítico le debió resultar bastante adverso a la oposición política. Cuando el caudillo conservador llegó al poder “prosiguió la persecución y eliminación de sus contrarios a los cuales englobó dentro de una misma categoría: Comunistas, masones, o liberales”, señala al respecto Tirado Mejía¹⁰¹. Sobre esta afirmación, recuérdese no más la analogía que Gómez alguna vez hizo del liberalismo y del mítico basilisco. En “una de sus más agresivas y conocidas arengas” (en palabras del profesor Juan Guillermo Gómez García), dijo el político y periodista conservador¹⁰²:

¹⁰⁰ “Colombia en la guerra...”, p. 65. Según Henderson, el anticomunismo le sirvió a Gómez para “mejorar su relaciones con Estados Unidos”, pero tampoco hasta el punto que él deseaba: “Gómez nunca fue del agrado de los funcionarios estadounidenses ni obtuvo su confianza” (*La modernización en Colombia...*, p. 514).

¹⁰¹ “Colombia: siglo y medio de bipartidismo”, *Colombia: Hoy*, Bogotá, Siglo XXI Editores de Colombia, 1982, 8ª edic., p. 174.

¹⁰² *Colombia es una cosa impenetrable. Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre historia política y vida intelectual*, Bogotá, Diente de León, 2006, p. 82.

En Colombia se habla todavía del partido liberal para designar a una masa amorfa, informe y contradictoria. Basta con una simple contemplación del fenómeno, tranquila y fría, sin apasionamientos, con el ánimo del investigador que trata de averiguar qué es lo que pasa, cómo está constituido ese bloque que no puede compararse ni designarse sino con aquello que la imaginación de los antiguos designó con el nombre de basilisco. El basilisco era un monstruo que reproducía la cabeza de una especie animal, de otra la cara, de una distinta los brazos y los pies de otra cosa deforme, para formar un ser amedrentador y terrible del cual se decía que mataba con la mirada. Nuestro basilisco camina con pies de confusión y de ingenuidad [.] con piernas de atropello y de violencia, con un inmenso estómago oligárquico; con percho de ira, brazos masónicos y una pequeña, diminuta cabeza comunista, pero que es la cabeza. Esto no es una composición. Este no es el resultado de una elaboración mental. Es la deducción que se hace de la consideración de los últimos hechos del país.¹⁰³

Improprios de este talante fueron proferidos por Gómez en innumerables ocasiones. Bien dice Guillermo de la Peña que el caudillo conservador “quería arrancar de raíz todas las posibles influencias liberales e izquierdistas”¹⁰⁴. No en vano, aun cuando en 1950 se propuso *comandar* un gobierno “de todos los colombianos” en el cual se garantizaran “el respeto a la vida humana” y un “nuevo estilo político” (carente de “politiquería”), su proyecto para la conformación de un Estado corporativista estuvo, en últimas, enfocado a “la derrota del pernicioso liberalismo”, o sea, enfocado a “moderar los efectos de la democracia mayoritaria mediante el fortalecimiento del control presidencial del Congreso”, a “Renovar los lazos entre la Iglesia y el Estado eliminados por los liberales” en la reforma constitucional de 1936 (durante el gobierno de Alfonso López Pumarejo), y a prohibir “el conflicto de clase”, en palabras de Henderson¹⁰⁵. No resulta extraño, pues, que en esos años, los liberales —“muchos de los cuales eran tan fanáticos en su oposición al comunismo como el propio Gómez”, en palabras nuevamente de Henderson— se

¹⁰³ Menos de seis meses después de pronunciadas esas palabras, Gómez fue elegido presidente de Colombia para el período 1950-1954. Véase el famoso *discurso del basilisco* (pronunciado por Gómez en Medellín a su regreso de España, en donde estuvo exiliado desde el 9 de abril de 1948) en: “El discurso del Dr. Gómez”, *El Siglo*, Bogotá, 27 de junio de 1949, p. 4. Aun cuando el aparte en el cual Laureano Gómez relacionó al liberalismo y al basilisco ha sido mencionado en numerosas ocasiones por diversos historiadores, éste fue citado en su totalidad debido no sólo a que ayuda a complementar la idea que se está argumentando, sino también a que dicho aparte no ha sido escrito cabalmente en la bibliografía secundaria. De hecho, en las citas hechas por otros autores se han omitido ciertas palabras sumamente dicientes. Al respecto, véase la caricaturización del basilisco que publicó el diario conservador *La Patria* a los pocos días de publicado en la prensa el discurso de Gómez (*La Patria*, Manizales, 28 de junio de 1949, p. 1, citado en: César Augusto Ayala Diago, *Inventando al Mariscal: Gilberto Alzate Avendaño, circularidad ideológica y mimesis política*, Bogotá, Fundación Gilberto Alzate Avendaño, Secretaría de Cultura del departamento de Caldas, Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, 2010, p. 445).

¹⁰⁴ “Las movilizaciones rurales en América Latina desde c. 1920”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A, 1997, p. 228.

¹⁰⁵ *La modernización en Colombia...*, pp. 511-520. Bien dice Aline Helg que los liberales quedaron excluidos de la administración pública como “una respuesta, desde luego mucho más violenta y animada por la voluntad de venganza, a la negativa de la ‘cooperación conservadora’ de Alfonso López en 1934, negativa que había significado la pérdida del puesto a los trabajadores que trabajaban en el sector público” (“La educación en Colombia. 1946-1957”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. IV: *Educación y Ciencia. Luchas de la Mujer. Vida Diaria*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 113.

encontraran sujetos a una persecución sistemática y, por ende, impedidos para participar en el gobierno conservador¹⁰⁶.

Al radicalismo *laureanista* contra los liberales hay que sumarle el *ingrediente* que la Iglesia, como histórica aliada del conservatismo, le *agregó* a la situación. Esta institución, apoyada en las directrices del Vaticano y de los concilios (los mayores contradictores de los *frutos* de la Ilustración, o sea, de las revoluciones liberales de Francia de 1789 y de 1848, del positivismo y de la secularización), siempre fue acuciosa en la descalificación del liberalismo como doctrina ideológica y como partido político¹⁰⁷. Las proposiciones dirigidas a la disminución del poder político de la Iglesia hechas por los liberales desde el siglo XIX, y hechos como la ignición de templos y de colegios religiosos y el asesinato de sacerdotes durante el *Bogotazo*, coadyuvaron a ello¹⁰⁸. No obstante, según el sociólogo e historiador francés Daniel Pécaut, “El liberalismo había sido desde tiempo atrás respetuoso de la posición de la Iglesia entre las instituciones. La inmensa mayoría de los liberales eran tan ‘practicantes’ como los conservadores; no había entre ellos nada parecido a las tradiciones anticlericales que se encuentran en muchos republicanos españoles”¹⁰⁹. En este mismo sentido, el latinoamericanista Carlos Mario Perea afirma que “El anticlericalismo no existía en Colombia a mediados de siglo”¹¹⁰. Pero, aun así, el partido liberal era considerado “un partido ateo, masón, comunista, anticlerical, enemigo de la religión”, dice Acevedo Carmona¹¹¹. Prueba fehaciente de ello fueron la *prohibición* de leer *El Tiempo* —incluso proferida en los púlpitos— y palabras como “El liberalismo es pecado” y “Matar liberales no es pecado” (las primeras atribuidas al obispo de Pasto, Ezequiel Moreno, y las segundas al obispo del municipio antioqueño Santa Rosa de Osos, monseñor Miguel Ángel Builes quien, además, publicaba en *El Siglo*)¹¹².

Las actitudes sosegadas de *El Tiempo* en 1952, entonces, tuvieron directa relación con el hosco entorno en el cual se encontró el liberalismo con el régimen *laureanista* y con la

¹⁰⁶ Encuéntrese la afirmación de James D. Henderson en su libro *La modernización en Colombia...*, p. 466. La afirmación relacionada a la persecución sistemática bajo la cual estuvieron los liberales, véase en: Tulio Halperin Donghi, *Historia contemporánea de América latina*, Madrid, Alianza Editorial S. A., El libro de bolsillo, 13ª edic. revisada y ampliada, 1996, p. 493.

¹⁰⁷ Véase: Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad de las élites...*, pp. 139-143.

¹⁰⁸ Véase: Fernán González González, “Iglesia católica y el Estado colombiano (1930-1985)”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 381-384.

¹⁰⁹ *Orden y violencia...*, p. 600.

¹¹⁰ *Porque la sangre es espíritu...*, p. 46.

¹¹¹ *La mentalidad de las élites...*, p. 157.

¹¹² Véase: Josefina Aguilar Ríos, “La política, los demonios y lo sagrado”, trabajo de pregrado, Departamento de Sociología, Universidad de Antioquia, 2006, pp. 61-64 y p. 76, y Fernán González González, “Iglesia católica y el Estado...”, pp. 355-357. Menciona Maryluz Vallejo Mejía, en su libro *A plomo berido...*, que por ejemplo “se leían en *El Siglo* titulares de este calibre: ‘Se comete pecado mortal al leer *El Tiempo*’, y ‘Prohibido a los católicos y a los sacerdotes escribir en *El Tiempo*’ (9 de enero de 1936)”, (p. 95).

Iglesia en su contra. El radicalismo del régimen, arengas como la del basilisco y la *permisión* para matar liberales, naturalmente, aumentaron el clima hostil de La Violencia, especialmente contra del partido que hizo las veces de opositor. Prueba de ello son hechos como los ocurridos en septiembre de 1952, en los cuales policías y civiles incendiaron las sedes de los diarios *El Tiempo* y *El Espectador* y las residencias de los dirigentes liberales Carlos Lleras Restrepo y Alfonso López Pumarejo¹¹³. Entonces, para evitar un escenario político más adverso, el liberalismo debió moderar su actuar político durante el régimen de Gómez. Dice Tirado Mejía: “Los dirigentes liberales, limitados a sobrevivir políticamente, en general tuvieron una actitud conciliadora”¹¹⁴. Porque, de hecho, hasta la prensa opositora estuvo *maniatada* en esos años de régimen conservador. La censura, impuesta desde el estado de sitio declarado en 1949 por el presidente Mariano Ospina Pérez (también conservador) fue, a la sazón, severa. Menciona la anteriormente citada Maryluz Vallejo Mejía que Gómez y Urdaneta “fueron inclementes con la prensa durante su mandato”: a los funcionarios públicos se les prohibió “inmiscuirse en problemas de orden público y dar declaraciones a la prensa” (“medida que afectó el ejercicio periodístico”) y, además, “se creó la Dirección de Información y Propaganda [...] para dar a la prensa y a los medios las informaciones oficiales y autorizar la propaganda de todas las entidades del Estado”, medida con la cual se restringió el acceso a las fuentes y se puso a los medios en una “desventajosa competencia por la publicidad”¹¹⁵. Según el profesor Acevedo Carmona, durante la censura sólo se permitía la publicación de artículos que “estuvieran desprovistos de acusaciones y críticas al gobierno y al conservatismo”, por lo que “Las pocas referencias a los asuntos políticos se caracterizaban por un lenguaje moderado, indirecto y genérico”¹¹⁶. Ello explica la publicación de anuncios en la primera página del diario liberal como: “ESTA EDICIÓN DE **EL TIEMPO** SE PUBLICA BAJO LA CENSURA OFICIAL [*sic*]”, y “**EL TIEMPO** ES UN DIARIO LIBERAL PARA EL PUEBLO COLOMBIANO, CONSAGRADO AL CULTO Y A LA DEFENSA DE LA LIBERTAD Y LA JUSTICIA, AL SERVICIO DE LOS PRINCIPIOS EN QUE SE BASAN LAS

¹¹³ Véase: Álvaro Tirado Mejía, “Colombia: siglo y medio...”, p. 179. Señala allí mismo el autor que tal fue “la connivencia oficial con tales desmanes” que a pesar de que “la casa de López era vecina a la del presidente Urdaneta [Arbeláez] [...] la guardia de este último permaneció impasible frente a los acontecimientos”.

¹¹⁴ “Colombia: siglo y medio...”, p. 178.

¹¹⁵ *A plomo herido...*, pp. 312-313.

¹¹⁶ *La mentalidad de las élites...*, p. 131. Dice al respecto Carlos Mario Perea que “resulta más fácil encontrar en *El Tiempo* editoriales y artículos encaminados al tratamiento de diversos temas” y que “el liberalismo no tiene la misma intensidad y persistencia en sus ataques” que los conservadores (véase: *Porque la sangre es espíritu...*, p. 70). A ello se le deben sumar las palabras de *El Siglo* en las cuales se justifican la censura impuesta en el gobierno *laureanista* (véase el editorial: “La censura y otros sistemas”, *El Siglo*, Bogotá, 5 de julio de 1952, p. 4).

INSTITUCIONES REPUBLICANAS Y DEMOCRÁTICAS [sic]”¹¹⁷. Por todo lo anterior, se concluye que el discurso moderado de *El Tiempo* obedeció a la compleja posición del liberalismo en la escena política colombiana. Mientras gobernara un régimen conservador radical como el de Gómez-Urdaneta, que además tenía la connivencia de la Iglesia y un diario oficialista arengador, los periodistas liberales debían moderar sus palabras y, más bien, proclamar —aunque fuera de manera indirecta— principios que reclamaran condiciones más favorables.

1.4. El golpe de Batista y la prensa colombiana

Las opiniones de *El Siglo* y de *El Tiempo* sobre el golpe de Estado de Batista de 1952 fueron consecuentes con la línea editorial de cada diario. El periódico conservador, como *vocero oficial* de un régimen sectario, aprobó sin reparos *el golpe del sun sun*; mientras que el liberal, como órgano de una oposición *maniatada*, lo rechazó tajantemente. Bajo esa misma lógica, mientras uno y otro diario expresaron sus puntos de vista sobre dicho cuartelazo, también se enfrascaron en la pugna por cuál de los dos tenía la razón, siempre contextualizando sus argumentos bajo los discursos bipartidistas. Más de una veintena de publicaciones, entre editoriales, columnas y caricaturas, emitieron ambos diarios sobre el susodicho suceso.

Los argumentos con los cuales *El Siglo* fundamentó su posición sobre lo acaecido en Cuba estribaron, principalmente, en los *vicios* del régimen de Carlos Prío Socarrás. En un editorial allí impreso dos días después del golpe se dijo que este hecho tenía justificación gracias al “espectáculo de descomposición política y de corrupción administrativa”, a la “ola de pistolero [sic]”, al “certamen de sobornos y de fraudes” electorales y a la “simulación” de “la libertad de prensa” del derrocado régimen¹¹⁸. En este mismo sentido, en un artículo publicado el 10 días después del cuartelazo en la sección del periódico dedicada al resumen de los acontecimientos internacionales más relevantes (y cuyo autor seguramente fue Gabriel D’Hermont), se mencionó que este “se produjo como resultado de la situación de malos manejos que se había hecho casi institucional en ese país [...] [porque] Enriquecimiento, peculados, prevaricatos, explotación de los dineros del Estado en beneficio de politiqueros inmorales, todo aquello había llegado al máximum”¹¹⁹. Por

¹¹⁷ Algunos días en los que aparecen estas publicaciones son: 13 de febrero de 1952, 29 de febrero de 1952, 14 de marzo de 1952 y 4 de junio de 1952.

¹¹⁸ “Por quién doblan?”, *El Siglo*, Bogotá, 12 de marzo de 1952, p. 4.

¹¹⁹ Gabriel D’Hermont, “Normalidad en Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 22 de marzo de 1952, p. 10. Cabe mencionar de este artículo que en un comienzo hizo pensar que Batista iba a ser criticado, pues allí se

todo ello, dice el editorial citado, el gobierno derrocado “estaba lejos de satisfacer los requisitos de cualesquiera de las formas aceptables de gobierno”, por lo que “La extinta ‘democracia’ cubana era una farsa”. Entonces, afirma Gabriel D’Hermont en otro artículo, si el nuevo dictador “logra —como ha prometido— terminar con los vicios administrativos, habrá conseguido el reconocimiento de la gran mayoría de sus compatriotas”¹²⁰.

La posición de *El Siglo* respecto al gobierno derrocado explica por qué Batista fue halagado y hasta glorificado, aun cuando en unos comentarios más bien *aislados* se alcanzó a mencionar que “es prematuro determinar si [él] será o no beneficioso para Cuba”, que no se sabe si “lo que venga en el futuro sea más democrático” y que no pueden “anticiparse conceptos sobre la manera como actuará [...] en cuanto a la depuración de la administración pública cubana”¹²¹. E, igualmente, la susodicha posición explica por qué Prío Socarrás fue tan denigrado. Por ejemplo, el primer escrito que en el diario conservador se publicó sobre el nuevo dictador —un día después del golpe, cuando la escena cubana era todavía de expectativa e incertidumbre— fue un comentario editorial en el cual se exaltó con un tono poético y ameno la llegada del militar al poder del país caribeño. Allí, describiendo la geografía, el clima y el ambiente de Cuba y la figura y las acciones del dictador, el diario conservador expresó su beneplácito por el suceso del día anterior. La gran cantidad de adjetivos calificativos exaltando a Cuba (“bella”, “cálida isla”, “[con] clima de ron y de alegre existencia”, “sápida y jaranera”, “incitante y despreocupada”, entre otros) y a Batista (“masculino y dominante”, “mestizo [...] [con] una sonrisa de África”, “César trasladado al trópico”, “violento y suave”, “tórrido monarca” y más) lo demuestran. La publicación, titulada “Batista y Cuba” y que a pesar de lo extensa será citada en su totalidad debido a la expresividad de su tono y de sus palabras, reza:

Frente a Cuba la bella, el coronel Batista sugiere siempre lo masculino y dominante. Su figura de mestizo florece de pronto en una sonrisa de África. No tiene blanduras de burócrata. A veces parece más bien un negrero con delicadezas aprendidas en Francia, o un César trasladado al trópico. / Los cubanos mismos se han complacido en forjar leyendas alrededor del hombre que terminó con la dictadura del general Machado. Cada que Batista regresa al primer plano —después de sus exilios que más parecen vacaciones de escolar díscolo— la leyenda comienza a difundirse de nuevo. Surgió de pronto en el ejército de Cuba. Se decía que era colombiano. De soldado llegó a sargento y de sargento a controlar el destino de Cuba. Y esto lo ha repetido cada vez que le ha venido en gana, en los momentos

comentó en un tono sarcástico cuales fueron las acciones del mismo para llegar al poder. Se dice allí que el militar utilizó “artimañas jurídicas” para ser elegido “‘democráticamente’ [sic]” al decretar “‘ilegalmente vacante la Presidencia de la República’ [sic]”. Sin embargo, cuando las comillas y las palabras usadas hicieron pensar que se iba a rechazar el actuar del golpista, al final del artículo la línea discursiva cambió y, más bien, se confirmó la posición *aprobadora* de *El Siglo* de cara al cuartelazo.

¹²⁰ Gabriel D’Hermont, “Batista Otra vez en el Poder”, *El Siglo*, Bogotá, 15 de marzo de 1952, p. 12.

¹²¹ Véanse las citas, en su orden, en: Gabriel D’Hermont, “Batista Otra vez en el Poder”, *El Siglo*, Bogotá, 15 de marzo de 1952, p. 12; “Por quién doblan?”, *El Siglo*, Bogotá, 15 de marzo de 1952, p. 4, y Gabriel D’Hermont, “Normalidad en Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 22 de marzo de 1952, p. 10.

en que ha tenido humos para hacerlo, y luego ha dejado que otros gocen de la cálida isla con sabor de azúcar y de ron. / En realidad, y dejando de lado consejas, Batista se parece a su isla, es el actor que cuadra a su escenario. La forma misma alargada de la geografía cubana, su clima de ron y de alegre existencia, como que pidieran un hombre así: violento y suave, con desparpajo de mestizo, en quien de pronto irrumpe la reminiscencia del continente negro, con alegría de tórrido monarca. / La isla guarda avara y celosamente su algarabía de trópico entre los otros territorios que la rodean, perdidos en el explosivo azul del más colorinesco [sic] mar del mundo. Pero todas las demás parecen celosas de Cuba, la más sávida y jaranera, la más incitante y despreocupada de las antillas. / Vestida de fiesta y olorosa a ron y a puerto, dulce de caña de azúcar y loca de vida, Cuba parece estar siempre a la espera de estos cambios bruscos, de estos amores súbitos que al coronel Batista tanto le gustan, acaso por que sepa que en ellos es el más experto galán del mar de las antillas. El más experto y el más cotizado.¹²²

Asimismo, en otro comentario editorial, publicado cinco días después del golpe, se utilizó un tono semejante para referirse a los dos protagonistas del acontecer cubano y al *escenario* mismo. Allí se dijo que en esa “isla rumbera y demoníaca” Batista “derribaba a sus enemigos con su sistema propio, patentado quizás, de los golpes de estado [sic] a la alborada”, cosa que hizo con “el hasta entonces ocupante del poder, Carlos Prío Socarrás”¹²³.

Las caricaturas que sobre lo acontecido en *La perla de las Antillas* emitió el diario de los Gómez tienen esa misma lógica de encomiar al llamado *hombre fuerte de Cuba* y de infamar al presidente destituido. La primera de ellas, de autor anónimo, fue emitida un día después del *putsch*¹²⁴. El dibujo consiste en una mofa de Prío Socarrás a través de una analogía entre un golpe de Estado y un golpe *a puño cerrado*: al gobernante saliente (según lo indica el título de la imagen, mas no las facciones del personaje), en cuyo rostro se vislumbra un *ojo morado* producto de un puñetazo y una expresión de abatimiento, le están diciendo que golpes como el que a él le propinaron sólo los da Batista (ver fig. 4). La segunda caricatura —de autor no identificado— fue emitida el 15 de marzo y es también un símil entre la acción del militar isleño y los golpes de una riña: a una persona postrada en una cama y con prácticamente todo el cuerpo vendado después de haber sostenido una pelea, le dicen que está como si la contienda en la cual lo dejaron en tal situación hubiera sido contra el mismo Batista (ver fig. 5). Y el tercer dibujo —que, a propósito, es de gran tamaño, y cuyo autor es el lituano Pencyla, quien llegó a Colombia con el anteriormente mencionado Peter Aldor— corresponde a un busto del nuevo gobernante isleño con un semblante como de afabilidad y de confiabilidad (ver fig. 6)¹²⁵. Así fue entonces como en el diario *laureanista* importaron más las *malas costumbres* del régimen depuesto que la *naturaleza golpista* y dictatorial del

¹²² “Batista y Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 11 de marzo de 1952, p. 4.

¹²³ “EL GENERAL FULGENCIO BATISTA”, *El Siglo*, Bogotá, 15 de marzo de 1952, p. 11.

¹²⁴ Por “putsch” entiéndase “golpe de Estado”.

¹²⁵ Véase información sobre Pencyla en: “Caricaturistas”, *El Siglo*, Bogotá, 16 de marzo de 1952, p. 5. Sobre este personaje cabe mencionar que resulta curioso que tuviera una posición tan disímil a la de Peter Aldor, teniendo ambos un origen tan similar, pero esto seguramente tiene su explicación en el hecho de que *sus destinos se separaron* al ambos conseguir trabajo en dos diarios de distinta filiación política y tan pendencieros, y entonces a cada uno le tocó *amoldar* sus trabajos acorde a la línea editorial de cada periódico.

gobierno recién instalado. No en vano loaron y ensalzaron al general Batista igual que vituperaron, degradaron y se burlaron del derrocado Prío Socarrás: mientras al primero le *aplaudieron* sus acciones y le ensalzaron su imagen, al segundo lo llamaron “el hasta entonces ocupante del poder” (no “el hasta entonces presidente”, que sería quizás más adecuado) y lo representaron gráficamente *aporreado* y humillado.

La posición crítica de *El Tiempo* frente al *madrugonazo*, por su parte, se fundamentó en la *esencia* antidemocrática y militarista del hecho y en que, según se menciona allí, las dictaduras restringen las libertades y entorpecen la solidaridad y la unidad continentales¹²⁶. Numerosos artículos con *diversos* argumentos emitió el diario liberal en los días subsiguientes al cuartelazo a fin de *defender* sus puntos de vista sobre el mismo:

- El 11 de marzo del 52, en un comentario editorial titulado “Una Democracia Menos”, se mencionó que “No podemos registrar sin pena” la noticia del golpe (que, además, no había sido contra Prío Socarrás, sino contra Liborio, o sea, contra el pueblo cubano), pues con este hecho se estaba perdiendo la “absoluta libertad de la democracia” isleña —“una de las más valerosas y pujantes”— en tanto hasta ese 10 de marzo “la prensa, el radio [*sic*], el cinema y, últimamente, la televisión, eran baluarte del derecho a disentir”. Pero con “La política de los ‘hombres fuertes’ y de los fusiles electorales” los pueblos, “como Liborito”, seguirán sintiendo “la angustia de estar encadenados”¹²⁷.
- En un editorial publicado un día después del artículo anterior, se manifestó que el cuartelazo de Batista había sido producto del “armamentismo” y del “estímulo exagerado de las fuerzas armadas en estos países americanos” en los cuales se estaban poniendo “las armas al servicio de la antidemocracia”, al servicio de esos “caudillos bárbaros” y, en últimas, al servicio de “las peores formas de la vida política”. Por eso, “para vergüenza de nuestra cultura”, “El drama de la democracia americana no puede ser más alarmante”. Tan solo “Si en vez de armas, a estos pueblos se les dan instrumentos de trabajo. Si en lugar de cañones vienen tractores. Si en vez de balas llegan semillas. Y si en cambio de contemporización con los regímenes que destruyen la libertad, hay hostilidad, la democracia podrá subsistir”¹²⁸.

¹²⁶ El término “madrugonazo”, según Hugh Thomas, se refiere a los golpes de Estado que en América Latina se iniciaron horas de la madrugada. Por lo temprano de los sucesos, a la palabra “madrugón” se le añadió entonces el sufijo con valor aumentativo “-azo” (véase: *Cuba...*, p. 606).

¹²⁷ “Una Democracia Menos”, *El Tiempo*, Bogotá, 11 de marzo de 1952, p. 5. Acerca de “Liborito” se dice allí mismo que éste es el pueblo cubano en tanto es un personaje “moreno, inquieto y trabajador” que “viste ‘guayabera’ y sobre el sombrero de ‘guano’ luce una estrella solitaria”, y que fue *inventado* por José Martí, el libertador de Cuba.

¹²⁸ “A Propósito del Golpe de Cuba”, *El Tiempo*, Bogotá, 12 de marzo de 1952, p. 4.

- En la “Danza de las Horas” de ese mismo 12 de marzo dijo Enrique Santos Montejo, *Calibán*, que “El golpe de cuartel en La Habana constituye un paso más hacia el completo dominio del militarismo en la América Latina” y, a manera de premonición, manifestó también que

El general Batista, como es uso y costumbre, ha hecho toda clase de promesas y declarado que asume el poder sólo para asegurar elecciones puras y acabar con la ineficiencia y la corrupción administrativas. [Pero] Como es obvio, todo seguirá igual, en el mejor de los casos. Y nadie se acordará de exigir al militar triunfante el cumplimiento de sus promesas. Mas la tormenta se irá formando poco a poco, y cuando el poder haya desgastado la fuerza de las bayonetas, vendrá otra revolución [!]. La de verdad. La que no dejará títere con cabeza.¹²⁹

- Al día siguiente de emitidas las palabras de *Calibán*, en un nuevo editorial se aludió a la cuestión del reconocimiento diplomático de los gobiernos similares al recién instalado en el país antillano: “no ha podido establecerse una regla que obligue a los países latinoamericanos a obrar conjuntamente. El ideal sería la consulta previa para que la solidaridad no se rompiera”. Pero debido a que ésta estaba operando entre las dictaduras y no entre las democracias, “gobiernos nacidos del mismo sistema se han apresurado a proclamar el reconocimiento del régimen de fuerza impuesto por Batista”, hecho que resulta “muy elocuente” y que permite cuestionar el término “el continente de la esperanza” para denominar a América. Y concluye el artículo: “¿Esperanza de qué?”¹³⁰.
- La siguiente publicación sobre el cuartelazo fue una columna de Próspero Morales Pradilla en la cual, en un tono literario, se habló despectivamente de las raíces africanas de Batista, de su llegada al poder cubano y de lo que el mismo representaba ideológicamente. Bajo el título “Mirador de Próspero” y el subtítulo “SHANGO”, reza la columna que

el general Fulgencio Batista es el aspecto afro-cubano de la política isleña, mientras los demás personajes representan la cultura democrática, la herencia martiana, el patriotismo o la reacción falangista. Pero hay más: al sedimento afro-cubano, que no debe entenderse como hecho racial sino como legado fetichista, el actual dictador une la fuerza de su prestigio militar y un desmesurado espíritu de lucro. Tres son, pues, las características del nuevo gobernante que se ha impuesto en Cuba: aureola de ‘Shangó’ [dios de la tempestad del pueblo yoruba, del suroeste de Nigeria], de semidiós selvático, de brujo político; prestigio militar, conquistado en 1933 como sargento que derrotó a los oficiales sitiados en el Hotel Nacional; y ‘traficante de influencias’, dispuesto a servirse del erario público para robustecimiento de su propio patrimonio [...]. / Ideológicamente, Batista no representa nada, ni siquiera intentará traducir las enseñanzas de Perón. Políticamente es ajeno a cualquier doctrina que no consulte sus ambiciones personales. Militarmente sigue siendo un sargento audaz. Pero constituye símbolo del ‘providencialismo’, enaltecido por los ritos afro-cubanos, defendido por el ejército y dispuesto a que el pueblo pague sus lujos. / En verdad, lo único que

¹²⁹ *Calibán* [Enrique Santos Montejo], “DANZA DE LAS HORAS”, *El Tiempo*, Bogotá, 12 de marzo de 1952, p. 4.

¹³⁰ “LA IMPOSIBLE SOLIDARIDAD”, *El Tiempo*, Bogotá, 13 de marzo de 1952, p. 4.

representa Fulgencio Batista es la anti-democracia [*sic*], mas no por veleidades filosóficas o por odio al espíritu republicano, sino porque le gusta gozar y él goza mandando.¹³¹

- El editorial del domingo 16 de marzo del 52, entretanto, consistió en una comparación del nuevo gobierno isleño con las dictaduras de Venezuela, Nicaragua y República Dominicana. Allí se dijo que “tales gobiernos no representan la voluntad del pueblo, sino que son creaciones de la fuerza, [...] [y, entonces,] la solidaridad no actúa porque le falta el indispensable fundamento popular”. Para contrarrestar esa adversa situación, se afirma allí mismo, “el ideal [...] es que se logre la uniformidad democrática de América”, que no haya “esa dramática violación de los derechos humanos por parte de la mayoría de los gobiernos americanos” y que “vuelva a hacerse realidad y carne de verdad el espíritu de los libertadores”¹³².
- El mismo día del editorial anterior, en la sección dedicada al resumen de los sucesos internacionales más sobresalientes, un nuevo artículo fue emitido sobre el tema en cuestión. Sobresale de este escrito que apeló a un tono sarcástico, desesperanzador y reprochador para criticar la forma como Batista legalizó su mandato (véanse, por ejemplo, las palabras “da la casualidad” y las referencias a los “tanques”, a los “carros de asalto” y al gobierno como “de hecho” y de “fuerza”). Al principio del texto —que por cierto es bastante largo— se hizo, en un tono puramente descriptivo, una especie de biografía política del dictador, a la vez que se narró cómo fue el golpe y cuáles las reacciones del depuesto presidente. Allí se relató cómo Batista pasó de sargento a primer mandatario en 1933; cómo hizo y deshizo gobiernos hasta 1940; cómo fue elegido democráticamente presidente de Cuba en ese año; cuál era la situación política de la isla en 1952 (en tanto las elecciones estaban programadas para junio); cómo se planeó y llevó a cabo el cuartelazo, y qué hizo Prío Socarrás durante los días posteriores al mismo. Sólo hasta el final, en el último párrafo, bajo el subtítulo “Todo es cuestión de forma”, se emitieron juicios de valor con la intención de manifestar la posición del diario:

Después del rápido triunfo del alzamiento militar, la tarea a la que parecen entregados los medios oficiales de La Habana consiste en una pequeña prestidigitación. No cuesta ningún trabajo convertir en minutos en gobierno de derecho al que lo es de hecho. He aquí la fórmula de que se habla: el presidente Prío Socarrás se ha marchado del país, sin autorización del congreso —no importa que los tanques y los carros de asalto lo hayan expulsado de la presidencia y Batista se haya hecho dueño del gobierno por la fuerza—: debe sucederle el presidente del senado. Claro está que el señor Batista no es el presidente del senado, pero se le puede nombrar, porque da la casualidad de que es senador por Pinar del Río. Sucede, sin embargo, que al principio no se pensó en nada de esto, y Batista

¹³¹ [Próspero Morales Pradilla], “El Mirador de Próspero. ‘SHANGO’”, *El Tiempo*, Bogotá, 14 de marzo de 1952, p. 5.

¹³² “No hay que confundir”, *El Tiempo*, Bogotá, 16 de marzo de 1952, p. 4.

suspendió por 45 días la reunión del congreso. Habrá que decidir ahora lo contrario, pero después de todo no es tan difícil.¹³³

- Y, por último, el 19 de marzo, en otro comentario editorial, se mencionó sobre los *vicios* del antiguo régimen que “No pretendemos disimular los errores que haya podido cometer el señor Prío Socarrás durante su gobierno”, pero, por lo menos, éste era “celoso de las libertades democráticas”, mientras que Batista “con su golpe de suerte y su fuerza bruta, ha cerrado todos los caminos democráticos que Prío Socarrás mantenía abiertos para el libre juego de la política”, por lo que “A los errores de Prío Socarrás, ciertos o inciertos, Batista añade la destrucción de las libertades, el rompimiento de las instituciones republicanas y el ‘providencialismo’”¹³⁴.

Los puntos de vista *antibatistiano* y de indulgencia con el depuesto gobernante lo expresó también *el diario de los Santos* en cuatro caricaturas. Las dos primeras fueron hechas por Peter Aldor, de quien ya se han mostrado algunos trabajos. Dos días después del cuartelazo, el húngaro realizó un símil entre lo que estaba ocurriendo en La Habana y un combate de “lucha ‘libre’ [sic]”: un Batista fornido aparece sometiendo en la lona a un Prío Socarrás lánguido ante la mirada inquieta de personajes como la democracia (la mujer vestida de negro que está sosteniendo un bolso —el de la libertad— y que con desasosiego está manifestando su disgusto con ese “deporte”), el tío Sam, Rafael Leónidas Trujillo (el dictador dominicano), Juan Domingo Perón (el gobernante de Argentina) y, entre otros, la esposa de éste último, Eva Perón (fig. 7). Asimismo, el domingo 16 de marzo, Aldor dibujó al dictador cubano como un personaje estridente —por su atuendo militar exagerado, sus pasos agigantados, su sonrisa malqueriente y su mirada desdeñosa— y coartador de la libertad, acción representada en el pájaro enjaulado que lleva en su mano izquierda (fig. 8). (El hombre que corre tras Batista es don Fulgencio —personaje de la tira cómica del artista argentino Lino Palacio *Don Fulgencio. El hombre que no tuvo infancia*— cuya principal característica es su adultez inocente, ingenua e infantil motivada por el hecho de que durante sus primeros años de vida se le prohibió expresar sus emociones, por lo que el comentario fuera de la viñeta de la figura, “...UN POCO DIFERENTES...”, denota entonces la intención del caricaturista de mostrar la disimilitud entre un personaje real con acciones políticas trascendentes y polémicas, Batista, y una figura ficticia de carente vivacidad, don Fulgencio.) El tercer dibujo publicado en *El Tiempo*, signado por Pinzón (firma, seguramente, referente a Roberto Pinzón Monchalliani, famoso caricaturista colombiano de mediados del siglo XX), es una representación *inactiva* de los dos

¹³³ “Cuba”, *El Tiempo*, Bogotá, 16 de marzo de 1952, p. 11.

¹³⁴ “La Voz de Cuba”, *El Tiempo*, Bogotá, 19 de marzo de 1952, p. 5.

protagonistas de la escena cubana: al depuesto presidente el artista le dibujó el busto con una expresión de grandeza y heroicidad, mientras que al dictador lo pintó caricaturescamente con una figura escuálida y unas facciones exageradas, insípidas y, si se quiere, ridiculizadas (ver fig. 9). Y la cuarta caricatura, realizada por el bumangués Luis María Rincón y publicada el 17 de marzo, consiste en una simbolización de lo que Batista se supone estaba haciendo en Cuba: sobre *La perla de las Antillas* un caníbal gigante —a propósito con una fisonomía similar a la del dictador— está cocinando en un fogón de leña a la democracia, representada en una mujer con su torso desnudo y, lógicamente, consternada por lo que le estaba ocurriendo (fig. 10). En suma, tanto los escritos como los dibujos de *El Tiempo* que se refirieron al acaecer cubano de ese marzo de 1952 estuvieron *encauzados* a criticar el *golpe de la sunsundamba* y a respaldar al depuesto Prío Socarrás. El reclamo por la carencia de solidaridad continental, de democracia y de legalidad; el tono desesperanzador y sarcástico; los reproches por el militarismo; las representaciones burlescas y ridículas de Batista, y la indulgencia y la exaltación del saliente mandatario cubano, fueron los diversos *instrumentos* de los que se valió el diario liberal para fundamentar su *enfoque*. La forma como en *El Tiempo* rechazaron y desaprobaban lo relacionado con el golpe de Batista fue entonces evidente.

Como es de suponerse, las diferentes perspectivas de *El Siglo* y de *El Tiempo* frente al cuartelazo en Cuba acarrearón *inmejorables* excusas para que ambos diarios *extendieran* sus pugnas. Qué buena oportunidad advirtieron allí los periodistas para seguir pendenciando por sus disímiles perspectivas bipartidistas. Ni *El Siglo*, en su lógica *laureanista* y anticomunista, ni *El Tiempo*, en su *estado* opositor y discursivamente moderado, podían dejar pasar esta oportunidad para manifestar sus diferentes argumentos sobre los sucesos cubanos. La visión negativa de *ellos* y positiva de *nosotros* —en términos de van Dijk— tuvo su *caldo de cultivo* en las opiniones de lo sucedido la isla caribeña. No en vano, los artículos en los cuales hubo lides fueron “editoriales exhortativos o de lucha”, llamados así “por cuanto presenta[n] ataques a determinadas situaciones y exige[n] conductas específicas” (en términos de Susana González Reyna)¹³⁵. Al respecto, diría Acevedo Carmona que después de expresadas las opiniones “se impusieron las pasiones sectarias y la mentalidad de lucha”¹³⁶. No fue casualidad, entonces, que las pugnas por las opiniones sobre lo sucedido en la isla antillana se empezaran a imprimir en ambos periódicos un mismo día: el 13 de marzo de 1952, cuando cada diario había expresado y *reafirmado* su respectivo parecer y cuando aún no se habían *atacado*. (Lo que si debió ser casualidad fue la similitud de los

¹³⁵ *Géneros periodísticos 1: periodismo de opinión y discurso*, México D. F., Editorial Trillas S. A. de C. V., 1991, p. 59.

¹³⁶ *La mentalidad de las élites...*, p. 125.

títulos de estos primeros escritos: el de *El Siglo* reza “Dialéctica sospechosa”, mientras que el de *El Tiempo* “Sospechosa Simpatía [sic].”)

El diario conservador fue el que con mayor vehemencia refutó las críticas que los liberales hicieron al *madrugonazo*. Aunque cuando *El Tiempo* le achacó las culpas del golpe de Batista al armamentismo y al militarismo no mencionó al presidente estadounidense ni a sus programas políticos, para *El Siglo* los argumentos del diario liberal fueron una clara referencia a los pactos militares adelantados por la Doctrina Truman. En respuesta a ello, allí publicaron un editorial bastante ofensivo en el cual, a través nuevamente de las supuestas relaciones de los liberales colombianos con el comunismo internacional, se *justificaron* tanto el acontecer del país caribeño como las políticas militaristas de Estados Unidos en América Latina. Parte del texto reza:

[*El Tiempo*,] ese abanderado de la tesis rusa, encuentra inexplicables correlaciones entre esos preventivos para el caso de una guerra, y un golpe de Estado que tiene su explicación en el desgreño administrativo, en la inmoralidad, en la corruptela que habían levantado sus tiendas en Cuba. / [...] En el orden de ideas de “El Tiempo” [sic], con su dialéctica del absurdo y su lógica del diablo, lo único que falta es que, para impugnar la política de pactos bilaterales del presidente Truman, encuentre retroactivamente en ella la causa de los otros tres cuartelazos de alborada con que el general Batista sorprendió sucesivamente a sus regocijados compatriotas, hace ya bastantes años.¹³⁷

Mientras tanto, el diario liberal refutó en un comentario editorial los argumentos que a favor de Batista se emitieron en *El Siglo* a través de la defensa de la institucionalidad republicana, de indirectas por las supuestas afinidades del conservatismo con la ultraderecha y de reproches por la aparente doble moral profesada por sus opositores partidistas. Por eso criticó la “profunda simpatía con el golpe contra el presidente de Cuba” y “con el ingreso de la isla al circuito de los gobiernos de facto, de naturaleza militar y contrarios a toda posibilidad de imperio de los principios democráticos”, por parte de algunos periódicos conservadores, pero, principalmente, “el [...] de Bogotá”. Dice, además, *El Tiempo* que

Ahí es donde nadie entiende al conservatismo. En lo internacional anda de brazo de los ejecutores de golpes de Estado. En lo nacional dice que lucha por mantener el imperio del orden, las tradiciones y los fueros infalibles de los mandatarios. Cualquiera pensaría que establece dos morales. Una para justificar a las gentes de su afecto que derriban presidentes y abaten leyes en el exterior. Otra para erguirse, en lo interno, como excluyente y agresivo abanderado contra los ‘perturbadores’. [¿] En donde está, pues, la lógica de su actitud?¹³⁸

La respuesta del *diario de los Gómez* no se hizo esperar. El 15 de marzo, en una sección del diario dedicada a noticias *light*, le fueron *lanzados* dos nuevos *dardos* —bastante *triviales* por

¹³⁷ “Dialéctica sospechosa”, *El Siglo*, Bogotá, 13 de marzo de 1952, p. 4. Se debe recordar que en la década de los treinta, Batista tomó el poder en Cuba en varias ocasiones: bien fuera personalmente o con “presidentes títeres”. Véase: Louis A. Pérez Jr., “Cuba...”, pp. 164-168.

¹³⁸ “Sospechosa Simpatía”, *El Tiempo*, Bogotá, 13 de marzo de 1952, p. 5.

cierto— al diario liberal. El primero de ellos consistió en un comentario acerca de unas fotos sobre el acaecer cubano. Allí, *El Siglo* se vanaglorió de haber publicado algunas imágenes recién tomadas en La Habana en las cuales se mostraban escenas de lo ocurrido tras el golpe y, asimismo, se mofó de que *El Tiempo* hubiera emitido, primero, una vieja y conocida foto de Batista y, luego, una imagen de Prío Socarrás a manera de “verdadera primicia gráfica”, cuando la misma, al parecer, había sido tomada dos días atrás. Reza el artículo: “Otra vez [...] EL SIGLO [sic] volvió a darle el ‘baño’ a su competidor de Bogotá”¹³⁹. El otro dardo fue un comentario acerca de un error cometido en el diario *El País*, de Cali, en el cual imprimieron dos veces, uno tras de otro, el mismo titular acerca de la posesión de Batista como “Primer Ministro Cubano”. El refrán “Al que no quiere caldo se le dan dos tazas” fue entonces la conclusión que al respecto tomaron en *El Siglo*, la cual, seguramente, estaba dirigida a los periodistas liberales¹⁴⁰.

El *contraataque* de *El Tiempo* llegó un día después de lanzados los improperios por los conservadores. Pero éste estuvo más argumentado y, casi por consiguiente, fue menos *pueril*. En un editorial (a propósito citado anteriormente) publicado el domingo 16 de marzo se mencionó que “mientras los países de América no alcancen plenitud democrática, la solidaridad será imposible. Esa es la tesis, y tratar de desvirtuarla con interpretaciones acomodaticias no sólo revela total ausencia de honestidad intelectual, sino que resulta ingenuo intento”¹⁴¹. Y en una columna de ese mismo día (también referenciada con anterioridad) se dijo con un tono como de desesperanza y de zozobra que, “Por lo pronto, el gobierno de facto [de Batista] ya ha sido reconocido por algunos otros de América”¹⁴². Aunque en estos apartes *El Tiempo* mantuvo un lenguaje moderado y sin insinuaciones explícitas a los conservadores, la referencia a sus opositores partidistas es evidente. En el editorial, las frases “interpretaciones acomodaticias”, “ausencia de honestidad intelectual” e “ingenuo intento” fueron sin duda indirectas *lanzadas* contra los argumentos de *El Siglo* en pro del cuartelazo; mientras que en la columna, la *alicaída* referencia al reconocimiento del régimen de Batista por los gobiernos de la región fue posiblemente una réplica a una noticia publicada en *El Siglo* dos días antes en la cual se afirmó que Colombia no rompió las relaciones diplomáticas con Cuba porque, según el secretario general de la cancillería del

¹³⁹ “Sigue el Baño”, *El Siglo*, Bogotá, 15 de marzo de 1952, p. 11.

¹⁴⁰ “Titular de la Semana”, *El Siglo*, Bogotá, 15 de marzo de 1952, p. 11. En un artículo sobre Batista, publicado en esa misma página, *El Siglo* manifestó nuevas críticas a los argumentos con los cuales *El Tiempo* rechazó el golpe: “Un periódico colombiano ([¿] habrá necesidad de advertir al lector que se trata de “El Tiempo” [sic] de Bogotá?) echó la culpa del cuartelazo a la política de pactos bilaterales de carácter militar, adelantada por el Presidente Truman” (véase: “EL GENERAL FULGENCIO BATISTA”).

¹⁴¹ “No hay que confundir”, *El Tiempo*. Bogotá, 16 de marzo de 1952, p. 4.

¹⁴² “Cuba”, *El Tiempo*, Bogotá, 16 de marzo de 1952, p. 11

gobierno *laureanista*, “No se necesita un reconocimiento expreso de un nuevo régimen. Basta con seguir las relaciones diplomáticas”¹⁴³.

Dado que para ese domingo 16 de marzo en el cual *El Tiempo* respondió a los *ataques* de *El Siglo* ya había pasado casi una semana del golpe y ya ambos diarios habían expresado suficientemente sus argumentos sobre el mismo, el tema de lo acaecido en Cuba dejó de suscitar vilipendios. Sólo hasta un mes después de publicados los últimos *contraataques* de *El Tiempo*, *El Siglo* volvió a irse *pluma en ristre* contra los liberales. Y lo hizo esta vez no sólo justificando nuevamente las acciones de Batista en los errores del derrocado régimen y acudiendo a las supuestas referencias del diario liberal a la Doctrina Truman, sino también dando un espaldarazo al supuesto enfoque anticomunista del militar cubano. El artículo, titulado “Tesis de la Oposición. El procomunismo”, dice:

Que un locutor informa que el General Fulgencio Batista, nuevo presidente de Cuba, es enemigo cerrado del comunismo? Bah! Pamplinas! Lo que le importa a “El Tiempo” [*sic*] no es que la isla antillana sea un fortín contra el lobo estepario, sino que allí se prolongue un gobierno de pistoleros. Que los Estados Unidos están suscribiendo pactos bilaterales de carácter militar para fortalecer a estos pueblos comunista [*sic*]? [Debió ser “...para fortalecer a estos pueblos del peligro comunista”] Bah! Eso es peligroso, porque lo aconsejable sería dejar este continente inerme frente a la voracidad rusa.¹⁴⁴

De este aparte sobresale que a pesar de que ya había pasado más de un mes desde el *madrugonazo*, *El Siglo* seguía remitiéndose belicosamente a los hechos y a la opinión que *El Tiempo* tuvo de los mismos. Sólo que esta vez le añadió un ingrediente sumamente particular a su discurso: lo que van Dijk llama “Estructuras retóricas”, cuya función es la de “atraer o manejar la atención de los lectores”¹⁴⁵. Expresiones como “Bah!” y “Pamplinas!”, además de la ironía de la última frase, son ejemplo de ello. Así fue, entonces, como los ataques proferidos por los conservadores a los liberales recibieron un tono, si se quiere, un poco más *coloquial*, pero no por ello menos mordaz y agresivo.

Ahora bien, aparte de la semejanza en las opiniones sobre un mismo evento y de las pugnas que ello generó, de las publicaciones de *El Siglo* y *El Tiempo* respecto al *golpe del sun sun* sobresale también la fundamentación de sus argumentos. Porque algunos de ellos fueron fácticos y otros se estribaron en imposturas. Son hechos irrefutables, por ejemplo, que la corruptela administrativa fue *común denominador* del régimen de Prío Socarrás, tal cual se expresó en *El Siglo*. “El desfalco, los chanchullos, la corrupción y la utilización dolosa de los cargos públicos saturaron a todas las ramas del gobierno”, dice al respecto el antes

¹⁴³ “Colombia no rompe con Cuba. Las relaciones siguen normalmente”, *El Siglo*, Bogotá, 14 de marzo de 1952, p. 1.

¹⁴⁴ “Tesis de la oposición. El procomunismo”, *El Siglo*, Bogotá, 16 de abril de 1952, p. 4.

¹⁴⁵ *Ideología. Un enfoque...*, pp. 262-263.

citado Louis A. Pérez Jr.¹⁴⁶. Y es cierto también que con la llegada de Batista se suspendieron y/o abolieron las garantías constitucionales, las libertades (de expresión, de reunión y de prensa), los partidos, el Congreso, la presidencia y la vicepresidencia, según se afirmó en *El Tiempo*¹⁴⁷. Ello demuestra que, aunque disímiles, los puntos de vista de ambos periódicos sobre lo acaecido en Cuba ese 10 de marzo de 1952 se cimentaron en hechos reales.

Pero a manera de *complemento* de los argumentos fácticos respecto al golpe en Cuba, uno y otro diario publicaron también afirmaciones carentes de veracidad. Por ejemplo, del último aparte citado de *El Siglo* hay dos aspectos a examinar: la alusión al golpista como el “nuevo presidente de Cuba” y el supuesto anticomunismo del mismo. En abril de 1952, y por lo menos hasta que fue elegido presidente por *elección popular* en 1954 (véase el siguiente capítulo), Batista era dictador, no presidente. La diferencia conceptual radica, a grandísimos rasgos, en los medios por los cuales se llega al poder: el presidente lo hace por vías electorales y el dictador por la vía militar¹⁴⁸. Por lo tanto, la alusión a Batista como el “nuevo presidente de Cuba” es errónea. Empero, esas palabras se explican en tanto son una demostración más de la aquiescencia que en el diario conservador tuvieron para con las acciones del militar. Aquiescencia que, en gran medida, tuvo que ver con el otro hecho a reevaluar: la supuesta actitud anticomunista del dictador. La cuestión es que ésta no fue muy clara en Batista en sus primeros días en el poder. Aunque durante el *madrugonazo* los soldados *batistianos* ocuparon la sede del partido comunista (a la sazón llamado el Partido Socialista Popular, PSP) y durante los primeros días de abril del 52 Cuba y la Unión Soviética rompieron relaciones diplomáticas, los comunistas cubanos, al no ser “un centro de oposición eficaz”, “continuaron libres y bien considerados” en la isla, en palabras de Hugh Thomas¹⁴⁹. Ello demuestra que *El Siglo*, al argumentar su visión del cuartelazo en

¹⁴⁶ “Cuba...”, p. 170

¹⁴⁷ Véase Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 602.

¹⁴⁸ Véanse las definiciones de “dictadura” y de “formas de gobierno” en la traducción al español del primer volumen del *Diccionario de política* de Norberto Bobbio, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino (México-Madrid, siglo veintiuno editores, s. a. de c. v., Siglo veintiuno de España editores, s. a., 10ª edic.). Allí dice, entre muchas otras cosas, que la dictadura “se instaura de facto” (p. 493), mientras que “El presidente es elegido por sufragio universal por el electorado” (p. 672).

¹⁴⁹ Según el mismo autor, tras el cuartelazo, inclusive partidos como el ortodoxo se vieron en desventaja frente al comunista, pues para los primeros hubo algunas censuras, mientras que para los segundos se permitió publicar “con toda facilidad periódicos comunistas, por ejemplo, *Hoy*” (véase: *Cuba...*, p. 605). La mencionada ocupación de las sedes del PSP se dio por los preventivos de Batista para evitar un *contragolpe*, puesto que las sedes de sindicatos y de órganos de prensa también fueron ocupadas (véase: Louis A. Pérez Jr., “Cuba...”, p. 173), y el rompimiento de relaciones con la URSS se dio como consecuencia de un incidente diplomático, más que por anticomunismo alguno (la inspección por parte del gobierno cubano de las maletas de un correo diplomático soviético en La Habana molestó a los rusos, y tras la negativa de los *batistianos* de ofrecer disculpas, la potencia socialista rompió las relaciones) (véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 605). En el Museo de la Revolución, en La Habana, hay exhibida una hoja con las notas diplomáticas y con una explicación de Renato Villaverde de lo ocurrido entre Cuba y la Unión Soviética).

Cuba, incurrió —incluso en una sola frase— en dos errores, uno conceptual y otro contextual. Sus argumentos, entonces, por lo menos en este caso y en palabras similares a las de *El Tiempo*, fueron *acomodados* en virtud de su beneplácito respecto al acontecer isleño.

En *El Tiempo*, entretanto, la tesis según la cual con la dictadura *batistiana* se estaba prescindiendo de la solidaridad continental quizás no sea del todo cierta. A pesar de que en esos años hubo gran cantidad de países latinoamericanos con gobiernos de facto, gracias a los pactos firmados —la OEA y el TIAR los más emblemáticos— dicha solidaridad operó libremente. Tanto así que a quienes más les interesaba el equilibrio sociopolítico en la región, a los Estados Unidos, por aquello de la contención del comunismo, “promovieron y sostuvieron [...] regímenes militares autoritarios” en América Latina (en palabras de Salvador E. Pérez Morales)¹⁵⁰. Tanto fue así que, para evitar inquietudes como las de *El Tiempo*, Batista, apenas llegó al poder, prometió respetar los pactos internacionales e, incluso, insinuó que enviaría soldados cubanos a la guerra de Corea si era necesario¹⁵¹. Sin duda alguna, la democracia, la justicia y, en la mayoría de casos, la libertad de prensa, se restringieron durante las dictaduras, tal como lo planteaban los periodistas liberales. Pero con la solidaridad continental no pasó lo mismo y, si se quiere, quizás pasó todo lo contrario. Debido al aval que por parte de los Estados Unidos recibieron los militares en América Latina para hacerse con el poder de sus respectivos países, dicha solidaridad fue más efectiva que si hubiera habido presidentes electos democráticamente. (Sin duda el caso del gobierno del presidente Jacobo Arbenz en Guatemala, antes mencionado, corrobora esa tesis: si bien éste fue elegido por elección popular, fue asimismo *aislado* por los miembros del sistema interamericano.) Por lo tanto —y dejando a un lado la historia *contrafactual*— las afirmaciones de *El Tiempo* respecto a la dictadura cubana y a la solidaridad continental, carecieron de fundamento. Sus palabras, enmarcadas en las pugnas bipartidistas y en los términos propios del contexto internacional, sólo obedecieron entonces a peroratas para intentar fundamentar su visión. Bien dice al respecto el profesor Acevedo Carmona que en el discurso de “las élites se percibía cierto afán por la consistencia racional de sus argumentos, pero lo que expresaban tenía un hondo contenido simbólico que incentivaba las pasiones y creencias del pueblo”¹⁵². No en vano, tanto *El Tiempo* como *El Siglo* acudieron a este tipo de razonamientos *infundamentados* que, en vez de apoyarse en hechos fácticos, se valieron de imaginarios que giraron en torno a la estigmatización del otro.

¹⁵⁰ “A la sombra de la Guerra Fría: las relaciones cubano-mexicanas durante la dictadura y la rebelión”, *Cuadernos Americanos. Nueva Época*, No. 86, Vol. 2, año XV, México, Universidad Nacional Autónoma de México, marzo-abril de 2001, p. 63.

¹⁵¹ Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 603.

¹⁵² *La mentalidad de las élites...*, p. 96.

Pero ¿por qué ambos diarios tomaron estas posiciones tan disímiles y por qué un hecho internacional dividió sus opiniones hasta el punto de hacerlos vilipendiar, incluso con argumentos carentes de fundamento? Hay dos explicaciones que se les pueden dar a las visiones y a los argumentos de *El Siglo* y de *El Tiempo* respecto al *golpe de la sunsundamba*: una de tipo particular y, si se quiere, con un carácter de coincidencia, y otra general, que atañe al contexto. La primera está relacionada con las publicaciones de la prensa cubana sobre ese mismo suceso. Según se mencionó anteriormente, los diarios isleños estuvieron expectantes y algo dudosos frente a los hechos al momento mismo del cuartelazo. Pero en la medida en que pasaron los días fueron tomando partido. Y tal como ocurrió en Colombia, los periódicos conservadores y reaccionarios cubanos justificaron el golpe, mientras que los liberales e izquierdistas lo repudiaron. Por ejemplo, *Diario de la Marina*, diario conservador que en sus momentos apoyó la causa ultraderechista europea —similar a *El Siglo*— y que incluso festejó la muerte de José Martí, el libertador de Cuba, justificó el *madrugonazo* diciendo que¹⁵³:

Como no es concebible que tamaña subversión del régimen constitucional se haya producido por capricho o por apetito de Poder [sic], imaginamos que existieron condiciones de gravedad, de extrema emergencia, desconocidas para la opinión pública y para la prensa, pero que por considerarlas los militares conocedores de ellas una amenaza terrible e inminente para la República, procedieron a aplicar este radical remedio, que detiene el ritmo de veinte años de progresos políticos cubanos.¹⁵⁴

A esta breve justificación, en cuyo tono se vislumbra algo de incertidumbre pero sin reproches, le siguió a los pocos días la aceptación y la exaltación del gobierno *batistiano*. Un buen ejemplo de ello son un escrito y un dibujo publicados el 16 de marzo en la sección “REVISTA DE LOS ACONTECIMIENTOS DE LA SEMANA”. El artículo menciona que este no sería un “gobierno personalista, al margen de las leyes y de las libertades”, sino “una provisional situación” que traería “la reordenación del país”; mientras que el dibujo consiste en un busto de Batista con semblante de proeza y heroicidad (nótese la mirada al horizonte, la nitidez de los rasgos y la aureola que recubre la silueta del personaje): véase la figura 11¹⁵⁵. Con ello, el reaccionario periódico empezó a demostrar su simpatía con el proyecto castrense iniciado el 10 de marzo de 1952. Y aunque en esta misma sección publicaron una caricatura que parece reprocharle el *madrugonazo* a Batista, ésta parece ser sólo la opinión individual de Nicolás Luhrsen, *Niko*, el dibujante signatario, no el dictamen

¹⁵³ La afirmación sobre el festejo de la muerte de Martí en el *Diario de la Marina* se encuentra en un trabajo inédito de la profesora de la Universidad de La Habana Idalia Cabrera Aguilera, titulado “Ultraje a la efigie de Martí en el Parque Central en 1949. Repercusiones en la prensa cubana”.

¹⁵⁴ Citado por el diario *Hoy*, en su artículo “OPINIONES DE LA PRENSA SOBRE EL GOLPE DE ESTADO” (La Habana, 12 de marzo de 1952, p. 6).

¹⁵⁵ Las palabras citadas del artículo están en: “EN LA REPÚBLICA”, *Diario de la Marina*, La Habana, 16 de marzo, p. 3 (de la sección 5ª, dedicada a los acontecimientos de la semana).

del diario y, además, no es muy pendenciera: muestra una conversación entre dos personas en las afueras del capitolio nacional de Cuba en la que se plantea que no era necesario dar *el* golpe (al que, a propósito, llamaron “de efecto” por lo inesperado del hecho) para evitar *un* golpe (el que supuestamente pretendía *autopropinarse* el depuesto Prío Socarrás): véase la figura 12.

Contrario a la posición de *Diario de la Marina*, los izquierdistas del periódico *Hoy*, de carácter marcadamente comunista y antinorteamericano, tuvieron una actitud más reticente respecto al cuartelazo¹⁵⁶. Dos días después de los sucesos se mencionó en este diario que “el mejor camino a seguir” era “la defensa de la Constitución, de la democracia, la unidad obrera y popular”¹⁵⁷. Esta posición tuvo respaldo gráfico en una caricatura editorial en la cual se personificó el clamor del pueblo a favor de las leyes, de las libertades públicas, de los derechos democráticos y de las elecciones que habrían de realizarse en junio de ese mismo año (todo ello representado en unos brazos alzando la Constitución cubana, fig. 13). Pero como en Cuba las cosas distaban de ser resueltas y aún había incertidumbre por cómo sería el nuevo régimen, *Hoy* rápidamente cambió de tono y, más bien, optó por publicaciones menos directas. Así lo hizo, por ejemplo, en la caricatura editorial publicada el 14 de marzo, cuyas críticas se dirigieron a la actitud de Estados Unidos frente a la agitada situación política en América Latina y, en particular, en Cuba. En este dibujo (véase la figura 14), haciendo mofa del discurso occidental de la guerra fría y mencionando el turbulento escenario político latinoamericano, *Hoy* le criticó al presidente norteamericano Harry Truman la frase “vivimos en un mundo libre y democrático”, porque mientras esto decía el líder político, la mayoría de países de América Latina vivían situaciones complejas (que en el dibujo están simbolizadas en los cuchillos clavados en la mayoría de países de la región y en una fuerte explosión en Cuba). Con ello, se demuestra cómo el diario comunista cubano se mostró crítico no sólo del acontecer isleño, sino también de lo que pasaba en Occidente, posición sumamente similar a la que *El Tiempo* planteó en Colombia.

Ante el interrogante sobre por qué lo dicho en los diarios cubanos ayuda a explicar los argumentos y los puntos de vista de los diarios colombianos frente al *golpe del sun sun*, deben destacarse las similitudes entre unos y otros periódicos de Cuba y Colombia. Porque no es casual que los diarios afines a las autocracias de derecha europeas hayan justificado los sucesos cubanos, así como tampoco lo es que la prensa antagónica a los regímenes dictatoriales de turno en Occidente los hayan criticado. Por eso, las perspectivas afines

¹⁵⁶ Por algo este diario fue clausurado por orden del gobierno de facto cubano en 1953.

¹⁵⁷ “OPINIONES DE LA PRENSA SOBRE EL GOLPE DE ESTADO”, *Hoy*, La Habana, 12 de marzo de 1952, p. 1.

entre *Diario de la Marina* y *El Siglo* y entre *Hoy* y *El Tiempo*, coadyuvan a entender y a contextualizar la gestación de las visiones sobre el cuartelazo y de las querellas entre los diarios colombianos. Y si bien podría decirse que en su momento la prensa colombiana no debió saber cuál fue la posición de los diarios cubanos respecto al golpe, ello no impide hacer comparaciones sobre las similitudes entre los puntos de vista de la prensa de aquí y de allá. Porque en esos símiles, las acusaciones de *El Siglo* a *El Tiempo* por supuestas afinidades con el comunismo y, asimismo, las acusaciones de los liberales a los conservadores por su antiguo discurso ultraderechista, adquieren mayor sustento. Por ejemplo, el clamor por democracia y la alusión a la Doctrina Truman por parte de *El Tiempo* y de *Hoy* justifican las palabras del diario *laureanista* por el carácter supuestamente comunista de los liberales colombianos: en esa similitud es perceptible la compatibilidad entre lo que propusieron el comunismo (particularmente el cubano) y el liberalismo (de *El Tiempo*). Y, aunque en menor medida, viceversa: en lo parecido de las posiciones de *El Siglo* y *Diario de la Marina* los señalamientos de *El Tiempo* encuentran su explicación. Según se mencionó antes, estos señalamientos siempre tuvieron relativo fundamento, pues los conservadores de *El Siglo* en algún momento tuvieron simpatías con el franquismo. Pero en la lectura de *Diario de la Marina* respecto a golpe de Estado de Batista, los ataques a los *laureanistas* por parte de los liberales colombianos se cimientan un poco más. No debe olvidarse que *Diario de la Marina* fue durante la colonia el vocero de la corona española (cosa que explica su festejo por la muerte del libertador de Cuba, José Martí) y que apoyó la causa del falangismo y del fascismo durante la segunda guerra mundial.

Sin embargo, a pesar del respaldo —seguramente desconocido— que en la prensa cubana encontraron los diarios colombianos para vilipendiarse, no debe olvidarse que muchas de las soflamas carecían de fundamentación fáctica y que éstas obedecían más a disculpas discursivas que a acusaciones por hechos reales. Recuérdense las palabras de Acevedo Carmona según las cuales “en el discurso político [...] [hubo] elementos constitutivos de una mentalidad-ambiente favorable a la confrontación”¹⁵⁸. Porque a pesar de las semejanzas entre *Hoy* y *El Tiempo*, y entre *El Siglo* y *Diario de la Marina*, en Colombia los liberales eran anticomunistas y los conservadores habían moderado su discurso ultraderechista hacía bastante tiempo.

La segunda explicación concerniente a los enfoques de los diarios colombianos respecto al cuartelazo cubano está relacionada con el contexto sociopolítico de Colombia en 1952. Según se mencionó, los discursos de *El Siglo* y de *El Tiempo* sobre el *madrugonazo*

¹⁵⁸ *La mentalidad de las élites...*, p. 61.

fueron consecuentes con sus pugnas bipartidistas. Sus opiniones, por lo tanto, estuvieron permeadas por lo ocurrido en la escena política nacional. En este sentido, la analogía entre los regímenes de Laureano Gómez (o, si se quiere, de Roberto Urdaneta) y de Fulgencio Batista es fundamental. Porque al tener ambos un carácter autoritario y al ser *El Siglo* el vocero del *laureanismo*, y *El Tiempo* su opositor, es entendible que los conservadores apoyaran al *hombre fuerte de Cuba* y que los liberales lo vituperaran. Sería una contradicción que *El Siglo* criticara a un régimen afín al que respaldaba en Colombia, como también lo sería que *El Tiempo* lo justificara. Por lo tanto, la opinión de los *laureanistas* y de los liberales fue sumamente consecuente con la posición de cada diario en la escena política nacional. De hecho, lo expresado en *El Siglo* puede ser visto como una especie de justificación de las acciones del gobierno colombiano, así como lo que se dijo en *El Tiempo* puede verse como una indirecta —algo común en su discurso— a ese mismo régimen¹⁵⁹. Esto explica, entonces, por qué las opiniones de uno y otro diario *giraron en torno* a argumentos aplicables a los contextos cubano, colombiano e internacional. Argumentos con y sin fundamento, pero siempre enmarcados en las lides bipartidistas. “La lectura de los problemas de la coyuntura se hace en esos años desde posiciones de partido”, apunta Acevedo Carmona¹⁶⁰. Es entendible, por lo tanto, que al *diario de los Gómez* no le importara que *el hombre fuerte* coartara las libertades constitucionales en Cuba. Así como también es entendible que *el diario de los Santos* criticara vehementemente las acciones del militar isleño que eran semejantes a las que en Colombia le afectaban. Por todo ello, se puede afirmar, sin temor a equívocos, que la escena política colombiana de 1952 se torna imprescindible a la hora de abordar las disímiles opiniones de *El Siglo* y de *El Tiempo* sobre el *golpe de la sunsundamba*. Porque si no fuera por las dinámicas discursivas bipartidistas de La Violencia, entender por qué cada diario vio una *cara diferente de la moneda* de la situación en Cuba sería imposible¹⁶¹.

¹⁵⁹ Quizás por eso mismo la caricatura de Peter Aldor sobre Batista (fig. 4) puede verse como una indirecta al régimen Gómez-Urdaneta, por sus actitudes desdeñosas y su forma de coartar las libertades en Colombia. Véase al respecto, Darío Acevedo Carmona, *La mentalidad de las élites...*, p. 196.

¹⁶⁰ *La mentalidad de las élites...*, p. 66.

¹⁶¹ De hecho, si no fuera por las dinámicas discursivas de La Violencia, sería imposible entender por qué *El Siglo* criticó la opinión adversa de *El Tiempo* frente a Batista, pero no hizo lo mismo con *El Colombiano* (diario conservador medellinense), en el que hubo una posición similar a la del *diario de los Santos*. Véanse, por ejemplo, los artículos “Batista” (11 de marzo de 1952, p. 5), “Democracia” (12 de marzo de 1952, p. 5) y “Reconocimiento” (14 de marzo de 1952, p. 5) en donde critica a Batista diciendo, entre otras cosas, que con su llegada al poder “el panorama de América se ensombrece un poco más” y “se rompe una tradición democrática de respeto a la voluntad directa de los pueblos”.



Figura 1. Título: "CAMINO DEL KREMLIN". Autor: anónimo.
Leyenda: "La cabizbaja: —Todos me miran y se van... hacia una muerte más segura...".
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 19 de abril de 1952, p. 4.



Figura 2. Título: "EN TIERRAS DE ALEMANIA". Autor: Peter Aldor.
Leyenda: "REFLORECE EL NAZISMO...".
Fuente: *El Tiempo*, Bogotá, 21 de marzo de 1952, p. 4.



Figura 3. Título: “JUSTICIA FRANQUISTA”. Autor: Peter Aldor.
 Leyenda: “—Aquí en estos símbolos está la prueba de que la señorita [sic] portaba armas sin licencia”.

Fuente: *El Tiempo*, Bogotá, 6 de julio de 1952, p. 4.



Figura 4. Título: “AL OJO DE PRIO”. Autor: anónimo.
 Leyenda: “—Golpes como ese, mi querido amigo, no los da sino el general Batista!”.

Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 12 de marzo de 1952, p. 4.



Figura 5. Título: "MOLIDO A GOLPES". Autor: sin identificar.
Leyenda: "—Caramba, cualquier [sic] diría que con quien tuvo usted la pelea fué [sic] con el general Batista!".

Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 15 de marzo de 1952, p. 11.



Figura 6. Título: "CUARTELAZO AL AMANECER". Autor: Pencyla.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 15 de marzo de 1952, p. 11.



Figura 7. Título: “LUCHA ‘LIBRE’ EN LA HABANA”. Autor: Peter Aldor.
 Leyenda: “La Democracia: —No me gusta el deporte en el cual no se respetan las reglas...”.

Fuente: *El Tiempo*, Bogotá, 12 de marzo de 1952, p. 4.



Figura 8. Título: “LOS FULGENCIOS”. Autor: Peter Aldor.
 Leyenda: “...UN POCO DIFERENTES...”.

Fuente: *El Tiempo*, Bogotá, 16 de marzo de 1952, p. 4.



Figura 9. Título: “PRIO SOCARRAS Y BATISTA”. Autor: Roberto Pinzón Monchalliani.
Fuente: *El Tiempo*, Bogotá, 16 de marzo de 1952, p. 4.



Figura 10. Título: “EN UNA ISLA DEL CARIBE”. Autor: Luis María Rincón.
Fuente: *El Tiempo*, Bogotá, 17 de marzo de 1952, p. 4.



Figura 11. Sin título. Autor: Valentino.

Fuente: “Sección dominical”, *Diario de la Marina*, La Habana, 16 de marzo de 1952, p. 1.



Figura 12. Título: “7 días y un capítulo político”. Autor: Nicolás Luhrsen, *Niko*.

Leyenda: “Yo creo que para ordenar a los congresistas que no dieran un ‘golpe’ no era necesario dar el ‘golpe’”.

Fuente: “Sección dominical”, *Diario de la Marina*, La Habana, 16 de marzo de 1952, p. 5.



Figura 13. Sin título. Autor: anónimo.
Leyenda: “¡POR QUE SE MANTENGAN VIGENTES LA CONTITUCION, LAS LIBERTADES PUBLICAS Y LOS DERECHOS DEMOCRATICOS! ¡POR ELECCIONES LIBRES EL 1º DE JUNIO PROXIMO!”.
Fuente: *Hoy*, La Habana, 12 de marzo de 1952, p. 2.



Figura 14. Sin título. Autor: sin identificar.
Leyenda: “VIVIMOS EN UN MUNDO LIBRE Y DEMOCRATICO”.
Fuente: *Hoy*, La Habana, 14 de marzo de 1952, p. 2.

2.1. El régimen de Batista y la prerrevolución cubana

Con la llegada del general Fulgencio Batista al poder de Cuba en 1952 se inició una época turbulenta en el país caribeño. Nada de lo que el golpista prometió a su llegada a la silla presidencial se cumplió y, de hecho, la situación sociopolítica empeoró. Lo antidemocrático del golpe, así como las medidas que se tomaron para consolidarlo, estimularon la aparición de una oposición que creció con el correr del tiempo. Durante los casi siete años de *batistato*, las acciones del régimen fastidiaron e incitaron a sus contradictores y viceversa; motivo por el cual fue imposible hablar de tranquilidad y de paz en el país antillano en esos años. La censura a la prensa, el aplazamiento de las elecciones presidenciales (primero las de junio de 1952 y luego las de noviembre de 1953) y la supresión de la Constitución de 1940, del Congreso, de los partidos políticos, de la autonomía de los gobiernos provinciales y municipales y del derecho a la huelga, vinieron de la mano de protestas, manifestaciones, gansterismo, motines, mítines, complots y violencia política en toda la isla¹⁶².

Fueron muchos los opositores al régimen de facto cubano. Pero entre ellos, quien más se destacó fue, sin duda alguna, Fidel Alejandro Castro Ruz, no sólo por ser quien a la postre derrocó al gobierno castrense, sino también por toda la atención que en su momento acapararon sus acciones. Desde el mismo 10 de marzo de 1952 hasta el 1º de enero de 1959, este abogado de la Universidad de La Habana (hijo de padre español y madre cubana) fue un duro crítico del régimen presidido por el general Batista. No en vano su historial en los casi siete años de oposición consta de sucesos de toda índole: triunfos y fracasos, vida y muerte, prisión y libertad, guerra y paz, en fin.

La lucha de Castro por derrocar a Batista empezó pocos días después del *golpe de la sunsundamba*. Menciona José Pardo Llada, político y periodista cubano que conoció a Castro desde que éste estudiaba Derecho, que el joven y desconocido abogado se dirigió el 24 de marzo de 1952 al Tribunal Supremo de Justicia de Cuba para acusar a Batista de haber

¹⁶² Véanse: Hugh Thomas, *Cuba. La lucha por la libertad*, Barcelona, Grupo Editorial Random House Mondadori, 2004, pp. 601-615; José Pardo Llada, *Fidel. De los jesuitas al Moncada*, Bogotá, Enciclopedia Popular Ilustrada, Plaza y Janés Editores Colombia Ltda., 1976, pp. 79-97; Louis A. Pérez Jr., "Cuba, c. 1930-1959", *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 13: *México y el Caribe desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1998, pp. 173-176; Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres de un hombre llamado Castro*, Barcelona, Editorial Planeta S. A., 1988, pp. 59-62; Jesús Arboleya Cervera, *La revolución de otro mundo. Un análisis histórico de la Revolución Cubana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2008, pp. 119-122, y Mario Mencía Cobas, "El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952", *Memorias de la Revolución I*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompарт y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 26-31.

cometido 16 delitos anticonstitucionales y, por ello mismo, pidió una sanción de cien años de cárcel (!) pare el dictador¹⁶³. Pero, como era apenas lógico, los magistrados no le prestaron atención, por lo que éste, ante el fracaso, decidió emprender su oposición de otro modo: por la vía de las armas.

El 26 de julio de 1953, al mando de más de una centena de civiles armados (entre jóvenes, adultos, mecánicos, estudiantes, carniceros, cocineros, obreros, agricultores, comerciantes, maestros y más, casi todos ellos de las clases media y baja), Castro intentó tomarse los cuarteles militares Moncada, en Santiago de Cuba, y Bayamo, en la ciudad del mismo nombre¹⁶⁴. Los atacantes eran personas sin una ideología particular, sólo querían luchar contra Batista, y su grupo se autodenominaba simplemente “El Movimiento”¹⁶⁵. La idea era sorprender a los militares en la madrugada de aquel domingo, especialmente a aquellos que habían estado la noche anterior en los carnavales de Santiago. Para tal labor, unos 20 carros con los atacantes y sus armas partieron aún de noche de una finca cercana a las mencionadas ciudades. Pero pasó lo impensado: un carro se varó y otros tantos, con la mitad de hombres y de armas, se extraviaron en Santiago (tal vez porque algunos estudiantes se arrepintieron a último momento de llevar a cabo tan arriesgada acción o tal vez por desconocimiento del terreno por parte de los conspiradores). Como consecuencia, el ataque al cuartel Moncada, que sólo duró una hora, se dio entre un grupo reducido de civiles *mal armados* y soldados *bien armados* que decuplicaban en número a sus contrincantes. En Bayamo, por su parte, la situación no fue muy diferente: el ataque sólo duró veinte minutos y arrojó casi la mitad de combatientes muertos al instante. El resultado del aparatoso fracaso de ambos ataques fueron decenas de muertos, varios detenidos, algunos torturados y otros, entre los que se encontraba Castro, refugiados en bosques y fincas del oriente cubano¹⁶⁶. (Véanse, por ejemplo, el titular y un pie de foto de la primera página de ese 27 de julio del diario cubano *Alerta*, en los cuales se expresó que iban “MAS DE 80 MUERTOS” y, de Fidel Castro, que “...esperan su pronta captura...”.)

Los ataques a los cuarteles Moncada y Bayamo se convirtieron, tiempo después, en un hito de la historia cubana. Lo que decide la importancia de un acontecimiento “no es el

¹⁶³ *Fidel. De los jesuitas...*, p. 85. En el Museo de la Revolución, en La Habana, está exhibida una carta de tres hojas escrita por Castro el 16 de marzo del 52 denunciando los hechos. “Revolución no, zarpazo” son las palabras con las cuales comienza el escrito.

¹⁶⁴ Véanse: Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 637-654, y José Pardo Llada, *Fidel...*, p. 98.

¹⁶⁵ Menciona Pardo Llada que algunos proponían llamar al grupo “La Juventud del Centenario”, en honor a los cien años de nacimiento de José Martí, que se cumplía ese mismo año, pero que Castro prefirió dejarlo como “El Movimiento” (*Fidel...*, p. 98).

¹⁶⁶ Véase: José Pardo Llada, *Fidel...*, pp. 111-114. Numerosas fotos, además de objetos (como uniformes, rifles, etc.), relacionados con lo acaecido ese 26 de julio de 1953, están exhibidos hoy en día en el Museo de la Revolución, en La Habana.

ruido que haga en su momento o el ruido que se haga en torno a él, sino las consecuencias que se deriven o no de él”, menciona el historiador francés Fernand Braudel¹⁶⁷. En efecto, lo acontecido ese día hizo que el régimen de Batista se volviera más hostil contra sus adversarios: se aplazaron las elecciones, se estableció la censura a la prensa, se recrudecieron las torturas y, en términos generales, aumentó la represión. “La dictablanda [sic] se volvió dictadura”, señala al respecto Carlos Franqui, autor cubano que sería pieza fundamental en la lucha revolucionaria contra el régimen¹⁶⁸. Lo anterior, sumado a su responsabilidad en los fracasados asaltos y, por consiguiente, en la muerte de muchos de sus compañeros, le sirvió a Castro para *inspirar* aún más su lucha revolucionaria, o mejor, para adquirir cierto sentido de misión para con su país. No en vano Franqui y Julio Le Riverand, cada uno por su parte, aluden al asalto al Moncada como el “parto y nacimiento de la revolución” y como “la chispa que fortaleció y encauzó el movimiento revolucionario”¹⁶⁹. Por algo, el grupo que después conformaron Castro y sus hombres se llamó Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Bien dice Louis A. Pérez Jr. que lo espectacular del fracaso en los asaltos “sirvió para lanzar a Castro a la rivalidad por el liderazgo de las fuerzas que se oponían a Batista y elevó la lucha armada a la categoría de medio principal de oposición a mediados de los años cincuenta”, pues el panorama político legal y constitucional fue *monopolizado* desde el palacio¹⁷⁰. Fue por ello que tras el asalto al Moncada, la lucha de Castro contra el régimen de Batista se intensificó, llegando a niveles psicológicos, ideológicos y militares de enormes magnitudes y consecuencias para la historia del país caribeño y, en últimas, de América Latina.

Los días posteriores al 26 de julio fueron de tensión en toda Cuba. Mientras en los cuarteles y varias ciudades el ejército torturó y asesinó a personas sospechosas de haber participado en el fracasado asalto, en las montañas cercanas a Santiago los afortunados sobrevivientes se escondieron esperando a que el entorno se normalizara. Entre ellos se encontraba Castro. Pero esta situación no podía durar mucho: el ejército estaba sumamente alerta y la improvisada supervivencia no aguantaría muchos días. Fue así como surgió la iniciativa de varias personalidades de la vida pública santiagueña —entre las que se encontraba un obispo amigo de Ángel Castro, el padre de Fidel— que intercedieron ante el gobierno para evitar las torturas y los asesinatos de más cubanos. En consecuencia, seis días después del asalto, Castro y sus hombres fueron apresados y conducidos a la prisión, en

¹⁶⁷ *Las ambiciones de la historia*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002, p. 24.

¹⁶⁸ *Vida, aventuras y desastres...*, p. 60. Respecto al *endurecimiento* de la dictadura, mencionó Batista: “Ellos lo han querido” (véase: “Legítima defensa”, *Alerta*, La Habana, 30 de julio de 1953, p. 1).

¹⁶⁹ En su orden: Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, p. 75, y Julio Le Riverand, *Breve historia de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1980, p. 116.

¹⁷⁰ “Cuba...”, p. 174.

donde se les respetó la vida gracias al obispo y a un “humanitario teniente del ejército” (en palabras de Hugh Thomas)¹⁷¹.

Las cárceles de Santiago de Cuba albergaron en un primer momento a los *moncadistas* detenidos. Mientras Batista suspendía las garantías constitucionales, Castro y algunos de sus hombres aguardaban, encerrados, el día de sus juicios. Tan sólo hasta octubre, más de dos meses después de haber sido arrestados, fueron juzgados. En un primer momento enjuiciaron a la mayoría de combatientes y luego, por separado, al líder del alzamiento¹⁷². Fue allí donde Castro, ejerciendo como abogado en defensa propia, pronunció ante el grupo de magistrados que le estaban juzgando el famoso discurso publicado como *La historia me absolverá*. Allí, autoproclamándose un ciudadano humilde en representación del pueblo —y siempre aceptando su inmediato futuro: la cárcel en la Isla de Pinos, hoy llamada Isla de la Juventud—, criticó la dictadura de Batista por anticonstitucional, despótica y traidora; atacó al nuevo gobierno desde el Código de Defensa Social y, luego, citando a héroes y mártires de la independencia cubana, justificó su sentido de misión en la lucha por la libertad de Cuba. Su defensa terminó con la siguiente cita, cuya frase final, quizás uno de los más famosos apotegmas de la historia, inspiró su posterior actuar revolucionario: “En cuanto a mí, sé que la cárcel será dura como no lo ha sido nunca para nadie, preñada de amenazas, de ruín y cobarde ensañamiento, pero no la temo, como no temo la furia del tirano miserable que arrancó la vida a setenta hermanos míos. Condénenme, no importa, la historia me absolverá”¹⁷³. Después de pronunciadas estas palabras, la Sala Primera de Urgencia de la Audiencia de Santiago de Cuba condenó a Castro a 15 años de prisión en la Isla de Pinos, al suroeste del país caribeño.

Después de que fueron juzgados y apresados los sobrevivientes del Moncada, el general Batista suavizó su actuar. En un intento de normalizar la caótica situación sociopolítica en Cuba y de congraciarse con la opinión pública nacional y extranjera, el dictador levantó parcialmente la censura a la prensa, endureció su actitud frente al comunismo y anunció elecciones presidenciales para noviembre de 1954. Las cosas parecieron normalizarse en la isla. Pero cuando Batista llegó como candidato único a los anunciados comicios (puesto que su contrincante de peso, Ramón Grau San Martín, se

¹⁷¹ Sobre lo acontecido después del 26 de julio véase: José Pardo Llada, *Fidel...*, p. 118-127; Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 651-652, y Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, pp. 71-75. De quienes salvaron la vida de Castro, menciona Franqui que sin el obispo y sin el teniente, el jefe del movimiento *moncadista* “no hubiese escapado con vida aquella mañana de agosto” (p. 75).

¹⁷² Esto se dio porque en el primer juicio Castro estaba supuestamente enfermo. Hugh Thomas señala que “se intentó envenenar a Castro o evitar que apareciera alegando que estaba enfermo” (*Cuba...*, p. 654). Sin embargo, este personaje asistió a ambos juicios, al primero como testigo y al segundo como acusado.

¹⁷³ Fidel Castro, *La historia me absolverá*, La Habana, Editora Política, 2002, p. 82.

retiró a última hora acusando ausencia de garantías), el escenario volvió a tornarse tenso. Bien dice Pérez Jr. que “Las tan esperadas elecciones de 1954 ofendieron a todos menos a los batistianos [*sic*] más cínicos”¹⁷⁴. Sin embargo, las cosas no pasaron a mayores. Ante el descontento general —materializado en mítines, protestas, huelgas, detenciones y torturas, de parte tanto del gobierno como de la oposición—, surgió un nuevo intento por solucionar la crisis. Con el llamado Diálogo Cívico, liderado por Cosme de la Torriente (un político de vieja data, a quien incluso le tocó la guerra independentista de Cuba contra España), se inició una nueva negociación de concesiones entre la oposición y el régimen. Pero Batista estaba lo suficientemente bien posicionado en el poder como para ceder ante los reclamos. Como consecuencia, el Diálogo Cívico fracasó y, con ello, se esfumó la última esperanza de quienes querían una Cuba democrática¹⁷⁵.

El espectacular fracaso del ataque al cuartel Moncada mostró a Fidel Castro sus errores tácticos, a nivel militar y político. Por ello, el presidio se le presentó como la mejor oportunidad para madurar la idea de una nueva acción contra el régimen. La cárcel fue el escenario perfecto para que este joven abogado leyera, pensara y escribiera sobre diferentes temas. “Ni antes ni después tendría Castro un período igual de reflexión, meditación, lectura, discusión, escritura”, dice Franqui al respecto¹⁷⁶. La biblioteca de unos 300 libros con la cual contó en el presidio fue el instrumento perfecto para adquirir nuevo conocimiento en temas sociales, políticos y económicos. Autores como José Martí, Marx, Lenin, César, Napoleón y Robespierre, y obras de doctrinas sociales, de economía política, de la revolución rusa, de filosofía, de literatura militar, de historia y más, podían encontrarse en esa colección de libros. No en vano, desde allí Castro empezó a establecer en diferentes escritos sus nuevos idearios. En las cartas que escribió a familiares y a amigos y en la reescritura del discurso de su defensa (hoy publicado como *La historia me absolverá*), puede verse cómo sus percepciones, basadas en todo lo que había leído, en su experiencia de vida y en la situación interna de Cuba, fueron tornándose cada vez más seguras de sí mismas y del papel que podían jugar en la historia de su país¹⁷⁷. Bien dijo Castro en una de sus cartas, escrita el 18 de diciembre de 1953: “¡Qué escuela tan formidable es esta prisión! Desde aquí termino de forjar mi visión del mundo y completo el sentido de mi vida”¹⁷⁸.

¹⁷⁴ “Cuba...”, p. 174.

¹⁷⁵ Véase Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 674-677.

¹⁷⁶ Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, p. 80.

¹⁷⁷ Sobre el folleto conocido de *La historia me absolverá*, dice Franqui que éste “no fue el discurso pronunciado en el juicio del Moncada, [sino que] fue un documento reescrito” (p. 80), cosa que, según el autor, reconoció el mismo Castro. Esto lo corrobora en parte Thomas cuando dice que los amigos de Castro le ayudaron a reescribir su discurso para difundirlo entre la gente a manera de programa político. Sin embargo, queda la duda si el folleto hoy conocido y publicado es el discurso original o la reescritura hecha en la cárcel.

¹⁷⁸ Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, p. 457.

La prisión fue, pues, la escuela ideológica del líder de los *moncadistas*. Sus lecturas y sus escritos durante esos años denotan una persona cada vez más madura, con una visión cada vez más crítica del mundo circundante. Por eso fueron constantes los ataques a Batista, al capital extranjero, a la situación del campo cubano y a las injusticias sociales. Y por eso, también, la idea de un movimiento para derrocar al dictador se hizo más fuerte. Idea que desde la cárcel no fue puesta en público, pero que allí se moldeó lentamente¹⁷⁹. De hecho, en el presidio se crearon unas clases para educar ideológicamente a aquellos que tenían alguna afinidad con el pensamiento o la posición política de Castro. De allí salieron algunas personas que luego integrarían la guerrilla que derrocó al régimen.

Hay muchas versiones sobre el momento exacto en el que Fidel Castro decidió volverse comunista. Incluso las versiones del protagonista pueden estar un poco alejadas de la realidad, porque es probable que no haya una fecha puntual para tal hecho, sino que todo se dio según las circunstancias, o porque quizás lo ocultó durante años hasta aquel 2 de diciembre de 1961 cuando dijo “soy marxista-leninista y seré marxista-leninista hasta el último día de mi vida”¹⁸⁰. En todo caso, aunque se dijera comunista o no, Castro en la cárcel sí leyó algunos trabajos sobre marxismo. En sus cartas desde el presidio incluso alcanzó a mencionar que leía obras como *El Capital*, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte* y *Las guerras civiles en Francia*, de Marx, y *El Estado y la revolución*, de Lenin, por ejemplo¹⁸¹. Sin embargo, esto no es un indicador de una nueva filiación política de Castro, principalmente por dos razones. Primero porque todavía estaba en las filas del Partido Ortodoxo, el partido de oposición más importante de la época, y, como tal, su *pensamiento* aún estaba adscrito a los lineamientos políticos que éste le sugería. Y segundo porque, según Thomas, “hablaba con amargura del papel de los comunistas” en Cuba¹⁸². Aun así, fuera como fuere, la cárcel significó para Castro un primer acercamiento a las teorías comunistas.

A comienzos de 1955 una inusitada presión popular hizo que Batista amnistiara a los presos políticos detenidos en las cárceles cubanas. Gracias a que *el hombre fuerte* recién había sido elegido presidente y a las expectativas que generó el Diálogo Cívico, los opositores al régimen vieron el campo propicio para solicitarle acciones de esta índole al dictador. Muchos querían la paz y la reconciliación en la turbulenta Cuba de los años cincuenta y, por ello, impulsaron un proyecto de ley que, tras pasar por la cámara, por el senado y por la

¹⁷⁹ Franqui, en su citado libro, tiene un capítulo llamado “Fidel Castro: cartas desde la prisión” (pp. 457-472).

¹⁸⁰ Fidel Castro, “De Martí a Marx”, *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909 hasta nuestros días*, Michael Löwy, Santiago de Chile, Editorial LOM, Colección Ciencias Humanas, 2007, p. 291.

¹⁸¹ Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, pp. 457-463.

¹⁸² Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 657.

firma presidencial, dio libertad a los atacantes del Moncada y a algunos otros presos políticos.

La amnistía a los *moncadistas* fue una noticia de carácter nacional. A pesar de ser en su mayoría jóvenes estudiantes y de su fracaso en oriente, éstos eran por todos conocidos, especialmente Fidel Castro. Bien fuera porque era el jefe del movimiento, por su discurso en defensa propia ante los tribunales que le juzgaron, por los folletos y los mensajes que escribía y que sus amigos repartían clandestinamente, o por sus constantes castigos en el presidio —pues no le dejaban dar sus clases de historia y filosofía—, Castro se volvió, en palabras de la prensa cubana de la época, “una vigorosa figura nacional” cuya “presencia representaba un factor nuevo e imponderable”¹⁸³. Al respecto, se contó en la revista *Bohemia* una anécdota que muestra a la perfección la fama alcanzada por el joven abogado durante su presidio:

A fines de octubre del año anterior [en 1954], en pleno ajetreo electoral, llegó [Ramón] Grau San Martín [presidente de Cuba en 1933-1934 y en 1944-1948] a Santiago de Cuba. Había crecido prodigiosamente la “bola de nieve” y el caudillo de la Cubanidad [sic] reunió grandes multitudes. Cuando arribó a la tribuna, millares de gargantas, al unísono, vocearon un nombre que no era el del viejo profesor de Fisiología, sino el del solitario prisionero de Isla de Pinos.¹⁸⁴

Así se justifica por qué el 17 de mayo de 1955 la prensa cubana dedicó buen espacio de sus páginas a narrar cómo se dio la amnistía a los presos políticos en Cuba, especialmente a los del Moncada. Por ejemplo, *Diario de la Marina*, uno de los periódicos más reaccionarios de Cuba, imprimió una página entera con fotos sobre la liberación de Castro y sus amigos, además de una caricatura editorial, firmada por José Manuel Roseñada, que ilustra los momentos de júbilo y alegría vividos ese día (véase la figura 15, al final del capítulo)¹⁸⁵.

Con la amnistía se esperó que por fin llegara para Cuba un clima de mayor paz y tranquilidad sociopolítica. Bien se dijo en el diario *Alerta*, uno de los gobiernistas del momento: “La libertad de los sancionados ha producido legítima alegría en muchos hogares cubanos afectados directamente por los sucesos de [sic] Moncada. Esa ha sido una de las grandes virtudes de la amnistía, devolver el sosiego y la paz a numerosas familias, amén de construir el primer paso para la solución efectiva del problema cubano”¹⁸⁶. Sin embargo, este era sólo el comienzo de una situación mucho más turbulenta. Castro, consciente de la madurez alcanzada en la prisión y de la popularidad que tenía, en sus primeras declaraciones a la prensa dijo que no iba a crear un partido político nuevo, sino

¹⁸³ Enrique de la Osa, “Un factor nuevo”, *En Cuba. Tercer tiempo, 1955-1958*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2008, p. 77.

¹⁸⁴ Enrique de la Osa, “Un factor nuevo”..., p. 77.

¹⁸⁵ La fuente de la página llena de fotos es: *Diario de la Marina*, La Habana, 17 de mayo de 1955, [s. p.].

¹⁸⁶ “EN LIBERTAD LOS DEL ‘MONCADA’”, *Alerta*, La Habana, 16 de mayo de 1955, p. 8.

que iba a continuar cooperando con el Partido Ortodoxo, pues la consigna era la *unidad*¹⁸⁷. No obstante, sólo unos días después de salir de la cárcel se reunió con algunos *moncadistas* y con miembros de otros movimientos políticos en torno a la idea de una acción revolucionaria contra Batista. Allí fue creado el Movimiento Revolucionario 26 de Julio (M-26-7). Pero antes de que pudieran hacer cualquier cosa en Cuba, se enteraron de una conspiración en contra de los hermanos Castro que les obligó a buscar asilo en México. A Raúl lo acusaron injustamente de haber provocado un incendio y a Fidel le tenían preparado un carro abaleado para mostrarlo como *muerto en un enfrentamiento con la policía*¹⁸⁸. Como consecuencia, en los primeros días de julio de 1955, Raúl y Fidel Castro y otros miembros del 26 de Julio se refugiaron en México con la intención de planear y preparar un ataque más certero en contra del *batistato*¹⁸⁹.

Una vez en México, gracias a la ayuda económica ofrecida por varios contradictores políticos del dictador cubano y por otros simpatizantes, Castro y sus hombres pudieron entrenarse militar e ideológicamente. Allí, además, las filas del movimiento se engrosaron. Entre los que llegaron a formar parte de la naciente empresa, aparte de varios cubanos, un mexicano, un cubano-español, un italiano y un dominicano, estuvo el famoso médico argentino Ernesto *Che* Guevara (quien arribó a México proveniente de Guatemala, en donde luchó infructuosamente junto al gobierno de Jacobo Arbenz para evitar su derrocamiento). El grupo, entonces, se fortaleció con el correr del tiempo. Tanto así que Castro logró viajar a Nueva York y a Miami a hablar en mítines públicos, reunirse con miembros de otras facciones políticas opuestas a Batista (como el Directorio Revolucionario), hablarle a la prensa cubana sobre sus planes y, por si fuera poco, coordinar acciones que el M-26-7 llevaría a cabo en Cuba¹⁹⁰.

Sin embargo, la permanencia del 26 de Julio en tierra *manita* no fue muy cómoda. Aunque dentro del movimiento las cosas marcharon bien, las impugnaciones a Castro y a sus hombres tanto en Cuba como en México fueron constantes. Detenciones de miembros y acusaciones de ser comunistas o ayudantes de Carlos Prío Socarrás y de Rafael Leónidas Trujillo (el dictador dominicano cuyas fricciones con Cuba eran conocidas) fueron algunas de las formas como se les atacó. De hecho, “hubo por lo menos un atentado contra la vida

¹⁸⁷ Enrique de la Osa, “Un factor nuevo”..., p. 78. Véase también: “EN LIBERTAD LOS DEL ‘MONCADA’”, *Alerta*, La Habana, 16 de mayo de 1955, p. 1. Allí fue publicada una foto de Castro abrazando cariñosamente a una mujer, quien parece ser su hermana, tras la salida de la cárcel.

¹⁸⁸ Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 669.

¹⁸⁹ La bibliografía secundaria tiene inconsistencias en torno a la fecha en la que Fidel Castro partió hacia México. Thomas dice que el 19 de julio (p. 669), Franqui que el 10 (p. 83) y Omar Roberto Rodríguez que el 7 del mismo mes (*Cronología de la revolución cubana*, Bogotá, Ediciones desde abajo, 2008, p. 47).

¹⁹⁰ Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 678-693, y Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, pp. 83-91.

de Castro”, según afirma Thomas¹⁹¹. Pero el líder del movimiento, en su *delirio mesiánico*, tomó esos hechos como el aliciente necesario para emprender con más ímpetu su revolución. Prueba de ello fue la frase que pronunció a finales de 1955: “En 1956 seremos libres o mártires”¹⁹².

En Cuba, entretanto, las cosas se agravaron tras del fracaso del Diálogo Cívico. Surgieron conspiraciones fraguadas desde el ejército contra el régimen, aumentaron las huelgas y las protestas orquestadas desde la oposición, se incrementaron los asesinatos políticos y las torturas por parte del gobierno, afloraron escándalos mediáticos e, incluso, se iniciaron actos de sabotaje y terrorismo por parte de movimientos *antibatistianos* como el Directorio Revolucionario y el 26 de Julio. “El futuro solo podía traer violencia”, dice sobre esto Thomas¹⁹³.

El exilio en México y la vida interna de Cuba generaron, entonces, las condiciones para que Castro y sus hombres consiguieran partir hacia la isla a luchar contra el dictador. Tuxpan, al oriente del país *manito*, y la noche del 24 de noviembre de 1956 fueron el lugar y la fecha escogidos para emprender tal empresa. A bordo del yate *Granma* (hoy en día exhibido en el Museo de la Revolución, en La Habana) 82 hombres, unas 130 armas y mucha esperanza viajaron siete días por el Caribe antes de tocar suelo cubano. La idea de los expedicionarios era desembarcar en el sureste de la isla, en donde serían esperados por otros miembros del movimiento para dar inicio a la lucha revolucionaria. Pero justo antes de llegar, las cosas se les complicaron a los del 26 de Julio. Incidentes dentro de la tripulación y disparos de una fragata de la Marina cubana hicieron que el yate no pudiera desembarcar cuándo ni dónde habían previsto. Debieron hacerlo entonces en una región plagada de algas, cangrejos, lodo y mangles, sin todas las municiones y a plena luz del día¹⁹⁴. Y, una vez en tierra, sus problemas aumentaron: el grupo se dispersó y las provisiones escasearon, mientras que el ejército no paró de hostigarlos¹⁹⁵. De esta manera, sólo hasta después de mediados de diciembre pudieron reunirse los sobrevivientes (no más de 20, en

¹⁹¹ *Cuba...*, p. 679.

¹⁹² Citado por: Carlos Franqui, *Diario de la revolución cubana*, Barcelona, Ediciones R. Torres, 1976, p. 128.

¹⁹³ *Cuba...*, p. 693.

¹⁹⁴ Véase: Pedro Álvarez-Tabío Longa, “El desembarco del *Granma*”, *Memorias de la Revolución I*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 214-218; Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, pp. 93-98; Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, p. 123, y Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 694-700.

¹⁹⁵ Véase un testimonio de cómo fueron los días posteriores al desembarco en Ernesto Che Guevara, *Pasajes de la guerra revolucionaria*, Medellín, Editorial Prisma Ltda., 1971, pp. 7-12. El diario habanero *Alerta* publicó el 5 de diciembre del 56 varias fotos de lo que estaba ocurriendo en el oriente cubano. Allí se alcanzan a observar, además del yate *Granma*, imágenes de los soldados *batistianos* movilizándose para buscar a los revolucionarios (“COMBATES EN LA ZONA DE NIQUERO” y “GRAFICAS EXCLUSIVAS DE LOS SUCESOS DE ORIENTE”, *Alerta*, La Habana, 5 de diciembre de 1956, p. 1 y p. 16).

total) en la Sierra Maestra¹⁹⁶. Allí fue cuando fundaron el Ejército Rebelde (la facción guerrillera del M-26-7) y donde Castro pronunció unas muy curiosas —pero, a la vez, esperanzadoras— palabras, pues sólo tenían cuatro o cinco armas: “Ahora sí ganamos la guerra”¹⁹⁷.

Los siguientes dos años fueron agitados en toda Cuba. El eje transversal de los hechos estuvo marcado por la violencia y por las jugadas políticas, tanto del régimen como de la oposición. La represión, los asesinatos, las torturas y el macartismo, por parte del *batistato*, y el sabotaje, el terrorismo, las protestas, los mítines y los motines, por parte del M-26-7 y del Directorio Revolucionario, principalmente, fueron el pan de cada día en el país caribeño durante los 25 meses posteriores al desembarco del *Granma*¹⁹⁸. No en vano la popularidad de Batista y de Castro —figura máxima de la oposición— subió y bajó constantemente, según los movimientos políticos que uno y otro realizaron. La balanza, al final, se inclinó a favor de 26 de Julio y, como resultado, triunfó el Ejército Rebelde.

Una somera periodización del lapso comprendido entre diciembre de 1956 y diciembre de 1958, deja ver cuatro etapas de la guerra de guerrillas. La primera, enmarcada desde el desembarco del *Granma* hasta agosto-septiembre de 1957, comprende la fase en la cual el Ejército Rebelde se enfocó, por un lado, en sobrevivir, establecerse y fortalecerse en la Sierra Maestra y, por el otro, en darse a conocer al mundo. En estos primeros meses en las montañas cubanas, gracias al apoyo —en víveres y en personal— del campesinado y a algunos ataques a guarniciones militares del régimen (las de La Plata y El Uvero las más conocidas), Castro y sus hombres lograron asentarse y expandir su territorio en las montañas¹⁹⁹. En este lapso, además, se dio una especie de propagandismo del movimiento armado. A través de Herbert L. Matthews, periodista del *New York Times*, y de Robert Taber y Wendell Hoffman, de la CBS (*Columbia Broadcasting System*), principalmente, Castro y su movimiento se dieron a conocer al mundo. El primero con un artículo publicado en febrero y los segundos con el documental *Rebels of the Sierra Maestra: The Story of Cuba's Jungle Fighters*, emitido en mayo, coadyuvaron a que la opinión pública internacional se formara

¹⁹⁶ La cifra sobre la cantidad de combatientes que se reunieron a mediados del último mes de 1956 es incierta. Unos decían que fueron doce, otros que dieciocho, otros que ocho, otros que una quincena, en fin. Véanse algunas de las versiones en Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 700-701 (en el pie de página).

¹⁹⁷ Amels Escalante Colás, “La victoria en la Sierra Maestra”, *Memorias de la Revolución I*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompert y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, p. 343.

¹⁹⁸ Véase un resumen de los principales hechos de violencia en: Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, p. 125.

¹⁹⁹ Cabe mencionar que los campesinos y los jóvenes se les unían fácilmente en respuesta a la represión del ejército: ser joven o estudiante era motivo de sospecha y, en muchos casos, las fuerzas del régimen torturaban sin fundamento a estas personas y/o exhibían en público los muertos para que la gente escarmentara y dejara de interesarse por la lucha revolucionaria (esto se mantuvo en los dos años de guerra de guerrillas y, de hecho, se intensificó a finales de 1958).

una idea de lo que pasaba en Cuba, del M-26-7 y, en especial, de Fidel Castro. El líder de los insurrectos, entonces, se convirtió en héroe y leyenda. Hasta ese momento se decía que todavía estaba en México o que había sido muerto tras el desembarco del *Granma*²⁰⁰. Pero cuando se demostró que estaba vivo y luchando en las montañas de la Sierra Maestra, su popularidad *se disparó* y su movimiento se consolidó en la escena política cubana.

La segunda etapa de la lucha revolucionaria acaeció entre septiembre de 1957 y abril de 1958. Este fue un momento de múltiples jugadas políticas llevadas a cabo, principalmente, por la oposición al *batistato*. Por ejemplo, el Ejército Rebelde se posesionó de la Sierra Maestra, llamada entonces el *Territorio libre de Cuba*, y Castro se convirtió en una especie de *gobernante de facto* en oriente²⁰¹. Empezó a publicarse el periódico *Cubano Libre* y a emitirse la emisora *Radio Rebelde* desde las montañas. Miembros del 26 de Julio raptaron por unas horas al automovilista argentino y quíntuple campeón de la Fórmula 1, Juan Manuel Fangio, como un acto propagandístico. El líder del Ejército Rebelde recibió en su escondite a más periodistas extranjeros y también empezó a entrevistarse con periodistas cubanos. La Iglesia y los comunistas (a través del Partido Socialista Popular, PSP), por lo menos en parte, se decidieron a apoyar las acciones de los insurgentes. Batista —quizás en respuesta a esos pronunciamientos— prometió elecciones e invitó a garantes de organismos internacionales para que presenciaran las mismas. La Dirección Nacional del 26 de Julio dio a conocer un manifiesto en el cual advirtió que la guerra total contra el *batistato* se iniciaría en cualquier momento. Estados Unidos negó ayuda militar al dictador. Y, seguramente lo más trascendental de todo, Castro convocó a una huelga general que fracasó (a causa, principalmente, de que no contaron con el apoyo del movimiento obrero cubano, cuyas directrices obedecían más al PSP que al Movimiento 26 de Julio)²⁰². El terreno hasta ese momento ganado por el movimiento insurgente, entonces, pareció tambalear. A través de la huelga —se pensó— el país se paralizaría y, como resultado, Batista caería. Pero las cosas no se dieron así y, por el contrario, la moral del gobierno aumentó, mientras que la de los combatientes se redujo.

La tercera etapa de la guerra de guerrillas transcurrió entre abril y agosto de 1958. Tras el fracaso de la huelga, Batista se envalentonó y, por ello, decidió lanzar una gran ofensiva militar sobre la Sierra Maestra. La idea del dictador era acabar con el Ejército Rebelde y, especialmente, con Fidel Castro. El ataque, iniciado en mayo, lo ejecutaron más de diez

²⁰⁰ Véanse algunos de los rifirrafes en torno a las suposiciones de lo acontecido con Castro tras el desembarco del *Granma* en: *El Mundo*, La Habana, 6 de diciembre de 1956, p. 1; *Alerta*, La Habana, 5 de diciembre de 1956, p. 1, y *Prensa Libre*, La Habana, 23 de diciembre de 1956, p. 1.

²⁰¹ Los términos usados fueron tomados de Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 771.

²⁰² Sobre las razones por las cuales fracasó la convocatoria a la huelga, véase: Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, p. 126.

batallones y otras tantas compañías con tanques, con armas modernas y con apoyo aéreo y naval. Algunos dicen que fueron 2.500, otros que 3.000, otros que 10.000 y otros que 12.000 los hombres del ejército cubano que marcharon sobre las montañas del oriente cubano²⁰³. Los rebeldes, y en eso sí coinciden las diferentes versiones, no pasaban de 300. Pero, aun así, la victoria de la guerrilla castrista fue contundente. Los errores tácticos y el desconocimiento del terreno por parte del ejército, así como la alta moral de los insurgentes y la buena táctica militar puesta en marcha por Castro, hicieron que en poco más de 70 días los rebeldes expulsaran a las fuerzas del régimen de la sierra (aun cuando los insurrectos alcanzaron a estar cercados en un terreno de menos de diez kilómetros cuadrados). De tal magnitud fueron las cosas que, según se dice, por cada muerto rebelde hubo trece bajas del ejército *batistiano*²⁰⁴. En agosto, después de entregar unos 400 rehenes a la Cruz Roja Internacional y cuando los militares iban en retirada, tras la decisiva batalla del Jigüe —en la cual se rindió un batallón completo— el Ejército Rebelde, con los ánimos en lo más alto, se decidió entonces a contraatacar.

La cuarta y última etapa de la lucha entre Batista y el M-26-7 aconteció entre agosto y diciembre de 1958. Aquí se decidió la suerte del moribundo régimen. Ante el fracaso de la ofensiva del ejército, el grupo insurgente arremetió contra las pocas fuerzas que a éste le quedaron. Para tal efecto, Fidel y Raúl Castro se fortalecieron en el oriente, alrededor de Santiago, mientras que Camilo Cienfuegos y el *Che* Guevara partieron con sus tropas hacia el occidente y el centro de la isla, respectivamente. La respuesta del dictador fue la intensificación de la represión²⁰⁵. La violencia, entonces, aumentó en toda Cuba. Batista, en un último y desesperado intento por reposicionarse en el escenario sociopolítico, convocó a elecciones en noviembre. Pero el fracaso de los comicios fue total: el abstencionismo reinó y, por si fuera poco, ganó el candidato del régimen, Andrés Rivero Agüero. Sobre esto, dice Jesús Arboleya Cervera que Batista “ni siquiera tuvo la inteligencia de perder” en las votaciones²⁰⁶. Esto, aparte de potenciar el descontento de la sociedad ante el gobierno de facto, coadyuvó a que Estados Unidos le retirara el respaldo al dictador, a que en el

²⁰³ Carlos Franqui mencionó que eran 2.500 (*Vida, aventuras y desastres...*, p. 110), Raúl Castro que eran 3.000 (véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 1213), Jesús Arboleya Cervera que 10.000 (*La revolución...*, p. 126) y Louis A. Pérez Jr. que 12.000 (“Cuba...”, p. 179). Thomas, por su parte, sólo se atreve a decir que fue “una masa arrolladora de hombres” (*Cuba...*, p. 784).

²⁰⁴ Amels Escalante Colás, “La victoria en la Sierra...”, p. 350.

²⁰⁵ En el Museo de la Revolución, en La Habana, hay exhibidas numerosas fotos de los cuerpos de los revolucionarios torturados y asesinados por el ejército del régimen, así como de manifestaciones que en la época se realizaban. En una de esas fotos aparece un cartel de 1957 que reza: “CESEN LOS ASESINATOS DE NUESTROS HIJOS, MADRES CUBANAS”. En ese mismo lugar está el manuscrito firmado por Castro en el cual le dio la orden al “Comandante Camilo Cienfuegos” de “conducir una columna rebelde [“la columna No 2, ‘Antonio Maceo’, que así se denominará”] desde la Sierra Maestra hasta la Provincia de Pinar del Río, en cumplimiento del plan estratégico del Ejército Rebelde”.

²⁰⁶ *La revolución...*, p. 127.

ejército se empezara a pensar en una sublevación y a que el M-26-7 aumentara su popularidad. La revolución se hizo irrefrenable.

La noche del 31 de diciembre de 1958 Batista llamó a una reunión a sus familiares y colaboradores más cercanos para celebrar la llegada de un nuevo año. Al parecer se iba a iniciar en Cuba otro año bajo el *batistato* con la guerra civil como telón de fondo. Pero no fue así. La reunión le sirvió de pretexto al dictador para anunciar que dejaría el poder y que se iría del país a fin de evitar más derramamiento de sangre. Con el dictador salieron de Cuba las personas más allegadas al régimen, y una buena cantidad de dinero, producto de la corrupción, se fue con ellos. Así pues, cinco años, cinco meses y cinco días después del asalto al cuartel Moncada, mientras el *Che* Guevara estaba asestando el más duro golpe contra el régimen —al tomarse la ciudad de Santa Clara en las últimas horas de diciembre de 1958—, los rebeldes se hicieron con el poder y, en consecuencia, en la madrugada del 1º de enero de 1959 triunfó la revolución cubana.

Con la revolución —creían todos— llegaría una época diferente para Cuba, una época de paz, de cambio y de renovación. La expectación fue inmensa. Sin embargo, poca gente conocía el programa o los proyectos sociales, políticos y económicos del movimiento insurrecto liderado por Castro. La lucha, en otros de los grupos que en ella participaron, trascendió las bases ideológicas, hasta llegar simplemente al deseo de acabar con el régimen. Pero según Arboleya Cervera, en el caso de Castro y sus hombres las cosas fueron diferentes: “el factor de cohesión ideológica transcendía la lucha contra la dictadura, para convertirse en un proyecto antiimperialista, reformador de las bases neocoloniales del país”²⁰⁷. Durante los 25 meses de lucha guerrillera los rebeldes hablaron de *liberar a Cuba del tirano*, de reestablecer la Constitución de 1940, de un gobierno provisional, de derechos laborales a los trabajadores, de castigar a los *esbirros del régimen*, de nacionalizar las empresas extranjeras, de anticolonialismo, de antiimperialismo y, someramente, gracias al contacto que tuvieron con el campesinado, de una reforma agraria²⁰⁸. Fue por eso que el Ejército Rebelde (en cabeza, principalmente, de los hermanos Castro y del *Che* Guevara) pactó alianzas con otras organizaciones políticas con programas políticos definidos, como el Directorio Revolucionario y el PSP. En tiempos de guerra fría y de macartismo, tales alianzas fueron vistas con desconfianza tanto al interior del movimiento armado como a nivel internacional. Pero, ante ello, los pactantes exhibieron los convenios como parte de la

²⁰⁷ *La revolución...*, p. 125.

²⁰⁸ Este tipo de cosas se convinieron, principalmente, en el Pacto de Caracas, adelantado a mediados de 1958 por los grupos opositores a Batista. Allí se estableció, además, una Junta de Unidad o Frente Cívico Revolucionario Democrático, en el que el abogado José Miró Cardona fue nombrado coordinador, Castro comandante en jefe de las fuerzas de la revolución y el juez Manuel Urrutia Lleó presidente de Cuba en armas. Véase Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 790 y 794.

estrategia para ganar la guerra y no como compromisos perpetuos. Por ello, ante los ojos del mundo, la revolución cubana, en principio, más que una amenaza comunista en una isla caribeña, fue el derrocamiento de un dictador por parte de un movimiento con un programa ecléctico y con unos integrantes de diversa índole. Pocos sospechaban que a partir de ese 1º enero de 1959 las historias cubana y latinoamericana cambiarían para siempre.

2.2. El mundo y América Latina a finales de los años cincuenta

Luego del reordenamiento geopolítico global en los primeros años de la segunda posguerra, llegó un período nuevo para la guerra fría. En 1953 Harry Truman fue sucedido por Dwight Eisenhower en la Casa Blanca y Josif Stalin por Georgij Malenkov en el Kremlin. Muchos pensaron que estos relevos de mando en las superpotencias fueron la sazón para el deshielo de la confrontación bipolar. El armisticio en Corea, en julio de 1953, y conferencias organizadas para firmar pactos de conciliación y cooperación entre Estados Unidos y la Unión Soviética —como las de Ginebra, Suiza— fueron un buen presagio. Empero, según Ronald E. Powaski “la guerra fría se intensificó y extendió” en esos años²⁰⁹. Eisenhower, por ejemplo, consolidó una política exterior agresiva presionada por el macartismo, por su propia desconfianza en los soviéticos, por la creciente rivalidad entre comunismo y capitalismo, y por la negativa de políticos de su país de consumir conciliaciones con sus antagonistas²¹⁰. No en vano durante su mandato el arsenal nuclear creció veinte veces y un millón de soldados norteamericanos se posicionaron en 42 países²¹¹. En Moscú, entretanto, algunas disputas al interior del gobierno generaron una situación de confusión que terminó con la destitución de Malenkov a manos de Nicolaj Bulganin en 1955 y la de éste a manos de Nikita Jruschov en 1958, quien ya era pieza fundamental del poder como primer secretario del Partido Comunista Soviético desde 1953. Cuando llegó al poder, Jruschov planteó una doctrina de *coexistencia pacífica* con Estados Unidos y, al interior de la Unión Soviética, llevó a cabo un proceso de *desestalinización*, consistente en la renovación del régimen y en la supresión del culto al individuo (anteriormente impulsado por Stalin). Sin embargo, más tarde, la política exterior soviética se endureció. En virtud de la “afición” de Jruschov por “las fanfarronadas” y por

²⁰⁹ *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Barcelona, Editorial Crítica, 2000, p. 125.

²¹⁰ Véase: Ronald E. Powaski, *La guerra fría...*, p. 168.

²¹¹ Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, p. 140.

“las decisiones impulsivas” (términos usados por Eric Hobsbawm), pues siempre tuvo “ansia de atacar los intereses de Estados Unidos en todo el mundo” (en palabras de Powaski), cuantioso material bélico soviético fue exportado a diferentes partes del globo²¹². Después de *apagado el incendio* en Corea se *prendieron*, entonces, los de Vietnam, Irán, Hungría, el canal del Suez, Berlín, Congo y, en últimas, Cuba (tras el triunfo de la revolución). Asimismo, el lanzamiento de los primeros dos satélites al espacio (el *Sputnik I* y el *Sputnik II*, este último con la perra Laika a bordo) por parte de los soviéticos a finales de 1958, hizo que la guerra fría adquiriera otra dimensión. Allí, tras la mirada incrédula de Occidente —pues nadie podía creer que un sistema supuestamente atrasado tuviera tal capacidad tecnológica—, se inició la *carrera espacial*, que tiempo después, entre otras cosas, llevaría al primer hombre al espacio exterior (el ruso Yuri Gagarin) y al primero a la luna (el norteamericano Neil Armstrong). Las palabras de Powaski respecto a la intensificación y la extensión de la guerra fría resultan, pues, bastante acertadas.

El macartismo fue una de las principales razones por las cuales la guerra fría adquirió nuevas dimensiones durante la presidencia Eisenhower, según se dijo. Sorprende, al respecto, que esta *práctica* se intensificó aun cuando su *inspirador*, el senador Joseph McCarthy, salió de la escena pública. Hacia 1954 la carrera de este político llegó a su culmen, y así como había subido, bajó: rápida y estrepitosamente, y con los medios de comunicación siempre atentos a sus movimientos. Luego de varios años de infundir el más terrible miedo al comunismo en Occidente, de juzgar a cualquiera que se le oponía políticamente y de lograr el *pantallazo* para ascender en los cargos públicos, a Joe McCarthy le pasó *su cuarto de hora*. En una de tantas acusaciones que realizó, las cosas no le salieron bien y, como consecuencia, pasó de acusador a acusado. Entonces, el Senado norteamericano lo censuró y, sin lograr reponerse, lentamente perdió el prestigio que había logrado a principios de la década. Después de esto cayó en el alcoholismo y murió en 1957 debido a una infección hepática. La caza de brujas, sin embargo, trascendió su figura. Según Roberta Strauss Feuerlicht en su libro *McCarthy y el McCarthysmo. El odio que trastornó a Norteamérica*, “con la censura de McCarthy no cesaron el miedo y la aversión al comunismo, ni se despertó un interés repentino por las libertades civiles”, y aunque tras su muerte “McCarthy fue enterrado [...] el maccarthismo [*sic*] no”²¹³.

Como es de suponerse, América Latina no fue ajena a los cambios que a finales de los cincuenta se fraguaron en la guerra fría. Varios procesos se dieron en la región en esos

²¹² Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, Editorial Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1995, p. 246, y Ronald E. Powaski, *La guerra fría...*, p. 168.

²¹³ *Joe McCarthy y el mccarthysmo. El odio que trastornó a Norteamérica*, Barcelona, Ediciones Grijalbo S. A., 1976, p. 189 y p. 195.

años: dos que venían de tiempo atrás (el estancamiento económico y el reforzamiento del anticomunismo) y tres nuevos (un intento de neutralidad en la confrontación bipolar, la concientización de la pertenencia al Tercer Mundo y una parcial y transitoria transición a la democracia). Tales procesos —impulsados desde las políticas estadounidenses en la región, desde la globalización de la confrontación capitalismo-comunismo y desde las dinámicas sociopolíticas de los diferentes países— en un principio no trajeron cambios significativos para los países ubicados *al sur del río Bravo*. Empero, sí generaron las condiciones para una transformación más significativa. Una transformación que llegó, especialmente, tras la revolución cubana y que significó el reposicionamiento de América Latina en las geopolíticas continental y mundial.

En efecto, los últimos años cincuenta fueron de frustraciones en materia de desarrollo para América Latina. La precaria situación socioeconómica, el fracaso de la implementación de medidas eficaces para mejorar las condiciones de atraso y la negativa por parte de Estados Unidos a cooperar en ese ámbito, propiciaron dicha circunstancia. A pesar de que el modelo económico adoptado después de la segunda guerra mundial para alcanzar el desarrollo (la Industrialización por Sustitución de Importaciones) dio algunos resultados positivos en el largo plazo, a finales de los cincuenta predominaron las dificultades en temas de industrialización, desempleo, pobreza y desigualdad social²¹⁴. Ello explica la persistencia que en aquellos momentos tuvieron los latinoamericanos en las peticiones de auxilios económicos a Estados Unidos. En dicho país, sin embargo, siguieron *haciéndose los de los oídos sordos* frente a las problemáticas de la región, pues la contención del comunismo era la prioridad. En 1954, por ejemplo, se reunieron los delegados de veinte países del continente en la Décima Conferencia Panamericana, celebrada en Caracas, Venezuela, para tratar esencialmente asuntos económicos²¹⁵. Sin embargo, la reunión fue utilizada por la delegación estadounidense para otorgarse, en palabras de Hans-Joachim König, “el derecho a intervenir en los asuntos internos de otros países con el fin de conjeturar la amenaza del ‘comunismo internacional’ en el continente americano”²¹⁶. Entonces, los temas de índole

²¹⁴ Véase: Ricardo Ffrench-Davis, Óscar Muñoz y José Gabriel Palmas, “Las economías latinoamericanas, 1950-1990”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 11: *Economía y sociedad desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S.A, 1997, p. 83 y p. 97.

²¹⁵ Fernando Cepeda Ulloa y Rodrigo Pardo García-Peña, “La política exterior colombiana (1946-1974)”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. III: *Relaciones Internacionales. Movimientos Sociales*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 38.

²¹⁶ “El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica”, *Historia de Iberoamérica*, Manuel Lucena Salmoral coord., tomo III: *Historia Contemporánea*, Madrid, Ediciones Cátedra S. A., Historia Serie Mayor, 3ª edic., 1998, p. 461. Las palabras textuales del secretario de Estado, John Foster Dulles, fueron: “si el movimiento comunista internacional [que según él había penetrado en todos los países del hemisferio y seguía órdenes de Moscú] llegara a dominar las instituciones políticas de cualquier Estado americano, ello constituiría una amenaza contra la soberanía e independencia política de todos nosotros, poniendo en peligro la paz de

económica no fueron allí tratados y, como consecuencia, las esperanzas de las delegaciones latinoamericanas de recibir auxilios monetarios se fueron al piso. Bien menciona Jacques Pirenne que “Los países latinoamericanos de tendencia favorable a Washington quedaron decepcionados al no llegarse a soluciones concretas sobre las principales cuestiones económicas planteadas y la ayuda financiera pedida”²¹⁷. Y si bien, gracias en gran parte a lo allí pactado estos años se tornaron dificultosos para la izquierda en la región —varios partidos comunistas fueron declarados ilegales—, en Estados Unidos siguieron sin prestarle atención a las peticiones hechas por los países de su *patio trasero*²¹⁸. Situaciones similares a las de la Conferencia celebrada en Caracas acontecieron también en Quitandinha (Brasil), en Washington, en Brasilia, en Río de Janeiro y en Buenos Aires en los años subsiguientes²¹⁹. El contraste entre el refuerzo del anticomunismo y la decadencia socioeconómica se hizo entonces sumamente evidente en América Latina.

Las nuevas características de la guerra fría, sumadas a las dificultades socioeconómicas de los países *del sur del río Bravo*, generaron también nuevas dinámicas en esta región respecto a la confrontación bipolar. Lo acaecido entre Estados Unidos y la Unión Soviética en el proceso de globalización de su pugnacidad, hizo que en estos territorios surgiera un intento de reposicionamiento en la geopolítica mundial. Ello se dio, en gran parte, a causa de los procesos de descolonización e independencia de numerosos países de África, Asia y, en menor medida, América. Porque esta fue una época en la que, según Tulio Halperin Donghi, “Los bloques rivales competirán por la benevolencia de las nuevas naciones contribuyendo a su progreso económico”²²⁰. Tal competencia generó la aparición en los nacientes países de movimientos de corte nacionalista con ciertos rasgos de neutralidad respecto a la guerra fría, pues allí intentaron sacar lo mejor de los mundos capitalista y

América, lo que exigirá la acción pertinente de conformidad con los tratados vigentes”, (citado en: Felicitas López Portillo, “El mundo de la posguerra: guerra fría y revolución (1945-1959), *Latinoamérica. Revista de estudios latinoamericanos*, México, No. 37, 2003/2, Universidad Autónoma de México, 1ª edic., 2004, p. 292). Estas palabras fueron base y sustento de la invasión a la Guatemala de Jacobo Arbenz, ocurrida tan sólo unos meses después de la pronunciación de las mismas. Dicha invasión fue dirigida por la CIA, cuyo director era Allen Welsh Dulles, hermano del mencionado secretario de Estado.

²¹⁷ *Historia Universal. Las grandes corrientes de la historia*, Vol. IX: *Los años de posguerra (1945-1955)*, México, Editorial Cumbre S. A., 18ª edic., p. 294. Menciona este mismo autor que las “cuestiones de orden económico fueron diferidas para ser tratadas en la Conferencia Interamericana de Ministros de Hacienda y Economía que se celebró en Río de Janeiro a fines de 1954, en la que no se llegó entonces a acuerdos definitivos” (p. 293).

²¹⁸ Sobre los comunistas de la región en esos años, véase: Alan Angell, “La izquierda en América Latina desde c. 1920”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1997, p. 100. Acerca del término “patio trasero”, véase el capítulo anterior.

²¹⁹ Véase una breve historia de las peticiones económicas que América Latina realizó a Estados Unidos a finales de los años cincuenta en: Carlos Sanz de Santamaría, *Complemento a la Historia Extensa de Colombia. Volumen XIII. Interamericanismo contemporáneo. Reminiscencias*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Plaza & Janes Editores Colombia S. A., junio de 1985, pp. 39-92.

²²⁰ *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, S. A., 1980, 8ª edic., p. 444. Sobre los procesos de descolonización e independencia, dice Jesús Arboleya Cervera que “En la década del cincuenta, 37 antiguas colonias obtuvieron su independencia” (*La revolución...*, p. 140).

comunista en aras de forjar sus naciones y, paralelamente, de superar las condiciones de subdesarrollo²²¹. Esa tendencia neutralista, promulgada inicialmente en los Estados recién creados, llegó también a América Latina. Pero en esta región, en vez de actuar como una fuerza tendente al alejamiento del bloque capitalista y al acercamiento al comunista (como sí ocurrió en otras partes), actuó como un instrumento de presión sobre Washington en pro del otorgamiento de asistencia económica. El ejercicio de esta presión estuvo encabezado por el presidente de Brasil Juscelino Kubitschek y por el político liberal colombiano Alberto Lleras Camargo, quienes, por un lado, alentaron el neutralismo entre los latinoamericanos y, por el otro, convocaron a la conformación de un bloque continental —a través de la llamada Operación Panamericana— para convertir a la región en una zona económicamente estable y bajo el amparo de Estados Unidos²²². La propuesta de la consolidación de un grupo de países a favor del desarrollo, sin embargo, tuvo más eco en América Latina que la del neutralismo. Esto se dio, seguramente, debido a que la primera tuvo un carácter más público, a que siguió teniendo en cuenta el papel de los Estados Unidos como líder de la región y a que no fue susceptible de acusaciones macartistas (el caso de Guatemala ocurrido unos años antes evidenció lo que podría sucederle a una empresa semejante). Pero en Estados Unidos, consecuentemente con sus anteriores políticas en estos territorios, estuvieron reacios a la idea de conformar un bloque continental para luego invertir en su desarrollo. Recuérdese no más que para los estadounidenses la prioridad de intervención económica la tenían aquellos territorios *extracontinentales* en donde los soviéticos podrían tener una presencia considerable. En América Latina se pensó, entonces, que la precaria situación socioeconómica permanecería invariable.

Sin embargo, a finales de los cincuenta acaecieron tres sucesos que hicieron *virar* el rumbo de las políticas socioeconómicas de Estados Unidos en América Latina. Por un lado, la Unión Soviética empezó a mostrarse en diversos territorios del mundo “como generosa financiadora de transformaciones económicas”, en palabras de Halperin Donghi²²³. Por otra parte, en la visita oficial que el entonces vicepresidente norteamericano Richard Nixon realizó entre abril y mayo de 1958 a varios países latinoamericanos, se dieron protestas bastante hostiles en contra de la misma en ciudades como Lima, Perú, y

²²¹ Véase: Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, p. 140, y Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea...*, pp. 444-446.

²²² Véanse las propuestas de Kubitschek y de Lleras Camargo, y su contexto en: Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea...*, p. 446, y Carlos Sanz de Santamaría, *Complemento a la Historia...*, pp. 50-69 y pp. 405-410.

²²³ *Historia Contemporánea...*, p. 444.

Caracas, Venezuela²²⁴. Y, por último, triunfó la revolución cubana y se erigió un Estado comunista a solo 150 kilómetros del territorio estadounidense (revolución que, a su vez, demostró con el pasar del tiempo que el neutralismo era un camino solitario y que requería de algo de heroísmo, pues debía evadir las ojerizas de Estados Unidos)²²⁵. Sólo hasta entonces, cuando en el intento de reposicionamiento geopolítico de América Latina la tendencia neutralista significó en el caso de Cuba un viraje hacia la izquierda —que a su vez contó con la entera complacencia de la Unión Soviética y con el aliciente del descontento por las políticas estadounidenses—, las presiones ejercidas sobre la potencia capitalista para que prestara asistencia económica en la región surtieron efecto. En otras palabras, cuando la revolución triunfante en Cuba se alejó de la órbita estadounidense y se acercó a la soviética, los Estados Unidos, por fin, implementaron un programa de cooperación económica en América Latina: la Alianza para el Progreso. Fue allí, ante la incapacidad de superar la crisis socioeconómica por sus propios medios y de reposicionarse en la escena mundial, cuando América Latina se percató de la existencia de un Tercer Mundo —menos desarrollado y al margen de los mundos capitalista y comunista— y de que formaba parte de él²²⁶. Y aunque quizás geopolíticamente no pertenecía a ese Tercer Mundo, social y económicamente sí. Lo acaecido frente a Estados Unidos y frente a la guerra fría así lo demostraron.

Paralelamente a los cambios geopolíticos respecto a la guerra fría, en América Latina se dio un proceso de transformaciones sociopolíticas. Pero esta vez no estuvo directamente relacionado con Estados Unidos ni con la guerra fría, sino con los regímenes de algunos países. Contrario a lo ocurrido a principios de la década, en estos años la región vivió una transición a la democracia (o más bien a la *semidemocracia*, según Jonathan Hartlyn y Arturo Valenzuela, “debido a las limitaciones impuestas al constitucionalismo, a la competencia o a la participación, sin olvidar el fraude y la manipulación electorales”, por parte de los nuevos y diversos regímenes que sustituyeron a las dictaduras)²²⁷. Durante la presidencia de Eisenhower diez gobiernos de facto que antes contaban con el apoyo de Estados Unidos fueron derrocados, y en 1959 sólo gobernaban regímenes militares en cuatro países latinoamericanos²²⁸. El fin de los autoritarismos de Juan Domingo Perón en Argentina, de

²²⁴ Véase: Leopoldo Villar Borda, *Alberto Lleras. El último republicano*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., marzo de 1997, p. 295.

²²⁵ Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea...*, pp. 445-446.

²²⁶ Véase la afirmación sobre la *concientización* de la pertenencia al Tercer Mundo por parte de América Latina en: Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea...*, p. 442.

²²⁷ “La democracia en América Latina desde 1930”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S.A, 1997, págs. 12 y 17.

²²⁸ Encuéntrese la primera afirmación en Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, p. 140, y la segunda en Jonathan Hartlyn y Arturo Valenzuela, “La democracia...”, p. 64. Ante posibles incompatibilidades en las

Gustavo Rojas Pinilla en Colombia, de Marcos Pérez Jiménez en Venezuela, de Fulgencio Batista en Cuba y de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, fueron algunos de los casos más sonados. De acuerdo a Hartlyn y a Valenzuela, y a Robert A. Dahl (citado por los primeros), este tipo de transiciones a la democracia ocurren o bien cuando quienes están en el poder o aspiran a él se percatan de que lo más conveniente para sus intereses es acordar la creación de instituciones y mecanismos reglamentarios con el fin de solucionar las diferencias pacíficamente y en el marco de las prácticas democráticas, o bien cuando aquellos mismos se dan cuenta de que la represión, la insurrección o las presiones externas resultan más costosas que la tolerancia y la conciliación²²⁹. Cada país, sin embargo, vivió un proceso diferente, por lo que no resulta muy fácil realizar una tipificación de dicha transición. Habría que estudiar cada caso para comprender mejor el fenómeno. Además, mencionan también Hartlyn y Valenzuela, por un lado, que “Los tratados teóricos de las ciencias sociales proporcionan pocas indicaciones que ayuden a comprender los comienzos de la evolución y la consolidación de la democracia en América Latina” y, por el otro, que “las evaluaciones de las tendencias en América Latina que se centran en períodos cortos son engañosas si el fenómeno que hay que explicar es la consolidación democrática”²³⁰. Es posible, entonces, que al mencionado proceso hayan ayudado la constante negativa de Estados Unidos a cooperar económicamente con la región, los amagos de neutralismo y de *izquierdización*, las nuevas dinámicas de la guerra fría, la concientización de la pertenencia al Tercer Mundo y el temor que los populismos y los reformismos suscitaron en las oligarquías (en especial, en países como la Argentina de Perón y la Guatemala de Arbenz)²³¹. En todo caso, este proceso fue bien recibido en la mayoría de países latinoamericanos, pues el hecho de que hubiera regímenes dictatoriales en más de la mitad de Estados de la región no resultaba muy alentador en aras de esa *evolución* sociopolítica y económica que aquí tanto se proclamaba. (Y, por ende, el caso de la lucha revolucionaria en Cuba fue mirada con sumo júbilo en casi todos los países del continente, incluso en

diferentes cifras mostradas sobre los regímenes militares en América Latina, téngase en cuenta que ello puede ser producto de las diferencias y los contrastes conceptuales de los términos “democracia” y “*semidemocracia*”.

²²⁹ Jonathan Hartlyn y Arturo Valenzuela, “La democracia...”, p. 15. El libro que estos autores citan de Dahl es *Polyarchy: Participation and Opposition*, Connecticut, New Haven, 1971 (cuya versión en español es: *La poliarquía: participación y oposición*, Madrid, Tecnos, 1990).

²³⁰ “La democracia...”, p. 13 y p. 66, respectivamente. Mencionan también al respecto estos autores que “Una de las tareas más difíciles sigue siendo la conceptualización de la democracia política y la creación de tipologías de la democracia” (encuéntrese la cita en la página 353 del libro en el que está el citado artículo, en el aparte dedicado a los balances historiográficos), por lo que tipificar el fenómeno de la transición a la democracia se hace más complicado aún.

²³¹ Sobre los temores que en las élites infundieron los populismos y los reformismos de mediados de siglo, véanse: Jonathan Hartlyn y Arturo Valenzuela, “La democracia...”, p. 17, p. 31, p. 47 y pp. 44-45, Luis Vitale, “Latinoamérica y Colombia (1930-1960)”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. III: *Relaciones Internacionales. Movimientos Sociales*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp.146-152, y Alan Angell, “La izquierda...”, pp. 95-100.

algunos sectores de la vida pública estadounidense.) Ahora bien, a pesar de esto, la transición a la democracia en América Latina de finales de los años cincuenta resultó temporal. Su declive se debió, seguramente, a la fragilidad de estos nuevos regímenes (en términos de Felicitas López Portillo), a que la democracia en la región no era objetivo prioritario para Estados Unidos (afirmación de König), al macartismo que las nuevas dinámicas de la guerra fría le impregnaron a la política de la potencia capitalista y a coyunturas como la revolución comunista de Cuba y como la consecuente intensificación de la Doctrina de Seguridad Nacional²³². Pero, aun así, es de resaltar que gracias a ese intento de democratización que se dio en América Latina a finales de los cincuenta, se propició el terreno para nuevos cambios en la escena geopolítica de la región. Cambios que, sumados a los otros procesos mencionados, se dieron especialmente después de la revolución cubana.

2.3. Política y prensa en Colombia entre 1953 y 1958

2.3.1. Dictadura y transición semidemocrática

Acorde a las dinámicas regionales, Colombia a mediados y finales de los años cincuenta vivió también una época de cambios sociopolíticos. Cambios tanto en las políticas nacionales como en las internacionales. Dictadura, democratización (o *semidemocratización*, de acuerdo a los postulados de Hartlyn y Valenzuela), reforzamiento del anticomunismo y proyección del reordenamiento geopolítico en América Latina, todo ello, así como en la mayoría del continente, se dio también en este país. Pero si bien la política estadounidense en el hemisferio era en muchos aspectos determinante y si bien este país siempre tuvo posturas prooccidentales, los mencionados procesos ocurrieron por causas internas, no externas. Es decir, la dictadura y la transición a la democracia acontecieron a causa de intereses de las élites políticas colombianas; el reforzamiento del anticomunismo se dio como una política del régimen de turno, y los *ideales panamericanistas* se impulsaron desde un sector progresista de la política nacional (sector encabezado por dirigentes como Alberto Lleras Camargo, Alfonso López Pumarejo, Carlos Lleras Restrepo y Carlos Sanz de

²³² Véase: Felicitas López Portillo, “El mundo de la posguerra...”, p. 295, y Hans-Joachim König, “El intervencionismo...”, p. 456.

Santamaría, entre otros)²³³. Conviene conocer entonces las dinámicas políticas de Colombia durante el decenio de los cincuenta para así entender por qué se dieron estos procesos.

Los cambios políticos más trascendentales para Colombia en la década de los cincuenta se iniciaron el 13 de junio de 1953. Ese día tres jefes de Estado pasaron por la silla presidencial colombiana. Según Silvia Galvis y Alberto Donadío, en su libro *El Jefe Supremo. Rojas Pinilla en La Violencia y en el poder*, son diversas las interpretaciones y más los testimonios que los documentos sobre lo acontecido en esa fecha²³⁴. Aun así, las versiones más o menos concuerdan en los hechos generales. En la mañana de aquel día el presidente electo *democráticamente*, Laureano Gómez, se levantó después de dieciocho meses de su cama de enfermo para reasumir la presidencia y, así, realizar personalmente algunos ajustes en la política colombiana. Uno de esos ajustes sería la destitución del general del ejército Gustavo Rojas Pinilla. Según algunas versiones, desde 1945 las relaciones entre el caudillo conservador y el militar no eran muy buenas, por lo que Gómez había intentado *sacar de la escena política* a Rojas Pinilla en varias ocasiones²³⁵. Pero sólo hasta mediados de 1953, cuando los rumores de un golpe de Estado contra el régimen Gómez-Urdaneta pulularon y cuando el general protagonizó un escándalo relacionado con la tortura de un industrial antioqueño, Gómez encontró las razones suficientes para destituirlo de su cargo. Sin embargo, el retorno del caudillo conservador a la presidencia causó desconcierto y sorpresa entre sus enemigos políticos, quienes no esperaban su regreso²³⁶. Ante esto, algunos opositores del régimen *movieron las fichas políticas* para evitar no sólo la destitución del militar, sino también el retorno de Laureano Gómez al palacio presidencial. Entonces, Rojas Pinilla fue avisado de todo lo que estaba ocurriendo y, en el acto, capturó a quienes fueron a informarle de su destitución, ordenó rodear con tropas la casa de Gómez y el palacio presidencial, y les pidió a Roberto Urdaneta Arbeláez, primero, y al ex presidente Mariano Ospina Pérez, después, que asumieran la presidencia. Ante la negativa de ambos políticos de acometer tal empresa, Rojas Pinilla se hizo con el poder²³⁷. A las diez de la noche del mismo día, la radio informó acerca del cambio de gobierno. Pocos días después de los

²³³ Sobre la dictadura y la democracia en Colombia en los años cincuenta se hablará a continuación, y sobre el reforzamiento del anticomunismo y la proyección de la unidad latinoamericana, véanse: Saúl Mauricio Rodríguez Hernández, *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*, Medellín, La Carreta Editores E. U., 2006, pp. 39-42; Carlos Sanz de Santamaría, *Complemento a la Historia...*, pp. 40-72, y Fernando Cepeda Ulloa y Rodrigo Pardo García-Peña, “La política exterior...”, p. 30-41.

²³⁴ Medellín, Hombre Nuevo Editores E. U., Colección Historia, 2ª edic., enero de 2002, p. 249.

²³⁵ Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 243-247.

²³⁶ James D. Henderson, *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, Colección Clío, julio de 2006, p. 528.

²³⁷ Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 249-256; James D. Henderson, *La modernización en Colombia...*, pp. 528-533, y Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla: del golpe de opinión al exilio”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 108.

hechos, Laureano Gómez salió del país con su familia y la Asamblea Nacional Constituyente (ANAC), que había sido convocada por el caudillo conservador para efectuar sus reformas políticas, legitimó al militar como presidente de Colombia hasta el 7 de agosto de 1954. Dada la situación, los dirigentes del Partido Liberal y las facciones *ospinista* y *alzatista* del Partido Conservador aprobaron sin reproches el golpe de Estado, y sólo los *laureanistas* y el Partido Comunista se opusieron a los hechos. No en vano, el dirigente liberal Darío Echandía dijo entonces que ese no había sido un golpe de Estado, sino un *golpe de opinión*.

En un principio, la comunión entre Gustavo Rojas Pinilla y la opinión pública fue extraordinaria. Dado que durante la administración Gómez-Urdaneta la violencia arreció, la persecución política a la oposición fue constante, la censura a la prensa fue estricta, el Congreso fue clausurado y, entre otras cosas, el proyecto de un Estado corporativista perdió el indispensable apoyo gremial, la gente aceptó con sumo beneplácito el golpe de Estado²³⁸. El mismo 13 de junio muchos colombianos salieron a las calles a exclamar, inspirados en el himno nacional, “cesó la horrible noche” y a proclamar a Rojas Pinilla como el *segundo Libertador de la patria*²³⁹. A esas expresiones de júbilo, respondió el militar generando un nuevo lenguaje de reconciliación y de paz. “La patria por encima de los partidos”, fue el eslogan entonces adoptado por el gobierno castrense²⁴⁰. No en vano, muchos asociaron al incipiente *rojismo* con el *gaitanismo* y, como consecuencia, “multitudinarias manifestaciones de apoyo y adhesión”, en palabras de Ignacio Arizmendi Posada, se dieron en torno al nuevo gobierno *a lo largo y ancho* del país²⁴¹.

Bajo semejante clima de acogida y apoyo, Rojas Pinilla inició una serie de reformas sociales, políticas y económicas de gran envergadura para el país y cuyo fin último fue el de romper con el caótico pasado reciente. Por eso, entre 1953 y 1954 el incipiente régimen firmó la paz con algunos movimientos armados y amnistió a unos 6.500 guerrilleros; levantó parcial —y transitoriamente— la censura a la prensa; impulsó en la ANAC el derecho al voto de la población femenina; trajo la televisión al país; ilegalizó el Partido Comunista Colombiano; creó la Secretaría Nacional de Asistencia Social (SENDAS) para

²³⁸ Los *vicios* mencionados del régimen Gómez-Urdaneta fueron tomados de: Álvaro Tirado Mejía, “Colombia: siglo y medio de bipartidismo”, *Colombia: Hoy*, Bogotá, Siglo XXI Editores de Colombia, 1982, 8ª edic., pp. 178-179.

²³⁹ Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 259-262, y James D. Henderson, *La modernización en Colombia...*, p. 533.

²⁴⁰ Véase: Gonzalo Sánchez Gómez, “La Violencia: de Rojas al Frente Nacional”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 153-154.

²⁴¹ “Gustavo Rojas Pinilla”, *Presidentes de Colombia. 1810-1990*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 264. Sobre la comparación entre *rojismo* y *gaitanismo*, véase: James D. Henderson, *La modernización en Colombia...*, p. 534.

ayudar a los campesinos damnificados durante la violencia; creó el Instituto Nacional de Abastecimientos (INA) con la intención de vender artículos de consumo subvencionados por el Estado; creó el Banco Cafetero, el Banco Popular y el Instituto Nacional de Fomento Tabacalero para beneficio de las clases media y baja; organizó una nueva central sindical, la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), y formó un nuevo movimiento político desligado de los partidos políticos tradicionales: el Movimiento de Acción Nacional (MAN)²⁴². Todo ello se dio bajo el impulso económico que trajo un notable aumento en el precio internacional del café, que para entonces representaba unas cuatro quintas partes de las exportaciones colombianas, y culminó con el regreso del Batallón Colombia de la guerra de Corea²⁴³. Bien dicen James D. Henderson y Álvaro Tirado Mejía, cada uno por su lado, que ese fue “un fin apropiado” para el año de 1954, “cuyo balance era altamente favorable en términos del desempeño del gobierno militar”, y que “El primer año de gobierno fue un lecho de rosas para Rojas”²⁴⁴. Todo ello, en últimas, coadyuvó a que la mayoría de dirigentes liberales y conservadores sosegadamente admitieran que en 1954 la ANAC ampliara el período presidencial del teniente general Gustavo Rojas Pinilla hasta el 7 de agosto de 1958.

Sin embargo, no todo fue comunión entre el dictador y la opinión pública. En palabras de Gonzalo Sánchez Gómez, “Tras una etapa inicial de muchas expectativas populares, transcurrió un período de crecientes frustraciones”²⁴⁵. Resulta que Rojas Pinilla cometió una serie de errores en el manejo de algunas cuestiones políticas que paulatinamente le quitaron el apoyo popular: “en lugar de ofrecer un gobierno pluralista y democrático, se hizo cada vez más autoritario”, afirma Henderson²⁴⁶. Y es que, precisamente, lo que propició el posterior derrocamiento del general fue el autoritarismo manifestado tanto en las políticas *transversales* del régimen como en algunos hechos puntuales. Políticas y hechos que con el correr del tiempo perjudicaron a las élites y que, a la postre, llevaron a que éstas *retomaran* el poder.

²⁴² Véanse: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 373-379 y pp. 428-429; Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla...”, pp. 109-121; Saúl Mauricio Rodríguez Hernández, *La influencia de los Estados Unidos...*, p. 41; Jonathan Hartlyn, *La política del régimen de coalición. La experiencia del Frente Nacional en Colombia*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes, 1993, pp. 68-69, y Jorge Serpa Erazo, *Rojas Pinilla. Una historia del siglo XX*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 2ª edic., agosto de 1999, pp. 213-243.

²⁴³ Véase: Banco de la República y Grupo de Estudios del Crecimiento Económico, *El crecimiento económico colombiano en el siglo XX*, Bogotá, Banco de la República - Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 227.

²⁴⁴ James D. Henderson, *La modernización en Colombia...*, p. 541, y Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla...”, p. 114.

²⁴⁵ Gonzalo Sánchez Gómez, “La Violencia: de Rojas...”, p. 165.

²⁴⁶ *La modernización en Colombia...*, p. 536.

Las cuestiones que a través de los años significaron la pérdida de popularidad del gobierno de facto estuvieron relacionadas con la formación ideológica y militar del general. En cierto sentido, el perfil doctrinal de Rojas Pinilla fue impreciso. Galvis y Donadío mencionan que fue un “católico devoto, un conservador militante y un anticomunista a ultranza”, mientras que Henderson dice que su postura ideológica fue “una colección de ideas heterogéneas tomadas del liberalismo, el conservatismo y la doctrina socialista, y fuertemente sazonadas de nacionalismo y caudillismo”²⁴⁷. Sea como fuere, lo cierto es que al llamado *rojismo* siempre se le asoció a un populismo y a un *antioligarquismo* con rasgos peronistas; a un catolicismo fervoroso y radicalmente antiprotestante; a un macartismo criollo persecutor de opositores políticos, y a un conservadurismo de la bancada *ospinista*. Todas esas asociaciones tuvieron sólidos fundamentos. Que Rojas Pinilla hubiera convocado “a un frente contra las oligarquías” (palabras de Álvaro Tirado Mejía); que el MAN y CNT hubieran tenido influencia y orientación peronista; que durante su mandato se le concediera la Orden de Boyacá a la Santísima Virgen de Chiquinquirá, “Reina y Patrona de Colombia”; que se les prohibiera a los no católicos realizar proselitismo público; que se acusara a los dirigentes liberales de ser comunistas, y, entre otros aspectos, que el general hubiera sido ministro durante el gobierno de Mariano Ospina Pérez, así lo demuestran²⁴⁸.

La formación militar del dictador también hizo que algunas de sus acciones estuvieran alejadas del consentimiento popular. Es apenas normal que a la gente no le hubieran agradado algunas de las particularidades propias de los regímenes castrenses, tales como los tintes represivos, como el culto a la personalidad, como el beneplácito con fuerzas de derecha —aunque fueran ilegales—, como algunas deficiencias en el ámbito administrativo y como la persecución a los opositores. Por eso, hechos como el castigo a quienes tuvieran opiniones contrarias al régimen; la obligatoriedad de colgar fotos y afiches del dictador y alusivos al 13 de junio en establecimientos públicos y de poner en la antefirma de documentos a él dirigidos “Teniente General Jefe Supremo Gustavo Rojas Pinilla Presidente de Colombia”; la alta inflación, el aumento de la deuda pública, la devaluación del peso, la disminución de las reservas de divisas y el aumento en la fuga de capitales a pesar de la bonanza propiciada por el alto precio del café; la orden presidencial de liberar a

²⁴⁷ Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, p. 382, y James D. Henderson *La modernización en Colombia...*, p. 535.

²⁴⁸ Véanse: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 378-394 y p. 475; James D. Henderson *La modernización en Colombia...*, pp. 534-536; Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla...”, p. 106 y pp. 112-113, y Ricardo Sánchez Ángel, “Bajo la égida de los Estados Unidos”, *Historia de las ideas políticas en Colombia. De la independencia hasta nuestros días*, José Fernando Ocampo T. ed., Bogotá, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A., Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR, 2008, pp. 244-245.

reconocidos criminales como León María Lozano, *El Cóndor*, y otros de los llamados *pájaros*; el señalamiento a los expresidentes de Colombia Eduardo Santos y Alberto Lleras Camargo, por ejemplo, de “guerrilleros intelectuales”, y la acusación a los partidos políticos tradicionales de ser los culpables de la violencia y de todos los problemas sociales, contribuyeron al lento desprestigio del régimen en la sociedad²⁴⁹. Teniendo como principal característica el hecho de que no fueron acontecimientos sino aspectos transversales al mandato, la postura ideológica y la formación militar del autodenominado Jefe Supremo coadyuvaron a su derrocamiento en tanto sirvieron para que el pueblo asociara al general con otras dictaduras que a la sazón había en el continente y, además, en tanto se manifestaron en medidas y acciones impopulares tomadas por el gobierno que a casi toda la sociedad disgustaron.

Los acontecimientos puntuales a través de los cuales Rojas Pinilla se apartó de la opinión pública y, por ende, sentenció su derrocamiento se iniciaron a los pocos días de éste haber llegado al poder y perduraron hasta el último día del régimen militar. Tan sólo dos semanas después del *golpe de opinión*, el gobierno envió un comunicado a los directores de los periódicos pidiéndoles que precisaran los límites de la información referente al Estado, dando así los primeros pasos de un largo camino hacia la censura a la prensa²⁵⁰. A finales de 1953, Rojas Pinilla acusó a algunos miembros de la judicatura de partidistas y corruptos porque un juez anuló la condena al industrial antioqueño a quien el militar había torturado a causa de que supuestamente pensaba asesinarlo. Entre el 8 y el 9 de junio de 1954 una patrulla del ejército disparó contra manifestaciones estudiantiles en Bogotá, dejando un saldo de nueve muertos y más de cincuenta heridos. Entre julio y agosto de 1954, el dictador modificó la ANAC a su antojo para luego ser reelegido por la misma hasta 1958. A mediados de 1955 el gobierno ordenó el cierre de los diarios *El Tiempo* y *El Espectador*, que hasta entonces se habían mostrado parcialmente críticos del mismo, y fundó el *Diario Oficial*, su propio órgano de propaganda. A principios de 1956, miembros de la policía y del Servicio de Inteligencia Colombiano (SIC) la emprendieron contra una muchedumbre en la plaza de toros de Bogotá que exclamaba a favor de opositores al gobierno y abucheaba a figuras relacionadas con el mismo (una semana antes de estos

²⁴⁹ Véanse: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, p. 256, p. 275, p. 288, p. 387 y p. 401; Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla...”, p. 113 y p. 122; James D. Henderson *La modernización en Colombia...*, p. 535, y Gonzalo Sánchez Gómez, “La Violencia: de Rojas...”, p. 163. Seguramente, debido a todas estas características del Jefe Supremo y de su régimen, el nobel de literatura Gabriel García Márquez colombiano dice sobre el episodio narrado en su libro *Relato de un naufrago*, escrito en esos años, que “Colombia estaba entonces bajo la dictadura [...] folclórica [!] del general Gustavo Rojas Pinilla” (Bogotá, Editorial La Oveja Negra Ltda., 18ª edic., 1994, p. 7).

²⁵⁰ Este tema se abordará con mayor profundidad posteriormente.

ataques, en el mismo lugar, las presencias de Alberto Lleras Camargo, entonces ex presidente de Colombia, y Roberto García-Peña, director del clausurado diario *El Tiempo*, habían sido vitoreadas, y las de María Eugenia Rojas y Samuel Moreno Díaz, hija y yerno de Rojas Pinilla, respectivamente, abucheadas). El saldo de la represión gubernamental en este caso fue de ocho muertos y 112 heridos. En junio de 1956, el *rojismo* lanzó la *Tercera Fuerza*, un movimiento de apoyo a la dictadura y de distanciamiento de los partidos tradicionales cuyo emblema fue la unión entre el pueblo y las fuerzas armadas. En agosto de 1956, seis camiones cargados con dinamita bajo la responsabilidad del ejército explotaron accidentalmente en Cali, destruyendo decenas de manzanas y matando e hiriendo a miles de personas²⁵¹. El Jefe Supremo acusó de los hechos a la oposición, a sabiendas de que todo había ocurrido por negligencia de algunos suboficiales del ejército, pero luego se retractó. A principios de 1957, la ANAC, prácticamente subyugada a las órdenes del dictador, amplió el período presidencial del mismo hasta el 7 de agosto de 1962. Y en los primeros días de mayo de 1957, el general ordenó la captura de Guillermo León Valencia, político conservador a quien los partidos tradicionales habían postulado como candidato a la presidencia, en oposición al gobierno castrense. Por si fuera poco, todo ello se dio bajo un clima socioeconómico delicado: desde 1954-1955 los precios del café volvieron a bajar y la violencia se recrudeció, lo que generó en el gobierno la necesidad de aumentar los impuestos a los gremios y de incrementar el gasto militar²⁵². Así las cosas, sobran razones para entender por qué con el correr del tiempo la opinión pública nacional le retiró al régimen militar el apoyo que en un principio le dio.

Menciona Álvaro Tirado Mejía que el gobierno militar de Gustavo Rojas Pinilla, en comparación con otras dictaduras del momento (como las de Perón en Argentina, Pérez Jiménez en Venezuela, Batista en Cuba y Trujillo en República Dominicana, por ejemplo), fue menos opresivo²⁵³. No obstante, lo que precisamente lo distanció de la opinión pública colombiana fueron sus similitudes con tales regímenes dictatoriales. Ciertamente es que con el correr del tiempo, el militar se enfrentó de una u otra forma con los diversos sectores de la sociedad: a través del populismo con las élites, del peronismo con la iglesia, del macartismo con los liberales, del *antiprotestantismo* con parte de la opinión pública internacional, de la

²⁵¹ Las versiones sobre la cantidad de muertos son diferentes: James D. Henderson dice que fueron más de 1.000 (*La modernización en Colombia...*, p. 546), Silvia Galvis y Alberto Donadío que fueron más de 1.500 (*El Jefe Supremo...*, p. 491), y Ricardo Sánchez Ángel que más de 3.700 (“Bajo la égida de los Estados...”, p. 248).

²⁵² Sobre todos los hechos mencionados, véanse: James D. Henderson, *La modernización en Colombia...*, pp. 539-550; Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla...”, pp. 108-122; Jonathan Hartyln, *La política del régimen...*, pp. 69-72; Ricardo Sánchez Ángel, “Bajo la égida de los Estados...”, pp. 244-249, y Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 262-263, pp. 275-277, pp. 291-299, pp. 352-371, pp. 491-498, pp. 504-508 y 519-520.

²⁵³ Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla...”, p. 110.

represión estudiantil con los ámbitos académicos, del aumento de impuestos y del incremento de gastos militares con los gremios, de la reelección hasta 1962 con los *ospinistas* y, entre otras cosas, de la censura con la prensa. La situación, entonces, se hizo insostenible.

Durante los primeros días de mayo de 1957, el autodenominado “Teniente General Jefe Supremo Gustavo Rojas Pinilla, Presidente de Colombia” fue derrocado. El esfuerzo conjunto de prácticamente todos los estamentos de la sociedad obligó al dictador a dimitir. El detonante de los hechos lo constituyó el encarcelamiento de Guillermo León Valencia, quien sería el candidato de oposición a la presidencia. Fue entonces cuando protestas y manifestaciones a favor del político conservador se llevaron a cabo en las ciudades más importantes del país. En los días subsiguientes, los dirigentes políticos opositores del régimen, los estudiantes, los profesores, los comerciantes, los industriales, los banqueros, la iglesia y hasta los diplomáticos estadounidenses se manifestaron en contra de la dictadura. El gobierno, en un último y desesperado intento por controlar la situación, prohibió reuniones sociales, cerró colegios y universidades, ordenó toque de queda, envió tropas militares a las calles para evitar desmanes y llamó a la unión popular contra las oligarquías. Sin embargo, las acciones emprendidas por el régimen sólo sirvieron para aumentar el descontento popular. Para el 9 de mayo la suerte del moribundo régimen estuvo echada. La huelga general convocada por Alberto Lleras Camargo y Guillermo León Valencia, la represión contra unos feligreses a la salida de una misa celebrada en la capital colombiana, la negativa de los diarios a publicar, el cierre de establecimientos comerciales y los muertos y heridos que produjeron las manifestaciones, obligaron a los altos mandos del ejército a reunirse y evaluar la situación. Allí se decidió que Rojas Pinilla debía dimitir y abandonar el país. El Jefe Supremo se mantuvo incrédulo en un principio, pero pronto acató la decisión. Entonces, nombró a una Junta Militar para que le sucediera y envió un mensaje a los medios de comunicación informándoles que dimitía para evitar más derramamiento de sangre. Del poder quedaron encargados el Ministro de Guerra, Gabriel París; el Comandante del Ejército, Rafael Navas Pardo; el Director de la Policía, Mayor General Deogracias Fonseca; el jefe del SIC, Brigadier General Luis E. Ordóñez, y el Ministro de Obras Públicas, Rubén Piedrahita. A las 9:30 de la mañana del 10 de mayo, cuando la radio transmitió el mensaje del general, muchos colombianos ya estaban celebrando en las calles el fin de la dictadura²⁵⁴. Bien dice Gerardo Molina que “Pocos hombres han llegado al

²⁵⁴ Véase la información referente a la caída del régimen castrense colombiano en: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 519-526.

poder rodeados de mayor respaldo que el general Rojas Pinilla y pocos lo han abandonado en mayor soledad”²⁵⁵.

Cuando el 13 de junio de 1953 el general Gustavo Rojas Pinilla se tomó el poder, las élites pensaron que su paso por allí sería transitorio y que prontamente se reabría el paso a la competencia bipartidista²⁵⁶. Por eso, antes de que el régimen de facto fuera derrocado y especialmente cuando el dictador empezó a perder popularidad, algunos dirigentes políticos comenzaron a plantear la transición gubernamental. Fue allí donde se decidió que al gobierno castrense le seguiría uno civil y que éste contaría con la participación de los dos partidos tradicionales. Entonces surgió lo que sería conocido como el Frente Nacional. Entendido como “una tarea de habilísima filigrana política” (palabras de Gabriel Silva Luján), el Frente Nacional consistió en un pacto entre liberales y conservadores para *repartirse* el poder bajo los principios de alternancia de la presidencia y paridad de los cargos públicos²⁵⁷. Dicho pacto fue en primera instancia una contrapropuesta al autoritarismo y al despotismo de la dictadura, pero luego también fue un intento de superar la violencia, el populismo, los elementos de lucha de clases y los *peligros* que representaban las alas radicales de los partidos²⁵⁸. Bien señala Francisco Gutiérrez Sanín que “Paz, democracia y desarrollo” fueron los tres aspectos a lograr por el Frente Nacional²⁵⁹. Sin embargo, la puesta en práctica del pacto bipartidista fue una labor llena de obstáculos, no tanto por la posición general frente a la dictadura, sino por los intereses adentro y entre los partidos.

Según señala Silva Luján, “arreglos, coaliciones, reparticiones y compromisos en la búsqueda y el ejercicio del poder” entre los partidos tradicionales colombianos “han sido tan comunes como los gobiernos hegemónicos o las guerras civiles”²⁶⁰. Por eso, las raíces del Frente Nacional se encuentran entremezcladas con procesos de larga data; procesos en los que siempre se intentó la pacificación, la democratización o la modernización del país.

²⁵⁵ *Las ideas liberales en Colombia*, tomo III: *De 1935 al Frente Nacional*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 3ª edic., 1979, p. 299.

²⁵⁶ Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla...”, pp. 122-123.

²⁵⁷ La cita de Gabriel Silva Luján, véase en: “El origen del Frente Nacional y el gobierno de la Junta Militar”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 188. Lo dicho de los principios de alternancia y paridad, fue tomado de: Christopher Abel y Marco Palacios, “Colombia, 1958-c. 1990”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 16: *Los países andinos desde 1930*, Barcelona, Editorial Crítica, S.L., 2002, p. 213, y de Luis Antonio Restrepo Arango, “Literatura y pensamiento. 1946-1957”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. VI: *Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 88.

²⁵⁸ Los hechos para los cuales el Frente Nacional fue una solución, someramente esbozados aquí, son mejor tratados y profundizados en: Gabriel Silva Luján, “El origen del Frente...”, pp. 183-187.

²⁵⁹ *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia. 1958-2002*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, enero de 2007, pp. 81-86.

²⁶⁰ “El origen del Frente...”, p. 179. En este mismo artículo véase el cuadro 1, en donde se evidencian las prácticas de este tipo que se han dado en la historia republicana colombiana (pp. 180-181).

Aun así, buena parte de los autores que han estudiado la creación del mencionado pacto coinciden en que fue el ex presidente liberal Alfonso López Pumarejo el precursor ideológico del Frente Nacional. López Pumarejo, primero en unas declaraciones hechas en 1954 y luego en una carta dirigida a los liberales antioqueños en 1956, propuso, primero, un esquema bipartidista para retornar a la democracia a través de una reforma constitucional y para evitar más violencia sectaria y, segundo, que el mandatario sucesor de Rojas Pinilla fuera un presidente conservador (proposición cuyo fin era lograr la confianza de este partido y la unificación de las fuerzas bipartidistas)²⁶¹. La propuesta del ex presidente inicialmente tuvo acogida en los dirigentes Albero Lleras Camargo —quien desde finales de 1955 estaba trabajando en la conformación de un Frente Civil opositor al régimen militar— y Laureano Gómez —quien desde el exilio enviaba clandestinamente escritos condenando las acciones del dictador y de sus secuaces—²⁶². Posteriormente, cuando el Jefe Supremo anunció su idea de perpetuarse en el poder hasta 1962, el liberal Eduardo Santos y el conservador Mariano Ospina Pérez se sumaron al proyecto *frentenacionalista*. Y después, tras el derrocamiento del dictador, también la Junta Militar apoyó la propuesta: ésta, por un lado, según Leopoldo Villar Borda, el mismo 10 de mayo de 1957 se puso en contacto con el movimiento bipartidista para “organizar la transición a la democracia y la instauración del Frente Nacional”, y por el otro, en palabras de Gutiérrez Sanín, “institucionalizó [...] la cooperación interpartidista [*sic*]”, pues nombró “un gabinete de cinco conservadores, cinco liberales y tres militares, y creó una Comisión Paritaria de Reajuste Institucional”²⁶³.

Pocos días después de publicada la propuesta de López Pumarejo, liberales y conservadores iniciaron una serie de declaraciones, pactos, ponencias y demás, a fin de consolidar el Frente Nacional. Primero, en junio de 1956 Lleras Camargo y Gómez, firmaron la Declaración de Benidorm, en la que llamaron a la coalición bipartidista para derrocar al dictador y, consecuentemente, para retomar el sistema democrático e instaurar un gobierno civil. Luego, en marzo de 1957, los liberales (encabezados por Lleras Camargo y Santos) y los *ospinistas* firmaron el Pacto de Marzo, en el cual descalificaron las pretensiones de la dictadura de continuar en el poder, criticaron el amordazamiento a la prensa, refutaron las acusaciones según las cuales los partidos eran los únicos responsables de la violencia, plantearon una coalición como única salida a la dictadura y realizaron un pequeño programa de acción conjunta. Posteriormente, después de derrocado el gobierno castrense, el 20 de julio de 1957, Lleras Camargo y Gómez, nuevamente, concordaron el

²⁶¹ Gabriel Silva Luján, “El origen del Frente...”, págs. 188 y 191.

²⁶² Leopoldo Villar Borda, *Alberto Lleras...*, p. 306, y Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla...”, p. 124.

²⁶³ Leopoldo Villar Borda, *Alberto Lleras...*, p. 311, y Francisco Gutiérrez Sanín, *¿Lo que el viento se llevó?...*, p. 78 (véase particularmente el pie de página).

Pacto de Sitges, en el cual propusieron los mecanismos y las instituciones básicas del Frente Nacional, reafirmando así los principios de Benidorm: equilibrio partidista en los cuerpos colegiados, duración del pacto de tres períodos presidenciales, límites a los vencedores políticos, proporciones políticas en el gabinete y un plebiscito popular para legitimar las nuevas disposiciones. Después, en noviembre de 1957, ante algunos rifirrafes entre *laureanistas* y *ospinistas* y entre *laureanistas* y liberales, los principales jefes de los dos partidos y los miembros de la Junta Militar gobernante firmaron el Pacto de San Carlos, a fin, principalmente, de limar las diferentes asperezas partidistas. Allí se definió, además, que el plebiscito se realizaría en la fecha inicialmente estipulada, que el Congreso estudiaría la candidatura del conservador Guillermo León Valencia a los comisionados presidenciales, que primero se harían las elecciones parlamentarias y luego las del primer mandatario, que los partidos tradicionales condenarían la violencia y harían un llamado a la paz, y que los dirigentes políticos agradecerían públicamente las gestiones de la Junta Militar. Con ello, quedó listo el terreno para la legitimación y la consolidación del Frente Nacional²⁶⁴.

Días después de firmado el Pacto de San Carlos se realizó el plebiscito. Gracias a que por primera vez en la historia de Colombia las mujeres pudieron ejercer el derecho al voto, la consulta fue la más alta hasta entonces registrada. A favor de la coalición bipartidista votaron más de cuatro millones de personas y en contra unas doscientas mil. Con más del 95% de la votación, el pacto bipartidista quedó legitimado popularmente. En consecuencia, todo estuvo dispuesto para que Guillermo León Valencia fuera el primer candidato por el Frente Nacional a los comicios de 1958. Sin embargo, en las elecciones parlamentarias de marzo de ese año, los liberales obtuvieron mayoría sobre los conservadores y, entre éstos, los *laureanistas* mayoría sobre los *ospinistas*. Entonces los planes debieron ser modificados. Tras algunas consultas, correspondencias y conversaciones entre los dirigentes políticos de ambos partidos, se decidió que el primer candidato a la coalición bipartidista sería más bien el liberal Alberto Lleras Camargo y que los períodos de dicha coalición ya no serían tres, sino cuatro. El hecho de que Lleras Camargo tuviera una muy buena imagen a nivel nacional, tanto por haber sido uno de los principales impulsores del Frente Nacional como por la sensatez mostrada en diversos actos políticos y como diplomático, permitió tal decisión y, además, hizo que su candidatura fuera acogida con júbilo. Unos días antes de los comicios hubo un intento de golpe militar contra la Junta gobernante y contra el candidato *frentenacionalista*, pero ello no prosperó y, por el contrario, coadyuvó a fortalecer la imagen de la coalición y de sus ideólogos. Como consecuencia, el 4 de mayo de 1958 el dirigente

²⁶⁴ Lo dicho sobre los diferentes pactos y declaraciones, sus propuestas y sus protagonistas, fue tomado principalmente de: Gabriel Silva Luján, “El origen del Frente...”, pp. 191-205.

liberal fue elegido presidente con unos dos millones y medio de votos, cuatro veces más que el candidato de oposición al Frente Nacional, Jorge Leyva. Tiempo después, el Congreso aprobó sin mayores inconvenientes la reforma constitucional que implementó la alternación presidencial, la paridad burocrática y la prolongación a cuatro períodos del pacto bipartidista. De esta forma, el 7 de agosto de 1958 los colombianos presenciaron la *puesta en práctica* del Frente Nacional. Puesta en práctica que, además, se dio a través de un hecho hasta entonces impensado: Laureano Gómez —el conservador a ultranza, el llamado *Monstruo*—, como presidente del Senado, le tomó juramento a uno de sus archirrivalos históricos, el dirigente liberal Alberto Lleras Camargo, quien se convirtió en el primer presidente de Colombia por la coalición bipartidista²⁶⁵.

“Con la instauración del Frente Nacional en 1958 se cierra un ciclo en la historia política colombiana”, manifiesta Gonzalo Sánchez Gómez²⁶⁶. Hasta entonces, las lides bipartidistas habían primado sobre los intereses nacionales. Pero gracias a la lógica de concertación del pacto y al talante político de Lleras Camargo las cosas fueron diferentes. En efecto, las primeras medidas de este primer gobierno *frentenacionalista* estuvieron enfocadas en la superación de las rivalidades políticas, fueran recientes o de larga data. Conforme a Gabriel Silva Luján, “no será sino hasta el Frente Nacional cuando el país logre suprimir la violencia cíclica que caracterizó, por cerca de siglo y medio, la política partidista colombiana”²⁶⁷. Justamente, a su llegada al poder Lleras Camargo debió convencer a liberales y a conservadores de que podían y de que, incluso, debían trabajar en conjunto, y, además, debió *poner en su sitio* a los militares, “recordándoles el lugar que les asignaba la Constitución y ponderando su vocación republicana” (en palabras de Mario Arrubla)²⁶⁸. Fue entonces cuando llamaron a Rojas Pinilla a que rindiera cuentas ante el Senado de la República por algunos de los delitos cometidos durante su mandato. Con ello se pretendió, por un lado, unir a las élites para que trabajaran en contra de un *enemigo común* y, por el otro, espantar los *fantasmas* de un difuso *rojismo militarista* que rumoraba acerca de un golpe de Estado. Sin embargo, el debate parlamentario lo resolvieron rápidamente, pues el ex dictador se defendió mediante acusaciones a los políticos presentes y, como resultado, el juicio se convirtió en una *papa caliente* en manos de los denunciantes. Aun así, en la sentencia declararon culpable al militar y, en consecuencia, lo despojaron de sus derechos

²⁶⁵ Gabriel Silva Luján, “El origen del Frente...”, pp. 205-210.

²⁶⁶ Gonzalo Sánchez Gómez, “La Violencia: de Rojas...”, p. 167.

²⁶⁷ Gabriel Silva Luján, “El origen del Frente...”, p. 187.

²⁶⁸ “Síntesis de historia política contemporánea”, *Colombia: Hoy*, Bogotá, Siglo XXI Editores de Colombia, 1982, 8ª edic., pp. 203-204.

civiles y políticos, y ordenaron investigarle penalmente²⁶⁹. Entonces, el poder civil-partidista primó sobre el castrense y, con ello, *el camino quedó despejado* para la realización de las transformaciones de índole social, política y económica que el país necesitaba. Por eso, en los primeros meses de gobierno *frentenacionalista*, los partidos tradicionales, en un trabajo conjunto, se dieron a la tarea de llevar las banderas del Frente Nacional —paz, democracia y desarrollo, según el citado Gutiérrez Sanín— a los diversos estamentos de la sociedad. Algunas de las medidas tomadas para ello fueron la amnistía a grupos violentos, el fomento a la vivienda, la tecnificación de instituciones estatales, el impulso a la industria, la promoción a la integración económica continental (a través de la ya mencionada Operación Panamericana y de la participación en ella de personalidades como Alfonso López Pumarejo, Carlos Lleras Restrepo y Carlos Sanz de Santamaría) y, quizás lo más importante, el inicio de una reforma agraria que años más tarde cobraría mayor fuerza²⁷⁰. Las viejas luchas bipartidistas, entonces, fueron lentamente superadas. No en vano la coalición bipartidista, en plena consolidación, fue acogida con sumo júbilo por la sociedad colombiana. Bien dice Henderson que en “los años iniciales [del Frente Nacional], hubo un período de luna de miel, durante el cual los colombianos corrientes agradecieron a los líderes tradicionales por haber restablecido el gobierno democrático”²⁷¹. Los problemas, entonces, parecían *leña de otro costal*. No obstante, como se verá en el próximo capítulo, el Frente Nacional sólo fue el comienzo de nuevos conflictos a nivel sociopolítico, relacionados, quizás de manera paradójica, precisamente con la naturaleza meramente bipartidista —y, por ende, excluyente— del mismo.

En conclusión, de manera similar al contexto latinoamericano, Colombia vivió una época turbulenta entre 1953 y 1958. Lo curioso es que, a pesar de esa *efervescencia política*, el país dio un gran cambio respecto a épocas precedentes. Porque, después de todo, en esos años se daría *el paso* de La Violencia al Frente Nacional, con la dictadura de Rojas Pinilla como principal catalizadora de este proceso. Y, como consecuencia de ello, los lenguajes políticos a nivel interno se transformaron de manera notoria. Los discursos dejaron de ser

²⁶⁹ Sobre las motivaciones y las consecuencias del juicio a Rojas Pinilla, véase: Gonzalo Sánchez Gómez, “La Violencia: de Rojas...”, p. 168, y Gabriel Silva Luján, “Lleras Camargo y Valencia: entre el reformismo y la represión”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 212-213. Respecto al desenlace del mencionado juicio, resulta sumamente interesante lo expresado por Francisco Gutiérrez Sanín, según lo cual las élites no tenían la capacidad de reclamar “legitimidad democrática” mediante el uso de “ellos” (la dictadura) contra “nosotros” (la sociedad democrática), pues ellas mismas estaban tratando de salir de esa violencia de la cual eran culpables. Y eso, según este autor, fue lo que creó las múltiples dificultades durante el debate parlamentario suscitado por el ex dictador. Véase: *¿Lo que el viento se llevó?...*, p. 91.

²⁷⁰ Leopoldo Villar Borda, *Alberto Lleras...*, pp. 294-297 y pp. 328-330; James D. Henderson, *La modernización en Colombia...*, p. 558 y pp. 568-572; Gabriel Silva Luján, “Lleras Camargo...”, pp. 211-222, y Jonathan Hartyln, *La política del régimen...*, p. 150.

²⁷¹ *La modernización en Colombia...*, p. 558.

pugnas entre liberales y conservadores que se tildaban de comunistas y de nazistas y, en la medida en que el régimen *rojista* perdió popularidad, empezaron a ser proclamas a favor de la democracia y en contra de las dictaduras. Por este motivo, según puede observarse, el tema del comunismo —fuera éste colombiano o extranjero— se vio relegado ante la discusión sobre la índole de los regímenes. Tanto fue así que cuando el Partido Comunista Colombiano fue ilegalizado, poco o nada se dijo de este asunto en los medios. Esto, sin embargo, cambiaría en los años subsiguientes, conforme la revolución cubana se *sovietizó* y conforme pareció que la izquierda colombiana volvía a tomar fuerza (pero este es tema del siguiente capítulo). Así que, por lo pronto, el abordaje que aquí se hará de la prensa estará centrado en el arduo contexto que la rodeó y, consecuentemente con ello, en los diferentes discursos acerca de los regímenes militares y de la democracia.

2.3.2. De las censuras a la Gran Prensa

La llegada del teniente general Gustavo Rojas Pinilla a la silla presidencial fue mencionada por toda la prensa —excepto, obviamente, por la de filiación *laureanista*, como *El Siglo*— con sumo alborozo²⁷². Incluso *El Tiempo*, diario que se definía a sí mismo como defensor de los valores democráticos (véase el capítulo anterior), *aplaudió con entusiasmo* la toma del poder por parte del dictador. Las promesas de *libertad* del Jefe Supremo motivaron una inusitada comunión entre el poder y la opinión periodística. Según menciona Jorge Serpa Erazo en su biografía de Rojas Pinilla, “La prensa colombiana, en su inicial entusiasmo por cumplir con su deber frente al nuevo gobierno, ofreció una imagen rosada del nuevo régimen, que en los primeros tiempos no estaba distante de la realidad”²⁷³. De allí que durante el incipiente gobierno todos pensarán que la censura a la prensa, impuesta desde la administración de Mariano Ospina Pérez —a través de la proclamación del Estado de sitio— e impulsada durante la presidencia de Laureano Gómez, terminaría prontamente. Pero no ocurrió así. La personalidad y la formación de Rojas Pinilla difícilmente tolerarían la libertad de opinión. Señalan los citados Galvis y Donadío que el General, además de ser sumamente sensible a las críticas, “veía en los periodistas apologistas gratuitos de la

²⁷² Silvia Galvis y Alberto Donadío dan algunos ejemplos de las editoriales que el 14 de junio de 1953 saludaron con alborozo al militar boyacense: véase: *El Jefe Supremo...*, pp. 260-261.

²⁷³ Jorge Serpa Erazo, *Rojas Pinilla...*, p. 213.

violencia”²⁷⁴. Por eso, cuando el militar decidió no suprimir el Estado de sitio, muchos supusieron que ese era el preámbulo de la continuación del control sobre las publicaciones periódicas por parte del gobierno. Respecto a esto, dice Tirado Mejía:

La formación autoritaria de Rojas y su vida dedicada a la milicia en la que simplemente se dan o se reciben órdenes sin que puedan discutirse, hacía que el general no se adecuara al juego propio de la prensa en circunstancias democráticas y que fuera especialmente sensible a cualquier comentario en su contra o que no estuviera de acuerdo con su forma de pensar o actuar.²⁷⁵

El régimen castrense, en su afán de superar la violencia y de afianzarse en el poder, se mostró benevolente con la prensa en un comienzo. Pero en la medida en que la popularidad del dictador disminuyó y, por ende, las críticas aumentaron, la censura se intensificó. Sin embargo, este fue un proceso *intermitente*. Si bien, por un lado, la mordaza a la prensa fue una política casi transversal de la dictadura, por el otro, no fue siempre constante. Algunas veces Rojas Pinilla fue estricto con las publicaciones periódicas y otras veces les permitió ciertas libertades. Todo dependió del *veneno* con que fueran lanzadas las críticas, del tipo de hechos que se comentaron y, en menor medida, de la presión que ejercieron la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), algunos diarios extranjeros y algunas manifestaciones locales en pro de la libertad de expresión. Lo cierto es que con el transcurso del tiempo, la coartación a las libertades periodísticas se acrecentó. Entonces la mordaza, que inicialmente contó con la complacencia de algunos diarios, muchos de los cuales estuvieron de acuerdo con la censura previa y además *aplaudieron* cada vez que Rojas Pinilla otorgó unas *ínfimas* libertades, se volvió insostenible. Las arbitrariedades cometidas a lo largo del mandato del dictador hicieron que en un punto determinado, todos los diarios, excepto los oficiales y los *rojistas*, lo criticaran y, asimismo, clamaran por la supresión de la censura. De la comunión inicial entre militares y periodistas, paulatinamente se pasó, en menos de cuatro años, a la rivalidad extrema²⁷⁶.

Las formas como Rojas Pinilla implantó la mordaza a la prensa fueron variadas. Inicialmente, protocolizó un pacto de caballeros con los diaristas en el cual se estipuló que éstos serían responsables y mesurados en sus propias publicaciones. Luego, ante algunos desacatos, encargó a la Oficina de Información y Propaganda del Estado (ODIPE) —que en diciembre de 1955 se convertiría en la Dirección Nacional de Información y Prensa del

²⁷⁴ *El Jefe Supremo...*, p. 267. Sobre la sensibilidad del dictador a las críticas, dicen allí mismo estos autores: “Se dijo amigo de la libertad de expresión, siempre y cuando no se utilizara para difamar, calumniar o injuriar, vocablos que para el Teniente General tenían un mismo significado: crítica” (p. 262).

²⁷⁵ Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla...”, p. 115.

²⁷⁶ No en vano, en los tiempos en los que el dictador fue perdiendo el apoyo popular, los militares y los diaristas se atacaron en diversas ocasiones. Los primeros demandaron, multaron y encarcelaron a los segundos, y los segundos denunciaron y buscaron artimañas para burlarse de las acciones de los primeros. Véase: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 271-277, p. 288, p. 342, pp. 366-368.

Estado (DINAPE)— del control de lo publicado a través de censores que decían qué se emitía y qué no, y del envío de numerosos comunicados que imponían límites a lo que se expresaba sobre el gobierno²⁷⁷. Posteriormente, emitió decretos (como el número 3.000 de octubre 13 de 1954, el 1.139 del 22 de abril de 1955 y el 2.085 del 29 de julio de 1955, entre otros) en los que se prohibieron críticas al gobierno, se establecieron multas y penas de prisión contra quienes “injuriaran” o “calumniaran” al régimen y, entre otras cosas, se obligó a los periodistas a obtener autorización gubernamental para importar papel periódico²⁷⁸. Más adelante, ordenó al Servicio de Inteligencia Colombiano (SIC) y a la policía, que iniciaran investigaciones y persecuciones a diferentes periodistas opositores al régimen. En otras ocasiones, obligó a algunos periódicos a rectificar informaciones que criticaban a funcionarios del gobierno. Ulteriormente, hostigó a algunos diarios mediante la prohibición de incluir avisos de las loterías y de cualquier aviso oficial o semioficial, sustento económico de las empresas periodísticas. Y también, por si fuera poco, creó e hizo sumamente asequible su propia prensa: a la revista *Ya* (creada un mes después de su posesión) y a *El Diario de Colombia*, a *Jornada*, a *El Día* y a *El País* (considerados *rojistas*), se les sumaron el vespertino *La Paz* (que comenzó a circular en diciembre de 1955) y el *Diario Oficial* (que salió en 1956 con 100.000 ejemplares y más barato al público que otros medios), cuyas *funciones* fueron la de presentar el punto de vista gubernamental sobre los acontecimientos y, por consiguiente, hacer contrapeso a la llamada *dictadura de los periódicos tradicionales*²⁷⁹.

Las consecuencias en los diarios de semejante persecución a sus libertades durante el mandato del Jefe Supremo fueron diversas. Durante la mayor parte de la dictadura, en términos generales, estuvo prácticamente prohibido opinar o hablar de democracia, de

²⁷⁷ Sobre los censores, concuerdan los testimonios en decir que estos se caracterizaron por ser autoritarios, arbitrarios, improvisadores, torpes, malintencionados y contradictorios, y que en muchos casos llegaban armados a los diarios para intimidar a los periodistas. Véase: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 330-333, y Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*, Bogotá, Editorial Planeta Colombiana S. A., 2006, p. 326. Acerca de la reorganización de la ODIPE a la DINAPE, véase: Antonio Cacia Prada, *La libertad de prensa en Colombia*, Bogotá, Editorial Prensa Católica, 1958, p. 176.

²⁷⁸ Algunas de las normas sobre la prensa en Colombia en la época, véanse en: Gabriel Fonnegra, *La prensa en Colombia ¿Cómo informa? ¿De quién es? ¿A quién sirve?*, Bogotá, El Áncora Editores, 2ª edic., 1987, pp. 79-80, y en Antonio Cacia Prada, *La libertad de prensa...*, pp. 159-181.

²⁷⁹ Sobre la intensificación y la intermitencia de la mordaza y sobre las diferentes medidas usadas por Rojas Pinilla para censurar a la prensa, véase: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, p. 269, p. 283, pp. 308-309 y p. 436; Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla...”, pp. 115-117; Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido...*, pp. 317-327; Fernando Gómez Martínez, *Mordaza. Diario secreto de un escritor público*, Medellín, Edición de *El Colombiano* y Editorial Granamérica, [s. f.], 229 págs, y Luis E. Agudelo Ramírez y Rafael Montoya y Montoya, *Los guerrilleros intelectuales. Cartas, documentos e informaciones que prohibió la censura*, Medellín, Publicaciones Agumont, 1957, pp. 22-109. Estos dos últimos textos son una excelente fuente para conocer detalles de la mordaza impuesta por el régimen castrense. Sus autores fueron directos perjudicados de la censura y, como tales, recogieron informaciones, cartas, testimonios y demás documentos sobre la misma y los publicaron en los textos aquí citados.

libertades, de corrupción, de necesidades y problemas del país, del ejército, de reuniones políticas que no fueran del gobierno, de los directorios liberal y conservador, de Laureano Gómez, de Alberto Lleras Camargo, de Guillermo León Valencia, de Eduardo Santos, de Alfonso López Pumarejo, del Frente Civil, del Pacto de Benidorm, de acontecimientos extranjeros en los que se mencionara luchas entre dictadores y demócratas, y hasta de la censura misma²⁸⁰. Las publicaciones en las cuales por algún motivo se abrieron *brechas* en el amordazamiento y, por consiguiente, en las cuales se emitieron comentarios sobre los temas referidos, seguramente, fueron matizadas por los censores, se hicieron en momentos de comunión entre el gobierno y los periódicos, u obedecieron a la rebeldía de quienes no quisieron callar²⁸¹. Y, como era de esperarse, en estos casos, la represión del régimen recayó de forma vehemente. De tales ocasiones, que a propósito suscitaron *candentes* pendencias entre el gobierno y los diarios, surgieron las penas de prisión para algunos diaristas, las multas y la clausura de algunos periódicos. Por ejemplo, al director de *El Siglo* en junio de 1953, Gabriel Carreño Mallarino, lo enviaron a prisión por informar sobre las acciones en el exilio de Laureano Gómez; *La República* fue suspendido temporalmente y su director llamado a indagatoria por publicar detalles sobre la violencia; los directores del *Diario del Pacífico* fueron arrestados; *El Colombiano* fue multado con 500.000 pesos por supuestos problemas de impuestos; *El Diario Gráfico* fue multado con 10.000 pesos, hecho que le obligó a cerrar, pues esa suma era la mitad de su capital; *La Unidad*, semanario *laureanista*, fue clausurado por publicar cartas del presidente derrocado criticando al dictador; *El Espectador* fue multado con 600.000 pesos también por supuestos problemas de contabilidad; *El Mercurio* fue clausurado por criticar la situación de la prensa en el país, y, entre otras cosas, a Roberto García-Peña, director de *El Tiempo*, lo multaran con 26.000 pesos por permitir la publicación de una columna “injuriosa” y “calumniosa” contra el ejército. Además de lo anterior, también deben tenerse en cuenta los innumerables días en los que se prohibieron publicaciones de diferentes diarios por pretender publicar diversas informaciones contrarias al gobierno o por no querer publicar otras por éste ordenadas. Por ejemplo, en algunos periódicos no se dijo nada de lo acaecido a principios de 1956 en la plaza de toros de Bogotá, en otros no se dejó mencionar nada sobre la explosión en Cali y, en fin, en muchos otros casos simplemente no se dejaba que el diario viera la luz pública

²⁸⁰ Véanse principalmente los textos referidos de Fernando Gómez Martínez (*Mordaza...*, 229 págs.) y de Luis E. Agudelo Ramírez y Rafael Montoya y Montoya (*Los guerrilleros intelectuales...*, pp. 49-56).

²⁸¹ Sobre algunos de los casos en los cuales los diaristas publicaron artículos contrarios al gobierno militar, dicen Galvis y Donadío que “La tentación de engañar al censor es universal” y que algunos diarios lograron hacerlo con “fugaces resultados” (*El Jefe Supremo...*, p. 332).

en un día cualquiera²⁸². Al respecto, menciona el entonces periodista Carlos J. Villar Borda, en su libro *La pasión del periodismo*, que “más del 90 por ciento de los periódicos que se editaban en Colombia sufrieron sanciones, medidas de fuerza y censura, y muchos periodistas fueron perseguidos o multados”. Y agrega:

Nadie que no lo haya sufrido se puede imaginar lo que significa vivir en un país amordazado por un Gobierno [sic] arbitrario. Y la persona que más siente esta asfixia es el periodista. Había censores en cada diario. A los ojos del régimen, todas las noticias eran sensibles (y la mayoría lo eran) y no se podían publicar o transmitir al exterior. Esta situación daba pábulo a centenares de rumores que pasaban por los cafés, las redacciones de los periódicos, y luego se dispersaban por la ciudad entera. El predicamento diario de los periodistas era angustioso: tenían una noticia de importancia confirmada, pero no había manera de difundirla.²⁸³

Los ejemplos más *extremos* —y también los más conocidos— de la mordaza del régimen castrense lo constituyeron la clausura de los tres diarios quizás más importantes de la época: *El Siglo*, *El Tiempo* y *El Espectador*. Según se mencionó, sobre los tres periódicos recayeron *censores cautelares*, materializadas en la prisión para sus directores o en multas. Pero ante el desacato de las prohibiciones y ante la insistencia de *retar* al régimen, los tres fueron obligados a dejar de publicar por tiempo indefinido. Por ejemplo, *El Siglo* fue cerrado a finales de 1953 a causa de las constantes publicaciones criticando al dictador y de los problemas económicos que, a raíz de lo primero, le ocasionaron las frecuentes suspensiones (una de ellas por 30 días) y el retiro de la publicidad oficial, la principal fuente de ingresos del diario. (Vale decir que dos hechos paradójicos conllevó este cierre: las protestas de los *laureanistas* —o sea, de aquellos que habían justificado e implementado la censura durante el gobierno de Gómez-Urdaneta— y las de los liberales de *El Tiempo* y de *El Espectador*, los archirrival de *El Siglo*, tantas veces por éste vilipendiados²⁸⁴.) *El Tiempo*, por su parte, debió cerrar en agosto de 1955 después de “asumir posiciones que indudablemente irritaban al gobierno del general” (en palabras de Galvis y Donadío), pues emitió varios editoriales criticando al régimen y, además, su director no quiso obedecer una orden de Rojas Pinilla de rectificar una información supuestamente errónea que había publicado²⁸⁵. Y, por último, a *El Espectador* le hicieron cerrar por mencionar en la

²⁸² Véanse: Álvaro Tirado Mejía, “Rojas Pinilla...”, p. 116; Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido*, pp. 322-326; Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 275-280, pp. 291-319 y pp. 329-336.

²⁸³ *La pasión del periodismo*, Bogotá, Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2004, p. 192.

²⁸⁴ Dice Gonzalo Sánchez Gómez: “Se llegó así a la caricatura: Laureano Gómez, desde el exterior y desde su periódico *El Siglo* en Bogotá, clamaba ahora por la ‘libertad de prensa’, que nunca había existido bajo su gobierno” (“La Violencia: de Rojas...”, p. 164). Sobre la protesta de los liberales por la censura a *El Siglo*, véase: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, p. 276.

²⁸⁵ La cuestión con *El Tiempo*, de especial interés a este estudio, fue que después de muchas críticas al gobierno, especialmente por su *complacencia* con los *pájaros*, Rojas Pinilla prohibió que Roberto García-Peña, director del diario, publicara más editoriales. En respuesta, durante un viaje del dictador colombiano a Quito, García-Peña envió informaciones a un diario de esta ciudad en las que inculpó al gobierno de la violencia. El dictador, furioso de que el periodista hubiera trascendido las fronteras nacionales y de que supuestamente

publicación de *Relato de un naufrago*, obra del entonces periodista Gabriel García Márquez, un episodio de contrabando del cual la Armada Nacional fue protagonista; por denunciar irregularidades en la SENDAS; por criticar una circular de la ODIPE enviada a los alcaldes del país para que apoyaran al gobierno, y por reprochar la censura²⁸⁶.

Tiempo después de haber sido clausurados, la dictadura les permitió a *El Tiempo* y a *El Espectador* ver nuevamente la luz pública. Pero la reapertura, ocurrida en febrero de 1956, no se dio en condiciones normales. Sólo les permitieron volver a publicar con otro nombre y con una censura más estricta que la anterior. Fue así como *El Tiempo* empezó a publicarse como *Intermedio*, bajo la dirección del conocido periodista Enrique Santos Montejó, *Calibán*, y con “una drástica y arbitraria censura” (en palabras de los periodistas de la época Luis E. Agudelo Ramírez y Rafael Montoya y Montoya) que no le permitió la publicación de numerosos artículos²⁸⁷. Según los citados autores, fueron 429 noches de censura (o sea, hasta que la dictadura cayó) en las que muchas veces no se pudo hablar de noticias oficiales, de entidades del gobierno, de informaciones nacionales, de hechos como la tragedia de Cali, de economía nacional, de elecciones, en fin²⁸⁸. Muchas veces los censores sólo dejaron publicar artículos de columnistas extranjeros sobre temas de cine, astronomía, medicina, los habitantes del Himalaya y demás cosas apolíticas. La idea del régimen era que el diario estuviera desprovisto de interés para el público. *El Espectador*, por su parte, *salió* como *El Independiente* bajo la dirección de Alberto Lleras Camargo e, inicialmente, sólo vio la luz pública durante más o menos un mes y medio, pues su director decidió cerrar después de que no le dejaron publicar un artículo en el cual respondía a unas acusaciones del gobierno²⁸⁹. Luego, bajo la dirección de Guillermo Cano, *El Independiente* reapareció —más exactamente en febrero de 1957, poco más de tres meses antes de la caída del dictador—, y así se mantuvo hasta que recuperó su nombre original en junio de ese mismo año.

En resumen, la mordaza a la prensa durante la dictadura del general Rojas Pinilla operó de diversas formas. En ocasiones hubo censuras y en otras no; algunas veces hubo cárceles, multas y clausuras de diarios, en otras no; un tiempo se pudo hablar de ciertos temas, otro tiempo no, en fin. Podría decirse que en los años de gobierno militar la

hubiera mentido en sus críticas, ordenó la rectificación de la información y pidió que *El Tiempo* publicara en primera página por 30 días dicha rectificación, que sería redactada por la ODIPE. Ante la negativa de García-Peña de emprender tal acción, los militares ocuparon los talleres y las salas de redacción del diario y, como consecuencia, éste dejó de salir al público. Véanse más detalles en: Luis E. Agudelo Ramírez y Rafael Montoya y Montoya, *Los guerrilleros intelectuales...*, pp. 22-44.

²⁸⁶ Véase: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 313-319.

²⁸⁷ *Los guerrilleros intelectuales...*, p. 49.

²⁸⁸ Sobre la censura que recayó sobre *Intermedio*, véase el capítulo que en *Los guerrilleros intelectuales...* (pp. 49-56) se le dedica a esa cuestión, titulado “VIACRUSIS DE INTERMEDIO”.

²⁸⁹ Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, pp. 320-326, y Luis E. Agudelo Ramírez y Rafael Montoya y Montoya, *Los guerrilleros intelectuales...*, pp. 60-74.

prohibición a la libertad de prensa fue una *norma* con algunos *baches*. Sin embargo, esta *intermitencia* no impidió que, en últimas, el régimen militar hiciera de los medios de comunicación un poderoso enemigo. Porque gracias a la clausura de *El Tiempo*, por ejemplo, la prensa internacional empezó a utilizar calificativos como “dictador”, “tirano” y “gobernante arbitrario” para referirse a Rojas Pinilla. Bien dijo la revista estadounidense *News Week* que en agosto de 1955 en Colombia había “un general contento y un descontento general”²⁹⁰. Por eso, así como la prensa saludó con sumo alborozo la llegada del Jefe Supremo al poder, también lo despidió con extraordinario regocijo. Porque creyeron, de nuevo, que la censura no volvería a tocarlos.

Tras el derrocamiento del general Rojas Pinilla, la censura a la prensa colombiana disminuyó. Mientras que los diarios oficialistas y *rojistas* cerraron *súbitamente*, *El Siglo*, *El Tiempo* y *El Espectador* volvieron a ver la luz pública y el resto de la prensa amordazada pudo, ahí sí, publicar con mayores libertades. Entonces muchos diarios aprovecharon para vengarse del dictador: algunos lo atacaron por los errores cometidos durante su mandato y otros publicaron sobre algunos de los temas por él vetados. Después del 10 de mayo de 1957, por ejemplo, se emitieron detalles desconocidos de la tragedia de Cali y de los sucesos de la plaza de toros. Las cosas, en esos momentos, *pintaron bien* para los diaristas.

La Junta Militar, sin embargo, no dio *rienda suelta* a la prensa después de las llamadas *jornadas de mayo* en las cuales cayó la dictadura. En el primer comunicado de los cinco militares a la opinión pública, en el cual expusieron las catorce tesis básicas de su programa, se expuso: “Será restablecida la libertad de prensa. Las informaciones relacionadas con el orden público se darán de acuerdo con las normas establecidas, buscando siempre que ellas no produzcan nuevas perturbaciones”²⁹¹. La advertencia fue explícita: la censura iba disminuir, pero no a abolirse. Y aunque el 15 de mayo de 1957 la DINAPE fue sustituida por la “Secretaría de Información de Palacio” —desde la cual se planteó que habían “quedado abolidas las secciones encargadas de la Censura”—, tiempo después, por medio del Decreto legislativo número 271 del 29 de octubre de 1957, la Junta Militar creó un Estatuto de Prensa compuesto por más de setenta artículos²⁹². Allí estribaron numerosas disposiciones, pero las principales fueron sobre el levantamiento de la censura previa y sobre una libertad de prensa ajustada de manera responsable a la autorregulación, y siempre

²⁹⁰ Citado por: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, p. 310.

²⁹¹ “GABINETE NACIONAL, ELECCIONES EN 1.958, PRENSA LIBRE, APOYO A LA INDUSTRIA Y HONESTIDAD, PROMETE LA JUNTA”, *El Correo*, Medellín, 11 de mayo de 1957, p. 1.

²⁹² El Estatuto de Prensa y algunas críticas al mismo pueden encontrarse en: Antonio Cacua Prada, *La libertad de prensa...*, pp. 195-234.

en beneficio del orden público²⁹³. En palabras de la anteriormente citada Maryluz Vallejo Mejía, al comienzo del gobierno de los llamados *quintuples* “siguieron vigentes ciertas disposiciones molestas” a los diarios²⁹⁴. Pero ello, a fin de cuentas, resultó transitorio. Dado que el clima sociopolítico colombiano se normalizó con el pasar del tiempo, se inició también un proceso de *desamordazamiento* y, en consecuencia, para 1958 la prensa recuperó gradualmente sus libertades. Bien dice acerca de la censura el entonces periodista Otto Morales Benítez que “la padecimos desde 1949, prolongándose hasta 1958”²⁹⁵.

La instauración del Frente Nacional trajo consigo una situación con varias *aristas* para la prensa colombiana. En términos generales, los diarios anteriormente acallados salieron fortalecidos del amordazamiento de la dictadura. Esto se dio, principalmente, a causa del benévolo clima de la coalición y de la forma como Rojas Pinilla salió del poder y se convirtió en el *chivo expiatorio* de las élites políticas tradicionales. Así como ocurrió a nivel político, en la prensa también se quisieron olvidar los fantasmas del bipartidismo y de la violencia, justamente para entrar en una nueva etapa de *relaciones periodísticas coalicionistas*. Tal como lo señala Enrique Santos Calderón, “La prensa se acopla al espíritu del Frente Nacional y entra en su correspondiente fase de tregua informativa. Se trataba de no reavivar los sectarismos partidistas y de quitarles piso a los remanentes de la Violencia”²⁹⁶. Fue así como algunos de los principales periodistas del país se reunieron para convenir los límites de sus propias informaciones y para intentar superar lo que el citado Santos Calderón llama la “pasión tipográfica”. Ello contribuyó a la toma de conciencia por parte de muchos de esos periodistas y, además, propició la aparición de una prensa profesionalizada que buscaba imparcialidad y objetividad, y que se consolidó con carácter de empresa comercial y de gran industria²⁹⁷. Allí fue cuando se erigió la llamada *Gran Prensa*, aquella de tradición histórica, de filiaciones partidistas y de pertenencia familiar, comprometida con el Frente Nacional y con pocas contradicciones partidistas y con el Estado²⁹⁸. *El Tiempo*, *El Siglo*, *El Correo*, *El Colombiano*, *El Espectador* y, entre otros, *El País*,

²⁹³ Aparte del antedicho texto de Antonio Cacia Prada (*La libertad de prensa...*, pp. 255-256) véase: Gabriel Fonnegra, *La prensa en Colombia...*, p. 80.

²⁹⁴ *A plomo herido...*, p. 326.

²⁹⁵ *Reflexiones sobre periodismo*, Bogotá, Plaza & Janés Editores Colombia Ltda., 3ª edic., 1989, p. 33

²⁹⁶ “El periodismo en Colombia. 1886-1986”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. VI: *Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 124. El ejemplo más claro de la nueva actitud de la prensa lo constituye *El Siglo*, que antes había sido el diario más incendiario y que entonces adquirió un lenguaje mesurado y altamente comprometido con el pacto bipartidista.

²⁹⁷ Enrique Santos Calderón, “El periodismo en Colombia...”, pp. 124-125. La cita de la frase anterior véase en la p. 124. Según el autor, a este proceso coadyuvaron también el desarrollo de la radio y de la televisión.

²⁹⁸ Al respecto, véase: Marco Tulio Rodríguez, *La Gran Prensa en Colombia*, Bogotá, Editorial Minerva Ltda., 1963, 183 págs. Debe tenerse cuidado con este texto por cuanto es el testimonio de un periodista de la época

conformaron ese grupo selecto de diarios *frenenacionalistas*. La censura a comienzos del pacto bipartidista, por tanto, pareció fuera de contexto.

Sin embargo, durante el Frente Nacional el Estado también cohibió algunos periódicos. Algunos de los autores aquí mencionados arguyen que si bien la libertad de prensa mejoró respecto a los años anteriores y hasta logró, *grosso modo*, consolidarse, también tuvo momentos en los cuales no operó²⁹⁹. Según los citados Enrique Santos Calderón y Maryluz Vallejo Mejía, las restricciones a la libertad informativa y las persecuciones a los medios se concentraron en una débil prensa de oposición de carácter marxista; prensa que resultó estigmatizada gracias al macartismo y que fue presionada a través de un discreto hostigamiento económico³⁰⁰. No obstante, el testimonio de Carlos J. Villar Borda indica que la censura operó a niveles un poco más *profundos* que los referidos por los susodichos autores. Sobre un episodio particular, menciona el entonces periodista: “Este incidente fue muy grave para mí porque arrojaba una nueva luz sobre los extremos a que podía llegar Lleras Camargo para controlar las noticias. Posteriormente vine a saber que hablaba diariamente por teléfono con los directores de los principales diarios del país y les ‘sugería’ la línea editorial”³⁰¹. De esta forma, el macartismo propio de la guerra fría (no del bipartidismo colombiano de finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta) y el esfuerzo de la administración Lleras Camargo por mantener el control durante el incipiente Frente Nacional, hicieron que la mordaza recayera primordialmente sobre aquellos diarios y periodistas ajenos a la *Gran Prensa* que, casi por consiguiente, eran *antifrenenacionalistas*. Bajo la mordaza estuvieron, entre otros, *Voz de la Democracia* (del Partido Comunista Colombiano), *La Calle* (del Movimiento Revolucionario Liberal, MRL), *La Nueva Prensa* (del MRL, primero, del Movimiento Democrático Nacional, luego, y de la Alianza Nacional Popular, ANAPO, después) y *Alianza Democrática* (también de la ANAPO), todos izquierdistas o reaccionarios al Frente Nacional. Así pues que la *Gran Prensa*, anteriormente bajo el yugo de la mordaza, se robusteció después de la caída de Rojas Pinilla, se ancló al proyecto de coalición entre liberales y conservadores y, en virtud de ello, se volvió cómplice de la censura a los diarios más *jóvenes* y menos estatistas que ella (véase el próximo capítulo). En su discurso, sin embargo, siguieron vislumbrándose arengas contra

que gracias a sus simpatías con el comunismo fue marginado de *El Espectador*, uno de los baluartes de esa Gran Prensa, por lo que su testimonio puede estar permeado de un profundo resentimiento.

²⁹⁹ Sobre lo primero dice Marco Tulio Rodríguez que con el Frente Nacional “fueron recuperadas algunas de las viejas disposiciones legales [referidas a la censura] que habían logrado conquistarse durante los años de administración liberal” (*La Gran Prensa...*, p. 103.), y menciona el citado Santos Calderón que allí se consolidó “una ya emergente tradición de libertad de prensa” (“El periodismo en Colombia...”, p. 125).

³⁰⁰ Enrique Santos Calderón, “El periodismo en Colombia...”, p. 126, y Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido...*, p. 327.

³⁰¹ *La pasión del periodismo...*, p. 220.

las dictaduras y sus métodos represivos, y elogios a las democracias —aunque éstas, como la colombiana, no ofrecieran plenas garantías a la totalidad de los medios y de los periodistas—. No en vano, como se verá en el siguiente capítulo, a partir de 1959 los lenguajes políticos de los diferentes medios se darán en torno a la validez del pacto *frentenacionalista* y, gracias a la revolución cubana, en torno a la lucha entre capitalismo y comunismo en América Latina y en Colombia.

2.4. El *batistato* y la lucha prerrevolucionaria en Cuba vistos desde la prensa colombiana

En virtud de las dinámicas contextuales de Colombia entre 1952 y 1958, las visiones de la prensa colombiana sobre el régimen de Fulgencio Batista y sobre la lucha revolucionaria de Fidel Castro fueron diversas. El final de la administración Gómez-Urdaneta, la dictadura de Rojas Pinilla y la transición a la (semi) democracia *frentenacionalista* hicieron que las opiniones sobre el acontecer cubano fueran cambiantes. Cuatro etapas son identificables en este proceso. La primera transcurrió entre abril de 1952 y el 13 de junio de 1953, a saber, desde la *consolidación* del golpe de Batista hasta el final del gobierno *laureanista*. La segunda aconteció desde la llegada del general Rojas Pinilla al poder colombiano hasta mediados de 1956, justo cuando se estaba decidiendo la suerte de la dictadura. La tercera acaeció entre mediados de 1956 y mayo de 1957, durante los últimos meses de gobierno *rojista*. Y la cuarta sucedió entre el derrocamiento del Jefe Supremo y diciembre de 1958, cuando feneció el *batistato*.

Antes de estudiar cada etapa es necesario recordar que en reemplazo de *El Siglo* y de *El Tiempo*, clausurados por el régimen de facto en 1953 y 1955, respectivamente, otros dos diarios —también uno conservador y otro liberal— fueron abordados para seguir conociendo las opiniones de la prensa colombiana sobre el acontecer en Cuba. En la presente investigación, *El Siglo* fue sustituido desde junio de 1953 por *El Colombiano*, diario antioqueño que en términos de Silvia Galvis y Alberto Donadío sobrevivió “para que no se apagara la antorcha conservadora”³⁰². Asimismo, *El Tiempo* fue sucedido por *El Correo*, diario también antioqueño que después de agosto de 1955, “en un gesto de solidaridad, abrió una oficina en Bogotá para darles cabida a los periodistas del diario capitalino” (según expresó Maryluz Vallejo Mejía) y entonces recibió a los periodistas Roberto García-Peña,

³⁰² *El Jefe Supremo...*, p. 333.

Enrique Santos Montejó (*Calibán*), Lucas Caballero Calderón (*Klim*), Hernando Santos y, entre otros, Alberto Montezuma, y, además, triplicó o cuadruplicó sus impresiones para enviarlas a Bogotá (hecho que le causó algunos problemas económicos por lo menos hasta que *Intermedio* vio la luz pública, pues sus ingresos permanecieron constantes a pesar del aumento de tiraje y de difusión)³⁰³. De esta forma, si bien durante la dictadura de Rojas Pinilla resultó imposible un sistemático abordaje de dos de los diarios quizá más importantes del momento, *El Siglo* y *El Tiempo*, también es cierto que el estudio de *El Colombiano* y de *El Correo* servirá para seguir conociendo qué opinaron la prensa conservadora y liberal sobre la lucha entre Fulgencio Batista y Fidel Castro entre 1953 y 1957. Ahora bien, con la caída del Jefe Supremo y la consiguiente suavización de la mordaza a la prensa, volvieron a haber cambios en los diarios acá investigados, pero sólo por el lado de los conservadores. Y entonces *El Colombiano* dio nuevamente cabida a *El Siglo*, mientras que a *El Correo* se le siguió analizando. Para entender por qué se mantuvo así la cuestión por parte de los diarios liberales, recuérdese lo expuesto en la introducción a este trabajo según lo cual se quiere investigar medios de los que no existan muchas investigaciones históricas o que ya están fuera de circulación. Asimismo, resulta pertinente aclarar que como parte de esa *Gran Prensa frentenacionalista* este tipo de diarios tuvieron líneas editoriales bastante similares —sobre todo en lo referente a temas internacionales—, y por eso se prefiere abordar los dictámenes de un diario no capitalino que si bien no era el más importante del momento sí había recibido influencia de los más reconocidos periodistas de *El Tiempo* durante la clausura de éste.

2.4.1. Apaciguamiento del bipartidismo durante el incipiente batistato

Después de la efervescencia con la cual *El Siglo* y *El Tiempo* opinaron y pendenciaron sobre el golpe de Estado perpetuado por Fulgencio Batista en Cuba el 10 de marzo de 1952, sobrevino cierto apaciguamiento de los ánimos en ambos diarios (por lo menos en lo relacionado a la situación sociopolítica de la isla). De hecho, entre abril de 1952 y el 13 de junio de 1953 poco fue lo que opinaron sobre el dictador y sobre el país caribeño. En esos casi quince meses, *El Siglo* sólo mencionó a Cuba en un editorial referido a la censura a la prensa y en la leyenda de una imagen sobre el anticomunismo en dicho país, mientras que *El Tiempo* publicó tres artículos sobre Batista y mencionó a Cuba en una caricatura sobre la

³⁰³ Véanse: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, p. 332, y Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido...*, p. 348.

intranquilidad sociopolítica que entonces se vivía en América Latina. Sobresale, eso sí, que la opinión de ambos diarios se matizó levemente respecto a lo que habían mostrado en los días subsiguientes al *putsch* de Batista.

El referido editorial de *El Siglo* fue publicado pocos meses después del llamado *golpe del sun sun* y se tituló “La censura y otros sistemas”³⁰⁴. Allí, contrario a lo ocurrido en los días posteriores al mencionado acontecimiento, el diario *laureanista* emitió una leve crítica al régimen castrense cubano. Pero lo hizo no tanto para reprochar las actitudes de Batista como sí para *lavarse las manos* en el tema de la censura que entonces imperaba en Colombia bajo el gobierno del cual era *vocero oficial* (véase el capítulo 1). Sobre el caso cubano, dijo *El Siglo* que en algunos países “existen procedimientos [...] [de censura que consisten en] cerrar periódicamente los diarios que fastidian al régimen, como ha sido costumbre en Cuba”. Y sobre la cuestión colombiana, dijo: “De todos estos sistemas el menos malo es el que se aplica en Colombia. [...] [Porque] debemos también comparar con lo que ocurre en otros países, para tener la satisfacción de comprobar que, pese a todo lo que aquí dicen gentes irresponsables, en muchas partes la situación colombiana sería mirada con envidia”. La referencia al régimen cubano, entonces, fue una sutil crítica con el fin de justificar la censura impuesta por Laureano Gómez en Colombia. Aun así, los términos usados para referirse al obrar de la prensa cubana denotan también cierta complacencia para con la coartación de la libertad periodística en la isla. Con las palabras “diarios que fastidian al régimen”, de algún modo se justificó que la dictadura de Cuba ejecutara la censura, pues con ello se expresó que los diarios son molestos, ocasionan daños o disgustan al gobierno, por lo que su amordazamiento luce *comprensible*³⁰⁵. Tal ambigüedad es la que permite concluir que si bien *El Siglo* menguó un poco su simpatía respecto al cuartelazo de Batista, de todas formas siguió respaldando el actuar del dictador, tal como lo hizo en los días subsiguientes al 10 de marzo de 1952.

El 4 de mayo de 1953, entretanto, el diario *laureanista* publicó una “composición fotoscópica [*sic*]” conformada por tres afiches con propaganda anticomunista que por entonces se repartían en el país caribeño y la cual se titula “Cuba Adelanta Lucha Contra el Comunismo [*sic*]”: véase la figura 16. Allí la ideología soviética es mostrada como una doctrina proveniente del inframundo (por su carácter diabólico y sus rasgos de monstruosidad) y destructora del cristianismo, de la paz, de la libertad y de las leyes. En las dos primeras imágenes se muestra la figura de Josif Stalin —que a propósito recién había

³⁰⁴ *Bogotá*, 5 de julio de 1952, p. 4.

³⁰⁵ Véanse las diferentes acepciones de “fastidiar” en la versión *online* del diccionario de la Real Academia de la Lengua Española: <http://lema.rae.es/drae/?val=fastidiar>, en línea abril de 2013.

fallecido— asociada a la muerte, al diablo y al legendario doctor Frankenstein: con la *parva* lo relacionaron en la imagen superior al dibujarle un sombra de algo así como una calavera llevando una hoz; con el diablo en la imagen intermedia a través de una mirada maligna y de un peinado y unas cejas en forma de cachos, y con el doctor Frankenstein (también en el dibujo del medio) al exhibirle fabricando el monstruo del comunismo con vendajes y pócimas de destrucción y de marxismo. En la tercera imagen, entretanto, está simbolizada la fuerza destructora del comunismo a través de una bota pisando un crucifijo, una paloma y, entre otras cosas, un libro de leyes. En la parte inferior de la imagen, la leyenda, que trata acerca de la campaña anticomunista que está librando la mayor de las Antillas, culmina con la siguiente frase: “la batalla para salvar a Cuba de este mal [, el comunismo,] continúa con el mayor de los éxitos”. Esta publicación deja en claro que *El Siglo*, más de un año después del *golpe de la sunsundamba*, continuó con una opinión favorable al régimen dictatorial cubano. De hecho, contrario a lo expresado al final del capítulo anterior, el apoyo que el diario *laureanista* le brindó a Batista cuando llegó al poder, ahora sí, adquirió justificación. Porque anteriormente se había mencionado que la benevolencia de *El Siglo* para con Batista —que, entre otras cosas, estribó en el supuesto anticomunismo del militar— estuvo *infundamentada*. Pero ya que se demuestra que en la Cuba *batistiana* sí se iniciaron campañas en contra de la ideología soviética, los argumentos de *El Siglo* ganaron solidez.

En *El Tiempo*, por su parte, los tres escritos sobre Cuba fueron artículos de opinión publicados entre diciembre de 1952 y febrero de 1953. El primero —titulado “Batista hacia la reelección” y escrito por el periodista José Font Castro— es una crítica al dictador cubano por cuanto lo menciona como alguien con “desmedidas ansias de poder” que “rompió violentamente el ritmo democrático” y “usurpó” el gobierno de Cuba y que, además, al haber anunciado elecciones sólo realizó una “pantomima”, una “farsa democrática” para “afianzarse en el poder desde el poder con el funcionamiento infalible de la maquinaria oficial”³⁰⁶. El segundo escrito —publicado el 7 de diciembre de 1952, titulado “Batista habla para El Tiempo [*sic*]” y realizado por Hugo Latorre Cabal— es un artículo apologético y exaltante de la vida y obra del gobernante cubano, pues el periodista inició el escrito biografiando a Batista con una narración encomiástica, heroica y dramática, y lo culminó con una breve entrevista de cuatro preguntas en la que el dictador explicó y justificó sus acciones³⁰⁷. Y el tercero —publicado en febrero de 1953 en la sección

³⁰⁶ José Font Castro, “Batista hacia la reelección”, *El Tiempo*, Bogotá, 1º de diciembre de 1952, p. 4. De este artículo sobresale particularmente una de las frases con las que culmina, pues hay una especie de premonición del devenir del país caribeño: “las reelecciones [...] [han sido] antesalas de revoluciones” en Cuba.

³⁰⁷ Hugo Latorre Cabal, “Batista habla para El Tiempo”, *El Tiempo*, Bogotá, 7 de diciembre de 1952, págs. 1 y 7.

“Nuestra América”, de escritor anónimo y titulado “La Isla de Cuba”— es un artículo mayoritariamente descriptivo de la geografía, de la historia y del gobierno del país caribeño (véase, por ejemplo, que la publicación escrita está acompañada de un mapa de Cuba y de un dibujo del busto de José Martí, el libertador de Cuba: fig. 17), pero en cuyo contenido hay también de una crítica a Batista, pues éste, “desafortunadamente, [...] sin la menor provocación y sin pretexto alguno, [...] pisoteó la Constitución” el 10 de marzo de 1952³⁰⁸. La otra publicación en la cual *El Tiempo* mencionó a Cuba fue una caricatura editorial emitida el 13 de mayo de 1953 —un mes exacto antes del golpe de Estado de Rojas Pinilla—. El dibujo, firmado por Duarte, muestra a un agente de viajes en Nueva York advirtiéndole a un posible comprador que en América Latina encontraría muchos destinos turísticos (entre los que se encontraba Cuba, incluso, con el letrero más vistoso de todos), pero que en ninguno tendría tranquilidad garantizada (véase la figura 18)³⁰⁹. De las mencionadas publicaciones puede inferirse entonces que *el diario de los Santos* siguió mostrándose crítico del dictador isleño y que a pesar de que expresó una opinión favorable al mismo en el artículo de Latorre Cabal, ello seguramente obedeció más al dictamen del periodista que al del diario, porque allí se siguió clamando por el retorno a la democracia en Cuba, tal como se hizo en los días subsiguientes al cuartelazo del año anterior.

La sutil matización de las opiniones de *El Siglo* y de *El Tiempo* respecto al gobierno castrense cubano en el período comprendido entre abril del 52 y junio del 53, se dio, seguramente, a causa de dos cosas: primero, porque el galimatías del incipiente *batistato* se había apaciguado y, por consiguiente, no había mucho para hablar al respecto; y segundo, porque en ese mismo lapso otro tipo de acontecimientos internacionales acapararon la atención de los diarios, por lo que los comentarios y las pendencias bipartidistas cambiaron de *fundamentación*. En este período, por ejemplo, se inició en Bolivia la llamada Revolución Nacional liderada por Víctor Paz Estenssoro, murió Evita Perón en Argentina, José María Velasco Ibarra se posesionó como presidente en Ecuador, Estados Unidos explotó la primera bomba de hidrógeno y, entre muchas cosas propias de la guerra fría (y también de la guerra de Corea) murió Josif Stalin en la Unión Soviética. (La figura 18 es un buen ejemplo de que en la época el escenario sociopolítico regional estuvo complejo.) Así pues

³⁰⁸ “La Isla de Cuba”, *El Tiempo*, Bogotá, 14 de febrero 1952, p. 14. A pesar de que el dibujo del busto de Martí, mostrado en la fig. 20, tiene la firma de “Algana”, no se ha podido establecer *a ciencia cierta* su autor, pues la bibliografía secundaria no ofrece elementos al respecto.

³⁰⁹ Si bien esta caricatura aparece firmada por Duarte, quedan dudas sobre el nombre exacto de su autor. Es posible que sea Jorge, pues así se llama y apellida un caricaturista colombiano. Sin embargo, dos hechos hacen dudar de ello: primero, que según Maryluz Vallejo Mejía, Jorge Duarte “surgió” en los setenta, y segundo, que en un listado hecho por el reconocido periodista Antonio Cacua Prada de los caricaturistas que colaboraron para *El Tiempo*, por lo menos hasta 1968, no aparece ninguno con dichos nombre ni apellido (véase: *Historia del periodismo colombiano*, Bogotá, Ediciones Sua Ltda., 2ª edic., 1983, p. 328).

que en este lapso, los medios no se basaron en lo que ocurrió en Cuba para emitir mensajes pendencieros e inculcadores de una “mentalidad de violencia” (en términos de Darío Acevedo Carmona), sino que más bien *le bajaron el tono* a sus palabras y opinaron de una manera más apaciguada sobre dicha cuestión³¹⁰. En resumidas cuentas, las opiniones de los periódicos colombianos sobre el acontecer cubano durante el incipiente *batistato* tuvieron su momento más álgido cuando recién ocurrió el *golpe del sun sun* y, en la medida en que el tiempo transcurrió, su radicalismo se *matizó* y su animosidad se acopló a nuevas argumentaciones.

2.4.2. Silencio cómplice y mordaza impuesta en la prensa colombiana

Después del 13 de junio de 1953 y por lo menos hasta el primer semestre de 1956 fue relativamente poco lo que la prensa colombiana opinó sobre el escenario sociopolítico cubano. En estos *tres años largos* las publicaciones acerca de *La perla de las Antillas*, en términos generales, fueron pequeñas —en parte gracias a que la mayoría fueron comentarios editoriales—, se dieron en escritos referidos a temas contextuales o carecieron de juicios de valor. Sólo a finales de 1954, los polémicos comicios en los cuales Batista fue elegido presidente lograron suscitar algunos dictámenes periodísticos acerca del acontecer isleño. Pero en comparación con lo que se emitió sobre el cuartelazo de 1952, no fue gran cosa lo que en este período se publicó.

En el lapso comprendido entre el *golpe de opinión* de Rojas Pinilla y finales de 1954, prácticamente no se opinó nada en *El Colombiano* ni en *El Tiempo* acerca de la situación sociopolítica de Cuba. El diario conservador antioqueño sólo mencionó a la isla, primero, en una columna firmada por Humberto Bronx (seudónimo con el cual firmaba el presbítero Jaime Serna Gómez) en la cual se censuró el libertinaje que a la sazón se *respiraba en la atmósfera* habanera; luego, en un editorial sobre la *amenaza roja* en Centroamérica y en las Antillas, y, por último, en una reproducción de un artículo de la revista *U.S News and World Report* también sobre la posible injerencia soviética en América Latina y, especialmente, en Guatemala³¹¹. El diario liberal, por su parte, no mencionó a Cuba en

³¹⁰ *La mentalidad de las élites sobre la Violencia en Colombia (1936-1949)*, Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, El Áncora Editores, 1995, p. 40

³¹¹ Las referencias de los mencionados artículos, en su orden, son: Humberto Bronx [Jaime Serna Gómez], “En La Habana”, *El Colombiano*, Medellín, 5 de noviembre de 1953, p. 3; “En Centroamérica y las Antillas”, *El Colombiano*, Medellín, 21 de mayo de 1954, p. 3, y “El Comunismo en América Latina”, *El Colombiano*, Medellín, 6 de julio de 1954, págs. 3 y 9. En estos dos últimos artículos, los de carácter sociopolítico, la mención a Cuba fue somera, pues los temas atañeron más que todo al contexto continental. Vale mencionar

publicación alguna. Nada se dictaminó en estos dos diarios, entonces, sobre el fracasado asalto a los cuarteles Moncada y Bayamo ni sobre las condenas a Fidel Castro y a sus secuaces. Las únicas publicaciones sobre hechos como estos fueron las noticias provenientes de las agencias de prensa, pero estas fueron muy pocas y no ameritaron comentarios al respecto.

A finales de 1954, con motivo de las elecciones presidenciales en las cuales Batista fue prácticamente único candidato, la prensa colombiana volvió a opinar concretamente sobre la escena sociopolítica isleña. Tanto *El Colombiano* como *El Tiempo* —el primero en cinco y el segundo en tres publicaciones— se manifestaron al respecto con un tono pesimista, desesperanzado, resignado, reprochador y, sobre todo, crítico. Por ejemplo, el diario conservador en septiembre planteó en un comentario editorial que Batista llevaba “las de ganar, por razones obvias”; y en noviembre, tras los comicios, se expresó, primero, que el dictador “Posiblemente hubiese ganado sin necesidad de crear condiciones previas que asegurase su elección”; segundo, que éste podría “hacer un buen gobierno, si se despoja de ciertos prejuicios y prescinde de algunos amigotes que ningún favor le dispensan y cuyo alejamiento del poder no constituiría ninguna pérdida para el país”; luego, que se había escogido un “Mal camino” al detener a dos “radioperiodistas [sic] que se tomaron la inocente y desprevenida libertad de hacer comentarios desfavorables al gobierno”, y, por último, que la coartación a la libertad de prensa en la isla había creado “una situación de zozobra [...] [y] de angustia”, y que allí “no hay sino miedo físico a la opinión”³¹².

El diario liberal, entretanto, en un comentario editorial publicado el día de los comicios se dijo que “resulta muy difícil hablar de elecciones democráticas en Cuba”, y, en otra publicación posterior (del mismo tipo) se comentó que el “título presidencial de Batista”, legitimado “en forma ‘sui generis’”, debía usarse para reestablecer la normalidad institucional, pues “No en vano Cuba tiene la nobilísima herencia de José Martí y, sobre base tan sólida, puede aquietar sus impulsos y encontrar el verdadero camino martiano, que es el camino de la democracia, para bien de ese país y honra de América”³¹³. La otra

que el nombre de Jaime Serna Gómez, quien firmaba con el seudónimo de *Humberto Bronx*, fue tomado de: María Cristina Arango de Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia. 1814-1960. Del chibalete a la rotativa*, Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, junio de 2006, p. 566.

³¹² Véanse las citas en los siguientes artículos (en su orden): Miguel Martínez Villa, “Tercera Columna. Día a día”, *El Colombiano*, Medellín, 4 de septiembre de 1954, p. 3; “Por los lados de Cuba”, *El Colombiano*, Medellín, 2 de noviembre de 1954, p. 5; Miguel Martínez Villa, “Tercera columna. Día a día”, *El Colombiano*, Medellín, 4 de noviembre de 1954, p. 3; Miguel Martínez Villa, “Tercera columna. Día a día”, *El Colombiano*, Medellín, 7 de noviembre de 1954, p. 3, y “Un angustioso interrogante”, *El Colombiano*, Medellín, 7 de noviembre de 1954, p. 3. El nombre del autor de “Tercera Columna. Día a día” (pues estos artículos aparecen sin firma en el diario) fue tomado de: María Cristina Arango de Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia...*, p. 279.

³¹³ Véanse las citas en: “¿Elecciones en Cuba?”, *El Tiempo*, Bogotá, 1° de noviembre de 1954, p. 5, y “El Compromiso de Batista”, *El Tiempo*, Bogotá, 3 de noviembre de 1954, p. 5.

publicación del *diario de los Santos* es una caricatura del artista húngaro Peter Aldor en la cual se muestra a Batista como un fornido y presumido boxeador a quien don Fulgencio (el mismo de la figura 4) le pregunta tímidamente “[¿]para qué fines va a usar su fuerza?”, pues uno de los músculos del entonces bien llamado *el hombre fuerte* es un mapa de Cuba y su cinto es la bandera del mismo país (fig. 19)³¹⁴. En suma, después de más de dos años y medio, la prensa colombiana volvió a opinar sobre un acontecimiento particular de *La perla de las Antillas*; un acontecimiento que si bien no es muy mencionado en la historiografía, en su momento sí captó la atención de los periodistas colombianos debido a la polémica que se suscitó en torno a lo *antidemocrático* del hecho y a las acciones subsiguientes del gobierno castrense.

En el período transcurrido entre finales de 1954 y mediados de 1956 las publicaciones no noticiosas de *El Colombiano*, de *El Tiempo* y, tras el cierre de este último, de *El Correo*, sobre hechos ocurridos en Cuba fueron también escasas. El diario conservador, por ejemplo, sólo mencionó al país caribeño en tres publicaciones. La primera de ellas es una columna de José Ignacio González (cuyo seudónimo era Uomo Qualunque) en donde comentan el regreso de Carlos Prío Socarrás a Cuba y una revuelta contra Batista, dando a entender que lo segundo fue causado por lo primero³¹⁵. La segunda es un comentario editorial conmemorando la independencia cubana que culmina con una frase sobre las relaciones de buena amistad entre ese país y Colombia (relaciones “que día a día serán perfeccionadas, lográndose así un mayor acercamiento que las beneficie mutuamente”)³¹⁶. Y la tercera es otro comentario editorial sobre una serie de titulares de noticias provenientes de la región —uno de los cuales reza: “Plan revolucionario descubierto en Cuba”— en el cual se expresa que “No resulta, pues, consoladora, la realidad americana”³¹⁷.

El Tiempo, por su lado, sólo mencionó a Cuba en una de sus publicaciones. Tal como la segunda emisión referida de *El Colombiano*, lo impreso en el diario liberal corresponde a un comentario editorial conmemorativo de la independencia cubana en el cual se afirma que los oriundos del país antillano tienen “un temperamento, una personalidad, que los singulariza como combatientes de la democracia y les permite dominar siempre, al cabo de

³¹⁴ Esta caricatura, seguramente, fue inspirada no sólo en el mote de Batista, *el hombre fuerte*, sino también en la afición del mismo por el boxeo. Véase, por ejemplo, un artículo publicado a mediados de 1953 en el diario bogotano *El Espectador* en el cual reproducen un escrito del *United Nations World* donde dice que “Batista se jacta de ser un buen boxeador”, pues él mismo afirma: “Aún puedo golpear duro con la derecha y con la izquierda, y no vacilaré en hacerlo cuando llegue el momento” (“Semblanza de un caudillo. Vida y milagros de Fulgencio Batista”, *El Espectador*, Bogotá, 5 de agosto de 1953, p. 4).

³¹⁵ Uomo Qualunque [José Ignacio González], “En Horas Veinticuatro [sic]”, *El Colombiano*, Medellín, 18 de agosto de 1955, p. 5. El nombre real del signatario del artículo fue tomado de: María Cristina Arango de Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia...*, p. 566.

³¹⁶ “El día de Cuba”, *El Colombiano*, Medellín, 20 de mayo de 1956, p. 5.

³¹⁷ “América 1956”, *El Colombiano*, Medellín, 28 de junio de 1956, p. 5.

los años, cualquier intento de opresión”. El escrito culmina con la siguiente afirmación: “Que esa tenacidad republicana y ejemplar coseche sus victorias merecidas, es el voto que hoy, día de Cuba, formulamos como admiradores de ese noble pueblo hermano y como esperanzados defensores de la libertad”³¹⁸. En *El Correo*, por su parte, entre la clausura forzada de *El Tiempo*, en agosto de 1955, y mediados de 1956, nada se opinó sobre el contexto sociopolítico de *La perla de las Antillas*. Y si bien en dicho lapso hubo noticias referentes a la amnistía que decretó Batista a los presos políticos y a las conspiraciones fraguadas desde México contra el régimen cubano, nada opinaron los periodistas de *El Colombiano*, de *El Tiempo* ni de *El Correo* al respecto.

En resumen, entre el 13 de junio de 1953 y finales de 1954 sólo se habló de Cuba en artículos sobre la lujuriosa vida habanera y sobre una posible penetración del comunismo en la región. En *circa* noviembre de 1954, en razón de los comicios presidenciales de la isla, se abordó este tema para criticar a Batista y para clamar por democracia. Y entre finales del 54 y mediados del 56 se mencionó al país caribeño sólo en artículos sobre Prío Socarrás, sobre la independencia cubana y sobre lo desconsolante de la realidad americana. A manera de conclusión, puede afirmarse entonces que en las publicaciones en las cuales *El Colombiano* y *El Tiempo* opinaron sobre la sociopolítica cubana entre la llegada al poder de Rojas Pinilla y mediados de 1956 la no muy acalorada discusión giró en torno a la dicotomía entre las dictaduras y las democracias, y no en torno al bipartidismo, al comunismo o al fascismo, como en épocas anteriores. Y, asimismo, cabe decir que por más que los argumentos de ambas partes tuvieran un alto grado de veracidad, las creencias inculcadas y las pasiones a las que se recurrió fueron exiguas.

Algunas preguntas surgen de los párrafos anteriores: ¿por qué nada se opinó en *El Colombiano* ni en *El Tiempo* o en *El Correo* acerca de los asaltos de aquel 26 de julio de 1953 a los cuarteles Moncada y Bayamo, de las condenas a los *moncadistas* sobrevivientes, de la amnistía que dio libertad a los presos políticos en Cuba ni de las actividades del Movimiento Revolucionario 26 de Julio en México? (Vale decir que es lógico que *El Siglo* y *El Tiempo* no hayan opinado sobre hechos determinados entre mediados de 1952 y junio de 1953 porque entonces no hubo acontecimientos relevantes, pero no parece lógico que en este nuevo lapso haya ausencia de dictámenes, ya que aquí sí *pasaron cosas* más puntuales.)

³¹⁸ “Día de Cuba libre”, *El Tiempo*, Bogotá, 20 de mayo de 1955, p. 5. Si bien este diario también publicó cuatro artículos en este mismo período sobre Cuba escritos por su corresponsal en La Habana Ernesto Ardura, estos no fueron tenidos en cuenta porque su carácter fue netamente noticioso y, por consiguiente, no expresó opinión alguna sobre Batista, Cuba ni la sociopolítica isleña. Véanse: “Batista, amigo de la amnistía”, 6 de marzo de 1955, p. 11; “Acuerdo para la unión del Partido del Pueblo Cubano”, 3 de abril de 1955, p. 10; “Batista rechaza la posibilidad de su reelección para el cargo”, 19 de junio de 1955, p. 12, y “El presidente Batista también elogia la libertad de prensa”, 19 de junio de 1955, p. 12.

¿Por qué las opiniones sobre la situación sociopolítica cubana entre junio de 1953 y mediados de 1956 fueron tan pocas y, a su vez, tan heterogéneas? Y ¿por qué después de criticar a Batista en noviembre de 1954, las opiniones de *El Colombiano* y de *El Tiempo* acerca de la sociopolítica cubana disminuyeron su intensidad y se realizaron en artículos con un tono *conciliador*?

Dos argumentaciones permiten responder a estas cuestiones: una de carácter particular, que contribuye a resolver la primera pregunta, y otra de carácter general que responde a las tres. La hipótesis que explica por qué no se opinó acerca de los diferentes sucesos concernientes a la lucha de Fidel Castro contra Batista tiene que ver con la relevancia que en su momento mostraron tales hechos. Recuérdense las palabras de Fernand Braudel: lo que decide la importancia de un acontecimiento “no es el ruido que haga en su momento o el ruido que se haga en torno a él, sino las consecuencias que se deriven o no de él”³¹⁹. Hoy, analizando las cosas con el *lente de la historiografía*, resulta insólito que nada se haya opinado sobre tales sucesos. Pero la cuestión fue que estos, en su momento, no hicieron el *ruido* suficiente para ser mencionados ni para ser vistos como algo de relevancia en las historias cubana y latinoamericana. Porque hay que tener en cuenta, además, que el *ruido* (duro o suave) que hicieron no se comparó con el de otros acontecimientos más *rimbombantes* que ocurrieron también en ese período. Por ejemplo, el hecho de que el 27 de julio de 1953, un día después de los asaltos a las guarniciones militares en el oriente cubano, se hubiera firmado el armisticio en la guerra de Corea, seguramente contribuyó a que nada se hubiera opinado sobre lo ocurrido en el país caribeño. A los periodistas colombianos les debió resultar más interesante escribir sobre el fin de una guerra *extracontinental* —que tuvo en vilo al mundo por una posible confrontación armada entre estadounidenses y soviéticos, y en la cual incluso participaron fuerzas militares colombianas— que sobre unos desconocidos que fracasaron en el intento de tomarse unos cuarteles en Cuba. Y como este, otros hechos de diversa índole acontecieron en el lapso junio del 53-mediados del 56 (algunos de los cuales ya se mencionaron en el presente trabajo): a nivel de la guerra fría se iniciaron conflictos en el sureste asiático; se presenció el descenso de la carrera política de *Joe McCarthy*; se dieron algunos tratados entre estadounidenses y soviéticos en Ginebra, y Jruschov inició en la Unión Soviética la *desestalinización*. (Respecto a los dos primeros sucesos véanse dos caricaturas de Aldor sumamente dicientes: en la primera, la paz —semidesnuda, endeble y sin vigor— aparece temerosa de despertar a una guerra —robusta, tosca y súper armada—

³¹⁹ *Las ambiciones...*, p. 24.

que duerme bajo dos débiles lazos ubicados en los paralelos 38, Corea, y 17, Vietnam: véase la figura 20; y en la segunda, la estatua de la libertad, ante su acorralamiento, estalló con su llama un globo de McCarthy inflado por él mismo: véase la figura 21). A nivel continental, entretanto, acontecieron la Décima Conferencia Panamericana, la invasión a la Guatemala de Jacobo Arbenz, el suicidio del presidente de Brasil Getúlio Vargas, y, entre otras cosas, el derrocamiento de Juan Domingo Perón en Argentina. Por lo tanto, por más que la historiografía le haya concedido un importante lugar en las escenas cubana y latinoamericana a los mencionados acontecimientos de la lucha castrista, ya que las consecuencias que de ellos se derivaron fueron de enorme relevancia, éstos, en su momento, no hicieron el suficiente *ruido* ni se perfilaron tan *importantes* como los hechos contextuales referidos. Por eso, en últimas, no se les mencionó en las opiniones de la prensa colombiana de la época, aun cuando sí hubo noticias al respecto, pero sí se les mencionó luego del triunfo de la revolución, cuando se conoció la trascendencia de los mismos a nivel histórico (véase el capítulo 3). Bien dice Braudel, nuevamente, que los acontecimientos y sus protagonistas tienen consecuencias que “son hijas del tiempo”³²⁰.

La argumentación que *cobija* las respuestas de las tres preguntas expresadas, por su parte, está relacionada con el contexto político colombiano. Todo indica que lo que se dijo y hasta lo que se dejó de decir en los diarios de este país sobre Cuba concernió a determinadas particularidades de la dictadura del Jefe Supremo. Las dinámicas de las relaciones entre la prensa y el gobierno castrense, por un lado, y las similitudes de los regímenes y de algunas actitudes de Gustavo Rojas Pinilla y de Fulgencio Batista, por el otro, muy probablemente influenciaron en lo publicado. Lo primero, por ejemplo, lo hizo a causa de esa aparente contradicción entre el júbilo con el cual la prensa recibió al militar colombiano y la animadversión que paulatinamente les acaeció a los medios de comunicación y al mandatario. El asunto es que en ambos *momentos* hubo diferentes tipos de comentarios sobre aquellos temas que podrían resultar sensibles a la *naturaleza* del gobierno y de sus funcionarios (los temas relacionados, precisamente, con las democracias y con las dictaduras): al principio, en plena *luna de miel*, poco se mencionaron estos asuntos en forma pendenciera, pero en la medida en que transcurrieron los años, cuando aumentó la pugnacidad y, por consiguiente, las censuras, tales cuestiones empezaron a ser tratadas con algo de *malicia*. Por consiguiente, las opiniones de los medios sobre lo acaecido a *La perla de las Antillas* estuvieron determinadas por los climas de cordialidad inicial y de hostilidad subsiguiente entre los medios de comunicación y el jefe de Estado en Colombia.

³²⁰ *Las ambiciones...*, pp. 24-25.

Lo segundo, entretanto, influyó en virtud de que las críticas al dictador isleño podrían ser lanzadas y/o recibidas como indirectas al gobierno colombiano y a la personalidad del militar gobernante. Por eso deben tenerse en cuenta las analogías existentes entre Gustavo Rojas Pinilla y Fulgencio Batista mientras estuvieron en el poder. Ejemplo de ello es que ambos: llegaron al poder como salvadores (por lo menos para la opinión pública en general); se hicieron reelegir de una forma, si se quiere, antidemocrática (el uno a través de la Asamblea Nacional Constituyente y el otro en unos comicios en los cuales fue prácticamente el único candidato); fueron bastante hostiles frente al comunismo en determinados momentos (los partidos de inspiración marxista de ambos países fueron declarados ilegales durante sus mandatos); tuvieron algunas políticas con tintes represivos (recuérdense los hechos relacionados con los estudiantes y con los taurófilos bogotanos, así como con los arrestos arbitrarios, las torturas y los asesinatos a jóvenes y a estudiantes cubanos perpetrados por el ejército *batistiano*); se mostraron, en cierto momento, benevolentes respecto a algunos opositores a sus regímenes (Rojas Pinilla amnistió a miles de guerrilleros y Batista concedió indulto a algunos presos políticos detenidos en la isla); censuraron a la prensa que los criticó (en Colombia fueron clausurados *El Siglo*, *El Tiempo* y *El Espectador*, entre otras medidas antes mencionadas, mientras que en Cuba lo fueron el diario *Hoy* y la revista *Bohemia*, por ejemplo), y, además, huyeron del poder y de sus países tras haber perdido el apoyo casi total de sus conciudadanos. Quizás todo ello explique entonces por qué los regímenes de Colombia y de Cuba tuvieron excelentes relaciones diplomáticas en esos años. Por ejemplo, “Con motivo de la presentación de Cartas Credenciales del nuevo Embajador Cubano, señor Alberto García Navarro”, en marzo de 1954, el general Rojas Pinilla expresó, en un tono bastante cordial —y, asimismo, bastante diciente—, sus simpatías para con la realidad cubana y sus deseos de fortalecer los vínculos entre su gobierno y el de Batista. Dirigiéndose al diplomático cubano, dijo el dictador colombiano:

Aquí se mira, con la más espontánea y cálida simpatía, todo lo relacionado con el proceso histórico y cultural de vuestra patria [], y se contempla con satisfacción fraternal su merecida y pujante prosperidad. También me complace sobremanera registrar vuestros deseos de consolidar aún más los vínculos que en numerosos aspectos acercan a nuestros pueblos [], no sólo por venir de diplomático tan distinguido y meritorio, sino por revelar también los sentimientos del ilustre Presidente de Cuba. Tened la seguridad, Excelentísimo señor, de que aquí encontrareis el medio más amplio y favorable para adelantar una misión que corresponda de manera cabal a vuestros gallardos propósitos y signifique un provechoso y real avance en el campo de las relaciones colombo-cubanas. Por lo que a mi gobierno toca, podéis contar con la más oportuna y eficaz cooperación. [...] Formulo fervientes votos por la felicidad de vuestra patria y por vuestra ventura personal, y os ruego corresponder, cordial y efusivo, el saludo que me habéis transmitido del Excelentísimo señor Presidente Batista [].³²¹

³²¹ Gustavo Rojas Pinilla, *Mensajes y discursos*, Bogotá, Imprenta Nacional, Dirección de Información y Propaganda del Estado, 1954, pp. 54-55.

Recuérdense también las palabras de un artículo publicado en *El Colombiano* según las cuales Cuba, “Con nuestra patria, ha sostenido invariables relaciones de buena amistad, que día a día serán perfeccionadas, lográndose así un mayor acercamiento que las beneficie mutuamente”³²². O sea que las analogías entre los regímenes y las actitudes del Jefe Supremo en Colombia y del *hombre fuerte* en Cuba —y, además, casi por consiguiente, las buenas relaciones entre uno y otro— seguramente influyeron en las publicaciones de la prensa colombiana sobre la realidad cubana en tanto que, en últimas, ¿opinar sobre la dictadura presidida por Batista en Cuba no era, de algún modo, opinar sobre el gobierno de Rojas Pinilla en Colombia? Y por lo mismo, ¿criticar al primero no sería también criticar al segundo?

La influencia que en las opiniones de la prensa colombiana tuvieron las dos cuestiones recién mencionadas tiene su explicación ejemplarizada en las diversas publicaciones. La emisión de artículos entre junio de 1953 y finales de 1954 referidos al libertinaje de la vida habanera y a la presencia del comunismo internacional en el Caribe, y la consiguiente omisión de los temas relacionados con el ataque a los cuarteles Moncada y Bayamo y con las condenas a los *moncadistas*, seguramente fueron producto de esa inicial *luna de miel* entre la prensa colombiana y Rojas Pinilla. El pacto de caballeros firmado a principios del gobierno militar muy probablemente hizo que los periodistas colombianos tomaran la decisión de no opinar a favor ni en contra de una situación que le era adversa a un régimen similar al que acá aún apoyaban. Por eso las publicaciones de *El Tiempo* y de *El Colombiano* fueron una especie de *silencio cómplice para no herir las susceptibilidades* de ninguna de las dos dictaduras.

Lo emitido por la prensa colombiana a finales de 1954 con motivo de las elecciones presidenciales en la isla caribeña, por su parte, estuvo *cargado* de críticas y de reproches hacia Batista seguramente porque a la sazón las relaciones entre gran parte de la opinión pública y el régimen colombiano ya iban en detrimento. En esos momentos ya había acontecido la matanza a los estudiantes capitalinos, ya había algo de censuras a los diarios y ya la ANAC había reelegido a Rojas Pinilla. Al respecto, el escritor Gabriel Fonnegra señala que desde julio de 1954, específicamente a causa de la convocatoria de la ANAC, la prensa, “como es apenas obvio, comenzó a exhibir sus reservas frente al gobierno militar”³²³. Las críticas al dictador cubano por su elección *antidemocrática* y, además, el clamor por democracia y por libertades, fueron entonces una especie de indirecta al dictador

³²² “El día de Cuba”, *El Colombiano*, Medellín, 20 de mayo de 1956, p. 5.

³²³ *La prensa en Colombia...*, p. 53.

colombiano, quien en aquellos tiempos *pecaba* por lo mismo que el dictador cubano. Nuevamente las analogías de ambos regímenes y de ambos dictadores, y el distanciamiento entre la prensa y el gobierno en Colombia, les permitieron a los periodistas de *El Colombiano* y de *El Tiempo* mandarle una especie de *mensajes encubiertos* al Jefe Supremo. Por eso, en últimas, puede decirse que las críticas a ese hecho en particular se hicieron no sólo porque fue un acontecimiento que en su momento generó algo de *ruido*, sino también porque fue una inmejorable oportunidad de clamar por un cambio en la política colombiana.

Asimismo, las publicaciones comprendidas entre finales del 54 y mediados del 56 fueron relativamente escasas, tuvieron críticas sutiles e indirectas, y fueron un poco *conciliatorias* debido a que para 1955 las relaciones entre la prensa colombiana y el régimen *rojista* se *fuero*n a *pique* y a que, en virtud de ello, la censura se acrecentó de manera notable. Quizás como una consecuencia de las susodichas críticas a Batista (sumada al amplio y jubiloso despliegue que le dieron a la noticia del derrocamiento de Perón en Argentina en 1955), la mordaza en Colombia empezó también a abarcar los temas de índole internacional. Por ejemplo, en septiembre de 1955 el gobierno de facto emitió el “Decreto Número 2.535” que prohibió “publicar informaciones, noticias, comentarios, caricaturas, dibujos o fotografías que impliquen falta de respeto al Presidente o jefes de Estado de naciones amigas”³²⁴. En el libro realizado por el entonces director de *El Colombiano*, Fernando Gómez Martínez, titulado *Mordaza. Diario secreto de un escritor público*, quedó claro que en diversas ocasiones los censores no permitieron publicar comentarios acerca de dictadores como Perón, Pérez Jiménez y Trujillo³²⁵. (De hecho, Batista, meses después, hizo lo mismo: véase una noticia publicada en *El Correo* en septiembre de 1957 en la cual reza el titular que “Ni siquiera se permiten críticas a los ex dictadores Perón y Rojas, ni al amo de Santo Domingo”³²⁶.) Ese decreto es, en últimas, la *pedra angular* para comprender las características de lo que se opinó acerca de Cuba entre finales de 1954 y mediados de 1956. Porque tal disposición, en definitiva, fue emitida para evitar que los diaristas locales criticaran al gobierno del Jefe Supremo por medio de indirectas como las realizadas en noviembre de 1954 para con Batista. Ejemplo de ello es una carta del periodista Enrique Santos Montejo, *Calibán*, dirigida a Rojas Pinilla en la cual, entre otras cosas, le planteó que

³²⁴ Véase: Antonio Cacia Prada, *La libertad de prensa...*, p. 174.

³²⁵ Véanse en *Mordaza...* las fechas 20 de septiembre de 1955; 24 de mayo, 2 de junio, junio 10 y 20 de julio de 1956, y 24 de febrero de 1957 (págs.: 24, 84, 94, 98, 113 y 195).

³²⁶ “Impresionante censura se aplica hoy en Cuba. La Sociedad Interamericana de prensa da cuenta al mundo de la grave situación de los periódicos. Ni siquiera se permiten críticas a los ex dictadores Perón y Rojas, ni al amo de Santo Domingo”, *El Correo*, Medellín, 17 de septiembre de 1957, p. 11. No es casualidad, por ejemplo, que en el libro *La Fiesta del Chivo*, del nobel de literatura peruano Mario Vargas Llosa, prácticamente cada que se mencionan episodios de los dictadores derrocados, éstos son citados en conjunto (Madrid, Santillana Ediciones Generales S. L., Suma de Letras, S. L., 9ª edic., 2003, p. 60, p. 104, pp. 172-173 y p. 246)

“ni siquiera a las cuestiones de índole internacional pueden los periódicos referirse, porque se emplea un criterio de analogías que imposibilita toda mención de cuestiones extranjeras cuando se las puede suponer semejantes o alusivas a problemas colombianos [!]”³²⁷. Los comentarios relativos a la realidad sociopolítica de Cuba y del *batistato*, además de otras cuestiones, quedaron entonces prohibidos por orden del gobierno a fin de evitar suspicacias. Véanse también las palabras expresadas en el citado libro *Los guerrilleros intelectuales. Cartas, documentos e informaciones que prohibió la censura*, en las cuales se afirma que “Informaciones sobre acontecimientos en Argel, por ejemplo, o movimientos de tropas en Siria o maniobras en Egipto, o huelgas en Estados Unidos o carestía en Nicaragua, o rebelión en Cuba [!], fueron tabú” en *Intermedio* (el diario que *reemplazó* a *El Tiempo*)³²⁸. Así pues, podría decirse que las críticas a Batista con motivo de su *antidemocrática* elección coadyuvaban a sentar un precedente para que la mordaza impuesta por el régimen militar colombiano restringiera también los temas internacionales, pues no en vano Rojas Pinilla podía sentirse aludido. Por ello, a fin de cuentas, las publicaciones concernientes a la realidad cubana debieron omitirse o matizarse para evitar o burlar la censura. De hecho, seguramente en *El Correo* no se opinó nada acerca de Cuba desde el cierre de *El Tiempo* y hasta mediados de 1956 porque la censura diaria a este diario era también estricta³²⁹. De todo lo anterior, se entiende entonces, primero, por qué los pocos artículos publicados fueron pro Batista o se refirieron a temas *adyacentes* (como la independencia cubana y la convulsa realidad de América Latina); segundo, por qué nada se dijo de la amnistía a los *moncadistas* ni de las acciones del 26 de Julio en México, y tercero, por qué las poquísimas críticas realizadas fueron sumamente indirectas en tanto se publicaron en aquellos artículos que no parecían revestir *peligro* alguno y, por consiguiente, hicieron que esos juicios de valor *escaparan* al escudriñamiento de los censores. Esta vez, pues, el silencio no fue decisión de los periodistas (como sí lo fue en el período comprendido entre junio de 1953 y finales de 1954), sino imposición de un Rojas Pinilla que cada vez parecía más susceptible a las críticas, incluyendo aquellas encubiertas que hábilmente *lanzaban* los medios colombianos aprovechándose tanto de las similitudes entre las caóticas situaciones sociopolíticas de Cuba y de Colombia como del debilitamiento de su relación para con el régimen. No obstante, al final del régimen militar las cosas cambiarían, y entonces ya no habría ni un *silencio cómplice* ni un *silencio obligado*, sino unas ciertas libertades que permitirían a los

³²⁷ Citado en: Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, p. 328.

³²⁸ Luis E. Agudelo Ramírez y Rafael Montoya y Montoya, *Los guerrilleros intelectuales...*, p. 54.

³²⁹ Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, p. 331. En *El Correo* los *caprichos* del gobernador prohibían mencionar algunos temas, los censores extraviaban noticias y hacían reeditar la información a altas horas de la noche, y los militares impedían la revisión de las publicaciones. “Por mucho tiempo *El Correo* dejó de aparecer, casi con regularidad, uno o dos días a la semana”, según afirman los autores.

periodistas realizar dictámenes sobre la guerra de guerrillas de Castro en la Sierra Maestra y, por consiguiente, reprochar de una manera más abierta las dictaduras *batistiana* y *rojista*.

2.4.3. Críticas e indirectas a las dictaduras cubana y colombiana

Desde mediados de 1956 hasta el 10 de mayo de 1957, la prensa colombiana opinó con mayor frecuencia y con más efervescencia sobre el *pandemónium* que entonces era Cuba. En unos diez meses, *El Colombiano* y *El Correo* emitieron catorce publicaciones no noticiosas concernientes al *batistato* y a la lucha del Movimiento Revolucionario 26 de Julio. Editoriales, columnas y artículos de opinión comprenden tales impresiones. Los denominadores comunes de lo emitido fueron la incertidumbre por el porvenir de la isla, las expectativas por el programa sociopolítico de los insurgentes y por lo que pudieran lograr frente al régimen; la desazón por la violencia empleada tanto por el ejército *batistiano* como por la guerrilla castrista y, especialmente en el diario liberal, algunas críticas al dictador cubano.

De las cuatro publicaciones de *El Colombiano* sobre el tema en cuestión comprendidas en el antedicho lapso sobresalen, principalmente, el seguimiento implícito de los hechos más importantes, el desasosiego por el acontecer isleño y una mención panegírica a Fidel Castro. El primer escrito fue la columna de Miguel Martínez Villa (“Tercera Columna. Día a Día”) emitida el 8 de julio de 1956, y corresponde a una especie de loa a la noticia que hicieron en Cuba y en Argentina sobre los comicios que en ambas naciones se realizarían al cabo de unos meses, pues ello implicaría el retorno de los regímenes democráticos en ambas naciones:

Este anuncio es de honda significación, porque hace ver cómo los pueblos vuelven hacia su normalidad institucional. [...] Cómo es de satisfactorio para quienes defienden los sistemas democráticos por creerlos los mejores para el gobierno, observar el retorno al libre ejercicio de los derechos ciudadanos, el llamado a la voluntad popular para que se exprese en votos, para que escoja a sus gobernantes en soberana determinación. Y precisamente por eso, el anuncio de las elecciones en Argentina y en Cuba, es de innegable importancia en el orden continental.³³⁰

El segundo artículo, un comentario editorial publicado a los pocos días del fragoso desembarco del yate *Granma* en tierra cubana, cuando la situación del movimiento guerrillero era más incierta que nunca, es algo así como una *premonición* y una *rogativa* para con el devenir de la isla. Sobre Castro y sus hombres se dijo allí: “Lo que en un principio pareció una suicida aventura de unos cuantos revolucionarios que invadieron la isla

³³⁰ Miguel Martínez Villa, “Tercera columna. Día a día”, *El Colombiano*, Medellín, 8 de julio de 1956, p. 3.

antillana en una audaz acción naval, se ha convertido en un alzamiento que amenaza seriamente la estabilidad actual del régimen cubano”; y de la posición del diario frente al porvenir isleño, se dijo que “Como miembros de la gran familia de naciones hispanoamericanas, solo podemos desear que el pueblo cubano resuelva satisfactoriamente los graves conflictos internos que en el presente enlutan su suelo con sangre de hermanos. Y quiera Dios que pronto la paz integral retorne a la patria antillana”³³¹. La tercera publicación es un editorial publicado a los pocos días de que el periodista del *New York Times*, Herbert L. Matthews, fuera a entrevistar a Castro en la Sierra Maestra. Allí, en vista de la confirmación de la existencia y de la lucha del M-26-7 en el oriente cubano, el diario conservador expresó su aflicción por el violento acontecer de la isla:

El mundo libre [...] se vuelve angustiado hacia Cuba, la hermosa isla antillana, hoy convulsionada. Porque existe una inquietud tremenda, un desasosiego alarmante [...]. Hoy, en Cuba, cunde la zozobra. Algo que no está bien produce el sacudimiento [...]. Hacemos votos por que [sic] Cuba salga de la crisis política que ahora la agita y torne a la normalidad y al progreso. Es un sentimiento de solidaridad continental que se hace patente de los pueblos democráticos.³³²

Y la cuarta publicación es un artículo —a propósito escrito también por Miguel Martínez Villa en su habitual columna— dedicado a Fidel Castro, o más exactamente, a su incierta filiación política y a su “indomable voluntad de luchador”. Sobre el entonces guerrillero, dice el artículo:

Quizás sea hasta comunista, lo cual, desde luego, no podemos aceptar y mucho menos alabar. Únicamente que Castro posee una tenacidad a toda prueba en la defensa de principios que para él son muy caros. No es pues, su credo político el que le hace grato a muchos. Sino su indomable voluntad de luchador. / Enfrentando a las dificultades, no cesa en su empeño. Hacia el ideal que profesa van sus esfuerzos sin que la fatiga detenga su acción. Por eso cuenta ahora con la admiración. Auncuando [sic] sus convicciones políticas sean equivocadas y tengan que ser rechazadas por quienes firmemente profesamos la creencia de las doctrinas católicas.³³³

Así pues, sin mucho *ruido* —sin referirse directamente a Batista pero sí expresando desasosiego por la situación sociopolítica de Cuba—, *El Colombiano*, después de mediados de 1956 y por lo menos hasta el 10 de mayo de 1957, siguió clamando por un cambio en la política cubana, hizo votos por la normalización de la institucionalidad y por el apaciguamiento de los ánimos de la lucha armada y se refirió *amistosamente* al más ferviente y polémico opositor de Batista en sus primeros meses de lucha armada.

Las publicaciones de *El Correo*, entretanto, diez en total, si bien se refirieron prácticamente a los mismos temas expuestos en *El Colombiano*, tuvieron más juicios de valor sobre los diversos aspectos del *galimatías* que se vivía en Cuba. De hecho, aquí son

³³¹ “La Revuelta Cubana [sic]”, *El Colombiano*, Medellín, 14 de diciembre de 1956, p. 5.

³³² “La Situación de Cuba [sic]”, *El Colombiano*, Medellín, 17 de marzo de 1957, p. 3.

³³³ Miguel Martínez Villa, “Tercera Columna. Día a Día [sic]”, *El Colombiano*, Medellín, 14 de abril de 1957, p. 3.

perceptibles algunas apreciaciones benévolas respecto a Fidel Castro, al M-26-7 y, en una aparente contradicción, también respecto a Batista. Entre agosto de 1956 y mayo de 1957, las emisiones se *repartieron* así: una en agosto, cuando Castro y sus hombres aún estaban en México; cinco (!) en diciembre, tras el desembarco del *Granma*; una en enero de 1957, a razón de la censura impuesta por Batista y, entre otras cosas, de la animadversión que éste tenía con Trujillo; dos a finales de febrero, a causa de la entrevista de Matthews a Castro en la Sierra Maestra, y una en marzo, tras el fallido intento del Directorio Estudiantil Revolucionario de tomarse el poder³³⁴.

Las publicaciones en las cuales *El Correo* expresó su parecer sobre el acontecer cubano —las de la *cantera*— fueron dos editoriales, siete comentarios editoriales y una columna. Lo que más sobresale de los diversos escritos son sus numerosos dictámenes respecto a los cinco asuntos, *grosso modo*, allí abordados. Tales asuntos fueron: la situación de la región respecto a los gobiernos dictatoriales, Cuba como escenario de procesos históricos, la relación de Batista con la prensa, Castro como el representante de la oposición y el movimiento revolucionario³³⁵. Una paráfrasis de lo expresado en los diez artículos permite saber que:

³³⁴ Es pertinente aclarar que *El Correo* publicó otro tipo de artículos no noticiosos sobre Cuba, pero estos no serán tomados en cuenta porque son artículos provenientes del extranjero y, como tales, no representan la opinión misma del diario medellinense, que es precisamente lo que acá se está investigando. A pesar de que allí fueron publicados y, casi por consiguiente, de que la casa editorial del diario liberal debió estar de acuerdo con los juicios que expresaron, estos textos no fueron obra prima de los periodistas locales. Los artículos *foráneos* son cuatro: dos editoriales del *New York Times*, un “informe exclusivo” de la *Associated Press* y un ensayo del pensador, político y escritor mexicano José Vasconcelos. Véanse, en su orden de publicación (y teniendo en cuenta que todos fueron publicados en *El Correo*, de Medellín): José Vasconcelos, “Voz de América. Gangsterismo político”, 26 de noviembre de 1956, p. 4; “Un editorial de New York Times [sic]. La censura en Cuba”, 20 de enero de 1957, p. 4; “Antecedentes de la revolución cubana. Desde 1952 conspiran contra Batista. Un informe exclusivo para ‘El Correo’ [sic], de la AP”, 14 de marzo de 1957, p. 4; “Sobre la situación actual de la Isla de Cuba, editorializa ‘The New York Times’ [sic]”, 25 de marzo de 1957, p. 4. Vale mencionar de tales publicaciones que son sumamente descriptivas de la realidad cubana, que se refieren constantemente a la violencia que tanto la oposición como el ejército *batistiano* perpetraban a lo largo y ancho de la isla, que insisten en el tema de la libertad de prensa y que son un *clamor* por la normalización del polvorín cubano. Poco se mencionan allí Castro y el M-26-7. Sobresale de uno de los artículos, sin embargo, que el título se refiriere al acontecer isleño como una “revolución cubana”. Si bien aún faltaba tiempo para que este hecho ocurriera —en el concepto historiográfico propiamente dicho—, es perceptible que las acciones que estaban llevando a cabo los opositores al régimen de Batista ya estaban viéndose como una revolución, en tanto había una lucha por subvertir el orden sociopolítico establecido en el país antillano.

³³⁵ Cabe mencionar que lo expresado en la columna concuerda a la perfección con lo emitido en las editoriales, por lo que aquí se analizarán de manera conjunta estos dos tipos de artículos. Reafirmando que todos los escritos fueron publicados en el diario medellinense *El Correo*, véanse: Jaime Ramiro [Pedro María Mejía Jiménez], “Fragua”, 26 de agosto de 1956, p. 4; “En la tierra de Martí”, 6 de diciembre de 1956, p. 4; “Batista y la libertad de prensa”, 7 de diciembre de 1956, p. 4; “La situación en Cuba”, 8 de diciembre de 1956, p. 4; “Está convulsa América”, 9 de diciembre de 1956, p. 4; “Gesto romántico en la tierra de Martí”, 18 de diciembre de 1956, p. 4; “Inquietud en el Caribe”, 13 de enero de 1957, p. 4; “En la India y en Cuba”, 26 de febrero de 1957, p. 4; “En Cuba”, 26 de febrero de 1957, p. 4, y “Por una solución generosa para Cuba”, 14 de marzo de 1957, p. 4. El nombre de Pedro María Mejía Peláez, firmante de la columna “Fragua” con el seudónimo *Jaime Ramiro* (seguramente a manera de anagrama), fue tomado de: María Cristina Arango de Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia...*, p. 411.

- Acerca de la región, se mencionó que “América parece destinada a no tener paz [...]”. Periodos de escasos meses de paz se ven interrumpidos por bruscas agitaciones. El ‘continente de la libertad’ y de la ‘esperanza’, sigue oscilando entre la libertad y el miedo; entre la búsqueda de su destino y la cansada resignación de las luchas costas [sic] [debe ser costosas] e infructuosas”. “[¿] Cuándo sonará la hora de la liberación de los pueblos oprimidos? [¿] Podría cada cuartelazo seguir siendo inmediatamente reconocido? Quien se presente como el más peligroso enemigo del comunismo no puede recibir apoyo simplemente por eso. De lo contrario, este jadedar en busca de la democracia será el eterno engaño de los pueblos”.
- De Cuba se dijo que es “la tierra de Martí”, “del ron y de la rumba”, “por antonomasia tierra de la libertad” y “escenario de gestas gloriosas de gentes emancipadas”. Y del papel de la isla como escenario de un complejo proceso histórico, se expresó, por un lado, que “Es muy difícil [...] entender el fenómeno de Cuba. Allá la política es cuestión de vida o muerte” y, por el otro, que “La situación en Cuba es de incertidumbre”.
- A Batista se le definió como “el amo” y el “indiscutible hombre fuerte de Cuba”. Sobre su relación con la prensa, se mencionó que es “uno de los pocos ‘hombres fuertes’ que llevan su desenfado hasta el punto de permitir prensa libérrima en un país agitado y convulsionado”, que “continúa sin perder los estribos, pese a los esporádicos brotes revolucionarios en diversas partes de la isla” y que “ha dado una muestra de sentido común” al mantener la libertad periodística. Y en relación con la caótica situación que se estaba desatando respecto a la oposición a su régimen, mencionaron los escritos que Batista “ha perdido el apoyo de la juventud y su gobierno se enfrenta casi todos los meses a una nueva revuelta” y, además, “viene perdiendo [terreno] ante la opinión”.
- Fidel Castro, entretanto, fue definido como “el internacionalmente conocido ‘estudiante’” y como el “líder opositor” que en un comienzo se vio “obligado a exilarse en el hospitalario suelo mexicano para librarse de la prisión o de la muerte, que en su patria tendría aseguradas por gracia de su inocultado [sic] desafecto al régimen que preside el general Fulgencio Batista” y que “ha iniciado una lucha al parecer gigantesca contra el fuerte gobierno del general Fulgencio Batista”; “una lucha que tiene perplejo al continente”, “una revolución [...] que subsiste” y que “no tiene la menor posibilidad de triunfar”, pero que, en últimas, ha significado “un gesto asaz romántico” que

solo ha tenido un resultado positivo: hacer que el continente fije su atención en la tierra del ron y de la rumba para pensar en algo más que en estos dos productos: en el honor y dignidad de la persona humana en aquellas tierras, en el régimen que allí impera, y en por qué un puñado de hombres [...] se lanzan al sacrificio y a la muerte, con tal de atraer sobre ellos las miradas de sus conciudadanos de América.

- Y respecto al Movimiento 26 de Julio se expresó que eran “un puñado de suicidas”, “un grupo de soñadores [que] han pretendido reeditar la hazaña de Martí, en una época en que existen bombarderos supersónicos y aviones a chorro que han modificado todas las tácticas de combate”. Sobre su lucha, se dijo que era “Una lucha simbólica, mezcla de Martí y algarada estudiantil; un gesto romántico, que no ha hecho tambalear a Batista, pero que ha tenido la virtud de conmover al continente”, porque “Los cubanos son así: soñadores, decididos, incapaces de ceder”. No en vano, la “juventud cubana [...] había perdido el temor a la muerte y no le importaba la vida”.

En conclusión, de las diez publicaciones de *El Correo* entre mediados de 1956 y mayo de 1957 sobre Cuba, sobresalen la exaltación de la labor que entonces emprendió Fidel Castro; la alabanza y a la vez la desesperanza respecto a la lucha castrista; el tono poético y ensalzador con el cual se refirieron al país antillano; la cordialidad y también la cautela para con Batista, y los clamores en pro de la paz y de la democracia en América Latina.

Varias preguntas surgen de todo lo anterior: ¿si el general Rojas Pinilla aún estaba en el poder, por qué la prensa colombiana pudo opinar con tanto fervor, pero sobre todo tan abiertamente, sobre la situación sociopolítica cubana hasta el punto de *lanzarle* someros reproches a Batista y de encomiar a quienes luchaban para derrocarlo? ¿Acaso los escritos se publicaron a escondidas de los censores o éstos eran conscientes de lo que ocurría? ¿Cómo se explican los calificativos benévolos con los que los mencionados diarios se refirieron a Fidel Castro, al M-26-7 y a su lucha? Y ¿por qué, contrario a lo ocurrido desde junio de 1953, *El Colombiano* publicó considerablemente menos que su similar liberal?

Desde mediados de 1956, según mencionan Silvia Galvis y Alberto Donadío en su biografía del Jefe Supremo, en virtud de su intención de recuperar la popularidad perdida y, con ello, de eliminar escollos en su intención de que la ANAC apoyara su reelección para el período 1958-1962, el general Rojas Pinilla *aflojó* en ciertas disposiciones respecto a la censura a la prensa. Lo hizo al determinar el retiro de los censores oficiales, así como con la abolición de la obligatoriedad de someter las publicaciones a la aprobación del gobierno. A cambio, la Dirección Nacional de Información y Prensa del Estado (DINAPE) propuso a los periodistas la firma de un Pliego de Normas de Censura en el cual se pedía, básicamente, autorregulación. Informaciones, comentarios o noticias sobre política, violencia o economía que atentaran contra la estabilidad del régimen, que pudieran

entenderse como calumniosas contra funcionarios públicos, que causaran pánico a la ciudadanía o que irrespetaran al gobierno y, especialmente, al presidente, serían suprimidas de los diarios según ese nuevo *pacto de caballeros*, so pena de multas. Algunos periodistas firmaron y otros se negaron rotundamente a hacerlo, puesto que eso significaría reconocerle al gobierno un *derecho* que, según ellos, no le pertenecía. Pero ello, de todas formas, no impidió que la mordaza disminuyera. Apuntan Galvis y Donadío que “inclusive, a casi todos los periódicos se les permitió, discretamente, publicar algunas notas críticas y comentarios opuestos a las políticas del gobierno”³³⁶. Esa disminución de la censura, en últimas, fue seguramente la razón por la cual desde mediados de 1956 la prensa colombiana pudo volver a opinar con mayor frecuencia y con más efervescencia sobre el contexto sociopolítico de *La perla de las Antillas*.

Los comentarios que *El Colombiano* y *El Correo* emitieron sobre Cuba resultan apenas normales por cuanto las nuevas disposiciones sobre la censura permitieron y, si se quiere, indujeron los juicios de valor expresados. Que el diario conservador haya exaltado el anuncio de elecciones en Cuba, expresado su satisfacción por la normalización institucional de ese país, clamado por la pacificación del mismo y, además, admirado a Fidel Castro aunque sospechaba de su filiación comunista (!), y que el diario liberal haya clamado por “la liberación de los pueblos oprimidos”, elogiado a Batista por mantener “prensa libérrima”, resaltado que éste estaba perdiendo popularidad y, sobre todo, que hubiera visto en la incipiente lucha castrista un hecho romántico —y propio de soñadores en tanto supuestamente no tenían posibilidad de triunfar—, todo ello, es explicable en razón de que la prensa pudo volver a relacionar los regímenes y las actitudes análogas de Rojas Pinilla y de Batista. Las opiniones enunciadas, entonces, fueron nuevamente una manifestación de los deseos frustrados de la prensa para con la realidad colombiana y, por consiguiente, pueden leerse como nuevas indirectas *lanzadas* al Jefe Supremo para que realizara cambios sociopolíticos. Lo emitido, tanto en *El Colombiano* como en *El Correo*, dan a entender que en Colombia, en últimas, los medios querían un entorno similar al que al parecer buscaba el 26 de Julio en la isla: un entorno de paz, de cambios institucionales, de prensa libre y de democracia.

Los sorprendentes calificativos con los cuales *El Colombiano* y, especialmente, *El Correo* se refirieron a Fidel Castro y a la lucha emprendida por él y por el movimiento armado que lideró se explican también a través del contexto colombiano. A los jóvenes barbudos encabezados por el carismático abogado les *aplaudieron* sus motivaciones —derrocar a

³³⁶ Silvia Galvis y Alberto Donadío, *El Jefe Supremo...*, p. 342. Por algo, en últimas, mencionan los autores que “Muy a su pesar, el General necesitaba de la prensa” (p. 341).

Batista— y su esencia soñadora y juvenil, y les *perdonaron* sus métodos violentos, su *naturaleza* guerrillera, su impreciso programa político y hasta sus posibles simpatías con el comunismo, porque además de mostrar un hecho que entonces parecía romántico —y que años después sería visto como el mayor de los oprobios—, representaban una valerosa oposición a la autoridad dictatorial de su país. La animadversión existente entre la prensa colombiana y el régimen de Rojas Pinilla, permite, pues, afirmar que las expresiones benévolas frente a la lucha castrista fueron una manifestación de los deseos de que en Colombia se diera un gesto similar al emprendido por el Ejército Rebelde en Cuba. Los periodistas colombianos inteligentemente se acoplaron a las nuevas disposiciones sobre la censura y a otros preceptos legales (como el antes citado Decreto 2.535 que prohibió faltas de respeto a “jefes de Estado de naciones amigas”) y, por tanto, prefirieron omitir críticas directas a Batista, pero no dejar de *celebrar* las acciones de sus principales opositores. Los calificativos con los cuales *El Colombiano* y *El Correo* se refirieron a Castro, a sus hombres y a su lucha, entonces, fueron una crítica al llamado *hombre fuerte* y, casi por consiguiente, a Rojas Pinilla, sin incurrir con ello en delito alguno y sin expresar afrentas en forma directa.

Ahora bien, la anuencia para con la guerrilla castrista por parte de la prensa colombiana resulta algo extraña porque en esos momentos Colombia estaba viviendo también una cruenta violencia protagonizada por grupos armados clandestinos. Sin embargo, el colombiano era un conflicto diferente al cubano. Según menciona el sociólogo e historiador francés Daniel Pécaut, “La problemática de la guerrilla [colombiana] se inscribe [...] en un contexto muy diferente del de los demás países de América Latina”: aquí el conflicto fue una suma de acontecimientos dispersos que sobrevivieron en microespacios, por lo que no se puede abordar la problemática como una historia global³³⁷. Los diversos actores armados y los motivos de la lucha que cada uno emprendió hicieron del conflicto colombiano algo particular: aquí había autodefensas, guerrillas, ejército, pájaros, *chulavitas*, bandoleros y oportunistas; unos eran conservadores, otros liberales y otros comunistas; había quienes luchaban por la tierra, quienes lo hacían contra el régimen y quienes simplemente lo hacían contra miembros de otro partido político, en fin³³⁸. La cuestión de la violencia en Colombia era, pues, compleja. El conflicto cubano, por su parte, era más simple: un grupo guerrillero definido luchaba para derrocar un régimen de facto con el fin de emprender una serie de cambios en las estructuras de su país. No en vano, Matthews dijo de Fidel Castro, tras entrevistarse con él en la Sierra Maestra, que “Su pujanza está en su lucha contra la dictadura militar del presidente Batista” y “Sus ideas de

³³⁷ *Las FARC: ¿una guerrilla sin fin o sin fines?*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2008, p. 24 y p. 33.

³³⁸ Véase: Daniel Pécaut, *Las FARC...*, pp. 23-39.

libertad, democracia, justicia social, de necesidad de restaurar la Constitución, de celebrar elecciones, están bien arraigadas”³³⁹. Esas diferencias entre el conflicto colombiano y el cubano fueron seguramente las causantes de que al Ejército Rebelde le *aplandieran* sus acciones y le *absolvieran sus pecados* en la prensa colombiana. Al parecer, los periodistas de *El Colombiano* y de *El Correo* no vieron similitudes entre los actores armados de uno y otro país. Sólo vieron el conflicto cubano como una lucha emprendida por unos soñadores suicidas en contra de un régimen fuerte y consolidado; una lucha que, quizás pensarían en estos medios, se necesitaba también en Colombia para derrocar a Rojas Pinilla.

Las palabras de admiración que en *El Colombiano* se publicaron por Fidel Castro, aun cuando se dudaba de sus filiaciones políticas —particularmente en lo referido al comunismo—, es otra cuestión que sobresale de la aquiescencia que se tuvo en la prensa colombiana respecto a la lucha castrista. Cabe recordar que *El Colombiano* era el medio de comunicación conservador más importante de la época y, como tal, en sus páginas eran perceptibles posiciones de extrema derecha³⁴⁰. Sin embargo, de acuerdo a los preceptos de Otto Morales Benítez, quien trabajó en el diario a mediados del siglo XX, Fernando Gómez Martínez, a la sazón su director, “conservaba una postura de equilibrio en muchos aspectos de la política conservadora. No hay sino que recordar que [...] tuvo muchas discrepancias con las orientaciones radicalmente exageradas que quería imponer Laureano Gómez a su partido”³⁴¹. (Prueba de la medida de Gómez Martínez fue que Morales Benítez, siendo liberal, pudo trabajar en un diario conservador en plena época de Lides bipartidistas.) O sea que *El Colombiano*, a mediados de los años cincuenta, tuvo una línea editorial conservadora moderada. Tal templanza del radicalismo doctrinario, empero, no puede opacar la sorpresa que causa la admiración manifestada hacia Fidel Castro. Por más que el diario y su director tuvieran dichas particularidades, el anuncio no puede pasar inadvertido, porque a la sazón el macartismo estaba *más vivo que nunca*. En Occidente la Unión Soviética seguía viéndose como el mayor de los males, y en Colombia, por un lado, recién se había ilegalizado el Partido Comunista Colombiano y, por el otro, ya funcionaba bastante bien el Centro Nacional Anticomunista de Colombia³⁴². Conforme a lo expresado por el historiador Saúl Mauricio Rodríguez Hernández, en esos años “se veía a la URSS como un enemigo internacional en potencia con posibilidades de acción en Colombia”, en tanto que este país “era el blanco número uno de la Unión Soviética en la ‘Guerra de

³³⁹ *Fidel en Bohemia. Nuestro más firme baluarte*, La Habana, Editora Política y revista *Bohemia*, 2008, págs. 73 y 81.

³⁴⁰ No en vano, *El Colombiano* dedicó muchas de sus páginas a informar sobre las acciones del general Francisco Franco durante la guerra civil española y, al arribo del mismo a Madrid en 1939, publicó una monumental foto del “nuevo César”. Véase: Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo berido...*, pp. 119-120.

³⁴¹ *Reflexiones sobre periodismo...*, p. 249.

³⁴² Véase: Saúl Mauricio Rodríguez Hernández, *La influencia de los Estados Unidos...*, p. 41.

América', por su cercanía al Canal de Panamá"³⁴³. Por todo ello sorprende que *El Colombiano* hubiera admirado la "tenacidad a toda prueba", la "indomable voluntad de luchador" y, entre otras cosas, el "empeño" de Fidel Castro, "Auncuando [*sic*] sus convicciones políticas sean equivocadas y tengan que ser rechazadas por quienes firmemente profesamos la creencia de las doctrinas católicas". Se concluye, pues, que en ese punto de la historia colombiana, cuando el general Rojas Pinilla estaba *colmado la paciencia* de la opinión pública, lo que importaba a los periodistas eran los mensajes en contra de las dictaduras y a favor de las transformaciones políticas. Hasta tal punto se estaba promoviendo un cambio de régimen en Colombia (a través, indirectamente, de lo expresado sobre Cuba), que incluso se estaba admirando en un diario conservador como *El Colombiano* una posible amenaza comunista. Todo parece indicar que en ningún momento se sospechó que la guerrilla castrista influiría en la historia latinoamericana de la forma como lo hizo tras el triunfo de la revolución. A mediados de los cincuenta, en definitiva, sólo se querían gestos en contra de las dictaduras que asolaban la región, sin importar la naturaleza sociopolítica de los mismos. No en vano, más que los discursos anticomunistas, las disertaciones acerca de la rivalidad entre las dictaduras y las democracias pulularon en los medios colombianos de finales de los años cincuenta. En otras palabras, mientras Rojas Pinilla estuviera en el poder, los mensajes que desde la prensa se emitirían estarían *encauzados* a las temáticas relacionadas con los regímenes políticos, mas no a lo relacionado con la doctrina que, por cierto, estaba supremamente *controlada* en Colombia.

En lo tocante a la diferencia en la cantidad de publicaciones entre *El Colombiano* y *El Correo*, las relaciones de uno y otro diario con el régimen, nuevamente, aparecen como las directamente responsables de ello. No deben olvidarse dos cuestiones. Primero, que *El Colombiano*, a pesar de que también se vio perjudicado por la censura, era de filiación *ospinista*, la facción conservadora que apoyó a Rojas Pinilla durante la mayor parte de su mandato, por lo que sus críticas (directas e indirectas) a la dictadura posiblemente fueron matizadas por cuestiones, si se quiere, de lealtad. Bien dijo Gómez Martínez en el diario que escribió para hacer frente a la censura: "quienes nos comprometimos históricamente en el movimiento del 13 de junio seguiremos apoyando al gobierno del general Rojas Pinilla y trataremos de ayudarlo. En esto va nuestro compromiso histórico"³⁴⁴. Y segundo, que *El Correo* estuvo sumamente maniatado hasta mediados de 1956. Tal como se mencionó anteriormente, en el diario liberal se prohibían mencionar algunos temas por capricho del gobernador y, además, los censores extraviaban noticias u obligaban a reeditar ciertas

³⁴³ *La influencia de los Estados Unidos...*, pp. 40-41.

³⁴⁴ *Mordaza...*, p. 29.

informaciones pocas horas antes de que el periódico saliera a las calles, cuando no pasaba que los militares imposibilitaban que el censor revisara las publicaciones. “Por mucho tiempo *El Correo* dejó de aparecer, casi con regularidad, uno o dos días a la semana”, afirman Galvis y Donadío³⁴⁵. Entonces, por lo primero, *El Colombiano* sólo publicó unos pocos comentarios críticos de una dictadura análoga a la colombiana, y, por lo segundo, *El Correo* aprovechó que le dieron *rienda suelta* para así *desatrasarse* de las críticas que no había podido realizar anteriormente.

En conclusión, al Jefe Supremo las cosas le salieron al revés de cómo las pensó. Levantar la censura después de haber mantenido tantas restricciones, sumado al desafecto que ya le tenía la prensa en general, causó que medios de comunicación como *El Colombiano* y *El Correo* aprovecharan la oportunidad para lanzarle nuevas y más mordaces indirectas. Los calificativos benévolos e indulgentes para con la lucha de Fidel Castro y su Ejército Rebelde, y las sutiles críticas al dictador isleño fueron el medio perfecto del cual se valieron los medios para mostrar su oposición a la dictadura colombiana. Bien puede decirse que los mensajes emitidos por los periódicos bipartidistas en esos años se basaron en argumentos sumamente válidos *moldeados* en torno la dualidad entre las democracias y las dictaduras; argumentos que, a propósito, llegaron incluso a obviar los temores por el comunismo internacional, pues ese no era el principal motivo de preocupación en ese entonces. Y tanto fue así que, aun cuando en esta misma época mataron a Anastasio Somoza en Nicaragua, Nikita Jruschov inició la *desestalinización* en la Unión Soviética, Dwight Eisenhower fue reelegido como presidente de Estados Unidos y se dieron algunos conflictos propios de la guerra fría en Polonia, en Hungría y en el canal de Suez (sucesos bastante sonados en la historia global y latinoamericana, y de los cuales se hicieron diversos análisis tanto desde las perspectivas de la lucha contra el comunismo como de las de los enfrentamientos entre dictaduras y democracias), los acontecimientos protagonizados por el pequeño grupo de revolucionarios cubanos fueron ampliamente comentados. No en vano desde que Rojas Pinilla cedió terreno en lo dispuesto sobre la censura hasta el día de su derrocamiento, sólo pasaron unos cuantos meses: así es como *funciona* la *creación* de opinión pública por parte de los medios de comunicación.

³⁴⁵ *El Jefe Supremo...*, p. 331. Véanse las páginas 329-333 para mayor información sobre la mordaza a *El Correo*.

2.4.4. La Gran Prensa y el fin del batistato

Tras el derrocamiento de Gustavo Rojas Pinilla y la consecuente disminución de la drástica censura por él impuesta, la prensa colombiana empezó a opinar más abiertamente sobre el polvorín que se estaba dando entre el *batistato* y el movimiento revolucionario castrista. *El Correo*, por el lado de los liberales, y *El Siglo* —tras de su reapertura—, por parte de los conservadores, emitieron más de media centena de publicaciones no noticiosas alusivas a los múltiples sucesos del país caribeño entre mayo de 1957 y diciembre de 1958. En tales impresos, que además de textos escritos comprendieron caricaturas, primaron la incertidumbre por el devenir de la isla, la expectación por la caída de Batista y el interés por la significación y las repercusiones de las acciones impulsadas por el M-26-7.

El Siglo publicó 18 escritos sobre la última veintena de meses del régimen de Batista: uno fue un artículo de opinión, seis fueron comentarios editoriales y los once restantes fueron pequeños escritos pertenecientes a secciones dedicadas al resumen de los hechos de la semana o del año. Debido, entonces, a que la mayoría de artículos se emitieron en compendios sobre los sucesos más relevantes de determinados intervalos de tiempo, la principal característica de éstos es su carácter meramente descriptivo. No obstante, en algunos de ellos se alcanzan a vislumbrar ciertos juicios de valor que permiten determinar la posición del diario frente a lo que acontecía en la mayor de las Antillas.

Tres momentos son perceptibles en las publicaciones de *El Siglo* sobre Cuba. El primero de ellos se dio a mediados de 1957, en tiempos en los cuales el Ejército Rebelde estaba asentándose en la Sierra Maestra y dándose a conocer al mundo. Este momento comprendió sólo un comentario editorial y correspondió a un primer concepto del diario conservador sobre Fidel Castro; concepto que, a propósito, denotó dos cosas (las cuales parecen antagónicas, pero, en últimas, no son excluyentes entre sí): primero, que el periódico *laureanista* estaba parcialmente de acuerdo con la lucha contra Batista (no en vano la frase inaugural del texto reza: “La causa de la libertad es una hermosa causa”) y, segundo, que allí mismo se estaba dudando del pasado, del presente y del futuro del líder insurgente. En efecto, tanto su estancia en la capital colombiana durante el *Bogotázo* como su papel en la escena prerrevolucionaria cubana fueron comentados bajo una lógica detractora o, si se prefiere, macartista. Cabe recordar que Castro estuvo en Bogotá el día que mataron a Jorge Eliécer Gaitán —aquel 9 de abril de 1948— y que tanto a los comunistas como a él se les ha achacado en innumerables ocasiones la responsabilidad de los caóticos hechos desencadenados ese día. “Los intentos que hizo el gobierno colombiano de echarle la culpa

del 9 de Abril [sic] al joven estudiante cubano, Fidel Castro, son bien conocidos”, afirma el historiador Herbert Braun³⁴⁶. Las versiones sobre el papel cumplido por el entonces estudiante de Derecho ese día son diversas: una supuesta foto del calendario de Gaitán muestra que el caudillo liberal y el joven cubano tuvieron una cita el 7 de abril, y otras versiones afirman que ambos se iban a encontrar a la hora en la cual el primero fue asesinado. También hay testimonios que dicen que cuando se conoció la noticia de la muerte del político colombiano, Castro habló por radio para informar que los hechos obedecían a una revolución comunista que con éxito se había tomado el poder político-militar. Y otras versiones afirman que aquel, a la sazón, era un “agente de grado I del Tercer Frente de la Unión Soviética en Sudamérica”, que había sido enviado para organizar los alborotos, que había matado a más de treinta personas y/o que se le vio con una gran cantidad de armas en el hotel en el cual se hospedó en la capital colombiana³⁴⁷. Lo cierto es que el 13 de abril Castro logró salir de Colombia en un avión de carga hacia La Habana y que respecto a lo acontecido ese día poco se sabe con certeza. Pero, como *el pasado no perdona*, nueve años después del *Bogotázo*, *El Siglo* le siguió recriminando al líder insurgente su estancia en Colombia aquellos días y, como consecuencia de ello, su papel en las montañas de Cuba fue también juzgado con cierto desasosiego. El título mismo del escrito no podría ser más diciente: “Ojo a Fidel Castro”. El artículo, a fin de cuentas, reza:

Para nosotros Fidel Castro, es un sujeto que el nueve de abril —la nefanda fecha— capitaneó al populacho en la revolución, cuyo delineamiento se reconoce como típicamente comunista. Cuando la chusma al presenciar los primeros saqueos se entregó al asalto de los almacenes de licores, cuando el pueblo se embriagó, los dirigentes estudiantiles cubanos, Castro, Manuel del Pino y otros, se escondieron y salieron del país apresuradamente, en un avión de carga, reclamado vehementemente a la

³⁴⁶ “Los mundos del 9 de Abril [sic], o la historia vista desde la culata”, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez Gómez y Ricardo Peñaranda comps. y César A. Hurtado Orozco ed. de la presente edic., Medellín, La Carreta Editores E. U., Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, IEPRI, de la Universidad Nacional de Colombia, 3ª edic., 2007, p. 202.

³⁴⁷ La foto del supuesto calendario de Gaitán en el cual aparece el nombre de Castro véase en Luis Emiro Valencia, *36 horas con dos personajes de la historia: Fidel Castro y la Revolución cubana*, Bogotá, Ediciones desde abajo, 2008, p. 45. Las otras suposiciones sobre las acciones de Castro aquel 9 de abril véanse en Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 629-630. Carlos Franqui, en su biografía del caudillo cubano, transcribió un testimonio del protagonista de los *rifirrafes* en el cual se cuenta cómo anduvo por Bogotá con un fusil máuser del que sólo disparó cuatro tiros contra el Ministerio de Guerra, “que se veía a unos ochocientos metros de distancia”, y con un comandante que “trataba de agrupar las fuerzas revolucionarias” hasta que el 10 de abril, después de dar algunas vueltas por Bogotá y de ver cómo la ciudad “estaba virtualmente ardiendo”, fue al hotel adonde estaba hospedado y hasta donde “Habían comenzado a correr falsos infundios de que los cubanos habían organizado aquello, de que habían visto cubanos dirigiendo aquella cosa, que era obra de comunistas y agentes extranjeros” (véase: *Vida, aventuras y desastres...*, pp. 52-57). Respecto a tales acusaciones decía Castro años después: “aquella experiencia me hizo identificar más con la causa de los pueblos, las ideas marxistas, todavía incipientes, no tuvieron nada que ver con nuestra conducta, fue una reacción espontánea de nuestra parte, como jóvenes con ideas martianas, antiimperialistas, anticolonialistas y prodemocráticas”. Véase: Ignacio Ramonet, *Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 3ª edic., noviembre de 2006, p. 138.

embajada cubana. Ese es un capítulo de la vida de Fidel Castro que los colombianos no podemos olvidar. De subir Castro el cambio no será muy favorable para Cuba.³⁴⁸

El segundo momento de las publicaciones de *El Siglo* sobre Cuba se dio entre marzo y abril de 1958, con motivo del manifiesto lanzado por la Dirección Nacional del 26 de Julio y de la huelga general convocada por Castro (manifiesto que anunció la guerra total contra el *batistato* y huelga que fracasó). Un artículo de opinión y ocho comentarios editoriales comprenden tales publicaciones, y éstas se dividen en dos grupos: las emitidas antes del 9 de abril (fecha para la cual fue proclamada —y en el cual también *naufragó*— la suspensión de actividades laborales) y las emitidas después del mismo día. Los artículos del primer grupo, tres en total, fueron de expectativa e inquietud por lo que ocurriría con la amenaza proferida en el manifiesto y con la huelga. Debido a que el Ejército Rebelde ya estaba lo suficientemente asentado en las montañas cubanas y a que el país antillano estaba en un estado de violencia generalizada —además de que recién había sido derrocado el dictador venezolano Marcos Pérez Jiménez por medio de una amplia movilización cívico-militar—, se pensaba que Batista caería fácilmente³⁴⁹. “Día tras día los pueblos americanos esperan la noticia de que ha llegado el fin de otra dictadura en nuestro continente. [...] Y aunque el tozudo gobernante cubano permanece en su puesto, cada nuevo sol alumbra una grieta más en su crujiente pedestal”, se dijo en un artículo publicado a finales de marzo³⁵⁰. Frente a la caótica situación de la isla, después de lanzado el manifiesto y ya cerca del día del llamado al paro general, se mencionó que ésta estaba mostrándose ante el continente como el “escenario de una guerra fratricida de resultados imprevisibles” y, por ello, “se hacen votos [...] por un pronto y definitivo desenlace”, por “la paz del pueblo cubano y por su estabilidad política, conforme a sus tradiciones y a su destino”. Acerca del movimiento liderado por Castro, entretanto, se manifestó que “Los rebeldes [...] tienen un coraje extraordinario y además una confianza absoluta de que [...] recibirán el apoyo de la mayor parte de la Isla [*sic*] y de que muchos de los soldados de Batista volverán sus armas contra el

³⁴⁸ “Ojo a Fidel Castro”, *El Siglo*, Bogotá, 15 de julio de 1957, p. 4. Cabe mencionar que en este primer momento de publicaciones sobre Cuba en *El Siglo* también fue publicado un editorial del *New York Times* referido a los embajadores norteamericanos entrantes a Cuba y a Colombia —los señores Earl E.T. Smith, al primero, y John Moors Cabot, al segundo—. Véase: “Times Habla de Embajadores de E.U. en Colombia y Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 18 de julio de 1957, p. 11.

³⁴⁹ Sobre el estado en el cual se encontraba Cuba, menciona Carlos Franqui que “la lucha clandestina se había extendido a todo el país, en todas partes había sabotajes, apagones, protestas, tiroteos, atentados, asesinatos, los exiliados cubanos en Estados Unidos, América Latina y París denunciaban los crímenes de la tiranía y la prensa mundial comenzó a interesarse por Cuba y a influir sobre la opinión pública”. Todo ello, sumado a la negativa de Estados Unidos a darle armas a Batista, hizo que “Todo el mundo [...] [pensara] que Batista se caía”. Véase: (véase: *Vida, aventuras y desastres...*, p. 108). Una día antes de la huelga, incluso, *El Siglo* publicó el siguiente encabezado: “Se Inició la ‘Guerra Total en Cuba’ [*sic*]” (*El Siglo*, Bogotá, 8 de abril de 1958, p. 1).

³⁵⁰ “El drama de Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 23 de marzo de 1958, p. 4.

dictador”³⁵¹. La cuestión en *El Siglo* hasta el día de la huelga estaba, pues, bastante clara: el 26 de Julio estaba llevando victoriosamente su lucha para derrocar a Batista y, en vista de la situación, se estaba elevando un clamor por la paz y por el cese del derramamiento de sangre durante ese proceso. Aquí, tal como ocurrió en el primer momento de publicaciones, el diario conservador siguió mostrándose a favor del derrocamiento del régimen dictatorial cubano. Pero esta vez no se realizó juicio de valor alguno sobre Castro. Sólo se mencionó someramente de una forma, si se quiere, halagadora al grupo de rebeldes que luchaban contra la dictadura. A fin de cuentas, el régimen de Batista parecía derrumbarse.

En contraste, los artículos emitidos en *El Siglo* después del 9 de abril relacionados con la fracasada huelga (seis en total: un artículo de opinión y cinco comentarios editoriales) fueron una especie de *aterrizaje forzoso* de la idea que se tenía sobre la caída del régimen castrense cubano. La confusión y la incertidumbre fueron el eje transversal de los juicios de valor allí expresados; impresiones, ambas, que aumentaron conforme pasaron los días, o mejor, conforme se confirmó el fracaso del llamamiento al paro general. En un comienzo, en el artículo de opinión, firmado por *Malatesta* (seudónimo cuyo *propietario* no se ha podido establecer), se indicó reiteradamente y en un tono afable que nada concreto se sabía de Fidel Castro: se le “ha lanzado el manido remoquete de comunista, en total desuso”; se le ha ligado “a los sucesos del 9 de abril en Bogotá”; se alcanzó a dudar si era “una persona o era el símbolo guerrero de algunos inconformes”; ha dado “la impresión que va a quedarse en mitad del camino”, y, en fin, su “efigie” de “luchador antillano” se estereotipó a través de “Una barba más bohemia que revolucionaria, [de] una mirada ausente y [de] un rostro estático”³⁵². Días después, se dijo en un tono un poco menos cordial que si bien la huelga fracasó, “esto no disminuyó los ímpetus rebeldes” de aquel “escuálido ejército de descamisados, fervoroso en su rebeldía y decididos en la lucha”, de quien se “pensaría que estaban locos”, pero que, a fin de cuentas, hacen pensar que “los acontecimientos [...] [relativos al fracaso del paro] no fueron sino un sondeo y una escaramuza para el próximo golpe”³⁵³. Asimismo, diez días más tarde se mencionó, de una forma algo *áspera*, que “El drama atroz de la rebelión cubana” se estaba prolongando sin que se viera salida “a esa monótona sucesión de atrocidades”; que la dictadura tenía una “actitud inmisericorde y cruel”; que no se explicaba cómo Castro “pudo desencadenar semejante catástrofe sobre su patria indefensa”; que “nadie que tenga algún respeto por la moral o por la humanidad

³⁵¹ “Línea de Batalla en Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 6 de abril de 1958, p. 4, y “Las dos Fuerzas”, *El Siglo*, Bogotá, 6 de abril de 1958, p. 10.

³⁵² *Malatesta*, “Qué Pasa en Cuba?”, *El Siglo*, Bogotá, 11 de abril de 1958, p. 4.

³⁵³ “Intento Fallido [sic]”, *El Siglo*, Bogotá, 13 de abril de 1958, p. 10.

puede admitir el principio de que el derecho a la rebelión incluya el derecho al terrorismo y el derecho a lanzar a seres inocentes, muchos de ellos menores de edad, a una lucha sin esperanza”; que ojalá el líder insurgente “consulte con su conciencia y resuelva suspender el sacrificio de vidas humanas que se está realizando en medio del espanto y del terror de la opinión civilizada” y, a fin de cuentas, que la conducta del guerrillero resulta misteriosa por cuanto está usando un sistema propio del comunismo (el de “provocar atrocidades deliberada y fríamente”) aun cuando en las acusaciones que se le han hecho al respecto es posible que “haya habido cierto margen de exageración y que los propagandistas de la dictadura se hayan apoderado de algunos fragmentos de verdad para tejer la leyenda de Castro como instrumento del Kremlin”³⁵⁴. Finalmente, se indicó, en un tono como de quien ha sido decepcionado y, a la vez, se está impacientando, que cuando se creía que el “empeño [del M-26-7] estaba a punto de culminar victoriosamente, se ha venido a conocer la realidad”:

Fidel Castro no ha pasado de ser un rebelde en combate desigual contra un régimen, [...] no ha pasado de ser un oscuro profesional [...] sin arraigo en la masa cubana y sin actuaciones en la vida pública de la isla. [Y aunque] Nadie puede negar la tosudez [sic] del caudillo alzado en armas, como tampoco la organización con que cuenta su movimiento [...] Cuba continúa indiferente y espectante [sic], prefiriendo el sosiego a las libertades que le anuncian los inconformes. La guerra de Cuba, anunciada a todo timbal, no ha pasado de ser una guerra fabricada, en su mayor parte, por las agencias noticiosas internacionales, que ya comienzan a recoger velas y situar la contienda dentro de la realidad y los verdaderos límites de reducida sublevación.³⁵⁵

El resultado adverso del llamamiento a suspender actividades laborales el 9 de abril de 1958 por parte de M-26-7 generó en *El Siglo*, pues, una reacción adversa a la lucha castrista. “El fracaso de esta huelga redujo considerablemente el prestigio de Castro”, afirma el historiador Hugh Thomas³⁵⁶. El segundo momento de las publicaciones del diario conservador sobre Cuba fue, entonces, una especie *transición conceptual*: se pasó paulatinamente de considerarse próximo el fin del *batistato* a manos de unos rebeldes juzgados con benevolencia, a pensar el contexto isleño a través de la incertidumbre y de la confusión generada por sucesos y por personajes que no parecían conllevar al derrocamiento del dictador ni a la resolución pacífica de un conflicto que mucha sangre estaba constando. En este punto, *El Siglo* se mostró reacio tanto a la dictadura de Batista como a la lucha de Castro a causa de los métodos violentos de ambos para continuar o para

³⁵⁴ “Glosas Mundiales”, *El Siglo*, Bogotá, 23 de abril de 1958, p. 4.

³⁵⁵ “Retorno a la Realidad”, *El Siglo*, Bogotá, 26 de abril de 1958, p. 4. Los otros dos artículos de este segundo grupo de publicaciones sobre la fracasada huelga son: “¿Qué Pasa en Cuba?”, *El Siglo*, Bogotá, 13 de abril de 1958, p. 4, y “Fulgencio y Fidel”, *El Siglo*, Bogotá, 20 de abril de 1958, p. 10. De ellos no se citó ningún aparte porque no expresaron opinión alguna sobre la realidad cubana, pues ambos tuvieron un carácter meramente descriptivo.

³⁵⁶ *Cuba...*, p. 779.

llegar al poder y a causa también del tipo de régimen del primero y de la *desilusión* generada por el segundo tras los sucesos tocantes a los susodichos acontecimientos.

El tercer y último momento de las publicaciones de *El Siglo* sobre la situación sociopolítica cubana del período mayo del 57-diciembre del 58 se dio, precisamente, durante los últimos dos meses del *batistato*. Ocho comentarios editoriales, todos impresos en secciones dedicadas a resúmenes de hechos relevantes (siete en “Revista Semanal” y el otro en “Revista anual”), comprenden tales emisiones que, *grosso modo*, fueron motivadas por dos hechos: primero, por las elecciones convocadas por Batista en las cuales ganó *su* candidato, Andrés Rivero Agüero, y, segundo, por el recrudecimiento de la violencia en la isla a causa de la ofensiva lanzada por el Ejército Rebelde para hacerse definitivamente con el poder. A pesar de que el carácter de los artículos es mayoritariamente descriptivo, en algunos de ellos se encuentran juicios de valor acerca de la *enredada* realidad antillana. El denominador común de lo allí expresado fue la zozobra por el acontecer del país antillano, pero también hubo palabras sobre lo dudoso de las informaciones emitidas por el gobierno castrense cubano, sobre la incapacidad de Batista de hacerle frente al 26 de Julio y sobre ciertas acciones de los revolucionarios. Acerca de lo que estaba ocurriendo en la isla se mencionó que tal situación se estaba perfilando “un tanto incierta”, pues la “paz se ve lejana y difícil”: ni siquiera “los observadores internacionales [...] [han tenido] aún una visión exacta del o que ocurre realmente”, aunque “Es posible que las dudas se despejen al finalizar el próximo mes [en enero de 1959], cuando se conozca la suerte que corrió la zafra”³⁵⁷. Hasta tal punto llegó la incertidumbre de lo que estaba aconteciendo en Cuba que incluso se empezó a dudar de los comunicados oficiales del régimen. Una información referida a una supuesta ofensiva del ejército cubano que dizque había producido la muerte a más de quinientos rebeldes (uno de los cuales sería Raúl Castro), además de la rendición de más de sesenta de los mismos, fue mirada con suma desconfianza por *El Siglo*. Tres frases allí emitidas así lo confirman: “Si se han de creer los informes dados por el gobierno del presidente Batista [...]”, “aún se rumora [...]”, y “De confirmarse estas declaraciones [...]”³⁵⁸. Bajo esta misma lógica —a saber, juzgando al régimen *batistiano*—, se comentaron la incapacidad del dictador de oponérsele efectivamente al movimiento insurgente, así como algunas de las acciones emprendidas por el M-26-7 en su lucha revolucionaria. De un lado, se dijo que “el gobierno no ha podido acallar a la emisora rebelde” (que, a propósito, era “uno de los más agudos problemas que confronta el gobierno de Batista”) y que, dadas

³⁵⁷ Las citas, en su orden, están en los siguientes artículos (todos en *El Siglo*, Bogotá): “Cuba”, 2 de noviembre de 1958, p. 10; “De tal palo...”, 8 de noviembre de 1958, p. 10; “La Isla Ensangrentada”, 31 de diciembre de 1958, p. 4 (de la sección “Hechos y Nombre en 1958”), y “La Zafra”, 28 de diciembre de 1958, p. 10.

³⁵⁸ “Bajas rebeldes”, *El Siglo*, Bogotá, 16 de noviembre de 1958, p. 10.

las circunstancias respecto a la zafra, tampoco podría “lanzar una ofensiva contra el líder rebelde Fidel Castro”³⁵⁹. Y del otro, se mencionaron la “tenacidad” y el “sorprendente valor” con que combatían los rebeldes (incluyendo los “comandos femeninos”); se dijo que “La revolución cobró fuerzas [...] al dársele toda la seriedad del caso a la organización del ‘gobierno en armas’” y que los guerrilleros “ven en Agüero a Batista mismo y, por ello, no están dispuestos a transigir”, y, por si fuera poco, se hizo un “itinerario de la revolución” en el cual se comentaron los hechos más relevantes de 1958 sobre la lucha emprendida por Castro y sus hombres³⁶⁰. En conclusión, *El Siglo* volvió a opinar sobre Cuba en los últimos días del *batistato* para expresar de nuevo su zozobra por el pandemónium que era la isla y sus expectativas por la caída de Batista, principalmente. Esta vez no hizo mucho *ruido* de las acciones del movimiento insurgente, ni en alabanzas ni en críticas, aun cuando el Ejército Rebelde se encontraba en plena ofensiva por toda la isla. Sólo se le mencionó *ligeramente* y con una sutil benevolencia cuando se trataron algunas cuestiones propias de una lucha como la que estaban llevando a cabo los rebeldes. Ahora, la ausencia de calificativos sobre los insurgentes cubanos debió ser consecuencia de la *desilusión* causada por el no derrocamiento de Batista en abril del mismo año: “mejor no volver a esperanzarse con los inciertos alcances de una lucha como la que está librando M-26-7”, habrán pensado en *El Siglo*. Sobresale de ello, sin embargo, que en el diario conservador estaban esperando una pronta resolución del conflicto cubano. Y aunque no se dijera nada del avance de los rebeldes Camilo Cienfuegos y Ernesto *Che* Guevara por territorio cubano, del retiro del apoyo a Batista por parte de Estados Unidos, de la inconformidad que surgió en el ejército para con el régimen y del aumento de la popularidad del 26 de Julio, se creía —y quizás se anhelaba— que la caótica situación sociopolítica del país antillano iba a cambiar prontamente.

En resumen, lo publicado en *El Siglo* sobre Cuba en el lapso transcurrido entre la caída de Rojas Pinilla y la de Batista se dio en tres momentos con intervalos de por lo menos seis meses entre sí y, seguramente como consecuencia de tales espacios de tiempo, tuvo algunas opiniones constantes y otras variantes. Constantes fueron la incertidumbre por el acontecer cubano, los *ruegos* por una pronta y pacífica resolución del polvorín isleño y la *propensión*

³⁵⁹ Las dos primeras citas véanse en “Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 2 de noviembre de 1958, p. 10, y la última en “La Zafra”, *El Siglo*, Bogotá, 28 de diciembre de 1958, p. 10.

³⁶⁰ Véanse: “Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 2 de noviembre de 1958, p. 10; “El otro presidente”, *El Siglo*, Bogotá, 14 de diciembre de 1958, p. 10, y “La Zafra [sic]”, *El Siglo*, Bogotá, 28 de diciembre de 1958, p. 10. Las otras dos publicaciones del diario conservador sobre Cuba fueron: “Herederos de Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 8 de noviembre de 1958, p. 10, y “Poderes al dictador”, *El Siglo*, Bogotá, 14 de diciembre de 1958, p. 10. Tales artículos no se mencionaron porque carecen de opiniones sobre la realidad cubana, pues son de carácter meramente descriptivo.

hacia el derrocamiento del dictador; mientras que variantes fueron los juicios sobre Fidel Castro, sobre el M-26-7 y sobre la lucha por ellos emprendida. Los mensajes emitidos por este diario fueron, pues, variables, pero estuvieron también enmarcados en las prédicas prodemocráticas y *antidictatoriales*. O sea que los casi cuatro años de *silencio* forzado hicieron que *El Siglo* volviera a dar cuenta de la realidad sociopolítica cubana bajo una nueva perspectiva. Esta vez, contrario a lo expresado en marzo de 1952 (véase el capítulo anterior), el diario conservador clamó a favor de la caída de Batista. Pero una aparente contradicción rodeó este parecer: quien se perfiló como el mayor peligro para el dictador isleño, Fidel Castro, fue mirado con suma desconfianza tanto por lo impreciso de su programa político como por lo confuso de algunas de sus acciones. Sería por esta contrariedad, entonces, que los calificativos con los cuales se aludió a la lucha revolucionaria —el acto propiamente dicho de intentar derrocar al dictador— parecieron discordantes: según cada momento, se le elogió por ser una lucha por la libertad o se le criticó porque no tenía posibilidad de triunfar y/o por sus métodos. A fin de cuentas, lo que se evidencia en los dictámenes de *El Siglo* sobre los últimos días de *batistato* es que si bien era partidario del fin del mismo, era también cauteloso de lo que pudieran ofrecerle al devenir cubano el movimiento insurgente y, especialmente, su líder (y, como se verá en el siguiente capítulo, tales dudas tuvieron su fundamento).

Por los lados de *El Correo* las cosas fueron diferentes. En este periódico hubo más publicaciones, más hechos comentados, más uniformidad conceptual y más vehemencia en lo opinado. Entre mayo de 1957 y diciembre de 1958, el diario liberal se refirió a la realidad cubana en 40 emisiones, las cuales comprenden dos editoriales, once columnas, un artículo de opinión, doce comentarios editoriales y catorce caricaturas. Un vistazo a las fechas en las cuales éstas *vieron la luz* muestra que a mediados de 1957 y a principios y finales de 1958 fue cuando más se publicó (casi igual que en *El Siglo*). Sin embargo, contrario a lo ocurrido en el diario conservador, en *El Correo* no hubo *intervalos silenciosos* entre aquellos momentos: en más de la mitad de los meses hubo por lo menos una publicación relativa al tema de Cuba. No en vano allí fueron mencionados más acontecimientos de la lucha prerrevolucionaria. Y ello, probablemente, generó que las opiniones emitidas fueran más similares entre sí y, a su vez, más impetuosas, pues la continuidad de algún modo exigía que los dictámenes permanecieran constantes y que se acudiera a nuevos calificativos, con lo cual se lograba, en últimas, evitar contradicciones, incoherencias, repeticiones y/o redundancias³⁶¹. Entre

³⁶¹ Tal como ocurrió en el período anterior (entre mediados del 56 y mayo del 57), en este nuevo lapso *El Correo* también reprodujo algunas publicaciones no noticiosas provenientes del extranjero, pero por los motivos expuestos en una nota al pie de página anterior —a saber, porque tales escritos no representan la

los periodistas que se refirieron al tan mencionado tema, estuvieron el corresponsal de *El Correo* en Barranquilla Juan Mattos Ordóñez y los columnistas Joan de Garganta Fábrega (intelectual catalán de ideas republicanas residente en Colombia desde la época de la guerra civil española, quien firmaba como *Juan de Garganta* en su columna “Del profesor de Garganta”), Pedro María Mejía Peláez (cuyo seudónimo era Jaime Ramiro —quizás a manera de anagrama— y cuya columna se titulaba “Fragua”), Alirio Gómez Picón (político liberal que escribía en la columna “Al Margen de los Hechos”), Julián Pérez Medina (en sus escritos titulados “El Pulso de los hechos”) y Jorge Robledo Ortiz (en su columna “El rincón del poeta”)³⁶². Por su parte, todas las caricaturas fueron obra del dibujante

opinión de diaristas colombianos—, éstos tampoco serán comentados con detenimiento. Tales artículos fueron doce en total (cuatro del periodista norteamericano Larry Allen, tres editoriales del *New York Times*, dos del intelectual salvadoreño Napoleón Vieira Altamirano, uno del periodista estadounidense de origen húngaro Andrew Saint George, uno del cubano José Arroyo Maldonado y un último del miembro del M-26-7 José Luis Arbezú) y tuvieron como principal característica que fueron críticos del *batistato* y, en cierto modo, panegiristas del 26 de Julio. Sobresale de ellos, además, que muestran cierto desasosiego por el polvorín antillano, que siguen paso a paso los movimientos de los rebeldes, que hablan con desazón sobre el comunismo cubano y que se refieren a temas como el sindicalismo isleño, como el papel de la ONU en Cuba, como el protagonismo de los norteamericanos en el susodicho conflicto, en fin. Los textos, expuestos en orden cronológico, son: José Arroyo Maldonado, “La confusa y explosiva situación cubana. Batista manda, más [sic] la tormenta crece”, *El Correo*, Medellín, 3 de junio de 1957, págs. 4 y 6 (aunque el periodista en el diario aparece como José Antonio, en realidad es José Arroyo); “‘The New York Times’ [sic] publicó un editorial sobre el caso cubano”, *El Correo*, Medellín, 3 de agosto de 1957, p. 11; “Un editorial de ‘The New York Times’. Intervención en Cuba”, *El Correo*, Medellín, 4 de agosto de 1957, p. 4; “De nuevo comenta The New York Times el caso de Batista”, *El Correo*, Medellín, 2 de noviembre de 1957, p. 11; Larry Allen, “Al cumplirse un año del desembarco en Cuba”, *El Correo*, Medellín, 3 de diciembre de 1957, p. 4; Larry Allen, “Ventana sobre Cuba”, *El Correo*, Medellín, 21 de diciembre de 1957, p. 4; Andrew Saint George “El ideario de la revolución. Castro explica por qué lucha”, *El Correo*, Medellín, 2 de marzo de 1958, págs. 4, 6, 7 y 10; Napoleón Vieira Altamirano, “Cuba y América. Batista Sin Derecho a Gobernar”, *El Correo*, Medellín, 18 de septiembre de 1958, p. 4; Larry Allen, “Las elecciones en Cuba”, *El Correo*, Medellín, 1º de noviembre de 1958, p. 4; José Luis Arbezú, “Características del Sindicalismo Cubano [sic]”, *El Correo*, Medellín, 13 de noviembre de 1958, p. 4; Napoleón Vieira Altamirano, “Cuba y la ONU. Batista pide la intervención de la ONU”, *El Correo*, Medellín, 15 de noviembre de 1958, p. 4; Larry Allen, “No hay perspectivas de paz para Cuba. El Movimiento de Fidel Castro no ha fracasado”, *El Correo*, Medellín, 28 de noviembre de 1958, p. 4. Entre estos artículos, el de Andrew Saint George merece especial mención gracias a su *naturaleza*, a su tamaño y a su aporte en términos gráficos: por un lado, tuvo testimonios dados por el mismo Fidel Castro desde la Sierra Maestra al periodista a quien tiempo después se le conocieron sus nexos con los servicios de inteligencia norteamericano (la CIA y el FBI); por otro lado, ocupó en su totalidad las páginas 6 y 7 del periódico y parcialmente las páginas 4 y 10, y por el otro, mostró al mundo en más de quince fotos cómo vivían y actuaban los rebeldes en sus cuarteles clandestinos. Dicho texto, que posiblemente fue una complicación de lo publicado por Saint George en las revistas norteamericanas *Look* y *Coronet* en febrero de 1958 (cuyos títulos rezan: “Cuban Rebels” y “Why We Fight — by Fidel Castro”, véanse las páginas de Internet, en línea en abril de 2013: <http://www.latinamericanstudies.org/cuban-rebels/coronet.htm> y <http://www.latinamericanstudies.org/cuban-rebels/2-4-58.htm>), muestra pues cómo *El Correo* no tuvo reparos en gastarle más de dos páginas de un mismo día a informaciones, testimonios y fotos del Ejército Rebelde y de su líder, lo que indica que para dicho diario este tema era de gran importancia y, por ende, merecía cubrimientos de este tipo.

³⁶² En una conversación telefónica con Jorge Bravo Betancur, colaborador de *El Correo* por muchos años, éste afirmó que el autor de la columna “El rincón del poeta” era el poeta Jorge Robledo Ortiz, pero esta información no se ha podido confirmar en fuente o bibliografía secundaria alguna. Asimismo, la información referente a que Mattos Ordóñez era el corresponsal de *El Correo* en Barranquilla, fue también proporcionada por Bravo Betancur. Por su parte, los datos biográficos del autor de la columna “Del profesor de Garganta” fueron tomados de: Carlos Arturo Fernández Uribe, “Una recuperación historiográfica: *Artes plásticas en Colombia*, de Juan de Garganta”, *Artes. La revista*, No. 8, Vol. 4, Medellín, julio-diciembre de 2004, p. 33. Y no

antioqueño Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefé*, quien a la sazón tenía unos veinte años de edad y estudiaba medicina en Bogotá (profesión que “abandonó por el dibujo”, según afirma la historiadora y crítica de arte Beatriz González)³⁶³. Y, como era de esperarse según lo visto en las páginas precedentes, lo opinado en este lapso comprendió dos percepciones básicas: reproches al dictador de Cuba y alabanzas al movimiento que intentaba derrocarlo y a su máximo líder (aunque, por momentos, hubo dudas sobre sus posibilidades de triunfo y sobre lo que representarían para su país en caso de lograr su cometido, pero ello fue esporádico).

Las palabras con las cuales los diferentes periodistas se refirieron al general Batista quizás no pudieron ser más denigrativas para un medio de comunicación. En prácticamente todos los artículos que sobre el país antillano se emitieron dicho personaje fue vituperado, y en la mayoría de las veces se sugirió incluso que sus días en el poder estaban contados. Críticas generales, pero también críticas por hechos puntuales, comprendieron tales juicios. Los asuntos que más injurias suscitaron a este respecto fueron la corrupción, las violaciones a los derechos humanos, la censura a la prensa, los métodos represivos en el ejercicio del poder y hasta el macartismo para con los revolucionarios. Así, por ejemplo, se habló de que el dictador era un “servidor de intereses foráneos” que ha “visto repletos sus bolsillos sobre la base de sojuzgar a sus pueblos” y que está imponiendo en la isla un “imperio del terror” y una “cortina de silencio”. De igual modo, entre los muchos calificativos que acompañaron su nombre pueden encontrarse: “tirano” (o “tiruanuelo [*sic*] tropical”), “déspota”, “dictador”, “sanguinario”, “corrupto”, “atroz” y “bárbaro”; también, pero en menor medida: “sátrapa”, “forajido”, “oprobioso”, “pícaro” y “soberbio”, y, más escasamente: “aventajado arribista”, “ídolo de barro” y representante “de la barbarie y la brutalidad de los sistemas nazistas”³⁶⁴. Allí se dijo también que con sus “garras sanguinarias” era el dueño de “un gobierno de gánsters [*sic*]”, de una “dictadura que es una vergüenza del género humano” y de “un régimen tiránico [...] fruto de la traición”. No en

sobra recordar que el dato sobre el nombre real del signatario de “Fragua” fue tomado de: María Cristina Arango de Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia...*, p. 411.

³⁶³ “La caricatura en Colombia a partir de la independencia”, capítulo 19: “La caricatura social: moda y trasgresiones”, <http://www.lablaa.org/blaavirtual/exhibiciones/la-caricatura-en-colombia/texto19.html>, en línea abril de 2013. No se sabe a ciencia cierta la edad que a la sazón tenía *Velezefé* puesto que Beatriz González dice que éste nació en 1939, mientras que Carmen Ortega Ricaurte en su *Diccionario de artistas en Colombia* (Bogotá, Plaza & Janés Editores Colombia Ltda., 1979, p. 539) dice que en 1937.

³⁶⁴ Véanse en *El Correo*, de Medellín: Juan de Garganta, “Del profesor de Garganta. Cuba” (13 de agosto de 1957, p. 4); Juan de Garganta, “Del profesor de Garganta. La cuestión de Cuba” (25 de marzo de 1958, p. 4); “Los irresponsables” (24 de agosto de 1958, p. 4), “El dictador intranquilo. Batista o la zozobra” (7 de diciembre de 1957, p. 4), “El Sargento Batista tambalea” (15 de marzo de 1958, p. 4), Jaime Ramiro, “Fragua” (4 de marzo de 1958, p. 4); Alirio Gómez Picón, “Al margen de los hechos. Batista” (12 de mayo de 1958, p. 4); Julián Pérez Medina, “Pulso de los hechos. Los últimos días? [*sic*]” (4 de marzo de 1958, p. 4), y “La tragedia de Cuba”, 26 de julio de 1958, p. 4.

vano en diversas ocasiones se le relacionó con los derrocados —y repudiados— dictadores latinoamericanos:

El tramo [sic] [debe ser “El tirano”] del Caribe, colocado ahora en la más difícil situación, tendrá necesariamente que abandonar el poder como lo hizo Perón que se creía omnipotente, como lo hizo Rojas Pinilla que hasta el último momento estuvo esperando el apoyo del pueblo que lo repudiaba y como lo hizo Marcos Pérez Jiménez, el odiado dictador de Venezuela que finalmente fue expulsado de su patria.³⁶⁵

Por otra parte, algunos de los hechos puntuales que originaron reproches al gobernante de Cuba fueron el rapto que hicieron los rebeldes del automovilista argentino Juan Manuel Fangio (quíntuple campeón de Fórmula 1), la recompensa de cinco millones de dólares que ofrecieron unos gánsteres estadounidenses por la cabeza de Batista porque éste les había *cerrado las puertas* de Cuba luego de haberles dado todas las gabelas para que invirtiesen allí, el lanzamiento del manifiesto de la Dirección Nacional del 26 de Julio que anunció el inicio de la *guerra total* contra el régimen, la condena a pena capital que le impuso la dictadura a un joven venezolano que militaba en el M-26-7, el *donjuanismo* de Jorge Batista (hijo de Fulgencio) y, entre otros, las elecciones de noviembre de 1958 en las que fue elegido presidente Andrés Rivero Agüero, el candidato del gobierno. De estos hechos se dijo, por ejemplo, que “Batista va distando bastante de controlar totalmente la situación”, que con el “monstruoso y repugnante” pacto entre el “tirano y los criminales” se había hecho de La Habana “un gigantesco casino” (ante lo cual se expresó el refrán “dime con quién andas y te diré quién eres”); que Batista, “Sanguinario como pocos dictadores, se aferrará al poder hasta el último momento”, y, en fin, que las “elecciones” [sic] son “una simple farsa electoral que viene a cubrir de ignominia no solo a la isla sino también a todo el continente”³⁶⁶. Así pues, justificando todos estos improperios en el hecho de que el susodicho personaje “no puede tener la estima ni el respeto de nadie, porque no es estimable ni respetable”, se mencionó también que él es el “único responsable de la crítica situación que padece el noble pueblo cubano” y que se estaba empeñando en “mantenerse en el gobierno contra el querer unánime de la libre opinión ciudadana” con el “socorrido argumento de que los enemigos de su gobierno se inspiran en la ideología del comunismo internacional”, motivo por el cual los días de su “oprobiosa tiranía” estaban contados, porque “todo parece indicar que la hora de [...] [la] liberación [de aquella “patria

³⁶⁵ “Otra vez Cuba”, *El Correo*, Medellín, 1º de diciembre de 1958, p. 4.

³⁶⁶ Véanse también en *El Correo* (de Medellín): “Zozobra en Cuba” (25 de febrero de 1958, p. 4), “Dime con quién andas...” (26 de febrero de 1958, p. 4), “El principio del fin” (18 de marzo de 1958, p. 4), “Batista llega a su fin...” (28 de marzo de 1958, p. 4), “Farsa en Cuba” (3 de noviembre de 1958, p. 4), “Batista forja un nuevo crimen” (28 de junio de 1958, p. 4), “La tragedia de Cuba” (26 de julio de 1958, p. 4) y “Fidel Castro está solo? [sic]” (8 de noviembre de 1958, p. 4).

martirizada”] se acerca a paso de gigante”³⁶⁷. Y, en este mismo sentido, se alcanzó incluso a plantear que “Confiamos, sinceramente, en que sean éstos los días finales del dictador de Cuba para que pueda reunirse en el eclipse total con los tiranuelos que le antecedieron en la ignominia, en el terror, en el desasosiego y posteriormente en la lógica derrota final”, porque “Lo que sigue ahora —según lo enseña la historia— no puede ser otra cosa que la caída estrepitosa del déspota y desde luego su liga final hacia Santo Domingo o hacia España”³⁶⁸.

En contraste, sobre la lucha revolucionaria y sobre sus protagonistas las palabras de apoyo abundaron. Sólo a comienzos del lapso en cuestión hubo cuestionamientos respecto a las verdaderas posibilidades del derrocamiento del dictador y respecto a cuán beneficioso para la isla sería realmente el triunfo de los rebeldes. Pero, en términos generales, primaron las expresiones encomiásticas para la *empresa* insurgente. Así, Juan de Garganta y Jaime Ramiro fueron quienes dudaron en un principio del movimiento armado: “No se ve [...] cómo unas docenas de combatientes improvisados y mal armados puedan llegar a destruir un gobierno que dispone de todos los medios de defensa y ataque con que cuenta el Estado moderno” y tampoco “se sabe exacta ni siquiera aproximadamente cuál es el programa de Fidel Castro y sus compañeros”, por lo que “Pecaríamos de optimistas si llegáramos a abrigar la esperanza de que la tiranía de Fulgencio Batista está tocando a su fin”, pues “Esas idas y venidas, ese esconderse y mostrarse tímidamente por las fragosidades de la Sierra Maestra, [...] no parecen llamadas a triunfar”, expresaron ambos autores³⁶⁹. Sin embargo, las opiniones de los dos columnistas y las del resto de periodistas del diario liberal con el tiempo confluyeron en torno al clamor de “¡Cuba Libre!”. Así, sobre la lucha en sí se planteó que ésta “ha tenido la virtud de despertar la conciencia democrática de América” y que, además, “la victoria será de los que combaten esta tiranía que afrenta no sólo a Cuba sino a los demás pueblos del Continente”, así que ante el “dramatismo desconcertante” de la violencia en la isla “los votos de todos los demócratas de América son porque Cuba pueda finalmente reincorporarse a las naciones que como Perú, Argentina, Venezuela y Colombia recuperaron el derecho a ser libres tras derrocar las dictaduras que las oprimían”, ante lo cual se apuntó: “Adelante. Adelante en la ‘Segunda Marcha por la Libertad

³⁶⁷ Véanse en el diario *El Correo*, de Medellín: Juan de Garganta, “Del profesor de Garganta. La cuestión de Cuba” (25 de marzo de 1958, p. 4); Jaime Ramiro, “Fragua” (12 de marzo de 1958, p. 4), y Jaime Ramiro, “Fragua” (4 de marzo de 1958, p. 4).

³⁶⁸ Julián Pérez Medina, “Pulso de los hechos. Los últimos días? [sic]”, *El Correo*, Medellín, 4 de marzo de 1958, p. 4.

³⁶⁹ Véanse: Juan de Garganta, “Del profesor de Garganta. Cuba”, *El Correo*, Medellín, 13 de agosto de 1957, p. 4, y Jaime Ramiro, “Fragua”, *El Correo*, Medellín, 10 de septiembre de 1957, p. 4.

Cubana”³⁷⁰. Entretanto, del Movimiento Revolucionario 26 de Julio se resaltó tanto su “valor nobilísimo” como el hecho de que “continúan sacrificándose por la libertad de sus compatriotas”, y se le calificó como las “huestes heroicas”, como “los valientes revolucionarios de la Sierra Maestra”, como los “heroicos luchadores” y, en últimas, como “los más abnegados defensores” de “Los principios pregonados por Bolívar y Martí y [de] las normas legislativas establecidas, en la Granada, por Francisco de Paula Santander”; “abnegados defensores que diariamente ejemplarizan ante el mundo, la fe inquebrantable de los países americanos en los principios elementales de los Derechos Humanos”³⁷¹. Por su parte, acerca de líder de la revolución, Fidel Castro, se dijo que “ya va resultando un personaje digno de colocarse al lado de los clásicos héroes de nuestra América” y que el mismo lucha “por conservar viva la llama de la libertad y recordarle al mundo, con su diario ejemplo, que la tiranía oprime a su patria”; por eso, su “figura aparece rodeada ahora por un alo [sic] [debe ser “halo”] de leyenda” y su “resistencia” en la Sierra Maestra “significa una epopeya que vive el continente las 24 horas del día”, por lo que “es un ejemplo de los abandonados a su suerte y a su propio esfuerzo”. A fin de cuentas, de la inacción de quienes elogiaban a distancia su lucha se expresó:

Castro no ha recibido sino la admiración callada de todos los pueblos americanos. Siempre se dice de él que es un valiente y de Batista que es un tirano, sin que la voz se traduzca en acto eficiente ni en ayuda decisiva para terminar con la ominosa situación a que está sometida la isla de Cuba. / La lucha de Castro y de sus hombres no es un espectáculo para aplaudir a distancia sino un compromiso de la democracia con la época y con el continente. Si triunfa el rebelde de la Sierra Maestra, que todo lo indica así, no tendremos el menor derecho a sentirnos felices por su victoria, ya que nuestra indiferencia neutraliza la exultación del triunfo ajeno. Demos a ése hombre la razón, de una vez por todas, y hagamos algo más afirmativo que poner su valor a la altura del de Martí y otros apóstoles de la libertad. La Sierra Maestra no es una parcela de Fidel Castro: es un pedazo martirizado de nuestra América Grande.³⁷²

Tales percepciones explican por qué por ejemplo el dirigente liberal y columnista, Alirio Gómez Picón, en sus tres escritos sobre este tema lanzó duras críticas al gobierno estadounidense por patrocinar a Batista, simpatizó con el acto simbólico que llevaron a cabo miembros del Movimiento 26 de Julio en plenas sesiones de la Convención Liberal y,

³⁷⁰ Véanse: “El Sargento Batista tambalea”, 15 de marzo de 1958, p. 4; “La tragedia de Cuba”, 26 de julio de 1958, p. 4; “En Cuba, un pueblo indefenso perece”, 23 de noviembre de 1958, p. 4, y Juan Mattos Ordóñez, “Postal viajera. No quiero prisioneros, sino bajas’ ordena Batista a todas sus tropas”, 7 de diciembre de 1958, p. 4 (todos en *El Correo*, Medellín).

³⁷¹ Véanse, en *El Correo*, de Medellín: Juan de Garganta, “Del profesor de Garganta. La cuestión de Cuba” (25 de marzo de 1958, p. 4); “La tragedia de Cuba” (26 de julio de 1958, p. 4), “Fidel Castro está solo? [sic]” (8 de noviembre de 1958, p. 4), “En Cuba, un pueblo indefenso perece” (23 de noviembre de 1958, p. 4), Julián Pérez Medina, “Pulso de los hechos. Los últimos días? [sic]” (4 de marzo de 1958, p. 4), y Juan Mattos Ordóñez, “Postal viajera. No quiero prisioneros, sino bajas’ ordena Batista a todas sus tropas” (7 de diciembre de 1958, p. 4).

³⁷² Véanse en *El Correo* (de Medellín): Juan de Garganta, “Del profesor de Garganta. La cuestión de Cuba”, 25 de marzo de 1958, p. 4; “La tragedia de Cuba”, 26 de julio de 1958, p. 4; “Fidel Castro está solo? [sic]”, 8 de noviembre de 1958, p. 4, y “En Cuba, un pueblo indefenso perece”, 23 de noviembre de 1958, p. 4.

por si fuera poco, propuso que el gobierno colombiano rompiera relaciones diplomáticas con Cuba³⁷³. La cuestión, pues, estaba clara: en *El Correo* apoyaban abiertamente la causa rebelde de Castro y sus hombres contra la dictadura *batistiana*. Y si bien poco o nada se mencionó la participación en dicha revuelta de personajes como Ernesto *Che* Guevara, Raúl Castro o Camilo Cienfuegos, esto seguramente se debió al *alto contenido simbólico* de Fidel Castro como representante de esa lucha romántica por la democracia y por la paz de su país, y también a que aquellos no eran muy mencionados por las agencias de prensa.

Conforme a lo expresado con palabras, las catorce caricaturas de *Velezefe* —trece de ellas de carácter editorial— tuvieron una posición crítica de Batista y de su régimen. Esto lo hizo notar el dibujante antioqueño, por un lado, a través de mordaces e ingeniosas relaciones entre sucesos propios de la dictadura cubana y ciertos hechos contextuales (tanto a nivel colombiano como latinoamericano y mundial, pero especialmente en lo referido a los derrocamientos de Perón, Rojas Pinilla y Pérez Jiménez), y, por el otro, a través de satíricos e igualmente ingeniosos juegos de palabras enunciados en títulos y leyendas de algunos de los gráficos. Ahora, no obstante esta posición, no hubo *juicios de valor* en pro de los rebeldes. *Velezefe* sólo dibujó a Castro en una caricatura y mencionó su nombre en la leyenda de otra, pero lo hizo más para mofarse del dictador cubano que para enaltecer al líder insurgente. De hecho, doce de las catorce caricaturas satirizaron explícitamente a Batista, mientras que las otras dos aludieron de forma general a algunas dictaduras latinoamericanas y al contexto cubano. Dado que todos los dibujos fueron publicados a mediados de 1957 (al poco tiempo del derrocamiento de Rojas Pinilla y, particularmente, tras el revuelo generado por el embajador estadounidense en Cuba, Earl Smith, al mostrarse *parcialmente* neutral en el conflicto prerrevolucionario) y a principios de 1958 (tras la caída del dictador venezolano Pérez Jiménez), esta *línea temática* no fue casualidad. También cabe aclarar que a pesar de la uniformidad en el asunto dibujado y de la proximidad en las fechas de las publicaciones, prácticamente cada dibujo tuvo una diferente representación gráfica de Batista. Incluso, podría decirse que si no fuera por los títulos, por las leyendas o por los otros elementos icónicos de los dibujos y, además, por el acontecer en la escena cubana, en por lo menos cuatro de las caricaturas no se sabría que *Velezefe* se estaba refiriendo al *hombre fuerte* de Cuba. Pero esto, que es poco común en la caricatura editorial, no fue impedimento para que se identificaran las situaciones, los personajes, los

³⁷³ “Al Margen de los Hechos. Batista”, *El Correo*, Medellín, 12 de mayo de 1958, p. 4; “Al Margen de los Hechos. Cuba Libre! Consigna de América”, *El Correo*, Medellín, 20 de junio de 1958, p. 4, y “Al Margen de los Hechos. Nada con las dictaduras”, *El Correo*, Medellín, 12 de diciembre de 1958, p. 4.

lugares y/o los hechos que el dibujante antioqueño quiso representar³⁷⁴. Así pues, en las figuras 22 a 34 están representados, por medio de diversos tipos de analogías y de simbolismos, los anhelos de *Velezefe* (y, en general, de *El Correo*) de que Batista fuera derrocado. Tales relaciones y alegorías comprendieron, por ejemplo, la Vuelta a Colombia en bicicleta (fig. 22), los *frutos podridos* del *árbol de las dictaduras* (fig. 23), la semejanza entre las palabras frío y Prío (lo cual seguramente fue motivado por la oposición que el derrocado presidente Carlos Prío Socarrás estaba ejerciendo contra el *batistato*: fig. 24), el estado en el cual quedó el dictador luego de que el embajador estadounidense diera visos de apoyo a los rebeldes (fig. 25), las peticiones hechas por la democracia encaminadas a la *liberación* de Cuba conforme a lo acontecido en otros países (figs. 26, 28 y 29), las posibilidades de caer de un monopatín o del poder (fig. 27); canciones populares de cantautores como José Alfredo Jiménez y como Alberto Urdaneta (figs. 30 y 31); los diseños de la Sociedad Interamericana de Prensa (fig. 32), la puesta en órbita de los primeros satélites artificiales (fig. 33) y, en fin, el nombre del líder de los insurgentes (fig. 34)³⁷⁵. De otro lado, la caricatura no editorial dibujada por *Velezefe* fue un busto de Batista y se emitió como complemento gráfico de una noticia (véase la fig. 35). En suma, puede afirmarse que en los catorce trabajos de *Velezefe* concernientes al régimen castrense antillano se dio uniformidad en torno a las temáticas antidictatorial, prodemocrática y *antibatistiana* (aunque, no necesariamente por ello, *procastrista*). La posición sociopolítica del artista coincidió en gran

³⁷⁴ Al respecto, Darío Acevedo Carmona menciona que una de “las características comunes que identifican a las caricaturas políticas” es que “Los personajes, situaciones, lugares y hechos que figuran en los dibujos son identificables para el lector coetáneo o pueden ser precisables [sic] para el investigador”. Véase: *Política y caudillos colombianos en la caricatura editorial, 1920-1950. Estudio de los imaginarios políticos partidistas*, César A. Hurtado Orozco ed., Medellín, La Carreta Editores, Universidad Nacional de Colombia, 2009, p. 25.

³⁷⁵ Algunas precisiones sobre estas caricaturas merecen hacerse. El perro que aparece en varios dibujos es la representación gráfica de Laika, el can que acompaña a *Velezefe* mientras éste realiza sus labores como estudiante de medicina y como dibujante (véase: Jorge Robledo Ortiz, “El rincón del poeta. Velezefe está en su tierra”, *El Correo*, Medellín, 23 de noviembre de 1957, p. 4). Respecto a la figura 25, para confirmar que el dibujado sí es Batista (con su soledad y su pesadumbre), es necesario tener en cuenta la noticia que emitieron en el mismo diario un día antes de emitida la caricatura según la cual “El embajador yanqui simpatiza con los rebeldes en ‘Sierra Maestra’ [sic]” (4 de agosto de 1957, p. 4). De la figura 27 vale decir que así como el caricaturista Peter Aldor incluyó en algunos de sus trabajos a Don Fulgencio (personaje de la historieta *Don Fulgencio. El hombre que no tuvo infancia*, del artista argentino Lino Palacio —véanse las figuras 4 y 19—), *Velezefe*, puso en escena a Pototó, sobrino y camarada del protagonista de la susodicha tira cómica, quien le dijo a Batista, en su particular lenguaje: “Usted se va a caer... porque usted tampoco sabe jugar...” (véase una breve reseña del papel desempeñado por Pototó en la tira cómica de Lino Palacio en: *Klim* [Lucas Caballero Calderón], “De Klim”, *El Correo*, Medellín, 4 de julio de 1957, p.4). Sobre la figura 29, vale decir que las palabras de la dama son una ingeniosa indirecta en tanto hacen alusión no sólo a la situación sociopolítica de la isla, sino también a la famosa bebida compuesta de ron o ginebra y un refresco de cola cuyo nombre presuntamente surgió a finales del siglo XIX de la boca de un grupo de soldados estadounidenses que en un bar de La Habana estaban celebrando el final de la guerra contra España y la independencia de Cuba, motivo por el cual coreaban “¡Cuba libre!, ¡Cuba libre!” (véanse: Daniel Bruno Sanz, *Cuba en una encrucijada. La nueva estrategia estadounidense*, South Carolina, BookSurge Publishing, 2009, p. 86, y Manuel Seco, *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*, Madrid, Aguilar S. A. de ediciones, 6ª edic., 1973, pp. 104-105). Y de las figuras 30 y 31, vale decir que la canción del mexicano José Alfredo Jiménez es la ranchera *Cuatro caminos* y la del colombiano Alberto Urdaneta es *Guabina chiquinquireña* (compuesta en 1925).

parte con la de la casa editorial en la que trabajaba: fuera cual fuere la representación gráfica del dictador cubano, éste fue ridiculizado y, por ende, criticado de diversas formas y por diversos motivos.

En conclusión, el punto de vista de *El Correo* acerca del *batistato* en el lapso comprendido entre mayo del 57 y diciembre del 58 fue ampliamente difundido, homogéneo e impetuoso. Asimismo, fue decididamente crítico del régimen del *hombre fuerte* y, salvo unos cuantos casos, laudatorio de Fidel Castro, de sus hombres y de su empresa revolucionaria. Ahora, tanto las columnas de opinión como los editoriales y las caricaturas fueron *antibatistianos*, pero no todas estas publicaciones fueron *procastristas*. El objeto de la línea editorial del diario liberal fue, entonces, reprobación de la dictadura cubana, mas no necesariamente apoyar a los jóvenes rebeldes que contra ella se sublevaron. Esto seguramente se dio gracias a que lo que pretendían era emitir mensajes en contra de las dictaduras, pero no tanto a favor de cambios *románticos* a las estructuras sociopolíticas como los que proponían los insurgentes. Respecto a lo publicado en *El Siglo*, sin embargo, en *El Correo* hubo muchas más manifestaciones de apoyo a la causa castrista. Y aunque ésta también generó algunas dudas (principalmente al principio), en términos generales, el periódico medellinense la alabó y la apoyó *hasta donde le fue posible*.

La *naturaleza* de lo opinado en *El Siglo* y en *El Correo* respecto al régimen militar y al movimiento revolucionario en Cuba en el período transcurrido entre los derrocamientos de Rojas Pinilla y de Batista tiene diversas explicaciones. Tres hechos fundamentales coadyuvaron a que las posiciones expresadas tuvieran un carácter mayoritariamente *antibatistiano*, a que en poco menos de veinte meses los mencionados periódicos imprimieran más de cincuenta publicaciones sobre el país caribeño y a que los juicios allí enunciados fueran impetuosos en su mayoría: primero, la disminución de la censura a la prensa colombiana propuesta por la Junta Militar después del derrocamiento de Rojas Pinilla en mayo de 1957; segundo, el resentimiento que en Colombia había en contra del exdictador y, en términos generales, en contra de los regímenes autoritarios, y, tercero, el clima de conciliación logrado en Colombia entre mayo del 57 y diciembre del 58, a saber, durante el gobierno de los llamados *quintuples* y en los primeros meses de la administración de Alberto Lleras Camargo, primer presidente del Frente Nacional. Dado que el Jefe Supremo ya no estaba en el poder y que la prensa bipartidista colombiana sentía aversión y rencor hacia lo que éste había representado como gobernante dictatorial, los diarios aprovecharon la nueva coyuntura para opinar sobre los temas por él vetados y para emitir juicios de valor anteriormente prohibidos. Y, asimismo, dadas las analogías entre los

regímenes y entre las actitudes de los dictadores de Colombia y Cuba, así como las buenas relaciones diplomáticas sostenidas por ambos países a mediados de los años cincuenta, también aprovecharon para proferir el enfoque *antibatistiano*. Ello se percibe con mayor facilidad si se comparan las expresiones de este aparte con las del aparte anterior: a pesar de que el acontecer en la isla era prácticamente el mismo (pues ya los rebeldes estaban en la Sierra Maestra), entre mediados de 1956 y mayo de 1957 el *batistato* no fue vituperado directamente, mientras que entre mayo de 1957 y diciembre de 1958 sí. “Al marcharse Rojas, los medios por fin tuvieron su revancha y algunos comenzaron a contar la verdadera historia de esos años de veto” dice a este respecto Maryluz Vallejo Mejía³⁷⁶.

De la posición en contra del *hombre fuerte* de Cuba en *El Siglo* y en *El Correo*, sin embargo, sorprenden dos cuestiones en particular. La primera está relacionada con algunas de las disposiciones sobre los medios de comunicación expuestas por el gobierno de la Junta Militar en el Decreto legislativo número 271 del 29 de octubre de 1957. Los artículos 26 al 30 de este Estatuto de Prensa (que prohibieron, entre otras cosas, publicar “noticias falsas” y “susceptibles de perturbar el orden social o la tranquilidad pública”; incitar “al incumplimiento de una ley, decreto o providencia obligatoria”; hacer “apología de un delito o género de delitos”, y emitir “noticias o escritos que comprometan la seguridad exterior del país” —aun cuando “Los periodistas y escritores no quedan por ello impedidos para discutir sobre los intereses del país en sus relaciones con naciones extranjeras”—), podría pensarse, refrenarían las críticas al dictador cubano y los comentarios que anhelaban su derrocamiento³⁷⁷. Pero no fue así. Como consecuencia de los *sentimientos antirojista* y *antidictatorial*, los periodistas de la susodicha prensa se fueron *pluma en ristre* contra el gobierno del general Batista a través de escritos y de dibujos incitando a su derrocamiento, apologizando a quienes lo pretendían derrocar por *las vías de facto* y llamando al desorden social contra su autoritario régimen, cuestiones que iban en contra de lo establecido por las leyes gubernamentales de los militares. Empero, para *pasar por encima* de los mencionados preceptos del Estatuto de Prensa, los periodistas seguramente se apoyaron en lo expuesto sobre el no impedimento de opinar acerca de “los intereses del país en sus relaciones con naciones extranjeras” y en las disposiciones del Artículo 347 del Código Penal de la época, según el cual en los delitos de injuria y de calumnia sólo la persona que se sentía ofendida podía instaurar una acción en contra del ofensor³⁷⁸. Porque, entonces, Batista sería el único que podría tratar de impedir que en los diarios colombianos lo criticaran, cosa que el

³⁷⁶ *A plomo herido...*, p. 326.

³⁷⁷ Véanse los referidos artículos del Estatuto de Prensa de la Junta Militar en: Antonio Cacia Prada, *La libertad de prensa...*, p. 213.

³⁷⁸ Véase: Antonio Cacia Prada, *La libertad de prensa...*, p. 231.

dictador probablemente no iba a hacer, pues los complejos asuntos que lo tenían al borde de la caída eran de mayor urgencia e importancia. Lo que sorprende a este respecto es, pues, que aun cuando criticar al dictador isleño significaba incurrir en ciertos delitos o burlar las leyes colombianas —hechos que fácilmente pudieron haber generado sanciones económicas y/o penales si los militares lo hubieran querido— en *El Siglo* y en *El Correo* lo hicieron de manera manifiesta.

La segunda cuestión que sorprende del enfoque *antibatistiano* es el cambio de opinión de *El Siglo* acerca de este mismo asunto respecto a marzo de 1952 (véase el capítulo 1). Recuérdese que tras el *golpe del sun sun* el diario conservador fue un fervoroso panegirista del dictador Batista: el supuesto anticomunismo del mismo y las promesas de eliminar la corrupción alcanzada en Cuba durante el gobierno del presidente Carlos Prío Socarrás en el período 1948-1952, así como las analogías entre la incipiente dictadura cubana y el gobierno del presidente Laureano Gómez en Colombia (del cual el diario conservador era el *vocero oficial*), justificaron dicha posición. Y recuérdese también que esta perspectiva le generó múltiples reyertas con el diario *El Tiempo*, de cuyas páginas salieron sólo palabras de rechazo hacia el militar isleño. Pero los hechos acaecidos en Colombia entre 1953 y 1957, relacionados principalmente con la censura impuesta por el dictador Rojas Pinilla, hicieron que el *diario de los Gómez* vituperara a Batista tras cuatro años de silencio forzado y tras haberlo loado. Nuevamente las similitudes entre las actitudes del Jefe Supremo y del *hombre fuerte* y entre sus regímenes, así como el rencor de los medios hacia el gobernante de facto colombiano —en particular el *proveniente* del sector y de la prensa *laureanistas*— permiten entender el nuevo punto de vista. Pero también hay que tener en cuenta que a partir de la coalición bipartidista de 1957-1958 “la prensa colombiana se volvería ‘civilizada’ y ‘democrática’” y que incluso “*El Siglo* se convirtió en un instrumento de moderación al servicio del Frente Nacional, después de haber sido el periódico más incendiario en sus largos 20 años de vida” según lo señala Vallejo Mejía³⁷⁹. El contexto sociopolítico colombiano durante y después del régimen del Jefe Supremo, entonces, fue el que hizo que el diario conservador tuviera entre 1957 y 1958 un parecer tan diferente al mostrado en 1952. En últimas, lo que sorprende es cómo la opinión de la casa editorial conservadora cambió gracias a la influencia de los hechos hasta el punto de pasar en unos pocos años de loar a criticar de manera vehemente al general Batista.

Ahora bien, tanto el apoyo que *El Siglo* le brindó a Batista en 1952 como la actitud que el mismo adoptó en los comienzos del Frente Nacional, explican parcialmente por qué, en

³⁷⁹ *A plomo herido...*, pp. 79-80.

comparación con *El Correo*, el diario conservador emitió muchas menos publicaciones y por que éstas fueron menos impetuosas. Quizás en *El Siglo* no quisieron publicar mucho sobre el *batistato*, primero, para no hacer muy llamativa la contradicción entre los pareceres de 1952 y de 1957-1958 y, segundo, para no *evocar las pasiones sectarias* y así enfocarse más bien en la *consolidación* del pacto bipartidista. Sin embargo, existen otras tres variables que coadyuvan a comprender la diferencia entre las publicaciones de un periódico y el otro: la preeminencia que en el diario conservador tenían los temas de índole nacional, el discurso singularmente antidictatorial profesado en el diario liberal y, prácticamente como resultado de esto último, las catorce caricaturas de *Velezefe* contra Batista y su régimen. Respecto a los dos primeros asuntos, resulta sumamente pertinente citar dos enunciados de Vallejo Mejía: el uno reza que a mediados del siglo XX “los periodistas más talentosos fueron, en su mayoría, liberales que escribieron en prensa de su partido”, mientras que el otro dice que “la política internacional” era entonces una “materia inasible para la mayoría de opinadores [sic] del país”³⁸⁰. Una *fusión* de ambas citas explica, pues, por qué en *El Correo* se publicó más sobre temas de índole antidictatorial —y particularmente *antibatistiano*— que en *El Siglo*. (Cabe recordar también que la mayoría de los artículos del diario conservador se publicaron en las secciones dedicadas a los resúmenes de sucesos importantes, hecho que le da sustento a las afirmaciones citadas y a la conclusión de ellas *desprendida*.) Por su parte, en relación con el tercer asunto, vale decir que si no fuera por el trabajo del caricaturista antioqueño, la disparidad de publicaciones entre los dos periódicos hubiera sido de ocho, no de veintidós. El *quid* estuvo en que después de años de no haber emitido dibujos satíricos (pues durante el régimen militar “el trabajo de los caricaturistas políticos brilló por su ausencia”, según lo afirma el historiador Luis Fernando Pérez Gallego), el diario liberal aprovechó el contexto *frentenacionalista* para también dar a conocer sus puntos de vista sobre Cuba a través de caricaturas editoriales, mientras que el diario conservador no lo hizo³⁸¹. Beatriz González, historiadora y crítica de arte, afirma que “El Frente Nacional atomizó los temas de tal forma que la sátira política sobrevivió gracias a una insólita unión con el tema social y a la apertura hacia los problemas de América Latina”³⁸². Pues bien, al parecer *El Siglo* se dedicó a lo primero, mientras que *El Correo* a lo uno y a lo otro. O sea que los

³⁸⁰ *A plomo herido...*, p. 76 y p. 266.

³⁸¹ Véase la afirmación de Pérez Gallego en: “La oposición política en Colombia vista a través de la caricatura, 1810-1957”, trabajo de pregrado, Departamento de Historia, Universidad de Antioquia, 1999, p. 32.

³⁸² “La caricatura política en Colombia. En 160 años, crítica y humor: otra manera de juzgar los hechos”, *Revista Credencial Historia*, ed. No. 10, [s. l.], octubre de 1990, p. 11. En otras palabras, “la caricatura perdió poder como instrumento de oposición”, dice Luis Fernando Pérez Gallego, pues “La autocensura y el monopolio de la información en manos de quienes dirigen el gobierno la privaron de su razón de ser la conciencia irónica de a sociedad” (véase: “La oposición política en Colombia...”, p. 9).

diversos puntos de vista *del diario de los Gómez* frente a Batista, el trato que este mismo diario le dio a la política nacional y el manejo que el diario liberal le dio a los temas internacionales (particularmente en las caricaturas editoriales), explican por qué *El Correo* imprimió más artículos y con mayor ímpetu que *El Siglo* sobre la Cuba de los últimos meses del gobierno del *hombre fuerte*.

Los heterogéneos puntos de vista respecto a Fidel Castro y al Movimiento Revolucionario 26 de Julio, por otro lado, se explican tanto por los mismos hechos que revelan el porqué de las críticas al general Batista como por algunas características propias del conflicto acaecido en Cuba. Aparte, entonces, de las motivaciones primarias de la lucha revolucionaria —a saber, el derrocamiento de la dictadura *batistiana*—, los rebeldes fueron bien vistos en la mayoría de ocasiones por la prensa colombiana como consecuencia de aspectos como su *esencia* juvenil, sus propósitos de efectuar una reforma social, sus intenciones de reestablecer la Constitución de 1940, la represión del *batistato* y, entre otros, algunas de sus jugadas políticas (entre las que se encontraban los recibimientos a periodistas extranjeros en la Sierra Maestra, los manifiestos publicados y el *lanzamiento* de *Radio Rebelde*). De igual forma, Castro y sus hombres fueron criticados en otras oportunidades por las acciones violentas en ocasiones cometidas, por lo indefinido de su programa político, por la incertidumbre de su triunfo, por el pasado del líder guerrillero (en lo relacionado con el *Bogotazo*), por los señalamientos macartistas sobre sus supuestas relaciones con el comunismo y por las disímiles y, en ocasiones, contradictorias informaciones provenientes de la isla (porque una cosa decían las noticias, otra los corresponsales, otra los periodistas extranjeros que estuvieron en Cuba y otra los políticos de uno y otro bando). Todas estas variables explican, pues, por qué los periodistas colombianos a veces expresaron que los rebeldes eran los héroes de América y a veces que eran un grupo de suicidas sin las menores posibilidades de triunfo.

Pero ¿por qué *El Siglo* fue más cauteloso respecto a la causa rebelde en el sentido de que la apoyó igual que la criticó y cuando hizo lo primero lo hizo con sutileza, mientras que *El Correo* loó a Castro y a su movimiento con sumo fervor en términos de adjetivos calificativos y de cantidad de publicaciones? A este respecto, no sobra recordar que aun cuando el diario conservador fue un *baluarte* del Frente Nacional, su línea doctrinal siguió regida por las ideas *laureanistas*, por lo que las apariciones en ese periódico de algunos juicios de valor bajo las ópticas anticomunista, antiliberal y/o antiprogresista, son apenas entendibles. Fue por ello que al movimiento que intentaba *tumbar* a Batista se le juzgó allí con cierta dureza. Las dudas sobre las posibles relaciones o afinidades del 26 de Julio con el

comunismo y las pocas palabras de Castro sobre una reforma agraria y sobre justicia social, refrenaron los posibles elogios que *El Siglo* pudiera hacerle a los revolucionarios y, asimismo, motivaron los vituperios a los mismos. De otro lado, dado que la línea editorial de *El Correo* era de carácter liberal, su perspectiva fue menos radical o, si se prefiere, menos macartista³⁸³. Por lo tanto, el diario medellinense no sólo hizo caso omiso de los *vicios* de la lucha revolucionaria en Cuba, sino que además le reprochó a Batista que intentara *macartizar* la empresa castrista (recuérdense las palabras según las cuales éste quería mantenerse en el poder con el “socorrido argumento de que los enemigos de su gobierno se inspiran en la ideología del comunismo internacional”)³⁸⁴. No en vano en dicho diario se enfocaron en los *aspectos positivos* de la idea de la revolución —a saber, en la ferviente oposición a un régimen dictatorial y en los ideales progresistas— para así encomiar a sus principales protagonistas.

Paralelamente a lo anterior, las posiciones de uno y otro diario frente al movimiento castrista, a pesar de que son comprensibles con facilidad y de que no son radicalmente antagónicas, resultan también sorprendentes gracias a lo que se dijo y a lo que se dejó de decir acerca de las relaciones entre los revolucionarios y el comunismo. Por un lado, sobresale que en *El Siglo* se apeló a la estancia de Fidel Castro en Colombia en los días circundantes al *Bogotázo* para construir una imagen negativa del mismo; imagen que, a su vez, se convirtió en una especie de *pálpito* de lo que iba a representar el comunismo en la escena cubana después de que el líder rebelde se hiciera con el poder. Hasta entonces, según se ha dicho en repetidas ocasiones, las relaciones del 26 de Julio con las ideologías soviéticas no estaban bien definidas: a los rebeldes unas veces se les acusaba de ser comunistas, otras de tener injerencia del Partido Socialista Popular (PSP, de carácter marcadamente comunista) y otras de tener alianzas con los mismos, pero, en contraste, a veces también se sugería que en sus proyectos dicha ideología estaba lejos de ser bien considerada. Lo cierto es que en diversas ocasiones se puso en evidencia que sus directrices y las del PSP eran opuestas, especialmente en las actitudes de cada uno frente a la dictadura y en los proyectos a futuro³⁸⁵. Aun así, aunque lo dicho en *El Siglo* entre 1957 y 1958 fuera producto más del macartismo que de argumentaciones con bases sólidas, el tiempo le daría la razón al periódico conservador en lo referente a las acusaciones que realizó sobre las

³⁸³ Hasta tal punto la posición de *El Correo* era poco radical, que según señala quien fue su director por muchos años, Adolfo León Gómez, este diario fue pionero en la aclamación del pacto bipartidista del Frente Nacional. Véase: María Cristina Arango de Tobón, *Publicaciones periódicas en Antioquia...*, p. 415.

³⁸⁴ Véase: Jaime Ramiro, “Fragua”, *El Correo*, Medellín, 12 de marzo de 1958, p. 4, y Jaime Ramiro, “Fragua”, *El Correo*, Medellín, 4 de marzo de 1958, p. 4.

³⁸⁵ Véanse los diferentes capítulos de la novela protagonizada por los rebeldes y los comunistas antes de la revolución en: Hugh Thomas, *Cuba...*, págs. 711, 722, 741, 753, 772, 775, 780, 795 y 801.

relaciones entre Castro y el comunismo: después de 1959, las cosas se dieron de una forma muy similar a como el diario conservador las presagió. Asimismo —y en sentido contrario a lo expuesto sobre *El Siglo*—, sobresale que en plena guerra fría y, por consiguiente, en plena época de satanización de la ideología soviética en Occidente, en *El Correo* se *pasaron por alto* los posibles tratos entre los insurgentes barbudos y los comunistas. Está claro que en el diario liberal se enfocaron en encomiar a Castro y a sus hombres, pero queda entonces la sensación de que un análisis un poco más riguroso de la situación cubana hubiera generado por lo menos unas cuantas palabras sobre las eventuales correspondencias entre los rebeldes y la ideología soviética. Pero seguramente dicho análisis no se dio debido a que los desafectos hacia el *batistato* eran más intensos que lo que pudieran generar los *vicios* de los revolucionarios. En otras palabras, a los periodistas liberales les habrá resultado más sencillo recurrir a los sentimientos prodemocrático y antidictatorial, que ponerse a realizar análisis sobre cuestiones que poco o nada tenían que ver con sus líneas editoriales de ese entonces.

Lo que el macartismo de *El Siglo* y la *cordialidad* de *El Correo* demuestran, entonces, es que esta prensa siguió rigiendo sus líneas editoriales bajo preceptos partidistas aún en los albores del Frente Nacional. No en vano los discursos —no las opiniones— sobre la escena prerrevolucionaria en Cuba y sobre el golpe de Estado perpetrado por Batista en 1952 fueron similares en *El Correo* respecto al de *El Tiempo* (ambos de filiación liberal) y en *El Siglo* respecto al de sí mismo. Por ejemplo, *El Correo* mantuvo la *conducta* antidictatorial promulgada por *El Tiempo*, mientras que *El Siglo* conservó su línea anticomunista. Por ello, el otro aspecto que sorprende de las posiciones de la prensa frente al movimiento castrista, es que esas perspectivas relativamente disímiles no generaron pendencias entre los periódicos, tal como sí ocurrió en los días posteriores al *golpe de la sunsundamba* entre el *diario de los Gómez* y el *diario de los Santos* (véase el capítulo anterior). A pesar de que *El Siglo* fue mayoritariamente crítico del M-26-7 y de que *El Correo* lo elogió cuanto pudo, ambos diarios defendieron su punto de vista sin necesidad de irse *pluma en ristre* contra el otro. Ello, sin lugar a dudas, fue una consecuencia directa del pacto bipartidista. Bien menciona Enrique Santos Calderón que “La prensa se acopla al espíritu del Frente Nacional y entra en su correspondiente fase de tregua informativa”, motivo por el cual “hay una toma de conciencia y un intento por superar esta etapa de pasión tipográfica que caracterizó la época de violencia política de la década anterior”³⁸⁶. Y aunque Maryluz Vallejo Mejía afirma

³⁸⁶ “El periodismo en Colombia...”, p. 124. Recuérdense también las palabras recientemente citadas de Maryluz Vallejo Mejía según las cuales con el pacto de coalición entre los partidos Liberal y Conservador “la prensa colombiana se volvería ‘civilizada’ y ‘democrática’”, (*A plomo herido...*, p. 79).

que “los diarios de provincia mantenían su espíritu pendenciero”, en el diario liberal medellinense, por lo menos en lo relativo a las opiniones sobre Cuba, las cosas fueron diferentes. Así pues, las opiniones de *El Siglo* y de *El Correo* sobre Fidel Castro y su Movimiento Revolucionario 26 de Julio estuvieron determinadas por las características del conflicto cubano, por las doctrinas partidistas y por el contexto colombiano, y, a pesar de que los dictámenes fueron disímiles, ello no generó reyertas entre uno y otro diario gracias al clima *frentenacionalista* en Colombia.

Ahora bien, es pertinente agregar que en el lapso en cuestión cuatro hechos acaecieron en Colombia que seguramente reforzaron las posiciones *antibatistiana* y parcialmente *procastrista* en la prensa colombiana. Y si bien podría decirse que fueron los periódicos los que contribuyeron a que esos hechos ocurrieran (con su conocida influencia sobre la opinión pública), parece más lógico suponer que los acontecimientos influyeron en los medios y no viceversa, dado que todo indica que los primeros fueron iniciativa de particulares. El primero de esos hechos fue un desfile efectuado el 10 de agosto de 1957 en Bogotá en apoyo a Fidel Castro en el cual estudiantes cubanos y colombianos, portando banderas de *La perla de las Antillas*, arengaron contra la dictadura de Batista (la noticia sobre esta manifestación, publicada en *El Correo*, es aquella a la que *Velezefe* le dibujó una caricatura del busto del dictador —véase la figura 35—)³⁸⁷. El segundo hecho fueron las palabras pronunciadas por el científico y humanista antioqueño Luis López de Mesa en la Convención Liberal de mediados de 1958 en presencia de algunos miembros del 26 de Julio según las cuales el liberalismo estaba “de corazón” con los rebeldes cubanos³⁸⁸. El tercero fue la creación del Comité Colombiano para la Libertad de Cuba, conformado por el ex mandatario colombiano Eduardo Santos, como Presidente Honorario del Comité, y por Carlos Lleras Restrepo y Belisario Betancourt, como representantes de los partidos Liberal y Conservador, respectivamente³⁸⁹. Y el cuarto hecho fue la presentación a mediados de noviembre de 1958 en el Teatro Junín, de Medellín, de un cortometraje titulado *Cuba en Llamas* en el cual se mostraron imágenes de la estancia en la Sierra Maestra de Fidel Castro y sus hombres (la figura 36 muestra la publicidad del mencionado filme en *El Correo*)³⁹⁰.

³⁸⁷ “Hubo desfile contra Batista”, *El Correo*, Medellín, 11 de agosto de 1957, p. 1.

³⁸⁸ Véase el artículo antes referenciado de Alirio Gómez Picón, “Cuba Libre! Consigna de América” (en: *El Correo*, Medellín, 20 de junio de 1958, p. 4).

³⁸⁹ La única referencia que se ha encontrado acerca de este comité, puede verse en: “De tal palo...”, *El Siglo*, Bogotá, 8 de noviembre de 1958, p. 10. En ninguna otra parte se ha visto mención alguna del mismo.

³⁹⁰ Debido a la falta de datos en la publicidad del filme no se sabe a ciencia cierta a cuál de los videos hechos en la Sierra Maestra durante la guerra de guerrillas corresponde. Es posible, sin embargo, que sea el cortometraje anteriormente mencionado *Rebels of the Sierra Maestra: The Story of Cuba's Jungle Fighters*, de los periodistas de la CBS, Robert Taber y Wendell Hoffman, emitido en mayo de 1957, pues éste es quizás el filme más mencionado, y por ende conocido, de los realizados a los rebeldes en las montañas.

Estos cuatro hechos —todos ocurridos en Colombia, *ajenos* a la iniciativa de los periodistas y de *naturaleza* detractora del dictador y encomiástica de los rebeldes—, aparte de que contribuyeron a que la prensa reforzara sus puntos de vista sobre el polvorín cubano, también demostraron que el sentir de la prensa y de la opinión pública colombiana sobre el pandemónium que a la sazón era Cuba fue similar.

De otra parte, después de expuestas las generalidades (o sea, lo concerniente a la cantidad de emisiones y al punto de vista preponderante) de lo publicado sobre los últimos meses del *batistato* en la prensa colombiana, resta sólo una cuestión por resolver: ¿por qué hubo —y además por qué prácticamente coincidieron entre los susodichos diarios— momentos de *cuantiosas* publicaciones, así como intervalos de tiempo con pocas o nulas de las mismas? Si bien ello pudo ser producto tanto de la casualidad como de factores externos, algunos hechos a nivel contextual hacen pensar que fue generado por lo segundo. Todo parece indicar que los esfuerzos por instaurar el Frente Nacional fueron los principales causantes de los momentos de *silencios* o de pocas publicaciones. Asimismo, los odios despertados por los dictadores y los amagos de crisis del *batistato* seguramente fueron los causantes de las épocas de *muchas* publicaciones. Por ejemplo, poco o nada se publicó a finales de 1957 y a mediados de 1958, justo en los días circundantes al plebiscito que legitimó el pacto bipartidista y a las elecciones en las cuales quedó elegido Alberto Lleras Camargo como primer presidente de la coalición, hechos que, además, estuvieron *acompañados* de la firma del Pacto de San Carlos y del intento de golpe de Estado contra la Junta Militar y contra el dirigente liberal. De igual forma, fue *numeroso* lo que se publicó a mediados de 1957 y a principios y finales de 1958, gracias a los derrocamientos de Rojas Pinilla y de Pérez Jiménez, y a que Batista *tambaleó* con motivo de las jugadas políticas de Castro y de las ofensivas de los rebeldes en toda la isla³⁹¹. Entonces, unos hechos acaecidos en Colombia captaron la atención de los periodistas hasta el punto de hacerlos *olvidar* el galimatías isleño, mientras que otros, sucedidos en países de América Latina que habían tenido o que tenían regímenes castrenses, hicieron que la prensa colombiana comentara abiertamente lo que pasaba en Cuba. Ahora, podría pensarse que la censura impuesta por Batista y el Estatuto de Prensa de la Junta Militar hicieron también que los diarios dejaran de publicar sobre el acontecer del país antillano (lo primero en razón del control sobre las

³⁹¹ Cabe mencionar también que aunque hubo bastantes publicaciones a finales de 1958 tanto en *El Siglo* como en *El Correo*, queda la sensación de que pudieron ser más: por ejemplo, en el diario liberal no se emitieron caricaturas de *Velezefé* después de abril de ese año y, en el mismo sentido, poco se dijo de la marcha de Camilo Cienfuegos y de Ernesto *Che* Guevara hacia el centro de Cuba. Sin embargo, fue en esos meses que Lleras Camargo se posesionó como presidente y que el general Rojas Pinilla regresó a Colombia para ser juzgado, por lo que se entiende que la atención de la prensa se hubiera centrado en cuestiones ajenas al acontecer cubano.

noticias provenientes de Cuba y lo segundo a causa de las disposiciones antes mencionadas en los artículos 26 al 30), pero los hechos demuestran que no fue así: las noticias provenientes de *La perla de las Antillas* abundaron en esos veinte meses y, según se ha visto, los diarios quebrantaron las leyes varias veces para referirse al susodicho tema. O sea que, en últimas, fue lo llamativo de los diversos acontecimientos tanto en Colombia como en otros países de la región lo que hizo que la cantidad de publicaciones de *El Siglo* y de *El Correo* sobre Cuba no fuera constante y que la cantidad de las emisiones en ambos periódicos coincidiera.

De todo lo anterior se concluye que los discursos de los periódicos colombianos entre 1953 y 1958 en relación al *batistato* y a la lucha prerrevolucionaria castrista cambiaron de manera notable respecto a 1952 y se *moldearon* en torno a la *rivalidad* democracia-dictadura. La toma del poder en Colombia por parte de un militar hizo que la prensa dejara de enfrascarse en las lides bipartidistas y que empezara a evaluar los múltiples sucesos de las escenas nacional e internacional con el *lente* de la dicotomía entre ambos sistemas políticos. Tanto fue así que incluso hubo una concordancia general entre los diferentes periódicos en torno a lo ocurrido en la mayor de las Antillas, y cuando hubo divergencias, éstas no generaron pendencias como las de la misma prensa bipartidista años atrás. Y, es más, el nuevo lenguaje fue tal que hasta un diario como *El Siglo* cambió radicalmente sus opiniones sobre un mismo personaje y sobre un mismo acontecimiento, y, por si fuera poco, alcanzó a encomiar la lucha castrista aun cuando se dudaba de sus filiaciones con el comunismo. Así pues que el discurso bipartidista de cuál medio era fascista y cuál comunista, cuál más pacífico y cuál más violento, cuál beneficioso para Colombia y cuál no, en fin, quedó supeditado a las disertaciones sobre *lo bueno* de las democracias y *lo malo* de las dictaduras. En otras palabras, en esos casi seis años —y de manera progresiva— los periódicos colombianos acudieron a los clamores prodemocráticos y a las arengas antidictatoriales a fin de *crear* una opinión pública proclive al derrocamiento de los regímenes militares y favorable a quienes contra éstos luchaban, sin importar su *naturaleza* ideológica. Esto, sin embargo, cambiaría notablemente con el triunfo de la revolución cubana.

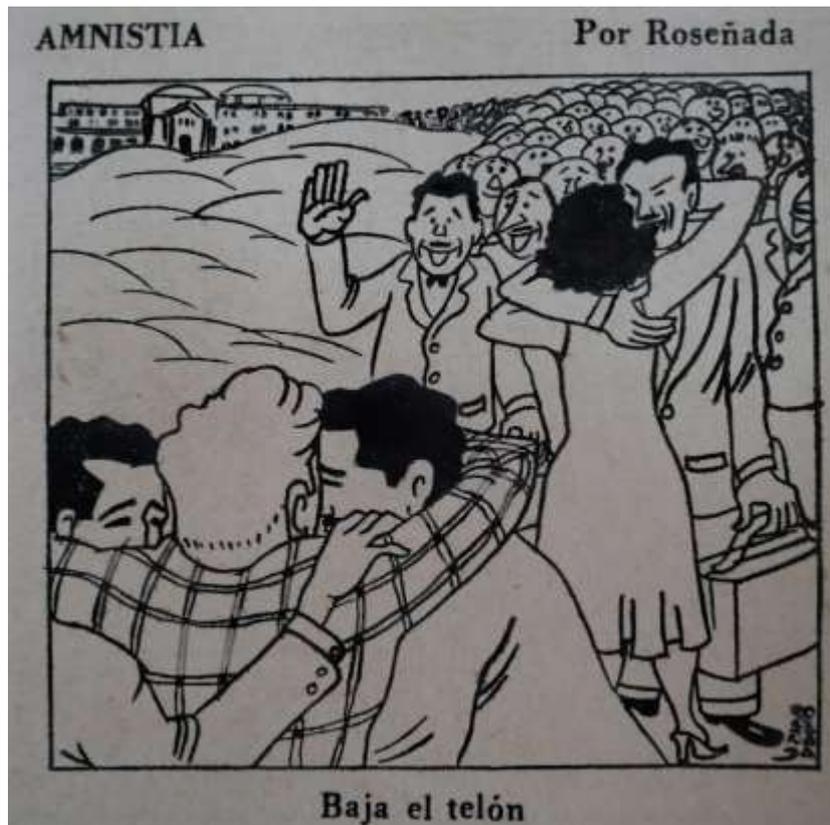


Figura 15. Título: "AMNISTIA". Autor: José Manuel Roseñada.
Leyenda: "Baja el telón".
Fuente: *Diario de la Marina*, La Habana, 17 de mayo de 1955, p. 4A.



Figura 16. Título: "Cuba Adelanta Lucha Contra el Comunismo". Autor: anónimo.
Leyenda: "En la lucha contra el comunismo que ha adelantado el pueblo cubano, se han repartido afiches (tres de ellos aparecen en esta composición fotoscópica [sic]) y se han fundado centros de acción democrática para impedir la propagación de que los demócratas cubanos llaman 'el más terrible mal que pueda azotar a la humanidad'. La campaña ha venido ganando adeptos cada día y la batalla para salvar a Cuba de este mal continúa con el mayor de los éxitos".

Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 4 de mayo de 1953, p. 1.



Figura 19. Título: “FULGENCIO, EL HOMBRE FUERTE”. Autor: Peter Aldor.
 Leyenda: “El otro Fulgencio: —Perdone la pregunta, ¿yo quiero saber para qué fines va a usar su fuerza?”.
 Fuente: *El Tiempo*, Bogotá, 5 de noviembre de 1954, p. 4.



Figura 20. Título: “LOS DOS PARALELOS”. Autor: Peter Aldor.
 Leyenda: “La paz: —Cuidado con despertarlo; los lazos son demasiado débiles...”.
 Fuente: *El Tiempo*, Bogotá, 27 de julio de 1954, p. 4.

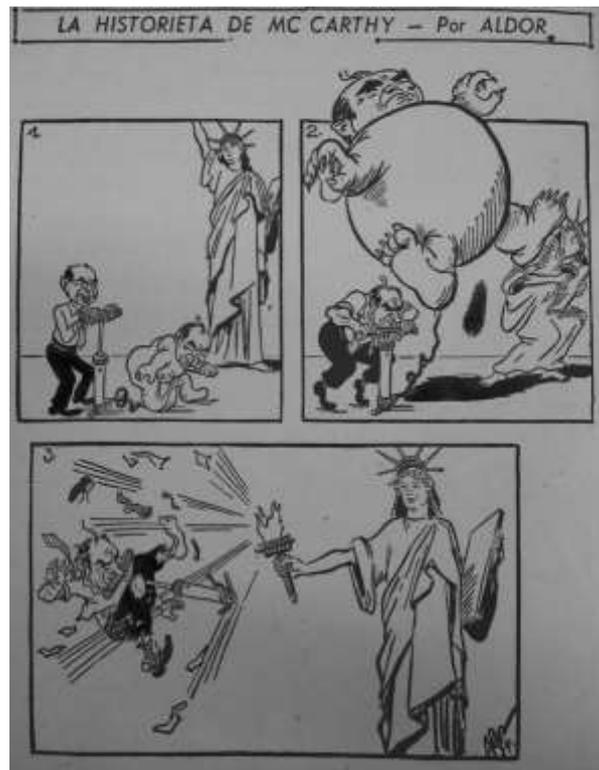


Figura 21. Título: “LA HISTORIETA DE MC CARTHY”. Autor: Peter Aldor.
 Fuente: *El Tiempo*, Bogotá, 9 de noviembre de 1954, p. 4.



Figura 22. Título: “RUEDA A RUEDA”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “¿Quién ganará este embalaje?”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 24 de junio de 1957, p. 4.



Figura 23. Título: “POR SUS FRUTOS”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “...Ahí van cayendo...”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 28 de junio de 1957, p. 4.



Figura 24. Título: “TIRITANDO”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “Voy a tener que bajarme de aquí, pues yo no aguanto más este Prió”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 29 de junio de 1957, p. 4.



Figura 25. Título: “UN SOLO DE VIOLIN”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 5 de agosto de 1957, p. 4.



Figura 26. Título: “COMUN DESEO”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
Leyenda: “—Y usted qué quiere...?
—Una Cuba libre...”.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 7 de agosto de 1957, p. 4.



Figura 27. Título: “POTOTO Y FULGENCIO”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer,
Velezefe.

Leyenda: “Uté te va a taer... porque uté tampoco tabe tutar...”.

Fuente: *El Correo*, Medellín, 14 de agosto de 1957, p. 4.



Figura 28. Título: “RESURRECCIÓN ANHELADA”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer,
Velezefe.

Leyenda: “—Cuba... Cuba... levántate y anda”.

Fuente: *El Correo*, Medellín, 18 de agosto de 1957, p. 4.

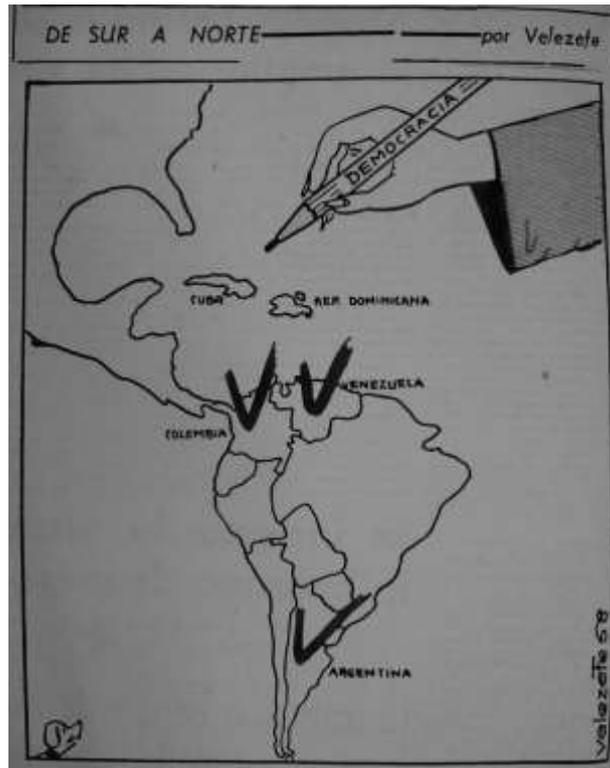


Figura 29. Título: “DE SUR A NORTE”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 29 de enero de 1958, p. 4.



Figura 30. Título: “ENCRUCIJADA”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
Leyenda: “BATISTA: —“Cuatro caminos hay en mi vida, cuál de los cuatro será el mejor””.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 12 de febrero de 1958, p. 4.



Figura 31. Título: “Los Serenateros”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “—Ven... ven... niña de mi amor””.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 1° de marzo de 1958, p. 4.



Figura 32. Título: “EN CUBA”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 29 de marzo de 1958, p. 4.



Figura 33. Título: “Cuestión de Horas”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “—Miren, compañeros: ahora si Fulgencio como que va a ‘entrar en órbita’”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 13 de abril de 1958, p. 4.



Figura 34. Título: “CAPRICHOS”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “Batista: —...y quiero que destruyan todos los radios y televisores de alta FIDEL-idad...!!!”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 24 de abril de 1958, p. 4.



Figura 35. Sin título. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
Fuente: *El Correo* Medellín, 11 de agosto de 1957, p. 4.



Figura 36. Título: “Cuba en Llamas”. Autor: anónimo.

Leyenda: “EXTRA – ULTIMO MOMENTO / HOY TEATRO JUNIN / La más apasionante película de corto metraje [sic], con la vida en LA SIERRA MAESTRA del gran líder FIDEL CASTRO, por la libertad de Cuba. / ‘Morir por la patria’, es vivir [sic], dice su himno. Niños, ancianos, profesionales, sacerdotes, mujeres, intelectuales obreros brazo a brazo luchando por su patria. / Una primicia del Teatro Junín”.

Fuente: *El Correo*, Medellín, 14 de noviembre de 1958, p. 16.

3.1. La revolución cubana y la guerra fría

El 1° de enero de 1959, después de más de seis años de régimen dictatorial y tras unos 25 meses de guerra de guerrillas en la Sierra Maestra, *triumfó* la revolución cubana. Mientras la mayoría de la población de la isla celebraba la llegada de un nuevo año, el dictador Fulgencio Batista, después de haber pactado una especie de golpe de Estado con su séquito, salió con su familia y sus colaboradores más cercanos hacia República Dominicana, dejando tras de sí un país sumido en la anarquía. En Cuba, el general Eulogio Cantillo quedó encargado del Estado Mayor, mientras que el juez del Tribunal Supremo, Carlos Manuel Piedra, fue designado presidente interino. Dada la situación de guerra generalizada en todo el país (Ernesto *Che* Guevara tenía sitiada a la ciudad de Santa Clara y Santiago de Cuba estaba rodeada por el Ejército Rebelde, por ejemplo), Piedra, acompañado de algunos personajes destacados de la política cubana, llamó a un cese al fuego. Pero, en términos usados por el historiador inglés Hugh Thomas, “este gobierno fantasma no tenía a nadie detrás”³⁹². Fue por ello que desde el oriente cubano, el líder insurgente Fidel Castro, quien a propósito se había reunido días atrás con el general Cantillo para pactar el derrocamiento y el posterior apresamiento de Batista, sintiéndose traicionado, ordenó a sus subalternos continuar luchando, convocó a una huelga general y desconoció el nombramiento del mismo Cantillo³⁹³. Sin embargo, en el frente de batalla no hubo quién les hiciera frente a los rebeldes. Miembros del Movimiento Revolucionario 26 de Julio (M-26-7) y del Directorio Revolucionario 13 de Marzo (DR) ocuparon *a diestra y siniestra* estaciones de policía, cuarteles militares, emisoras de radio, centrales telefónicas e instalaciones administrativas en toda la isla sin oposición alguna. Cuenta Carlos Franqui, espectador y protagonista de tales hechos, que “miles de soldados se rendían al primer barbudo que veían. [...] Más de un civil desarmado entró, tomó y desarmó a decenas de soldados armados. Así es la psicología de la derrota”³⁹⁴. En un último intento por normalizar la situación y por apaciguar los ánimos, el general Cantillo —quejándose de haber heredado un “ejército muerto”— le cedió el mando al coronel Ramón Barquín, el líder del fallido golpe de Estado contra Batista en abril de 1956 (en la llamada “Conspiración de los puros”), que recién había salido

³⁹² Cuba. *La lucha por la libertad*, Barcelona, Grupo Editorial Random House Mondadori, 2004, p. 813.

³⁹³ Véase: “Discurso pronunciado en el Parque Céspedes, Santiago de Cuba. 1° de enero de 1959”, *Habla Fidel. 25 discursos en la Revolución*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, Colección 50 Aniversario del Triunfo de la Revolución, Instituto Cubano del Libro, 2008, pp. 15-45.

³⁹⁴ *Vida, aventuras y desastres de un hombre llamado Castro*, Barcelona, Editorial Planeta S. A., 1988, p. 123. Véase también al respecto: Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 816.

de la prisión. Pero Barquín, ese enero del 59, era ya miembro del 26 de Julio y, como tal, saludó al “Ejército de Liberación”, capturó a Cantillo y telefonó a Castro para preguntarle cuándo tomaría la presidencia aquel que en su momento había sido elegido “presidente de Cuba en armas”: el magistrado Manuel Urrutia Lleó. Tras esto, en la noche de ese primer día de 1959, Ernesto *Che* Guevara, Camilo Cienfuegos y miembros del DR ocuparon los cuarteles militares La Cabaña y Columbia y el palacio presidencial, respectivamente. Con ello, la anarquía *reinante* tras la huida del dictador fue menguando durante las horas siguientes³⁹⁵.

Durante los primeros días de 1959, la euforia fue el estado de ánimo preponderante del pueblo cubano. Este sentimiento estuvo inspirado por la aparición en público de los protagonistas de la lucha revolucionaria, pero, más exactamente por las esperanzas y los presagios de la metamorfosis política y social que ellos suscitaron. Muy a su modo, la prensa cubana materializó ese sentir popular. Desde los reaccionarios de *Diario de la Marina* hasta los comunistas de *Hoy* —los mismos periódicos que años atrás habían tenido posiciones encontradas respecto al golpe de Estado de Batista (véase el capítulo 1)—, pasando por los *neutrales* de *Prensa Libre*, promovieron el incipiente proceso revolucionario. En efecto, *Diario de la Marina* habló de un “renacimiento de la libertad”, mencionó una “contra-madrugada”, reprodujo el discurso de Fidel Castro a su llegada a Santiago el 1º de enero, publicó páginas enteras con fotos de lo ocurrido en los primeros días de 1959 e imprimió varias salutations a los revolucionarios por parte de algunas empresas privadas cubanas (véanse las figuras 37 a 39, al final del capítulo)³⁹⁶. *Hoy*, por su parte, se refirió a la revolución como el “gran movimiento que conmueve al país” y al Ejército Rebelde como el “índice combativo de lo mejor de la actual Cuba”, y publicó dibujos en los cuales criticó a la “tiranía”, a los “reaccionarios” y a los “imperialistas”, y en los cuales también llamó a la “Unidad” y apoyó las primeras medidas del gobierno revolucionario y, en especial, de Fidel Castro (véanse las figuras 40 a 42)³⁹⁷. Y, por último, *Prensa Libre* habló de una “alborada de

³⁹⁵ Véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 812-815, y Louis A. Pérez Jr., “Cuba, c. 1930-1959”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 13: *México y el Caribe desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1998, pp. 181-182.

³⁹⁶ “ANTE EL RENACIMIENTO DE LA LIBERTAD”, *Diario de la Marina*, La Habana, 1º de enero de 1959, p. 1; “Discurso del Dr. Fidel Castro”, *Diario de la Marina*, La Habana, 5 de enero de 1959, p. 2A; Anita Arroyo, “La contra-madrugada”, *Diario de la Marina*, La Habana, 5 de enero de 1959, p. 4A, y “RESUMEN GRÁFICO DEL TRIUNFO DE LA REVOLUCIÓN”, *Diario de la Marina*, La Habana, 5 de enero de 1959.

³⁹⁷ *Hoy*, La Habana, 8 de enero de 1959, p. 2, y “El dilema de ‘Bohemia’” *Hoy*, La Habana, 13 de enero de 1959, pp. 1-2.

recuperación de libertad” y de “La Hora de la Grandeza [sic]”, a la vez que imprimió un gráfico con la cara de Batista bajo un tachón (fig. 43)³⁹⁸.

Fueron muchos los individuos y los grupos que participaron en la lucha prerrevolucionaria. El Movimiento 26 de Julio (con sus facciones guerrillera y urbana, el Ejército Rebelde y el Movimiento de Resistencia Cívica, respectivamente), el Directorio Revolucionario, algunos comunistas, muchos campesinos, algunos militares y otros tantos políticos y periodistas contradictores del *batistato*, influyeron de una u otra forma en el derrocamiento del dictador³⁹⁹. Pero sin duda alguna, quienes más llamaron la atención al momento de la victoria fueron el Movimiento 26 de Julio y su líder, Fidel Castro. (Fue tanto así que, según Thomas, “Mucha gente, para sorpresa general, se puso brazaletes del 26 de Julio”, hecho que fue caricaturizado el 8 de enero por el dibujante José Manuel Roseñada: véase la fig. 44⁴⁰⁰.) En esos primeros días de 1959, todas las miradas se dirigieron al joven barbudo. Su carisma, su elocuencia, su porte, sus acciones, su figura, su atuendo militar y, en fin, su rifle de mira telescópica, cautivaron al pueblo isleño. “Castro es el 26 de Julio, representa la guerrilla y la clandestinidad; en cada acción aparece su nombre, él es el símbolo y jefe del movimiento”, dice Franqui al respecto⁴⁰¹. No en vano, su recorrido desde Santiago hasta La Habana, ciudad a la que llegó el 8 de enero gracias a sus estaciones en numerosas poblaciones, fue apoteósico⁴⁰². Miles de personas salieron a las calles a verle, las

³⁹⁸ Sergio Carbó, “NUESTRA PALABRA”, *Prensa Libre*, 1º de enero de 1959, edición extraordinaria, p. 1, y “La Hora de la Grandeza”, *Prensa Libre*, 4 de enero de 1959, p. 1.

³⁹⁹ Sobre el papel de grupos diferentes al Ejército Rebelde en el derrocamiento del régimen, véanse: Jorge Alberto Serra Almer, “El Movimiento de Resistencia Cívica en La Habana (De 1957 al 8 de enero de 1959)”, *Memorias de la Revolución I*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 229-269; Mario Mencía Cobas, “El Directorio Revolucionario y la FEU de José Antonio Echeverría”, *Memorias de la Revolución I*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 165-191, y Faure Chomón Mediavilla, “La hombrada de José Antonio”, *Memorias de la Revolución I*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 192-203.

⁴⁰⁰ *Cuba...*, p. 854.

⁴⁰¹ *Vida, aventuras y desastres...*, p. 99.

⁴⁰² La información sobre el *triumfo* de la revolución cubana y sobre las acciones del Movimiento Revolucionario 26 de Julio y de su líder Fidel Castro ha sido expuesta en el presente trabajo con cierto detalle a fin de aclarar las *creencias* acerca de lo acontecido ese enero de 1959. Porque muchos creen que la revolución fue un golpe asestado a Batista mientras éste celebraba la llegada del nuevo año y que, por consiguiente, el M-26-7 se tomó el poder ese mismo 1º de enero. Incluso en algunos libros de historia hay falsas informaciones sobre este tema. Por ejemplo, Leopoldo Villar Borda dice en su libro *Alberto Lleras. El último republicano* (trabajo que, de hecho, ganó el “Premio Planeta de Historia” en 1996): “Desde la entrada triunfal de Fidel Castro a La Habana el primero de enero de 1959 [...]” (Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S.A., 1997, p. 331). Asimismo, menciona el profesor Luis Antonio Restrepo Arango que “El primero de enero de 1959, Fidel Castro entraba en La Habana [...]” (“Literatura y pensamiento. 1946-1957”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. VI: *Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 100). Por su parte, José Fernando Ocampo T. dice que el triunfo de la “Revolución Cubana [sic]” se dio el “8 de enero de 1959” (“Un proyecto de izquierda (1957-2006)”, *Historia de las ideas políticas en Colombia. De la independencia hasta nuestros días*, José Fernando Ocampo T. ed., Bogotá, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A., Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR, 2008, p.

cámaras de televisión cubrieron todos sus movimientos, se vieron pancartas con mensajes como “Gracias, Fidel” y “Esta es tu casa, Fidel”; se colgaron banderas *rojinegras* del 26 de Julio en edificios públicos y se gritaron exclamaciones como “¡Viva Fidel Castro!”⁴⁰³. En efecto, la *marcha* fue todo un acontecimiento que llegó a uno de sus mayores grados de euforia cuando en medio del primer gran discurso público del líder de los barbudos en La Habana una paloma se posó en uno de sus hombros: “símbolo y presagio de paz”, menciona al respecto Thomas⁴⁰⁴. Para esos días de enero, “el país entero está postrado a sus pies. [...] Fidel tiene el apoyo casi total de la opinión pública y de todos los medios de comunicación. Es el amo absoluto del país y nadie se atreve a cuestionar o siquiera a preguntar de dónde emana su legitimidad para formar un gobierno en solitario: es el héroe victorioso”, afirma el profesor, escritor y periodista cubano Carlos Alberto Montaner⁴⁰⁵.

El primer gabinete del gobierno revolucionario fue “de lujo, e impecable desde el punto de vista de las credenciales democráticas”, pues estuvo compuesto por hombres honestos, luchadores por la libertad, catedráticos, socialdemócratas, economistas y, entre otros, ingenieros, dice Montaner⁴⁰⁶. La participación de Fidel Castro en ese primer gobierno fue como “Comandante en Jefe de las Fuerzas de Aire, Mar y Tierra de la República de Cuba”⁴⁰⁷. Empero, gracias a que el joven barbudo era el líder indiscutible de esa nueva Cuba, fue él quien tomó las primeras decisiones trascendentales de la revolución. Con el consentimiento del presidente Urrutia Lleó y del primer ministro José Miró Cardona, Castro prontamente decretó la no celebración de elecciones hasta mediados de 1960, la disolución del Congreso, la abolición de los partidos políticos y unas cuantas modificaciones a la famosa Constitución de 1940⁴⁰⁸. Fue entonces cuando el gabinete se dio cuenta de que el líder de los rebeldes debía ocupar un puesto diferente en el gobierno y, por ende, a mediados de febrero Castro asumió como Primer Ministro de Cuba, en reemplazo

261). Y, por si esto no bastara, Germán Cavellier menciona en su libro *Política Internacional de Colombia. IV: 1953-1997* (Bogotá, Universidad Externado de Colombia, Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales, 1997, p. 378) que “una guerrilla cubana logró [...] apoderarse del Gobierno [sic] de la isla en 31 de diciembre de 1959”.

⁴⁰³ Véanse: Carlos Márquez Sterling, *Historia de Cuba. Desde Cristóbal Colón a Fidel Castro*, New York, Las Américas Publishing Company, 1969, p. 657; “Discurso pronunciado en el campamento militar de Columbia”, *Habla Fidel...*, p. 58 y p. 52; Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 819, y Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, pp. 124-133.

⁴⁰⁴ *Cuba...*, p. 820.

⁴⁰⁵ *Viaje al corazón de Cuba*, Barcelona, Plaza & Janés Editores, S. A., 1999, pp. 102-103.

⁴⁰⁶ *Viaje al corazón...*, p. 103.

⁴⁰⁷ Así se expuso en “Edición especial” de la *Gaveta Oficial de la República de Cuba* publicada en Santiago el 2 de enero de 1959.

⁴⁰⁸ Véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 866-868. Según Jesús Arbolea Cervera, “los mecanismos de gobernabilidad de la oligarquía perecieron de manera natural con la caída de la dictadura”, y entonces los cubanos aceptaron *fácilmente* las reglas del juego político tras el triunfo de Castro y sus hombres (*La revolución de otro mundo. Un análisis histórico de la Revolución Cubana*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2008, p. 143).

de Miró Cardona⁴⁰⁹. Y, como tal, inició una serie de medidas progresistas (como la disminución en los precios de los alquileres de viviendas, la estatización de compañías de servicios públicos, la revisión de los contratos de trabajo, el control a la evasión de impuestos y algunas reparticiones de tierra en el occidente cubano), que le ayudaron a aumentar aún más su popularidad⁴¹⁰.

Pero el *idilio* entre Fidel Castro y la generalidad de la opinión pública no duró mucho tiempo. El temperamento de éste, sumado a sus ideales nacionalistas y reformistas producto de las experiencias en la Sierra Maestra (en particular, en lo referente al apoyo del gobierno de Estados Unidos a Batista y a las condiciones socioeconómicas del campesinado cubano), así como sus pretensiones de heroísmo y su propensión hacia lo difícil (según cuenta Thomas), no permitieron que el clima de cordialidad perdurara mucho tiempo⁴¹¹. Diversos sucesos, pero especialmente algunas medidas tomadas por el gobierno revolucionario, en los inicios de 1959, acarrearón los primeros *rifirrafes* entre éste y determinados sectores de las burguesías cubana y estadounidense. Algunos de los hechos que más generaron polémica fueron: los fusilamientos a muchos de los antiguos servidores de Batista; el apoyo que del gobierno recibieron los trabajadores durante las huelgas y los conflictos agrarios (pues en algunos casos se habló incluso de expropiaciones); el cambio de actitud en Cuba hacia el capital extranjero (ya que ciertos líderes revolucionarios consideraron que para mejorar el nivel de vida de los isleños era necesario la intervención estatal en algunas de las empresas más rentables de Cuba); la confiscación, para muchos arbitraria, de los bienes de los antiguos colaboradores del derrocado dictador, y la paulatina y a la vez *encubierta* censura a aquella prensa que no apoyó incondicionalmente las directrices del nuevo régimen⁴¹². Diplomáticos, empresarios, inversionistas, hacendados, periodistas, ex *batistianos* y hasta miembros del *ala moderada* del gobierno revolucionario se opusieron, de una u otra forma, a estos hechos por cuanto vieron allí *estropeados* sus intereses o sus ideales (de estas gentes se conformaron tiempo después los diversos

⁴⁰⁹ Véase una breve descripción de cómo Castro aceptó ser Primer Ministro en: Enrique Oltuski Ozacki, “La Revolución toma el poder”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 44-48.

⁴¹⁰ Sobre las medias progresistas del gobierno revolucionario, véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 949-950.

⁴¹¹ Véase al respecto: Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 834-843.

⁴¹² Véanse: Jorge Domínguez, “Cuba, 1959-c. 1990”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 13: *México y el Caribe desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A, 1998, pp. 184-186; Pedro Álvarez-Tabío Longa, “Las primeras leyes revolucionarias y la reacción yanqui”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, p. 68, y Manuel de Paz Sánchez, “Cada amanecer muero. Sobre la libertad de prensa en los inicios de la revolución cubana”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, No. 589-590, Madrid, julio-agosto de 1999, pp. 149-150.

movimientos que buscaron la caída del nuevo régimen)⁴¹³. Y dado que a finales de la década de los cincuenta el contexto geopolítico tenía como *telón de fondo* la guerra fría, la oposición a las primeras medidas tomadas por el gobierno revolucionario *vino de la mano* de acusaciones por la supuesta infiltración del comunismo en la política cubana. En consecuencia, Estados Unidos empezó a mirar “con recelos y suspicacias el proyecto político y social emprendido” en aquellos momentos en *La perla de las Antillas*, menciona el entonces joven rebelde Fabián Escalante Font⁴¹⁴. En los inicios de 1959, los comunistas isleños “desaprobaron” la revolución por considerarla nacionalista, romántica, burguesa y desprovista de teoría, señala el *hispanoamericanista* estadounidense Waldo Frank⁴¹⁵. Pero la falta de *claridad* en la política que el nuevo gobierno tomaría respecto a Estados Unidos y al comunista Partido Socialista Popular (PSP, que, de hecho, en los inicios de 1959 era el único partido con una estructura definida en Cuba —tenía, por ejemplo, 17.000 afiliados en el país— y, por lo tanto, estaba *ganando* posiciones en el nuevo régimen), potenciaron las acusaciones anticomunistas⁴¹⁶.

La *respuesta* de Castro a la incipiente oposición y a las primeras delaciones sobre la infiltración comunista en el gobierno revolucionario —aun cuando ni él mismo parecía tener clara la posición que adoptaría Cuba frente a Washington y frente a los comunistas—, consistió en un viaje con algunos miembros del gabinete a Estados Unidos, a Canadá, a Argentina, a Uruguay y a Brasil⁴¹⁷. Según Franqui, este hecho “será una obra maestra de inteligencia política, que sorprenderá a los norteamericanos y que permitirá a Fidel Castro ganar tiempo y prestigio en Estados Unidos, en América Latina y Cuba”, pues el “objetivo es agrandar a la opinión pública, [...] dejar una imagen de dignidad, simpatía, civilidad, democracia”⁴¹⁸. En Washington, por ejemplo, Castro habló sobre el proceso que se estaba llevando a cabo en Cuba, aclaró que no era comunista y afirmó que estaba del lado de Occidente; mientras que en Buenos Aires, en el segundo Comité de los 21 de la

⁴¹³ Fabián Escalante Font, “La contrarrevolución en los primeros años de la Revolución cubana”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 172-174.

⁴¹⁴ “La contrarrevolución...”, p. 173.

⁴¹⁵ *Cuba, isla profética*, Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1961, p. 120. “Los muchachos barbudos de la Sierra Maestra eran anacronismos para los marxistas estrictos”, agrega allí mismo Frank. Además, durante los inicios de 1959, los tratos entre los rebeldes y los comunistas estuvieron *permeados* por la posición de cada uno frente a Batista: los primeros siempre reclamaron más apoyo de los segundos, mientras que éstos siempre alegaron que los medios empleados por los primeros no eran los más aptos para derrocar al dictador. Al respecto, señala el historiador inglés Eric Hobsbawm que “Las relaciones entre ellos eran glaciales” (véase: *Historia del siglo XX. 1914-1991*, Barcelona, Editorial Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1995, p. 438).

⁴¹⁶ Sobre el papel del PSP en los albores de 1959, véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 861-864. Y sobre el “macartismo”, véase el capítulo 1.

⁴¹⁷ La afirmación sobre la incierta posición de Castro frente a Estados Unidos y a los comunistas, véase en Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 834 y p. 839.

⁴¹⁸ *Vida, aventuras y desastres...*, p. 177.

Organización de Estados Americanos (OEA), propuso a los Estados Unidos (sin encontrar mucho eco) una *inyección* de 30.000 millones de dólares en capital público para América Latina durante diez años⁴¹⁹. El joven barbudo, conforme a las *tendencias diplomáticas* de la región —en particular las del brasileño Juscelino Kubitschek y las del colombiano Alberto Lleras Camargo (véase el capítulo 2)—, al parecer, pretendía tanto el financiamiento económico por parte de la potencia capitalista para ejecutar su revolución como la permanencia de Cuba al margen de la guerra fría⁴²⁰. No obstante, en ese viaje sólo encontró el desaire del presidente estadounidense Dwight Eisenhower (quien no quiso entrevistarse con él y, en su lugar, envió a su vicepresidente Richard Nixon para tal empresa), la negativa de ayuda económica para la región y *preguntas y más preguntas* sobre sus posiciones frente al comunismo (hecho que según Thomas, “irritó a Castro y a otros de los que le acompañaban: era como si a Estados Unidos no le importara lo que fuera de Cuba con tal de que no fuera comunista”)⁴²¹. Todo esto, a fin de cuentas, le dio *fuertza* a la discordia entre el gobierno revolucionario y quienes se vieron *afectados* por las primeras disposiciones por éste adoptadas: al uno se le siguieron atribuyendo influencias del comunismo y a los otros se les empezó a tildar de “contrarrevolucionarios”⁴²².

Sin embargo, sólo hasta cuando se promulgó la famosa ley de reforma agraria —el 17 de mayo de 1959 en un acto público con el gobierno revolucionario en pleno en la simbólica Sierra Maestra— se iniciaron con verdadero ímpetu los ataques y los contraataques entre los nuevos gobernantes y aquellos por sus medidas *perjudicados*. Antes de esa fecha, cuando aún no se habían hecho públicas las diferentes proposiciones de la ley, “Por arte de magia fidelista [*sic*], y de mimetismo cubano, todo el mundo apoyaba la reforma agraria: latifundistas, ganaderos, ricos, dueños de ingenios, grandes colonos, tabacaleros, azucareros, cervecedores, industriales, comerciantes, hasta la madre de los tomates ponía en los periódicos grandes anuncios de apoyo a Fidel y a su reforma agraria”, afirma Carlos Franqui⁴²³. Pero cuando se anunció un centralismo económico a través del cual se le pondrían topes a las extensiones de la mayoría de los latifundios, se le conferirían las tierras expropiadas al Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA) para que las

⁴¹⁹ Véase el discurso de Castro en Buenos Aires en: Carlos Sanz de Santamaría, *Complemento a la Historia Extensa de Colombia. Volumen XIII. Interamericanismo contemporáneo. Reminiscencias*, Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Plaza & Janes Editores Colombia S. A., junio de 1985, pp. 411-424.

⁴²⁰ Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 869 y pp. 964-965.

⁴²¹ *Cuba...*, p. 958. En las páginas circundantes hay información relacionada con el viaje de Fidel Castro los susodichos países de América.

⁴²² Sobre ese último punto, dice Carlos Alberto Montaner: “Pronto se vio que cualquier discrepancia era tildada de manifestación *contrarrevolucionaria* [*sic*], y a quienes la exteriorizaban los calificaban de batistianos [*sic*] o de agentes de la embajada yanqui” (*Viaje al corazón...*, p. 112).

⁴²³ *Vida, aventuras y desastres...*, p. 135.

manejara, se le prohibiría explotar plantaciones de azúcar a las compañías que tenían acciones de extranjeros, se le otorgaría permiso para comprar tierra sólo a los cubanos, se les indemnizaría a los propietarios afectados con bonos a veinte años y, entre otros aspectos, se crearían cooperativas en las cuales los trabajadores participarían de las ganancias, entonces, la percepción general sobre la ley cambió⁴²⁴. Según el catedrático Jesús Arboleya Cervera, la reforma agraria definió, a favor de los sectores radicales del gobierno, “el carácter antineocolonial de la Revolución [sic] antes que se pensara en el socialismo como opción inmediata o existieran contactos oficiales con la Unión Soviética”⁴²⁵. Años después, el mismo Fidel Castro le reconocería al periodista español Ignacio Ramonet la *extremidad* de esta ley: “El caso es que en la reforma agraria yo era bien radical, para qué le voy a decir otra cosa. Bueno, si usted no es radical no hace nada, se pone a organizar un partido, hace veinte elecciones y no pasa nada. Pero yo sí, yo creía que había que dar un golpe decisivo con la Ley de Reforma Agraria [sic]”⁴²⁶. En la práctica, por ejemplo, el gobierno expropió terrenos de más de 4.000 haciendas (muchas de ellas propiedad de compañías estadounidenses), se adjudicó el control del abastecimiento del ganado bovino, se tomó la potestad de realizar las principales inversiones en el campo y, entre otras medidas de este estilo, creó *Tiendas del Pueblo* en las cuales se podían conseguir productos casi al costo y de buena calidad para que los campesinos compraran allí lo que los antiguos comerciantes les vendían más caro y con menor calidad⁴²⁷. Según Arboleya Cervera, con la aplicación de la reforma agraria, en últimas, se mejoraron las condiciones de empleo, salud, vivienda y educación de más de dos millones de trabajadores, entre campesinos y obreros⁴²⁸. En ese orden de ideas, “Por primera vez los ricos cubanos del campo y la ciudad temblaron; sintieron que la revolución era una cosa seria”, dice Franqui⁴²⁹. Y si bien Hugh Thomas afirma cosas como que esta reforma agraria fue “tan modesta como muchas otras de los países democráticos”, que “parecía haber discordancias entre la Revolución y los comunistas de Cuba” y que hasta “había ciertas coincidencias entre comunistas y contrarrevolucionarios”, la medida, al estribar sobre la socialización de la economía, hizo

⁴²⁴ Véase: “SINTESIS DE LA LEY DE REFORMA AGRARIA”, *Diario de la Marina*, La Habana, 19 de mayo de 1959, p. 1; Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 961-964, y James Monahan y Kenneth O. Gilmore, *Cómo el Kremlin se Apoderó de Cuba*, México D. F., Editorial Diana, S. A, 1963, p. 46.

⁴²⁵ *La revolución...*, pp. 144-145.

⁴²⁶ *Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*, La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 3ª edic., noviembre de 2006, p. 279.

⁴²⁷ Véanse: Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, p. 144; Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 961-973; Jorge Domínguez, “Cuba...”, pp. 190-191, y Sergio Aranda, *La revolución agraria en Cuba*, México, siglo xxi editores, s. a, 6ª edic., 1975, pp. 169-183.

⁴²⁸ *La revolución...*, p. 145.

⁴²⁹ *Vida, aventuras y desastres...*, p. 139. El hecho de que tras la promulgación de la reforma agraria descendieran en la Bolsa de Nueva York las cotizaciones de las compañías azucareras, debió potenciar el temblor de la clase burguesa isleña (véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 964).

que aumentaran las acusaciones por la infiltración del PSP en el gobierno revolucionario⁴³⁰. (En ello muy seguramente debieron influir también las objeciones que el conservador *Diario de la Marina* le hizo a la mencionada ley, así como el apoyo que el diario comunista *Hoy* le brindó a la misma: en este último, por ejemplo, publicaron un dibujo de un campesino y un soldado jubilosos con la promulgación de la reforma agraria: ver fig. 45⁴³¹.) La brecha entre los revolucionarios y sus opositores, por consiguiente, se abrió aún más.

Conforme pasó el tiempo, la reforma agraria devino en un proceso cíclico e *in crescendo* determinado por la *articulación* de los opositores y por la *radicalización* de la revolución. El 11 de junio, el embajador de Estados Unidos en La Habana, Philip Bonsal, presentó al gobierno cubano una nota oficial en la cual se mostró preocupado por los perjuicios que las empresas de su país sufrirían con la antedicha ley; *incidente diplomático* que empezó a motivar la salida de los llamados *liberales* o *moderados* del gobierno revolucionario. Unos fueron destituidos por sus desafectos hacia las políticas adoptadas en los inicios de 1959 y otros tantos se fueron por su propia cuenta aduciendo penetración del comunismo en la política isleña. Entre todos ellos, quizás los más famosos fueron el jefe de las fuerza aérea, Pedro Luís Díaz Lanz, quien partió hacia Estados Unidos con acusaciones sobre la injerencia del comunismo en Cuba; el presidente Manuel Urrutia Lleó, a quién Castro *obligó* a renunciar tras criticarle en un discurso televisado sus nombramientos, su sueldo y hasta su postura anticomunista, y Huber Matos, comandante militar de la provincia de Camagüey (y uno de los más populares comandantes del Ejército Rebelde durante la lucha prerrevolucionaria), quien por denunciar la participación de los comunistas en el ejército, dicen unos, o por intentar organizar una conspiración contra Castro con la ayuda de Estados Unidos, dicen otros, pasó dos decenios en prisión⁴³². “De los veintiún ministros nombrados en enero de 1959, doce habían dimitido o habían sido destituidos de su cargo al finalizar el año”,

⁴³⁰ *Cuba...*, pp. 964-966. La afirmación sobre la socialización de la economía cubana, véase en: Jorge Domínguez, “Cuba...”, pp. 190-191.

⁴³¹ Sobre el apoyo del diario comunista habanero a la ley de reforma agraria, véanse los titulares del 19 de mayo en la primera página: “La Reforma Agraria es un paso decisivo para cambiar la estructura semicolonial del país [sic]” y “Con la Reforma Agraria se inició en la Plata una nueva era de la Historia de Cuba [sic]”. Y sobre las objeciones del *Diario de la Marina* a la misma, véase el artículo publicado en la revista de los acontecimientos de la semana, “Las objeciones del DIARIO” (*Diario de la Marina*, La Habana, 31 de mayo de 1959, p. 3).

⁴³² Otros de los liberales que salieron del gobierno revolucionario durante el primer año y medio de revolución fueron: Luis Orlando Rodríguez (ministro del Interior), Ángel Fernández (ministro de Justicia), Humberto Sorí Marín (ministro de Agricultura), Roberto Agramonte (ministro de Asuntos Exteriores), Manuel Ray (ministro de Obras Públicas), Faustino Pérez (ministro de Propiedad Incautada), Manuel Fernández (ministro de Trabajo) y, entre más, Felipe Pazos (Presidente del Banco Nacional de Cuba). Véase: Jorge Domínguez, “Cuba...”, pp. 186-192; Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 968-993; Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, pp. 157-158; James Monahan y Kenneth O. Gilmore, *Cómo el Kremlin...*, pp. 58-70, y Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, pp. 145-146. Las dos visiones del *caso Matos*, están presentes en los textos de Domínguez y de Arboleya Cervera.

asegura el catedrático Jorge Domínguez⁴³³. Y para *colmo de males*, a finales de octubre desapareció en un accidente aéreo “el Cristo rumbero”, “el más popular, simpático y cubanazo [*sic*] comandante de la revolución” (palabras de Franqui), “el hombre más querido en Cuba después de Castro, el caballero romántico, el comandante en jefe del ejército, el fiel entre los fieles” (términos de Thomas), Camilo Cienfuegos: el hecho fue un completo misterio, pues nunca se supo qué ocurrió exactamente y ni siquiera aparecieron sus restos o los destrozos de la avioneta⁴³⁴. De los liberales salientes del gobierno, buena parte se unió en Miami a los *batistianos*, a los burgueses y a los demás opositores que a la sazón estaban saliendo también de Cuba. Y una vez allí, con el apoyo del gobierno de Estados Unidos y, en particular, de la Agencia Central de Inteligencia (CIA, de su sigla en inglés *Central Intelligence Agency*), empezaron a organizar con mayor decisión la *contrarrevolución cubana*. Según Arboleya Cervera, a partir de la captura de Matos,

la confrontación adquirió perfiles violentos, la burguesía se pasó decididamente al bando contrarrevolucionario y encabezó la formación de los primeros grupos clandestinos, con el apoyo de la Iglesia Católica [*sic*]. Ya que el objetivo era revertir el proceso revolucionario, no transformarlo, el gobierno norteamericano convirtió a la contrarrevolución en su política oficial hacia Cuba, e involucró en sus decisiones a las máximas instancias de aquel país.⁴³⁵

Fidel Castro, a mediados de 1959, atendiendo a las corrientes que se estaban adoptando en torno a la guerra fría, había hablado de una revolución humanista, independiente de la diplomacia estadounidense y neutral en la confrontación bipolar. Pero ante la evidencia de una oposición amparada por la Casa Blanca —y también en respuesta a la *macartización* del proceso revolucionario— fue tomando posturas cada vez más extremas. “Tenía la persistente preocupación de que, si no se radicalizaba, la burguesía echaría a perder la

⁴³³ “Cuba...”, p. 192.

⁴³⁴ Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, p. 149, y Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 988.

⁴³⁵ *La revolución...*, p. 146. Según Aníbal Velaz Suárez, se crearon “organizaciones contrarrevolucionarias de diversa procedencia”, tales como: “La Rosa Blanca, la Legión Democrática Constitucional (LCD) o Rescate Revolucionario Democrático, el Movimiento Insurreccional de Recuperación Revolucionaria (MIRR), el Movimiento Democrático Cristiano (MDC), el Movimiento 30 de Noviembre (M.30.11), el Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE), el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), la Asociación Auténtica Anticomunista (Triple A), la Agrupación Hermandad Montecristi (Montecristi), la Comisión Obrera Nacional Anticomunista (CONA); el llamado Frente Revolucionario Democrático, las coaliciones Frente Democrático (FND), Frente Anticomunista de Liberación (FAL) y el bloque de organizaciones Resistencia Cívica Anticomunista (RCA) y el Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR)”, (“La lucha contra bandidos”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, p. 199). Estas organizaciones actuaron atacando por vía aérea territorio cubano, formando grupos guerrilleros en las montañas del Escambray, explotando bombas en sitios públicos y, en fin, creando una emisora de onda corta destinada a atacar el proceso revolucionario. Véase: Carlos Alberto Montaner, *Viaje al corazón...*, pp. 121-123, y Héctor Rodríguez Llompart, “Relaciones con los países socialistas”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, p. 144.

revolución”, dice Thomas⁴³⁶. No en vano, conforme salieron los liberales del gobierno, empezó a erigir y a dirigir “otro gobierno en la sombra, mucho más radical”, “el verdadero” gobierno, cuenta Carlos Alberto Montaner⁴³⁷. Todo ello, en últimas, *se tradujo* en expropiaciones, en nacionalizaciones, en la promulgación de más leyes que perjudicaban compañías extranjeras, en la dación de títulos de propiedad a campesinos, en más juicios a opositores y en los inicios de la *represión* del anticomunismo en Cuba⁴³⁸. Y, como si eso no bastara, *se tradujo* también en una mayor participación de los comunistas en el gobierno (ya que, según el mismo Castro, entre ellos había hombres “verdaderamente revolucionarios, leales, honestos y adiestrados”) y en un acercamiento a la Unión Soviética⁴³⁹. (De hecho, a mediados y a finales de 1959 hubo varias reuniones entre *personajes públicos* de ambos países: en junio, Ernesto *Che* Guevara hizo en Egipto los “primeros contactos oficiales” —en palabras de Domínguez— con la potencia socialista; en octubre fue a La Habana el periodista y político ruso Alexander Alexaiev, y en noviembre, el subsecretario de Comercio Exterior de Cuba, Héctor Rodríguez Llompart, se reunió en México con el viceprimer ministro soviético, Anastas Mikoyán⁴⁴⁰.) El líder de este proceso, a pesar de cuanto dijera de una revolución al margen de la guerra fría, empezó a percatarse de que radicalizar su postura significaría enemistarse con los estadounidenses y de que, para hacerle frente a ello, debía buscar no sólo el respaldo que le podría ofrecer el partido mejor estructurado de la isla —y el más afín a sus ideales—, sino también el patrocinio que le pudieran brindar tras la cortina de hierro; hechos que, precisamente, le significarían encaminarse en una espiral *avivada* tanto por el distanciamiento de Washington como por la adopción de posturas cada vez más extremistas. Sobre la recepción de miembros del PSP en el gobierno, dice el historiador inglés Eric Hobsbawm: “Los dos se necesitaban y acabaron convergiendo”⁴⁴¹. Y respecto al acercamiento a la potencia socialista, dice Franqui: “El esquema de Maquiavelo, que Castro conoce y aplica a la perfección, funciona: al enemigo grande y cercano, Estados Unidos, opondrá un amigo grande y lejano, la Unión Soviética. El pequeño, para ganar la batalla contra un grande, necesita el apoyo de otro

⁴³⁶ *Cuba...*, p. 979. Según Thomas, el derrocamiento de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954, realizado con el apoyo del gobierno estadounidense y de la CIA, suscitó muchos de estos temores (p. 970).

⁴³⁷ *Viaje al corazón...*, p. 104. Miembros de ese *otro gobierno* fueron Ernesto *Che* Guevara, Raúl Castro, Camilo Cienfuegos, Ramiro Valdés, Antonio Núñez Jiménez, Alfredo Guevara y, entre otros, Osmani Cienfuegos.

⁴³⁸ Véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 971-975, pp. 993-996 y p. 1.007.

⁴³⁹ *Cuba...*, p. 976.

⁴⁴⁰ Véase: Jorge Domínguez, “Cuba...”, p. 186, y Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 992-994.

⁴⁴¹ *Historia...*, p. 438.

grande”⁴⁴². Sin embargo, los contactos entre castristas y comunistas y entre cubanos y soviéticos fueron paulatinos, motivo por el cual, en 1959, no generaron alarmas de consideración entre los opositores del gobierno, en especial si se comparan con las *activadas* por otras disposiciones de los revolucionarios. En suma, después de la puesta en práctica de la reforma agraria comenzó a *respirarse una tensa calma* en toda la isla. Las pugnas entre Cuba y Estados Unidos, entre Castro y los moderados, entre los comunistas y los liberales, entre la prensa gobiernista y la prensa de oposición, en fin, fueron copiosas. La popularidad de Castro entre la población cubana, según la revista *Bobemia*, era entonces del 90,2%⁴⁴³. Pero el porvenir lucía complejo: tanto la oposición como la radicalización del gobierno estaban adoptando formas cada vez más definidas.

En febrero de 1960, con motivo de la inauguración de una exposición sobre la ciencia y la tecnología soviéticas que se iba a realizar en La Habana, el gobierno revolucionario recibió la visita de Anastas Mikoyán. La presencia del dirigente comunista en el país caribeño fue el *caldo de cultivo* para la firma de un primer acuerdo comercial entre la potencia socialista y la isla. En un tratado firmado el 13 del mismo mes, Castro y Mikoyán estipularon que la Unión Soviética le compraría grandes cantidades de azúcar a Cuba, y que ésta, a cambio, recibiría petróleo, trigo, metales, papel periódico, abonos, créditos monetarios y hasta ayuda técnica⁴⁴⁴. Así fue como los soviéticos le *tendieron la mano* a una revolución que, gracias a sus posturas, estaba cada vez más alejada de los lineamientos sociales, políticos y económicos de Estados Unidos. Dice Carlos Franqui que “En el fervor nacionalista y antiyanqui de Cuba, Mikoyán aparece como un amigo simpático, representante de una potencia poderosa y lejana que, mientras los yanquis amenazan quitarnos la cuota azucarera, nos compra azúcar y ofrece petróleo y amistad”⁴⁴⁵. Allí

⁴⁴² *Vida, aventuras y desastres...*, p. 168. No en vano dice Thomas que con estas acciones “el régimen estaba entrando ahora en una fase en que se hacían los preparativos para una realineación total de su posición nacional e internacional” (*Cuba...*, p. 994).

⁴⁴³ Esta cifra fue expuesta por Fabián Escalante Font en su texto “La contrarrevolución...”, p. 176. Sobre los rifirrafes a finales de 1959, véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 987, p. 990, p. 998 y p. 1.001.

⁴⁴⁴ Héctor Rodríguez Llompart, “Relaciones con los países...”, pp. 144-148, y Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 1.006. La cifra sobre la cantidad de azúcar allí negociada es diferente en cada autor: el primero dice que fue un millón de toneladas (p. 147) y el segundo que fueron 425.000 toneladas en 1960 y cuatro millones de toneladas entre 1961 y 1965. Empero, en el Museo de la Revolución, en La Habana, hay exhibida una supuesta copia del convenio en la cual consta, en su “Artículo 1”, que “La Unión se Repúblicas Socialistas Soviéticas comprará en 1960 a la República de Cuba 425.000 toneladas de azúcar, en adición a las 575.000 toneladas adquiridas anteriormente que también se embarcarán durante el mismo año, y un millón de toneladas para embarcar en el curso de cada uno de los cuatro años siguientes”. De otro lado, señala Thomas que Cuba, aparte de azúcar, le vendería a los soviéticos frutas, zumo, fibras y pieles. La exposición soviética en La Habana, entretanto, según Rodríguez Llompart, se llamó “Logros de la Ciencia y la Tecnología Soviéticas” (p. 144).

⁴⁴⁵ *Vida, aventuras y desastres...*, pp. 167-168. No en vano, el diario oficialista *Revolución* —a la sazón dirigido por el mismo Carlos Franqui— publicó una edición especial en cuya portada aparecía un titular de más de la mitad de la página que rezaba “CONVENIO CUBA-URSS” y que estaba acompañado de subtítulos como

comenzó, entonces, una especie de *internacionalización* de la revolución cubana. Después de firmado ese tratado, la posición de Cuba en la guerra fría empezó a cambiar, y, con ello, la geopolítica del continente americano a transformarse. La cuestión, según James Monahan y Kenneth O. Gilmore, fue que tras la reunión entre Castro y Mikoyán empezó “seriamente” la “sovietización de Cuba”, pues al antedicho tratado le siguieron el establecimiento de relaciones diplomáticas con “Rusia, la China Roja y los países del bloque comunista” y otros acuerdos comerciales con la Unión Soviética, “Polonia, Checoslovaquia, Alemania Oriental y la China comunista”⁴⁴⁶. En aquellos momentos, los miembros del PSP aún no estaban participando *de lleno* en el gobierno revolucionario y, de hecho, la actitud de la Unión Soviética hacia los países ubicados al sur del río Bravo no tenía unos lineamientos definidos. Pero, aun así, Estados Unidos no iba a quedarse *con los brazos cruzados* viendo cómo su archirrival incursionaba en su área de influencia y, particularmente, en América Latina, su *patio trasero*⁴⁴⁷. “A un conflicto real, entre neocolonialismo norteamericano y nacionalismo cubano, se agrega otro mayor, entre Estados Unidos y la Unión Soviética, por el dominio de la isla, que es llave y puerta de la América Latina; peligrosa posición militar a sólo 90 millas de Estados Unidos”, señala acertadamente Franqui⁴⁴⁸. Desde marzo de 1960, entonces, Washington empezó a mover las fichas del ajedrez geopolítico tanto para distanciar nuevamente a Cuba de la influencia soviética como para refrenar el avance del comunismo en la región. Tras la visita de Mikoyán a *La perla de las Antillas*, según el historiador argentino Tulio Halperin Donghi, “nada volvería a ser lo mismo ni en Cuba ni en Latinoamérica”⁴⁴⁹.

La manera como el gobierno de Eisenhower intentó contrarrestar tanto la avanzada soviética en Cuba como la radicalización de la revolución fue por medio de presiones económicas y de la intensificación y la oficialización del apoyo a la contrarrevolución. Sin embargo, las cosas se dieron en *contravía* de lo que había presupuestado. Primero, porque ante esta coerción el gobierno isleño replicó con una política más agresiva en contra de los intereses económicos estadounidenses, con un incremento en las relaciones político-

“Compra 5 millones de toneladas de azúcar en 5 años”, “CREDITO POR CIEN MILLONES” y “Favorece a Cuba la nueva balanza comercial”. Véase: *Revolución*, La Habana, 13 de febrero de 1960, p. 1.

⁴⁴⁶ *Cómo el Kremlin...*, p. 89.

⁴⁴⁷ La expresión “patio trasero” para referirse a América Latina, aunque es conocida popularmente, fue tomada de: Marcos Cueva Perus, “¿El último imperio?: notas sobre la política exterior estadounidense y el estudio de las relaciones internacionales”, *Relaciones Internacionales*, No. 95, México, Centro de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, mayo-agosto de 2006, p. 31. Sobre la poca injerencia que a la sazón tenían los comunistas cubanos en el gobierno, véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 1.008.

⁴⁴⁸ *Vida, aventuras y desastres...*, p. 164.

⁴⁴⁹ *Historia Contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial S. A., El libro de bolsillo, 13ª edic., 1996, p. 517.

económicas con los países del bloque comunista, con más medidas encaminadas hacia la socialización de la economía, con una mayor intolerancia respecto a la oposición y con los preparativos para contrarrestar posibles acciones belicosas en contra de la revolución (lo cual se dio, por ejemplo, por medio de un inusitado armamentismo). Y segundo, porque tanto las presiones de los unos como el carácter antinorteamericano de los otros comenzaron a inspirar y a alentar a numerosos intelectuales de América Latina en torno a lo que Hobsbawm llama “una insurrección continental” (en ello muy seguramente también debieron influir la idea de Castro de “convertir a la cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del hemisferio” y el planteamiento del *Che* Guevara en su libro *La guerra de guerrillas* de la necesidad de la formación de pequeños grupos de militantes armados que lucharan por la liberación de los pueblos, propuesta conocida como la *Doctrina del foquismo* o la *Doctrina del foco guerrillero*)⁴⁵⁰. En consecuencia, las relaciones entre Washington y La Habana empezaron a girar en torno a una especie de *ley de acción y reacción* o, como diría Franqui, en torno a una dinámica de “golpes y contragolpes”⁴⁵¹. A cada medida, cada acontecimiento o cada ultraje *emprendido* por uno de los dos *bandos*, el otro respondía con mayor vehemencia.

A los pocos días de la visita de Mikoyán a Cuba, explotó en el puerto de La Habana el buque belga *La Coubre*, en cuyo interior iba material de guerra para el gobierno cubano procedente de Francia. Castro, sin pruebas fácticas (de hecho, nunca se supo con certeza quién ordenó o realizó el atentado), acusó al gobierno de Estados Unidos de sabotaje y expresó que el pueblo isleño estaba *en pie de guerra* ante “cualquier fuerza extranjera [que] ose desembarcar en nuestras playas, venga por barco o venga en paracaídas, o venga en avión, o venga como venga y cuantos vengan”⁴⁵². Fue entonces cuando Eisenhower le dio licencia a la CIA para que emprendiera una operación sistemática en contra de Castro y su revolución, *permisión* que *se tradujo* en un patrocinio a los grupos de anticastristas que estaban luchando en las montañas de la propia Cuba, en el incremento de acciones

⁴⁵⁰ Eric Hobsbawm, *Historia...*, p. 439. Las palabras de Castro fueron citadas por Hugh Thomas (*Cuba...*, p. 1.029). Señala este mismo autor que algunas de las presiones de Estados Unidos sobre Cuba, provocaron “una gran simpatía internacional hacia Castro” (*Cuba...*, p. 1.028). Derivación de esa *Doctrina del foquismo* fue la famosa consigna “Crear dos, tres... muchos Vietnam”.

⁴⁵¹ *Vida, aventuras y desastres...*, p. 164. La alusión a la *Tercera ley de Newton* se refiere particularmente al supuesto de que “cuando un cuerpo ejerce una fuerza sobre otro, éste también ejerce una fuerza sobre el primero”.

⁴⁵² Véase: “Palabras pronunciadas en las honras fúnebres de las víctimas de la explosión del barco ‘La Coubre’, Cementerio de Colón. 5 de marzo de 1960”, *Habla Fidel. 25 discursos...*, p. 92. La afirmación sobre la falta de pruebas de Castro fue hecha por Hugh Thomas, en *Cuba...*, p. 1.008. Empero, en el diario oficialista *Revolución* en un inmenso titular se expresó lo mismo: “SABOTAJE”, mientras que en un subtítular se expresó: “Había tratado EE.UU. de que esas armas no llegaran a Cuba” (*Revolución*, La Habana, 6 de marzo de 1960, p. 1). Durante el funeral de las víctimas de la explosión del *La Coubre*, fue cuando el fotógrafo personal de Fidel Castro, Alberto Díaz Gutiérrez, *Korda*, tomó la instantánea más conocida de Ernesto *Che* Guevara. Esta imagen es conocida como “El guerrillero heroico”, y para mucha gente es “la foto más reproducida de todos los tiempos”, según afirman Sarah Seidman y Paul Buhle (“Che Guevara, imagen y realidad”, *Che. Una biografía gráfica*, Spain Rodríguez, Madrid, Siglo XXI de España Editores, S. A., 2008, p. 101).

terroristas tanto en las principales ciudades como en los campos del país caribeño, en la unificación de las organizaciones opuestas al régimen cubano en torno al Frente Revolucionario Democrático, en el aumento de propaganda para desprestigiar a la revolución y, con el pasar del tiempo, en el entrenamiento de una brigada invasora en Guatemala⁴⁵³. En las semanas siguientes, la libertad de prensa desapareció de Cuba (tras el cierre forzado de *Diario de la Marina* y de *Prensa Libre*), la Iglesia se pasó al bando contrarrevolucionario y el gobierno expropió las refinerías de petróleo Texaco, Royal Dutch y Standard Oil por negarse a refinar el crudo importado de la Unión Soviética (negativa que, según *Revolución*, el diario oficialista, fue “la primera gran zancadilla contra nuestra revolución”)⁴⁵⁴. Esas expropiaciones, en particular, motivaron al Congreso estadounidense a aprobar una ley que autorizaba al presidente Eisenhower a reducir las importaciones de azúcar cubano. Castro, denunciando que aquello era una “agresión económica”, respondió con más expropiaciones a propiedades estadounidenses y con un convenio para venderle a la Unión Soviética el azúcar *rechazado* por Washington⁴⁵⁵. Por esos días, el PSP manifestó su aquiescencia para con el proceso revolucionario y Nikita Jruschov, el primer ministro soviético, declaró que las armas de la potencia socialista estaban dispuestas a defender a Cuba si era necesario. Mientras, Eisenhower manifestó sus intenciones de prestar auxilios financieros a programas sociales en América Latina, promovió una serie de proyectos con el ánimo de estimular la emigración en masa de cubanos a su territorio e incrementó y reorganizó (dados los conflictos de intereses entre *batistianos*, burgueses, liberales y/o antiguos miembros del 26 de Julio) las fuerzas contrarrevolucionarias en la isla, Miami y Guatemala. La réplica del gobierno revolucionario a estas cuestiones fue la nacionalización de los bancos y de las más grandes empresas propiedad de estadounidenses; el acrecentamiento de los impuestos a las clases altas, la aceptación de los cohetes ofrecidos por Jruschov, la creación de una milicia con armas compradas a Bélgica y a Checoslovaquia y la fundación de los Comités de Defensa de la Revolución, ideados para la salvaguardia del proyecto castrista *cuadra por cuadra*⁴⁵⁶. (Como

⁴⁵³ Sobre la forma como la CIA organizó la contrarrevolución, después de marzo de 1960, véanse: Pedro Álvarez-Tabío Longa, “Las primeras leyes...”, pp. 88-93; Aníbal Velaz Suárez, “La lucha contra...”, pp. 198-204, y Carlos Alberto Montaner, *Viaje al corazón...*, pp. 121-125.

⁴⁵⁴ Véase: *Revolución*, La Habana, 11 de junio de 1960, p. 1.

⁴⁵⁵ La expresión usada por Castro fue tomada de Hugh Thomas (*Cuba...*, p. 1.027). Sobre las medidas económicas tomadas por Estados Unidos y Cuba a mediados de 1960, véanse: Héctor Rodríguez Llompart, “Relaciones con los países...”, pp. 148-150; Jorge Domínguez, “Cuba...”, p. 187, y Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.022-1.033.

⁴⁵⁶ Respecto a las medidas tomadas por Washington y por La Habana en torno a la *preparación* para un conflicto bélico, véanse: Jorge Lezcano Pérez, “La defensa de la Revolución por las masas”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, p. 137; Fabián Escalante Font, “La contrarrevolución...”,

parte de la también competencia propagandística, el diario *Revolución* expresó cómo el oficialismo isleño estaba percibiendo algunas de estas medidas a través de una caricatura del ex rebelde Santiago Armada Suárez, *Chago*, en la que Cuba, cual cocodrilo —ojos y boca incluidos—, comandada por los rebeldes —representados en el personaje *Julito 26*, creación del caricaturista—, estaba mordiendo y, por ende, haciendo quejar al Tío Sam: véase la figura 46⁴⁵⁷.) Para esos días —entre agosto y septiembre de 1960—, la contienda se trasladó al plano de los organismos multilaterales: en la Séptima Reunión de Consulta de Cancilleres de la Organización de Estados Americanos, celebrada en San José de Costa Rica, la delegación estadounidense trató de que se aprobara una resolución que condenase al gobierno cubano por cuanto su política ponía “en peligro al hemisferio”, a lo que Castro respondió con la famosa “Declaración de La Habana”, en la cual, entre otros aspectos, reprobó el intervencionismo norteamericano, criticó el sistema democrático en los países subdesarrollados, condenó la desigualdad social y, en cierto sentido, invitó a los diversos países de la región para que tomaran un camino similar al de su país. Por su parte, en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), en Nueva York, el líder revolucionario pronunció un discurso de más de cuatro horas en el que habló de la historia cubana, de las dictaduras, de la *naturaleza* de la revolución, de las lides con Washington, de la contrarrevolución, del subdesarrollo, del imperialismo, del colonialismo y, entre otras cosas, de la necesidad de un desarme para la paz mundial, temas que no suscitaron discusiones de relevancia entre los diplomáticos presentes⁴⁵⁸. Días después de la visita de Castro a Nueva York —en la cual, a propósito, se presentaron incidentes en el hotel que hospedó a la delegación isleña—, Eisenhower prohibió todas las exportaciones de productos estadounidenses a Cuba (a excepción de medicinas y de algunos alimentos), eliminó por completo las importaciones de azúcar cubano y retiró al embajador Philip Bonsal de La Habana. Castro, entretanto, prosiguió con las expropiaciones y con las nacionalizaciones, decretó una ley de reforma urbana, solicitó más armas a Moscú y acusó a Washington de

p. 176-178; Jorge Domínguez, “Cuba...”, pp. 187-188; Carlos Alberto Montaner, *Viaje al corazón...*, pp. 121-126, y Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.028-1.039.

⁴⁵⁷ Sobre *Chago* y su personaje, *Julito 26*, véase: Malena Balboa Pereira, “El humor gráfico en los albores de la revolución cubana (1959-1962). Legitimación de un proceso”, en la página de internet: http://revistacaliban.info/articulo.php?numero=3&article_id=36#_edn7, en línea abril de 2013.

⁴⁵⁸ Véanse: “Primera Declaración de La Habana. 2 de septiembre de 1960. Año de la Reforma Agraria”, *Documentos de la revolución cubana*, Bogotá, Ediciones Paz y Socialismo, Colección Cuba nueva, 1963, pp. 57-65; “Discurso pronunciado en la Sede de las Naciones Unidas, Estados Unidos. 26 de septiembre de 1960”, *Habla Fidel. 25 discursos...*, pp. 101-163, y Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.029-1.031. El discurso de Castro en la ONU fue recibido con sumo júbilo en Cuba: el diario *Revolución*, dirigido entonces por Carlos Franqui, publicó ese mismo día una edición especial cuya primera página tenía un fotografía de Castro durante su alocución y exclamaciones como “¡FORMIDABLE!”, “¡DÍA DE GLORIA PARA CUBA!”, “A nuestro pueblo lo gobierna el pueblo!” y “NOSOTROS NO TENEMOS POR QUE PEDIR PERDON” (*Revolución*, La Habana, 26 de septiembre de 1960, p. 1).

apoyar a los contrarrevolucionarios. Finalmente, el 3 de enero de 1961, poco antes de que Eisenhower abandonara la Casa Blanca, los Estados Unidos rompieron relaciones diplomáticas con Cuba. Con ello, la *dinámica* de *ires y venires*, de acción y reacción, de golpes y contragolpes, en cierta forma, menguó. Para muchos, la decisión de los estadounidenses significó el reconocimiento y hasta la aceptación de que el camino elegido por Castro estaba del lado de los soviéticos y más que alejado de las directrices de Occidente y su sistema capitalista⁴⁵⁹. Sin embargo, el incidente diplomático fue tan solo una especie de repliegue para la preparación de un golpe más contundente contra la isla. Para esos días, según cuenta el político y periodista colombiano Leopoldo Villar Borda, “el conflicto entre Washington y La Habana ha tomado el carácter de una abierta confrontación”, por lo que, ante el amago de una “crisis continental”, la Casa Blanca comenzó a trabajar “en varios frentes”⁴⁶⁰.

El 20 de enero de 1961, John Fitzgerald Kennedy, se posesionó como presidente de Estados Unidos. *Ipsa facto*, el joven mandatario quedó a cargo de sortear *la cuestión Cuba*. En este sentido, de acuerdo a las propuestas que desde América Latina venía recibiendo Washington en torno a la financiación de reformas socioeconómicas, así como a la simpatía despertada por Castro y su revolución, y tras heredar de la administración Eisenhower los planes de un desembarco con exiliados cubanos en la isla, Kennedy actuó en dos *flancos*: a nivel hemisférico, para intentar aislar a Cuba del sistema interamericano y, así, restar *importancia* a la revolución, y a nivel de la isla, con el propósito de derrocar el gobierno de los barbudos. Para lo primero, Kennedy ideó una política exterior en la cual primaron programas y alianzas de cooperación interestatal y de intervención unilateral, mientras que para lo segundo reforzó las presiones sobre el gobierno cubano e intensificó los esfuerzos por llevar a cabo la contrarrevolución.

Dado que a principios de los años sesenta el mundo capitalista creyó estar perdiendo la lucha contra el comunismo (por ejemplo, la Unión Soviética había tomado la delantera en *la carrera espacial*) y dado también que por esos mismos días Jruschov manifestó su intención de apoyar *las guerras de liberación nacional*, los mecanismos ejecutados por la Casa Blanca para contrarrestar la *sovietización* de Cuba y para *neutralizar* la *atracción* que la revolución cubana y su líder estaban generando en algunos sectores progresistas del mundo

⁴⁵⁹ Tanto se pensó así que la primera página del diario *Revolución* del 4 de enero de 1961 fue una especie de proclama victoriosa: allí puede verse el titular “¡VIVA CUBA LIBRE!”, un dibujo de una bandera de la isla y la exclamación “¡VENCEREMOS!”. Sobre lo ocurrido a finales de 1960 y lo relacionado con el rompimiento de relaciones, véanse: Daniel Bruno Sanz, *Cuba en una encrucijada. La nueva estrategia estadounidense*, South Carolina, BookSurge Publishing, 2009, pp. 127-130, y Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.032-1.039.

⁴⁶⁰ Alberto Lleras. *El último republicano*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., marzo de 1997, p. 331 y p. 336.

se dieron en el marco del interés de la administración Kennedy de *retomar* —aunque, más exactamente, de acrecentar— la hegemonía de Washington sobre Moscú⁴⁶¹. Con ese fin, la política exterior estadounidense *se moldeó* en torno a la llamada Doctrina Kennedy, un programa económico-militar creado para la contención del comunismo a través del fortalecimiento del poderío marcial y de la financiación de reformas socioeconómicas en países del Tercer Mundo *vulnerables* a la influencia soviética —en especial, en América Latina—⁴⁶². La *doble vía* “seguridad y desarrollo” fue, pues, el planteamiento central del programa⁴⁶³. El aspecto militarista tuvo como propósito el aumento de la capacidad de acción frente a cualquier *ataque comunista*, para lo cual se adoptó la llamada “estrategia de respuesta flexible”: un intervencionismo llevado a los ámbitos de las presiones diplomáticas, de las operaciones encubiertas, de las alianzas militares y hasta de la amenaza nuclear, a fin de hacerlo más *aplicable* a cualquier situación *adversa*⁴⁶⁴. Entretanto, el aspecto económico tuvo la intención de *evitar otra Cuba* por medio del patrocinio de una “revolución desde arriba” que hiciera abortar las “revoluciones desde abajo” (palabras de Hans-Joachim König), para lo cual se incrementó el apoyo a aquellos sectores progresistas que desde el sistema democrático proclamaban moderados cambios sociales sustentados en reformas agrarias y en la distribución de la riqueza⁴⁶⁵. O sea que los planteamientos del proyecto *kennedyano* estuvieron enfocados en combatir la pobreza con políticas moderadas surgidas en el ámbito de la democracia y, a la vez, en vigilar que éstas no fueran muy radicales ni, mucho menos, *próximas* al comunismo. En últimas, según menciona Jesús Arbolea Cervera,

El principal aporte de Kennedy a la política exterior de Estados Unidos fue convertir a los países del Tercer Mundo en el centro de la guerra fría y ubicar los procesos internos de liberación y reformas nacionales dentro de este contexto, argumentando la necesidad de una política que tuviera en cuenta las particularidades de esta situación y propusiera soluciones novedosas para el reto que ello constituía.⁴⁶⁶

⁴⁶¹ Véase al respecto: Eric Hobsbawm, *Historia...*, pp. 240-241 y p. 246, y Ronald E. Powaski, *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*, Barcelona, Editorial Crítica, 2000, pp. 171-172.

⁴⁶² Véase: Lorena Jaimes Vargas y Sandra Aurora Ocaña Padilla, “Doctrina Bush: Reflejo real de la tradición estadounidense en política exterior”, trabajo de licenciatura, Departamento de Relaciones Internacionales e Historia, Universidad de las Américas - Puebla, 2005, pp. 58-62.

⁴⁶³ Sobre la mencionada expresión, véase: Tulio Halperin Donghi, *Historia Contemporánea...*, pp. 525-526.

⁴⁶⁴ Ronald E. Powaski, *La guerra fría...*, pp. 176-179, y Jesús Arbolea Cervera, *La revolución...*, p. 150.

⁴⁶⁵ “El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica”, *Historia de Iberoamérica*, Manuel Lucena Salmoral coord., tomo III: *Historia Contemporánea*, Madrid, Ediciones Cátedra S. A., Historia Serie Mayor, 3ª edic., 1998, p. 461. Véase también: Jesús Arbolea Cervera, *La revolución...*, p. 156, y Alan Angell, “La izquierda en América Latina desde c. 1920”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1997, p. 103. El proyecto de apoyar las “revoluciones desde arriba” incluyó la creación de los famosos *Peace Corps* (Cuerpos de Paz), ideados para la *exportación* de voluntarios estadounidenses interesados en ayudar con trabajo, campañas de alfabetización o *propagandismo* en diferentes países del mundo.

⁴⁶⁶ *La revolución...*, p. 151.

En América Latina, gracias fundamentalmente al temor suscitado por “el eco que encuentra el lenguaje revolucionario de Fidel Castro” (afirmación de Villar Borda), la puesta en práctica de la Doctrina Kennedy devino, por el lado de lo castrense, en una proyección de la Doctrina de Seguridad Nacional. Recuérdense que aquella fue una política emprendida al término de la segunda guerra mundial en la cual, bajo las lógicas de los “conflictos de baja intensidad” —llamados así por cuanto no comprometieron altas tecnologías ni enfrentamientos interestatales, sino grupos de personas y/o ejércitos en una guerra irregular en torno al poder gubernamental—, las autoridades estadounidenses patrocinaron por medio de tratados, de adoctrinamiento, de operaciones conjuntas, de visitas de agregados y hasta de cursos en escuelas especializadas, las acciones de las fuerzas armadas de la región encaminadas a salvaguardar los *principios de derecha* (a saber, la propiedad privada, el libre mercado, el culto al orden y a la autoridad, la jerarquización social, las libertades individuales, el tradicionalismo, la religiosidad y, en fin, el orden social establecido) de aquellos actores que adoptaron, por un lado, propuestas progresistas (tales como la justicia social, el laicismo y la interculturalidad) y, por el otro, métodos de acción colectiva de tipo reformista (como la protesta social, la formación de guerrillas, la participación en partidos de masas y la publicación de escritos subversivos) contrarios al *statu quo* y/o próximos al izquierdismo⁴⁶⁷. Entonces, los militares, sintiéndose “los nuevos ‘cruzados’ de la guerra fría” —expresión empleada por Alain Rouquié y Stephen Suffern—, empezaron a ver *subversiones comunistas* por doquier, las cuales fueron *protagonizadas* por lo que se denominó el “enemigo interno”⁴⁶⁸. (En cierto sentido, con ello quedó implícito que Estados Unidos estaba a cargo de contener la influencia soviética en América Latina a nivel externo, mientras que cada gobierno —o, más exactamente, cada ejército— lo estaba a nivel interno.) En la praxis, esa impulsión al militarismo latinoamericano condujo a tres nuevos procesos. Por un lado, a la configuración de una dinámica de “contrainsurgencia” en la cual militares y paramilitares de la región, apoyados ocasionalmente por las “fuerzas especiales” estadounidenses, acometieron contra aquel sector del “enemigo interno” comprendido por las guerrillas revolucionarias, muchas de las cuales, a su vez, se inspiraron en la *Doctrina del foquismo*. De otra parte, a la aparición de regímenes castrenses que, gracias a que se fundamentaron en la supuesta debilidad de los gobiernos derrocados respecto al comunismo (hecho que, en algunos casos, fue cierto), contaron con la anuencia de la Casa

⁴⁶⁷ La afirmación de Villar Borda se encuentra en *Alberto Lleras...*, p. 336. Sobre la Doctrina de Seguridad Nacional, véase: Édgar de Jesús Velásquez Rivera, “Historia de la Doctrina de Seguridad Nacional”, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, México, año 09, No. 27, enero-abril de 2002, pp. 17-34. Respecto a los orígenes de la mencionada doctrina, véase el capítulo 1.

⁴⁶⁸ “Los militares en la política latinoamericana desde 1930”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1997, p. 291.

Blanca y acarrearón tanto el *aplastamiento* de las instituciones democráticas como el aumento de la *represión* oficial (con violaciones a los derechos humanos incluidas). Y, por último, al reforzamiento del vínculo entre autoridades estadounidenses y gobiernos latinoamericanos a través del cual, en palabras de Édgar de Jesús Velásquez Rivera, aumentaron la dependencia y la subordinación, y disminuyó la soberanía en favor de las primeras⁴⁶⁹. En consecuencia, entre 1962 y 1966 nueve golpes de Estado acaecieron en la región y, según Alan Angell, “A los ejércitos de la América Latina continental les costó poco frenar el avance de las guerrillas que surgieron a imitación de la revolución cubana”, guerrillas que, según el mismo autor, había “en casi todos los países latinoamericanos”⁴⁷⁰.

Por el lado de lo económico, la Doctrina Kennedy en América Latina se ejecutó a través de la Alianza para el Progreso. Tras años de propuestas, peticiones y presiones de diferentes gobiernos, delegaciones y personalidades de los países *al sur del río Bravo* (recuérdense, por ejemplo, la Décima Conferencia Panamericana, celebrada en 1954 en Caracas, Venezuela; la Operación Panamericana, impulsada por el presidente brasileño Juscelino Kubitschek a finales de los años cincuenta —véase el capítulo 2—, y la proposición de Fidel Castro en el segundo Comité de los 21 de la OEA en mayo de 1959 en Buenos Aires, Argentina), el gobierno de Estados Unidos, por fin, accedió a *poner en escena* un mecanismo de asistencia social y económica en la región. El camino emprendido por Castro en *La perla de las Antillas* fue, a fin de cuentas, lo que aceleró este proceso: con el mencionado programa “Se trataba de buscar una respuesta apaciguadora a la influencia de la Revolución Cubana [*sic*]”, dice Arboleya Cervera⁴⁷¹. La Alianza para el Progreso, en consecuencia, planteó que por medio de “la cooperación financiera y técnica” de Washington (representada en 20.000 millones de dólares a diez años) y de la planeación nacional, y en el marco de “las instituciones de la democracia representativa” y de “la libertad”, las repúblicas latinoamericanas se esforzarían por alcanzar el progreso económico y el bienestar social a través de la ejecución de programas de vivienda, de reforma agraria, de salubridad y de higiene; del aseguramiento de condiciones dignas para los trabajadores; de la erradicación del analfabetismo; de reformas tributarias; de nuevas políticas monetarias y fiscales; del estímulo a las actividades privadas, y de la integración económica del

⁴⁶⁹ Respecto a los tres procesos que devinieron de la Doctrina de Seguridad Nacional en América Latina, véanse: Édgar de Jesús Velásquez Rivera, “Historia de la Doctrina...”, pp. 16-35; Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, pp. 152-154, y Alan Angell, “La izquierda...”, p. 103.

⁴⁷⁰ “La izquierda...”, p. 103. Las dictaduras instauradas fueron las de: Arturo Frondizi, en Argentina; Manuel Prado y Ugarteche, en Perú; Miguel Ydígoras Fuentes, en Guatemala; C. Julio Arosemena Monroy, en Ecuador; Juan Bosch, República Dominicana; Ramón Villeda Morales, en Honduras; João Goulart, en Brasil; Víctor Paz Estenssoro, en Bolivia, y Arturo Illia, también en Argentina (véase: Alain Rouquié y Stephen Suffern, “Los militares en la política...”, p. 291).

⁴⁷¹ *La revolución...*, p. 157.

hemisferio⁴⁷². En palabras del mismo Kennedy —quien, a propósito, durante su mandato fue tres veces a América Latina para promocionar el proyecto—, el objetivo primario de su proposición era “satisfacer las necesidades fundamentales de los pueblos de las Américas de techo, trabajo y tierra, salud y escuela”, es decir, hacer “una revolución pacífica a escala hemisférica”⁴⁷³. O sea que, en definitiva, la Alianza para el Progreso propuso prácticamente los mismos objetivos que la revolución cubana. (De hecho, doce países de América Latina promulgaron medidas de reforma agraria a lo largo de los años sesenta⁴⁷⁴.) “Bueno, casi casi [*sic*] lo que estábamos haciendo nosotros”, dijo al respecto Fidel Castro años más tarde (aunque la diferencia quizás radicó en que Cuba ya había tomado el *camino* del socialismo)⁴⁷⁵. Sin embargo, en su momento, el proyecto *kennedyano* fue visto en la isla “como una iniciativa encaminada a ganar el apoyo latinoamericano para una acción contra La Habana”, dice al respecto Leopoldo Villar Borda⁴⁷⁶. No en vano, en el marco del Consejo Interamericano Económico y Social de la OEA, celebrado en agosto de 1961 en Punta del Este (Uruguay), cuando el programa fue presentado para su aprobación ante los países miembros del sistema interamericano —mediante las firmas de la “Declaración de los Pueblos de América” (en la cual se fijaron los fines) y de la “Carta de Punta del Este” (en la cual se plantearon los procedimientos a adoptar)—, la delegación cubana, encabezada por Ernesto *Che* Guevara, adoptando una “posición [...] francamente separatista” (en palabras de Carlos Sanz de Santamaría), se negó a firmarlo⁴⁷⁷. Y no sólo eso, sino que también expuso comparativamente algunas de las medidas tomadas por el gobierno cubano, propuso determinadas enmiendas (encaminadas, en principio, a la promulgación

⁴⁷² Estos planteamientos, textualmente, predicaron: “Ejecutar programas de vivienda”, “Impulsar [...] programas de reforma agraria”, “Asegurar a los trabajadores una justa remuneración y adecuadas condiciones de trabajo”, “Acabar con el analfabetismo”, “Desarrollar programas de salubridad e higiene”, “Reformar las leyes tributarias”, “Mantener una política monetaria y fiscal que [...] defienda el poder adquisitivo del mayor número, garantice la mayor estabilidad de los precios, y sea base adecuada para la promoción de las economías”, “Estimular la actividad privada”, “Dar rápida y duradera solución al grave problema que representan [...] las variaciones excesivas de los precios de los productos que [...] exportan” y “Acelerar la integración de la América Latina”. Citado en: Lincoln Gordon, *Un nuevo trato para América Latina. La alianza para el progreso [sic]*, México, Editorial Limusa-Wiley, S. A., 1964, pp. 113-119.

⁴⁷³ Citado en: Hernando Agudelo Villa, *La revolución del desarrollo. Origen y evolución de la Alianza para el Progreso*, México, Editorial Roble, abril de 1966, p. 91. Sobre las visitas de Kennedy a la región, véase: David Talbot, *La conspiración. La historia secreta de John y Robert Kennedy*, Barcelona, Crítica, S. L., 2008, pp. 100-101.

⁴⁷⁴ Norman Long y Bryan Roberts, “Las estructuras agrarias de América Latina, 1930-1990”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 11: *Economía y sociedad desde 1930*, Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S.A, 1997, p. 309.

⁴⁷⁵ *Cien horas con Fidel...*, p. 306. Sobre el punto de la Alianza para el Progreso relativo a las reformas agrarias, dice allí mismo Castro: “¡reforma agraria! Ellos que no habían aceptado nunca la palabra reforma agraria, a la que consideraban tema de comunistas, plantearon la necesidad de una reforma agraria en América Latina”.

⁴⁷⁶ *Alberto Lleras...*, p. 334. El 13 de marzo de 1961, Castro, en un discurso público, expresó: “Es una verdadera tomadura de pelo histórico, que intenta ser tomadura de pelo continental, esa supuesta ‘Alianza para el Progreso’ de la cual habló hoy el millonario Kennedy” (Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba, anexo al Comité Central del PCC, *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática*, tomo I, Vol. I: *enero 1959-abril 1961*, La Habana, Editora Política, 1983, p. 114).

⁴⁷⁷ *Complemento a la Historia...*, p. 110.

de una política de coexistencia pacífica en la cual se *aceptara* el gobierno socialista de la isla) e invitó a los países signatarios para que compararan en un futuro los logros de la Alianza con los de la revolución cubana⁴⁷⁸. Según cuenta Hernando Agudelo Villa, quien sería el representante por Colombia en el grupo de expertos encargados de poner en marcha el programa de Kennedy, los delegados cubanos arguyeron, además, que el proyecto en cuestión fracasaría⁴⁷⁹. Y, en gran medida, tuvieron razón. Aunque algunas cosas se han dicho sobre los logros de la Alianza en términos de modernización de estructuras, de la creación de programas de cooperación económica, de procesos de desarrollo racionales, de flujo de capitales a bajos costos y hasta de un cambio de mentalidad en diferentes países de la región, la mayoría de las versiones sobre la misma concuerdan en decir que no cumplió los objetivos en un principio estipulados⁴⁸⁰. Según se dice, la causa de ello fue un repentino desinterés de la Casa Blanca por América Latina, producto de la gran cantidad de recursos que a la primera le demandó la guerra de Vietnam y, quizás, producto también de la muerte de Kennedy, tras su asesinato el 22 de noviembre de 1963. Pero para otras personas, el fracaso del proyecto se debió a que éste fue llevado a la práctica como una cuestión política, no como una cuestión socioeconómica; a que se incurrió en un error al plantear un modelo único de desarrollo para los diferentes países de la región, y a que muchos de estos no estaban preparados para la planificación económica⁴⁸¹. “Hay quienes dicen que la Alianza para el Progreso nació muerta, otros que murió con Kennedy”, dice al respecto el historiador Álvaro Tirado Mejía⁴⁸². Lo cierto es que, a fin de cuentas, según los planteamientos de Hans-Joachim König, a América Latina sólo llegaron 9.400 millones de dólares de los 20.000 millones pactados, una suma de dinero que, aun así, “hubiera podido resultar una ayuda valiosa para lograr el deseado desarrollo, si los países iberoamericanos hubiesen podido utilizarla con libertad”, porque en Estados Unidos “continuaron alzando barreras a la entrada de productos” de la región, porque el 80% del dinero otorgado “tenía que ser utilizado obligatoriamente en la compra de productos norteamericanos”, porque “un dólar de la Alianza valía en realidad 50 céntimos” (dado que a los productos

⁴⁷⁸ Véase: Hernando Agudelo Villa, *La revolución...*, pp. 131-134.

⁴⁷⁹ *La revolución...*, p. 134. Según el autor, Cuba planteó que “no se dispondría de los 20,000 [sic] millones de que se hablaba”, que “la Alianza se convertiría en una fuente de financiamiento, por parte de los países latinoamericanos, de las empresas monopolísticas extranjeras”, que “los balances de pagos de los países latinoamericanos se deteriorarían cada vez más” y, en últimas, que “el sistema político imperante en América Latina era incapaz de llevar a cabo la revolución que se anunciaba”.

⁴⁸⁰ Esas afirmaciones sobre los logros de la Alianza para el Progreso fueron realizadas por algunos personajes de la vida política latinoamericana que participaron en la construcción y la implementación de la misma. Véase al respecto: Carlos Sanz de Santamaría, *Complemento a la Historia...*, pp. 368-376.

⁴⁸¹ Véanse tales afirmaciones y otras en: Carlos Sanz de Santamaría, *Complemento a la Historia...*, pp. 368-376.

⁴⁸² *Colombia en la OEA*, Bogotá, Ministerio de Relaciones Exteriores, Banco de la República, El Áncora Editores, 1998, p. 172.

estadounidenses les subieron el costo respecto al mercado internacional), porque los artículos vendidos por los Estados Unidos eran “obsoletos”, porque los países de la región debían “transportar las mercancías [...] en barcos norteamericanos” y, en fin, porque las mismas mercancías debían ser aseguradas en compañías de seguros también estadounidenses⁴⁸³. Cuenta el periodista y escritor Eduardo Galeano en su conocido libro *Las venas abiertas de América Latina* que en 1968 el mismo Richard Nixon “comprobó en voz alta que la Alianza para el Progreso había cumplido siete años de vida y, sin embargo, se habían agravado la desnutrición y la escasez de alimentos en América Latina”⁴⁸⁴. Asimismo, durante los años sesenta no se alcanzó una disminución notable del analfabetismo, el desempleo aumentó de 18 a 25 millones de personas, la distribución de la riqueza permaneció *desbalanceada* a favor de unos pocos y, según se mencionó con anterioridad, aumentaron los regímenes castrenses⁴⁸⁵. Según declaraciones realizadas en octubre de 1969 en Nueva York por Carlos Sanz de Santamaría, a la sazón presidente del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso, “la ayuda había resultado un muy buen negocio para la economía de los Estados Unidos, así como para la tesorería de ese país”⁴⁸⁶. En suma, la Doctrina Kennedy —por medio de la Doctrina de Seguridad Nacional y de la Alianza para el Progreso—, en términos socioeconómicos favoreció comercialmente a los estadounidenses y consolidó el neocolonialismo en América Latina, mientras que en términos sociopolíticos estimuló el *pensamiento de derecha* y, por consiguiente, impidió la exportación del comunismo y, en particular, del castrismo.

Mientras a nivel interamericano John Fitzgerald Kennedy planteó la vía “seguridad y desarrollo” como contrapeso a la revolución cubana, a nivel cubano la aprobación del desembarco en la isla de los exiliados que desde meses atrás venían entrenándose en Guatemala fue el principal mecanismo empleado por el joven mandatario para derrocar al gobierno de los barbudos⁴⁸⁷. Pero, paradójicamente, la política exterior *kennedyana* encontró allí su mayor escollo. Cuando Kennedy fue informado de los planes de la administración Eisenhower en este sentido, no estuvo plenamente de acuerdo con los mismos. Temió tanto un fracaso de la invasión como la proyección de una imagen negativa de sus políticas ante la opinión pública internacional —hecho que, por ejemplo en lo relacionado con la

⁴⁸³ “El intervencionismo...”, p. 458.

⁴⁸⁴ Bogotá, Siglo XXI Editores de Colombia, S. A., 60ª edic., 1990, p. 7.

⁴⁸⁵ Véanse esos datos en: Ronald E. Powaski, *La guerra fría...*, pp. 173-175.

⁴⁸⁶ Eduardo Galeano, *Las venas abiertas de América Latina*, Bogotá, Siglo XXI Editores de Colombia, S. A., 60ª edic., 1990, p. 377.

⁴⁸⁷ Otras de las medidas tomadas por la administración Kennedy para intentar derrocar a Castro fueron las presiones económicas: en febrero de 1961 se intensificó el embargo comercial contra Cuba, lo que significó la negativa por parte de Estados Unidos de comprar mercancías (materias primas incluidas) provenientes de este país. Véase al respecto: Hans-Joachim König, “El intervencionismo...”, p. 463.

Alianza para el Progreso, podía jugar en contra de los intereses de Estados Unidos—. Pero tampoco pudo *echarse para atrás*: ello significaría *ganarse* las ojerizas de miles de cubanos exiliados en Miami y, asimismo, dejar pasar la oportunidad de contrarrestar *de una vez por todas* los alcances de Fidel Castro y de su revolución (que, además, cada día contaban más con el apoyo armamentístico soviético). Así, después de resolver las dudas sobre el *modus operandi* (en lo relativo a la fecha y al lugar del desembarco y a la no participación de las fuerzas armadas estadounidenses), y luego también de sortear algunas cuestiones relacionadas con la filtración en la prensa de informaciones sobre los planes del desembarco y con la preparación de un gobierno provisional cuya base sería el Consejo Revolucionario Cubano (organización de exiliados presidida por José Miró Cardona, primer ministro de la isla tras el triunfo de la revolución), Kennedy, pocos días después de haber declarado públicamente que su gobierno no intervendría en un conflicto cubano, presionado por la CIA y por los contrarrevolucionarios —quienes, a su vez, creían que el pueblo cubano se sublevaría a su favor y que el ejército de Estados Unidos los respaldaría—, autorizó la invasión. “Operación Pluto” fue el nombre elegido para la misma⁴⁸⁸.

El 14 de abril de 1961, un millar y medio de hombres (entre militares, estudiantes, empresarios, abogados, médicos y políticos, en su mayoría de las clases media y alta) partieron de Nicaragua rumbo a Cuba con la intención de derrocar al gobierno revolucionario. La confianza en la victoria era tal, que al momento de la partida fueron despedidos por el dictador nicaragüense Luis Anastasio Somoza con las palabras: “¡Traedme un par de pelos de la barba de Castro!”⁴⁸⁹. La fuerza invasora (llamada “Brigada 2.506” por el número que portaba uno de sus hombres, muerto accidentalmente durante los entrenamientos) contaba con armas de corto alcance, con tanques, con cañones, con morteros y con unidades médicas, de logística y de ingeniería, e iba en siete barcos escoltados por portaviones, portahelicópteros, submarinos, barcos ligeros y aviones de propiedad estadounidense. Como parte del plan, durante las primeras horas del 15 de abril, ocho aviones pilotados por exiliados cubanos bombardearon los principales campos de aviación de la isla a fin de estropear la defensa aérea castrista, hecho que en vez de causar daños efectivos, generó pánico en el pueblo cubano, alertó a los revolucionarios y sembró

⁴⁸⁸ Sobre los antecedentes de la invasión, véanse: José Ramón Fernández Álvarez, “Playa Girón”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 226-230; Jorge Domínguez, “Cuba...”, pp. 188-189, y Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.035-1.044.

⁴⁸⁹ Citado en: Arthur M. Schlesinger, “El desembarco de Bahía Cochinos”, *Reportajes de la Historia. 114 relatos de testigos presenciales sobre hechos ocurridos en 25 siglos*, tomo 4, selección y estudio de los textos: Martín de Riquer y Borja de Riquer, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, S. A., noviembre de 1988, p. 23.

la confusión en la opinión pública internacional⁴⁹⁰. Al otro día, durante las honras fúnebres de quienes murieron en los bombardeos —y mientras el cuerpo diplomático cubano protestaba ante la ONU—, Castro, que aún no sabía dónde sería el desembarco de la flota invasora, proclamó por primera vez de manera abierta el carácter socialista de la revolución cubana: “lo que no pueden perdonarnos los imperialistas es [...] que hayamos hecho una revolución socialista en las propias narices de Estados Unidos. [...] esta es la revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes [...] ¡Viva la revolución socialista!”⁴⁹¹. Castro, en el acto, enardeció los ánimos de las masas deseosas de hacer frente a quienes llamaba peyorativamente “los gusanos”, declaró “el país en estado de alerta” y ordenó la movilización de las tropas, a la espera de nuevas órdenes. Entretanto, los órganos de seguridad cubanos detuvieron unas 100.000 personas en toda la isla por considerárselas sospechosas de estar apoyando el movimiento contrarrevolucionario, con lo cual se dejó sin muchas posibilidades de acción a la posible sublevación interior con la cual contaban los exiliados. La brigada, entretanto, también autodenominada el “Ejército de Liberación”, inició su desembarco la noche del 16 al 17 de abril en la bahía de Cochinos, un lugar no muy apto para ello debido a la existencia de arrecifes de coral y de zonas pantanosas, y a que la población —*grosso modo*— era proclive a defender el proyecto revolucionario (aunque lo que se había pensado era que el terreno también sería adverso para el contraataque de las tropas cubanas)⁴⁹². Castro, informado del hecho, y luego de confirmar que en ese punto se concentrarían las fuerzas enemigas, envió allí el grueso de sus fuerzas (tanto del Ejército Rebelde como de las Milicias Nacionales Revolucionarias) y, consciente del valor simbólico que su presencia podría generar, fue personalmente a dirigir las operaciones: sabía que no podía permitir una *cabeza de playa* en la cual desembarcara el gobierno provisional, porque ello daría pie para el reconocimiento internacional del mismo y, más aún, para la legitimación de la invasión⁴⁹³. Durante ese primer día de operaciones, muchos contrarrevolucionarios alcanzaron a tocar tierra *firme* (como *hombres rana*, tras lanzarse en paracaídas o por medio de las lanchas de desembarco), logrando con ello frenar

⁴⁹⁰ Véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.043-1.044 y pp. 1.075-1.076.

⁴⁹¹ “Proclamación del carácter socialista de la Revolución”, *Medio siglo de Revolución. Cincuenta momentos históricos*, La Habana, Editorial Arte y Literatura, Colección 50 Aniversario del Triunfo de la Revolución, 2008, pp. 33-34. Ese mismo día, el diario habanero *Prensa Libre* imprimió en la segunda página las frases “El Pueblo responde con coraje y en pie de lucha...”, “¡MUERTE AL INVASOR!”, “¡PATRIA O MUERTE!” y “¡VENCEREMOS!”, mientras que al otro día, el diario también habanero *La Calle* reprodujo en la primera página fragmentos del discurso de Castro *bajo* titulares como “¡ESTADO DE ALERTA!”, “¡ATACADA NUESTRA PATRIA!” y “¡HIERRO Y FUEGO AL ENEMIGO!”, expresiones que demuestran la disposición, el ánimo y la voluntad de los sectores *procastristas* para hacerle frente a la invasión.

⁴⁹² Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, p. 180, y Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.080-1.083.

⁴⁹³ Según Thomas, las tropas castristas comprendieron “1.600 milicianos, 300 soldados regulares, 200 policías y 20 tanques”, además de varios aviones (*Cuba...*, pp. 1.082-1.085).

el contraataque de las fuerzas castristas y hasta tomar el control de poblaciones y de vías de la región. Al mismo tiempo, los aviones del régimen hundieron y forzaron la retirada de varios de los barcos invasores y generaron la precipitación a tierra de aviones y paracaidistas enemigos, mientras que la infantería consiguió contener y dispersar parte de la brigada contrarrevolucionaria. En un comienzo, entonces, la lucha dejó una impresión de paridad. Pero gracias a las posiciones estratégicas ganadas por los invasores, el saldo de ese primer día de batallas les resultó más favorable a ellos, más aún cuando su ánimo se estaba nutriendo de la expectativa por los supuestos refuerzos que el ejército estadounidense les proveería. Sin embargo, a pesar de que la CIA había prometido a los exiliados que ese apoyo militar llegaría en cualquier momento, Kennedy se negó a autorizar la participación directa de las fuerzas armadas estadounidenses en la contienda. La decisión del joven presidente quizás estuvo motivada por la confianza en que la fuerza invasora lograría la victoria por sus propios medios, por el temor a que ello proyectara una imagen negativa de su administración y también por el temor a que Nikita Jruschov *respondiera* militarmente en zonas del interés de Washington y de Moscú (como Berlín, Laos y Vietnam). Entonces, dado que los refuerzos prometidos nunca llegaron, que los barcos replegados fueron aquellos que más suministros tenían (en términos armamentísticos, alimentarios y médicos), que en la madrugada del día siguiente la neblina evitó un segundo ataque sobre las bases aéreas cubanas y que en la tarde de ese mismo día el viento hizo extraviar algunos suministros lanzados desde aviones estadounidenses, el desánimo y la confusión empezaron a *asomar* en los expedicionarios⁴⁹⁴. Las tropas cubanas, por el contrario, animadas por los logros de su fuerza aérea, por la actuación de los órganos de seguridad, por la movilización popular en defensa del proyecto castrista, por el nacionalismo inculcado por los barbudos y por la presencia del líder máximo de la revolución, avanzaron sobre territorio enemigo de forma tal que la brigada de exiliados continuó dispersándose y, al mismo tiempo, fue cercándose. Mientras, la confusión del “Ejército de Liberación” se contagió en Estados Unidos: pronto *aparecieron* las recriminaciones, las falsas informaciones sobre supuestos triunfos de los invasores (algunas de ellas incluso publicadas en la prensa), las cartas de Jruschov prometiendo ayuda para Cuba, las negativas de Kennedy de intentar un nuevo ataque aéreo sobre la isla y hasta las confusiones en las horas en las cuales debían encontrarse en la zona de combate los aviones provenientes de Nicaragua y de Florida. El Consejo Revolucionario Cubano, por su parte, estaba furioso, pues nunca fue bien informado de los hechos. El resultado de todo ello fue que antes del anochecer del 19 de

⁴⁹⁴ Sobre ello, dice Carlos Franqui: “Si el primer día de combate fue suyo, el segundo, la brigada comenzó a perder” (*Vida, aventuras y desastres...*, p. 181). Véase también: Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.080-1.083.

abril las tropas castristas retomaron el último territorio ocupado por la brigada contrarrevolucionaria: Playa Girón, el lugar que, convertido en emblema, inspiró el histórico nombre con el cual los cubanos recordarían lo ocurrido aquellos días. Tras ello, Castro y sus hombres consiguieron la dispersión casi total de las tropas invasoras, la retirada de los barcos restantes y la captura de poco menos de 1.200 personas⁴⁹⁵.

El desenlace de los sucesos que involucraron a Estados Unidos y a Cuba entre el 15 y el 19 de abril de 1961 *situó* a Kennedy y a Castro en cada una de las *caras de la moneda* de una misma situación. El fracaso de la Operación Pluto fue *el triunfo* de la revolución cubana. De tal forma quedaron las cosas que incluso las diversas y numerosas reacciones que el hecho suscitó en el continente americano fueron en su mayoría consecuentes con las *nuevas posiciones* de ambos líderes en sus gobiernos y en la escena internacional. Por ejemplo, en aquellos sectores afines a la política *kennedyana* y a la idea del fortalecimiento del sistema interamericano, el hecho fue considerado como un fiasco inverosímil, bochornoso y triste⁴⁹⁶. Y entre quienes tenían posiciones acordes a la política revolucionaria cubana, lo ocurrido suscitó manifestaciones de protesta reprochando el actuar de Washington y respaldando la causa castrista⁴⁹⁷. En definitiva, Kennedy *quedó mal* ante casi *todo el mundo*: los exiliados lo vieron como un traidor por haberse negado a la intervención directa de las fuerzas armadas estadounidenses en el frente de batalla, la comunidad interamericana lo criticó por haberse desentendido de los acuerdos estipulados en los organismos multilaterales en lo relativo a los principios de no intervención y los *procastristas* le reprocharon su intromisión en la soberanía del país antillano. Según Tulio Halperin Donghi, lo acaecido resultó “costoso para el prestigio de los Estados Unidos en Latinoamérica y para el de la bisoña administración Kennedy tanto en su país como entre los aliados de éste”⁴⁹⁸. Tanto fue así que, según Leopoldo Villar Borda, en el caso de la Alianza para el Progreso, “la impresión favorable” que el anuncio de la misma había producido entre los latinoamericanos (anuncio realizado apenas un mes atrás) fue

⁴⁹⁵ Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.086-1.090. No en vano afirma el autor que si los exiliados hubieran sabido que los refuerzos militares prometidos eran falsos, hubieran actuado de manera diferente (p. 1.088). En el Museo de la Revolución, en La Habana, se encuentra exhibido un breve balance de la invasión en términos de bajas y daños militares. Según éste, por el lado de las fuerzas cubanas hubo 156 muertos y 800 heridos, mientras que entre los invasores hubo 90 muertos (“86 mercenarios y cuatro norteamericanos”), 200 heridos, 1.197 prisioneros, dos buques de transporte hundidos y nueve aviones B-26 derribados, así como cuantioso material bélico incautado. Algunas de estas cifras, sin embargo, no coinciden con las mencionadas por otras personas. Por ejemplo, Jorge Domínguez dice que fueron 1.180 los prisioneros (“Cuba...”, p. 189), Ronald E. Powaski que 1.189 (*La guerra fría...*, p. 172) y Carlos Alberto Montaner que 1.400 (*Viaje al corazón...*, p. 132).

⁴⁹⁶ Estas expresiones pueden verse en: Hernando Agudelo Villa, *La revolución...*, pp. 98-99, y Carlos Sanz de Santamaría, *Complemento a la Historia...*, p. 139.

⁴⁹⁷ Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.088-1.089. Dice el autor allí mismo que estas manifestaciones de protesta “favorecieron más a la causa de Castro que todas sus campañas de propaganda, todo el dinero desembolsado en secreto y todos los panfletos publicados juntos”.

⁴⁹⁸ *Historia Contemporánea...*, p. 540.

neutralizada por la invasión. Y aunque el presidente estadounidense quiso afrontar las posibles repercusiones que le generaría la proyección de una imagen negativa de su mandato —por medio del reconocimiento público de su culpabilidad en el fracaso de la expedición y de la promesa de que iba a intensificar la lucha contra el comunismo—, la situación siguió incomodándoles por algún tiempo a él y a quienes le apoyaban⁴⁹⁹. “La humillación sufrida en Cuba amargó a Kennedy”, dice al respecto Ronald E. Powaski⁵⁰⁰. En cambio, por los lados de Cuba, la victoria sobre la brigada invasora dejó *muy bien parados* a Castro y a su proyecto revolucionario. Entre los izquierdistas del continente, Playa Girón (epónimo que desde entonces designó lo relativo a la invasión) pasó a la historia de una manera un poco jovial como “la primera gran derrota del imperialismo yanqui en América”⁵⁰¹. Expresiones de este talante —a saber, jubilosas, burlescas y vanagloriosas— abundaron en la isla durante los días posteriores a la derrota de la brigada invasora: “LIQUIDADADA LA INVASIÓN” y “APLASTANTE DERROTA DEL ENEMIGO”, titulares del diario *Revolución*, fueron algunas de ellas⁵⁰². Véanse también dos caricaturas del artista Adigio Benítez Jimeno publicadas en el diario comunista *Hoy*: la primera es una parodia del triunfo militar de las fuerzas cubanas sobre los exiliados (hecho representado en un gigante cuyos brazos son el Ejército Rebelde y las Milicias Nacionales Revolucionarias aplastando con un arma la mano de quien, dadas las rayas de la camisa y los símbolos de dólar, parece ser el Tío Sam; mano cuyos dedos son cinco gusanos con indumentaria de soldados *personificando* a los exiliados), y la segunda es una mofa del supuesto estado en el cual debió quedar Kennedy al conocer *su* derrota, pues fue dibujado con una cara maltrecha y con tanta rabia que hasta dos perros le estaban huyendo por temor a que él los mordiera (véanse las figuras 47 y 48). Castro, consciente de ese *clima*, lo aprovechó para aumentar el nacionalismo del pueblo, para erigirse aún más como líder del proceso revolucionario y, sobre todo, para fortalecer las alianzas con los comunistas. (Esto último fue representado por el artista Gustavo Prado Álvarez, *Pitín*, en una caricatura publicada también en el diario *Hoy* sobre las propuestas de Jruschov y de Kennedy para con *la cuestión Cuba*: a la primera la simbolizó cual paloma de la paz, con rama de olivo incluida; mientras que a la segunda la

⁴⁹⁹ Alberto Lleras..., p. 338. Ronald E. Powaski cuenta que poco después de lo de bahía de Cochinos, Kennedy autorizó a los consejeros que tenía en Laos a llevar uniforme militar, anunció la idea de aumentar la ayuda militar en Vietnam, pidió un incremento del presupuesto para defensa e intensificó las presiones económicas sobre Cuba (*La guerra fría...*, p. 173).

⁵⁰⁰ *La guerra fría...*, p. 172.

⁵⁰¹ Véase: Vicente Botín, *Los funerales de Castro*, Barcelona, Editorial Ariel, S.A., junio de 2009, p. 28. Años después, ante Ignacio Ramonet, Castro se refirió al hecho: “En menos de 72 horas el fulminante contraataque del Ejército Rebelde y las Milicias Revolucionarias liquidó por completo aquella expedición. Una dura derrota para el imperio. Y una gran humillación” (*Cien horas con Fidel...*, p. 305-306).

⁵⁰² La Habana, 20 de abril de 1961, p. 1.

dibujó como una especie de halcón mecánico con dos cañones saliendo de sus pechugas: fig. 49.) Respecto a los favorables resultados para Cuba del triunfo en la bahía de Cochinos, varios autores han mencionado: lo que “necesitaba Castro para consolidar su régimen era un ataque frustrado desde fuera, apoyado, aunque no totalmente, por Estados Unidos” (Hugh Thomas); “Para Castro [...] el episodio de Playa Girón significaba el más sensacional triunfo de su vida política [...] [porque la] victoria le había dado la oportunidad de plantear clara y desembozadamente la militancia comunista de la Revolución” (Carlos Alberto Montaner); allí “culminaba la etapa de la liberación nacional, entendida como el rompimiento de los lazos políticos y económicos que determinaban la dependencia del país respecto a Estados Unidos y el fin del modelo neocolonial [sic] establecido desde los orígenes de la República” (Jesús Arboleya Cervera), y “doloroso para el nuevo presidente [de Estados Unidos] fue comprobar que, en vez de expulsar a los soviéticos de Cuba, la chapuza de la operación había contribuido a un mayor acercamiento de La Habana y Moscú” (Ronald E. Powaski)⁵⁰³. En conclusión, la Operación Pluto, la invasión a bahía de Cochinos o Playa Girón —como quiera que se le conozca—, contrario a lo planeado por las administraciones de Eisenhower y de Kennedy, resultó sirviendo a la causa revolucionaria de Cuba y estropeando (por lo menos en parte) los proyectos integracionistas y anticomunistas de la Casa Blanca.

El fracaso en la bahía de Cochinos y la mala imagen proyectada por la administración Kennedy, sin embargo, no fueron óbice para que desde Washington y desde Miami continuaran *trabajando* para derrocar al gobierno cubano. En efecto, con el pasar de los días, Kennedy puso la Alianza para el Progreso en consideración de los países miembros de la OEA y, de otra parte, configuró un nuevo programa para promover operaciones de guerra encubierta y de bloqueo económico contra Cuba: la Operación Mangosta. En el marco de este programa, la CIA y los exiliados financiaron actos de terrorismo en la isla, fomentaron campañas de propagandismo a nivel mundial para así desacreditar la revolución, patrocinaron atentados contra la vida de Castro, estimularon el exilio de más emigrantes cubanos y, entre otras cosas, ejercieron presiones a nivel internacional para prohibir componentes de origen cubano en productos que otros países exportaban a Estados Unidos⁵⁰⁴. Por ejemplo, una cosa que se planteó, pero que nunca se llevó a cabo, fue la posibilidad de diseminar sustancias alucinógenas (específicamente LSD) cerca al líder revolucionario en momentos en los cuales éste estuviera dando un discurso, para hacerlo

⁵⁰³ Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 1.045 (agrega allí mismo el historiador inglés que “Tanto la Revolución francesa [sic] como la rusa se habían consolidado gracias a invasiones de exiliados”); Carlos Alberto Montaner, *Viaje al corazón...*, p. 130; Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, p. 164, y Ronald E. Powaski, *La guerra fría...*, p. 172.

⁵⁰⁴ Véase: Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, pp. 165-170.

desvariar y, por ende, mostrarlo como si se hubiera vuelto loco⁵⁰⁵. Por su parte, ante las presiones y el temor de un nuevo ataque armado a gran escala contra la isla, Castro, a fin de potenciar la capacidad de acción de su gobierno, unificó en torno a las Organizaciones Revolucionarias Integradas las facciones políticas que apoyaban su proyecto (a saber, el Movimiento 26 de Julio, el Directorio Revolucionario y el Partido Socialista Popular) y, al tiempo, adelantó una ofensiva contra quienes luchaban en las montañas del Escambray y en la provincia de Las Villas por derrocarlo. Asimismo, a manera de contestación por los reproches que estaba recibiendo de la opinión pública internacional y a manera también de jugada política para ganarse la simpatía de los países del bloque socialista, el joven barbudo expresó, por primera vez en público —en un discurso pronunciado el 2 de diciembre de 1961— su adhesión al comunismo como doctrina, algo que era un *secreto a voces*, pero que entonces adquirió carácter *oficial*. “Lo digo aquí con entera satisfacción y con entera confianza: soy marxista-leninista y seré marxista-leninista hasta el último día de mi vida”, fueron las palabras proferidas por Fidel Castro ese día⁵⁰⁶. Este enunciado, además de otras tantas de las acciones emprendidas a finales de 1961 por el gobierno antillano, fueron la excusa perfecta para que la comunidad interamericana tomara, ahora sí en un conjunto, una medida contra Cuba. El 31 de enero de 1962, durante una Reunión de Ministros de Relaciones Exteriores de la Organización de Estados Americanos, celebrada también en Punta del Este, Uruguay, se declaró que “la adhesión de un Estado americano a un Gobierno marxista-leninista es incompatible con el sistema interamericano y quebranta la unidad y la solidaridad del Continente”, locución que, a fin de cuentas, significó la exclusión del régimen castrista de toda participación en la OEA⁵⁰⁷. (Cabe mencionar que esa reunión fue convocada por Colombia, en cabeza de su presidente Alberto Lleras Camargo, quien siempre se mostró inquieto por la injerencia soviética en la isla y por las consecuencias que ello pudiera traerle al hemisferio, pues, a su juicio, Cuba era ya un potencia militar en relación con los países de América Latina y, por si fuera poco, en la región muchos estaban siendo *seducidos* por Castro y su revolución⁵⁰⁸.) El definitivo aislamiento de Cuba del sistema interamericano motivó un nuevo pronunciamiento público del líder revolucionario, el 4 de febrero de 1962, el cual pasó a la historia como la “Segunda

⁵⁰⁵ Véase el documental *La guerra fría. 10. Misiles en Cuba* (dirigido por Tessa Combs, escrito por Neal Ascherson y producido por Turner Original Productions, Inc., en 1998).

⁵⁰⁶ Fidel Castro, “De Martí a Marx”, *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909 hasta nuestros días*, Michael Löwy, Santiago de Chile, Editorial LOM, Colección Ciencias Humanas, 2007, p. 291.

⁵⁰⁷ Véase la cita en: Germán Cavalier, *Política Internacional...*, p. 389. Según Tulio Halperín Donghi, la expulsión de Cuba de la OEA fue el desquite de Washington “en el terreno diplomático” por el fracaso de bahía de Cochinos (*Historia Contemporánea...*, p. 540).

⁵⁰⁸ Véase la posición de Lleras Camargo respecto a Cuba y a Fidel Castro en: Leopoldo Villar Borda, *Alberto Lleras...*, pp. 338-345.

Declaración de La Habana” y consistió básicamente en una instigación a los “pueblos de América y del mundo” a “hacer la revolución” contra el “imperialismo yanqui”⁵⁰⁹. Después de esto, en virtud de la necesidad de radicalizar aún más la revolución y de algunas manifestaciones de descontento entre la población cubana por ciertas cuestiones sucedidas al interior de la isla (entre las que se encontraban la intensificación de los fusilamientos y un alto racionamiento de alimentos), vinieron nuevos reordenamientos político-económicos en el régimen castrista y comenzaron las negociaciones del millar de prisioneros de Playa Girón, quienes en diciembre de ese año fueron liberados a cambio de medicinas, alimentos y dinero en efectivo provenientes del gobierno estadounidense⁵¹⁰. Entretanto, aparte de las presiones internacionales sobre Cuba y de los actos de sabotaje en contra de la revolución castrista, aparecieron los rumores de un nuevo interés de Washington y de Miami de realizar otra invasión militar a la isla. De hecho, a mediados de 1962 unos 40.000 marines realizaron un simulacro de una invasión a una isla, pretendiendo con ello no tanto mostrar los preparativos para un nuevo desembarco como sí mostrarle a Castro lo que podría pasarle si seguía hablando de exportar la revolución, según lo afirma el entonces general del Estado Mayor de lo Estados Unidos, William Smith⁵¹¹. O sea que, aun cuando la revolución cubana se había declarado socialista, cuando la isla había sido defendida con éxito de un ataque financiado por el gobierno de Estados Unidos, cuando Castro había fortalecido los lazos con los estados *ubicados* tras la cortina de hierro y cuando el gobierno isleño había sido expulsado del sistema interamericano, los barbudos todavía tenían motivos para sentir que su proyecto revolucionario no estaba exento de peligros.

Mientras los rumores de una nueva invasión llegaron a los *oídos* del gobierno cubano, en la Unión Soviética estaba planteándose la idea de contrapesar la superioridad armamentística —en términos de cuantía y de posiciones estratégicas— de los Estados Unidos⁵¹². La posibilidad de instalar misiles soviéticos en Cuba (iniciativa cuyo origen es aún indeterminado) supuso entonces que tanto Castro como Jruschov iban a verse

⁵⁰⁹ “Segunda Declaración de La Habana. 4 de febrero de 1962. Año de la Planificación”, *Documentos de la revolución cubana*, Bogotá, Ediciones Paz y Socialismo, Colección Cuba nueva, 1963, pp. 67-100.

⁵¹⁰ Jorge Domínguez menciona que los prisioneros “serían puestos en libertad a cambio de medicinas y otros artículos suministrados por Estados Unidos” (“Cuba...”, p. 189) y Hugh Thomas que fueron “intercambiados por suministros médicos” (*Cuba...*, p. 1.089); mientras que según el mismo Castro “pagaron en efectivo 2 millones de dólares [...] que invertimos en comprar incubadoras [...]. Y otros 50 millones fue el estimado [...] de los alimentos para niños y medicinas” (*Cien horas con Fidel...*, p. 198).

⁵¹¹ Véase el citado documental *La guerra fría. 10. Misiles en Cuba*.

⁵¹² Según diría años después Robert McNamara (Secretario de Defensa del gobierno Kennedy), en esa época la diferencia de armas nucleares entre Estados Unidos y la Unión Soviética era de 17 a 1, a favor del primero. Asimismo, la diferencia en ojivas nucleares estratégicas era de 5.000 a 300, de bombarderos en diferentes lugares del mundo de 1.500 a 150, en fin. Véase: Carlos Lechuga Hevia, “La Crisis de Octubre”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords., La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 261-262.

favorecidos: para el primero, ello significaría adquirir más elementos en función de defender su revolución, mientras que para el segundo representaría una jugada política en el marco de la bipolaridad de la guerra fría (porque aparte de que lograría *avanzar* sobre territorio *enemigo*, también podría, primero, responder a los misiles que recién había instalado Washington en Turquía; segundo, ejercer presión sobre el conflicto que había en torno a Berlín y al célebre muro que dividía a la ciudad; tercero, demostrar la superioridad del sistema soviético sobre el de China, y cuarto, por si fuera poco, cautivar a quienes en América Latina querían adoptar el *rumbo cubano*)⁵¹³. Fue así como después del viaje que Raúl Castro hizo a Moscú para realizar las negociaciones correspondientes, en julio de 1962, empezaron a llegar a Cuba armas y hombres provenientes de la potencia socialista⁵¹⁴. En los dos meses siguientes, y a raíz también de la visita de Ernesto *Che* Guevara a Moscú para seguir materializando nuevos tratados, los soviéticos enviaron a la isla buques cargados de armas ofensivas, de misiles balísticos de medio alcance, de bombarderos, de camiones y de técnicos especialistas en ese tipo de artefactos. En este tiempo, además, se construyeron en territorio cubano “emplazamientos para un batallón de misiles balísticos móviles de alcance medio” y “bases sólidas y permanentes” (palabras de Hugh Thomas) para misiles de alcance intermedio⁵¹⁵. En Estados Unidos, entretanto, permanecían inquietos por los rumores —muchos de los cuales les parecieron inverosímiles— de la creciente *presencia* de armas soviéticas en la isla. Entre finales de julio y principios de octubre, Kennedy movilizó 150.000 reservistas, le envió indirectas a Jruschov advirtiéndole que no permitiría un hecho semejante y envió aviones espías U-2 a sobrevolar territorio cubano en busca de pruebas fácticas de ello. Pero, en ese lapso de tiempo, estos aviones no registraron la llegada de los barcos soviéticos, las construcciones de las bases ni, mucho menos, los misiles tierra-tierra con los cuales ya contaba el régimen isleño⁵¹⁶. Pareció, entonces, que las estrategias de Fidel Castro y de Nikita Jruschov tendrían éxito.

El 14 de octubre de 1962, sin embargo, un U-2 fotografió bases para misiles cuyo alcance era de 2.400 kilómetros y otras investigaciones confirmaron que se estaban construyendo instalaciones para misiles de unos 4.800 kilómetros de radio. Las alarmas, entonces, se prendieron con todo furor en Estados Unidos, y una disyuntiva comenzó a

⁵¹³ Véase: Ronald E. Powaski, *La guerra fría...*, pp. 179-180, y Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.101-1.106.

⁵¹⁴ Según Carlos Franqui, para no llamar mucho la atención, muchos de los hombres que llegaron a Cuba provenientes de la Unión Soviética fueron españoles exiliados desde la guerra civil de su país: *Vida, aventuras y desastres...*, p. 186.

⁵¹⁵ *Cuba...*, p. 1.111. Según este autor, inicialmente se estipuló que los soviéticos llevarían a la isla: “veinticuatro baterías de misiles tierra-aire con un radio de 40 kilómetros, cien cazas Mig, misiles defensivos nucleares y misiles barco-barco”, además “28 bombarderos Iliushin y misiles balísticos” y “cuatro grupos de combate de tropas especiales de infantería con armas nucleares tácticas” (p. 1.106).

⁵¹⁶ Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, p. 190 y Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.108-1.110.

recorrer los pasillos de la Casa Blanca: unos decían que se debía realizar un ataque aéreo sobre Cuba y otros que la isla debía ser puesta en cuarentena. (La opción de no emprender acción alguna y, por ende, aceptar los misiles en Cuba fueron descartadas *ipso facto*, gracias al temor de Kennedy a ser “*impeached*” por permitirle al *comunismo internacional* establecer una *base* armamentística y propagandística tan cerca del territorio que gobernaba⁵¹⁷.) Tras unos días de consultas y de reflexión, y luego de prescindir de las opciones de informar a los países aliados y de presentar queja formal ante los organismos multilaterales, el grupo de altos funcionarios del gobierno estadounidense que estaba estudiando la cuestión rechazó el ataque aéreo (porque algo así costaría muchas vidas y daría pie a una respuesta militar de los soviéticos) y, más bien, optó por el bloqueo marítimo a la isla, para evitar que nuevo material bélico llegara hasta allí⁵¹⁸. El *aislamiento* comprendió, a fin de cuentas, un arco formado desde Florida hasta Puerto Rico; fue efectuado por buques, barcos nodriza, destructores, portaaviones (algunos de los cuales eran antisubmarinos) y naves de apoyo, y se complementó con una primera movilización de las fuerzas estadounidenses en la región del Caribe⁵¹⁹. Esta forma de proceder fue justificada por Kennedy en un discurso pronunciado el 22 de octubre: dado que desde Lima (Perú) hasta la bahía de Hudson (en Canadá) estaban al alcance de los misiles, éstos eran parte de una conducta agresiva de los soviéticos que estaba afectando el equilibrio de la bipolaridad, ante lo cual él no dudaría en emprender una guerra nuclear; pero, para evitar un hecho semejante, más bien había puesto a la isla en cuarentena a la espera de que Jruschov retirara de Cuba los misiles y los bombarderos y dejara de construir bases de lanzamiento⁵²⁰. Con esto, según Jesús Arboleya Cervera, los estadounidenses “lograron proyectar una imagen de ilegalidad de lo que constituía un derecho soberano de Cuba y la Unión Soviética, lo cual se correspondía, además, con el cerco atómico que Estados Unidos había fabricado alrededor de la URSS”⁵²¹. Sea como fuere, en los tres días posteriores al discurso de Kennedy, los buques

⁵¹⁷ Ronald E. Powaski, *La guerra fría...*, p. 180. *Impeached* viene de *impeachment*, que quiere decir “acusación que se formula contra un funcionario público por delitos cometidos en el ejercicio de su cargo”, según lo señala Powaski. Sin duda alguna, el fracaso en la invasión a bahía de Cochinos, debió generar ese temor en Kennedy.

⁵¹⁸ Véase: Arthur M. Schlesinger, “La crisis de los cohetes soviéticos en Cuba”, *Reportajes de la Historia. 114 relatos de testigos presenciales sobre hechos ocurridos en 25 siglos*, tomo 4, selección y estudio de los textos: Martín de Riquer y Borja de Riquer, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, S. A., noviembre de 1988, pp. 57-63.

⁵¹⁹ Según Hugh Thomas, el bloqueo fue realizado por 16 destructores, seis barcos nodriza, tres cruceros y un portaaviones antisubmarinos (*Cuba...* p. 1.116); según Castro por “183 buques de guerra entre los cuales había ocho portaaviones” (*Cien horas con Fidel...*, pp. 311-312), y según el *Diccionario de Relaciones Internacionales y Política Exterior* (cuyo coordinador es Juan Carlos Pereira) por 16 destructores, tres cruceros, un portaaviones y otras 150 naves de apoyo (Barcelona, Editorial Ariel, S. A., 2008, p. 252).

⁵²⁰ Sobre lo ocurrido después del 14 de octubre de 1962, véase: Hugh Thomas, *Cuba...*, pp. 1.111-1.115.

⁵²¹ *La revolución...*, p. 167. El mismo Fidel Castro señaló alguna vez: “Lo que Cuba y la URSS hacían era totalmente legal y con apego estricto al derecho internacional [*sic*]” (*Cien horas con Fidel...*, p. 310). De cierta forma, la autora Felicitas López Portillo contradice esta afirmación al mencionar que “Con la intromisión soviética en Cuba se violaron flagrantemente los acuerdos de Yalta” (“El mundo de la posguerra: guerra fría y

estadounidenses hicieron detener o cambiar de rumbo a más de una veintena de barcos de carga escoltados por submarinos provenientes de la Unión Soviética con destino a La Habana. Ante esto, Jruschov respondió dando señales de retirada, pero no de manera incondicional: el 26 de octubre envió una carta a Kennedy proponiéndole que desmantelaría las bases y devolvería los misiles a Europa a cambio del compromiso de no invadir a la isla, y, un día después, envió un nuevo mensaje planteándole que, además, se comprometiera a retirar los misiles Júpiter que tenía en Turquía *apuntando* hacia territorio soviético. En Cuba, mientras tanto, Castro enardeció los ánimos de las masas y ordenó la movilización de todas las tropas, las cuales sumaron 400.000 hombres (incluyendo el apoyo de combatientes soviéticos, pero no el de los muchos civiles que se sumaron al *reclutamiento*)⁵²². (A propósito de la reacción que ante los hechos estaban tomando en el país caribeño, el 24 de octubre el diario *Hoy* publicó un dibujo de *Tejedor* en el cual el Tío Sam estaba *inflando* la OEA en tres globos, cada uno con una letra de la sigla, hasta que el último explotó, dejando en el aire la interjección “AAAAH!”; dibujo que seguramente fue una alusión a la decepción que en Cuba estaba causando el organismo multilateral al no manifestar su posición en la coyuntura de los misiles: véase la figura 50.) Poco después de la llegada de la segunda carta de Jruschov a Washington, se conocieron las noticias de un U-2 que fue derribado en Cuba cuando hacía labores de espionaje (acción que, según Carlos Franqui, fue realizada por el mismo Castro en momentos en los cuales estaba de visita en una base militar rusa) y de otro avión estadounidense que, de manera accidental, había sobrevolado territorio soviético⁵²³. Este fue el clímax de la crisis. Jruschov alcanzó a creer que el avión espía en su territorio era el indicio de que desde Washington estaban examinando el terreno para emprender una guerra nuclear. Castro, por su lado, se hizo responsable de lo ocurrido en su territorio (argumentando que no todas las armas que había en Cuba estaban en manos de los soviéticos) y planteó que para *echar para atrás* el acuerdo militar con Jruschov, Kennedy también debía comprometerse a cesar el bloqueo

revolución (1945-1959)”, *Latinoamérica. Revista de estudios latinoamericanos*, México, No. 37, 2003/2, Universidad Autónoma de México, 2004, p. 294). Sin embargo, dado que en los acuerdos de Yalta poco o nada fue mencionada América Latina, podría decirse más bien que lo que se violó “flagrantemente” con “la intromisión soviética en Cuba” fue la Doctrina Monroe, la misma de *América para los americanos*.

⁵²² Esta cifra y la afirmación de los civiles fue tomada de: Carlos Lechuga Hevia, “La Crisis...”, p. 268. Los titulares del diario *Revolución* después del llamado de Castro a la movilización de las fuerzas fueron: “*El bloqueo: LO RESISTIREMOS. La agresión directa: LA RECHAZAREMOS*”. Los subtitulares, por su parte, rezaron: “Adquirimos las armas que nos dé la gana sin rendir cuentas al imperialismo”, “Para quitarnos la soberanía hay que barrernos de la tierra”, “Por la fuerza no pueden destruir la revolución”, “Nuestras armas no son ofensivas porque nunca hemos agredido”, “No es lo mismo defender una causa justa que ser piratas”, “Rechazamos toda fiscalización o inspección de Cuba: ¡Cuba no es el Congo!” y “De todos será la victoria final” (La Habana, 24 de octubre de 1962, p. 1).

⁵²³ Aunque la versión de Franqui ha sido rebatida, éste argumenta que, a pesar de que no tiene pruebas, sus fuentes son fidedignas. Véase: *Vida, aventuras y desastres...*, pp. 192-197.

económico contra la isla, a dejar de patrocinar actividades contrarrevolucionarias y a no violar el espacio aéreo cubano, así como a retirar las tropas estadounidenses de la base militar de Guantánamo (al oriente de la isla) y, por ende, a devolverle al Estado cubano la soberanía sobre este territorio⁵²⁴. Kennedy, entretanto, ordenó una mayor movilización de las fuerzas estadounidenses en todo el mundo y le mandó una carta al líder soviético diciéndole que aceptaba la condición de no invadir a Cuba, pero que en caso de que éste no tomara una pronta decisión, acometería una acción militar el 30 de octubre. “El mundo contuvo la respiración. En ningún momento desde que arrojaron las bombas nucleares sobre Hiroshima y Nagasaki había parecido tan inminente una guerra nuclear”, dice al respecto el profesor Jorge Domínguez⁵²⁵. Tanto fue el pánico que gentes de diversas partes del mundo empezaron a comprar provisiones y a pensar en refugios para ampararse de un posible holocausto atómico⁵²⁶. Pero en vista del ultimátum del presidente estadounidense, durante la noche del 27 al 28 de octubre, Jruschov ordenó dismantelar las bases en el país caribeño y devolver los misiles a territorio europeo, y expresó que estaba dispuesto a firmar nuevos tratados en el marco de la carrera armamentista en pro de la paz mundial. Frente a ello, el presidente estadounidense respondió reclamando que la retirada de los misiles se hiciera bajo inspección de la ONU y prometiendo que iba a retirar los misiles Júpiter de Turquía e Italia, hecho que tuvo lugar meses más tarde. Así concluyó una nueva crisis de la guerra fría que, entre la opinión pública internacional, *dejó* a Kennedy victorioso (por *humillar* al líder soviético, aun cuando *perdió a Cuba*) y a Jruschov como el perdedor (por verse obligado a retirar los misiles de la isla, aun cuando aseguró un *satélite de Moscú* a sólo 150 kilómetros de los Estados Unidos). Dada la *naturaleza* del *conflicto* (en relación a los protagonistas, a la ubicación geográfica y a los objetos en cuestión), éste pasó a la historia como *La crisis de Octubre* (en Cuba), *La crisis del Caribe* (en la Unión Soviética) y *La crisis de los misiles* o *de los cohetes* (en Estados Unidos y, en general, en Occidente).

Tanto la promesa de Kennedy de no invadir territorio cubano como la decisión de Jruschov de retirar el material bélico que había instalado en la más grande de las Antillas, aseguraron la *supervivencia* de la revolución cubana. Pero cuando Fidel Castro se enteró de que el líder soviético había actuado sin tenerlo en cuenta y, más aún, haciendo caso omiso a sus peticiones, se puso colérico: lanzó una maldición, dio un puntapié a una pared, rompió un espejo, se sintió indignado y agraviado, y, en fin, se negó a permitir que la ONU

⁵²⁴ Véase: “Comunicado”, *Revolución*, La Habana, 29 de octubre de 1962, p. 2.

⁵²⁵ “Cuba...”, p. 189.

⁵²⁶ Véanse escenas de esto en el documental *La guerra fría. 10. Misiles en Cuba*, referido anteriormente.

supervisara el desmantelamiento de las bases y la retirada de los misiles⁵²⁷. Según él, después de ello, “Nuestras relaciones con los soviéticos se deterioraron. Durante años, eso influyó en nuestras relaciones”⁵²⁸. No fue casualidad que en los días subsiguientes a la crisis se escuchara en Cuba: “Nikita, mariquita, lo que se da no se quita”, según lo menciona el escritor y periodista Vicente Botín⁵²⁹. No obstante, años después, Castro reconocería que gracias a la decisión de los soviéticos, su proyecto político logró *salvarse*⁵³⁰. “Los norteamericanos perdieron la isla, los rusos mantuvieron su comunismo allí, Castro su poder”, menciona Carlos Franqui al respecto⁵³¹. Porque a pesar de que en Washington nunca reconocieron o prometieron de una manera *oficial* que no invadirían a la isla, tampoco lo hicieron ni lo promovieron. Kennedy —aunque ya no en el marco de la Operación Mangosta, que fue derogada tras *La crisis de los misiles*— más bien optó por intensificar las presiones económicas y los actos propagandísticos a nivel internacional en contra de la revolución y, de manera confidencial y extraoficial, resolvió promover el asesinato del líder de la misma. “Muerto Castro, el pronóstico era que la Revolución [*sic*] colapsaría al poco tiempo”, dice al respecto Carlos Alberto Montaner⁵³². Sin embargo, esta empresa no tuvo éxito (de hecho, se supone que los planes para asesinar al barbudo suman más de 600)⁵³³. (No en vano, luego de resuelto el *impasse* entre estadounidenses, soviéticos y cubanos en el diario *Revolución* emitieron dos caricaturas del dibujante René de la Nuez sumamente dicientes —aunque algo indirectas— sobre la actitud adoptada por Kennedy durante y después del mismo: la primera es un dibujo de un rebelde al que le abundaban los ojos y los cañones en su barba, queriendo con ello hacer un llamado a los cubanos para que estuvieran “¡Más alertas y vigilantes que nunca!” ante cualquier asomo de actos contrarrevolucionarios, y el segundo es una representación de cómo el joven mandatario estadounidense estaba *manipulando* a lo que parece ser la opinión pública internacional como si fuera “el nuevo Flautista de Hammelin [*sic*]”: véanse las figuras 51 y 52.) Así pues,

⁵²⁷ Hugh Thomas, *Cuba...*, p. 1.122, y *Cien horas con Fidel...*, pp. 314-315. La negativa de Castro a la inspección de la ONU fue expresada personalmente a U Thant, Secretario General de este organismo, en la visita que éste realizó a Cuba días después de la crisis. “Entiendo que esto de la inspección es un intento más de humillar a nuestro país. Por lo tanto no lo aceptamos. Esa demanda de inspección es para convalidar su pretensión de violar el derecho nuestro a actuar dentro de nuestras fronteras con entera libertad. [...] Estados Unidos no tiene ningún derecho a invadir Cuba y [...] no se puede negociar con una promesa de no cometer un delito con la simple promesa de no cometer un crimen”, fueron las palabras de Castro al diplomático birmano. Véase: Carlos Franqui, *Vida, aventuras y desastres...*, pp. 201-202.

⁵²⁸ *Cien horas con Fidel...*, p. 315.

⁵²⁹ *Los funerales...*, p. 26.

⁵³⁰ Esta afirmación fue realizada por Jorge Domínguez en “Cuba...”, p. 190.

⁵³¹ *Vida, aventuras y desastres...*, p. 197.

⁵³² *Viaje al corazón...*, p. 135. Menciona allí mismo Montaner que: “Era una acto tremendamente audaz, pero parecía ser el camino más directo para terminar con el comunismo, puesto que todos los expertos coincidían en que la cubana era una tiranía personal, pendiente de la autoridad casi ilimitada del Máximo Líder”.

⁵³³ *Cien horas con Fidel...*, p. 285.

lo que en un comienzo pareció ser una derrota para la revolución cubana, al final resultó siendo lo que aseguró su *supervivencia*. Fue tanto así que de los tres líderes políticos que protagonizaron *La crisis de los misiles*, sólo Castro logró permanecer en el poder por un tiempo prolongado: a Kennedy lo asesinaron 13 meses después del *conflicto* y a Jruschov una conspiración lo obligó a dejar el mando del politburó en octubre de 1964 (hecho que, según muchos, ocurrió precisamente como una consecuencia de la *humillación* sufrida en Cuba dos años antes)⁵³⁴. Sobre esto, diría tiempo después Franqui: “el más pequeño de los tres protagonistas, el pequeño, no uno de los grandes, conserva su poder en Cuba, y aun fuera de ella”⁵³⁵.

En conclusión, en el lapso comprendido entre enero de 1959 y octubre de 1962 la revolución cubana *vivió* su etapa de cimentación y consolidación. La socialización de la economía, el establecimiento de relaciones diplomáticas y comerciales con los países ubicados tras la cortina de hierro; el alejamiento de los principios del sistema interamericano, la independización respecto de las directrices político-económicas del gobierno estadounidense, la *izquierdización* del régimen político, la proposición de llevar la revolución a los países del Tercer Mundo y el fortalecimiento del poder en manos de Fidel Castro y su séquito, fueron los principales aspectos a través de los cuales este proceso logró *echar raíces* en esos casi cuatro años. Y gracias a la *naturaleza* de estos hechos, la revolución cubana ha sido uno de los *asuntos* que más *amores y odios* ha despertado en el mundo. La polémica, más de cincuenta años después, sigue abierta entre quienes están *a favor* y quienes están *en contra* de Castro y su proyecto revolucionario. Los argumentos de unos y otros sobre lo que ocurre en la isla son contrapuestos: que allí nadie muere de hambre *vs.* que el racionamiento es impresionante; que los médicos ganan lo mismo que los barrenderos *vs.* que la salud es de las mejores de continente; que la educación es gratuita y generalizada *vs.*

⁵³⁴ Ronald E. Powaski, *La guerra fría...*, pp. 181-182. Cabe señalar que la muerte de Kennedy también coadyuvó a la *sobrevivencia* de la revolución cubana gracias a que para Lyndon B. Johnson, el sucesor de éste, los *temas* concernientes a Castro, al comunismo en la isla, a la revolución cubana, a los exiliados descontentos, en fin, no fueron una prioridad (como sí lo fue, por ejemplo, la guerra de Vietnam). Según Carlos Alberto Montaner, Johnson “no se sentía personalmente humillado por Bahía de Cochinos [*sic*], ni padecía una especial aversión a Castro, ni contaba con amistades entre los exiliados” ni, mucho menos, pretendió relacionar al líder barbudo con la muerte de Kennedy (pues en caso de confirmar que Castro sí tuvo que ver con el hecho debía *necesariamente* invadir a la isla y, por ende, emprender una guerra nuclear con la Unión Soviética). Véase: *Viaje al corazón...*, p. 138.

⁵³⁵ *Vida, aventuras y desastres...*, p. 197. Respecto a la situación que, en general, *salvó* el proyecto castrista en Cuba, dice el historiador británico Niall Ferguson: “Lo que reveló la crisis de los misiles con Cuba fue que cuando las dos superpotencias se enfrentaron ‘cara a cara’, descubrieron que habían acabado por parecerse. Sabemos ahora que ambas partes titubearon en la confrontación; quizá fue la sorpresa de reconocer su mutua semejanza. Pues en realidad ninguno de los dos imperios antiimperialistas se preocupaban demasiado por Cuba como para arriesgarse a un duelo termonuclear. No sería la primera ni la última vez en que el principal beneficiario de este empate era un dictadorcillo” (*Coloso. Auge y decadencia del imperio americano*, Barcelona, Random House Mondadori, S. A., 2005, p. 168).

que la gente no puede opinar libremente; que Castro es uno de los hombre más ricos del mundo *vs.* que Castro tiene un salario de poco más de veinte dólares al mes; que Cuba es el “primer territorio libre de América” *vs.* que la dictadura comunista controla y oprime todo lo que hace la gente; que los balseros, las jineteras y los presos políticos demuestran lo que sufre ese pueblo antillano *vs.* que las masas apoyan incondicionalmente la revolución; que Estados Unidos tiene bloqueado el acceso a la Internet de banda ancha en la isla *vs.* que el gobierno revolucionario controla qué tipo de páginas pueden ver sus ciudadanos, en fin. Lo cierto es que en Cuba, a pesar de los problemas que le han generado tanto las presiones provenientes de Washington y Miami (las cuales se han *traducido* en bloqueo económico, aislamiento político y propagandismo antirrevolucionario) como el derrumbamiento del sistema soviético (que le *significó* el afrontamiento del famoso “período especial”), han logrado mantener el sistema socialista y las *motivaciones* antiestadounidense y procastrista, aun en pleno siglo XXI. Y, con ello, dicho *proyecto* y su líder quizás se han convertido en el hecho y en el personaje de América Latina más nombrados a nivel mundial en los últimos cincuenta años. Ello explica por qué, independientemente de los *logros* y de los *fracasos* de ese proyecto, lo que se ha escrito y lo que se ha opinado sobre Fidel Castro y la revolución cubana *no tiene nombre*.

3.2. Frente Nacional, *interamericanismo* y prensa colombiana: 1959-1962

Conforme a las dinámicas del contexto latinoamericano, los últimos años de la década del cincuenta y los primeros de la del sesenta fueron también de mutaciones sociopolíticas para Colombia. Mientras la región entraba una etapa de (*semi*) *democratización* y, al tiempo, de reposicionamiento geopolítico en la guerra fría, en este país el dirigente liberal Alberto Lleras Camargo, como primer presidente de la coalición bipartidista conocida como el Frente Nacional, intentaba poner en práctica las *banderas* de este proyecto político de “Paz, democracia y desarrollo”, en palabras del politólogo Francisco Gutiérrez Sanín⁵³⁶. Tras la dictadura del general Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) y del gobierno de la Junta Militar (1957-1958), y también después de que pasara la época más difícil de la violencia bipartidista, Lleras Camargo —a la cabeza de un sistema en el cual primaban los principios de alternancia de la presidencia y de paridad en la ocupación de los cargos públicos entre los partidos liberal y conservador— *quedó a cargo* de llevar a cabo la estabilización política y

⁵³⁶ *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia. 1958-2002*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, enero de 2007, pp. 81-86.

la transformación socioeconómica del país. Como periodista, como presidente interino de Colombia entre 1945 y 1946, como primer Secretario General de la OEA y como abanderado de los proyectos integracionistas de América Latina, Lleras Camargo siempre fue reconocido por su vocación republicana, por su liderazgo, por la confianza que inspiraba y por su prestigio político. Según el historiador Jorge Orlando Melo, tal era su talante que “Probablemente ningún colombiano ha tenido en este siglo [el XX] la capacidad de influir en forma tan decisiva y durante tanto tiempo sobre el destino de sus compatriotas como Lleras Camargo. Durante cincuenta años estuvo presente, orientándolas o dirigiéndolas, en las principales transformaciones políticas de Colombia”⁵³⁷. Estas cualidades explican por qué durante su segunda presidencia (1958-1962) su principal propósito fue el de emprender en el país procesos de “reeducación política” y de “pedagogía civil” basados en la superación de los odios bipartidistas y en la asimilación de los principios democráticos, según lo afirma su biógrafo Leopoldo Villar Borda⁵³⁸. En la práctica, a fin de cuentas, lo que Lleras Camargo intentó hacer en esos años fue sacar a Colombia del *impasse* de violencia, dictadura y crisis socioeconómica en el cual se había sumido prácticamente desde el 9 de abril de 1948, día en el que asesinaron al caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán (para entender mejor los contextos latinoamericano y colombiano de los años cincuenta, véanse los capítulos anteriores).

No obstante, la ejecución de las transformaciones que Colombia requería resultó una tarea difícil para el primer presidente *frentenacionalista*. Aun cuando el proyecto de la coalición bipartidista suscitó en la opinión pública colombiana esperanzas y expectativas de una renovación de las estructuras del país —hasta el punto que en aquellos momentos se decía que estaba iniciando la *Segunda República*—, el mandatario debió sortear una serie de inconvenientes relacionados con la economía, con la violencia rural y con la oposición al pacto entre liberales y conservadores (eso sin contar los quebrantos de salud por él sufridos) que le impidieron el cabal cumplimiento de su programa de gobierno y que, inclusive, hicieron que su administración fuera reconocida, principalmente entre sus opositores, por fortalecer el elitismo del sistema político y por no erradicar el estancamiento social y económico del país. “El trabajo que tuvo que cumplir Alberto Lleras

⁵³⁷ “The Colombian Connection”, *Revista Credencial Historia*, ed. No. 2, [s. l.], febrero de 1990, p. 12. Véase también: Ignacio Arizmendi Posada, “Alberto Lleras Camargo”, *Presidentes de Colombia. 1810-1990*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 246.

⁵³⁸ *Alberto Lleras...*, p. 348. A este respecto, Gabriel Silva Luján arguye que lo que Lleras Camargo pretendía era la “consolidación de las instituciones frentenacionalistas [sic]”, la “colaboración bipartidista en todas las ramas del poder público” y “la erradicación de la persistente violencia política en las áreas rurales del país” (“Lleras Camargo y Valencia: entre el reformismo y la represión”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 211), algo no muy alejado de los planteamientos de Villar Borda.

como presidente iniciador del sistema [*frentenacionalista*] fue ciertamente arduo y abarcó los más variados frentes”, menciona al respecto el catedrático Mario Arrubla⁵³⁹.

En efecto, tres grandes inconvenientes afrontó el dirigente liberal durante su mandato. Uno, de tipo económico, tuvo que ver con el descenso en los precios internacionales del café, que para la época representaba más de tres cuartas partes de las exportaciones colombianas⁵⁴⁰. Este hecho, en palabras del economista Salomón Kalmanovitz, creó una “situación de penuria económica” que llevó al gobierno a implementar un “manejo monetario y fiscal conservador”, lo cual se tradujo en una “política de estabilidad monetaria y de precios [que] incluyó medidas de contención salarial y de intervención oficial en los conflictos laborales importantes”, como los ocurridos en los bancos, en las industrias azucarera y textil y en el sector del transporte aéreo⁵⁴¹. El segundo inconveniente, de tipo social, estuvo relacionado con el manejo que se le dio a la violencia que desde hacía años se *desarrollaba* en el campo colombiano. La cuestión fue que mientras el gobierno propuso una amnistía general y programas de reinserción para quienes luchaban clandestinamente (para lo cual se había creado en 1958 una Comisión de Paz), otros sectores políticos, como los conservadores doctrinarios —léase *laureanistas*—, clamaban para que el ejército ejerciera mayor presión militar en las zonas en conflicto (petición cuyo argumento era que la amnistía estaba ideada para favorecer sólo a las guerrillas liberales)⁵⁴². Pero dado que ninguna de las dos propuestas proyectó la erradicación de las circunstancias que hacían posible las pugnas (principalmente en lo relacionado a las condiciones de atraso socioeconómico del campesinado colombiano y a la superación de las *pasiones sectarias* entre los alzados en armas), y dado también que algunos de los guerrilleros que alcanzaron a dejar las armas fueron asesinados, la violencia, según la investigadora holandesa Donny Meertens, en vez de disminuir, cambió de carácter: las guerrillas, lejos de desaparecer, se fragmentaron, y en su lugar se reestructuraron las organizaciones de autodefensa campesina (cuya lucha era por los derechos de la tierra), por un lado, y surgieron unos nuevos protagonistas, por el otro:

⁵³⁹ “Síntesis de historia política contemporánea”, *Colombia: Hoy*, Bogotá, Siglo XXI Editores de Colombia, 1982, 8ª edic., p. 203.

⁵⁴⁰ Véase: Banco de la República y Grupo de Estudios del Crecimiento Económico, *El crecimiento económico colombiano en el siglo XX*, Bogotá, Banco de la República - Fondo de Cultura Económica, 2002, p. 227.

⁵⁴¹ *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*, Bogotá, siglo xxi editores de colombia ltda., 3ª edic., 1988, p. 426.

⁵⁴² Fue en este contexto cuando Álvaro Gómez Hurtado, hijo de Laureano, acuñó el famoso término “repúblicas independientes”, para referirse a los territorios del campo colombiano en los cuales no había una presencia efectiva del Estado y, por consiguiente, primaba *la ley* de los alzados en armas. De otro lado, sobre la Comisión de Paz vale la pena decir que ésta fue creada durante el gobierno de la Junta Militar, mediante el Decreto 0942 del 27 de mayo de 1958, pero con la anuencia de Lleras Camargo, y que su nombre verdadero era “Comisión Nacional Investigadora de las Causas Actuales de la Violencia”. Véase: Eduardo Pizarro Leongómez, “Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949-1966)”, *Análisis Político*, No. 7, Bogotá, mayo-agosto de 1989, pp. 21-26.

los bandoleros, quienes en su mayoría operaban más como delincuentes comunes con intereses personales y afán de venganza, que como organizaciones con programas ideológicos definidos⁵⁴³. Entre los bandoleros más conocidos figuran alias como *Chispas*, *Desquite*, *Capitán Venganza*, *Sangrenegra*, *Pedro Brincos*, *Joselito* y, entre otros, *Tarzán*. Sobre este nuevo tipo de conflicto, dice el profesor Gonzalo Sánchez Gómez:

El advenimiento del Frente Nacional no solucionó los agudos conflictos de la región. Podría decirse más bien que a los sumo los reclasificó. Porque lo que dentro de la perspectiva frentenacionalista [sic] intentó hacerse, y hasta cierto punto con eficacia, fue disociar el conflicto partidista del conflicto social y crear una artificial atmósfera de paz en un contexto de profundas contradicciones sociales surgidas a la sombra, bajo el estímulo, o al margen del enfrentamiento bipartidista.⁵⁴⁴

El otro inconveniente que debió sortear Lleras Camargo, el de tipo político, fue el relacionado con la *naturaleza* meramente bipartidista, y por ende excluyente de *terceras fuerzas*, del Frente Nacional. (No fue casualidad que esta coalición llegara a ser conocida como “el régimen político de democracia restringida”, como la “democracia convaleciente”, como la “partidocracia bifrente liberal-conservadora” e, inclusive, como “el monstruo bicéfalo”⁵⁴⁵.) Tal condición fue *caldo de cultivo* para el surgimiento de una creciente oposición conformada por las alas disidentes de los partidos liberal y conservador, por los seguidores del exdictador Gustavo Rojas Pinilla, por el Partido Comunista Colombiano y por algunos de los movimientos armados que subsistían en las zonas rurales del país. De allí, por ejemplo, nacieron la Alianza Nacional Popular (ANAPO, conformada principalmente por *rojistas* y cuya actuación política más recordada fue la que *puso en jaque* al sistema bipartidista en las famosas elecciones del 19 de abril de 1970) y el Movimiento Revolucionario Liberal (MRL, conformado esencialmente por liberales no oficialistas, liderado por Alfonso López Michelsen y, conforme la revolución cubana se alejó de la órbita estadounidense, dividido entre una facción de *moderados*, de la llamada *línea blanda*, y otra de *radicales*, la *línea dura*). Estos, fueron dos movimientos políticos que, en palabras del catedrático James D. Henderson, aglutinaron en sus filas a “conservadores que sencillamente no podían tolerar gobiernos de coalición”, a “activistas liberales que valoraban la defensa militante de los principios y despreciaban las concesiones”, a

⁵⁴³ *Ensayos sobre tierra, violencia y género. Hombres y mujeres en la historia rural de Colombia. 1930-1990*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales, 2000, p. 143. Al respecto, véase también: Gabriel Silva Luján, “Lleras Camargo y Valencia...”, pp. 217-218.

⁵⁴⁴ “Tierra y violencia. El desarrollo desigual de las regiones”, *Análisis Político*, No. 6, Bogotá, enero-abril de 1989, p. 25 (texto que contó con la colaboración de Donny Meertens).

⁵⁴⁵ Algunas de esas expresiones son ampliamente conocidas por la gente del común, pero otras sólo lo son entre académicos. Al respecto, véanse entonces: Ricardo Sánchez Ángel, “Bajo la égida de los Estados Unidos”, *Historia de las ideas políticas en Colombia. De la independencia hasta nuestros días*, José Fernando Ocampo T. ed., Bogotá, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A., Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR, 2008, p. 251; Francisco Gutiérrez Sanín, *¿Lo que el viento se llevó?...*, p. 77 y p. 106, y Gabriel Silva Luján, “Lleras Camargo y Valencia...”, p. 210.

“militantes políticos de izquierda” y a demás “grupos excluidos de la participación política por ‘las tácticas macartistas’ [sic] del Frente Nacional”⁵⁴⁶. Esta oposición estuvo inspirada, entre otros aspectos, en el *antifrentenacionalismo*, en las tendencias reformistas, en la frustración avivada por la inmutabilidad de las estructuras del país, en el pasado populista del *rojismo* y en el discurso revolucionario que a la sazón se pregonaba en Cuba. Y aunque careció de programas políticos propios y definidos (particularmente la ANAPO y el MRL, según el politólogo José Fernando Ocampo T.), logró por lo menos cuestionar la legitimidad del pacto entre liberales y conservadores y, con ello, atraer el apoyo de un amplio sector de la población colombiana, con lo cual, en palabras de Gabriel Silva Luján, se inició “una progresiva descomposición política de la coalición bipartidista” y se propagó “una crisis de confianza del sistema”⁵⁴⁷. En efecto, los tres *impases* que Lleras Camargo debió afrontar generaron un ambiente sumamente hostil al Frente Nacional. Las penurias económicas, la movilización de masas promovida por los grupos ajenos al pacto, las presiones de determinados sectores políticos, las *pasiones* despertadas por la revolución cubana y, en fin, la *esencia* misma de la coalición, desencadenaron una serie de huelgas, de invasiones de tierras, de protestas estudiantiles y de desmanes que desestabilizaron al incipiente sistema y que, a la postre, obligaron a Lleras Camargo a endurecer su actuar de cara a la realidad del país.

Con la intención de hacer frente a los problemas que la economía, la violencia y la oposición le estaban trayendo, y en aras también de implementar sus proyectos iniciales, Lleras Camargo actuó en dos frentes. Y lo hizo acorde a los designios del contexto interamericano: por medio de la represión de las corrientes reformistas inspiradas en la revolución cubana y del fomento del desarrollo económico promulgado desde la Operación Panamericana. Así, por un lado, aplicó medidas coercitivas encaminadas a controlar el orden público y a minimizar los alcances de la oposición. Según menciona Eduardo Pizarro Leongómez, la prolongación del estado de sitio y el inicio de “la criminalización [...] del movimiento popular, así como de toda manifestación de inconformidad o de oposición” (es decir, el inicio de la percepción del *enemigo interno*, producto de la antes mencionada

⁵⁴⁶ *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*, Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, Colección Clío, julio de 2006, pp. 575-577. No sobra mencionar que el partido conservador *aportó* facciones opositores —pero no *antifrentenacionalistas*— a la coalición bipartidista durante la administración Lleras Camargo: los *levyistas* lo hicieron siempre, los *ospinistas* y los *alzatisistas* en un comienzo, y los *laureanistas* al final. Ello siempre dependió de la posición de cada uno en el juego electoral. De otra parte, cabe señalar que el MRL en un comienzo se llamó Movimiento de Recuperación Liberal.

⁵⁴⁷ José Fernando Ocampo T., “Un proyecto de izquierda...”, pp. 262-265, y Gabriel Silva Luján, “Lleras Camargo y Valencia...”, p. 221. Véase también: Eduardo Pizarro Leongómez, “Los orígenes del movimiento...”, p. 24. Según Silva Luján, tal fue el alcance de los grupos de oposición al Frente Nacional que en las elecciones de cuerpos colegiados obtuvieron el 16,5 % de la votación, mientras que en las parlamentarias de 1962 obtuvieron el 23,5% (p. 224).

Doctrina de Seguridad Nacional), fueron las principales manifestaciones de esa *actitud* del presidente colombiano⁵⁴⁸. Y, por el otro lado, promovió una serie de *medidas* cuyos propósitos fueron, en principio, el de replicar a quienes reprochaban la inmutabilidad político-económica del país, el de poner en marcha los preceptos de la incipiente Alianza para el Progreso (de la cual él fue uno de los principales gestores en América Latina, y para así hacerle *contrapeso* a las ideas revolucionarias provenientes de Cuba) y el de “aliviar los problemas sociales acumulados”, en palabras de Villar Borda⁵⁴⁹. Tres grandes iniciativas surgieron de ello. Una, fue la de llevar a cabo una reforma agraria con la cual, *grosso modo*, se intentaría poner fin a los conflictos por la tierra y, con ello, a la violencia⁵⁵⁰. Otra, fue la formulación de la llamada “Operación Colombia”, ideada por el economista de origen canadiense Lauchlin Currie y cuyas metas principales fueron: ayudar a resolver el problema agrario, cerrar las brechas existentes entre los sectores rural y urbano, mejorar los servicios públicos y extender las posibilidades de educación y de vivienda para el pueblo colombiano⁵⁵¹. Y, la otra, fue la de poner en marcha el primer plan nacional de desarrollo de Colombia (denominado *Plan de desarrollo económico y social* o, sencillamente, *Plan decenal*, gracias a su duración: 1961-1970), pensado para hacer más efectiva la ayuda económica que llegaría a través de la Alianza para el Progreso y, así, incrementar la productividad interna y mejorar la capacidad exportadora del país⁵⁵². O sea que, tal como lo plantearía la Doctrina

⁵⁴⁸ Eduardo Pizarro Leongómez, “Los orígenes del movimiento...”, pp. 24-25.

⁵⁴⁹ Alberto Lleras..., p. 328. Respecto a las dos actitudes tomadas por Lleras Camargo, no sobra resaltar el título del capítulo que habla sobre dicha administración en la obra *Nueva Historia de Colombia* (escrito por Gabriel Silva Luján): “Lleras Camargo y Valencia: entre el reformismo y la represión” (anteriormente citado).

⁵⁵⁰ Cabe mencionar que los objetivos propuestos en la reforma agraria que se intentó poner en marcha (pues fueron varios los proyectos que *participaron* de la *discusión*) fueron, en palabras del francés Pierre Gilhodes: “eliminar y prevenir una concentración inequitativa de la propiedad, crear unidades de explotación adecuadas, dar mejores garantías a aparceros y arrendatarios, dotar de tierras a los peones del campo y elevar el nivel de vida de los campesinos; [...] fomentar el cultivo de las tierras incultas o mal cultivadas, incrementar la producción y la productividad, [y] asegurar la conservación de los recursos naturales” (“La cuestión agraria en Colombia (1958-1985)”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. III: *Relaciones Internacionales. Movimientos Sociales*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S.A., 1989, p. 348).

⁵⁵¹ Véase: Leopoldo Villar Borda, *Alberto Lleras...*, p. 330. Currie fue convocado por Lleras Camargo para que encontrara soluciones para combatir el subdesarrollo del país. Pero dado que sus planes distaban de los de la reforma agraria (pues decía que había que “llevar la fuerza de trabajo de los campos a las ciudades, destinándola a actividades que requirieran obreros no calificados, como la construcción de viviendas, mientras que la agricultura y la ganadería debían tecnificarse para elevar la productividad, mejorar el empleo en el campo y asegurar buenos salarios”, en palabras de Rafael Garrido Lopera), el presidente colombiano descartó la “Operación Colombia” como una forma de superar el atraso (véase: “Currie, Lauchlin”, *Gran Enciclopedia de Colombia*, Vol. 9: *Biografías*, Beatriz Castro Carvajal y Daniel García-Peña Jaramillo directores académicos, Bogotá, Círculo de Lectores, S. A., Editorial Printer Latinoamericana Ltda., 1994, p. 177). Currie, sin embargo, ahondaría después en sus planteamientos, obteniendo así suma importancia durante el plan de desarrollo del gobierno de Misael Pastrana Borrero (1970-1974).

⁵⁵² Sobre los objetivos del *Plan decenal*, el mismo Lleras Camargo planteó que se pretendía “una ayuda externa otorgada en conjunto para la ejecución de un programa general, y no en pocos casos simplemente para mantener el equilibrio de la balanza de pagos, con el objeto de aumentar el equipo, los servicios, la materia prima y el capital que debe promover el gran movimiento hacia el robustecimiento de la economía y hacia el mayor flujo de exportaciones”, es decir: “Se trata de volver a Colombia una pequeña potencia industrial, un

Kennedy en su momento, Lleras Camargo puso en práctica una política que *gravitó* entre los pilares *seguridad* y *desarrollo* para hacer frente a los diversos *impases* que con el transcurso del tiempo le surgieron.

El resultado de las dos actitudes tomadas por el primer presidente *frentenacionalista* fue dicotómico. Si bien tuvo éxito con la *preservación* del pacto bipartidista, no tuvo mucho con la transformación de las estructuras ni con el desarrollo socioeconómico de la nación. Sobre lo primero, afirma Henderson: “ni la Anapo [sic] de Rojas Pinilla, ni el MRL de López Michelsen pusieron gravemente en peligro al Frente Nacional en 1962” (refiriéndose a los comicios para elegir al sucesor de Lleras Camargo)⁵⁵³. Y respecto a lo segundo, el político y académico Juan Felipe Gaviria Gutiérrez menciona tres aspectos: por un lado, que el período 1958-1970 fue “de fortalecimiento del Estado”; por otro, que la reforma agraria “fue más una política de fomento que un instrumento para modificar la estructura de propiedad en el campo”, y por último, que durante la década del sesenta “se profundizan las tendencias características del desarrollo capitalista en el campo”, algo que se dio “en contravía a lo establecido como política oficial” (todo ello sin contar que la Alianza para el Progreso fracasó y que, por ende, para poner en marcha el *Plan decenal* tal como se planeó faltaron recursos)⁵⁵⁴. Así pues, si bien la represión a los movimientos opositores salvó al Frente Nacional, las proyecciones desarrollistas no modificaron las estructuras socioeconómicas del país.

Ahora bien, dentro del balance de la administración Lleras Camargo es justo precisar que en esos años hubo algunos logros en materia de obras públicas, de construcción de viviendas y de una reorganización administrativa del Estado, pero, más aún, en materia de la superación de los odios bipartidistas y de la recuperación de una cierta consciencia

país exportador y un productor en mercados competidos. Se trata de bajar los costos de la producción y de distribuirla bien, primero en todo el territorio, después en la Zona Libre de Comercio Latinoamericana. Se trata de no bajar la proporción del trabajo en los costos de la producción, sino de buscar un permanente ascenso de salario y sueldos que cree un más alto nivel de vida. Se trata de estimular un espíritu moderno para la empresa privada, con riesgos, con competencia, con lucha, con disputa de mercados, con refinamiento de los productos. Se trata de aumentar progresiva e ininterrumpidamente el sector agrícola, distribuyendo la tierra donde seculares conflictos de superpoblación y pobreza la han convertido en un ahorro indebido y la han sellado para una producción intensa y técnica” (véase: “Programa de desarrollo económico y social”, *Albero Lleras. Antología*, tomo IV: *El gobernante*, selección y prólogo de Otto Morales Benítez, Benjamín Villegas ed., Bogotá, Villegas Editores, noviembre 2006, p. 500 y p. 507). Véase también al respecto: Juan Carlos Restrepo Velásquez, “El desarrollo en Colombia: historia de una hegemonía discursiva”, *Revista Lasallista de Investigación*, Vol. 1, No. 1, [s. l.], junio de 2004, pp. 31-33.

⁵⁵³ *La modernización en Colombia...*, p. 579.

⁵⁵⁴ “La economía colombiana. 1958-1970”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. V: *Economía, Café, Industria*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 186. Según el autor, esto se dio porque entre 1960 y 1970 “se presenta un aumento en el grado de concentración de la tierra, se reducen significativamente los contratos de arriendo y aparcería, sobre todo en predios menores, a la vez que se impulsa el arriendo a gran escala” (p. 186).

republicana por parte de los colombianos⁵⁵⁵. Según Villar Borda, Lleras Camargo fue, “sobre todo, un abanderado de la concordia y el entendimiento en una nación agobiada por las discordias y la violencia política”⁵⁵⁶. En efecto, gracias a los ideales democráticos del mandatario y a la *esencia* coalicionista del Frente Nacional (a nivel nacional), y al proceso de (*semi*) *democratización* en América Latina y al *ruido* generado por la revolución cubana (a nivel internacional), en esos primeros años de pacto las pendencias políticas en Colombia abandonaron el plano de los liberales y los conservadores, y se mudaron al de los *frentenacionalistas* y los *antifrentenacionalistas*. Y, dado el carácter derechista de los primeros e izquierdista —en cierto grado— de los segundos, así como las tendencias tanto hacia el macartismo como hacia la revolución que se estaban propagando en la región, las riñas políticas empezaron entonces a desarrollarse a un nivel muy propio de la guerra fría: entre el *establishment* y los progresistas (casi siempre tildados de *comunistas*). Bien dice la catedrática Maryluz Vallejo Mejía: “Como consecuencia de la Guerra Fría [*sic*], a partir de la década de los sesenta el enemigo ya no es el partido contrario, sino el comunismo internacional” (afirmación cuyo protagonista implícito es el oficialismo de los partidos liberal y conservador)⁵⁵⁷. Esa dualidad, a fin de cuentas, significó que el anticomunismo se convirtiera desde entonces, y casi de manera oficial, en el *caballo de batalla* con el cual los regímenes políticos colombianos intentarían controlar los problemas sociopolíticos del país y, con ello, salvaguardar el *statu quo* de cualquier *amenaza* de cambio. Para los opositores del sistema, por el contrario, significó la represión de sus actuaciones y, por ende, su exclusión del juego político nacional. De hecho, las mencionadas prolongación del estado de sitio y criminalización de la oposición por parte de Lleras Camargo (según lo expresado por Pizarro Leongómez) fueron producto de esta dualidad. Así pues, durante la primera administración *frentenacionalista*, el bipartidismo que tantas lides y tantos muertos trajo al país dio paso a un nuevo tipo de confrontación, en la cual fundó sus bases (aunque más exactamente se potenció, porque el anticomunismo era una cuestión de antaño en este país) una ideología desde la cual se justificaron las medidas coercitivas y represoras de los gobiernos colombianos. Y a pesar de que la violencia, a fin de cuentas, disminuyó (pues los muertos fueron cada vez menos después de 1958, según los estimativos hechos por el

⁵⁵⁵ Sobre los logros de la primera administración de la coalición, véase: Leopoldo Villar Borda, *Alberto Lleras...*, pp. 328-329 y pp. 347-349, e Ignacio Arizmendi Posada, “Alberto Lleras Camargo”, *Presidentes de Colombia...*, 247-248. Según Francisco Gutiérrez Sanín “el objetivo del FN [Frente Nacional] se expresó en resultados”, refiriéndose al incremento del Producto Interno Bruto en esos años (*¿Lo que el viento se llevó?...*, pp. 93-94). Sin embargo, estos logros fueron relativos y, de hecho, sólo fueron significativos después de 1966, por lo que no se puede aplicar esta afirmación para la administración de Lleras Camargo.

⁵⁵⁶ “1906-2006. El siglo de Alberto Lleras”, *Credencial Historia*, No. 199, [s. l.], julio de 2006, p. 12.

⁵⁵⁷ *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*, Bogotá, Editorial Planeta Colombiana S. A., 2006, p. 113.

violentólogo Paul Oquist), todo ello fue la *antesala* de la tesis de “la combinación de todas las formas de lucha” y de la idea de que “las condiciones objetivas” para la revolución estaban dadas; hechos que, a la postre, motivaron la fundación de algunas de las guerrillas más conocidas que ha tenido Colombia: el Ejército de Liberación Nacional (ELN) en 1962; el Ejército Popular de Liberación (EPL) en 1964, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 1966⁵⁵⁸. A este respecto, dice el sociólogo e historiador francés Daniel Pécaut que “el pacto del Frente Nacional puso fin a la etapa política de La Violencia, fase definida por el conflicto entre los dos partidos tradicionales, pero no impidió que los fenómenos de violencia persistieran durante años”⁵⁵⁹. A manera de conclusión, puede decirse entonces que en relación a las tres *banderas* del Frente Nacional (a las cuales alude Francisco Gutiérrez Sanín), entre 1958 y 1962 la paz fue relativa, la democracia, excluyente y el desarrollo, una simple proyección.

En contraste con esa relativa inmutabilidad interna de Colombia durante el incipiente Frente Nacional, el papel que jugó Alberto Lleras Camargo por el país a nivel externo fue de notables alcances y transmutaciones para América Latina. En el marco de las *antagónicas* Alianza para el Progreso y revolución cubana, el presidente colombiano, consecuentemente con sus posturas sobre la integración del hemisferio y con sus propuestas para que desde Estados Unidos se financiara el desarrollo en la región, fue *pieza clave* en la promulgación de la primera y en la desaprobación de la segunda. Según el historiador Álvaro Tirado Mejía, Lleras Camargo “contribuyó en forma notoria a la elaboración del aparato jurídico que concluyó con la suspensión del régimen de Fidel Castro de la OEA, [y] a la concepción y aplicación de la Alianza para el Progreso”⁵⁶⁰. Dos sucesos, ocurridos entre finales de 1961 y principios de 1962, dan cuenta de ello. El primero, fue el encuentro que tuvo lugar en Bogotá entre Lleras Camargo y John Fitzgerald Kennedy el 17 de diciembre de 1961, encuentro realizado para promocionar la Alianza para el Progreso a través de la inauguración de proyectos surgidos en ésta (el *Plan de Vivienda ‘Techo’*, el más conocido) y a través también de una serie de discursos en los cuales ambos presidentes expresaron cuán

⁵⁵⁸ Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Bogotá, Instituto de Estudios Colombianos, Biblioteca Banco Popular, 1978, pp. 17-20 (véanse en particular los cuadros I-3, I-4 y I-6). Sobre la adopción de la tesis “combinación de todas las formas de lucha”, véase: Eduardo Pizarro Leongómez, “Los orígenes del movimiento...”, p. 27. Y respecto a la idea de “las condiciones objetivas de la revolución” y a la fundación de las mencionadas guerrillas, véase: Fernán González González, “¿Una historia violenta? Continuidades y rupturas de la violencia política en las guerras civiles del siglo XIX y la violencia del siglo XX”, *Historia de las ideas políticas en Colombia. De la independencia hasta nuestros días*, José Fernando Ocampo T. ed., Bogotá, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A., Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR, 2008, pp. 331-333.

⁵⁵⁹ *Las FARC: ¿una guerrilla sin fin o sin fines?*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2008, p. 184.

⁵⁶⁰ *Colombia en la OEA*, p. 105.

comprometidos estaban sus gobiernos con dicho programa⁵⁶¹. Y el segundo suceso fue la convocatoria que hizo Lleras Camargo a la Octava Reunión de Consulta de la Organización de Estados Americanos para tratar el tema del comunismo en Cuba y su impacto en la región: dicha reunión, celebrada en Punta del Este (Uruguay) entre el 22 y el 31 de enero de 1962, sirvió de plataforma para que el gobierno revolucionario de la isla fuese expulsado de la OEA⁵⁶². O sea que, en palabras Tirado Mejía, Colombia —con Lleras Camargo a la cabeza— se convirtió, por un lado, en “el país piloto”, en “la vitrina”, de la Alianza para el Progreso, y, por el otro, en el país que “lideró las políticas que en el orden jurídico, económico e ideológico se tomaron en la OEA contra el régimen castrista”⁵⁶³. (Es preciso mencionar, sin embargo, que dado que a Lleras Camargo lo que más le motivaba era la unidad del sistema interamericano, su actitud hacia Cuba no fue siempre hostil: en un principio, cuando la revolución aún no se había radicalizado mucho, éste le propuso en varias ocasiones al gobierno isleño que se alejara de la *órbita* soviética y que retornara a la hemisférica —no en vano Colombia fue *apenas* el decimosegundo país en romper relaciones diplomáticas con el régimen de Fidel Castro—, pero en vista de las negativas, al presidente colombiano *le tocó* no sólo romper con el gobierno antillano en diciembre de 1961, sino también proponer la expulsión del mismo de la OEA, para así *preservar* la unidad del continente.) Así, pues, fue como el talante republicano y la experiencia diplomática de Alberto Lleras Camargo lograron *salvaguardar* el sistema interamericano de la amenaza que para los intereses estadounidenses en la región representaron la revolución cubana y sus posibilidades de *exportación*. La cuestión fue simple: los ideales anticomunistas que a la sazón pregonaba su gobierno, los temores de que el MRL y la ANAPO siguieran amenazando el *statu quo* y una cierta correspondencia con el refrán *los enemigos de mis amigos*

⁵⁶¹ Véase: Álvaro Tirado Mejía, *Colombia en la OEA*, pp. 160-162 (cabe aclarar que aunque este autor menciona que la reunión entre Lleras Camargo y Kennedy fue entre el 15 y el 17 de diciembre, el encuentro realmente ocurrió el día 17; el mandatario estadounidense estuvo sólo 14 horas en Bogotá y el resto del tiempo lo pasó también de visita oficial en Puerto Rico y Venezuela). Según afirman Christopher Abel y Marco Palacios “El gobierno Lleras Camargo fue el primero de América Latina que respondió a la Alianza para el Progreso”: “Lleras, que compartía el liberalismo exuberante de Kennedy, acogió con los brazos abiertos a los equipos norteamericanos que llegaron para cooperar con los organismos nacionales, y Colombia fue presentada como ejemplo de los beneficios de la Alianza” (“Colombia, 1958-c. 1990”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 16: *Los países andinos desde 1930*, Barcelona, Editorial Crítica, S.L., 2002, p. 220).

⁵⁶² El hecho se dio gracias a que la propuesta alcanzó los 14 votos necesarios para tal efecto. En suma, Estados Unidos, República Dominicana, Haití, Honduras, Panamá, Nicaragua, Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Perú, Venezuela, Paraguay, Uruguay y Colombia votaron a favor; Brasil, Argentina, Chile, Ecuador y Bolivia se abstuvieron, y México y Cuba votaron en contra.

⁵⁶³ *Colombia en la OEA*, pp. 25-26, y p. 139. Respecto a Colombia y a la Alianza para el Progreso, dice Salomón Kalmanovitz que este país “sirvió de vitrina de la Alianza, no tanto por la lealtad de la clase dominante con los norteamericanos, que fue ostensible, sino porque el proceso de pacificación marchaba desde antes sobre el programa de reformas del Frente Nacional y, en particular, el proyecto de ley sobre reforma social y agraria que venía discutiéndose desde 1959”, siendo este otro motivo sobre el cual Lleras Camargo permitió que Colombia fuera *país piloto* de dicho programa (véase: *Economía y nación...*, p. 421).

son mis enemigos, hicieron que el mandatario *frentenacionalista* actuara de este modo. Curiosamente, tal como ocurrió en Colombia, las acciones de este gobernante sirvieron para que, sin grandes cambios de índole socioeconómica, el estado de cosas en materia política continuara fortaleciéndose. En otras palabras, el primer presidente del Frente Nacional se aseguró de promover, tanto a nivel nacional como internacional, una política en la cual primaran los intereses de una clase dominante casi siempre supeditada a los lineamientos dictados desde Washington y, asimismo, en la cual se hiciera oposición a las propuestas progresistas y/o reformistas de aquellos sectores contrarios al *establishment*.

En concordancia con las disposiciones adoptadas por Alberto Lleras Camargo durante su mandato, el escenario en el cual se desarrolló la prensa colombiana estuvo también rodeado de ambigüedades. A principios y mediados de los años cincuenta, la profesión periodística estuvo *maniatada* por las constantes, diversas y oficiales censuras impuestas por los gobiernos de Laureano Gómez, de Roberto Urdaneta Arbeláez y del general Gustavo Rojas Pinilla (véanse los capítulos anteriores). Pero el advenimiento del Frente Nacional trajo consigo un nuevo contexto en ese sentido. Motivado por el *espíritu* del pacto bipartidista, Lleras Camargo abolió las disposiciones que la Junta Militar había tomado sobre la prensa y, por medio de la Ley 159 de 1959, dio vigencia a la Ley 29 de 1944 y al Título 13 del Libro Segundo del Código Penal, en los cuales se estipulaba, *grosso modo*, una amplia libertad de prensa, siempre y cuando ésta fuera responsable y permitiera que el gobierno ejerciera ciertos controles⁵⁶⁴. Pareció, entonces, que durante la *Segunda República* la mordaza a los medios de comunicación no volvería a impedir el libre ejercicio de los periodistas colombianos.

No obstante, las disposiciones sobre la libertad de prensa tomadas por el presidente liberal no se aplicaron tal como se planearon. A pesar de lo que plantean algunos autores según lo cual con la coalición bipartidista se abolieron definitivamente las censuras (por ejemplo, Enrique Santos Calderón menciona que “En el período del Frente Nacional se consolida en Colombia una ya emergente tradición de libertad de prensa”, que se enraizó en “los últimos cincuenta” “no sólo como concepción jurídica sino en la propia conciencia nacional” “en la medida en que [...] se fueron solidificando las instituciones políticas y

⁵⁶⁴ Allí también se estipularon el *modus operandi* que debían adoptar los directores de los periódicos para ajustarse a las normas y las sanciones que se aplicarían a quienes las incumplieran. Véanse: Antonio Cacia Prada, *Historia del periodismo colombiano*, Bogotá, Ediciones Sua Ltda., 2ª edic., 1983, pp. 408-422; del mismo autor, *La libertad de prensa en Colombia*, Bogotá, Editorial Prensa Católica, 1958, pp. 154-155, y Gabriel Fonnegra, *La prensa en Colombia ¿Cómo informa? ¿De quién es? ¿A quién sirve?*, Bogotá, El Áncora Editores, 2ª edic., 1987, p. 80.

consolidando la estabilidad del Estado”), la realidad fue diferente⁵⁶⁵. Los diversos problemas que debió afrontar el primer mandatario, así como su afán de preservar la estructura frentenacionalista y de *salvar* al país del castrismo, lo llevaron, por un lado, a ejercer presiones sobre algunos diarios para que publicaran o no determinadas informaciones y, por otro, a invitar a la burguesía nacional a que hiciera un “ademán de defensa” (según el político y catedrático Jorge Child) para proteger sus intereses⁵⁶⁶. Así fue como se organizó la *Mano Negra*, una especie de organización clandestina —según el entonces periodista Marco Tulio Rodríguez— conformada por abogados, políticos y diaristas que contó con la aquiescencia, la solidaridad y el patrocinio del gobierno, de la Iglesia y de grandes capitalistas, y que, alarmada por los *ecos* de la revolución cubana, sirvió de instrumento de las élites colombianas para obstaculizar los diferentes tipos de manifestaciones contra el *statu quo* y, en específico, para entorpecer el libre ejercicio del periodismo *antifrentenacionalista*⁵⁶⁷. Al respecto, Maryluz Vallejo Mejía señala que durante el primer “gobierno del Frente Nacional, en la segunda presidencia de Alberto Lleras Camargo, se volvieron a registrar persecuciones a medios y a periodistas que terminaron silenciados por señalamientos macartistas [*sic*] y por la más discreta y tolerada censura económica”⁵⁶⁸. En efecto, esta coerción se implementó por medio del retiro de la publicidad a órganos de prensa que expresaran simpatías con ideas izquierdistas y/o que tuvieran entre sus trabajadores personas cuyo nombre estuviera en las listas de quienes eran sospechosos de ser comunistas. (Según Rodríguez, tal fue el alcance de la *Mano Negra* que incluso llegó a financiar “una gigantesca campaña de prensa pidiendo la ruptura de

⁵⁶⁵ “El periodismo en Colombia. 1886-1986”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. VI: *Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 125.

⁵⁶⁶ Respecto a las presiones sobre los diarios, recuérdense no más las palabras del periodista Carlos J. Villar Borda citadas en el capítulo anterior según las cuales Lleras Camargo “hablaba diariamente por teléfono con los directores de los principales diarios del país y les ‘sugería’ la línea editorial” (*La pasión del periodismo*, Bogotá, Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2004, p. 220). Y sobre la invitación del primer mandatario a los burgueses, véase: Jorge Child, “El MRL”, *Entre movimientos y caudillos. 50 años de bipartidismo, izquierda y alternativas populares en Colombia*, Gustavo Gallón Giraldo comp., Bogotá, CINEP, CEREC, 1989, p. 85.

⁵⁶⁷ *La Gran Prensa en Colombia*, Bogotá, Editorial Minerva Ltda., 1963, pp. 54-58. Según Marco Tulio Rodríguez, *La Mano Negra* fue dirigida por: “Eduardo Zuleta Angel [*sic*], antiguo embajador colombiano en Washington, abogado de la United Fruit Company, de la Standard Oil, de la Pan American Air World y de más de 20 trusts norteamericanos; José Gómez Pinzón, ex-ministro [*sic*] sin cartera de la administración Lleras Camargo y obsecuente servidor de los intereses imperialistas; Hernán Echavarría Olózoga, también ex-ministro [*sic*] de Lleras y cuyas vinculaciones económicas con los Estados Unidos han constituido la base de su fabulosa fortuna personal; Aurelio Correa Arango, abogado patronal, que se ha caracterizado a lo largo de su vida por servir los intereses más antinacionales. Y formaron parte también de ‘La Mano Negra’ varios propietarios de periódicos, editorialistas y columnistas permanentes, que se han convertido en los ideólogos activos de la organización. Estos dirigentes de ‘La Mano Negra’ contaron para la iniciación de sus labores con un capital de 5 millones de pesos (cerca de 500.000 dólares), habiendo logrado aumentar su patrimonio en menos de un año a la cifra de 30 millones de pesos” (pp. 56-57).

⁵⁶⁸ *A plomo herido...*, p. 327.

relaciones de Colombia con la República de Cuba, hasta lograrlo”, a la vez que “impidió, mediante la presión económica y política, que los pocos órganos independientes que existen en nuestro país replicaran o informaran sobre los verdaderos móviles de esta maniobra”⁵⁶⁹.) *La caza de brujas*, entonces, no recayó tanto sobre la prensa tradicional, de filiación al oficialismo de los partidos históricos, de pertenencia familiar, de carácter anticomunista y de compromiso con el Frente Nacional, sino más que todo sobre los *jóvenes* diarios que servían de órganos de difusión de los partidos opositores al pacto entre liberales y conservadores. En otras palabras, este tipo de mordaza no se aplicó sobre la llamada *Gran Prensa* (entre la que se encontraban periódicos como *El Siglo*, *El Correo*, *El Colombiano*, *El Espectador*, *La República*, *El Tiempo* y *El País*), sino sobre periódicos como *La Calle* (del MRL), *La Nueva Prensa* (del MRL, primero, del Movimiento Democrático Nacional, luego, y de la ANAPO, después) y, entre otros, *Voz de la Democracia* (del Partido Comunista Colombiano)⁵⁷⁰. Sobre esto, el recién citado Santos Calderón, casi contradiciéndose, menciona que en esos años, “Las restricciones más notables a la libertad informativa se reducen a un esporádico hostigamiento de la frágil prensa de oposición del momento, de predominante inspiración marxista”⁵⁷¹. El testimonio del reconocido intelectual, diplomático y catedrático Alberto Zalamea, a la sazón director de *La Nueva Prensa*, es bastante dicente:

Hay que recordar lo que era la ‘campana neumática’ contra el MRL, López [Michelsen], *La Calle*, ‘*La Nueva Prensa*’ [sic]. El bloqueo publicitario era absoluto, y total el unanimismo [sic] de la prensa frentenacionalista [sic]: no se reproducía con exactitud ni un solo juicio de López [Michelsen] ni se comentaba una sola de las tesis de las publicaciones disidentes. ¡Estábamos todos condenados a las tinieblas exteriores!⁵⁷²

En palabras de Gabriel Fonnegra, “El Frente Nacional [...] de la misma manera como dejó el Poder en manos de unos cuantos, legitimó no más el diarismo adepto”⁵⁷³. En suma, la actitud de Lleras Camargo ante la prensa fue consecuente con las medidas que él mismo adoptó en otros sectores. Si bien, por un lado, tomó medidas acordes a su talante republicano y demócrata (hecho que se tradujo en libertad de prensa para los diarios que le apoyaron), por otro, sus disposiciones estuvieron determinadas por la pretensión de

⁵⁶⁹ *La Gran Prensa...*, p. 57.

⁵⁷⁰ Véase: Enrique Santos Calderón, “El periodismo en Colombia...”, pp. 124-125, y Marco Tulio Rodríguez, *La Gran Prensa...*, pp. 46-53. Respecto a la formación y consolidación de la *Gran Prensa* véase el capítulo anterior.

⁵⁷¹ “El periodismo en Colombia...”, p. 126. Vale aclarar que la última afirmación referida de Santos Calderón, sobre la inspiración marxista de la prensa censurada, no es del todo cierta. Reconocidos periódicos como *La Nueva Prensa*, *Mito* y *Alianza Popular*, entre otros, no tenían afinidad alguna con el comunismo y, sin embargo, sufrieron de esa *mordaza encubierta*.

⁵⁷² “*La Nueva Prensa*”. *25 años después. 1961-1986*, tomo I, Bogotá, Procultura S. A., Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, 1986, p. 34.

⁵⁷³ *La prensa en Colombia...*, p. 90.

salvaguardar el naciente pacto (hecho que se tradujo en *censuras encubiertas* a los diarios que, desde la oposición, criticaron el sistema).

Según lo estipulado durante la *formulación* del Frente Nacional, a un presidente liberal debía suceder uno conservador. De acuerdo con ello, el 7 de agosto de 1962 Alberto Lleras Camargo *cedió el mando* a Guillermo León Valencia (quien fue elegido presidente con más de un millón y medio de votos frente a los 625.630 obtenidos por Alfonso López Michelsen, del MRL, y los 308.992 de Jorge Leyva, por el *laureanismo*)⁵⁷⁴. A pesar de cuanto hizo el dirigente liberal por superar la crisis socioeconómica y por fortalecer el sistema de la coalición, el país que heredó Valencia estuvo enmarcado, en palabras de Gabriel Silva Luján, por “la inestabilidad política y la crisis económica generalizada”⁵⁷⁵. El 38% que obtuvieron los candidatos de oposición al Frente Nacional durante los comicios presidenciales, así como el 51% de abstencionismo en los mismos, demostraron que el sistema político estaba en crisis⁵⁷⁶. Asimismo, a mediados del 62, la revaluación de la moneda y los bajos precios del café originaron un descenso de las reservas internacionales que incluso amenazó con una crisis cambiara generalizada⁵⁷⁷. Así que si bien es cierto que de la administración Lleras Camargo se pueden destacar ciertos *logros*, también es cierto que Guillermo León Valencia debió afrontar retos que venían del período presidencial anterior, especialmente en lo relacionado con el bandolerismo, con un *espinoso* contexto económico y con los cuestionamientos sobre la *legitimidad* y sobre la *validez* del pacto entre liberales y conservadores. Así pues, los primeros meses de la segunda administración *frentenacionalista* (que son los que conciernen al presente trabajo) no difirieron mucho del balance general que se puede *desprender* del período comprendido entre enero de 1959 y agosto de 1962. En otros términos, entre mediados y finales del 62 siguieron la pugna entre el gobierno y la oposición (conformada por *rojistas* y *emerrelistas*), la contención de aquello que pudiera desestabilizar el sistema, los conflictos en las zonas rurales del país, las penurias por el estancamiento socioeconómico y las dicotomías para la prensa colombiana. Los juicios de los medios de comunicación sobre la mayoría de cuestiones que ocurría tanto a nivel nacional como internacional temas, entonces, no variaron mucho de una administración a otra (así quedó consignado en lo expresado acerca de la revolución cubana).

⁵⁷⁴ Las cifras fueron tomadas de: Ignacio Arizmendi Posada, “Guillermo León Valencia”, *Presidentes de Colombia...*, p. 272.

⁵⁷⁵ “Lleras Camargo y Valencia...”, p. 223.

⁵⁷⁶ La primera cifra fue tomada de: Gabriel Silva Luján, “Lleras Camargo y Valencia...”, p. 224, y la segunda de Francisco Gutiérrez Sanín, *¿Lo que el viento se llevó?...*, p. 107.

⁵⁷⁷ Gabriel Silva Luján, “Lleras Camargo y Valencia...”, p. 226.

3.3. La prensa colombiana opina sobre la revolución cubana

Dadas las circunstancias que rodearon el posicionamiento de la revolución cubana en el contexto internacional, así como las que rodearon el establecimiento del Frente Nacional en Colombia, el tema de lo acaecido en Cuba después de que Fidel Castro se tomó el poder fue sumamente comentado por la prensa colombiana. Quizás no sea erróneo afirmar que entre 1959 y 1962 los periódicos que en este país trataban temas de las actualidades política y socioeconómica no dejaron pasar más de cuatro emisiones —a lo sumo— sin hablar de la revolución cubana, fuera en una noticia, en una editorial, en una columna, en una caricatura o, en fin, en un artículo de opinión. Por ejemplo, en esos 1.461 días, los diarios *El Correo* y *El Siglo* y los semanarios *La Calle* y *La Nueva Prensa* (mientras estuvieron en circulación) emitieron poco más de 1.900 publicaciones en las que expresaban, de uno u otro modo, opiniones sobre el acontecer cubano (eso sin contar las noticias, descartadas en esta cuantificación por ser en su mayoría producto de periodistas no colombianos y por la relativa ausencia de juicios de valor explícitos en ellas, a pesar de la enorme cantidad de las mismas). En total, unas 320 editoriales, 300 columnas, 280 caricaturas, 600 comentarios editoriales, 290 artículos de opinión y, entre otros, 110 especiales, notas, cartas y resúmenes de hechos, conforman las publicaciones que entre esos cuatro periódicos emitieron para dar a conocer todo tipo de opiniones sobre el polémico proceso revolucionario que se dio en la más grande de las Antillas⁵⁷⁸.

Respecto a lo anterior, resulta pertinente recordar que esas cuatro publicaciones periódicas fueron las escogidas para conocer las visiones de la revolución cubana en la prensa colombiana en el período 1959-1962. Como puede verse, se mantiene la usanza de los capítulos anteriores de analizar un diario liberal y otro conservador (*El Correo* y *El Siglo*, respectivamente), pero a este nuevo aparte se han sumado dos nuevos protagonistas: *La Calle* y *La Nueva Prensa*, ambos de Bogotá y adscritos, en mayor o menor grado, al Movimiento Revolucionario Liberal; dos semanarios de corta vida, pero de enorme trascendencia para la historia política colombiana de mediados del siglo XX. El primero fue fundado en septiembre de 1957 por los políticos liberales Alfonso López Michelsen y Álvaro Uribe Rueda (principalmente) para que sirviera de vocero oficial del MRL, y el segundo surgió en abril de 1961 de la idea de Alberto Zalamea de divulgar un nuevo ideal,

⁵⁷⁸ Cabe aclarar que en este conteo los “comentarios editoriales” comprenden los artículos que en *El Siglo* se emitían dentro de la sección “Revista Semanal” (que en total suman 250 y que, a pesar de que no tenían juicios de valor muy explícitos, sí daban cuenta de la posición del diario), además de muchos de los que en *La Nueva Prensa* y en *La Calle* aparecían sin firma (pues, a pesar de esta cualidad, se sabía que no eran las editoriales propiamente dichas). Esto explica la gran cantidad de este tipo de artículos respecto a los demás.

de marcada tendencia nacionalista, para reformar la estructura colombiana (hecho que acercaba al semanario al mismo MRL, pero que también hacía posible que en sus páginas se expresaran ideólogos “de la izquierda, de la derecha, del centro, del periodismo, de las letras, de las armas, [y] de la Iglesia”, según el mismo Zalamea)⁵⁷⁹. A pesar de que, en comparación con los diarios, estos dos semanarios emitieron menos publicaciones, su elección obedeció, precisamente, a la expresividad y a la elocuencia de las mismas, así como a cierta búsqueda de continuidad en las opiniones de aquellas empresas periodísticas ajenas al oficialismo coalicionista, pues cabe aclarar que *La Calle* cerró a finales de 1960 y, por consiguiente, en este estudio *La Nueva Prensa* pasará a ser algo así como su remplazo⁵⁸⁰. (Es preciso mencionar, sin embargo, que tras el cierre de *La Calle* —luego de haber sido declarado “subversivo” por el presidente Lleras Camargo— miembros del MRL fundaron *La Nueva Calle*, pero éste fue intermitente y, además, *brilla por su ausencia* en los archivos colombianos, por lo que en este análisis sólo se citarán unas cuantas de sus publicaciones⁵⁸¹.) Entonces, lo que se pretende con la escogencia de estos cuatro periódicos es comparar los puntos de vista ya no sólo de dos diarios que giraban en la lógica del bipartidismo, sino también de otros órganos de difusión masiva que, en el contexto del Frente Nacional, hicieron oposición a la llamada *Gran Prensa*. Es decir, además de cotejar las posiciones que respecto a Cuba tuvieron un diario liberal y otro conservador (como en los capítulos precedentes), también se podrá hacer la comparación de las posiciones de los periódicos *frentenacionalistas* con la de los *antifrentenacionalistas*; algo acorde a las pendencias políticas de la Colombia *coalicionista*. Asimismo, la elección de estos cuatro medios de

⁵⁷⁹ Las palabras de Zalamea pueden verse en el libro “*La Nueva Prensa*”..., p. 12. Cabe recordar que Zalamea es también recordado, primero, por haber sido despedido de la revista *Semana* (en su primera época) *por obra y gracia* de *La Mano Negra* tras haber emitido conceptos favorables a la revolución cubana, y, segundo, porque fue el único constituyente que no firmó la Carta Política de 1991. Sobre el proyecto nacionalista de *La Nueva Prensa* y sobre quiénes escribían allí, véase: Cesar Augusto Ayala Diago, “La Nueva Prensa y su influencia en la política colombiana de los años sesenta”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, vol. 37, No. 55, Bogotá, 2000, pp. 60-72. De otro lado, sobre Alfonso López Michelsen y Álvaro Uribe Rueda como fundadores de *La Calle*, véase: Stephen J. Randall, *Alfonso López Michelsen. Su vida, su época*, Bogotá, Villegas Editores S. A., 2ª edic., julio de 2007, p. 203. Y, por último, respecto a los orígenes y/o a algo de historia de *El Siglo* y de *El Correo*, véanse los capítulos anteriores.

⁵⁸⁰ Es preciso aclarar también varias cuestiones. Primero, que ni *La Calle* ni *La Nueva Prensa* tenían tendencia comunista. Eran *antifrentenacionalistas*, pero no por ello comunistas. Como se verá más adelante, ambos, en mayor o menor grado, tenían ciertas afinidades con el castrismo, pero no de manera radical. Segundo, que la escogencia de estos semanarios en vez de la de otros quizás más opuestos a la *Gran Prensa*, como *Voz de la Democracia* (del Partido Comunista Colombiano) obedeció, por un lado, a que *La Calle* y *La Nueva Prensa* han tenido mayor recordación tanto por su amplia difusión en aquel entonces como por el profesionalismo en ellos mostrado y, por otro lado, a que el semanario comunista *brilla por su ausencia* en los archivos colombianos (por lo menos de manera completa). Y tercero, que en el lapso entre el cierre de *La Calle* (a finales de 1960) y la apertura *La Nueva Prensa* (a principios de 1961) no aconteció mayor cosa en Cuba como para hablar de un vacío en la comparación entre los diversos periódicos. Quizás lo único de trascendencia que a la sazón sucedió fue la ruptura de relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y Cuba, pero de este tema hay suficiente información en las publicaciones de otros momentos.

⁵⁸¹ A este respecto, véase la aclaración que Mauricio Botero Montoya hace al comienzo de su libro *El MRL* (Bogotá, Publicaciones Universidad Central, 1990, p. 17).

comunicación permitirá abordar diferentes lineamientos sobre el acontecer de *La perla de las Antillas* después de 1959. Por ejemplo, en un comienzo hubo tres percepciones a este respecto: una radical y derechista, en *El Siglo*; otra moderada pero también vinculada a los designios del pacto bipartidista, en *El Correo*, y otra de corte progresista y contraria al *statu quo*, en *La Calle* y en *La Nueva Prensa*. Más adelante, sin embargo, conforme se radicalizó el proyecto revolucionario, estas percepciones se reducirían a dos: a un anticastrismo fervoroso, en los diarios, y a una cierta búsqueda de criticidad e imparcialidad sobre lo sucedido en Cuba, en los semanarios. O sea que, en conclusión, las divergencias entre los susodichos diarios y semanarios constituyeron el eje transversal de las publicaciones sobre la revolución cubana entre 1959 y 1962.

Ahora bien, como consecuencia de la cantidad de publicaciones y de la variedad de órganos de difusión, y en aras de lograr mayor coherencia y fluidez en la exposición de las ideas, se ha tomado una decisión metodológica: dividir en subtemas el presente aparte de acuerdo a los diversos asuntos que la susodicha prensa trató sobre Cuba. La idea es, por un lado, hablar de temas generales, referidos a la *naturaleza* de la revolución, al asunto ideológico, al contexto de guerra fría y a algunos de los protagonistas de este proceso; luego, mencionar hechos puntuales del acontecer isleño, referidos a algunas de las medidas tomadas por el gobierno revolucionario y a algunos de los eventos más trascendentales allí ocurridos, y, por último, hablar sobre la *injerencia* de la revolución cubana en Colombia, principalmente en lo relacionado al papel desempeñado por el gobierno de Alberto Lleras Camargo en el sistema interamericano, a la supuesta influencia del castrismo en los *antifrentenacionalistas* y a las polémicas que dicho proceso suscitó en la prensa de este país. Se pretende, entonces, realizar una especie análisis deductivo que irá desde lo general hasta lo particular. No obstante, es pertinente hacer la salvedad de lo que puede considerarse una excepción: el triunfo de la revolución, aunque fue un acontecimiento, no será tratado como tal, sino que será enmarcado dentro del asunto de lo ideológico, por motivos relacionados más con lo que el hecho suscitó en la opinión pública que con el suceso mismo. La cuestión es que lo que se opinó sobre este hecho tuvo unas características diferentes respecto a lo que se expresó sobre el resto de cosas que atañeron a la revolución, pues en los primeros días de 1959 las incertidumbres sobre este hecho eran más que las certezas. Pero con el paso del tiempo, conforme se *consolidó* el proyecto castrista, las certezas se sobrepusieron a las incertidumbres y, por ende, se definieron otras percepciones sobre el acontecer cubano, las cuales serían prácticamente constantes en los diferentes medios. De otro lado, antes de comenzar con el análisis, es pertinente realizar dos aclaraciones: debido

a la gran cantidad de publicaciones emitidas por la prensa sobre el susodicho tema, en este aparte, contrario a lo sucedido en los capítulos anteriores, no se hará un análisis artículo por artículo y caricatura por caricatura, sino que solamente se reproducirán algunas de las citas y de los dibujos más dicentes de cada uno de los subtemas tratados en la prensa, con lo cual se busca amenizar el texto y que éste no tenga proporciones desbordantes. Y, en este mismo sentido, en las páginas siguientes *rara vez* se mencionará el autor de las publicaciones cuando se trate de columnas y de artículos de opinión, decisión motivada por el interés de evitar particularizaciones que harían que la exposición de los argumentos estuviera atiborrada de datos —si se quiere— innecesarios. A este respecto, también vale tener en cuenta que los artículos que más se citarán serán editoriales, comentarios editoriales y columnas, los primeros hechos casi siempre por los directores de los medios o por sus colaboradores más cercanos, y las terceras por periodistas o por políticos cuyas posiciones ideológicas eran afines a la línea editorial del medio. Curiosamente, cada uno de los cuatro periódicos analizados tenía un columnista *insigne* y bastante interesado por *la cuestión Cuba*, así que aquí se reproducirán sus artículos casi de igual forma como se citarán los editoriales y los comentarios editoriales. Alirio Gómez Picón en *El Correo*, Arturo Abella en *El Siglo*, Felipe Salazar Santos en *La Calle* y Alberto Zalamea en *La Nueva Prensa*, componen este grupo de columnistas. Así pues que, como se verá, más que el tipo de artículos emitidos, o el tamaño y la *proveniencia* de los mismos, lo que aquí interesa es el trasfondo ideológico en ellos expresado, y, en consecuencia, el tipo de creencias inculcadas, las *pasiones* a las que se apelaron y el tipo de opinión pública que se intentó *crear* en los diferentes periódicos.

3.3.1. ¡Dictadura no! ¡Revolución... sí?

La toma del poder en Cuba por parte de Fidel Castro y su Movimiento Revolucionario 26 de Julio conmovió a la prensa colombiana. Tal como ocurrió en la isla y en gran parte del continente, una mezcla de regocijo y de expectativa se posó en el ánimo de los periodistas nacionales. Bajo esa perspectiva, éstos expresaron tres puntos de vista sobre lo que estaba aconteciendo en Cuba. Unas veces celebraron el derrocamiento de Batista, otras veces enaltecieron al triunfante movimiento castrista y otras, clamaron para que pronto se superara el *pandemónium* en que se había convertido la isla y para que allí se instaurara un gobierno democrático. En los primeros días de 1959, en *El Siglo*, en *El Correo* y en *La Calle* se expresaron los tres puntos de vista, pero con diferentes grados de intensidad: unos

hicieron más énfasis en la salida del dictador, otros en la victoria de los barbudos y otros en la conveniencia de la normalización del escenario sociopolítico isleño; todo dependió de la posición de cada periódico en el contexto sociopolítico nacional. De estos tres enfoques sobresale que si bien no trajeron pugnas de consideración en la prensa colombiana a principios de 1959, en ellos se estribarían las diferentes percepciones que sobre la susodicha revolución tuvieron en los años subsiguientes esos medios de comunicación; percepciones que, como se verá posteriormente, conllevaron más de una pendencia entre estos medios

Conforme a las opiniones emitidas en *El Correo* y en *El Siglo* sobre la lucha que libraron Batista y Castro entre 1956 y 1958, el diario liberal se mostró más jubiloso por el triunfo de la revolución cubana que el conservador. Tanto fue así que, *grosso modo*, *El Correo* emitió cuatro veces más publicaciones que *El Siglo* sobre este acontecimiento. *La Calle*, por su parte, sacó a la luz pública poco más de la mitad de artículos que el diario conservador; una cantidad considerable si se tiene en cuenta que el periódico *emerrelista* era un semanario⁵⁸². Los dictámenes predominantes de estos tres periódicos, a principios de 1959, fueron: vituperios a Batista y alabanzas a Castro, en *El Correo*; cierto regocijo por el derrocamiento del corrupto dictador y desasosiego por lo que sería de *La perla de las Antillas* bajo el mando de los barbudos, en *El Siglo*, y críticas a las dictaduras latinoamericanas y agrado e inquietud por el triunfo castrista, en *La Calle*. Las diferencias más notorias, pues, estuvieron en las percepciones que sobre el triunfo rebelde tuvieron los diferentes periódicos. Los argumentos del diario liberal estribaron más que todo en lo arduo de la lucha prerrevolucionaria contra el *batistato*, los del diario conservador en lo incierto del porvenir de Cuba y los del semanario *emerrelista* en lo uno y lo otro.

De Batista, en los tres medios de comunicación se planteó que aquel había sido dueño de “un régimen de fuerza” y de una “tiranía tropical”, y que, además, era un “salvaje” y un “déspota” “que sólo perseguía acumular riquezas para sí y para sus validos”, para sus “conmilitones” “torturadores y negociantes”⁵⁸³. Asimismo, particularmente en *El Correo* y

⁵⁸² Un somero conteo da cuenta de que *El Correo* habló del triunfo de la revolución en 47 publicaciones, mientras que *El Siglo* lo hizo en 10 y *La Calle* en 6. No obstante, estas cifras son *peligrosas*, porque los *grados de intensidad* de lo que se habla en determinadas publicaciones, así como el tipo de éstas, son sumamente relativos. Por ejemplo, es diferente que un diario mencione de manera superficial un hecho cualquiera en diez “notas culturales” y que otro diario hable del mismo hecho en una editorial. Es muy probable que lo segundo tenga una relevancia cualitativa que opaque el posible análisis cuantitativo de tal caso. Por eso, el manejo de las cifras en una investigación como esta debe ser sumamente cuidadosa.

⁵⁸³ Véanse: “OTRA DICTADURA SE DERRUMBA”, *El Correo*, Medellín, 2 de enero de 1959, p. 4; Alirio Gómez Picón, “El Drama de los Cubanos”, *El Correo*, Medellín, 2 de enero de 1959, p. 4; “POR UNA ACCION CONTRA LAS DICTADURAS”, *El Correo*, Medellín, 4 de enero de 1959, p. 4; “‘Zafra’ de los dictadores en el Continente”, *El Correo*, Medellín, 6 de enero de 1959, p. 4; “Cuba en Busca de se Eje”, *El Siglo*, Bogotá, 2 de enero de 1959, p. 4; Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 3 de enero de 1959, p. 4; Rodrigo Botero, “Reflexiones Sobre el Caso Cubano. Post-Mortem de una Tiranía Tropical”, *La Calle*,

en *La Calle*, se le relacionó con los dictadores derrocados (Juan Domingo Perón en Argentina, Gustavo Rojas Pinilla en Colombia y Marcos Pérez Jiménez en Venezuela) y con los que aún estaban en el poder (Francisco Franco en España, Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, Luis Anastasio Somoza en Nicaragua y Alfredo Stroessner en Paraguay), dando a entender que todos estos regímenes *de facto*, tarde o temprano, tendrían la misma suerte: véanse las figuras 53 y 54, dos dibujos del médico y caricaturista antioqueño Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*, que ilustran a la perfección tales puntos de vista.

Pero respecto a la toma del poder por parte de los barbudos la cosa fue diferente. Mientras en *El Correo* hablaron de Castro y de su movimiento con apelativos relacionados con la heroicidad y la libertad, con una abnegación ilimitada, con lo infatigable e irreductible de su lucha por la democracia, con la mística contra las fuerzas oscuras de la tiranía y, en fin, con lo romántico, visionario y quijotesco de los actos de los rebeldes⁵⁸⁴; en *El Siglo* expresaron dudas por “la estructura mental” de “la figura folclórica de la resistencia” (a saber, Fidel Castro), así como cierta desazón por la incertidumbre de la *naturaleza* misma de la lucha y por la no estabilización de los hechos, pues estaban pasando los días “sin que se instaure un orden que impida el atropello, el asesinato y el saqueo”⁵⁸⁵. En *La Calle*, por su parte, mencionaron de Castro que “La historia recogerá su nombre y su obra para colocarlo al lado de los grandes héroes [...] de la libertad de América”, pues con sus acciones devolvió a los cubanos “las formas políticas de raigambre liberal” sin necesidad de alianzas con políticos corruptos ni de coartar las libertades, con lo cual él y su movimiento estaban en excelentes condiciones para llevar a cabo “una verdadera revolución estructural de la economía y de la política cubana”. Empero, en contraposición, allí también expresaron cierto malestar por la ausencia de un programa de gobierno definido en la nueva Cuba, pues, sin éste, “a la vuelta de algún tiempo, Cuba estará de nuevo marchando dentro de una estructura económica y social muy similar a la que ha

Bogotá, 9 de enero de 1959, p. 6, y Bernardo Ramírez, “Opiniones Encontradas. Un Reportaje de las Dictaduras”, *La Calle*, Bogotá, 16 de enero de 1959, p. 2.

⁵⁸⁴ Véanse: “OTRA DICTADURA SE DERRUMBA”, *El Correo*, Medellín, 2 de enero de 1959, p. 4; Alirio Gómez Picón, “El Drama de los Cubanos”, *El Correo*, Medellín, 2 de enero de 1959, p. 4; [Jorge Robledo Ortiz], “El Rincón del Poeta”, *El Correo*, Medellín, 3 de enero de 1959, p. 4, y Alirio Gómez Picón, “[¡Cuba Libre!”, *El Correo*, Medellín, 6 de enero de 1959, p. 4.

⁵⁸⁵ Textualmente, esto fue lo que se dijo: “el impulso libertador no ha logrado un cauce que garantice [...] la estabilización indispensable para encontrar su auténtica ruta política”; cabe preguntarse si “la ardua y sangrienta lucha no se está librando dentro de un marco personalista que oculta las reales necesidades de la hermosa isla”; “Fidel Castro es una figura folclórica de la resistencia, sin estructura intelectual de relieves marcados”, y “la intimidad del porrazo no está definida”. Véanse: “Cuba en Busca de su Eje”, *El Siglo*, Bogotá, 2 de enero de 1959, p. 4; Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 3 de enero de 1959, p. 4; Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 4 de enero de 1959, p. 4, y “[¿]Qué Pasa en Cuba?”, *El Siglo*, Bogotá, 6 de enero de 1959, p. 4.

tenido siempre, y la agudización de los problemas económicos y sociales podrán hacer que se facilite el regreso de la dictadura militar”⁵⁸⁶. En este semanario, además, aprovecharon la coyuntura para lanzarles una indirecta a los dirigentes del Frente Nacional sobre la posibilidad de que el pueblo colombiano tomara los mismos rumbos de los revolucionarios cubanos. Lo hicieron, primero, a través de una editorial en la cual se planteó que ojalá fuera revisado eso de la “alternación de la presidencia” entre la oficialidad de los dos partidos políticos tradicionales, porque algo así era antidemocrático y, por ende, perjudicial para las mayorías, hecho que podría llevar a las “frustradas” masas “a buscar caminos distintos de los tradicionales” (como recién había acontecido en Cuba); y, segundo, a través de una caricatura de Hernán Merino en la cual José Dolores y Liborio —personificaciones de los pueblos colombiano y cubano, respectivamente, mas no de los dirigentes— estaban brindando con un “Cuba Libre” (alusión a la bebida de ron y ginebra también referida en la figura 26): véase la fig. 55⁵⁸⁷.

De lo anterior se desprende que, contrario a lo que podría pensarse, las contradicciones en las visiones por el triunfo de la revolución cubana estuvieron por los lados de la *Gran Prensa* (algo, sin embargo, apenas entendible si se tienen en cuenta los puntos de vista de los dos diarios sobre el acontecer cubano en 1956-1958). El semanario *antifrentenacionalista*, entretanto, *gravitó* entre las percepciones que en los dos diarios bipartidistas se expresaron sobre las fuerzas castristas. Como conclusión, puede decirse que la unanimidad en las opiniones sobre el fin del régimen dictatorial se debió a que los tres periódicos evocaron lo sucedido con Gustavo Rojas Pinilla en Colombia (no sobra recordar que con el derrocamiento de este dictador volvieron ciertas disposiciones democráticas a la vida política de este país y, por extensión, a los partidos políticos que los medios representaban). Por consiguiente, los periódicos esperaban que en Cuba se diera un fenómeno, cuando menos, similar (al respecto, véanse en el capítulo anterior las opiniones que sobre el régimen de Batista se expusieron en *El Siglo* y *El Correo* después de la dimisión

⁵⁸⁶ Véanse: “Fidel Castro y la Alternación”, *La Calle*, Bogotá, 9 de enero de 1959, p. 5; José Font Castro, “Colombia ante la revolución cubana”, *La Calle*, Bogotá, 6 de febrero de 1959, p. 12, y “Hacia Donde va Latinoamérica”, *La Calle*, Bogotá, 13 de febrero de 1959, p. 10.

⁵⁸⁷ Véase: “Fidel Castro y la Alternación”, *La Calle*, Bogotá, 9 de enero de 1959, p. 5. De José Dolores y Liborio cabe decir que el primero fue creado por los caricaturistas Hernán Merino y Hernando Turriago Riaño, *Chapete*, en la década del 50, por sugerencia de la reconocida presentadora colombiana Gloria Valencia de Castaño (quien, de hecho, acuñó el nombre del personaje), mientras que el segundo fue creado a principios del siglo XX por el cubano Ricardo de la Torriente, inspirado en obras del mismo tipo del español Víctor Patricio de Landaluce (véanse: Beatriz González, “Dictadura y caricatura”, en la página de internet: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/exhibiciones/la-caricatura-en-colombia/texto18.html>, en línea abril de 2013, sobre José Dolores, y http://www.galeriacubarte.cult.cu/g_critica.php?item=66&lang=sp, en línea abril de 2013, sobre Liborio). Del primero, dice Maryluz Vallejo Mejía que es “un personaje de la entraña del sufrido pueblo colombiano” (*A plomo herido...*, p. 285), y del segundo dice Juan Marrero que con él se “estigmatizó una imagen del cubano derrotista e ideológicamente ambivalente” (*Dos siglos de periodismo en Cuba. Momentos, hechos y rostros*, La Habana, Pablo de la Torriente Editorial, 2003, p. 55).

de Rojas Pinilla). Y, en ese mismo sentido, las divergencias en los dictámenes sobre el triunfo de los rebeldes seguramente obedecieron a que unos sintieron que en la revolución estaban representados sus viejos anhelos de democracia, y a que otros pensaron que poco cambiaría en términos políticos —como en Colombia, según los del MRL— o que lo que nuevo sería peor que lo anterior —como en otras revoluciones, según los de *El Siglo*—. En otras palabras, la victoria del Ejército Rebelde remembró entre los periodistas colombianos lo positivo y lo negativo que los cambios abruptos de régimen político podrían acarrear. Para esos días de 1959, entonces, los discursos de los diarios siguieron en la lógica prodemocrática y *antidictatorial*, que venía desde mediados de los años cincuenta.

Ahora, a pesar de lo mencionado a principios de 1959, con el pasar de los días las opiniones se fueron radicalizando en cada periódico y, en consecuencia, polarizando entre las de la *Gran Prensa* y el *emerrelista*. El diario conservador, cual visionario, fue el primero en vislumbrar que los revolucionarios venían con menos soluciones que problemas, posición coherente respecto a sus puntos de vista sobre la lucha prerrevolucionaria en Cuba. El diario liberal, por su parte, antiguamente laudatorio de Castro y sus hombres, no tardó mucho en adoptar una posición semejante a la de su similar conservador. Hechos como la ausencia de un programa político definido por parte del movimiento castrista, el relativo desorden que se vivió en la isla a comienzos de enero de 1959 y, con el pasar de los días, los fusilamientos y la reforma agraria, hicieron, primero, que *El Correo* cambiara paulatinamente sus iniciales percepciones sobre la revolución y, luego, que este diario y *El Siglo* fueran oponiéndose cada vez más al proyecto de los rebeldes. Paradójicamente, tales hechos suscitaron en *La Calle* la reacción contraria. Gracias a una cierta identificación del proyecto del MRL con lo que en un principio plantearon los barbudos para Cuba, en este semanario vieron la progresiva radicalización de la revolución como algo positivo para el país caribeño e, incluso, para América Latina. En suma, el júbilo y las expectativas que en un comienzo generó el triunfo de la revolución cubana pronto se convirtieron en percepciones pro y contra el proyecto castrista. Así pues, en la victoria rebelde estarían las divergencias más ostensibles entre *El Correo* y *El Siglo* sobre hecho alguno relacionado con la revolución cubana entre 1959 y 1962. De ahí en adelante, estos dos diarios compartirían la gran mayoría de percepciones sobre dicho tema (salvo ciertas excepciones transitorias) y, a raíz de ello, las diferencias y las pugnas en los periódicos serían, más que todo, entre los *frentenacionalistas* y los *antifrentenacionalistas*. El discurso de los medios cambiaría, pues, notablemente.

3.3.2. *El comunismo en Cuba: un controvertido mal*

La relación entre la revolución cubana y el comunismo fue una incógnita cuando los barbudos subieron al poder y en los meses subsiguientes. En épocas de guerra fría y de macartismo, las preguntas sobre este tema eran comunes, y las respuestas, variadas. Para los más radicales, Fidel Castro siempre fue comunista; para los moderados, había que dar espacio al beneficio de la duda, y para los escépticos, la revolución era *sencillamente* nacionalista, neutralista y reformista. A principios de 1959, la polémica estuvo abierta. Pero lo cierto es que las acusaciones sobre la influencia comunista en el gobierno cubano aparecieron mucho antes de que Castro se declarara marxista-leninista, mucho antes de que se proclamara el socialismo en la isla, mucho antes de que los revolucionarios restablecieran relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, mucho antes de la formulación de la reforma agraria e, incluso, mucho antes de que Castro se tomara el poder (recuérdese, por ejemplo, que no ha sido poco lo que se ha escrito sobre la participación de este personaje en los sucesos del 9 de abril de 1948 en Colombia como un supuesto agente soviético: véanse en el capítulo 2 algunas de las menciones que sobre esto se han hecho). El tiempo, a fin de cuentas, le dio la razón a quienes auguraron la llegada del comunismo a la isla con la victoria rebelde. Pero las controversias sobre la *esencia original* de la revolución y sobre las motivaciones de Castro para acercarse a la tan mencionada doctrina, se han mantenido desde entonces.

Como era de esperarse, las polémicas sobre la *naturaleza* de la revolución cubana también se desarrollaron en la prensa colombiana. Al principio de este proceso la cuestión era ambigua: *El Siglo* insistía en que lo que estaba ocurriendo en Cuba tenía orientaciones comunistas, *El Correo* planteaba que Castro no era comunista pero que posiblemente en su gobierno sí había elementos de este tipo y *La Calle* argumentaba que la de Cuba no era una revolución comunista. El mismo 6 de enero de 1959, el columnista Arturo Abella planteó en *El Siglo*: “Hay síntomas definitivos respecto de la infiltración roja”; un mes después, en un comentario editorial, el diario conservador preguntó “¿Un jirón del telón de acero se querrá tender sobre la isla antillana?”; días después, en un artículo de la sección “Revista Semanal” de este mismo diario, se dijo que Raúl Castro y el *Che* Guevara estaban “ejerciendo una influencia comunista sobre Fidel”; en mayo se planteó en otro artículo de la misma sección que “los vecinos de Norteamérica principian a preocuparse, pues por las apariencias el comunismo criollo quiere ‘dañarle el pastel’”; en julio, dijo nuevamente Abella que “el ‘libertador’ de ayer se ha convertido [...] en el dictador comunista”,

refiriéndose a Castro; y en noviembre se dijo en otro comentario editorial de *El Siglo* que “Cuba da la sensación de otro país tras la cortina de hierro”⁵⁸⁸. En *El Correo*, por su parte, en febrero publicaron un artículo del filósofo y periodista cubano Jorge Mañach titulado “Fidel Castro ni ha sido, ni es, ni será comunista”; ese mismo mes publicaron una columna del político liberal colombiano Alirio Gómez Picón en la que éste planteó que “El nuevo gobierno no obedece [...] a ninguna influencia comunista”; en julio, también Gómez Picón expresó que “hay alarmismo en los países americanos” porque “Todo parece indicar que el comunismo ha tomado acciones cuantiosas en la empresa revolucionaria”; y en octubre, nuevamente Gómez Picón, en su columna “Al Margen de los Hechos”, planteó que no se había “explicado suficientemente si el comunismo internacional no tiene acciones en el gobierno actual”⁵⁸⁹. De otra parte, en *La Calle* dijeron en un pie de foto, en febrero de 1959: “Ni capitalismo, ni comunismo... una tercera posición...”; más adelante, en noviembre de ese mismo año, en un comentario editorial titulado “Una Revolución sin Nombre”, plantearon que “La Revolución [*sic*] de Fidel Castro en Cuba no es ni comunista ni anticomunista, ni capitalista, ni fascista, ni ninguna otra cosa. Es una simple revolución”; y luego, a mediados de 1960, emitieron un artículo de Felipe Salazar Santos (miembro del MRL) en el que se resaltaban unas palabras de la novelista y filósofa francesa Simone de Beauvoir donde ésta expresó, tras una visita a Cuba de más de un mes de duración, que Castro encontró “un camino de democratización económica que no es comunista”⁵⁹⁰. Según puede advertirse, *El Siglo* afirmaba, *El Correo* dudaba y *La Calle* negaba. Pero el caso es que así no hubiera pruebas fácticas de la infiltración del comunismo en el gobierno revolucionario hasta entonces, de ello mucho se habló a lo largo de 1959 y en los meses subsiguientes.

Ahora bien, conforme empezó a ser un hecho que el proyecto castrista se estaba alejando de la órbita estadounidense y acercando a la soviética, las percepciones sobre el comunismo en la revolución se acomodaron acorde a los lineamientos de cada periódico. Este fue un proceso *in crescendo* y determinado en gran parte por lo sucedido en la isla en

⁵⁸⁸ Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 6 de enero de 1959, p. 4; “¿Quién mata en Cuba?”, *El Siglo*, Bogotá, 6 de febrero de 1959, p. 5; “Dos en Uno”, *El Siglo*, Bogotá, 22 de febrero de 1959, p. 10; “Tormenta Sobre el Caribe”, *El Siglo*, Bogotá, 24 de mayo de 1959, p. 14; Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 15 de julio de 1959, p. 4, y “Tras la Cortina de Hierro?”, *El Siglo*, Bogotá, 27 de noviembre de 1959, p. 4.

⁵⁸⁹ Jorge Mañach, “Fidel Castro ni ha sido, ni es, ni será comunista”, *El Correo*, Medellín, 13 de febrero de 1959, p. 4; Alirio Gómez Picón, “Los ‘Barbudos de Cuba’”, *El Correo*, Medellín, 25 de febrero de 1959, p. 4; Alirio Gómez Picón, “Comunismo en Cuba?”, *El Correo*, Medellín, 17 de julio de 1959, p. 4, y Alirio Gómez Picón, “La Situación de Cuba”, *El Correo*, Medellín, 28 de octubre de 1959, p. 4.

⁵⁹⁰ Jaime Lopera, “Los Emisarios Cubanos Hablan Sobre la Revolución”, *La Calle*, Bogotá, 27 de febrero de 1959, p. 13; “Correo de México. Una Revolución sin Nombre”, *La Calle*, Bogotá, 13 de noviembre de 1959, p. 7, y Felipe Salazar, “Carta de La Calle”, *La Calle*, Bogotá, 29 abril al 6 mayo de 1960, p. 5.

relación a los anteriormente mencionados *golpes y contragolpes* entre Cuba y Estados Unidos. Los constantes fusilamientos a los batistianos y a demás opositores, las medidas amparadas en la reforma agraria, los cambios repentinos en el poder, el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, las censuras a la prensa, las lides con la Iglesia y, entre otros aspectos, las expropiaciones y nacionalizaciones de empresas estadounidenses por parte del gobierno revolucionario, dieron fundamento a las acusaciones *macartistas* contra el mismo. Con base en ello, y así Cuba distara de declararse comunista oficialmente, *El Siglo* confirmó que sus sospechas eran ciertas, *El Correo* clarificó sus dudas y *La Calle* empezó a reconocer que estaba equivocado. En consecuencia, en el primer semestre de 1960 quedaron definidas las dos percepciones de la prensa colombiana sobre la *esencia* de la revolución cubana: una, anticastrista vehemente, en los diarios, y otra, de desazón y, a su vez, de cierta imparcialidad, en los semanarios. Así, *El Siglo* y *El Correo* se fueron *pluma en ristre* contra la revolución, y *La Calle* optó por intentar resaltar algunas cosas positivas de lo que estaba aconteciendo en el país caribeño. En cuanto a *La Nueva Prensa* —desde que entró en circulación, en abril de 1961—, este periódico expresó una gran pesadumbre por la injerencia comunista en el proyecto revolucionario, pero, igual que *La Calle*, trató de hacer énfasis en otros aspectos de la Cuba de los barbudos. En resumidas cuentas, la paulatina *radicalización* de la revolución cubana hizo que la prensa colombiana clarificara sus percepciones sobre la penetración comunista en la isla y, con ello, que se delimitaran las posiciones de los diferentes periódicos según la *naturaleza* de cada uno.

Si bien es cierto que el anticomunismo era una cuestión de antaño en la prensa colombiana (particularmente en diarios como *El Siglo*), también lo es que éste se potenció tras la *sovietización* de la revolución cubana. Este suceso hizo que los miedos en los que se cimentaba dicha ideología —a saber, el anticlericalismo, la abolición de la propiedad privada, la supresión de los principios liberales y, en general, las amenazas al *establishment*— se hicieran más patentes que nunca, pues hasta entonces no había acontecido un proceso de esa naturaleza y con tales magnitudes en un país tan *cercano*. En concordancia con esos temores, y con lo que los *avivó* las directrices *frentenacionalistas*, a partir de 1959 los periódicos de la *Gran Prensa* adoptaron el anticomunismo, aunque con mayor exactitud, el anticastrismo, como la ideología dominante a través de la cual basarían muchos de los argumentos de sus publicaciones. “Con la instauración del Frente Nacional a cargo de Alberto Lleras Camargo, la llamada Gran Prensa, unánimemente, cerró sus filas contra el comunismo y en particular contra la Revolución Cubana [*sic*]”, afirma la catedrática Maryluz

Vallejo Mejía⁵⁹¹. Así pues, para esta época, los enemigos de los periódicos partidistas colombianos dejaron de ser los miembros del partido contrario (como en las épocas de *La Violencia*, según se vio en el capítulo 1) y los dictadores latinoamericanos (como a finales de los años cincuenta, según se vio en el capítulo 2). Gracias al contexto de revolución y de pacto bipartidista, los comunistas, y todo lo que se les pareciera, pasaron a ser los nuevos *archirrivals* de esa prensa⁵⁹². Sobre el anticomunismo de los periódicos tradicionales y de élite, los intelectuales estadounidenses Noam Chomsky y Edward S. Herman, en su libro sobre los modelos de propaganda de los medios de comunicación (en el cual, a propósito, le dan a esa ideología un valor preponderante como filtro que coadyuva a tamizar las publicaciones hasta dejarlas *aptas* para el público), mencionan que hay otro factor que lo *nutre*: los intereses personales de los dueños de los mismos periódicos. “El comunismo, el peor de los males, ha sido siempre el fantasma temido por los propietarios [de los medios más *importantes*], puesto que amenaza las raíces mismas de su posición de clase y su status superior”, dicen estos autores⁵⁹³. Podría decirse entonces que cuando tales medios apelaban al anticomunismo (particularmente en estas épocas de guerra fría) lo hacían también por una cierta pretensión a salvaguardar su lugar dentro del *statu quo*. George Orwell, el famoso novelista y periodista inglés, se refiere a un caso similar de la prensa de su país de los años cuarenta en el prefacio de su novela *La rebelión en la granja*: “Toda gran organización cuida de sus intereses lo mejor que puede y, si ello se hace a través de una propaganda descubierta [contra el comunismo, en este caso], nada hay que objetar”⁵⁹⁴. Por eso, cuando los diarios de la *Gran Prensa* tuvieron la oportunidad de hablar de la revolución soviética de Castro no escatimaron palabras para expresar cuán ignominioso y peligroso —según ellos— era este proceso, porque así, en últimas, estaban no sólo *enfrentando* aquello que amenazaba a las sociedades occidentales sino también *defendiendo* su lugar dentro de las mismas. Sobre este tipo de situaciones, dicen Chomsky y Herman:

En épocas normales, así como en períodos de caza de rojos, los temas suelen ser esquematizados en términos de un mundo dividido en potencias comunistas y anticomunistas, con pérdidas y ganancias asignadas a los bandos contestatarios, y en el cual la propaganda en favor de ‘nuestro bando’ se

⁵⁹¹ *A plomo herido...*, p. 113.

⁵⁹² Recuérdense no más las citadas palabras de Maryluz Vallejo Mejía a este respecto: “Como consecuencia de la Guerra Fría [*sic*], a partir de la década de los sesenta el enemigo ya no es el partido contrario, sino el comunismo internacional” (*A plomo herido...*, p. 113).

⁵⁹³ *Los guardianes de la libertad. Propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*, Barcelona, Editorial Crítica, S. A., 1990, p. 22 y pp. 68-71. Según estos autores, las noticias pasan por cinco ‘filtros’ antes de ser publicadas, pues a través de ellos se depura la información hasta un punto en que el mensaje que se le quiere dar al público esté acorde a los intereses de los medios. Tales filtros de los modelos de propaganda son: los beneficios de los propietarios, la publicidad, la dependencia de la información proporcionada por los sectores de poder, los autocontroles (o autocensura) acorde a los propios intereses y, como ya se mencionó, el anticomunismo (en tanto “religión nacional y mecanismo de control”).

⁵⁹⁴ Bogotá, Casa Editorial El Tiempo, 1987, p. 15.

considera como una práctica informativa totalmente legítima. [...] La ideología y la religión del anticomunismo es un filtro potente.⁵⁹⁵

La posición anticastrista adoptada por *El Correo* y por *El Siglo* desde 1960 fue, pues, producto del interés de las élites colombianas de proteger del comunismo tanto los valores occidentales como a sí mismas mediante “una propaganda descubierta” (en términos *orwellianos*, en el sentido estricto de la palabra) contra la ideología surgida en la Cuba de los barbudos. Ello explica —y hasta justifica— por qué entonces ambos diarios acudieron a un lenguaje cargado de improperios para referirse a todo lo que concerniera a la revolución cubana.

En efecto, las críticas de *El Siglo* y de *El Correo* por la penetración comunista en Cuba abundaron. Sin temor a equívocos, podría decirse que fueron miles los calificativos con los cuales esta prensa denigró y desvirtuó todo lo relacionado con ese hecho. Términos como “satrapía de izquierda”, “quintacolumna [*vis*]”, “intriga”, “peligro”, “hienas”, “siniestro engranaje”, “infierno rojo”, “descomposición”, “terror”, “antihumano”, “tentáculos” “coqueteo peligroso” e “instrumento ciego”, entre muchos otros, fueron comunes acompañantes de la palabra “comunista” y de algunas de sus *derivaciones*. Entre principios de 1960 y finales de 1962, esta *temática*, en términos generales, fue comentada en cuatro *niveles* concernientes al acontecer de la isla. Primero, en el de la revolución misma: mucho se mencionó allí sobre ese movimiento “filocomunista”, “comunistoide” y “criptocomunista” (o sea, *amigo de, con forma de y oculto*) que, basado en su “comunismo azucarado”, era “la mayor traición de América” (así llamado porque todos pensaban que sería el símbolo de la libertad, pero a fin de cuentas los rebeldes lo pusieron “bajo el azote comunista”). Segundo, a *nivel* de Cuba en tanto ésta pareció convertirse en base del comunismo internacional para su ulterior exportación hacia América Latina: “cabeza de puente” y “cabeza de playa” (conceptos que se refieren a los enclaves establecidos en territorio enemigo para preparar la avanzada del grueso de las tropas) fueron los principales calificativos con los cuales se advirtió la “amenaza” en que se estaba convirtiendo la isla “para el continente entero” y “para la paz de América” con su conversión en una “avanzada del comunismo” y en hasta en una “colonia soviética”. Tercero, en el de las relaciones entre la isla y la potencia socialista: según estos diarios, Cuba se estaba convirtiendo en un “conejo de laboratorio” “del imperialismo soviético”, en un “satélite ruso” alrededor del cual se estaba levantando la cortina de hierro, o más bien, la “cortina de azúcar” o “de bagazo”, sin importar que dichas relaciones fueran “ilícitas”, porque el gobierno revolucionario estaba quebrantando los pactos de los organismos multilaterales al violar el “principio de no intervención”, ya

⁵⁹⁵ *Los guardianes de la libertad...*, p. 71.

que estaba propiciando una “peligrosa” invasión “de una potencia extracontinental [sic] en América”. Y cuarto, a *nivel* de la guerra fría: allí hicieron alusión a la numerosa presencia de rusos, chinos, checos y, entre otros, alemanes orientales en Cuba, y mencionaron también que ésta se volvió “la Hungría de América” y “nuestro Berlín Oriental” por los “métodos bárbaros” allí empleados para “implantar un régimen totalitario al servicio de Moscú”. De otro lado, al margen de esas *categorías*, también se mencionaron cosas como que “el totalitarismo nazi es un breve esbozo respecto al totalitarismo comunista” de Castro, que los 26 de julio son un “negro día” por ser “la fecha de entrega [de Cuba] al comunismo”, que esta ideología “es el sistema de cuotificación [sic] de la pobreza” en la isla y que lo de Cuba “es un espectáculo que desazona y conturba”⁵⁹⁶. En relación a este tema, véanse las figuras 56 a 64: nueve caricaturas (cinco de Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*; dos de autor anónimo, una de *Espitia* y otra de *Crayón* —personajes cuyo nombre verdadero no fue encontrado—) en las cuales se simbolizaron, básicamente, el provecho que podía sacar Castro del comunismo; las relaciones existentes entre Cuba, la Unión Soviética y América Latina, y lo que le esperaba al pueblo isleño con la *sovietización* de su país. Lo anterior, pues, son ejemplos de las muchas expresiones empleadas por *El Siglo* y por *El Correo* para criticar la infiltración del comunismo en Cuba. Y si bien esta es sólo una breve porción de los miles de calificativos publicados, a través de ella es posible dimensionar la magnitud del tono de estos dos diarios contra el castrismo.

⁵⁹⁶ Las citas expuestas en este párrafo véanse en los siguientes artículos. En *El Correo* (de Medellín): Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Movimiento anticastrista” (2 de junio de 1960, p. 4); “Fidelismo, nueva quintacolumna [sic]” (23 de julio de 1960, p. 4); “La nueva estrategia” (10 de julio de 1960 p. 4); Severiano Mantilla, “Canje de Esclavos” (4 de mayo de 1962, p. 4); J. R. G., “Diplomáticos en el exilio” (7 de septiembre de 1961, p. 4); “La ignominia de Cuba” (16 de octubre de 1960, p. 4); Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Una política indefinida” (30 de julio de 1960, p. 4); Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Por el lado pseudoliberal” (25 de julio de 1960, p. 4); Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Cuba conejo de laboratorio” (13 de julio de 1960, p. 4); “La infiltración comunista” (15 de enero de 1961, p. 4); “Amenaza para la paz de América” (2 de noviembre de 1960, p. 4); “El inmediato peligro comunista” (10 de mayo de 1961, p. 4); “Cuba, colonia rusa” (5 de septiembre de 1962, p. 4); “Descorriendo la cortina de bagazo. Cuba, la Hungría de América” (4 de enero de 1961, p. 5); “Un juicio escario de la justicia” (31 de marzo de 1962, p. 4); “Celebrando la traición y la entrega” (26 de julio de 1961, p. 4), y “Bochornoso espectáculo” (12 de marzo de 1961, p. 4). Y en *El Siglo* (de Bogotá): “Festival de la juventud en Cuba”, (7 de junio de 1960, p. 4); Emilio Núñez Portuondo “¿Conservadores Fidelistas?” (17 de septiembre de 1961, p. 4); “Descomposición total” (10 de abril de 1960, p. 14); “La inocencia castrista” (22 de junio de 1961, p. 4); Raimundo Emiliani Román, “Cuba, nuestro Berlín Oriental” (9 de febrero de 1962, p. 4); “Propósito frustrado” (25 de abril de 1960, p. 4); “Los barbudos criollos en acción” (23 de febrero de 1961, p. 4); Hugo Palacios Mejía, “Che Guevara en el Tolima” (10 de octubre de 1960, p. 4); “Cáncer intolerable” (23 de octubre de 1960, p. 10); “Comunismo azucarado” (21 de febrero de 1960, p. 14); “América para los rusos?” (24 de mayo de 1961, p. 4); “Amenaza para las Dos Américas” (22 de enero de 1961, p. 4); “La sospechosa ayuda rusa” (16 de julio de 1960, p. 4); “Cuba tras el telón de hierro” (7 de noviembre de 1962, p. 4); “Una carta secreta” (3 de septiembre de 1961, p. 4); “La ‘Cortina de Azúcar’” (28 de agosto de 1962, p. 4); Arturo Abella, “Aquí Bogotá” (26 de agosto de 1960, p. 4); “El caso de Cuba y la no intervención” (4 de mayo de 1961, p. 4); “La hora internacional” (21 de abril de 1961, p. 4); “La peste Roja en América” (11 de enero de 1961, p. 4); Ángel Aparicio Laurencio, “Revolución cubana y la constitución” (21 de noviembre de 1960, p. 4), y “Ruptura con Fidel Castro” (30 de abril de 1961, p. 4).

En contraste con lo emitido en los diarios de la *Gran Prensa*, las publicaciones de *La Calle* y de *La Nueva Prensa* acerca de la penetración soviética en *La perla de las Antillas* fueron pocas y carecieron de mordacidad. En vista de la diversidad de personas que escribían en ambos semanarios (por ejemplo, miembros de las alas *moderada* y *radical* del MRL, en *La Calle*, y, según el historiador César Augusto Ayala Diago, “ideólogos de la línea dura [...] [del MRL], del anapismo [*sic*], del cristianismo popular, de la democracia cristiana, del militarismo y de corrientes políticas regionales”, en *La Nueva Prensa*), y en vista también de la posición de los mismos en el excluyente contexto del Frente Nacional, los juicios de valor allí expresados eran de diversa índole y solían ser matizados, con lo cual se evitaba avivar las pasiones sectarias y hasta se lograba cierta criticidad en los diferentes artículos⁵⁹⁷. Ello explica por qué en ambos periódicos, al tiempo que se habló con cierta aflicción de la *radicalización* de la revolución, también hubo añoranzas por los iniciales propósitos nacionalistas y neutralistas de la misma. Podría decirse entonces que las reprobaciones allí expresadas por la influencia soviética en Cuba se debieron al anticomunismo propio de algunos periodistas, a las presiones *macartistas* del régimen colombiano (porque si no era así, las críticas arreciaban e, incluso, podía incrementarse la censura encubierta por parte de la mencionada *Mano Negra*) y, acorde a los postulados de Chomsky y Herman, al relativo *origen* elitista de los propietarios de los dos periódicos. Y, en este mismo sentido, podría decirse también que la ausencia de críticas por el comunismo en la isla fue producto de la cierta afinidad entre el programa del MRL y el proyecto de Castro, así como de las tendencias hacia el reformismo y hacia el nacionalismo que en ambos semanarios se promulgaban. En palabras del intelectual y político *emerrelista* Indalecio Liévano Aguirre, esta cuestión pasaba por lo siguiente:

El clima espiritual de un movimiento democrático e inconformista, como lo era el MRL, le hacía particularmente receptivo a los desarrollos y el desenlace de los grandes procesos de liberación nacional que estaban cumpliéndose en las regiones del mundo todavía sometidas a las viejas formas del imperialismo económico y político y nada tiene de inusitado, por lo mismo, que sus militantes miraran con simpatía no las violencias y los excesos de la Revolución Cubana [*sic*], sino todo lo que ella significaba como valeroso, y abnegado esfuerzo de un pueblo para realizar la gran empresa de su liberación nacional [!].⁵⁹⁸

En otros términos, para personas como el citado autor, la revolución cubana tenía *pros* y *contras*, y ambos aspectos podían ser *vistos*, en especial, por el principal partido de oposición al Frente Nacional. Y es que, además, más allá de la *sovietización* del castrismo, ¿cómo pasar por alto una cosa tan simple pero tan dicente como la similitud entre los nombres de las

⁵⁹⁷ “La Nueva Prensa...”, p. 62.

⁵⁹⁸ Véanse estas palabras en el prólogo de: Alfonso López Michelsen, *Colombia en la Hora Cero. Proceso y enjuiciamiento del Frente Nacional*, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, Colección Documentos Políticos, noviembre de 1963, p. 24.

agrupaciones de los rebeldes y de los disidentes colombianos, a saber, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio y el Movimiento Revolucionario Liberal? Y, más aún, ¿cómo habrían de ignorar en los mencionados semanarios hechos como la aprobación del saludo “con regocijo al gran capitán de la Revolución Cubana [*sic*], Fidel Castro”, realizado durante la Convención del MRL de febrero de 1960?⁵⁹⁹ Lo que estaba aconteciendo en Cuba podía tener, pues, diversos matices, especialmente para los voceros de la disidencia liberal. A *La Calle*, dado que *le tocó* la transición de una revolución que intentó no inmiscuirse en la guerra fría a otra que resultó *sovietizándose*, le fue algo difícil *reconocer* la llegada del comunismo a la isla (aunque, de hecho, cuando el semanario dejó de salir a la luz pública todavía no estaban claras las magnitudes de ese hecho). A *La Nueva Prensa*, entretanto, gracias a que entró en circulación casi al tiempo en que Castro declaró el carácter socialista de su revolución —o sea, cuando Cuba ya prácticamente no tenía relaciones comerciales ni diplomáticas con Estados Unidos, y sí muchos acuerdos con la Unión Soviética—, le fue relativamente fácil tratar este tema. No en vano plantea Ayala Diago que en este semanario “Entendieron que el colombiano de finales de los cincuenta y comienzos de los sesenta estaba sediento de información y de otra interpretación de los acontecimientos nacionales e internacionales”⁶⁰⁰. Lo cierto, a fin de cuentas, es que los argumentos de los dos periódicos semanales sobre el tema en cuestión fueron diversos, y muy diferentes a los de *El Correo* y *El Siglo*.

De acuerdo con lo anterior, los calificativos expresados en *La Calle* y en *La Nueva Prensa* por la infiltración comunista en Cuba fueron poco denigrativos y, más bien, se centraron en temáticas al margen del macartismo que a la sazón se pregonaba en Colombia. Por ejemplo, en *La Calle*, en dos artículos sobre la reforma agraria cubana escritos por Ramiro Andrade Terán —miembro del MRL, dentro la llamada *línea dura*, quien a mediados de 1960 fue a la isla como *enviado especial* del semanario, cuando todavía no era un hecho que el comunismo había llegado allí— se mencionó, primero, que era cierto que Cuba dio un viraje no “hacia Rusia y el mundo comunista”, sino hacia sí misma, y segundo, que poco interesaba que allí hubiera una inspiración en prácticas marxistas o en un socialismo avanzado: lo que importaba era “la esencia de la lucha revolucionaria por la soberanía nacional y la independencia de América latina [*sic*]”⁶⁰¹. Tiempo después, en *La Nueva Calle* (o sea, en el semanario que sirvió algunos meses de remplazo de *La Calle*, tras su cierre)

⁵⁹⁹ El mencionado saludo del MRL a Fidel Castro fue citado en: “EL PARTIDO LIBERAL SE MANTIENE EN PIE!!”, *La Calle*, Bogotá, 19 de febrero de 1960, p. 2.

⁶⁰⁰ “La Nueva Prensa...”, p. 61.

⁶⁰¹ “Cuba 1960. La Revolución. Un propósito Nacional”, *La Calle*, Bogotá, 6 al 13 de mayo de 1960, p. 7 y p. 12, y “Cuba 1960. LA LUCHA CONTRA EL SUBDESARROLLO”, *La Calle*, Bogotá, 13 al 20 de mayo de 1960, pp. 8-9.

publicaron una caricatura firmada por K, a secas, en la cual se mostraba cierta anuencia para con la forma como la Unión Soviética estaba protegiendo a Cuba de Estados Unidos, acción representada en un fornido obrero soviético que estaba inmovilizando a una especie de magnate gringo, cuyas extremidades eran más bien unas garras interesadas en hacer daño a un campesino pequeño, barbudo y armado que estaba parado en Cuba (véase la fig. 65). En *La Nueva Prensa*, por su parte, se planteó que Castro, “cuando bajó de la Sierra Maestra, no tenía la menor intención de instalar en su país un régimen comunista”, sino que quería tomar los caminos del neutralismo y del nacionalismo, pero con el paso del tiempo, gracias a las “presiones económicas” y al “intervencionismo” de sus “adversarios” (o sea, de “la contrarrevolución”, de “la reacción continental” y de “la provocación imperialista”), se vio forzado a *adoptar* el comunismo. O sea que, según este periódico, “Fidel es un comunista ‘a palos’” y, por ende, fueron los opositores al régimen castrista, con el presidente estadounidense John Fitzgerald Kennedy *a la cabeza*, quienes le entregaron al Kremlin “la primera democracia popular” de América Latina (así llamada por su “socialismo plebiscitario”), logrando con ello que la potencia socialista se empezara a interesar en esta región. “Comunizar al fidelismo” fue entonces lo que hizo la presión de la derecha continental sobre Cuba, según el semanario. En palabras de Alberto Zalamea, fundador y director de *La Nueva Prensa*, “El caso Castro es patético. Empujado por las circunstancias, no supo resistir a la tentación del compromiso. Al aceptar la ayuda soviética no tuvo el valor de decir no a las condiciones de orden político”. Las lamentaciones, pues, eran porque Cuba se dejó “empujar” del “nacionalismo al comunismo” y del neutralismo al “satelitismo [sic]”; aunque según Zalamea, a fin de cuentas, más importante que el comunismo o el anticomunismo, y que la democracia o la dictadura, era la “Nación”: su “soberanía”, su “libre determinación”, su “autonomía” y su “independencia”, que es lo “que se ha puesto sobre el tapete [sic] en el caso de Cuba”⁶⁰². En conclusión, en ambos periódicos, la discusión sobre la *naturaleza* primaria de la revolución y sobre por qué Castro *viró* hacia el comunismo, fue mucho menos acalorada y más argumentada que en *El Siglo* y en *El Correo*. Para los dos semanarios, los *grises* existían: no era sólo *blanco* o *negro*, como en los diarios. Y aunque la injerencia del comunismo en la revolución fue vista también con

⁶⁰²Las citas de *La Nueva Prensa* (de Bogotá), véanse en: Albero Zalamea, “Diario de una periodista” (No. 2, 26 de abril al 2 de mayo de 1961, p. 10); “Los errores de...” (No. 2, 26 de abril al 2 de mayo de 1961, p. 48); “Alberto Lleras (y Fidel) hacen entrar en razón a ‘El Tiempo’” (No. 3, 3 al 9 de mayo de 1961, pp. 50-51); “Cuba: ‘Ahora lo llamamos Socialismo’” (No. 4, 10 al 16 de mayo de 1961, pp. 58-59); “¿Y AHORA QUE, DESPUES DE COMUNIZAR AL FIDLEISMO [sic]?” (No. 5, 17 al 23 de mayo de 1961, pp. 48-51); “EL CANCELLER EN EL PAIS DE LOS BARBUDOS [sic]” (No. 18, 15 a 22 de agosto de 1961, pp. 21-26); Alberto Zalamea, “Diario de un periodista” (No. 35, 13 al 19 de diciembre de 1961, pp. 24-25), y “LA CONTRARREVOLUCIÓN HACE DE CUBA UNA REPUBLICA [sic] COMUNISTA” (Nos. 37-39, 24 al 30 de enero de 1962, pp. 98-101).

cierta pesadumbre, allí no trataron este asunto de una manera radical, y más bien se centraron en las causas del hecho y en lo que supuestamente debía primar en el contexto cubano: la autodeterminación de la nación, es decir, la posibilidad de que el pueblo antillano pudiera decidir sobre su propio destino sin intromisión exterior alguna.

Las diferencias en las percepciones de los diarios y de los semanarios sobre la *sovietización* de Cuba fueron, pues, notorias. A grandes rasgos, el comunismo en la isla fue una cuestión de antaño, peligrosa y utilitarista por parte de la Unión Soviética, para los unos, y una consecuencia no muy amenazante, pero aun así reprochable, de las políticas represivas de los reaccionarios americanos y, por ende, lo que debía valorarse era el neutralismo, el nacionalismo y la autodeterminación del pueblo cubano, para los otros. Acorde a estas disimilitudes, las impugnaciones entre diarios y semanarios no se hicieron esperar. En relación con las afirmaciones de *La Calle* y de *La Nueva Prensa*, los diarios rebatieron tales argumentos dentro de su lógica anticastrista radical: en *El Correo* plantearon que eso de “la autodeterminación del pueblo cubano, de su derecho a escoger libremente el sistema político de su agrado como forma de gobierno”, es un “sofisma”, y en *El Siglo*, que “ese supuesto sentido ‘nacionalista’, ‘anti-imperialista’ [*sic*] de la revolución cubana, es el más grande, es el más cruel y cínico de los engaños”⁶⁰³. A este respecto, en los dos diarios se reprodujeron tres dibujos del caricaturista cubano Silvio Fontanillas publicados inicialmente en *Bohemia Libre* (la *versión* en el exilio —y financiada por la CIA— de la tradicional *Bohemia*) en los cuales se satirizaron las concepciones expresadas en *La Calle* y en *La Nueva Prensa* sobre cómo se estaba implantando el comunismo en la isla y sobre la autodeterminación del pueblo cubano: en uno, está Nikita Jruschov, cual bolerista antillano, pidiéndole a un sorprendido Tío Sam que dejara a los cubanos —él incluido— resolver sus propias diferencias (fig. 66); en otro, el mismo Jruschov le está diciendo también al Tío Sam, pero esta vez por intermedio de Castro (como si fuera éste quien estaba manifestándose) “¡YANK’S GO HOME!” (fig. 67), y en el otro, están Fidel y Raúl Castro lavándole el cerebro a unos inocentes bebés con la pócima del comunismo (fig. 68)⁶⁰⁴. En lo que correspondió a los semanarios, allí replicaron desestimando someramente (dadas las circunstancias) el macartismo pregonado en aquella prensa anticastrista. En *La Calle*, en una editorial escrita por Álvaro Uribe Rueda, se planteó con cierta desazón y algo de ironía que la “campana” para mostrar al país caribeño como “una cabeza de puente soviética” estaba comenzando, aun cuando ésta estuviera sustentada en informaciones desmentidas en La

⁶⁰³ “AMERICA [*sic*] ANTE LA TIRANIA CASTRISTA [*sic*]”, *El Correo*, Medellín, 13 de enero de 1962, p. 4, y “Cuba y su Revolución”, *El Siglo*, Bogotá, 16 de agosto de 1961, p. 4.

⁶⁰⁴ Sobre *Bohemia Libre*, véase: Juan Marrero, *Dos siglos de periodismo...*, p. 98.

Habana y promulgadas en Washington⁶⁰⁵. Y en *La Nueva Prensa* emitieron una caricatura del argentino Juan Carlos Colombes, *Landrú*, en la cual una señora cualquiera ratificó eso de la “infiltración castrista” al ver que estaban vendiendo unas radiogramolas de *alta fidelidad*, cándido juego de palabras usado para criticar a quienes veían dicha infiltración por doquier: véase la figura 69 (caricatura que carece de firma, pero cuyo autor es identificable gracias a sus particulares trazos). En suma, en lo relativo a la *radicalización* del proyecto revolucionario de Castro y sus hombres no hubo pendencias de consideración entre los diarios y los semanarios. Aun cuando los argumentos tuvieron visos de un *odio visceral* en los primeros y de cierta sátira en los segundos, en ninguno de estos medios se objetaron directamente ni con comentarios peyorativos las percepciones de la prensa del *otro bando*.

Al margen de los juicios de valor expresados y de la *cordialidad* de los mismos, lo cierto es que, paradójicamente, a pesar de las limitaciones económicas y de las presiones políticas que recaían sobre *La Nueva Prensa* y *La Calle*, sus publicaciones estuvieron fundamentadas y buscaron cierta objetividad (especialmente en el primero), mientras que las de *El Siglo* y *El Correo*, diarios que contaban casi con el total respaldo de los gremios y del gobierno colombiano, carecieron de argumentos y fueron mucho más emotivas. Según el periodista y escritor Enrique Santos Calderón, el Frente Nacional fue una época de profesionalización de la *Gran Prensa*, pues los grandes medios de comunicación, al tiempo que empezaron a operar como empresas comerciales y a consolidarse como grandes industrias —gracias a los “avances técnicos” de la época—, comenzaron también a independizarse de los partidos, a plasmar “cierto pluralismo en la información política”, a buscar “imparcialidad” y a incorporar “pautas informativas y editoriales provenientes de las democracias occidentales” (entre las que se encontraban, por ejemplo, los “requisitos de veracidad, exactitud y objetividad”); hechos que se tradujeron en “una mayor conciencia profesional entre redactores y comentaristas”⁶⁰⁶. Pero, al parecer, este fue un proceso lento y, acorde a lo expresado sobre la revolución cubana, en ocasiones pareció que tal profesionalización se dio primero en la incipiente y *amordazada* prensa de oposición y, luego, en los periódicos gobiernistas y de tradición. La cuestión fue que en ello, seguramente, debieron influir la necesidad de los semanarios de mostrarse responsables y de ser atractivos al público, así como los temores de los diarios por el comunismo y la comodidad que para los mismos representaba el hecho de estar *del lado* del poder. En relación a esto, es pertinente citar a Maryluz Vallejo Mejía, quien afirma, por un lado, que *La Calle* “se dedicó a presentar la realidad del país desde un periodismo de análisis y denuncia”, “nació con vocación de

⁶⁰⁵ “No Hay Esperanza en la Ortodoxia”, *La Calle*, Bogotá, 6 al 13 de mayo de 1960, p. 6.

⁶⁰⁶ “El periodismo en Colombia...”, pp. 124-125.

indagar la realidad colombiana” y “Su temario siempre sorprendía por la audacia de los temas”, y, por el otro, que la *Gran Prensa*, por el contrario, “controlada por los intereses de Estados Unidos”, publicaba “información internacional [...] totalmente controlada por las agencias informativas que subvencionaban las grandes potencias imperialistas”⁶⁰⁷. Entretanto, sobre el semanario de Alberto Zalamea, dice el profesor Giovanni Molano Cruz:

Contrario al criterio periodístico predominante en las grandes rotativas [!], LNP [sigla empleada por el autor para referirse a *La Nueva Prensa*] brindaba espacio a diversos puntos de vista sobre un acontecimiento, o a diferentes opiniones políticas, sin expresar juicios o sentencias en torno a los hechos. La orientación consistía en exponer en un relato distintas versiones y expresar un criterio y una opinión definidos.⁶⁰⁸

O sea que, más allá de quiénes tuvieron razón y quiénes no en los juicios de valor sobre la influencia comunista en Cuba, la cuestión fue que el contexto *frentenacionalista* hizo que los unos despotricaran de ese hecho casi sin medir sus palabras y que los otros fueran más cuidadosos con sus criterios. Quizás vale realizar una analogía entre esas dos percepciones y la diferencia en las imágenes que pueden percibirse con unos binoculares y con un caleidoscopio: mientras los diarios se *asomaron* a la realidad cubana con unos binoculares y vieron no más que una imagen proyectada, los semanarios hicieron lo propio con un caleidoscopio y lograron ver diversas realidades de lo que allí sucedía. Y entonces, al margen de las preguntas por cómo y cuándo llegó el comunismo a Cuba, lo cierto es que a partir de esas dos visiones expresadas empezaron a moldearse las opiniones sobre todos los hechos —*grosso modo*— concernientes a la revolución cubana. En otros términos, lo analizado en los siguientes subtemas está determinado por la percepción de unos y otros periódicos en relación a los dos supuestos sobre cómo penetró el comunismo en la isla y sobre las repercusiones de tal acontecimiento, donde los diarios vieron en ello prácticamente al demonio mismo y los semanarios trataron de escudriñar en versiones menos *acaloradas*.

3.3.3. *Los barbudos: entre la heroicidad y el villanaje*

Más allá de la *discusión historiográfica* sobre quién hace a quién, si los hombres a la historia o viceversa, bien puede *acomodarse* a este estudio la afirmación del historiador alemán Heinrich

⁶⁰⁷ Maryluz Vallejo Mejía, *A plomo herido...*, p. 79, p. 113, p. 115 y pp. 215-216.

⁶⁰⁸ “Prensa y nacionalismo. Colombia años sesenta”, *Papel Político*, No. 3, Santa Fe de Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, marzo de 1996, p. 77.

von Treitschke según la cual “los hombres hacen la historia”, y no al contrario⁶⁰⁹. Porque, en correspondencia con ello, podría decirse que fueron Fidel Castro, Ernesto *Che* Guevara y Raúl Castro quienes, en principio, *hicieron* la revolución cubana, mas no al revés (valga decir de esta afirmación que, aunque no es precisamente errónea, sí está propensa a ser rebatida). Estos tres personajes fueron los principales protagonistas del mencionado hecho y, como tales, adquirieron una notable resonancia en la *construcción* de las historias cubana, latinoamericana y mundial desde aquel 1º de enero de 1959. No en vano, en lo que respecta a este estudio, los nombres de los tres aparecieron una y otra vez (unas veces individualmente, otras en parejas y otras en conjunto) en los casi dos mil artículos que sobre la susodicha revolución publicaron en Colombia los periódicos *El Siglo*, *El Correo*, *La Calle* y *La Nueva Prensa* entre 1959 y 1962. El mayor de los hermanos Castro es el protagonista de la generalidad de publicaciones, luego, el *Che* Guevara y, por último, Raúl Castro⁶¹⁰. Del *grupo gobernante* en sí, por su parte, se dijeron casi tantas cosas como del barbudo argentino.

Según el experto en ciencias de la comunicación Gabriel Alberto Alba Gutiérrez “cada grupo, en cada época, produce sus propios personajes, porque son la encarnación de unos sueños, deseos y temores muy profundamente arraigados en la cultura, y en la misma naturaleza humana”⁶¹¹. El hecho, según el mismo autor, se da hasta tal punto que, en el caso concreto de los medios de comunicación, muchos personajes, sean reales o de ficción, sufren diferentes procesos de “realidificación [*sic*]” acordes a las lógicas de cada medio⁶¹². Pues bien, algo así hicieron con Fidel Castro, Ernesto *Che* Guevara y Raúl Castro en la prensa colombiana: los diferentes periódicos los *realidificaron* —o sea que, en cierto sentido, los *re-produjeron*— de acuerdo a los miedos y a las añoranzas que los mismos les generaron. Esto, de algún modo, explica por qué se expresaron cosas con tanto fervor y tan disímiles en unos y otros medios sobre ellos, aun cuando eran los mismos individuos en la misma realidad. Es decir, a pesar de que en los tres personajes podían percibirse virtudes y defectos, y también a pesar de que su accionar *en la historia que construyeron* revisitó aspectos

⁶⁰⁹ Citado por: Fernand Braudel, *La Historia y las Ciencias Sociales*, Madrid, Alianza Editorial, S. A., 1970, pp. 26- 27. Vale decir que a pesar de que Braudel está en desacuerdo con la afirmación de von Treitschke, y hasta la contradice, aquí, al margen de esa discusión, la misma resulta bastante útil para lo que se quiere argumentar.

⁶¹⁰ Es pertinente aclarar que en la prensa analizada también hubo menciones a Manuel Urrutia Lleó (el llamado “presidente de Cuba en armas”), a Osvaldo Dorticós (el sucesor de Urrutia desde 1959 y presidente de la isla hasta 1970), a Camilo Cienfuegos (el recordado rebelde que desapareció misteriosamente en un accidente aéreo a finales de 1959) y, entre otros, Blas Roca (el veterano líder comunista de la isla), pero tales menciones fueron escasas y no conllevaron juicios de valor que *merecieran* ser destacadas junto a las de los hermanos Castro y del *Che* Guevara.

⁶¹¹ “Se presume culpable: la construcción de personajes delincuentes en la prensa de élite”, *Signo y Pensamiento*, No. 29, Vol. XV, Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Comunicación y Lenguaje, II semestre de 1996, p. 95.

⁶¹² “Se presume culpable...”, p. 96.

tanto *positivos* como *negativos*, los diferentes dictámenes que de ellos se expusieron tenían en cuenta sólo algunas de sus *características* (hecho que dependía de cada casa editorial) y, por ende, lo opinado fue en sumo grado diferente en las diversas publicaciones. En efecto, aspectos como la *sovietización* de la revolución, por un lado, y como el cuestionamiento al *establishment* por parte del gobierno cubano, por el otro, motivaron unas *re-producciones* —o, si se quiere, unas *realidificaciones*— de estos tres rebeldes basadas, principalmente, en los temores anticomunistas de la *Gran Prensa* y en los anhelos nacionalistas y neutralistas de los semanarios opositoristas. En concordancia con ello, mientras *El Siglo* y *El Correo* denigraron de los tres, *La Calle* y *La Nueva Prensa* fueron más críticos para con los mismos. En resumen, puede decirse entonces que más allá de que los hermanos Castro y el *Che* Guevara *hicieron* historia —como principales protagonistas de la revolución cubana—, lo cierto es que los tres fueron *reinventados* por la prensa en Colombia acorde a los intereses de cada periódico y, gracias a ello, las imágenes que se proyectaron de los mismos fueron de diversa índole.

Fidel Castro, la figura más representativa de la revolución, además de haber sido el más mentado, fue de quien con más efervescencia se habló en los medios colombianos. Entre finales de 1956 y principios de 1959, este personaje fue nombrado —en numerosas ocasiones y por amplios sectores de la prensa— con epítetos del tipo de “héroe”, de “libertador”, de “prócer”, de “romántico luchador”, de “asceta y místico”, de “patriota” y hasta de “apóstol”, gracias principalmente a lo que simbolizó como líder de la oposición a la cada vez más odiada dictadura de Fulgencio Batista⁶¹³. No obstante, en el segundo semestre de 1959 y, en especial, a lo largo de 1960, el panorama cambió para el joven revolucionario. Con sus acciones en contra de los intereses que en el país caribeño tenían las burguesías cubana y estadounidense, y asimismo con su paulatino acercamiento a la Unión Soviética, la gran mayoría de medios de comunicación le retiraron todo el apoyo, con lo cual quedó sólo una pequeña porción de la prensa que pudo mantener cierta criticidad para con él y otra, mucho más pequeña, que pudo seguir apoyándolo casi de manera irrestricta. Pero la cuestión no paró ahí. Castro, incluso, pasó a personificar la amenaza que para las élites representaba todo lo relacionado con el comunismo y con las doctrinas soviéticas. De esta forma, el joven barbudo se convirtió en el *chivo expiatorio* de los poderosos en Colombia, motivo por el cual a su imagen se la llegó a relacionar casi *con el mismísimo diablo* y, por extensión, en la mayoría de los periódicos su nombre comenzó a ser

⁶¹³ Véanse la mayoría de estos epítetos en el capítulo 2 y en artículos como: “OTRA DICTADURA SE DERRUMBA”, *El Correo*, Medellín, 2 de enero de 1959, p. 4; Alirio Gómez Picón, “El Drama de los Cubanos”, *El Correo*, Medellín, 2 de enero de 1959, p. 4; “Cuba en Busca de su Eje”, *El Siglo*, Bogotá, 2 de enero de 1959, p. 4, y Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 4 de enero de 1959, p. 4.

digno de toda clase de ofensas. En la prensa que no participó de ese *juego*, por su parte, la denigración de Castro careció de impetuosidad, pero, de todas formas, las diferentes menciones que sobre él se realizaron mantuvieron una cierta *carga emocional* inherente a lo que el mismo representaba para las élites.

Las vías más empleadas por los diarios gobiernistas y de tradición colombianos para referirse de manera despectiva a Fidel Castro fueron la de los improperios, la de las comparaciones enardecidas, la de las informaciones *macartistas* y la de los dibujos satíricos. Si el comunismo era el peor de los males, Castro era el peor de los hombres, y como tal *había* que tratarlo. Así, los calificativos más comunes que acompañaron su nombre fueron, por ejemplo, “dictador”, “tirano”, “déspota”, “autoritario”, “traidor” y “sanguinario”. Asimismo, en menor grado, se le describió con palabras como “mercenario”, “bárbaro”, “negrero”, “saqueador”, “inseguro”, “miserable”, “criminal” y “cruel”. Y, por si fuera poco (aunque, valga aclarar, más escasamente), se le llamó también “inepto”, “megalómano”, “chacal”, “repugnante”, “monstruoso”, “irascible”, “energúmeno”, “malabarista”, “impresionista”, “absolutista”, “frenético”, “anarquista”, “chabacán [*sic*]”, “desorbitado” y “loquísimo”⁶¹⁴. En este mismo sentido, se dijeron también cosas como que era un “tirano que constriñe y desangra” con su “infernial poderío”, que era un “títere del Kremlin” y que el “totalitarismo nazi es un breve esbozo respecto al totalitarismo comunista”, y, asimismo, criticaron su “verborragia” y sus “discursos kilométricos”⁶¹⁵. En el campo de las comparaciones, se le relacionó —de manera despectiva y para argumentar que sus métodos para ejercer el poder eran más “cruels” y “chabacanos” que los de ellos— con el dirigente soviético Josif Stalin; con los reconocidos fascistas Adolf Hitler, Benito Mussolini y Adolf Eichmann; con los derrocados dictadores latinoamericanos Gustavo Rojas Pinilla, Juan Domingo Perón, Marcos Pérez Jiménez y, entre otros, Fulgencio Batista; con el gánster estadounidense Al Capone, y hasta con político y militar francés Napoleón Bonaparte⁶¹⁶.

⁶¹⁴ De estas citas, las emitidas en *El Siglo* (de Bogotá) son: “Tema para Definiciones” (18 de julio de 1960, p. 4); “Director de Orquesta” (9 de octubre de 1960, p. 10); “Para Cuándo?” (16 de enero de 1961, p. 4); “La Inocencia Castrista” (22 de junio de 1961, p. 4); “Cuba y su Revolución” (Bogotá, 16 de agosto de 1961, p. 4); “De difícil Caída” (3 de marzo de 1962, p. 4), y “Nuevas Víctimas del Paredón” (1° de abril de 1962, p. 4). Y las emitidas en *El Correo* (de Medellín) son: “LA INUTIL SOBERBIA FIDELISTA” (12 de enero de 1961, p. 4); “UNA MANIOBRA DE PROPAGANDA QUE FRACASA” (26 de junio de 1961, p. 4); “Qué hacer con los prisioneros?” (25 de julio de 1961, p. 4); Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. El chantajista profesional” (12 de abril de 1962, p. 4); “LA GUERRA FRÍA EN AMÉRICA” (25 de octubre de 1962, p. 4), y “CANJE DE HOMBRES POR COSAS...” (23 de diciembre de 1962, p. 4).

⁶¹⁵ Véanse, en *El Siglo*, de Bogotá: “Por su Boca Muere el Pez” (12 de marzo de 1961, p. 4), “Contra Veinte” (3 de abril de 1960, p. 12), “Ruptura con Fidel Castro” (30 de abril de 1961, p. 4), “Los discursos de Fidel” (29 de julio de 1961, p. 4), “De difícil Caída” (3 de marzo de 1962, p. 4), y Luis Carlos González, “América y Fidel Castro” (2 de agosto de 1962, p. 4).

⁶¹⁶ Véanse, en *El Correo*, de Medellín: “Precursores inolvidables” (18 de abril de 1960, p. 4); “El ‘Eichmann de América’. HOMBRES POR TRACTORES” (4 de junio de 1961, p. 4), y Jaime Ramiro [Pedro María Mejía Peláez], “Fragua” (18 de agosto de 1962, p. 4).

De otro lado, en lo que toca a las informaciones *macartistas*, éstas se dieron más que todo en relación con la incierta participación de Castro en los eventos relacionados con el llamado *Bogotázo*. De una manera algo *sospechosa*, conforme la imagen del líder revolucionario fue tornándose más y más negativa, las *pruebas* de su supuesta *apocalíptica intervención* en aquellos desmanes fueron apareciendo en los diferentes medios. Así, más que todo en *El Siglo*, pero también en *El Correo*, en artículos con titulares del tipo “Fue Fidel Castro el incendiario de Bogotá el 9 de Abril? [sic]”, se alcanzó a afirmar que el barbudo fue quien “organizó y dirigió” “la revuelta comunista del 9 de abril”, al “incendiar iglesias y arrasar la ciudad” y al haber participado, por ejemplo, “de la destrucción de *El Siglo*” por medio de su “complot comunista”⁶¹⁷. Es más, en un artículo del exiliado cubano Emilio Núñez Portuondo, se llegó a afirmar incluso que el entonces estudiante isleño mató a varias personas y que además tuvo planes de asesinar a quien a la sazón era el presidente de Colombia, Mariano Ospina Pérez. En tal testimonio, bien puede verse que a pesar de que poco se ha sabido de las verdaderas acciones de Castro durante los recordados sucesos, su sola estancia en la capital colombiana *dio pie* para que los medios que le vituperaban tuvieran más razones para seguir haciéndolo:

el líder barbudo de la Sierra Maestra habría gozado, caso de haber obtenido éxito en sus planes, en llevar al paredón al -ex-Primer Magistrado colombiano [sic] que se cubrió de gloria cuando, al negarse a abandonar el palacio de gobierno, dijo que era ‘mejor para su patria un presidente muerto que un presidente fugitivo’. Pues bien, el que asesinó colombianos y pretendía la muerte violenta del Dr. Ospina Pérez fue precisamente Fidel Castro, que en su empeño de mejorar su anterior actuación criminal, en Cuba, en dos años y medio de dictadura, ha privado de la vida, mantiene en prisiones y en exilio a más cubanos que la totalidad de los que fueron perseguidos por España en toda la América en cuatro siglos de coloniaje.⁶¹⁸

Finalmente, en el campo de las caricaturas, las críticas a Castro llegaron por medio de numerosas representaciones cuyas referidas a aquellos hechos en los que su actuar era más polémico. Entre los muchos dibujos satíricos que de él se reprodujeron, pueden resaltarse siete —dos de *Velezefe*, uno del exiliado cubano Ramón Arroyo (*Arroyito*), otro de *Crayón*, otro de Héctor Osuna (quien entonces firmaba como *Ho*), uno de *Nino* (cuyo nombre

⁶¹⁷ Véanse: “Primera ‘Vedette’”, *El Siglo*, Bogotá, 19 de julio de 1959, p. 10; Alberto Giraldo, “Fue Fidel Castro el incendiario de Bogotá el 9 de Abril?”, *El Siglo*, Bogotá, 17 de febrero de 1960, p. 1 y p. 13; Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Sobre la libertad de prensa”, *El Correo*, Medellín, 18 de octubre de 1960, p. 4; “El Error Inicial Frente a Castro”, *El Siglo*, Bogotá, 5 de enero de 1961, p. 4; “Cuatro ‘victorias’ de Fidel Castro”, *El Siglo*, Bogotá, 26 de febrero de 1961, p. 4; “Ruptura con Fidel Castro”, *El Siglo*, Bogotá, 30 de abril de 1961, p. 4; “El Error Inicial Frente a Castro”, *El Siglo*, Bogotá, 5 de enero de 1961, p. 4, y “La Estrella Roja sobre Cuba”, *El Correo*, Medellín, 28 de enero de 1962, p. 4. Tales fueron las acusaciones hacia Castro que incluso, según el mismo historiador Herbert Braun, “Los intentos que hizo el gobierno colombiano de echarle la culpa del 9 de Abril [sic] al joven estudiante cubano, Fidel Castro, son bien conocidos” (“Los mundos del 9 de Abril [sic], o la historia vista desde la culata”, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez Gómez y Ricardo Peñaranda comps. y César A. Hurtado Orozco ed. de la presente edic., Medellín, La Carreta Editores E. U., Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, IEPRI, de la Universidad Nacional de Colombia, 3ª edic., 2007, p. 202).

⁶¹⁸ “¿Conservadores Fidelistas?”, *El Siglo*, Bogotá, 17 de septiembre de 1961, p. 4.

verdadero no fue encontrado) y un último anónimo—, en los cuales se le *mencionó* en relación a que no se sabía si estaba *prendiendo* o *apagando* la libertad (fig. 70), a que a veces actuaba como una *marioneta* de Jruschov o con éste como su apuntador (figuras 71 y 72), a que *se creía* un prócer pero en realidad estaba aplicando las barbaridades del nazismo (fig. 73), a que nadie podía disentir de él so pena de ser *castigado* y por ello en Cuba le tenían miedo (fig. 74), a que estaba perdiendo el juicio (fig. 75) y, en fin, a que estaba *maltrecho* y con la opinión pública dándole la espalda (fig. 76)⁶¹⁹. Así pues, calificativos, comparaciones, macartismo y sátira confluyeron en las diversas publicaciones sobre la revolución cubana para así dejar plasmado el *odio visceral* de los medios de élite colombianos para con Fidel Castro. Para los periódicos de la *Gran Prensa*, en términos de la profesora Maryluz Vallejo Mejía, “todos los males del país empezaban y terminaban en el comunismo: Fidel Castro, Mao y Krushev [sic] eran los enviados de Satanás”⁶²⁰. La cuestión, a fin de cuentas, fue sencilla: el líder de la revolución cubana encarnó los más profundos temores de los medios colombianos y, en concordancia, con la aversión que ello generaba fue tratado.

Contrario al radicalismo y a la uniformidad de los dictámenes expresados sobre Fidel Castro en los diarios, *La Calle* y *La Nueva Prensa* proyectaron unas imágenes menos apasionadas y más heterogéneas en ese mismo sentido. A comienzos de la revolución, cuando el barbudo simbolizó los *anhelos* de cambios socioeconómicos a nivel hemisférico, la imagen que de él reprodujeron en *La Calle* fue tan buena como la que habían expresado en la *Gran Prensa* sobre su lucha en la Sierra Maestra. En contraposición, en la medida en que Castro radicalizó su proyecto revolucionario —*circa* 1961—, lo que de él se dijo en *La Nueva Prensa* estuvo enmarcado entre la criticidad y la mesura. En efecto, en *La Calle* plantearon que Castro, cual “mito simbólico”, “estará en la historia junto a los grandes héroes”, que allí pensaban que era “un loco y un charlatán”, pero en realidad era un “formidable conductor humano” que no había sido muy comprendido, y que ojalá no le importara el macartismo de la prensa, sino que siguiera adelante con su revolución⁶²¹. Y, por los lados de *La Nueva Calle*, allí inclusive llegaron a nombrarlo, en un pie de foto, como “...el héroe del caballo blanco con quien sueñan los campesinos de América...”⁶²². A este

⁶¹⁹ Sobre la pertenencia de los seudónimos *Arroyito* y de *Ho* a sus respectivos caricaturistas, véanse las páginas de internet, en línea en abril de 2013: <http://quienesquien.cip.cu/personalidades/ramon-arroyo-cisneros/?searchterm=arroyo> y <http://www.semana.com/nacion/osuna-40-anos/37854-3.aspx>

⁶²⁰ *A plomo herido...*, p. 112.

⁶²¹ Véanse, en *La Calle*, de Bogotá: José Font Castro, “Colombia Ante la Revolución Cubana” (6 de febrero de 1959, p. 12); “América Latina” (17 de abril de 1959, p. 14); “Correo de Méjico. Una Revolución sin Nombre” (13 de noviembre de 1959, p. 7); Julio Nieto Bernal, “Un Millón de Católicos Comulgaran con Castro” (18 de diciembre de 1959, p. 14), y Daniel M. Friedemberg, “Viaje a Cuba. UN MITO SIMBOLICO DE NUESTRO TIEMPO” (19 al 26 de agosto de 1960, p. 8).

⁶²² “LA CUESTIÓN CUBANA”, *La Nueva Calle*, Bogotá, 24 de febrero al 3 de marzo de 1961, p. 14.

respecto, no sobra volver recordar la salutación pública que en el seno mismo del Movimiento Revolucionario Liberal le hicieron al mandatario antillano, porque en tales palabras está gran parte de la *explicación* de los juicios de *La Calle* y de *La Nueva Calle* sobre el mismo:

La primera convención nacional del movimiento de recuperación del partido liberal colombiano saluda con regocijo al gran capitán de la Revolución Cubana [*sic*], Fidel Castro, recoge su heroica lucha como patrimonio y ejemplo del pueblo de América, lo incita para que lleve su campaña de reestructuración democrática decididamente hasta sus últimas consecuencias y le ofrece la solidaridad fervorosa de las grandes mayorías democráticas de Colombia.⁶²³

En contraste con la benevolencia de los órganos oficiales del MRL, en *La Nueva Prensa* trataron a Castro de una manera más despectiva, pero aun así *reconociéndole* el papel que estaba jugando en la historia latinoamericana. Es decir, por un lado dijeron que era un “personaje inestable”, “el más imprudente de los políticos”, alguien que carecía de “verdadero instinto político” y de “cultura política”, y cuyos errores “irreparables” eran su “carácter impulsivo” y su “personalismo”⁶²⁴. Pero, por otro, manifestaron que “el caudillo cubano”, el “fogoso jefe revolucionario”, el “Barbudo No. 1”, era un “formidable aventurero” que estaba modificando el destino de América Latina, pues él era el “creador” de la Alianza para el Progreso y como tal había logrado más para la región que otros próceres, y entonces, aunque no era un estadista ni había venido del comunismo, podía hablarse de *un antes* y de *un después* de Fidel Castro⁶²⁵. Allí, entonces, se criticaba del barbudo más que todo su *forma* de llevar a cabo sus planes, mas no el *trasfondo* de los mismos, y se le miraba con cierta afabilidad en relación con el contexto que le rodeaba —y que le *macartizaba*—. Para entender esta posición, las palabras del entonces director del semanario, Alberto Zalamea, resultan sumamente útiles: “El rechazo a la dicotomía izquierda-derecha, que nunca nos satisfizo como alternativa política, y la reivindicación de lo que bautizamos como ‘Revolución Nacional’, fueron otras de nuestras inquietudes” al interior de *La Nueva Prensa*⁶²⁶. Así pues, de lo planteado en los semanarios opositores, puede advertirse que entre 1959 y 1962 hubo un cambio en la imagen que se proyectó de Fidel Castro. Prueba de

⁶²³ “EL PARTIDO LIBERAL SE MANTIENE EN PIE!!!”, *La Calle*, Bogotá, 19 de febrero de 1960, p. 2.

⁶²⁴ Véase en *La Nueva Prensa* (de Bogotá): Alberto Zalamea, “Diario de un periodista” (No. 35, 13 al 19 de diciembre de 1961, pp. 24-25); “MIRILLA INTERNACIONAL” (No. 34, 6 al 12 de diciembre de 1961, p. 56), y “Cuba: ‘Ahora lo llamamos Socialismo’” (No. 4, 10 al 16 de mayo de 1961, pp. 58-59).

⁶²⁵ Véase en *La Nueva Prensa* (de Bogotá): “¿QUIEN [*sic*] ABRE CAMINO A UN “FIDELISMO” COLOMBIANO?” (No. 26, 11 al 17 de octubre de 1961, pp. 20-24); “LA NUEVA CRUZADA” (No. 35, 13 al 19 de diciembre de 1961, pp. 64-64); “EL CANCELLER EN EL PAIS DE LOS BARBUDOS [*sic*]” (No. 18, 15 a 22 de agosto de 1961, pp. 21-26); “¿CASTRO INSTRUMENTO DE USA?” (No. 73, 22 al 28 de septiembre de 1962, pp. 54-56); “IBEROAMERICA: LA ALIANZA QUE NO PROGRESA” (No. 82, 24 al 30 de noviembre de 1962, pp. 45-51); “Nace la Alianza para el Progreso” (Nos. 37-39, 24 al 30 de enero de 1962, pp. 104-105, y “Antes y después de Fidel Castro” (No. 17, 9 al 15 de agosto de 1961, p. 20).

⁶²⁶ “*La Nueva Prensa*”..., p. 17.

ello son las figuras 77 y 78, dos primeros planos de este personaje caricaturizados y de autor anónimo: el primero fue publicado en *La Calle* cuando el barbudo aún no había comenzado *en forma* su proyecto revolucionario y muestra a un Castro inocente y sin mayores expresiones, y el segundo fue emitido en *La Nueva Prensa* en tiempos del comunismo y muestra a un Castro con rasgos bruscos y estafalarios. Pero lo cierto es que, a fin de cuentas, en los semanarios no criticaron de una forma muy mordaz al líder de la revolución cubana. Allí no hubo insultos, comparaciones despectivas ni informaciones falsas sobre el mismo. Es más, en muchos artículos de ambos periódicos lo llamaron “Fidel”, no “Castro”, algo que escasamente ocurrió en los diarios y que demuestra el tono relativamente amable con el cual se trató lo relacionado tanto con el personaje como con la historia que estaba protagonizando. O sea que, mientras la *Gran Prensa* llegó incluso a añorar a Batista en comparación con el máximo jefe de la revolución cubana, en los semanarios aquí estudiados nunca dejaron de ponderar las acciones de este último en lo referido al camino que emprendió con sus medidas en contra de los intereses capitalistas en la isla y a favor de su revolución, fueran éstas de índole comunista o no.

Bien podría suponerse que los juicios de la prensa colombiana sobre Ernesto *Che* Guevara fueron similares a los emitidos sobre el mayor de los hermanos Castro, excepto por la cantidad de calificativos. No obstante, los papeles desempeñados en la revolución por uno y otro fueron diferentes y, por consiguiente, la *inspiración* y la *naturaleza* de los dictámenes sobre el primero fueron otras. En efecto, las opiniones estribaron más que todo en su condición de argentino, en su apariencia física, en su posición dentro del gobierno cubano y en su actitud frente a la noción de *revolución*. De hecho, el *contraste* entre esos dos personajes fue tal que por ejemplo en el caso particular de *La Calle* no dijeron prácticamente nada sobre el *Che* Guevara, mientras que en *La Nueva Prensa* alcanzaron incluso a elogiarlo, dos posiciones bastante disímiles a las de cada semanario sobre Castro. El *quid* fue que dado que el médico argentino *apareció* en la escena internacional con cierta *relevancia* sólo hasta 1961, con motivo de la reunión que dio origen a la Alianza para el Progreso (en Punta del Este, Uruguay), en la cual él mismo defendió la revolución cubana de cara a lo que en el continente estaban haciendo *contra* la misma, fue lógico tanto que en *La Calle* lo mencionaran poco (pues el semanario cerró a finales de 1960) como que en *La Nueva Prensa* lo loaran (pues la posición nacionalista y *autodeterminista* del semanario se identificaba plenamente con la que en dicha reunión planteó este barbudo). Así pues, en *La Calle* sólo se habló de este personaje en una entrevista de Claude Julien —del *France Observateur*— a Simone de Beauvoir, en la cual la filósofa y novelista francesa manifestó que

éste (“con sus largos cabellos, su pequeña barba, su boina y su aire de extrema juventud”) la sorprendió por responder a sus preguntas “con gran competencia”, por la “solidez de sus conocimientos” y porque “Discute los tratados de comercio con precisión e inteligencia superiores, por lo general, a las de sus interlocutores y es él quien termina poniéndolos en aprietos”⁶²⁷. En *La Nueva Prensa*, por su parte, se refirieron al barbudo argentino como un “aventurero romántico” “Limpio, austero, de lenta palabra y gesto grave” que con su “silenciosa tenacidad” se había convertido en el “cerebro” de la revolución, cual “Robin Hood que hubiera leído a Marx”⁶²⁸. Y en lo que toca a *El Correo* y a *El Siglo*, allí sí se fueron *pluma en ristre* contra Ernesto *Che* Guevara *sin tapujos*: en diversas ocasiones lo tildaron de “mercenario argentino”, de “travieso gaucho”, de “huésped que se quedó demasiado”, de “apátrida profesional”, de “repulsivo condotiero”, de “aventurero con cinismo”, de “típico aventurero de izquierda”, de “discutido ministro” y hasta de “frustrado, asmático y acomplejado” que con su “melena sucia y desgreñada” “salió del estómago del Caballo de Troya: el comunismo en América”, y por ello se convirtió en el “ala izquierda del gobierno revolucionario” y en el “zar de la economía cubana”, o si se quiere, en un “curioso personaje de la revolución comunistoide [sic]”, pues “todo lo que sale de los labios del hombre que logró suplantar lo auténticamente cubano resulta irritante”⁶²⁹. O sea que, en resumen, la temprana desaparición de *La Calle*, la idea de “Revolución Nacional” esbozada por Alberto Zalamea en *La Nueva Prensa* y el anticomunismo visceral de la *Gran Prensa* hicieron que los juicios expresados sobre Ernesto *Che* Guevara entre 1959 y 1962 tuvieran diferentes *intensidades* y *tonos*. Quien años más tarde se convertiría en el ícono de la *revolución* contra el *establishment*, fue así mirado con desprecio por los diarios y con benevolencia por los semanarios.

A diferencia de lo referido sobre Fidel Castro y Ernesto *Che* Guevara, de Raúl Castro no se dijo gran cosa en los medios de comunicación colombianos. Y es que había razones para que el menor de los Castro no fuera muy conocido a nivel internacional, pues su

⁶²⁷ “A Dónde ha Llegado la Revolución Cubana”, *La Calle*, Bogotá, 26 de abril al 3 de mayo de 1960, p. 8.

⁶²⁸ “FRENTE DEL HAMBRE EN PUNTA DEL ESTE”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 17, 9 al 15 de agosto de 1961, p. 51, y “PUNTA DEL ESTE. CITA PARA 1970”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 19, 23 al 29 de agosto de 1961, pp. 55-58.

⁶²⁹ Véanse en *El Correo* (de Medellín): “Qué pasa en Cuba?” (12 de enero de 1961, p. 4), “El Che’, Demonio de Fidel Castro. Un frustrado, asmático y acomplejado, Es el Brazo Derecho de Fidel y el Ala izquierda del gobierno revolucionario” (10 de enero de 1961, p. 5), “En ‘la Cuba de Fidel’. El huésped que se quedó demasiado” (21 de junio de 1960, p. 4), Sergio Carbó, “Cuba encadenada. Ecos de la Plaza del Silencio” (24 de noviembre de 1960, p. 4); Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Una ofensiva aplazada” (14 de diciembre de 1962, p. 4), y Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. En Punta del Este” (11 de agosto de 1961, p. 4). Y en *El Siglo* (de Bogotá), véanse: “El ‘Che’ en Apuros” (5 de marzo de 1961, p. 12), Arturo Abella, “Aquí Bogotá” (29 de julio de 1959, p. 4); “Sorpresa renuncia” (27 de agosto de 1961, p. 4), “La Operación ‘Caballo de Troya’” (27 de agosto de 1961, p. 4), “La ‘Vedete’” (13 de agosto de 1961, p. 4), Hugo Palacios Mejía, “‘Che Guevara en el Tolima’” (10 de octubre de 1960, p. 4), y “Los anuncios del ‘Che’ [sic] Guevara” (30 de marzo de 1961, p. 4).

participación en la incipiente revolución consistió más que todo en labores militares y de inteligencia —como ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias— y, además, su hermano mayor siempre acaparó la atención como líder indiscutible de Cuba. No en vano la mayoría de referencias que sobre Raúl Castro se emitieron en esos años estuvieron acompañadas de los nombres de los otros dos protagonistas de la revolución, lo cual, además, tenía connotaciones relativas a que él y el *Che* Guevara eran los *verdaderos* radicales del proyecto castrista o, en otras palabras, *el poder detrás del poder*. En este orden de ideas, mientras ni en *La Calle* ni en *La Nueva Prensa* lo mencionaron, los *juicios* más relevantes que sobre él se emitieron en *El Correo* lo constituyeron dos caricaturas: una, de Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*, en la cual fue dibujado cual señorita —o prostituta, si se quiere— invitando a Estados Unidos a invadir a Cuba, tras unas declaraciones suyas en ese mismo sentido (fig. 79), y otra, firmada por *Niko* (quien posiblemente era Nicolás Luhrsen, el mismo de la figura 12) y tomada de la versión en el exilio de la revista cubana *Avance*, en la cual se hizo alusión a que Raúl parecía más radical que Fidel por medio de la frase *el que no corre, vuela* —dibujo en el cual también se indicó que el líder de la revolución era *peor* que el derrocado dictador Batista— (fig. 80). En *El Siglo*, por su parte, lo llamaron el “barbilampiño” y el “hermanísimo”, y sólo dijeron de él que como era tan “lampiño”, para compensar “la barba de Fidel”, “sacó [...] una señora melena” que “no puede abrirse paso sino entre poetas”, pero “Raúl no ha hecho versos; ha segado cabezas”⁶³⁰. Puede decirse entonces que al margen de sus acciones político-militares a comienzos de la revolución, el menor de los Castro fue, en cierto sentido, una sombra de los controvertidos Fidel Castro y Ernesto *Che* Guevara, y por tal motivo su protagonismo en la prensa colombiana o fue ínfimo o estuvo *supeditado* al de los mismos.

Habiendo sido así las opiniones individuales sobre los tres protagonistas de la revolución, de las del grupo gobernante no se podía esperar algo muy diferente. Coherentemente con cada enfoque editorial, en los diarios criticaron al gobierno cubano, en *La Calle* se habló relativamente bien del mismo y en *La Nueva Prensa* se abstuvieron de emitir juicios a ese respecto (ya que ello implicaría una contradicción en relación a lo allí expresado sobre Fidel Castro o sobre el *Che* Guevara). De acuerdo con ello, calificativos como “rapaces gobernantes”, “pandilla de aventureros” y “camarilla de ladrones y bribones, truanes [*sic*] y advenedizos” fueron algunos de los empleados por *El Siglo* y por *El*

⁶³⁰ Véanse en *El Siglo* (de Bogotá): “Primera ‘Vedette’” (19 de julio de 1959, p. 10), Arturo Abella, “Aquí Bogotá” (14 de agosto de 1959, p. 4), y “La Melena de Raúl” (8 de enero de 1960, p. 4).

Correo para referirse al este *conjunto* de personajes⁶³¹. En estos diarios plantearon también que “Castro y su concilio de ‘chés’ y Raúlés [sic]” “mandan a su antojo” en la isla y que ya se parecen a la dictadura de Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, pues “tienen a Cuba con criterio de finca” y el “poder absoluto” están en manos de “un par de hermanos y [de] un aventurero internacional”⁶³². Asimismo, en *El Correo* emitieron tres caricaturas en las cuales manifestaron que ellos son “...el triunvirato que tiraniza a Cuba...” (fig. 81, de autor anónimo), que entre los tres halaron a Cuba hacia el comunismo cuales *remeros del Volga* (fig. 82, de *Velezefe*) y que en el país caribeño se estaba dando un trabajo en serie muy particular, en el cual Liborio (la personificación del pueblo cubano) era la víctima de una cadena iniciada por Jruschov y que *pasaba* por el *Che* Guevara y por los hermanos Castro (fig. 83, de *Arroyito*). De otro lado, en *La Calle* hablaron con benevolencia de los gobernantes de Cuba en dos artículos de Ramiro Andrade Terán basados en una visita suya a la isla a mediados de 1960: en el primero se afirmó que hasta los opositores reconocían que “el régimen es honesto”, y en el segundo se citaron unas palabras del célebre chileno Salvador Allende en las cuales éste aseveró que lo de Cuba, tras haber presenciado la manifestación del 1º de mayo en La Habana, “es el pueblo hecho gobierno y el gobierno hecho pueblo...”⁶³³. En resumidas cuentas, no hubo novedades en estas opiniones en comparación con las expresadas sobre los tres personajes principales de la Cuba revolucionaria a nivel individual: la *Gran Prensa* criticó de manera vehemente al grupo gobernante y los semanarios o bien callaron o bien tuvieron juicios mesuradamente favorables sobre el mismo.

De todo lo anterior, se desprende que los medios analizados opinaron de los principales protagonistas de la revolución cubana de acuerdo a sus miedos y a sus anhelos. Los temores suscitados por la *sovietización* del castrismo hicieron que la *Gran Prensa* los criticara con ímpetu; las ilusiones de una política reformista y nacionalista tanto de Cuba como de Colombia hicieron que *La Calle* los alabara, y lo uno y lo otro hicieron que *La Nueva Prensa* fuera crítico y a la vez laudatorio para con ellos (según los actos de cada uno). Los tres personajes, fuera individual o colectivamente, fueron entonces héroes y villanos. Las *re-producciones* (en términos del citado Alba Gutiérrez) que de ellos se realizaron en la

⁶³¹ “Los Derechos Laborales en Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 19 de diciembre de 1960, p. 4; Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Contra la Prensa Libre”, *El Correo*, Medellín, 8 de junio de 1960, p. 4, y Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Estado de Alerta”, *El Correo*, Medellín, 14 de enero de 1961, p. 4.

⁶³² “¿Dónde están los estudiantes?”, *El Siglo*, Bogotá, 12 de septiembre de 1962, p. 4; Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 21 de noviembre de 1961, p. 4, y “No hay mediación posible”, *El Correo*, Medellín, 4 de marzo de 1961, p. 4.

⁶³³ Véase en *La Calle* (de Bogotá): “Cuba 1960. La Revolución. Un propósito Nacional” (6 al 13 de mayo de 1960, p. 7), y “Cuba. 1960. LA REVOLUCIÓN ES UN ORDEN NUEVO” (27 de mayo al 3 de junio de 1960, p. 3).

prensa dependieron de sus respectivas acciones en la historia cubana y latinoamericana, pero más que todo de los lineamientos políticos de los diferentes periódicos colombianos. Según Noam Chomsky y Edward S. Herman la ideología anticomunista “ayuda a movilizar a la población contra un enemigo, y dado que éste es un concepto difuso puede utilizarse contra cualquier persona que propugne una política que amenace los intereses de la propiedad o apoye los acuerdos con los estados comunistas y los radicales”, palabras que ayudan a explicar la percepción de *El Correo* y de *El Siglo*⁶³⁴. Respecto al caso de *La Nueva Prensa* cuando allí fueron críticos, pueden servir también las palabras de estos autores en lo relativo a que los sectores *liberales* suelen mantenerse a la defensiva de las acusaciones por sus supuestas aproximaciones al comunismo, por lo cual muchos de ellos llegan a comportarse incluso como reaccionarios⁶³⁵. Ahora, sobre la perspectiva de *La Calle* y de *La Nueva Prensa* (mientras en ésta fueron encomiásticos del proceso revolucionario) puede decirse que esta se debió a que allí no *cayeron en el juego* de dividir al mundo entre *buenos* y *malos*, y entonces ello les permitió poder expresar sus afinidades con aquellos que encarnaron algunos de sus principios ideológicos. Lo cierto, en últimas, es que cada periódico creó sus propios Fidel Castro, *Che* Guevara, Raúl Castro y gobierno cubano, y que por ello, al margen del papel de cada uno en la historia que *crearon*, sus *realidificaciones* fueron tan diversas.

3.3.4. Estados Unidos y Cuba. Intervencionismo versus *Autodeterminación de los pueblos*

La *intervención* del gobierno de Estados Unidos en la revolución cubana fue un asunto que suscitó incontables controversias en los periódicos colombianos (las cuales se iniciaron incluso antes del 1º de enero de 1959 y todavía hoy, a más de cincuenta años del triunfo del Ejército Rebelde, siguen vigentes). La discusión siempre se ha dado en torno a cuán validas —léase *legales* y/o *admisibles*— fueron las diversas acciones que la potencia capitalista tomó en relación a Cuba y al gobierno revolucionario para defender su propio estatus de potencia hegemónica en la región y para contener la amenaza comunista en la isla y en el continente. Porque no sobra recordar que bajo el amparo de la Doctrina Monroe (la que reza *América para los americanos*) y del *Destino Manifiesto* (bajo el cual en Estados Unidos justificaban sus intentos expansionistas en América y en el Pacífico), Washington *propició*, por ejemplo, el bloqueo económico a Cuba, la invasión a bahía de Cochinos y el *aislamiento* naval de la isla

⁶³⁴ *Los guardianes de la libertad...*, p.68.

⁶³⁵ *Los guardianes de la libertad...*, p.69.

durante la crisis de los misiles; hechos que han revestido numerables cuestionamientos, tanto por sus justificaciones *históricas* y *estratégicas* como por sus fundamentos jurídicos. Según el anteriormente citado historiador y catedrático latinoamericanista Hans-Joachim König, “Fidel Castro emprendió la tarea de liberar la isla de la dependencia de los Estados Unidos o, dicho de otra forma, de eliminar, mediante reformas de tipo social y económico, el estatuto social [...] que hacía del país una colonia de los norteamericanos. De esta forma, Fidel Castro trataba también de iniciar un proceso de desarrollo de carácter autóctono”⁶³⁶. Esto, sumado al progresivo acercamiento entre Cuba y la Unión Soviética, fue, a fin de cuentas, lo que hizo *inmiscuirse* a la potencia capitalista en la isla, a pesar de cuanto se hubiera estipulado en la Carta de la Organización de Estados Americanos sobre el principio de no-intervención (según el cual “Ningún Estado o grupo de Estados tiene el derecho de intervenir, directa o indirectamente, y sea cual fuere el motivo, en los asuntos internos o externos de cualquier otro”, lo cual se extendía a “elementos políticos, económicos y culturales” y a la aplicación o estimulación de medidas coercitivas “para forzar la voluntad soberana de otro Estado y obtener de éste ventajas de cualquier naturaleza”)⁶³⁷. Pero la Casa Blanca, después de todo, justificó su *intervención* en Cuba acorde a lo convenido en la Décima Conferencia Panamericana (celebrada en 1954 en Caracas, Venezuela) y en la Séptima Reunión de Consulta de Cancilleres de la OEA (celebrada en San José de Costa Rica, en agosto de 1960), en las cuales se determinó, por un lado, que “si el comunismo internacional llegara a dominar las instituciones políticas de cualquier Estado americano, ello constituiría una amenaza contra la soberanía e independencia política de todos [...], poniendo en peligro la paz de América, lo que exigiría la acción pertinente de conformidad con los tratados vigentes”, y, por el otro, se condenó “la intervención o amenaza de intervención de una potencia extracontinental [*sic*] en los asuntos del continente, así como la aceptación de la amenaza por parte de uno de los Estados americanos”⁶³⁸. En definitiva, las acciones de Estados Unidos en la isla de los barbudos se ejercieron luego de que sintieron peligrando sus intereses económicos allí y, más aún, cuando vieron cómo su archirrival comunista estaba incursionando en su *histórica* área de influencia; acciones que se

⁶³⁶ “El intervencionismo...”, p. 462.

⁶³⁷ Véanse los artículos de la Carta de la OEA que hablan sobre el principio de no intervención en: Alfredo Vázquez Carrizosa, “La OEA y la norma de la no intervención”, *Visiones de la OEA. 50 años. 1948-1998*, Álvaro Tirado Mejía ed., Santafé de Bogotá, Fondo Editorial Cancillería de San Carlos, Serie Análisis, 1998, p. 159.

⁶³⁸ Sobre lo expresado por la delegación estadounidense en la Décima Conferencia Panamericana, véase: Felicitas López Portillo, “El mundo de la posguerra...”, pp. 291-292. Y, respecto a la *condena* hecha en San José de Costa Rica, véase: Gustavo Bell Lemus, “La Organización de Estados Americanos y el Caribe”, *Visiones de la OEA. 50 años. 1948-1998*, Álvaro Tirado Mejía ed., Santafé de Bogotá, Fondo Editorial Cancillería de San Carlos, Serie Análisis, 1998, p. 121.

apoyaron en ciertos preceptos legales y que omitieron otros cuantos, pero que aun así fueron *resistidas* por Cuba, y la revolución, en consecuencia, se *consolidó* con el paso del tiempo. Sobre esa *visión mesiánica* de la potencia capitalista, dice el historiador escocés Niall Ferguson (tras citar la frase del escritor Herman Melville según la cual “Nosotros los estadounidenses somos el pueblo especial, el elegido [...] el Israel de nuestro tiempo; preservamos el arca de las libertades del mundo”):

En el transcurso del siglo XX, los dirigentes estadounidenses debieron recurrir cada vez con más frecuencia a este lenguaje bíblico en su afán de dignificar, si no santificar, la política exterior de Estados Unidos. Al hacerlo, seguían el ejemplo de hacedores del imperio [...]. La extensión de los valores estadounidenses, tanto económicos como políticos, más allá de las fronteras de Estados Unidos parecía tanto una cuestión de ‘destino manifiesto’ como de la expansión de la misma frontera. Sin embargo, había un problema crónico de ejecución. Cuanto más lejos intentaba penetrar en el trópico, su control resultaba más débil.⁶³⁹

La política exterior estadounidense ha sido merecedora, pues, de cierta polémica, y más aún en el caso de Cuba. Lo que se controvirtió entonces en la prensa colombiana fue, precisamente, lo *acertado* y/o lo *erróneo* de la injerencia de Washington en la revolución castrista. Es decir, si era digna de justificar, por ser aquella una batalla contra el comunismo, o si lo era de reprochar, por ser una transgresión al principio de autodeterminación de los pueblos.

Quizás no sea un error afirmar que la Doctrina Monroe fue *un punto de partida* de los medios colombianos para juzgar las acciones de Estados Unidos respecto al país caribeño. En un principio, las opiniones sobre este tema pasaron más por las mutuas diatribas entre Fidel Castro y la Casa Blanca: mientras el *emerrelista* Felipe Salazar Santos manifestaba en *La Calle* que “las agencias internacionales de noticias” (las cuales son, “al parecer, controladas por el Departamento de Estado”) informaban con “versiones tendenciosas y amañadas” sobre la revolución cubana y que “Toda la vieja utilería del macarthismo [*sic*] internacional, sale a relucir diariamente” a través de “calumnias” sobre la misma; en los diarios plantearon que los ataques del barbudo a Washington eran una “táctica comunista”, “una tontería que refluye” y, en fin, una “cortina de humo que le sirve para encubrir sus maniobras”⁶⁴⁰. Pero cuando se vislumbró que el conflicto pasó de ser entre cubanos y gringos a ser entre Estados Unidos y la Unión Soviética —en el contexto de la guerra fría—, la discusión en la prensa colombiana empezó a darse alrededor de la *validez* de la noción de *América para los americanos*. La frase, valga recordar, fue una declaración del presidente estadounidense James

⁶³⁹ *Coloso. Auge y decadencia...*, p. 117.

⁶⁴⁰ Felipe Salazar, “Carta de La Calle”, *La Calle*, Bogotá, 29 abril al 6 mayo de 1960, p. 5; Felipe Salazar Santos “LA OPERACION CUBA”, *La Calle*, Bogotá, 15 al 22 de julio de 1960, p. 5; “LA ULTIMA SALIDA DE CASTRO”, *El Correo*, Medellín, 17 de junio de 1960, p. 4; “AMENAZA PARA LA PAZ DE AMERICA”, *El Correo*, Medellín, 2 de noviembre de 1960, p. 4, y “La Ultima Boutade”, *El Siglo*, Bogotá, 8 de marzo de 1960, p. 4.

Monroe realizada en 1823 y, en términos del diplomático e intelectual venezolano Alfredo Toro Hardy, aludió a que “las naciones hispanoamericanas que emergían a la independencia constituían territorio vedado a los apetitos imperiales europeos y, por extensión, espacio natural de influencia estadounidense”⁶⁴¹. En otras palabras, fue una advertencia: el continente *era* para los estadounidenses, no para los europeos —y, al parecer, tampoco para los latinoamericanos o para los canadienses—. En el caso de la revolución comunista de la isla, la cuestión era entonces: ¿qué implicaba esa declaración unilateral de la potencia hegemónica en la región: la firma de acuerdos estratégicos entre Cuba y la Unión Soviética consistía realmente en un delito o ese tipo de acciones estaban *amparadas* en la soberanía del régimen castrista? Es decir, ¿hasta qué punto había que acatar, en pleno siglo XX, una manifestación que tenía visos de un anacrónico imperialismo? Ese, pues, fue el debate que se entabló en los periódicos de Colombia: los diarios, desde su enfoque anticomunista y *frentenacionalista*, tomaron la *sovietización* de Cuba como una no muy grata violación a la Doctrina Monroe, mientras que los semanarios, en su lógica nacionalista, reformista y neutralista, vieron en los tratados cubano-soviéticos un acto legítimo al cual tenía pleno derecho el gobierno revolucionario. Así, en *El Correo* y en *El Siglo* (en titulares como “[¿]América para los Rusos?”), argumentaron que la Doctrina Monroe había sido creada como una “fórmula unitaria” que debía ser “para la defensa del continente y de la cultura occidental”, pero que Castro la “amenazó” de manera “alarmante” y la rompió “de forma espectacular [...] con aristas de hiriente peligrosidad en aguas del Caribe”⁶⁴². (Véanse al respecto las figuras 84, 85 y 86, tres caricaturas reproducidas en *El Correo* —una de *Velezefe* y dos de Ernesto García *El Chango* Cabral, del periódico mexicano *Novedades*— en las cuales se representó la susodicha situación: Castro primero discutió con el Tío Sam y luego le sirvió de puente a Nikita Jruschov para que éste entrara a América Latina y, de paso, la devorara.) Y en *La Nueva Prensa* y en *La Calle*, primero, mencionaron que allí creían que no había “un solo representante ni de la izquierda ni de la derecha, ni un solo colombiano, ni un solo hombre digno de Latinoamérica, que hoy vea con beneplácito que se esté proclamando de nuevo la Doctrina Monroe, abolida por fortuna en 1933 y sustituida por el principio de no intervención”; luego, dijeron que la misma “No fue doctrina sino pronunciamiento unilateral sobre normas de política exterior” porque “no fue [...] consecuencia de un tratado ni derivó de un acuerdo internacional”; y, por último, manifestaron que a pesar de todo ello, la revolución cubana —“símbolo de la liberación [!]”

⁶⁴¹ *Hegemonía e imperio*, Bogotá, Villegas Editores, S. A., 2007, p. 131.

⁶⁴² “América para los Rusos?”, *El Siglo*, Bogotá, 24 de mayo de 1961, p. 4, y Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. La Doctrina Monroe Rediviva”, *El Correo*, Medellín, 18 de julio de 1960, p. 4.

de la América mestiza”— fue presentada “como si hubiera avasallado un derecho o transgredido un compromiso internacional”, hecho que se dio en el marco del “neomonroísmo [sic]” que al parecer se estaba gestando en Estados Unidos para con su llamado *patio trasero*⁶⁴³. Lo que esto quiere decir es que en la *Gran Prensa* o tomaron la susodicha Doctrina literalmente y —de una manera, si se quiere, ingenua— se sintieron parte de los “americanos” a los cuales ésta hace alusión, o bien se hicieron *los de la vista gorda* frente al verdadero sentido de la misma ante la facultad de Estados Unidos de *defenderlos* de la tan temida amenaza soviética (cual alevines de cíclido que se resguardan en la boca de su madre cuando sienten algún peligro cerca). En los semanarios, por su parte, más allá de sus desafectos por el comunismo, fueron conscientes del verdadero sentido de la Doctrina Monroe y, en consecuencia, la deslegitimaron y la *resignificaron* acorde tanto a los fundamentos jurídicos de la misma como al contexto de la aludida revolución *sovietizada*. Las opiniones, entonces, estaban claras: para los unos la lucha contra el comunismo justificaba las atribuciones que se tomó Estados Unidos en Cuba, mientras que para los otros la autodeterminación del pueblo caribeño y el nacionalismo allí esbozado debían primar sobre la política exterior de la Casa Blanca en la isla.

El bloqueo económico a Cuba por parte de Estados Unidos (el cual, recuérdese, consistió en una serie de medidas tomadas por las administraciones de Dwight Eisenhower y de John Fitzgerald Kennedy relacionadas con la eliminación de las relaciones comerciales entre ambas naciones y con presiones ejercidas sobre terceros países para que prescindieran de sus negocios con la isla, con lo cual se pretendía asfixiar al gobierno revolucionario hasta el punto de causar se derrocamiento) fue uno de los primeros y más trascendentales hechos que juzgaron los periodistas colombianos sobre las políticas de Washington respecto al país antillano⁶⁴⁴. Esta medida fue abordada por los medios nacionales en tres ámbitos, conforme a los *intereses* editoriales de cada periódico: en el de su *naturaleza* misma, en el de sus pretensiones y en el de sus posibles implicaciones. Respecto al primer ámbito, en *La Calle* se refirieron al bloqueo como “‘la acción punitiva americana’ contra Fidel Castro”; respecto al segundo, en *El Siglo* dijeron que la acción debía darse de manera rigurosa e integral para así “aniquilar al régimen sancionado”, y respecto al tercero, tanto en los diarios como en los semanarios se cuestionó la incierta correspondencia entre el racionamiento de alimentos que azotó a Cuba a principios de 1962 y el mencionado bloqueo: en los primeros se afirmó

⁶⁴³ Felipe Salazar Santos, “La Revolución Cubana es la Esperanza de América”, *La Calle*, Bogotá, 5 al 12 de agosto de 1960, pp. 8-9 (artículo que en realidad fue un discurso pronunciado por el mismo en el Congreso colombiano); “LA RESURRECCION DE MONROE... ..Y LAS DOS AGRESIONES”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 75, 6 al 12 de octubre de 1962, pp. 60-64, y Luis Fajardo, “‘Qué pasa en Cuba!!!’”, *La Calle*, Bogotá, 28 de agosto de 1959, p. 16.

⁶⁴⁴ Véanse algunos detalles del embargo a Cuba en: Jesús Arboleya Cervera, *La revolución...*, pp. 165-170.

tajantemente que en ese país había “racionamiento”, “hambre”, “miseria”, “crisis económica”, “brutal e injusto ayuno”, “austeridad”, “escasez”, “inanición”, y, en fin, “un sistema de vida antieconómico y antihigiénico” desde antes del mismo, y en los segundos indicaron que el racionamiento alimenticio sí era fruto de la acción promovida por la Casa Blanca, pusieron en duda que bloqueo lograra asfixiar al régimen castrista y agregaron que allí estaban “Sin vacilación [...] al lado del pueblo de Cuba”, y dijeron también que el racionamiento implicaba escasez en La Habana, pero que los campesinos comieran mejor; que “El bloque comunista no ha podido poner remedio a esta escasez sino en cierta medida”, y que esa acción “está causando resentimiento contra USA [sic]”⁶⁴⁵. En síntesis, el embargo a Cuba —tildado por el mismo Castro de “ilegal”, de “brutal” y de “genocida”, y considerado en Estados Unidos incluso como un “un asunto interno” por el *peso* que en la Florida han tenido los cubanos exiliados en el asunto de las elecciones presidenciales, según lo plantea Hugh Thomas— aparte de esperanzar a los diarios con la caída del régimen castrista y de inquietar a los semanarios con las tácticas que se estaban empleando para tal fin, generó en estos medios una divergencia en torno al tema de la crisis económica, en general, y del racionamiento de alimentos, en particular, de la Cuba revolucionaria⁶⁴⁶. Y al margen de las discusiones sobre si el bloqueo trajo la escasez alimentaria o si ésta ya existía en la isla; sobre si esa medida perjudicaba al pueblo cubano o al gobierno castrista, o, en fin, sobre si el embargo era una violación a la no-intervención o si la lucha contra el comunismo lo justificaba en términos legales, lo cierto es que nuevamente en *El Correo* y en *El Siglo* apoyaron casi de manera incondicional la acción de Estados Unidos sobre la revolución, y que en *La Nueva Prensa* y en *La Calle* apoyaron esa parte nacionalista, popular y, quizás, socialista del proceso emprendido por Castro y sus hombres. En otras palabras, al margen de la veracidad de las informaciones, los mensajes que los medios profirieron fueron en contra de Cuba, los unos, y en contra de Estados Unidos, los otros.

La invasión a bahía de Cochinos fue otro de los temas que causó revuelo en lo concerniente a las intervenciones de Estados Unidos en la Cuba de Fidel Castro. Como era

⁶⁴⁵ Véanse, en orden de publicaciones citadas en los semanarios: “Azúcar Negro y Amargo”, *La Calle*, Bogotá, 15 al 22 de julio de 1960, p. 2; Felipe Salazar Santos, “LA OPERACIÓN CUBA”, *La Calle*, Bogotá, 15 al 22 de julio de 1960, p. 5; “PERISCOPIO. CUBA VISTA POR VIAJEROS COLOMBIANOS”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 41, 7 al 13 de febrero de 1962, p. 22, y “¿Logrará el bloqueo asfixiar a Cuba?”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 69, 25 al 31 de agosto de 1962, p. 12. Y, también en orden de publicaciones citadas en los diarios: “El Bloqueo Como Negocio”, *El Siglo*, Bogotá, 6 de junio de 1962, p. 4; “El comunismo es hambre”, *El Correo*, Medellín, 21 de marzo de 1962, p. 4; “Paráiso con hambre”, *El Siglo*, Bogotá, 23 de julio de 1962, p. 4; “Del paraíso comunista”, *El Siglo*, Bogotá, 11 de agosto de 1962, p. 4; “Ya no es noticia”, *El Correo*, Medellín, 7 de febrero de 1962, p. 4; “Las cacerolas vacías”, *El Correo*, Medellín, 17 de julio de 1961, p. 4; “El Cinturón no da Más”, *El Siglo*, Bogotá, 5 de abril de 1962, p. 4; “Ayuno y Abstinencia en Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 28 de marzo de 1962, p. 4, y “Cuba sin Jabón”, *El Correo*, Medellín, 30 de abril de 1962, p. 4.

⁶⁴⁶ Véanse las palabras de Castro en: *Cien horas con Fidel...*, p. 421 y p. 624, y la afirmación de Thomas en: *Cuba...*, p. 1202.

de esperarse, los medios *frentenacionalistas* celebraron la acción y los *emerrelistas* la criticaron. La forma como ello se dio, sin embargo, resultó curiosa. Porque por los lados de la *Gran Prensa reinaron* la confusión y las contradicciones, y por los de los periódicos semanales hubo reproches a *diestra y siniestra*. Lo que pasó en *El Correo* y en *El Siglo* fue que allí, en un comienzo, negaron cuanto pudieron que Washington tuviera algo que ver con la planeación y con la consumación del desembarco de los exiliados en territorio cubano, y, asimismo, se mofaron del régimen antillano por denunciar que algo semejante se estuviera fraguando con el auspicio estadounidense. Pero luego, cuando se supieron detalles de la invasión, indicaron que Estados Unidos debió haber participado *de lleno* en la misma y clamaron para que no se dejaran de hacer esfuerzos para derrocar al gobierno cubano. En este sentido, a finales de 1960 y principios de 1961, estos dos diarios indicaron que con “ridiculez” “Fidel Castro ha hecho lo imposible para hacerle creer al pueblo que es inminente la invasión a la isla por los norteamericanos”, pero esa es una “invasión de propaganda”, porque la contrarrevolución —“la hora de la liberación cubana”— llegará desde adentro de Cuba y porque Estados Unidos no piensa invadir la isla (sobre estos temas, véase la caricatura de *Espitia*, publicada en *El Siglo* tres días antes de la invasión, en la cual indicó que Castro estaba próximo a caer gracias a la insurrección: fig. 87)⁶⁴⁷. Después, durante los días del desembarco en Playa Girón, en ambos diarios expresaron que la tiranía comunista inminentemente caería, que en Estados Unidos eran neutrales en la invasión porque de no ser así las fuerzas castristas no habría tenido ciertos logros militares, que allí apoyaban a “los patriotas cubanos” que estaban liberando a su país y que “la hora de su redención ha llegado” (ante lo cual reprodujeron un dibujo del cubano exiliado Antonio Prohías, de *Bohemia Libre*, referido a que en Cuba el catolicismo estaba desplazando al comunismo, cual partida de ajedrez: fig. 88)⁶⁴⁸. Y luego, cuando el presidente Kennedy reconoció que su gobierno sí había participado en la fallida invasión, reprocharon la inacción del mismo para derrocar de una vez por todas al gobierno cubano, argumentaron que la intervención de Estados Unidos era justificable porque en Cuba había también injerencia de rusos, checos y chinos; criticaron el triunfalismo de Castro y su proclamación del carácter socialista de la revolución —porque ello “No hacía falta”—; expresaron que quien realmente repelió el desembarco fue la Unión Soviética, no Cuba (hecho representado en una caricatura de

⁶⁴⁷ Véase un buen ejemplo de esa posición en: Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Estado de Alerta”, *El Correo*, Medellín, 14 de enero de 1961, p. 4.

⁶⁴⁸ Véanse, en orden de citas: “Es Inminente la Caída de la Dictadura de Fidel Castro”, *El Correo*, Medellín, 17 de abril de 1961, p. 7; Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Por la liberación de Cuba”, *El Correo*, Medellín, 20 de abril de 1961, p. 4; “La Verdadera Batalla”, *El Siglo*, Bogotá, 20 de abril de 1961, p. 4; “EL MUNDO”, *El Siglo*, Bogotá, 23 de abril de 1961, p. 10, y “AHORA O NUNCA”, *El Correo*, Medellín, 18 de abril de 1961, p. 4.

Velezefe: fig. 89), y pidieron clemencia para los casi 1.200 prisioneros que dejó el hecho⁶⁴⁹. En definitiva, a pesar de que con la invasión Estados Unidos *pasó por encima* de los mandatos de la OEA y de que le restó credibilidad a la naciente Alianza para el Progreso, y a pesar también del rechazo que en el mundo entero generó el hecho, los diarios del *establishment* colombiano siguieron apoyando la intervención de la potencia capitalista en Cuba. Las declaraciones de Kennedy justificando su acción (“el principio de no injerencia no habría de ser nunca un pretexto para cruzarse de brazos en el caso de que los otros Estados no cumplieren con su obligación de contrarrestar la penetración comunista”, citadas por König) seguramente sirvieron a tal efecto⁶⁵⁰. Sobre este tema, el diplomático colombiano Carlos Sanz de Santamaría mencionaría años después —tras presentar varios ejemplos de las “manifestaciones de todo género en contra del imperialismo de los Estados Unidos”— que de todas formas “las reacciones y daños [por la invasión] fueron transitorias”, porque “La visión confiada en la nueva política de los Estados Unidos era llamativa y los países latinoamericanos no tenían a dónde girar, al menos en su conjunto”, y tanto fue así que Kennedy, a través de “La aceptación inmediata y completa de su propia y única responsabilidad, aumentó su estatura. No la disminuyó”⁶⁵¹. Lo curioso de las percepciones de *El Siglo* y de *El Correo* frente a lo ocurrido aquel abril de 1961 en Cuba fue, entonces, que si bien siempre trataron de negar que en Estados Unidos siquiera pensarán en una invasión, cuando en ese país reconocieron que sí participaron en ella, en estos dos diarios le restaron importancia al hecho mismo y reacomodaron sus viejas perspectivas conforme a las disposiciones anticomunistas de la potencia capitalista, con lo cual, en últimas, no sólo aplaudieron el intento por derrocar al gobierno castrista, sino que también imploraron que se siguieran haciendo esfuerzos en ese sentido.

En cuanto a la percepción de los semanarios frente al incidente de bahía de Cochinos, allí, desde mediados de 1960 y por lo menos hasta finales de 1961, rechazaron tanto la idea como la puesta en práctica de una intervención armada en Cuba fraguada desde la Casa Blanca. En *La Calle*, por ejemplo, advirtieron desde mayo de 1960 una invasión semejante a la realizada en Guatemala en 1954, esta vez en el marco de lo que allí llamaron una “Operación Cuba”, y lamentaron que algo así sucediera⁶⁵². Asimismo, en *La Nueva Calle* reprodujeron en mayo de 1961 una caricatura de la revista británica de tendencia

⁶⁴⁹ Véanse, en orden de citas también: Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 22 de abril de 1961, p. 4; “UN INUTIL ‘DETENTE’ A LA BARBARIE”, *El Correo*, Medellín, 24 de abril de 1961, p. 4; “La Guerra en Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 20 de abril de 1960, p. 4, y Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Clemencia para los vencidos”, *El Correo*, Medellín, 26 de abril de 1961, p. 4.

⁶⁵⁰ “El intervencionismo...”, p. 464.

⁶⁵¹ *Complemento a la Historia...*, pp. 368

⁶⁵² “Cazando Brujas”, *La Calle*, Bogotá, 13 al 20 de mayo de 1960, p. 5.

izquierdista *New Statesman and Nation* en la cual representaron a Kennedy imitando a Theodore Roosevelt y no a Franklin Delano Roosevelt o, en otras palabras, adoptando la política del *Big Stick* (en español, *Gran garrote*) y no la del *Buen vecino*, diferentes en sus métodos y en sus fines en lo referido a las relaciones entre estadounidenses y latinoamericanos (véase la figura 90). Y por los lados de *La Nueva Prensa*, dado que entró en circulación en la misma semana del desembarco, sus primeras palabras sobre Cuba fueron para criticar tanto el comunismo en la revolución como la intervención de la potencia capitalista en el país caribeño: allí dijeron que esa había sido una “agresión indirecta” por parte de Estados Unidos, que Kennedy había perdido prestigio, que la OEA había muerto, que se había violado el principio de no-intervención y que se estaban tergiversando muchas informaciones, y, al tiempo, se mofaron de la confusión de la prensa reaccionaria, clamaron por la vida de los prisioneros y rechazaron planes futuros de volver a violentar la isla⁶⁵³. Según puede advertirse, en contraste con el enfoque de la *Gran Prensa*, en los semanarios fueron consecuentes en sus dictámenes acerca del *intervencionismo* como tal, al margen de la *naturaleza ideológica* de quien fuera *víctima* de ello. La diferencia con los diarios fue, pues, notoria. Quizás el caso más claro de la disimilitud en esas perspectivas lo constituyó la comparación realizada en *El Correo* y en *La Nueva Prensa* entre lo de Playa Girón y el aplastamiento de la revolución húngara de 1956 por parte del Ejército Rojo (un acontecimiento arduamente reprochado en Occidente): porque en el primero, a pesar de lo mucho que habían reprochado la intervención soviética en Hungría, de todas formas le pidieron a Kennedy que siguiera intentando derrocar al gobierno castrista, mientras que en el segundo censuraron ambos hechos hasta el punto de llamar a la invasión a bahía de Cochinos “el desquite de Hungría” y de recordar cómo “En la madrugada bogotana, aquellas balas [las de los tanques soviéticos en la batalla de Budapest] se nos enterraban en el recuerdo”⁶⁵⁴. En conclusión, fieles a los principios esbozados en sus páginas, los semanarios criticaron el patrocinio de Washington a la contrarrevolución, por más que Estados Unidos fuera la potencia hegemónica en la región y el único país con capacidad verdadera de hacerle frente al comunismo. Y más allá de que la lucha contra la Unión Soviética tuviera ciertos visos románticos para *El Siglo* y para *El Correo*, la nación cubana, su

⁶⁵³ Véanse, en *La Nueva Prensa* (de Bogotá): “Los errores de...” (No. 2, 26 de abril al 2 de mayo de 1961, p. 48), “La OEA ha muerto” (No. 2, 26 de abril al 2 de mayo de 1961, p. 49), Alberto Zalamea, “Diario de un periodista” (No. 3, 3 al 9 de mayo de 1961, p. 52); “LA GRAN PRENSA EN EL LIMBO. De rodillas para creer” (No. 2, 26 de abril al 2 de mayo de 1961, pp. 50-51), “CUBA EN LA MESA DE POKER” (No. 2, 26 de abril al 2 de mayo de 1961, pp. 45-54), “A CASTRO: Detenga los fusilamientos” (No. 2, 26 de abril al 2 de mayo de 1961, p. 11), y “¿2a. INVASION A CUBA?” (No. 64, 21 AL 27 de julio de 1962, pp. 19-20).

⁶⁵⁴ Sobre la comparación entre Cuba y Hungría, véanse los artículos: “ANTE EL GENOCIDIO CUBANO”, *El Correo*, Medellín, 22 de abril de 1961, p. 4, y Alberto Zalamea, “Diario de un periodista”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 2, 26 de abril al 2 de mayo de 1961, p. 10.

soberanía y su autodeterminación, era lo que interesaba a *La Calle*, a *La Nueva Prensa* y a *La Nueva Calle*. La caricatura de éste último semanario criticando las viejas políticas expansionistas de Estados Unidos, resulta sumamente dicente a este respecto.

La crisis de los misiles fue el otro de los acontecimientos trascendentes que los medios de comunicación en Colombia trataron sobre la relación entre los Estados Unidos y Cuba. Aquí, las divergencias entre la *Gran Prensa* y *La Nueva Prensa* (pues *La Calle* ya había salido de circulación) fueron más patentes que nunca, tanto por la cantidad de asuntos abordados como por la discrepancia de los argumentos esgrimidos (aunque, cabe aclarar, sí hubo una cierta convergencia en torno a los temores por una posible guerra nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética). Inicialmente, entre 1961 y 1962, la cantidad de armas que estaba recibiendo Cuba de la potencia socialista fue el tema de discusión entre los diarios y el semanario: los primeros comentaron que Castro, de manera peligrosa, estaba convirtiendo a la isla en un cuartel soviético porque tenía miedo de la contrarrevolución y porque estaba perdiendo el apoyo del pueblo, y el segundo sugirió, con un tono altamente irónico, que Castro no debería armarse, sino que debería dejarse invadir otra vez⁶⁵⁵. (Sobre este tema, tres dibujos fueron emitidos en *El Siglo* —uno de José María López, *Pepón*; otro del español Antonio Mingote y otro firmado por *Pin Güin*, autor cuyo nombre no ha sido identificado— a fin de simbolizar esas percepciones, lo cual se dio a través de una relación entre los famosos habanos de Castro y los misiles que estaban llegando a Cuba, y a través también de una caricaturización de la forma como la isla se estaba convirtiendo en una base militar soviética: véanse las figuras 91, 92 y 93.) Luego, en octubre de 1962, cuando desde la Casa Blanca se ordenó el bloqueo naval de la isla ante la evidencia de que allí sí había misiles soviéticos, la discusión se dio en torno a la legitimidad de las medidas adoptadas por Castro y por Kennedy: en los diarios se arguyó que el presidente estadounidense tenía todo el derecho de aislar a Cuba y de exigir la retirada del material bélico (porque estaba obrando “en legítima defensa”), y en el semanario se dijo que el gobierno revolucionario podía armarse si quería, que Washington no tenía por qué bloquear la isla y que Cuba había sido “invadida” y “ametrallada”⁶⁵⁶. Asimismo, en la medida en que pasaron los días, se habló de las motivaciones de la crisis: mientras en la *Gran Prensa* expusieron que todo obedecía a la

⁶⁵⁵ Véanse: Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. El bombardeo a Castro”, *El Correo*, Medellín, 30 de agosto de 1962, p. 4; “Cuba, Cuartel de Rusia”, *El Siglo*, Bogotá, 2 de septiembre de 1962, p. 4; “Opinión pública”, *El Correo*, Medellín, 8 de enero de 1962, p. 4, y “Las mentiras convencionales de la intervención”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 40, 31 de enero al 6 de febrero de 1962, p. 18.

⁶⁵⁶ “Situación Crítica”, *El Siglo*, Bogotá, 22 de octubre de 1962, p. 4; Jaime Ramiro [Pedro María Mejía Peláez], “Fragua”, *El Correo*, Medellín, 30 de octubre de 1962, p. 4; “LEGAJO CUBANO. EL MATE DE KRUSCHEV”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 79, 3 al 9 de noviembre de 1962, pp. 31-37, y “KENNEDY BLOQUEADO”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 78, 27 de octubre al 2 de noviembre de 1962, p. 29-36.

irresponsabilidad de Castro y al imperialismo y al colonialismo de la Unión Soviética, en *La Nueva Prensa* plantearon que al parecer todo fue una estrategia premeditada por Kennedy y Jruschov (porque, por ejemplo, en Estados Unidos estaba próximos a elecciones), ya que ambos eran *enemigos que se necesitaban* o “los mejores enemigos posibles”⁶⁵⁷. Más adelante, conforme la crisis empezó a resolverse, la polémica se desarrolló alrededor de las manifestaciones que la situación podía suscitar: en *El Correo* expresaron que era diciente que no se hubieran registrado marchas procastristas; y en *La Nueva Prensa* dieron cuenta de manifestaciones en varios lugares del mundo en las cuales sí se expresó cierto apoyo a la revolución y al barbudo⁶⁵⁸. Y, por último, cuando pasó la tensión del momento, cada parte dio su propio balance de la situación: para *El Correo* y para *El Siglo* el presidente Kennedy salió victorioso porque aseguró la retirada de los misiles, porque logró menguar la amenaza militar soviética en el continente y porque evitó una guerra mundial, y para *La Nueva Prensa* —valga decir, extrañamente— el vencedor fue Jruschov, del cual alabaron su serenidad y su “ductilidad”, y ponderaron su actuación al ordenar la detención de los barcos que iban hacia Cuba y el desmantelamiento de los misiles allí instalados⁶⁵⁹. En este mismo sentido, cada medio expresó diversas opiniones sobre otros temas relacionados con la crisis. En los diarios, por ejemplo, luego de haber criticado mordazmente a Fidel Castro se mofaron de él cuando la crisis se resolvió, pues les pareció insolente y digno de burla que condicionara la retirada de los misiles, y también les resultó cómico que Jruschov hubiera retirado el armamento sin consultarle antes⁶⁶⁰. Entretanto, en el semanario, si bien no mencionaron directamente al líder de la revolución —quizás para no apoyarlo (por lo que ello implicaría en el contexto *frentenacionalista* o por ser éste comunista) y menos para criticarlo (pues realmente creían que la soberanía cubana había sido violentada)—, sí reprodujeron unos carteles que a la sazón estaban cubriendo los muros de Cuba, cuyo contenido era desafiante de la política estadounidense y, si se quiere, estimulante del nacionalismo cubano (véanse las figuras 94, 95, y 96). Ahora bien, en medio de tanta divergencia, hubo una posición

⁶⁵⁷ Jaime Ramiro [Pedro María Mejía Peláez], “Fragua”, *El Correo*, Medellín, 4 de noviembre de 1962, p. 4; “El verdadero reto”, *El Correo*, Medellín, 30 de octubre de 1962, p. 4; “Defensa de la Autonomía”, *El Correo*, Medellín, 28 de octubre de 1962, p. 4; “LEGAJO CUBANO. EL MATE DE KRUSCHEV”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 79, 3 al 9 de noviembre de 1962, pp. 31-37, y “LA GUERRA DE CUBA NO TENDRA LUGAR”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 79, 3 al 9 de noviembre de 1962, pp. 28-30.

⁶⁵⁸ “La verdadera medida”, *El Correo*, Medellín, 4 de noviembre de 1962, p. 4, y “MANIFESTACIONES EN EL MUNDO”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 79, 3 al 9 de noviembre de 1962, p. 30.

⁶⁵⁹ Juan Pablo Uribe, “El Pulso de la Semana. Interrogantes en Pie”, *El Siglo*, Bogotá, 4 de noviembre de 1962, p. 4; Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. La victoria de Kennedy”, *El Correo*, Medellín, 1º de noviembre de 1962, p. 4; “LEGAJO CUBANO. EL MATE DE KRUSCHEV”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 79, 3 al 9 de noviembre de 1962, pp. 31-37, y “URSS. MIENTRAS EL MUNDO MARCHA”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 82, 24 al 30 de noviembre de 1962, pp. 48-51.

⁶⁶⁰ Luis Sandiego, “¿Solución a Medias?”, *El Siglo*, Bogotá, 27 de noviembre de 1962, p. 4, y “Simple peón de Rusia”, *El Correo*, Medellín, 31 de octubre de 1962, p. 4. Sobre estas burlas, véanse las caricaturas de *Velezefe* emitidas en *El Correo* el 1º y el 10 de noviembre de 1962 en la página 4: “Desmantelamiento” y “En Cuba”.

común entre estos medios ante la crisis de los misiles: en los tres periódicos se burlaron un poco de la situación —como de quien tiene *risa nerviosa*— a través de caricaturas concernientes a la guerra fría y a la paranoia que suscitaron tanto el alcance de los misiles (pues Colombia estaba en el rango) como la presencia soviética en América Latina: las figuras 97 a 102 (una caricatura de *Agnete*, del *France Observateur*; dos de *Crayón*, dos de *Landrú*, y otra anónima) hablan por sí solas. De lo anterior se concluye, pues, que *La Nueva Prensa* estuvo más radical que nunca en sus reproches al intervencionismo estadounidense en la isla antillana. Allí, más que defensores del nacionalismo cubano y de la autodeterminación de los pueblos, parecieron fervientes seguidores de la revolución cubana. La reproducción de los carteles pegados en *La perla de las Antillas* y los halagos a Jruschov incluso hicieron ver al semanario como el más radical de los izquierdistas. La posición de *El Siglo* y de *El Correo*, en cambio, no mostró mayores sorpresas: las críticas a Castro, a la revolución y a la Unión Soviética, y el apoyo a Estados Unidos en su lucha anticomunista, fueron casi iguales a las esbozadas en otros temas. De manera que, curiosamente, el acontecimiento que tuvo al mundo *ad portas* de una tercera guerra mundial, pero que a su vez fue lo que *aseguró la supervivencia* de esa revolución *sovietizada*, más que convergencias en torno al temido comunismo, trajo mayor polarización alrededor del proyecto castrista y de las acciones de Washington para con éste. Es decir, cuando se pensaría que más afinidades iban a encontrar unos y otros periódicos (sobre todo en comparación con hechos más polémicos, como el bloqueo económico a Cuba y la invasión a bahía de Cochinos —en términos legales y hasta de mera supervivencia—), fue cuando más discrepancias hubo. Así, a fin de cuentas, era como los intereses políticos e ideológicos *actuaban* sobre los medios de comunicación en la Colombia del Frente Nacional.

Estados Unidos fue, pues, héroe y villano en las lecturas que los periódicos colombianos hicieron sobre su injerencia en la revolución cubana. Tanto fue así que incluso en temas diferentes a los del referido intervencionismo, diarios y semanarios mantuvieron sus respectivas posiciones frente a las políticas del mencionado país. Por ejemplo, en *El Siglo* y en *El Correo* expresaron que Estados Unidos hacía una “obra humanitaria” al recibir a los exiliados cubanos (los cuales, a su vez, fueron vistos como víctimas y como patriotas que luchaban por la libertad), que esperaban que Kennedy aplicara cuanto antes la Alianza para el Progreso para que no triunfara el fidelismo, que América Latina estaba del lado de Estados Unidos, que la verdadera intervención venía de Cuba (con cosas como la intención de “convertir a la cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del hemisferio”) y que

Estados Unidos había sido engañado por el mismo Fidel Castro⁶⁶¹. En *La Nueva Prensa* y en *La Calle*, por el contrario —y más en el primero que en el segundo—, dijeron con tono reprochador que el comunismo triunfaría en América mientras Washington la siguiera emprendiendo contra los neutralistas, que en este país usaban el tema de Cuba para sacar provecho de las elecciones y del sistema interamericano (inclusive para restarle soberanía a las oligarquías latinoamericanas); que el prestigio estadounidense estaba disminuyendo, que la posición de Estados Unidos era la del capital extranjero, mientras que la de Cuba era la nación; que “la potencia rectora” se estaba quedando sola y que el verdadero intervencionismo era el de los cubanos exiliados que conspiraban contra el régimen castrista; y, asimismo, allí criticaron, primero, que en América Latina no reprocharan que Estados Unidos hubiera robado 14 aviones cubanos para intentar compensar los perjuicios que las expropiaciones y nacionalizaciones le estaban causando, y, luego, que la Casa Blanca no se manifestara sobre los actos de terrorismo que se fraguaban contra Cuba en su propio territorio⁶⁶². En definitiva, las opiniones eran diametralmente opuestas, y ambas partes, radicales.

Ahora bien, de las percepciones de la prensa colombiana respecto a Estados Unidos sobresale que estas, de una u otra manera, lucieron contradictorias en comparación con otras disposiciones esbozadas en los mismos periódicos. Ciertamente es que, años atrás, según se mencionó en los capítulos anteriores, en *El Siglo* habían sido críticos fervorosos de las políticas estadounidenses (en especial por el asunto de la separación de Panamá) y en *El Correo*, vehementes defensores de los principios del sistema interamericano (más que todo cuando el dictador Gustavo Rojas Pinilla cohibió ciertas libertades). Y, en cuanto a los semanarios, a pesar de que allí escribían religiosos, militares, demócratas, *derechistas* y, entre otros, *anapistas*, la posición expresada en ambos fue como si hubieran sacrificado el anticomunismo y el odio hacia Fidel Castro (en particular, en el periódico de Alberto

⁶⁶¹ Véanse, en orden de referencias citadas: Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Una obra humanitaria”, *El Correo*, Medellín, 25 de julio de 1961, p. 4; “Consecuencias inevitables”, *El Siglo*, Bogotá, 30 de mayo de 1962, p. 4; “Bloque Regional”, *El Siglo*, Bogotá, 28 de octubre de 1962, p. 9; “UN REGIMEN QUE SE QUEDA SOLO”, *El Correo*, Medellín, 30 de julio de 1960, p. 4; “La Gangrena”, *El Siglo*, Bogotá, 18 de febrero de 1961, p. 4, y “Se Dejan Engañar”, *El Siglo*, Bogotá, 11 de enero de 1961, p. 4.

⁶⁶² Véanse las referencias citadas, en su orden, en: “LOS SABOTEADORES DE LA ALIANZA”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 42, 14 al 20 de febrero de 1962, p. 32; Alberto Zalamea, “Diario de un periodista”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 78, 27 de octubre al 2 de noviembre de 1962, p. 28; “¿CASTRO INSTRUMENTO DE USA?”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 73, 22 al 28 de septiembre de 1962, pp. 54-56; “Los errores de...”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 2, 26 de abril al 2 de mayo de 1961, p. 48; “El Dilema de los Pueblos Latinoamericanos en los 21”, *La Calle*, Bogotá, 17 al 23 de septiembre de 1960, p. 6; “KENNEDY BLOQUEADO”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 78, 27 de octubre al 2 de noviembre de 1962, p. 29-36; “INTERVENCION ‘CUBANA’ EN AMERICA LATINA”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 27, 18 al 24 de octubre de 1961, pp. 47-51; “EL CANCELLER EN ELPAIS DE LOS BARBUDOS”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 18, 15 al 22 de agosto de 1961, p. 24; “CAICEDO Y EL DESTINO”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 64, 21 al 27 de julio de 1962, p. 39.

Zalamea) por la defensa de los principios ideológicos que en ellos se promulgaban. Esto, empero, tiene su explicación en el contexto de Frente Nacional y de guerra fría: era lógico que los diarios, alineados con el *establishment* y con el anticomunismo, apoyaran las acciones anticastristas de Estados Unidos, así como lo era que los semanarios, en sus pretensiones de construir una nueva nación y de buscar cierta objetividad, tacharan el intervencionismo que sobre la revolución cubana tendieron desde la Casa Blanca. Por los lados de los diarios, la cuestión fue tal que, incluso, según la profesora Maryluz Vallejo Mejía, aquella fue “una etapa de ‘globalización’ de la prensa, controlada por los intereses de Estados Unidos”, pues allí “se limitaban a transcribir los cables de las agencias extranjeras sobre Cuba”, las cuales, además, controlaban toda “la información internacional” y eran subvencionadas por “las grandes potencias imperialistas”⁶⁶³. En *La Calle*, por su parte, acorde a los postulados del MRL, en palabras del catedrático canadiense Stephen J. Randall, defendían “el principio de coexistencia universal, el respeto por la soberanía de cada nación y la no-intervención en sus asuntos internos, [y] el respeto por [...] la autodeterminación de los pueblos y la igualdad jurídica de todos los Estados”; asimismo, creían que Cuba “tenía derecho a una existencia sin interferencia externa”, y, por si fuera poco, algunos de quienes allí escribían (como Felipe Salazar Santos) eran críticos vigorosos de las políticas estadounidenses⁶⁶⁴. Y, respecto a *La Nueva Prensa*, menciona el historiador César Augusto Ayala Diago que allí “expresan una especie de antinorteamericanismo”, pues “Consideran que la alianza con los Estados Unidos es ‘contranatura’ [*sic*]” —y, por ende, promulgaban el hispanismo como “artefacto cultural para fundamentar su nacionalismo”—⁶⁶⁵. En la lucha anticomunista de la potencia capitalista contra Cuba, entonces, para la *Gran Prensa* el fin justificaba los medios y para los semanarios *emerrelistas* lo uno y lo otro merecían reprobación. Lo cierto es que, a fin de cuentas, a pesar de la intervención de Estados Unidos, el comunismo *sobrevivió* en Cuba. Al respecto, vale la pena resaltar las palabras del citado Hans-Joachim König:

El aislamiento iniciado por los Estados Unidos y, posteriormente, apoyado por la OEA, ha dañado mucho a Cuba, dado que ha perjudicado enormemente los éxitos iniciales de la Revolución [*sic*] en el campo económico. Sin embargo, por otra parte, la invasión militar apoyada por los Estados Unidos ha tenido un efecto contrario al esperado por este país. El foco comunista no sólo no fue eliminado, sino

⁶⁶³ Véanse la primera y las últimas dos citas en el libro *A plomo herido...*, p. 113 y 115. Y la segunda, en el artículo “Revista *Semana* (1946-1961): plataforma periodística del Frente Nacional”, *Medios y nación. Historia de los medios de comunicación en Colombia*, Bogotá, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A., Ministerio de Cultura de Colombia, VII Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado, 2003, p. 353.

⁶⁶⁴ Alfonso López Michelsen..., p. 213 y pp. 217-218. Cabe mencionar que en estas páginas se mencionan varios ejemplos de las inquietudes que en Estados Unidos tenían para con el MRL y, por extensión, para con *La Calle*, pues consideraban que podía haber elementos radicales en ellos. Esto, a fin de cuentas, se tradujo en acciones de la llamada *Mano Negra* para cohibir la libre expresión del semanario, lo cual posiblemente conllevó a la percepción del mismo frente al intervencionismo estadounidense en la revolución cubana.

⁶⁶⁵ “La Nueva Prensa...”, p. 65.

que, por el contrario, la amenaza venida desde el exterior hizo que la población se identificara con los objetivos de la Revolución [sic].⁶⁶⁶

Y, así pues, por mucho que *La Calle*, *El Siglo*, *El Correo* y *La Nueva Prensa* hablaran sobre este tema, las medidas intervencionistas de Estados Unidos en Cuba se siguieron implementando por muchos años, y, mientras, la revolución cubana *pervivió*.

3.3.5. *Una sola revolución, muchos hechos por comentar*

Aparte de los temas relacionados con la *naturaleza*, con los protagonistas y con el entorno geopolítico de la revolución cubana, la prensa colombiana también opinó sobre algunos hechos acaecidos *al interior* de la misma. Los fusilamientos a los *contrarrevolucionarios*, la reforma agraria, las censuras a la prensa de oposición, las lides del gobierno con la Iglesia y la idea de exportar la revolución, fueron sin duda los eventos más comentados. Quizás sea previsible —y hasta redundante— el hecho de que los diarios reprobaron todo lo relacionado con estos cinco asuntos, y también que los semanarios buscaron cierta objetividad respecto a los mismos (con lo cual, igual que en otras ocasiones, lucieron más encomiásticos que críticos sobre lo que acontecía en la Cuba de los barbudos). Pero lo que sí no es previsible ni redundante es que hubo una divergencia entre los dos diarios, en ámbitos concernientes más con la cantidad de publicaciones respecto a determinados temas que con las opiniones sobre aquellos. En efecto, comparando *El Siglo* y *El Correo*, podría decirse que mientras el primero pareció más reiterativo en el tema de las pugnas entre Estado e Iglesia en Cuba, el segundo lo pareció en el asunto de las censuras a los medios que no apoyaban la revolución. Esto, sin duda, tiene que ver con las ideologías partidistas de cada periódico. Porque no sobra recordar que el Partido Conservador era un histórico aliado de la Iglesia en Colombia y que el Partido Liberal era un acérrimo defensor de los principios de los derechos civiles en el marco de la doctrina liberal (véase el capítulo 1). Y si bien podría haber quién esperara que las diferencias entre ambos diarios se dieran más allá de la simple cantidad de críticas sobre estos temas, bien cabe recordar que la violencia bipartidista ya había menguado y que en ese nuevo contexto de pacto entre liberales y conservadores y de miedo por el castrismo, lo normal era que *El Correo* y *El Siglo* tuvieran, *grosso modo*, los mismos puntos de vista. Y lo normal era también que las divergencias en torno al acontecer de la revolución cubana se dieran más bien entre estos dos diarios y los

⁶⁶⁶ “El intervencionismo...”, p. 465.

semanarios tantas veces aludidos. Véanse, entonces, las posiciones de unos y otros medios sobre los cinco hechos mencionados:

- El primer tema tratado fue el de los fusilamientos. Los juicios de la *Gran Prensa* sobre este asunto resultaron tantos y tan mordaces como los que se hicieron sobre la llegada del comunismo a la revolución. De hecho, por haber sido mencionado por primera vez en enero de 1959 (cuando todavía no se conocían los lineamientos del castrismo), el tratamiento que se le dio a este tema fue también *in crescendo*, es decir, las críticas aumentaron conforme Cuba se *sovietizó*. Por eso, en ocasiones se habló de los fusilamientos como una “imprudencia” que genera “recelo y angustia”, y como un hecho que estaba generando “tristeza”, “frustración” y defraudación, y que estaba haciendo que la revolución perdiera simpatía⁶⁶⁷. Y, otras veces, se mencionó de los mismos que eran un “bochornoso espectáculo” por cuanto los “carniceros cubanos” estaban aplicando una “justicia chabacana”, una “sangrienta venganza” con la cual se estaba demostrando que la diferencia entre la democracia y el comunismo eran la cárcel o el paredón. Asimismo, se dijo que esas “horripilantes ejecuciones” estaban haciendo de Cuba un “inmenso cementerio” y un “presidio inicuo”, y que Castro —el “paranoico del paredón”— “no tendría el menor reato de conciencia en fusilar a medio país [...] para asentar su dominación”⁶⁶⁸. “Baño de sangre”, en *El Siglo*, y “Paredón”, en *El Correo*, fueron los calificativos más usados para referirse a este tema en los centenares de artículos que sobre ello se publicaron. Las figuras 103 a 106 son un buen ejemplo de la posición de estos dos diarios frente al mencionado tema: en los cuatro dibujos (dos de *España*, uno de *Velezefe* y uno anónimo) están caricaturizadas, entre otras cosas, la relación de camaradería entre Castro y la muerte, y las formas como éste ordenaba las ejecuciones y se jactaba de las mismas (las figs. 61 y 80 son también ejemplos de esta perspectiva). Por otro lado, los comentarios emitidos en *La Calle* y en *La Nueva Prensa* sobre los fusilamientos fueron una minimización y hasta una justificación del asunto, y aunque se llegó a hablar de razones para refutar el hecho, lo que a fin de cuentas se enunció fue una crítica a quienes lo rechazaban

⁶⁶⁷ Véanse, en su orden: “LOS FUSILAMIENTOS EN CUBA”, *El Correo*, Medellín, 15 de enero de 1959, p. 4; “Un exabrupto”, *El Siglo*, Bogotá, 17 de enero de 1959, p. 4; “El Imperio del Desafuero”, *El Siglo*, Bogotá, 7 de julio de 1960, p. 4, y Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. El Panorama de Cuba”, *El Correo*, Medellín, 16 de agosto de 1959, p. 4.

⁶⁶⁸ Véanse los artículos de *El Correo*, de Medellín: “Bochornoso Espectáculo” (12 de marzo de 1961, p. 4), Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Cárcel o Paredón” (30 de abril de 1961, p. 4), “Tirantez explicable” (27 de julio de 1961, p. 4) y “EL PRINCIPIO DEL FIN?” (9 de abril de 1961, p. 4). Y los de *El Siglo*, de Bogotá: Julio Abril, “LA MATAZÓN CUBANA” (18 de enero de 1959, p. 4), “Napoleón, Chabacán [sic]” (8 de marzo de 1959, p. 4), “La justicia castrista” (20 de enero de 1959, p. 4), Pedro Pablo Camargo, “LA VIOLENCIA CUBANA” (6 de enero de 1960, p. 4), y Ángel Aparicio Laurencio, “27 de noviembre de 1871” (27 de noviembre de 1960, p. 4).

tajantemente. En *La Calle* dijeron que los fusilamientos no parecían una cuestión grave y que más bien había que mirar qué había *detrás* de los mismos (aunque también le *exigían* a la revolución algo más que este tipo de medidas), y en *La Nueva Prensa* manifestaron que si bien había argumentos de carácter religioso y filosófico para objetarlos, la ejecución de algunos prisioneros parecía una decisión “a un mismo tiempo atroz y justa”. En este sentido, en el semanario de Alberto Zalamea criticaron también que en la *Gran Prensa* no miraban los crímenes que cometían otros gobiernos, que los demócratas no reprocharían las ejecuciones si los sentenciados fueran comunistas que invadieran su país y que en Colombia también había fusilamientos, de los cuales se dijo, primero, con un tono irónico que “en Cuba cometen el error de juzgar a las víctimas” mientras que “Aquí es a la suerte”, y segundo, que en la isla iban 800 fusilamientos y aquí, 5.000⁶⁶⁹. Sobre el tema, en *La Calle* publicaron un dibujo, pero éste no es una caricatura ni expresa dictamen alguno, sino que es simplemente una figura de tres personas recién fusiladas: véase la fig. 107. En resumen, mientras los diarios aprovecharon el tema para criticar la revolución y su comunismo, los semanarios le restaron importancia al hecho y lo evaluaron acorde a sus motivaciones, al *modus operandi* de los revolucionarios y al contraste entre el mismo y situaciones de índole similar.

- El segundo de los temas comentados, en orden cronológico, fue la reforma agraria promulgada por Fidel Castro el 17 de mayo de 1959 en la Sierra Maestra. En comparación con otros asuntos, este no fue muy abordado por la prensa colombiana, pero los juicios emitidos al respecto fueron bastante dicentes, porque, por un lado, con la polémica medida cada periódico hizo sus propias hipótesis sobre lo que sería de la revolución y, por el otro, porque la misma sirvió para que los medios contrastaran lo que sobrevendría en Cuba y la reforma agraria que estaban planeando hacer en Colombia. En *El Correo* y en *El Siglo*, por ejemplo, manifestaron que la reforma agraria era un “loco experimento” “de típico sabor comunista” (porque “la colectivización” de la tierra era una táctica distintiva de esa doctrina), y que la misma estaba volviéndose un punto crítico de la revolución (junto a los fusilamientos), por estarse implantando “a las malas”, porque el campesinado estaba contra ella, porque había sido un engaño y una mentira; porque era la causante del retraso económico y del

⁶⁶⁹ Véanse, en orden de artículos citados: José Font Castro, “Carta de Caracas. Colombia Ante la Revolución Cubana”, *La Calle*, Bogotá, 6 de febrero de 1959, p. 12; “Fidel Castro y la Justicia Popular”, *La Calle*, Bogotá, 30 de enero de 1959, p. 10; “APOSTARON AL PAREDON”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 51, 18 al 24 de abril de 1962, p. 54, y Alberto Zalamea, “Diario de un periodista”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 35, 13 al 19 de diciembre de 1961, pp. 24-25.

hambre en Cuba, y porque, a fin de cuentas, nada se hacía con quitarle al latifundista sus terrenos para repartirlos entre los labriegos, pues estos carecían de dinero y de elementos para trabajar la tierra y, por ende, el desarrollo agrario no sería efectivo⁶⁷⁰. Asimismo, invitaron, de manera sarcástica, al *emerrelista* Álvaro Uribe Rueda a que donara sus tierras de verdad si es que realmente apoyaba la reforma agraria cubana (tras unas declaraciones suyas en ese mismo sentido) y criticaron a los también *emerrelistas* Alfonso López Michelsen y Gerardo Molina —“dos niños terribles”— por apoyar una reforma agraria colombiana similar a la cubana⁶⁷¹. En contraste, en *La Calle* loaron la medida, criticaron los obstáculos que le estaban poniendo y plantearon que era “piedra fundamental de uno de los procesos revolucionarios más apasionantes, auténticos e insulares, no sólo de América Latina sino del siglo XX”; que con ella había llegado el momento de que en Cuba decidieran ser verdaderamente libres, que “la reforma agraria es la verdadera Revolución [sic]”, que la misma estaba “destinada a cancelar las contradicciones de la economía semicolonial [sic] de Cuba, y a sacarla del pantano del feudalismo rústico” y que la reforma era “el camino para superar el subdesarrollo”, por lo cual estaba avanzando con éxito⁶⁷². En *La Nueva Prensa*, por su parte, la susodicha reforma sólo fue mencionada en un artículo del escritor mexicano Carlos Fuentes en el cual éste criticó la política estadounidense en América Latina y, de paso, arguyó que una medida así “sólo se hace revolucionariamente, con las armas en la mano”, “como lo demuestran México y Cuba”⁶⁷³. En definitiva, los diarios vieron con recelo la reforma agraria por considerarla de índole comunista y por temor a que en Colombia se hiciera algo igual, y los semanarios la vieron con esperanza por considerarla parte del camino nacionalista de la revolución.

⁶⁷⁰ Véanse, en orden de citas: “LA SEGUNDA BATALLA DE VENEZUELA”, *El Correo*, Medellín, 26 de abril de 1960, p. 4; “Otro Discípulo Amado”, *El Siglo*, Bogotá, 13 de febrero de 1960, p. 4; Rafael Nieto Navia, “Alusiones. América Ante Cuba Comunista”, *El Siglo*, Bogotá, 16 de junio de 1960, p. 4; Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 29 de julio de 1959, p. 4; Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 8 de enero de 1961, p. 4; “Reforma Agraria”, *El Correo*, Medellín, 8 de febrero de 1962, p. 4; Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Un frente americano”, *El Correo*, Medellín, 4 de diciembre de 1960, p. 4; “EL CONFLICTO INEVITABLE”, *El Correo*, Medellín, 4 de diciembre de 1960, p. 4; “La Actual Situación Económica de Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 17 de julio de 1959, p. 4, y Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Un Programa General”, *El Correo*, Medellín, 17 de agosto de 1961, p. 4.

⁶⁷¹ Véanse, también en orden de citas: Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Desprendimiento ejemplar”, *El Correo*, Medellín, 22 de septiembre de 1960, p. 4, y Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 2 de septiembre de 1960, p. 4.

⁶⁷² Véanse en *La Calle* (de Bogotá): “Un Momento Decisivo de la Revolución Cubana” (18 de junio de 1959, p. 11), “Reforma Agraria o Ingreso a la Unión Norteamericana” (18 de junio de 1959, p. 11), Ramiro Andrade Terán, “Cuba 1960. La Revolución. Un propósito Nacional” (6 al 13 de mayo de 1960, p. 7 y p. 12); “DE LOS GRACOS A FIDEL” (24 de julio de 1959, p. 16), “LA REFORMA AGRARIA EN MARCHA” (31 de julio de 1959, p. 16) y “Cuba 1960. LA LUCHA CONTRA EL SUBDESARROLLO” (13 al 20 de mayo de 1960, pp. 8-9).

⁶⁷³ “Palabras a los norteamericanos”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 55, 16 al 22 de mayo de 1962, p. 76.

- El siguiente de los hechos acaecidos al interior de Cuba abordado por los medios colombianos fue el de las censuras a la prensa opositora de la revolución. Igual que con el asunto de los fusilamientos, aquí también los juicios aumentaron de manera paulatina en los diarios, conforme a las posturas adoptadas por el gobierno castrista, aunque, cabe aclarar, la mayoría de publicaciones se dieron en 1960 y tanto la cantidad de dictámenes como la impetuosidad de los mismos fueron inferiores en comparación con ese otro tema. Así, en *El Correo* y en *El Siglo* plantearon que las censuras eran otro gran error de la revolución, que los únicos medios que estaba dejando Castro eran los propagandísticos de su proyecto, que el barbudo estaba obsesionado con la prensa que supuestamente lo perseguía y que no creían en sus declaraciones respecto a que en la isla no había censura como tal, sino que habían sido los trabajadores de los medios quienes habían forzado el cierre de aquellos⁶⁷⁴. Allí también se dijo, como si nunca hubieran sufrido la mordaza impuesta por el régimen de Gustavo Rojas Pinilla o como si no se registrara coartación a la libertad de prensa sino tras la cortina de hierro, que las censuras en Cuba era un síntoma comunista, y, por si fuera poco, después de lo mucho que habían criticado las censuras del derrocado Fulgencio Batista y de otros tantos dictadores latinoamericanos, ambos diarios manifestaron que esas censuras no habían sido tan graves como las de Castro y su revolución cubana⁶⁷⁵. En ese mismo sentido, las críticas fueron también plasmadas en cinco caricaturas (dos de *Velezefe*, dos de *Esputia* y una anónima), en las cuales están simbolizadas las supuestas maneras como Castro coartaba la libertad de prensa, como hacía su propia difusión de información y como expresaba que allí no había censuras (véanse: figuras 108 a 112). Por los lados de los semanarios, sólo *La Calle* habló de este tema, y lo hizo en un solo artículo sobre la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), a la cual criticaron por rechazar la censura en Cuba, mas no la de otros países (como la de Colombia, según lo demostraban los casos concretos de los medios *Semana* y *La Gaceta*). En consecuencia, allí llamaron a la SIP “la Gran Encubridora” —porque se había hecho “para defender el **estatus quo** [*sic*], la verdad revelada, la mil mentiras [*sic*] diarias que viajan en el lomo de sus grandes dinosaurios”—, y, asimismo, tildaron a las agencias

⁶⁷⁴ Véanse, en orden de citas: “Sin prensa libre en Cuba”, *El Correo*, Medellín, 18 de mayo de 1960, p. 4; “La prensa en Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 28 de febrero de 1962, p. 4; “Fonógrafos, Fidel?”, *El Siglo*, Bogotá, 4 de octubre de 1959, p. 10, y Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Contra la Prensa Libre”, *El Correo*, Medellín, 8 de junio de 1960, p. 4.

⁶⁷⁵ Véanse en *El Correo*, de Medellín: Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Sobre la Prensa Cubana” (28 de febrero de 1960, p. 4); “OTRA LIBERTAD PELIGRA EU [*sic*] CUBA” (20 de enero de 1960, p. 4), “OTRO GOLPE CONTRA LA LIBERTAD DE PRENSA” (12 de mayo de 1960, p. 4) y Alirio Gómez Picón, “Por el Camino de Perón” (15 de mayo de 1960, p. 4).

internacionales de noticias de “embusteras”, “desorientadas” y con “partido tomado de antemano”, a la vez que mencionaron, en tono irónico, que era “Insoportable que Fidel Castro incaute ‘El Diario de la Marina’ —tan parecido a ‘El Tiempo’ de Bogotá— para defender la revolución de su pueblo”, pero no era grave que “los grupos de presión económica” cercenaran y condenaran “a la inanición” a “la pequeña prensa libre del continente”⁶⁷⁶. En suma, el cierre forzoso de los medios de la oposición cubana fue para los diarios otro síntoma del camino comunista que estaba tomando la revolución, mientras que para los semanarios ese hecho era igual de grave que el de las censuras de otros países, y entonces lo digno de reprochar era que en el continente no tuvieran en cuenta sino el caso cubano.

- La pugna entre la Iglesia y el Estado en Cuba fue otro de los asuntos tratados por la prensa colombiana. Principalmente desde mediados de 1960, la *Gran Prensa* empezó a manifestar su preocupación por las medidas anticlericales, por las “presiones de la tiranía castrista contra la Iglesia” y, en general, por las prédicas de odio del gobierno isleño contra la religión y contra la moral cristiana. Por ese motivo, no tardaron en apoyar que buena parte del clero estuviera en contra de “la traición de Fidel Castro” y en criticar que éste se creyera “superior” a la religión, ya que quería que la Iglesia participara en su gobierno, pero bajo su mando, con lo cual buscaba, en últimas, minimizar el poder de la misma. Asimismo mencionaron que lo que estaba haciendo el líder de la revolución, después de todo, era pagarle mal a su antiguo aliado en la lucha contra Batista. Todo lo anterior explica entonces por qué en ambos diarios —aunque más que todo en *El Siglo*— hablaron con cierta desazón de los muchos eclesiásticos que se exiliaron y con algo de júbilo de la excomunión de Castro (sobre el tema recuérdese la fig. 88, quizás la caricatura más representativa de estas percepciones)⁶⁷⁷. En los semanarios, entretanto, si bien no apoyaron la posición del gobierno revolucionario frente a la Iglesia, tampoco la criticaron. Más bien plantearon, primero, que “un millón de católicos convencidos con el propio señor Castro a la cabeza, asisten a un Congreso Católico y comulgan todos juntos” (en un artículo de *La Calle*

⁶⁷⁶ “Nuestra Señora la SIP”, *La Calle*, Bogotá, 21 al 28 de octubre de 1960, p. 4.

⁶⁷⁷ Véanse, en *El Siglo* (de Bogotá): “Paredón sin Límites” (5 de marzo de 1961, p. 12), “Solidaridad con el Catolicismo de Cuba” (19 de mayo de 1961, p. 4), Luis Carlos Gonzáles, “América y Fidel Castro” (2 de agosto de 1962, p. 4); “La Última Salida de Fidel [sic]” (27 de octubre de 1960, p. 4), Ángel Aparicio Laurencio, “Cuba Comunista” (9 de diciembre de 1960, p. 4); “Paso a la Excomunión” (24 de septiembre de 1961, p. 10), “Castro Excomulgado” (7 de enero de 1962, p. 10), y “La Iglesia en Cuba” (19 de agosto de 1960, p. 4). Y en *El Correo* (de Medellín): “Y AHORA, CONTRA LA IGLESIA” (10 de agosto de 1960, p. 4), “EL CONFLICTO INEVITABLE” (4 de diciembre de 1960, p. 4), “FRENTE AL PELIGRO COMUNISTA” (17 de mayo de 1961, p. 4), Mons. Enrique Pérez Serantes, “El Clero Ante la Traición de Castro” (10 de octubre de 1960, p. 4), y “La deificación del castrismo” (15 de noviembre de 1960, p. 4).

de un *laureanista* que además reconoció que muchas mentiras se decían sobre la Cuba), y, luego, que la Iglesia estaba contra la revolución por conveniencia y por respaldar a sus fieles (ya que en la isla “Las clases acomodadas eran católicas; las mayorías, no”) y que Castro no estaba contra la misma, sino contra “los curas falangistas”, por lo que las relaciones entre ambas partes eran “ambiguas” y así se mantendrían aunque los contrarrevolucionarios pidieran una ruptura (el artículo de *La Nueva Prensa* reza textualmente: “La política de la Iglesia con relación a Cuba parece entonces llamada a tener larga vida, a pesar de la obstinada impaciencia de los enemigos de Castro”)⁶⁷⁸. Entre los diarios y los semanarios, entonces, más que posiciones antagónicas sobre un hecho puntual, hubo dos versiones sobre éste. Es decir, en vez de juicios a favor y en contra de las lides entre Iglesia y Estado en Cuba, hubo contraposición de opiniones frente a las verdaderas naturaleza y magnitud de esa pugna. Por eso, a fin de cuentas, mientras los unos dijeron que con su talante comunista Castro había arremetido contra la religión y la moral cristiana, los otros manifestaron que esto no era verdad y que el anticlericalismo en Cuba era relativo y hasta poco radical.

- En último lugar, está el tema de los intentos de exportar la revolución cubana hacia América Latina. En los medios de comunicación de Colombia, este asunto fue tratado desde 1960 y sin duda fue de los que más cubrimiento tuvo, pues abarcó *frentes* como las motivaciones, las formas, los alcances, la contención, los protagonistas y las consecuencias del hecho mismo. En efecto, en *El Siglo* y en *El Correo* denunciaron que Cuba se estaba volviendo un “foco de subversión”, la cual estaba implementándose a través de infiltraciones, de influencias y de propaganda (cual “infección”, “peste roja” y “gangrena”) de “quintacolumnistas”, de “agitadores” y de “facinerosos” que con “protocolo”, con “ademanos” y con “adoctrinamiento”, estaban instigando huelgas, protestas, manifestaciones, bandolerismo, piratería, terrorismo e inestabilidad. Quienes apoyaban la revolución en América Latina eran peligrosos e ignorantes, arguyeron los diarios. Por ende, se refirieron a Castro como un optimista por declarar que haría de los Andes la Sierra Maestra del hemisferio con su “método predilecto” de la guerra de guerrillas, porque Cuba, a fin de cuentas, no sería capaz de expandir su revolución, en vista de que el radicalismo de la misma estaba “traicionando a las izquierdas de la región” y de que la unidad interamericana (bajo el amparo de Estados Unidos y de la

⁶⁷⁸ Véanse: Julio Nieto Bernal, “Un Millón de Católicos Comulgan con Castro”, *La Calle*, Bogotá, 18 de diciembre de 1959, p. 14; “LA POLÍTICA DE LA IGLESIA ANTE CUBA”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 68, 18 al 24 de agosto de 1962, pp. 53-55, y “¿Qué piensa sobre Cuba la democracia cristiana?”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 58, 9 al 15 de junio de 1962, pp. 11-12. En este último artículo expresaron, por ejemplo, que había posiciones a favor y en contra de la revolución en el congreso de juventudes demócrata-cristianas que se había reunido en Caracas, Venezuela, lo cual demostraba esa relación ambigua entre ambas partes.

Organización de Estados Americanos) impedirían un hecho semejante. No en vano, según la *Gran Prensa*, los diversos gobiernos de la región estaban rompiendo relaciones diplomáticas con la isla, hecho que aplaudían y que alentaban en ambos medios. Por todo lo anterior, pronto *se fundiría el foco del castrismo*, se dijo en estos diarios⁶⁷⁹. Véase la representación gráfica de estas críticas en las figuras 113, 114 y 115: tres caricaturas emitidas en *El Correo* (la primera de *Probías*, de la exiliada revista *Bohemia Libre*; la segunda de *Charro Núñez*, de la también exiliada *Avance*, y la tercera de *Velezefé*) en las cuales están simbolizadas esas supuestas formas violentas, peligrosas y utópicas como Castro pretendía llegar a América Latina y/o romper la unidad hemisférica, ante la mirada inquieta del tío Sam, ante el regocijo de Nikita Jruschov y ante el riesgo de que la infiltrada fuera Cuba. En contraste, en los semanarios expresaron que la lucha de la Sierra Maestra era un ejemplo y que en la isla se estaban materializando las aspiraciones fundamentales de los pueblos latinoamericanos (y no sobra recordar las palabras con las cuales se refirieron a Castro en un pie de foto de *La Nueva Calle* como “...el héroe del caballo blanco con quien sueñan los campesinos de América...”). Asimismo, allí se dijo que la intervención no era del gobierno revolucionario, sino de los exiliados que hacían montajes para que los países de la región actuaran contra Cuba, y, por si fuera poco, omitieron comentarios denigrativos de la revolución cuando se desataron crisis políticas en algunos países por la presencia de diplomáticos isleños o por la aparición de supuestos documentos revolucionarios en aquellos. Empero, en *La Nueva Prensa* alcanzó a haber una ligera crítica a la idea de exportar la revolución, pero, quizás de manera extraña, esta tuvo más visos de una defensa de Cuba que de un ataque, pues plantearon que Castro estaba cometiendo un error al auspiciar invasiones hacia el continente (y también al apoyar las medidas económicas que la OEA adoptaría contra la República Dominicana del dictador Rafael Leónidas Trujillo), pero principalmente porque ello sería entonces una buena justificación tanto

⁶⁷⁹ Véanse, en *El Siglo* (de Bogotá): “Realidad y Optimismo” (12 de marzo de 1961, p. 4), “El próximo paso” (7 de noviembre de 1962, p. 4), “La Peste Roja en América” (11 de enero de 1961, p. 4), “La Gangrena” (18 de febrero de 1961, p. 4), “Motivos para Rechazar una Nota” (2 de septiembre de 1960, p. 4), Ángel Aparicio Laurencio, “Cuba Comunista” (9 de diciembre de 1960, p. 4); Arturo Abella, “Aquí Bogotá” (30 de junio de 1960, p. 4); “Apoyo al Bandolerismo” (9 de mayo de 1961, p. 4), “El Informe sobre Cuba” (19 de octubre de 1960, p. 4) y “Ruptura a Presión” (11 de febrero de 1962, p. 10). Y en *El Correo* (de Medellín): “Cuba, foco de irradiación?” (15 de mayo de 1960, p. 4), “AISLANDO UN FOCO DE SUBVERSION” (9 de febrero de 1962, p. 4), Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. La amenaza sobre América” (6 de septiembre de 1960, p. 4); “EL ‘FIDELISMO’ NUEVA QUINTA COLUMNA”, (23 de julio de 1960, p. 4), “Diplomáticos? No. Agitadores” (1º agosto de 1961, p. 4), “LA PLENA PRUEBA DE LA SUBVERSION” (14 de marzo de 1962, p. 4), “AMENAZA PARA LA PAZ DE AMERICA” (2 de noviembre de 1960, p. 4), “UN REGIMEN QUE SE QUEDA SOLO” (30 de julio de 1960, p. 4), “LAS IZQUIERDAS TRAICIONADAS” (9 de junio de 1961, p. 4) y “CERCO A LA TIRANIA” (9 de octubre de 1961, p. 4).

para que invadieran la isla como para que mantuvieran el bloqueo económico⁶⁸⁰. Respecto a estas posiciones, véanse dos caricaturas de Juan Carlos Colombres, *Landrú*, emitidas en *La Nueva Prensa*: una especie de mofa de la paranoia causada por la supuesta infiltración cubana en Argentina por medio de unos falsos documentos encontrados en dicho país (figs. 116 y 117), y recuérdese también la figura 69, bastante apropiada para el tema. En conclusión, los diarios expresaron con múltiples críticas sus temores por la exportación del castrismo, mientras que los semanarios vieron que ese hecho no era tan grave, y entonces no sólo le restaron importancia al mismo sino que también pusieron a Cuba como ejemplo a seguir.

A simple vista, todos estos argumentos lucieron válidos y entendibles. Sin embargo, algunas particularidades merecen ser destacadas. De los periódicos semanales, por ejemplo, lo que más llama la atención es que si bien los cinco hechos mencionados parecían una violación a la doctrina liberal (y, quizás, a otros tantos *valores* occidentales), allí no los reprocharon, sino que más bien les restaron trascendencia y los utilizaron para lanzarles indirectas a quienes tenían a los barbudos —y a ellos mismos— *macartizados*. Pero lo más curioso fue que para sentar esas posiciones, en ambos semanarios acudieron a argumentos inverosímiles y a apreciaciones un poco extrañas (dado el contexto colombiano de esa época). Tal fue el caso de los supuestos fusilamientos sin juicio previo que se estaban realizando en este país, de la minimización de la problemática entre Estado e Iglesia en Cuba, y de la ausencia de críticas por las censuras a la prensa isleña. Respecto a lo primero, cabe mencionar que en Colombia no había fusilamientos propiamente dichos, y entonces a lo que seguramente se refirieron allí fue a los muertos que los rezagos de La Violencia, que las luchas de las autodefensas campesinas y que el bandolerismo estaban dejando. En relación a lo segundo, es pertinente decir que Colombia, a la sazón, era un país particularmente católico y que dentro del hispanismo que el semanario de Zalamea profesaba había un elemento eclesiástico y tradicionalista muy arraigado⁶⁸¹. Y respecto a lo tercero, no sobra recordar las censuras impuestas a la prensa *ajena* al pacto bipartidista por parte del régimen de Alberto Lleras Camargo y de la mencionada *Mano Negra*. La correlación entre los muertos del paredón en

⁶⁸⁰ Véanse: “SE COMBATE EN JARABACOA”, *La Calle*, Bogotá, 24 de julio de 1959, p. 16; Ramiro Andrade Terán, “Cuba. 1960. LA REVOLUCIÓN ES UN ORDEN NUEVO”, *La Calle*, Bogotá, 27 de mayo al 3 de junio de 1960, p. 3; “LA CUESTIÓN CUBANA”, *La Nueva Calle*, Bogotá, 24 de febrero al 3 de marzo de 1961, p. 14; “INTERVENCIÓN ‘CUBANA’ EN AMÉRICA LATINA”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 27, 18 al 24 de octubre de 1961, pp. 47-51; “EL ‘CHE’ APLAZA EL CHA-CHA-CHA”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 20, 30 de agosto al 5 de septiembre de 1961, p. 63-66; Osiris Troiani, “LOS ERRORES DE CASTRO”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 34, 6 al 12 de diciembre de 1961, p. 57, y “LOS SABOTEADORES DE LA ALIANZA”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 42, 14 al 20 de febrero de 1962, pp. 29-32.

⁶⁸¹ Respecto a la segunda afirmación, véase: César Augusto Ayala Diago, “La Nueva Prensa...”, p. 64.

Cuba y los del campo en Colombia, la *inadvertencia* de los perjuicios que las medidas castristas le estaban causando a la Iglesia y la omisión de críticas al gobierno revolucionario por hacerle a la prensa de oposición lo mismo que se le estaba haciendo a los medios *antifrentenacionalistas*, fueron entonces percepciones sin fundamento, disonantes y, si se quiere, cínicas; pero, a la vez, bastante dicientes de la enfoque moderado y no crítico de *La Nueva Prensa* y de *La Calle* frente a la revolución cubana. Ahora, en cuanto a lo que allí opinaron de la reforma agraria y de lo relacionado con el antedicho *foquismo*, bien podría decirse que no hubo novedades a este respecto, pues ambas cosas se correspondían con los lineamientos del Movimiento Revolucionario Liberal y con los anhelos de cambios en las estructuras sociales, políticas y económicas de Colombia y de América Latina. Aun así, no deja de sorprender que los mismos medios que exigían que las políticas americanas de cara a la revolución cubana se hicieran acorde a preceptos legales (como en el caso de Estados Unidos y el principio de no-intervención), se hicieran *los de la vista gorda* frente a la transgresión de ciertos derechos —individuales y colectivas, según la doctrina liberal— cometida por el gobierno castrista. Esta aparente contradicción, sin embargo, tiene su explicación en la búsqueda de ese enfoque alternativo y ecléctico que ambos semanarios emprendieron y que los llevó a que en sus páginas escribieran diversidad de personajes de la sociedad colombiana y a que allí mismo se emitieran propuestas de un nuevo Estado, de una nueva sociedad y, en fin, de una nueva realidad para el país. Por eso, más que juicios contradictorios, lo que expresaron los periódicos semanales fue puntos de vista diferentes a los del *establishment* y diferentes entre sí, en aras de enriquecer las discusiones del momento y de *poner sobre la mesa* nuevos temas. De allí entonces que esa aparente connivencia para con la revolución cubana pareciera en ocasiones *incompatible* con la realidad colombiana (aunque es pertinente aclarar que esa tesis de los 5.000 fusilados en este país quizás sí careció de fundamento y hasta de cierta lógica). Las palabras del catedrático Mauricio Botero Montoya sobre las inclinaciones ideológicas de algunos de los miembros del MRL pueden ayudar a entender las ideas allí esbozadas: “Eran intervencionistas en lo económico, liberales (tolerantes) en lo político, eclécticos en lo filosófico y escépticos en lo religioso”⁶⁸². Y, en este mismo sentido, el testimonio del propio Alberto Zalamea sobre los enfoques de *La Nueva Prensa* también puede dar luces para comprender lo dicho:

Habíamos sido despertadores de conciencias en tiempos de dureza obsidional mientras agonizaba un mundo de patricios y nacía otro, brutal, violento, en el que nadie quería reconocerse. / Nuestro horizonte era el combate y nuestra arma el lápiz deformante del periodismo. Antipatizábamos con los extremistas petulantes que veían a través de anteojeras de otro tiempo, pero también éramos presumidos y ambivalentes en la veleidosa búsqueda de una hermenéutica de bolsillo. / Adorábamos

⁶⁸² *El MRL*, p. 24.

con arrogancia la frase puñetazo, la paradoja, la ambigüedad. Teníamos pretensiones pedagógicas. Tratábamos de aprehender toda la complejidad del acontecer diario en una sola frase.⁶⁸³

En contraposición con la percepción de los semanarios, en *El Correo* y en *El Siglo* no hubo particularidades sobresalientes. Quizás lo más digno de resaltar sea, primero, que los diarios clamaron para que las acciones del gobierno revolucionario se ajustaran a preceptos legales (contrario a lo expuesto durante el tema del intervencionismo de Estados Unidos en Cuba); segundo, que *El Correo*, en particular, reprochó mordazmente la reforma agraria cubana, medida que en Colombia había sido un histórico *caballo de batalla* del Partido Liberal; y por último, que ambos diarios afirmaron que las censuras en la isla fueron otro síntoma de que el comunismo había penetrado la revolución⁶⁸⁴. Si bien podría decirse —y de manera acertada— que esas tres percepciones fueron producto del macartismo de la *Gran Prensa* y que la reforma agraria cubana era, en efecto, más radical que cualquiera de las que se propusieron para Colombia, de todas formas no deja de ser extraño que entre una medida de esta índole y el *statu quo*, en un diario liberal *escogieran* lo segundo; o que los medios, al afirmar que lo que estaba aconteciendo en la isla con la prensa era típico de la doctrina comunista, no hubieran tenido en cuenta las censuras de las que habían sido víctimas numerosos periódicos durante las dictaduras militares de mediados y finales de los años cincuenta, incluyendo la mordaza que ellos mismos padecieron durante el régimen del autoproclamado Jefe Supremo (véase el capítulo 2). Aquí, nuevamente, el anticomunismo visceral primó en los diarios y, en consecuencia, *valieron* más las palabras en contra de Cuba que la búsqueda de argumentos consecuentes con lo expresado sobre otros temas, con las doctrinas partidistas y con antiguas posturas. Esto explica entonces por qué, como lo denunciaron los semanarios, ni en *El Correo* ni en *El Siglo* criticaban esas mismas faltas a la ley cometidas en otros gobiernos de la época, algunos de ellos de índole dictatorial (como el de Rafael Leónidas Trujillo, en República Dominicana; el de Luis Anastasio Somoza, en Nicaragua, y, entre otros, el de Alfredo Stroessner, en Paraguay). El enemigo, según se ha dicho en innumerables ocasiones, era realmente el comunismo, no propiamente los fusilamientos, las censuras, la reforma agraria, el laicismo o lo castrense de los regímenes. A este respecto, no sobra volver a citar las palabras de la profesora Maryluz Vallejo Mejía sobre los medios oficialistas colombianos: “Con la instauración del Frente Nacional a cargo de Alberto Lleras Camargo, la llamada Gran Prensa, unánimemente, cerró sus filas contra

⁶⁸³ “*La Nueva Prensa*”..., p. 10.

⁶⁸⁴ En relación a la dicha correlación entre las reformas agrarias colombianas y el Partido Liberal, recuérdense no más los *intentos* de implementar una medida de ésta índole durante los gobiernos de Alfonso López Pumarejo, en 1936; de Carlos Lleras Restrepo, en 1968, y, precisamente, de Alberto Lleras Camargo, en 1961.

el comunismo y en particular contra la Revolución Cubana [sic]⁶⁸⁵. O sea que, a fin de cuentas, las contradicciones en los juicios sobre los cinco hechos acaecidos *al interior* de la revolución cubana no vinieron sólo del lado de los semanarios, sino también del de los diarios; y mientras los unos se ampararon en la variedad de periodistas, en la presentación de nuevos puntos de vista y en la búsqueda de un nuevo tipo de periodismo, los otros se escudaron en el macartismo *contra* el proyecto iniciado por los barbudos el 1º de enero de 1959. Los mensajes que ambos *bandos* emitieron fueron, pues, dicotómicos: los diarios quisieron exacerbar el anticomunismo y los semanarios, *crear* un tipo de opinión pública ajena al periodismo tradicional.

3.3.6. Colombia y la revolución cubana: infiltración, multilateralismo y versiones contrapuestas

Las conexidades entre la revolución cubana y Colombia fueron también un asunto muy comentado en los periódicos aquí estudiados. Las afinidades entre algunos movimientos sociopolíticos colombianos y el proceso castrista, y las acciones del gobierno de Alberto Lleras Camargo frente a la Alianza para el Progreso y también frente a *la cuestión Cuba*, constituyeron sin duda los dos aspectos en los que más se relacionaron ambas partes. Empero, otras cuestiones menos conocidas *a nivel historiográfico* también tuvieron que ver con las correspondencias entre el proyecto de los barbudos y este país. Como ejemplo, se podrían referir las manifestaciones de apoyo a la revolución cubana y a Fidel Castro que se dieron en muchas de las protestas sociales sucedidas durante la primera administración del Frente Nacional. También cabría mencionar las creaciones del Instituto Colombo-Cubano con sede en Bogotá para supuestamente afianzar el intercambio cultural entre ambos países y del Comité Colombiano de Solidaridad con Cuba ideado para ilustrar a la gente sobre el proceso que se estaba llevando a cabo en la más grande de las Antillas. Y, del mismo modo, podría también tenerse en cuenta el suceso protagonizado por el entonces canciller colombiano Julio César Turbay Ayala cuando en uno de los viajes de índole diplomática que realizó por los países del Caribe para hablar de Cuba y del sistema interamericano —en agosto de 1961—, vio cómo el avión en el que iba fue secuestrado y conducido a La Habana por un personaje anónimo (que, a propósito, no tenía idea del ilustre personaje que allí iba), lo cual se prestó para una corta entrevista entre Turbay Ayala y Fidel Castro que no dejó mayores novedades, pero que en Colombia causó revuelo. En cierto sentido, la gran

⁶⁸⁵ *A plomo herido...*, p. 113.

mayoría de temas abordados por los medios colombianos sobre las conexidades entre la Cuba de los barbudos y la Colombia de la coalición bipartidista se enmarcaron en las mencionadas cuestiones. Y, como era de esperarse, los lineamientos generales *orbitaron* entre los temores de los diarios de que una revolución como la cubana se llevara a cabo en este país y la inclinación de los semanarios a que las estructuras sociales, políticas y económicas de Colombia sufrieran un cambio *medianamente* similar al de *La perla de las Antillas*. Por ello, no resulta extraño que entre las muchas publicaciones emitidas sobre este tema *salieran a flote* contradicciones del tipo “el pueblo pide que se rompan relaciones diplomáticas con el gobierno cubano” *versus* “el pueblo está a favor de la revolución”, o “que Colombia lidere la expulsión de Cuba de la OEA es para evitar su intervencionismo” *versus* “la expulsión de Cuba de la OEA es una medida intervencionista por parte de Colombia”, o “la revolución cubana jamás llegará a este país” *versus* “poner en práctica algunas de las medidas que se han tomado en la revolución sería de gran ayuda para superar el subdesarrollo”, entre otras⁶⁸⁶. Respecto a las contraposiciones entre estos dos *bandos* recuérdense no más las múltiples veces que en la *Gran Prensa* quisieron echarle la culpa del *Bogotazo* a Fidel Castro, así como las diversas indirectas de los semanarios *emerrelistas* al Frente Nacional por medio de comparaciones con el derrocamiento del dictador Fulgencio Batista. En definitiva, la correlación entre Colombia y la revolución cubana abarcó múltiples niveles, y en ella se volvió a vislumbrar la contraposición de los periódicos que estaban con el *establishment* y los que estaban *contra* éste.

La infiltración castrista en Colombia —real y virtual— en los primeros años de revolución fue sin duda uno de los temas que más conmocionó a los medios de este país. Aquí, en efecto, hubo ciertos hechos relacionados con la revolución cubana y/o con tentativas de una transformación sociopolítica similar a la de la isla que hicieron que algunos temieran una especie de *revolución colombiana*. Pero tales sucesos nunca tuvieron la *fuerza* suficiente como para *poner en jaque* al Frente Nacional o a las estructuras socioeconómicas de la nación. Entre esos hechos pueden destacarse, por ejemplo, el varias veces mentado saludo “con regocijo al gran capitán de la Revolución Cubana [*sic*], Fidel Castro”, realizado durante una convención del MRL; los conocidos lemas de este movimiento “¡Pasajeros de la revolución: pasad a bordo!”, “Los grandes días están por venir”, “Ahora le toca al pueblo” y, en menor medida, “Cuba: hoy por ti, mañana por mí”;

⁶⁸⁶ Véanse, en su orden: “Ruptura con Fidel Castro”, *El Siglo*, Bogotá, 30 de abril de 1961, p. 4; “Con su Hecho Pensado”, *La Calle*, Bogotá, 6 al 13 de mayo de 1960, p. 4; “Amenaza para las Américas”, *El Correo*, Medellín, 8 de diciembre de 1961, p. 4; Alberto Zalamea, “Diario de un periodista”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 40, 31 de enero al 6 de febrero de 1962, p. 20; Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. La Situación en Cuba”, *El Correo*, Medellín, 2 de mayo de 1960, p. 4, y Roberto Uruña Bernal, “Revolución Planificada?”, *La Calle*, Bogotá, 21 de agosto de 1959, p. 13.

las ya referidas creaciones del Instituto Colombo-Cubano y del Comité Colombiano de Solidaridad con Cuba, así como la constitución de Comités de Amigos de la Revolución Cubana; las visitas a la isla de varios militantes de la oposición al pacto bipartidista; los vítores a la revolución y a los barbudos en manifestaciones populares (especialmente en las que se dieron con motivo de la invasión a bahía de Cochinos); la violencia perpetrada por autodefensas campesinas, por bandoleros y por guerrillas comunistas, y, más en general, el descontento social que entre 1959 y 1962 devino en huelgas, en protestas y en desmanes contra las disposiciones de esa primera administración *frentenacionalista*. (Cabe recordar que la época de las guerrillas como el Ejército de Liberación Nacional, ELN; el Ejército Popular de Liberación, EPL, y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, FARC, de tanta influencia comunista y castrista, sobrepasa los límites temporales de este trabajo.) No en vano el catedrático James D. Henderson afirma que “Los temores de Lleras [y de sus secuaces] tenían sólidos fundamentos” frente a la penetración del castrismo en Colombia⁶⁸⁷. Sin embargo, según se mencionó antes, ni el MRL, ni la ANAPO pusieron en verdadero peligro a la coalición bipartidista en las elecciones de 1962, y ni las protestas, ni los alzados en armas, ni los procastristas hicieron *tambalear* al sistema en los años circundantes. Pero, aun así, en las dinámicas *macartistas* de esas épocas de guerra fría, de revolución cubana y de Frente Nacional, las gentes del *establishment* la emprendieron contra todas esas amenazas de cambio que tenían inspiraciones izquierdistas o progresistas, pues sentían que su posición de clase estaba de verdad en peligro, y, por ende, intentaron *neutralizar* cualquier intento reformista. A quienes proponían las transformaciones para Colombia, en cambio, no les quedó de otra que justificar sus puntos de vista y/o defenderse de los ataques de su contraparte, según cada caso. Y ello, como es apenas lógico, se extendió también a los medios de comunicación: mientras los diarios de la *Gran Prensa* no escatimaron palabras al denunciar lo que para ellos era una evidente y peligrosa penetración del castrismo en prácticamente todo lo que estuviera contra al *statu quo*, los semanarios *emerrelistas* adoptaron una línea editorial basada en la clarificación de sus posiciones y en denuncias relativas a que las acusaciones de los *frentenacionalistas* eran exageradas, pues, según ellos, en Colombia más que comunismo había era un descontento general con el sistema. Entonces, los primeros acudieron a un lenguaje cargado de impropiedades, de acusaciones y de informaciones pendencieras —muy propias del macartismo—, y los segundos apelaron a las indirectas, a los sarcasmos y las denuncias —

⁶⁸⁷ *La modernización en Colombia...*, p. 587.

muy acorde con la censura—. Las acusaciones de ambos bandos, a fin de cuentas, sobrepasaron los límites de la imparcialidad, y la discusión estuvo, pues, acalorada.

La *presencia* del castrismo en Colombia fue criticada por *El Correo* y por *El Siglo* en numerosas publicaciones, las cuales pueden englobarse en tres categorías básicas: en las expresiones de apoyo a la Cuba castrista, en las afinidades entre la revolución y el MRL, y en la violencia que azotaba al país. En el primero de estos ámbitos, ambos diarios vieron con particular recelo manifestaciones populares contra el gobierno del Frente Nacional y saluciones a Fidel Castro ocurridas en lugares como en la convención del MRL y en la Asamblea de Antioquia, ante lo cual adujeron que “imitadores de Cuba”, “seguidores de Castro” y “facinerosos del Che [*sic*] en Colombia” estaban infiltrándose con “motivaciones irracionales” en este país con intenciones de crear un clima de caos y zozobra, y de alterar la paz y de perturbar la armonía de los colombianos, típico de la rebelión del país caribeño⁶⁸⁸. Respecto a lo segundo, más que todo en *El Correo*, aunque también en *El Siglo*, expresaron que el gobierno cubano tenía aquí seguidores que le hacían el juego o, mejor dicho, personas que bailaban al son que Fidel y Raúl Castro les tocaran, lo cual se correlacionaba con que los jefes *emerrelistas* le hubieran *jurado lealtad* al líder insurgente, con que hasta Alfonso López Michelsen tuviera como “mentor espiritual” al mayor de los Castro y con que incluso estuvieran planeando implantar en este país *un gobierno tipo Cuba*, lo cual sería “una debacle para Colombia”⁶⁸⁹. Y en cuanto a la tercera categoría, uno y otro periódico (pero más *El Siglo*) indicaron que el gobierno cubano, en una clara intervención en asuntos extranjeros, estaba enviando a Colombia agentes, armas, dinero, propaganda y hasta el libro de Ernesto Che Guevara *La guerra de guerrillas* a fin de llevar a cabo una “revuelta colombiana”, por lo cual el bandolerismo y, en general, la violencia era culpa de Cuba (de tal magnitud eran estas *acusaciones* que incluso un artículo del diario conservador se tituló “Che Guevara en el Tolima”, lo cual, además de no ser cierto, era alarmista, pues

⁶⁸⁸ Véanse en *El Correo* (de Medellín): Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. El triunfo comunista” (3 de agosto de 1960, p. 4); Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Que no haya embajador” (10 de enero de 1961, p. 4); “El fidelismo en la Asamblea de Antioquia” (10 de octubre de 1960, p. 4) y “LA PLENA PRUEBA DE LA SUBVERSIÓN” (14 de marzo de 1962, p. 4). Y en *El Siglo* (de Bogotá): “Las liberaciones” (18 de abril de 1960, p. 4), “Fidel en Colombia” (1° de septiembre de 1960, p. 4), “Algo está pasando en Latinoamérica” (3 de mayo de 1960, p. 4), Arturo Abella, “Aquí Bogotá” (1° de julio de 1961, p. 4); “Una solicitud patriótica” (6 de febrero de 1961, p. 4) y “Unas Relaciones Imposibles” (3 de febrero de 1961, p. 4).

⁶⁸⁹ Véanse: “Fidel en Colombia”, *El Siglo*, Bogotá, 1° de septiembre de 1960, p. 4; Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 4 de agosto de 1960, p. 4; Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. La posición del ‘MRL’”, *El Correo*, Medellín, 14 de junio de 1961, p. 4; Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Comunistas y Alfonsistas”, *El Correo*, Medellín, 18 de enero de 1962, p. 4, y Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Conversión al socialismo”, *El Correo*, Medellín, 26 de octubre de 1961, p. 4.

se refería a su “cartilla”⁶⁹⁰. Cabe decir que entre muchas de las otras cosas que estos periódicos criticaron en relación a la penetración castrista en el país estuvieron la enseñanza de marxismo en centros universitarios, el viaje de numerosos colombianos a la isla invitados por el gobierno de los barbudos, las fotos del líder de la revolución y uno que otro cartel procastrista exhibidos en diferentes ciudades, y la posibilidad de que una tragedia como la del 9 de abril de 1948 sucediera de nuevo gracias a los cubanos; ante lo cual, en contraposición, ponderaron las expresiones de anticastrismo que se dieron en diferentes lugares del país y reprocharon la falta de represión del ejército colombiano frente a los “imbéciles” que querían traer esa dictadura a Colombia “como símbolo de la revolución social”⁶⁹¹. Las caricaturas que en relación a este tema se publicaron en los dos periódicos resultan bastante ilustrativas sobre las percepciones con palabras esbozadas (en especial en el ámbito de las analogías entre el MRL y la isla castrista): véanse las figuras 118 a 122, cinco dibujos en los cuales están representadas la forma como supuestamente Castro penetró algunas manifestaciones sociales en Colombia, las relaciones entre Alfonso López Michelsen y la revolución (fueran éstas enredadas, cordiales o, inclusive, *amorosas*) y la manera como la gente del común podía llegar a ver al MRL mismo.

En *La Nueva Prensa* y en *La Calle*, a su vez, *confrontaron* tales delaciones desde diversos ángulos. Por un lado, sostuvieron que “el destino de Colombia, la soberanía, la paz, la tranquilidad de los ciudadanos” están en manos de un “grupo de histéricos” que enloquecen ante cualquier cosa que los haga sentirse amenazados. De otra parte, *publicitaron* el Comité Colombiano de Solidaridad con Cuba, el Comité Santandereano de Amigos de la Revolución Cubana y, entre otros, el “cuerpo de policía cívica de amigos de la revolución”. Asimismo, convocaron concentraciones “en Favor de Cuba” en donde se clamarían “murgas”, “coros” y “coplas alusivas a la revolución cubana” (y en donde la “policía cívica de amigos de la revolución” controlaría que el acto se efectuara en orden y evitaría la acción de provocadores que quisieran causar incidentes). Entretanto, denunciaron persecuciones de la fuerza pública contra las organizaciones pro revolucionarias, lo cual se dio por medio

⁶⁹⁰ Véanse en *El Siglo*, de Bogotá: “La Gangrena” (18 de febrero de 1961, p. 4), “Realidad y Optimismo” (12 de marzo de 1961, p. 4), “Cocteles’ Cubanos” (1° de julio de 1962, p. 4), Hugo Palacios Mejía, “Che Guevara en el Tolima” (10 de octubre de 1960, p. 4); “Nuevo Turismo Cubano” (25 de octubre de 1959, p. 4), “El Enemigo en Casa” (21 de mayo de 1962, p. 4) y “Apoyo al Bandolerismo” (9 de mayo de 1961, p. 4). Y en *El Correo*, de Medellín: “COLOMBIA, CABEZA DE PUENTE” (17 de octubre de 1960, p. 4) y Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Lo que piensan los cubanos”, 16 de diciembre de 1960, p. 4.

⁶⁹¹ Véanse: Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 8 de marzo de 1961, p. 4; “Amenaza desde Cuba”, *El Siglo*, Bogotá, 18 de octubre de 1962, p. 4; Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. En Honor de Papá Fidel”, *El Correo*, Medellín, 29 de agosto de 1962, p. 4; “Los agitadores en acción”, *El Siglo*, Bogotá, 25 de octubre de 1962, p. 4; “Un Insensato Apoyo Moral”, *El Siglo*, Bogotá, 19 de febrero de 1961, p. 4; “Rechazo al castrismo”, *El Siglo*, Bogotá, 31 de mayo de 1961, p. 4; “Indefensión ante la asonada?”, *El Correo*, Medellín, 21 de abril de 1961, p. 4, y Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. El vende hombres de Cuba”, *El Correo*, Medellín, 27 de diciembre de 1962, p. 4.

de detención de estudiantes, de catedráticos y de políticos; de incautación de vehículos y de propaganda, y de interrupción de actos públicos, entre otras cosas. Por otro lado, arguyeron que la verdadera injerencia en asuntos extranjeros era la de los países que, como Colombia, estaba intentando castigar a Cuba y aislarla del sistema hemisférico. Por si fuera poco, reprodujeron palabras de apoyo a la revolución de *emerrelistas* como Álvaro Uribe Rueda y como Rafael Bonilla Gamboa. Y, para rematar, particularmente en *La Nueva Prensa*, le *echaron la culpa* de esas supuestas infiltraciones al sistema bipartidista mismo: “Este Frente Nacional, que entrega el poder a la mitad de uno de los dos escleróticos partidos, y les ha quitado los medios para defenderse [a los opositores], ¿no ha creado las condiciones ideales para un ‘fidelismo’ colombiano?”. Véanse al respecto las figuras 69 y 116, dos caricaturas de *Landrú* sumamente dicientes de lo que era la paranoia causada por la posible infiltración castrista más allá de las fronteras de la isla. Ahora, acorde con las percepciones de los semanarios, y en un gesto que denotó cierta búsqueda de objetividad frente a las realidades colombiana y cubana, en *La Nueva Prensa* sugirieron que la derrota del MRL en los comicios realizados en marzo de 1962 seguramente se debió a su apoyo a la revolución cubana y manifestaron también que Fidel Castro mintió cuando dijo que en Colombia se estaban preparando mercenarios para invadir nuevamente a la isla⁶⁹².

Como bien puede observarse, ambas partes presentaron sus percepciones sobre el castrismo en Colombia *a la ofensiva*, por decir lo menos. Y esto, sin duda, los llevó a que algunos de sus argumentos tuvieran fundamento, pero a que otros lo carecieran. De lo expuesto en los medios *frentenacionalistas*, por ejemplo, sí fue cierto que en algunas manifestaciones sociales se clamaron arengas procastristas, que había una *línea dura* en el MRL que perseguía la ilusión de que Colombia tomara un camino similar al de Cuba y que algunos actores armados tenían inspiraciones en la lucha castrista. Pero quizás haya sido una exageración afirmar que en todas las protestas contra la primera administración bipartidista había infiltración de los procubanos y que todos los militantes del MRL (incluido López Michelsen) hubieran sido adeptos al castrismo y/o hubieran *jurado lealtad* a

⁶⁹² Véanse los artículos: Alberto Zalamea, “Diario de un periodista”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 18, 15 al 22 de agosto de 1961, p. 14; “Se Desata Persecución Contra Amigos de la Revolución Cubana en el País”, *La Calle*, Bogotá, 2 al 9 de septiembre de 1960, p. 10; “Santandereanos Revolucionarios”, *La Calle*, Bogotá, 2 al 9 de septiembre de 1960, p. 12; “EL SABADO TREINTA se Realiza Concentración en Favor de Cuba”, *La Calle*, Bogotá, 29 de julio al 5 de agosto de 1960, p. 6; Alberto Zalamea, “Diario de un periodista”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 40, 31 de enero al 6 de febrero de 1962, p. 20; “COLOMBIA Y CUBA”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 78, 27 de octubre al 2 de noviembre de 1962, p. 34; “UNA CONSTANCIA EN EL SENADO”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 78, 27 de octubre al 2 de noviembre de 1962, p. 36; “¿QUIEN ABRE CAMINO A UN ‘FIDELISMO’ COLOMBIANO?”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 42, 14 al 20 de marzo de 1962, p. 24; “UNA MAYORIA EN EL DESIERTO”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 47, 21 al 27 de marzo de 1962, p. 22, y “LA MANO NEGRA CONTINENTAL”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 42, 14 al 20 de marzo de 1962, p. 80.

Fidel Castro. Y, más aún, de ahí a afirmar que la violencia y, en especial, el bandolerismo eran culpa directa de la revolución cubana, hay *mucho trecho*, porque es como si hubieran olvidado La Violencia (con mayúscula) y sus rezagos, o como si quisieran creer que el Frente Nacional había de verdad acabado con las pasiones sectarias de los militantes de los dos partidos tantas veces enfrentados. De los medios *antifrentenacionalistas*, por su parte, quizás el punto que más llama la atención sea el de la acusación relativa a que fue el mismo pacto bipartidista el causante del fidelismo en este país. Porque puede que fuera verdad que la exclusión del sistema y la represión de las terceras fuerzas políticas generara un mayor fervor por la revolución como vía para llegar al poder, pero lo cierto es que seguramente también hubiera habido elementos procastristas en la escena sociopolítica colombiana si ésta hubiera tenido plenas garantías democráticas (lo cual pasó en países en donde no había sistemas políticos tan excluyentes y sí cierta *atracción* a la revolución). Ahora bien, de las otras publicaciones de *La Calle* y de *La Nueva Prensa* puede decirse que lucieron acordes a la posición de ambos semanarios en el contexto colombiano, pues su *juego* consistía en no dejarse opacar, reprimir ni silenciar, y así lo hicieron con las invitaciones a las marchas, con la publicitación de los susodichos comités, con las citas de los políticos *emerrelistas*, con las denuncias por la represión del régimen y hasta con las críticas a los oficialistas. Entonces, algunos de los juicios tenían fundamento, pero otros no. Castrismo hubo, pero no tanto. E histerismo y represión también hubo, pero ello no fue necesariamente lo causante de la infiltración procubana en Colombia. Lo cierto es que en todos esos argumentos se pudo ver cuán perceptible era la paranoia inculcada por los diarios y cuál era la perspectiva de los semanarios frente a la penetración del castrismo en este país.

Otro tema que llamó la atención de los medios colombianos fue el que relacionó a los regímenes de Cuba y de Colombia en el campo diplomático. Lo opinado sobre este asunto, sin embargo, no fue tan *homogéneo* como en otras ocasiones, puesto que, por así decirlo, hubo *un antes* y *un después* de la ruptura de relaciones entre ambos gobiernos. Porque si bien las percepciones de los diarios y de los semanarios sobre el proceso cubano estaban claras, las opiniones sobre la actuación del gobierno colombiano fueron relativamente ambiguas. Y es que la cuestión fue que para los diarios, el presidente Lleras Camargo se tardó demasiado en romper relaciones con el gobierno de la isla, mientras que para los semanarios, aunque no lo expresaran abiertamente (porque había otras cosas por juzgar del sistema), bien hizo el mandatario colombiano en mantener *cuanto pudo* esas conexidades con el régimen revolucionario. Recuérdese que Colombia fue el duodécimo país americano en romper con Cuba, *demora* que se dio con la disculpa de que esperaban que los barbudos

retomaran los principios del sistema interamericano, y acción que se tomó tras la declaratoria de Castro de adhesión al marxismo-leninismo, tras unas palabras del mismo reprochándole al régimen de Lleras Camargo la convocatoria a la OEA para tratar el tema de los regímenes comunistas en el continente, y a pocos días del viaje del presidente John Fitzgerald Kennedy a Bogotá para hacer de este país la vitrina de la Alianza para el Progreso. Justamente, desde enero de 1961, luego de que el gobierno de Dwight Eisenhower rompiera relaciones con el régimen castrista, la *Gran Prensa* comenzó a clamar para que Lleras Camargo hiciera lo propio. En *El Correo* esas peticiones fueron moderadas, e incluso después del *incidente aéreo* del canciller hubo unos días en las que respaldaron la posición del gobierno, pero en *El Siglo* las mismas fueron acuciosas para con Lleras Camargo y Turbay Ayala. En efecto, en el diario liberal se preguntaban “[¿] Y para qué [...] representante diplomático ante un país dominado por la barbarie comunista?”, ante lo cual respondían que la ruptura era inevitable, que dado que el pueblo colombiano también lo clamaba había que hacerlo cuanto antes, que Colombia debía hacerlo “por convicción” y que una acción así serviría para aquietar a Castro y para frenar el avance del comunismo en América⁶⁹³. Mientras, en el diario conservador insistieron en que se debía romper porque los colombianos lo pedían y porque si no se hacía, el gobierno castrista tomaría fuerza; sugirieron que ojalá no le costara a Colombia la ingenuidad de no hacerlo, y apuntaron que la posición del presidente y del canciller ante el comunismo en la isla era “confusa y equivocada”, que su “juego” era “doble y maquiavélico”, y que al parecer su política era “la política del avestruz”⁶⁹⁴. De tal magnitud fueron los puntos de vista de *El Siglo* que no en vano las cinco caricaturas más distintivas publicadas sobre este tema fueron emitidas allí: véanse las figuras 123 a 127 (tres de *Esputia*, una del bumangués Henry Laverde y una anónima), dibujos en los que están representados los anhelos de romper relaciones con Cuba y hasta con el MRL; las críticas a Turbay Ayala por no hacer nada contra el gobierno castrista a pesar de su *injerencia* en Colombia y el dilema en el que se debía encontrar Lleras Camargo —cual Hamlet— frente a romper o no romper. Y, es más, tal fue la insistencia del diario conservador que incluso en el diario liberal lo alcanzaron a increpar por no haber sido tan acucioso con la ruptura entre ambos países en los tiempos del dictador Batista,

⁶⁹³ Véanse, en *El Correo* (de Medellín): Alirio Gómez Picón, “Al margen de los hechos. Que no haya embajador” (10 de enero de 1961, p. 4); “LA RUPTURA INEVITABLE” (4 de enero de 1961, p. 4), “UN REGIMEN DESACREDITADO” (11 de agosto de 1961, p. 4), “LA EXPOSICION DEL CANCELLER” (17 de agosto de 1961, p. 4) y “ANTE EL PELIGRO COMUNISTA” (2 de marzo de 1961, p. 4).

⁶⁹⁴ Véanse en *El Siglo* (de Bogotá): “Ruptura con Fidel Castro” (30 de abril de 1961, p. 4), “Las razones del Canciller” (23 de febrero de 1961, p. 4), “Para Cuándo?” (16 de enero de 1961, p. 4), “Optimismo Prematuro” (25 de julio de 1961, p. 4), “Una Carta Secreta” (3 de septiembre de 1961, p. 4) y “Apoyo al Bandolerismo” (9 de mayo de 1961, p. 4).

pero este conato de lides bipartidistas *no pasó a mayores*⁶⁹⁵. En los semanarios, por su parte, allí siempre reclamaron que el régimen *frentenacionalista* fuera independiente de las políticas estadounidenses e invitaron a que aquí se pensara más bien en la autodeterminación de los pueblos y en la nación misma, porque estaban viendo que este país se estaba convirtiendo en el “líder de derecha en el continente”, hasta el punto que plantearon en un titular “Es Colombia un país esquirolo?”⁶⁹⁶. Hasta diciembre de 1961, entonces, las presiones sobre la administración de Lleras Camargo llegaron prácticamente desde todos los lados. De parte de los unos, por ser más conciliador que radical contra el comunismo, y de parte de los otros, por no desligarse del todo de las directrices de la potencia capitalista y hasta por mostrar cierto rechazo para con el país de los barbudos. Ahora, más allá de la coacción y de las críticas de los periódicos, lo que más llama la atención fue la impetuosidad de las publicaciones de *El Siglo* contra el gobierno nacional. Esto, no obstante, tiene su explicación en el hecho de que los *laureanistas* dejaron de formar parte de la coalición de gobierno desde las elecciones parlamentarias de 1960, motivo por el cual la línea editorial de ese diario se tornó más agresiva para con la administración de Lleras Camargo y sus políticas, y eso, sumado al anticomunismo de antaño allí profesado, lógicamente hizo que desde sus páginas se emitiera *cuanto fuera necesario* para que Colombia rompiera sus relaciones con el régimen cubano⁶⁹⁷. Sin embargo, respecto a la ruptura entre ambas naciones y a la presión de los medios *frentenacionalistas*, es también preciso traer a colación la mencionada *Mano Negra*, que, según el citado periodista Marco Tulio Rodríguez, fue la abanderada de ambas *cuestiones* (recuérdense sus palabras: este organismo “financió una gigantesca campaña de prensa pidiendo la ruptura de relaciones de Colombia con la República de Cuba, hasta lograrlo”, a la vez que “impidió, mediante la presión económica y política, que los pocos órganos independientes que existen en nuestro país replicaran o informaran sobre los verdaderos móviles de esta maniobra”)⁶⁹⁸. Así, a fin de cuentas, fue como las presiones y las críticas de los medios *frentenacionalistas* coadyuvaron a que el primer gobierno de la coalición bipartidista finiquitara sus relaciones diplomáticas con el régimen

⁶⁹⁵ Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Una oposición sobre la arena”, *El Correo*, Medellín, 26 de agosto de 1961, p. 4.

⁶⁹⁶ Véanse: “El Verdadero Panamericanismo”, *La Calle*, Bogotá, 17 de abril de 1959, p. 4; “EL SEÑOR TURBAY no puede ser indiferente”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 8, 7 al 13 de junio de 1961, pp. 43-44; José Gutiérrez, “Margen Izquierdo. Aprovechando la Guerra Fría”, *La Calle*, Bogotá, 17 al 24 de junio de 1960, p. 6, y “Lo que ocultó la Gran Prensa. ES COLOMBIA UN PAIS ESQUIROLO?”, *La Calle*, Bogotá, 15 al 22 de julio de 1961, p. 13.

⁶⁹⁷ Sobre la ruptura de los *laureanistas* con el gobierno del Frente Nacional, tras la victoria de los *ospinistas* en las mencionadas elecciones, puede verse: James D. Henderson, *La modernización en Colombia...*, p. 574.

⁶⁹⁸ *La Gran Prensa...*, p. 57.

revolucionario cubano, hecho que se consumó el 9 de diciembre de 1961 y que para los medios *antifrentenacionalistas* no debió causar mayor sorpresa.

Con la ruptura de relaciones diplomáticas entre Colombia y Cuba las apreciaciones de la prensa frente a la política de Alberto Lleras Camargo para con la isla tuvieron una especie de reacomodamiento, el cual, a propósito, se potenció cuando en enero de 1962 —tras la iniciativa del mandatario colombiano y de su nuevo Canciller, José Joaquín Caicedo Castilla— el régimen antillano fue expulsado de la Organización de Estados Americanos. Y como *el que peca y reza, empata*, entonces, ahí sí, el gobierno *frentenacionalista* recibió todo tipo de elogios de los diarios, mientras que por parte de los semanarios se acrecentaron los reproches hacia el mismo. Vale precisar, sin embargo, que a pesar de las loas de *El Siglo* por la decisión del mandatario colombiano, allí de todas formas aprovecharon el hecho para *sacarse la espinita*, primero, por la cantidad de veces que habían persistido en el tema sin encontrar respuesta del gobierno y, segundo, por las reprensiones que habían recibido ante esa insistencia. Pero esto, que inicialmente se tradujo en indirectas dirigidas al propio Lleras Camargo y también a Turbay Ayala, fue *opacado* por la agitación que generaron tanto el viaje de Kennedy a Colombia como la reunión en cual Cuba fue excluida de la OEA, y, por ende, no representó una posición muy radical contra el gobierno nacional. De acuerdo con lo anterior, mientras en *El Correo* expresaron que la ruptura fue positiva para Colombia porque se dio en defensa del honor nacional (después de las ofensas del mayor de los Castro a Lleras Camargo) y porque le caía bien a la visita del gobernante estadounidense, en *El Siglo* dijeron que en la consciencia de los colombianos la decisión fue tardía, que ya la veían incompatible con la reunión de la OEA que se celebraría un mes después y que les parecía vanidoso por parte del mandatario colombiano que tomara la decisión motivado por los agravios del barbudo cubano a su persona, mas no por el peligro comunista en Colombia y en América Latina⁶⁹⁹. Ahora, en relación con la disposición adoptada en el organismo multilateral respecto al gobierno cubano, en ambos medios opinaron con suma complacencia que ese había sido un triunfo de Colombia, del Frente Nacional y de Caicedo Castilla; que de esa forma este país demostró “una especie de liderazgo moral en el hemisferio”, y que la medida, más que intervencionista, sería precisamente para evitar el intervencionismo castrista⁷⁰⁰. Respecto a las *particulares* perspectivas del diario conservador, véanse cuatro caricaturas allí publicadas (dos de *Crayón*, una de *Espitia* y una firmada por

⁶⁹⁹ Véanse: “UNA MEDIDA NECESARIA”, *El Correo*, Medellín, 10 de diciembre de 1961, p. 4; “Bandeja de Plata”, *El Siglo*, Bogotá, 17 de diciembre de 1961, p. 10; “Muy Tarde...”, *El Siglo*, Bogotá, 17 de diciembre de 1961, p. 10, y Arturo Abella, “Aquí Bogotá”, *El Siglo*, Bogotá, 10 de diciembre de 1961, p. 4.

⁷⁰⁰ Véanse: “América se Defiende”, *El Siglo*, Bogotá, 1° de febrero de 1962, p. 4; “LA CONDENACIÓN DEL CASTRISMO”, *El Correo*, Medellín, 31 de enero de 1962, p. 4, y “Amenaza para las Américas”, *El Correo*, Medellín, 8 de diciembre de 1961, p. 4.

Donald, de quien se dice era el mismo Álvaro Gómez Hurtado, hijo de Laureano), en donde están simbolizados los cuatro momentos que se dieron entre la convocatoria al organismo multilateral (fig. 128) y la exclusión del régimen isleño del mismo (fig. 131), pasando por la ruptura entre ambos países (fig. 129) y por la partida de la comisión colombiana hacia dicha reunión sin el ex canciller Turbay Ayala (fig. 130)⁷⁰¹. En *La Nueva Prensa*, a su vez (pues *La Calle* ya había salido de circulación para entonces), las críticas a la administración de Lleras Camargo abundaron, tanto por la decisión de romper con el gobierno castrista como por liderar las medidas que contra éste se tomaron a nivel hemisférico. Allí manifestaron entonces que Colombia pasó de tener “una política exterior responsable” a optar por el brillo, por la arrogancia y no por los acuerdos, con lo cual, en consecuencia, con ese “gran desastre internacional” se convirtió al país en el “campeón de la intervención”. Asimismo, mientras enaltecieron la actitud de Julio César Turbay Ayala como canciller, de Lleras Camargo y de Caicedo Castilla reprocharon, por un lado, que estuvieran contra el intervencionismo cubano y no contra el estadounidense, y, por el otro, que entre ambos no hubieran sido capaces de brindarle a Cuba las condiciones para que volviera al sistema hemisférico, motivo por el cual manifestaron que si el comunismo llegase a triunfar en América, el mérito sería para Lleras Camargo⁷⁰². En suma, entre diciembre de 1961 y enero de 1962, el régimen colombiano tomó drásticas medidas contra el gobierno cubano, para regocijo de unos y desconcierto de otros. Las tesis de cada parte se presentaron sin mayores novedades respecto a otras opiniones sobre *el tema Cuba*, sólo que esta vez estuvieron aplicadas a las relaciones en el campo diplomático de ambas naciones. Lo curioso de ello, empero, fue que aquí no se criticaron propiamente los hechos atañidos a *La perla de las Antillas*, sino los relacionados con el primer gobierno del Frente Nacional, lo cual generó que las opiniones sobre los diversos hechos fueran *flexibles* (de acuerdo a la posición de cada periódico en el escenario sociopolítico colombiano). No en vano hubo reconveniones, aclamaciones, silencios, indirectas y hasta cambios de parecer. Lo cierto es que, en últimas, a pesar de las críticas de *El Siglo* al mandatario de la coalición bipartidista, de los cuestionamientos de los periódicos semanales a la política exterior colombiana y de la actitud relativamente moderada de *El Correo*, desde febrero de 1962 retornó la *congruencia*

⁷⁰¹ La afirmación según la cual *Donald* podía ser el mismo Álvaro Gómez Hurtado fue tomada de: Beatriz González Aranda, “La caricatura en Colombia a partir de la independencia”, capítulo 17: “Caricatura ‘a sangre y fuego’”, en la página de Internet: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/exhibiciones/la-caricatura-en-colombia/texto17.html>, en línea abril de 2013.

⁷⁰² Véanse, en *La Nueva Prensa* (de Bogotá): Alberto Zalamea, “Diario de un periodista” (No. 42, 14 al 20 de febrero de 1962, pp. 20-21); Alberto Zalamea, “Diario de un periodista” (No. 40, 31 de enero al 6 de febrero de 1962, p. 20); “Las mentiras convencionales de la intervención” (No. 40, 31 de enero al 6 de febrero de 1962, pp. 16-18), “CAICEDO Y EL DESTINO” (No. 64, 21 al 27 de julio de 1962, p. 39) y “LOS SABOTEADORES DE LA ALIANZA” (No. 42, 14 al 20 de febrero de 1962, p. 32).

en las percepciones sobre las relaciones entre Colombia y Cuba entre diarios y semanarios. Y, así, volvieron a ser constantes los mensajes anticomunistas de los unos y relativamente procastristas de los otros, siempre con el nacionalismo acervado y con la intención de que sus lectores o bien odiaran a Castro o bien se interesaran por el proceso cubano. La opinión pública creada desde entonces siguió siendo, pues, dicotómica.

De las conexidades entre Colombia y Cuba, un acontecimiento que conmocionó al país y a la prensa fue el relativo al avión secuestrado y conducido a La Habana por Albert Charles Cadon, un ciudadano francés cuya motivación fue únicamente la de sentar una voz de protesta contra las políticas estadounidenses en Argelia; avión en cuyo interior se encontraba —sin sospecharlo el secuestrador— el canciller Julio César Turbay Ayala, y que dio pie a que éste (que precisamente andaba de gira por algunos países caribeños tratando *la cuestión Cuba*) y Fidel Castro tuvieran un breve encuentro⁷⁰³. Dado que el hecho ocurrió en agosto de 1961, cuando estos dos países aún tenían relaciones diplomáticas, o sea, cuando las presiones sobre el gobierno *frentenacionalista* para que actuara contra el régimen de la isla pululaban, el mismo se convirtió en *caldo de cultivo* para nuevas polémicas en los medios. El *quid* estuvo en que el hecho fue confuso, pues desde que se informó sobre el mismo hasta que el canciller regresó a Colombia salieron a relucir versiones de todo tipo sobre si el suceso fue premeditado por los barbudos o no, sobre si Turbay Ayala se debió bajar del avión o no, sobre si éste se debió reunir en esas condiciones con Castro o no, y hasta sobre si debió o no recibir las flores y las botellas de ron que en la isla le obsequiaron en compensación por las molestias y como gesto de cordialidad. En consecuencia, mientras unos vieron el incidente como un suceso cándido y cómico (pues consideraron que ni fue planeado ni *pasó a mayores*), otros lo vieron como una afrenta a la dignidad de Colombia. Y, como era de esperarse, en vista de que *El Siglo* fue quien más *pujó* para que se rompiera con Cuba (por los motivos antes enunciados), allí fue donde más se indignaron con el suceso, mientras que en *El Correo* y, con mayor razón, en *La Nueva Prensa* las cosas se tomaron más *a la ligera*, e incluso llegaron a tratar el tema con jocosidad. De esta manera, en el semanario dirigido por Alberto Zalamea dijeron que el suceso llegó como “una noticia divertida, alegre y que no hacía mal a nadie”, y con la cual “La buena gente recuperaba su sana alegría, que aleteó por toda la ciudad [de Bogotá] como una mariposa primaveral”. Asimismo, allí se refirieron al incidente como “las divertidas aventuras por América Central” de Turbay Ayala, expresaron de este personaje que “tiene ‘arte’” y que es “de veras un estadista”, y

⁷⁰³ Algunos detalles del incidente pueden verse en: Jeffrey David Simon, *The Terrorist Trap: America's Experience with Terrorism*, Bloomington, Indiana University Press, 2ª edic., 2001, pp. 81-82. Cabe decir que algunas versiones indican que Cadon era argelino, otras que francocanadiense y otras que francés *a secas*.

alegaron que la falta de decoro nacional no había sido el secuestro del avión y la entrevista entre el canciller y el barbudo, sino la de “poner la política nacional a merced de las rencillas partidistas”, tal como lo estaban haciendo en algunos diarios. Por otro lado, pareció como si allí hubieran sentido lástima por Castro por el hecho de que tuvo que *devolver* el avión que aterrizó en su territorio, lo cual se hubiera evitado si el canciller colombiano no hubiera estado en él, por un lado, y podría haberlo hecho a manera de compensación por los catorce aviones cubanos que Estados Unidos había secuestrado, por el otro, hecho *que nadie había hecho notar*, señalaron allí como con cierto malestar⁷⁰⁴. Y, por si fuera poco, en el periódico semanal publicaron también dos caricaturas de *Landrú* en donde fueron simbolizados el tono burlesco y las indirectas a los *laureanistas* con los que allí trataron el tema en cuestión (véanse las figuras 132 y 133). En *El Correo*, con un poco menos de jocosidad, pero no con indignación, en un principio manifestaron que se debía romper cuanto antes con Cuba, porque entonces creían que sí era un secuestro premeditado; pero luego, cuando se supo la verdad, le restaron importancia al suceso y, *como por arte de magia* (aunque sin dejar de increpar el comunismo en la isla) estuvieron de acuerdo con la no ruptura de relaciones con Cuba y loaron las acciones del canciller (por evitar que se siguiera dañando “la familia americana”), al tiempo que se fueron *pluma en ristre* contra el diario conservador por criticar a este personaje⁷⁰⁵. Y en *El Siglo*, por último, dijeron que ese había sido “un caso singular, con visos tragicómicos, a costa del prestigio de Colombia”, en donde el protagonista era un personaje con un carácter “folletinesco”; asimismo, pusieron a la política exterior colombiana entre comillas —o sea, despectivamente—, declararon de manera mordaz que el canciller nunca debió bajarse del avión ni mucho menos verse con Castro o aceptar sus regalos (porque no se explicaban de qué tenían que hablar ambos personajes) y, *para rematar*, pidieron la renuncia de Turbay Ayala (y si bien desde antes del incidente allí acusaban a éste de izquierdista y de comunista, después del mismo estas imputaciones aumentaron de manera notoria)⁷⁰⁶. Así, tal como ocurrió en temas anteriores, el radicalismo del diario conservador fue expresado también en

⁷⁰⁴ Véanse en *La Nueva Prensa* (de Bogotá): Alberto Zalamea, “Diario de un periodista” (No. 18, 15 al 22 de agosto de 1961, p. 14); “EL CANCELLER EN EL PAIS DE LOS BARBUDOS” (No. 18, 15 al 22 de agosto de 1961, pp. 21-26), “EL CANCELLER TURBAY Y LA DIGNIDAD NACIONAL” (No. 19, 23 al 29 de agosto de 1961, p. 9) y Alberto Zalamea, “Diario de un periodista” (No. 19, 23 al 29 de agosto de 1961, p. 18).

⁷⁰⁵ Véanse en *El Correo* (de Medellín): “Y AHORA, ‘PIRATAS AEREOS’” (10 de agosto de 1961, p. 4), “UN REGIMEN DESACREDITADO” (11 de agosto de 1961, p. 4), “LA EXPOSICIÓN DEL CANCELLER” (17 de agosto de 1961, p. 4) y Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Deslucido e Impolítico” (13 de agosto de 1961, p. 4).

⁷⁰⁶ Véanse en *El Siglo* (de Bogotá): “La Entrevista Fidel-Turbay” (12 de agosto de 1961, p. 4), “El Regreso del Canciller” (13 de agosto de 1961, p. 4), “El Gran Premio de la ONU” (17 de septiembre de 1961, p. 4), Arturo Abella, “Aquí Bogotá” (5 de octubre de 1961, p. 4); y Arturo Abella, “Aquí Bogotá” (15 de agosto de 1961, p. 4).

varios dibujos: véanse las figuras 134 a 139, tres anónimas y tres de *Espitia*, y dos de las cuales fueron reproducciones de caricaturas emitidas en los diarios *El Espectador* y *El Colombiano*. Allí, sin muchos elementos de carácter simbólico, pero con una alta dosis de sátira, representaron, primero, el embrollo en el que supuestamente se metió la política exterior colombiana con el suceso; luego, la incertidumbre por el regreso del *agitado* viaje del canciller, y, por último, la forma como supuestamente Castro y Turbay Ayala tenían una afectuosa amistad (que incluso se manifestó en lágrimas, en abrazos, en fiestas y hasta en una foto del barbudo en la oficina del Canciller). De esta forma, el incidente que no duró más de ocho horas, pero que comprometió al representante a nivel internacional del Estado colombiano con el muy polémico gobernante cubano, suscitó diversos tipos de reacciones entre los medios colombianos, todas ellas *apenas entendibles*. Porque, en efecto, del histórico macartismo de *El Siglo* no se podía esperar menos que *consternación* ante el hecho de que un miembro del gobierno nacional tuviera relación alguna con “el tirano comunista” de la isla caribeña, con el cual *había* que romper todo tipo de contacto diplomático. Igualmente, la forma jovial con que en *La Nueva Prensa* tomaron el supuesto secuestro tiene su clara explicación en el hecho de que allí estaban de acuerdo con mantener relaciones con Cuba y, más aún, llegado el caso, de entablar una buena amistad con el régimen de aquel país, y entonces no sería lógico que desde este semanario atacaran un hecho que —en su lógica— podía llegar a ser beneficioso para los intereses sociopolíticos de la nación. Y, del mismo modo, la moderación exhibida en *El Correo* seguramente tiene que ver con el hecho de que, contrario al *laureanismo*, allí no habían *salido* de la coalición de gobierno y, por ende, no tenían interés en criticar arduamente a Lleras Camargo ni en perjudicar el clima de cordialidad *frentenacionalista* que con tanto esmero había construido en los últimos años la oficialidad de los dos partidos políticos tradicionales, aunque no por ello dejarían de increpar cuanto pudieran todo lo atañido con el castrismo o con el comunismo en Cuba. Es preciso recalcar, no obstante, que a pesar de que entre estos medios hubo ciertas divergencias en torno al papel del régimen colombiano para con Cuba y en torno a inesperado viaje del canciller la mayor de las Antillas, los juicios sobre el proceso que estaban adelantando los revolucionarios se mantuvieron inmutables. Y así, aun cuando se cuestionaron si se debía romper con la isla o no, y si se actuó *en derecho* en la mencionada reunión de la OEA, la revolución cubana siguió siendo mordazmente vituperada en la *Gran Prensa* y relativamente alabada en los semanarios *emerrelistas*.

Mención aparte merece el tema de las lides que entre los diferentes periódicos generó la revolución cubana. De esto, sin embargo, vale decir que tales pendencias no fueron tantas ni tan efervescentes como las que se dieron entre la prensa bipartidista en las épocas de La Violencia (véase, como ejemplo, el capítulo 1). De hecho, teniendo en cuenta que las rivalidades no fueron entre liberales y conservadores, sino entre *frentenacionalistas* y *antifrentenacionalistas*, las relativamente pocas alusiones que unos periódicos hicieron de los otros vinieron casi siempre acompañadas de calificativos denigrativos sobre la *generalidad* de la contraparte. Es decir, los altercados entre los medios se dieron en su mayoría en medio de críticas a la coalición bipartidista y su condición excluyente (por parte de los unos), y de reproches a los partidos y miembros de la oposición por su carácter *progresista* y por su interés de desestabilizar el sistema (por parte de los otros)⁷⁰⁷. De este modo, en *La Nueva Prensa* y en *La Calle* fue mucho lo que arguyeron que en la *Gran Prensa* (en complot con la *Mano Negra*) erigieron una “cortina de papel” a través de la cual tergiversaron las noticias provenientes de Cuba y, en consecuencia, o bien publicaron informaciones falsas y desfiguradas sobre lo que allí ocurría o bien emitieron juicios de valor superficiales y poco críticos. En este mismo sentido, ambos medios vieron con *no muy buenos ojos* que en los diarios reprodujeran artículos de cubanos exiliados y que allí criticaran los *excesos* que en la isla se cometían, mas no los ocurridos en países con dictaduras de derecha; y, de igual modo, particularmente en *La Nueva Prensa*, se burlaron en repetidas ocasiones de los medios oficialistas por haber celebrado el derrocamiento de los barbudos durante los primeros días de la invasión a bahía de Cochinos, cuando aún no se sabía con exactitud cómo iba la contienda⁷⁰⁸. En *El Correo* y en *El Siglo*, por otro lado, las pocas veces que se refirieron a *La Calle* fue para decir que en el semanario, así como el MRL y Alfonso López Michelsen, tenían inspiraciones comunistas, y que no se explicaban cómo allí podían llegar a apoyar a Fidel Castro. A *La Nueva Prensa*, entretanto, prácticamente ni la mencionaron, aunque sí refutaron de forma indirecta las palabras allí planteadas sobre los supuestos

⁷⁰⁷ Cabe mencionar que en *El Siglo*, principalmente por el hecho de haber *salido* de la coalición de gobierno, sí se generaron algunas reyertas con medios como *El Tiempo* y, en menor medida, como *El Correo*, pero estas fueron escasas y *se resolvieron* sin mucha animosidad.

⁷⁰⁸ Véanse: “Alberto Lleras (y Fidel) hacen entrar en razón a ‘El Tiempo’”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 3, 3 al 9 de mayo de 1961, pp. 50-51; “LA MANO NEGRA SIN GUANTES”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 15, 26 de julio al 1 de agosto de 1961, p. 23; “CUBA 1962”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 75, 6 al 12 de octubre de 1962, p. 15 y pp. 58-59; “LA CONTRARREVOLUCIÓN HACE DE CUBA UNA REPUBLICA [sic] COMUNISTA”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, Nos. 37-39, 24 al 30 de enero de 1962, pp. 98-101; Felipe Salazar Santos, “Carta de La Calle”, *La Calle*, Bogotá, 26 de abril al 3 de mayo de 1960, p. 5; Ramiro Andrade Terán, “Cuba 1960. La Revolución. Un propósito Nacional”, *La Calle*, Bogotá, 6 al 13 de mayo de 1960, p. 7 y p. 12; Felipe Salazar Santos, “LA OPERACIÓN CUBA”, *La Calle*, Bogotá, 15 al 22 de julio de 1960, p. 5; José Font Castro, “Colombia ante la revolución cubana”, *La Calle*, Bogotá, 6 de febrero de 1959, p. 12; “El ‘Che’ Frondizzi a la Colombiana”, *La Calle*, Bogotá, 3 al 10 de junio de 1960, p. 2, y “LA GRAN PRENSA EN EL LIMBO. De rodillas para creer”, *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 2, 26 de abril al 2 de mayo de 1961, pp. 50-51.

fusilamientos en Colombia y sobre la percepción según la cual la paz mundial quedó asegurada después de la crisis de los misiles⁷⁰⁹. Todo esto es, pues, claro ejemplo de cuáles eran las dinámicas de la prensa colombiana durante los años 1959-1962, en especial en relación al acontecer de *La perla de las Antillas*. Por un lado, estaban los semanarios de la oposición denunciando el supuesto sabotaje y la malinterpretación de los hechos por parte de la estructura *frentenacionalista* (cuya *cabeza visible* era la *Gran Prensa*, con la *Mano Negra* como gestora *en la sombra*). Y, por el otro, estaban los diarios afines al sistema bipartidista (aunque como en el caso de *El Siglo* hubieran sido excluidos de la coalición de gobierno) evidenciando su naturaleza anticomunista pero sin el interés de avivar pugnacidades que trajeran nuevamente una situación de caos y de violencia a Colombia. Bien dice la profesora Maryluz Vallejo Mejía que *La Calle* no dejó “de advertir sobre los peligros del Frente Nacional”; que *La Nueva Prensa* surgió para hacerle oposición al pacto bipartidista y para narrar algunos episodios que “no aparecían registrados en la Gran Prensa [*sic*]”; que desde estos años, para los medios gobiernistas, “el enemigo haría parte de la escena internacional: el comunismo”, y que incluso un diario antiguamente “incendiario” como *El Siglo* paradójicamente “se convirtió en un instrumento de moderación al servicio del Frente Nacional”⁷¹⁰. En resumen, a pesar de las muy diversas opiniones de los medios colombianos acerca de la revolución cubana, de los barbudos, del papel de Estados Unidos en este proceso y, en fin, de la multiplicidad de acontecimientos que allí sucedieron, ello no se materializó en una confrontación abierta entre los periódicos divergentes. Quizás la *moderación periodística* propuesta por la coalición entre liberales y conservadores, quizás las censuras a la incipiente prensa opositora o quizás una percepción de que las lides no acarrearían soluciones notorias a los diferentes conflictos sociopolíticos e ideológicos nacionales e internacionales, o quizás lo uno y lo otro, hicieron que diarios y semanarios no se fueran *pluma en ristre* contra los del otro bando en una confrontación que rebasara los argumentos (tal como ocurrió con el bipartidismo de los años precedentes a la instauración del pacto bipartidista). Lo cierto es que, a fin de cuentas, cada parte expresó con creces sus propios puntos de vista, mientras que, después de todo, el comunismo se consolidó en Cuba y el Frente Nacional, en Colombia.

⁷⁰⁹ Véanse: Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. Una política para definir”, *El Correo*, Medellín, 15 de febrero de 1961, p. 4; Alirio Gómez Picón, “Al Margen de los Hechos. La Posición del ‘MRL’”, *El Correo*, Medellín, 14 de junio de 1961, p. 4; Hugo Palacios Mejía, “Las Amistades del Dr. Castro”, *El Siglo*, Bogotá, 3 de octubre de 1960, p. 4; “Periodistas Mentirosos”, *El Siglo*, Bogotá, 4 de marzo de 1962, p. 9, y “Cuentas Alegres de la Prensa”, *El Siglo*, Bogotá, 23 de noviembre de 1962, p. 4.

⁷¹⁰ *A plomo herido...*, p. 67, pp. 79-80, p. 217 y p. 328.

“Cuba es un mal ejemplo”, comentaron en *El Correo*; “A Cuba lo que le quieren castigar es el ejemplo”, dijeron en *La Calle*⁷¹¹. Esta contraposición es quizás el resumen más patente de los dos puntos de vista de la prensa colombiana respecto a la revolución cubana. Y entonces, para aquellos que se preguntan qué se opinó de los temas que aquí no se mencionaron (entre los que pueden estar el de los exiliados, el de las medidas económicas castristas, el del *canje* de los prisioneros de Playa Girón y, entre otros, el de la posición de Cuba frente a América Latina) no debe ser muy difícil suponer que los diarios respaldaron todo aquello que tuviera posiciones contra la revolución castrista y que los semanarios trataron de defender cuanto pudieron las medidas tomadas en la isla. En efecto, según pudo observarse a lo largo de las páginas precedentes, *El Siglo* y *El Correo* repudiaron todo lo que *oliera* a comunismo. No en vano los calificativos con los cuales se habló de la revolución y de los barbudos fueron supremamente denigrativos, y en las caricaturas siempre se mostró a un Fidel Castro estridente, atontado, estafalario, cruel, incendiario, desquiciado y/o malvado. No está demás afirmar que la *Gran Prensa* convirtió a Cuba en su *grupo maldito*, noción que según la autora estadounidense Roberta Strauss Feuerlicht alude a la necesidad que tienen “todas las naciones y todos los pueblos” de “achacarle las desgracias y los males que les atormentan” a un enemigo común (lo cual sirve para explicar lo inexplicable, para aliviar las culpas de las comunidades, para proteger a los líderes de esas sociedades, para liberar a los individuos de afrontar ciertos problemas y, por último, para que la mayoría dé salida a sus miedos y a sus odios)⁷¹². Así se puede comprender por qué entonces allí acusaron al gobierno revolucionario y a sus máximos líderes de tener cualidades dictatoriales y de miles de cosas más que también *compartían* las dictaduras de derecha que a la sazón gobernaban en otros países iberoamericanos (como las de Francisco Franco en España, Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, Luis Anastasio Somoza en Nicaragua y Alfredo Stroessner en Paraguay, entre otras), y de las cuales poco o nada se reprochó. Y es que de tal magnitud fueron el odio al castrismo y el temor al comunismo que incluso hubo una impresionante unanimidad entre dos diarios de diferentes partidos (algo impensado unos años atrás, sobre todo cuando uno de los implicados era el diario *laureanista*, reconocido históricamente por su radicalismo, por su anticomunismo y por su hostilidad), lo cual puede verse en el hecho de que en ambos se refirieron a la revolución casi por igual en cuanto a la cantidad de publicaciones y de

⁷¹¹ “AMERICA HACIA LA DEMOCRACIA”, *El Correo*, Medellín, 24 de abril de 1960, p. 4; “UNA ENSEÑANZA PARA AMÉRICA”, *El Correo*, Medellín, 29 de diciembre de 1962, p. 4, y Ramiro Andrade Terán, “Cuba 1960. La Revolución. Un propósito Nacional”, *La Calle*, Bogotá, 6 al 13 de mayo de 1960, p. 7 y p. 12

⁷¹² *Joe McCarthy y el mcarthysmo. El odio que trastornó a Norteamérica*, Barcelona, Ediciones Grijalbo S. A., Colección Nuevo Norte, 1976, pp. 39-40.

calificativos denigrativos, y en cuanto al fervor de los mismos. Además, por si fuera poco, las únicas discrepancias y divergencias que hubo en torno a la tema de la revolución se dieron en el ámbito de las relaciones de la misma con Colombia, fuera porque *El Correo* se refirió más al MRL (seguramente por ambos tener raíces liberales), fuera porque *El Siglo* aludió más a la violencia (quizás como *cortina de humo* frente al hecho de que durante años fue uno de los principales instigadores de las lides bipartidistas que tantos muertos le trajeron al país) o fuera porque el diario conservador criticó arduamente al régimen *frentenacionalista* por tardar en romper relaciones con Cuba. Pero lo cierto es que estas discordancias no pasaron a mayores y se resolvieron *fácilmente* cuando la administración Lleras Camargo lideró la expulsión del régimen antillano de la OEA, y, si se quiere, cuando transcurrieron los años y se *fortaleció* el Frente Nacional. Por el lado de los semanarios, es oportuno esclarecer que si bien allí no increparon a la revolución —pero sí al macartismo de los *reaccionarios*— y que más bien loaron en muchos aspectos al proceso que se dio en la isla antillana, esto no significó necesariamente que en ambos medios quisieran para Colombia una revolución igual a la cubana. Quizás algunos miembros de la *línea dura* del MRL sí hubieran optado por el camino del socialismo, pero los de la *línea blanda*, así como el grupo de *La Nueva Prensa*, más que una *sovietización*, buscaban un camino nacionalista y anticolonialista basado en la soberanía del país y en la autodeterminación de los pueblos. No en vano hubo ciertas manifestaciones de aflicción cuando los barbudos se mostraron más y más radicales, pero también ciertas críticas a las políticas estadounidenses para con Cuba y reproches a todos aquellos que tuvieran intenciones de coartar el experimento emprendido por Castro y sus hombres. Ahora bien, es preciso decir que sobre la percepción de *La Calle* y de *La Nueva Prensa* respecto a *La perla de las Antillas* recae un factor con el cual es muy difícil afirmar cuán concreta era dicha percepción: la censura. Porque por más que aquí se diga que los dos periódicos semanales eran procastristas y, en cierto sentido, anticomunistas, el hecho de que el *frentenacionalismo* y su *Mano Negra* alcanzaran a presionar a la prensa de oposición siempre hará dudar de la veracidad de los juicios allí emitidos. La cuestión es, entonces, que si se tiene en cuenta que hubo una censura y que a pesar de ello se manifestó una posición *antifrentenacionalista* y procastrista, es de suponer que las líneas editoriales de ambos medios eran más radicales en ambos sentidos. Si no hubiera habido coartación a la libertad de prensa, seguramente los puntos de vista hubieran sido más intransigentes y la confrontación entre la prensa, más acalorada. Pero en fin, al margen de esa historia *contrafactual*, no puede desconocerse que la información que en uno y otro semanario publicaron fue totalmente *innovadora* y, más allá de si se está de acuerdo con el

establishment o con la revolución cubana, tal información representó un sano equilibrio de opiniones en una sociedad sumamente polarizada y convulsionada como la colombiana durante del incipiente Frente Nacional. Y quizás no sea un error afirmar, a fin de cuentas, que los mensajes emitidos por esta prensa y que las pasiones a las que allí recurrieron, hicieron que la opinión pública tuviera más elementos de juicio para juzgar un evento tan polémico como el que constituyó la revolución cubana.

Bueno, y qué mejor forma de culminar el presente capítulo que con una caricatura de la maravillosa *Mafalda* en la cual está sintetizada con una notable autenticidad —como siempre cuando se trata de *Quino*— la *naturaleza* de las relaciones entre el líder revolucionario Fidel Castro y gran parte de la opinión pública latinoamericana: véase la figura 140. El dibujo y su contenido hablan por sí solos.



Figura 37. Título: “¡Viva Cuba Libre!”. Autor: anónimo.
Fuente: *Diario de la Marina*, La Habana, 7 de enero de 1959, p. 10A.



Figura 38. Título: “ESTIRPE DE HEROES.....”. Autor: anónimo.
Fuente: *Diario de la Marina*, La Habana, 7 de enero de 1959, p. 15A.



Figura 39. Título: “A LA RETAGUARDIA DE LA REVOLUCIÓN”. Autor: Anónimo.
Fuente: *Diario de la Marina*, La Habana, 7 de enero de 1959, p. 17A.



Figura 40. Sin título. Autor: sin identificar.
Fuente: *Hoy*, La Habana, 14 de enero de 1959, p. 14.



Figura 41. Sin título. Autor: sin identificar.

Leyenda: “¡CONTRA LA INGERENCIA IMPERIALISTA! ¡POR LA JUSTICIA REVOLUCIONARIA! ¡UNIDAD! ¡TODOS AL PALACIO!”.

Fuente: *Hoy*, La Habana, 21 de enero de 1959, p. 1.



Figura 42. Sin título. Autor: sin identificar.

Leyenda: “¿VOY BIEN?”.

Fuente: *Hoy*, La Habana, 23 de enero de 1959, p. 1.



Figura 43. Sin título. Autor: anónimo.
Fuente: *Prensa Libre*, La Habana, 1º de enero de 1959, p. 1.



Figura 44. Título: “VIENDO LA TV”. Autor: José Manuel Roseñada.
Leyenda: “—¿Y usted qué tiempo hace que se unió a los rebeldes?
—24 horas”.
Fuente: *Diario de la Marina*, La Habana, 8 de enero de 1959, p. 4A.



Figura 45. Sin título. Autor: Adigio Benítez Jimeno.
Leyenda: "LEY DE REFORMA AGRARIA".
Fuente: *Hoy*, La Habana, 17 de mayo de 1959, p. 1.



Figura 46. Título: "SIN PALABRAS". Autor: Santiago Armada Suárez, *Chago*.
Leyenda: "SIN PALABRAS".
Fuente: *Revolución*, La Habana, 15 de agosto de 1960, p. 6.



Figura 47. Título: “¡LLEGARON Y QUEDARON!”. Autor: Adigio Benítez Jimeno.
Fuente: *Hoy*, La Habana, 21 de abril de 1961, p. 4.



Figura 48. Título: “LA RABIA DE LA DERROTA”. Autor: Adigio Benítez Jimeno.
Leyenda: “CUIDADO QUE ESTA QUE MUERDE”.
Fuente: *Hoy*, La Habana, 22 abril de 1961, p. 12.



Figura 49. Título: "SIN COMENTARIOS". Autor: Gustavo Prado Álvarez, *Pitín*.
Fuente: *Hoy*, La Habana, 26 de abril de 1961, p. 8.

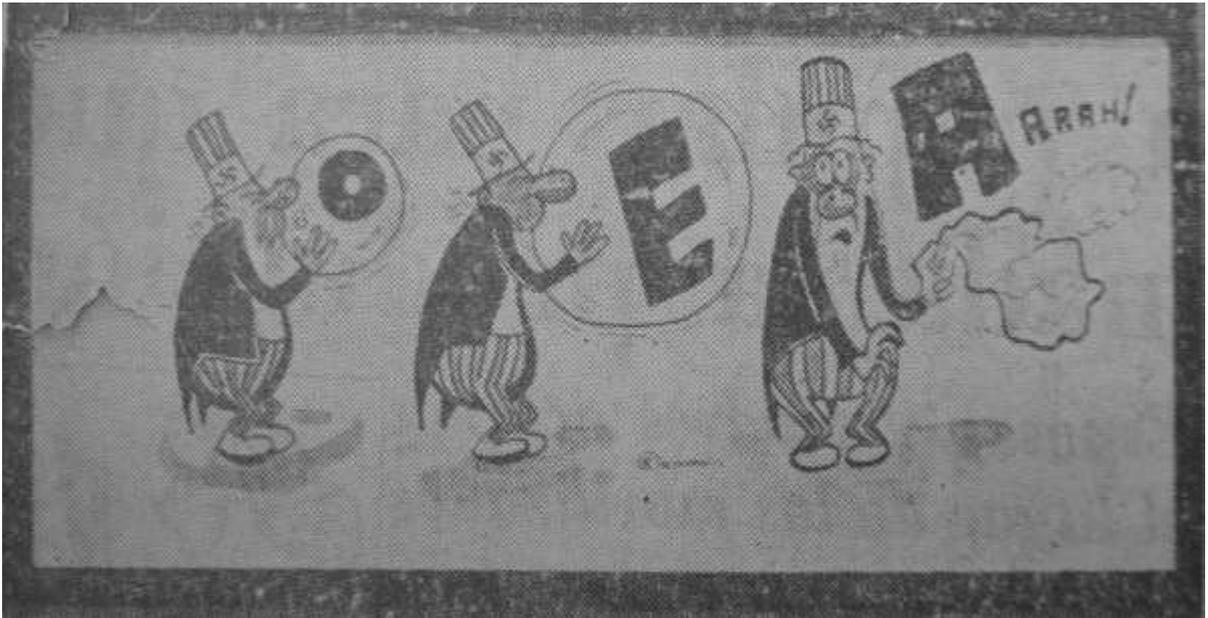


Figura 50. Sin título. Autor: anónimo.
Fuente: *Hoy*, La Habana, 26 de octubre de 1962, p. 4.



Figura 51. Sin título. Autor: René de la Nuez.
Leyenda: “¡Más alertas y vigilantes que nunca!”.
Fuente: *Revolución*, La Habana, 31 de octubre de 1962, p. 2.



Figura 52. Título: “Kennedy: el nuevo Flautista de Hammelin”. Autor: René de la Nuez.
Fuente: *Revolución*, 4 de enero de 1963, p. 3.

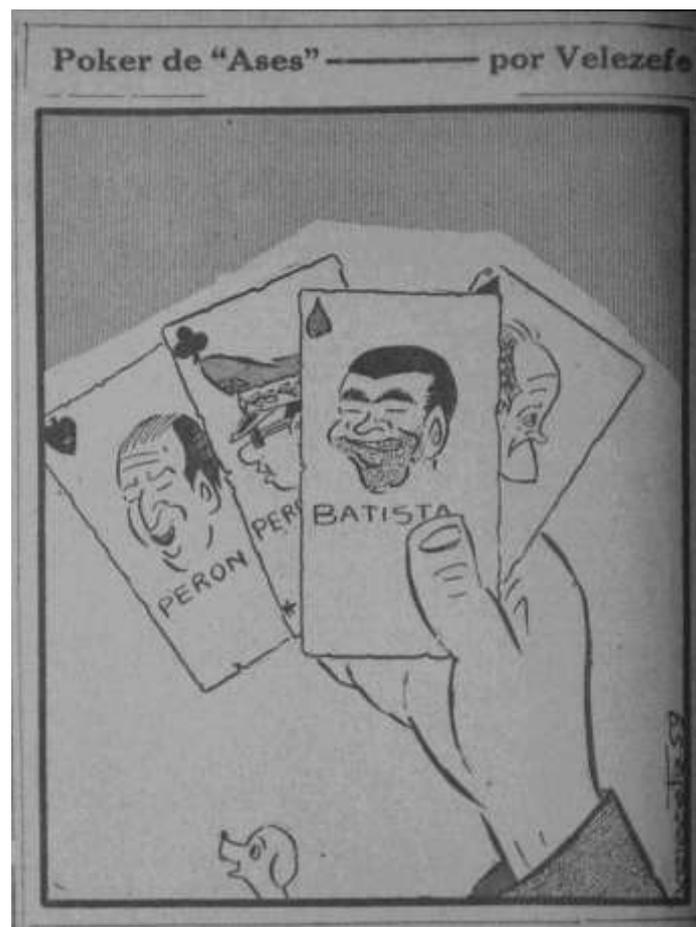


Figura 53. Título: “Poker de ‘Ases’”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 6 de enero de 1959, p. 4.



Figura 54. Título: "MESA REDONDA". Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: "Ahí van llegando...".
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 8 de enero de 1959, p. 4.



Figura 55. Título: "Brindando con 'Cuba Libre'". Autor: Hernán Merino.
 Fuente: *La Calle*, Bogotá, 9 de enero de 1959, p. 6.

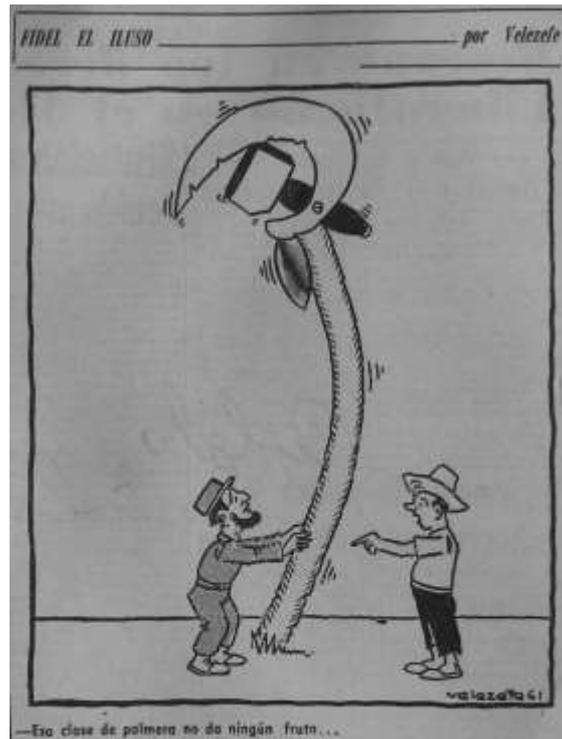


Figura 56. Título: “FIDEL EL ILUSO”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “—Esa clase de palmera no da ningún fruto...”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 12 de enero de 1961, p. 4.



Figura 57. Título: “Una Extraña Actitud”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “—Que viva el comunismo!!!!”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 8 de agosto de 1961, p. 4.



Figura 58. Título: “El Trineo de Nikita”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 12 de agosto de 1961, p. 4.



Figura 59. Título: “Eso Mismo”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
Leyenda: “De modo que lo que usted pretende es tomar la sartén por el mango?”.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 21 de marzo de 1962, p. 4.



Figura 60. Título: “Suave que lo están matando”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer,
Velezfe.
 Leyenda: “—‘Eres como una ‘espinita’ que se me ha clavado en el corazón...’”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 11 de julio de 1962, p. 4.



Figura 61. Título: “EL SEMBRADOR”. Autor: *Espitia*.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 26 de abril de 1961, p. 4.



Figura 62. Título: “EL MATADOR”. Autor: *Crayón*.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 28 de enero de 1962, p. 4.

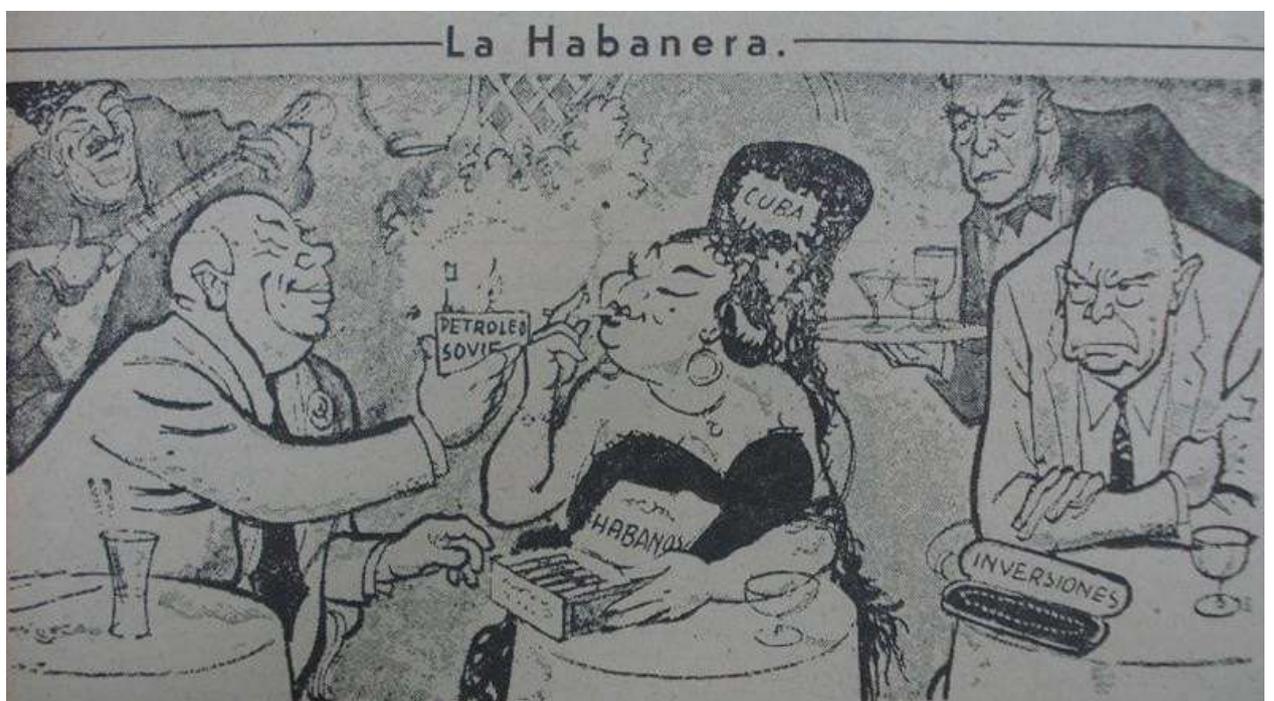


Figura 63. Título: “La Habanera”. Autor: anónimo.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 17 de julio de 1960, p. 4.



Figura 64. Sin título. Autor: anónimo.
Leyenda: “—Bruto si lo que te duele es el imperialismo...”.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 24 de junio de 1962, p. 11.

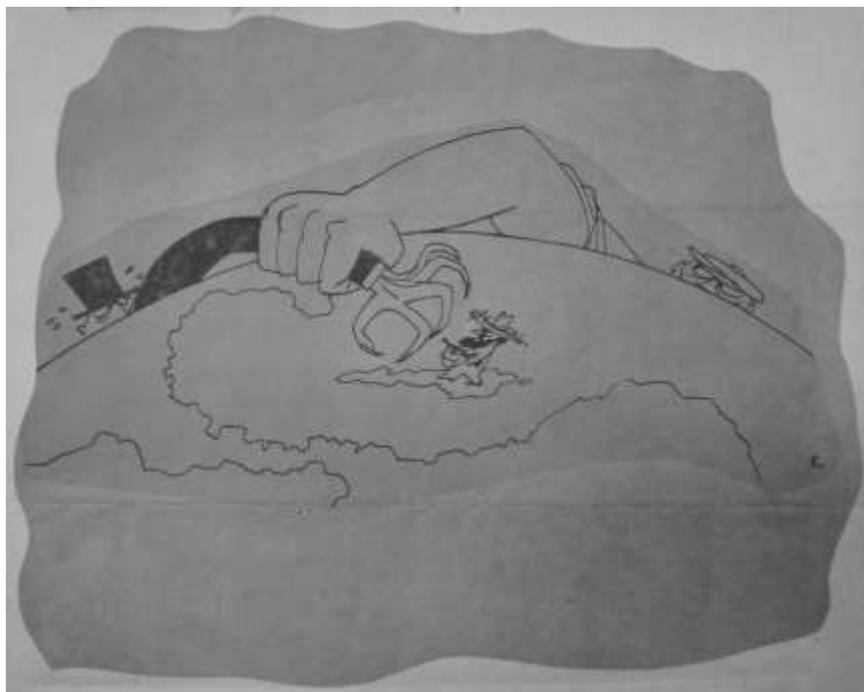


Figura 65. Sin título. Autor: K.
Fuente: *La Nueva Calle*, Bogotá, 5 de noviembre de 1961, p. 9.



Figura 66. Título: “AUTODETERMINACIÓN”. Autor: Silvio Fontanillas.
 Leyenda: “NIKITA: Por qué no nos deja a nosotros los cubanos, resolver nuestras propias diferencias?”.

Fuente: *El Correo*, Bogotá, 6 de junio de 1961, p. 14.



Figura 67. Título: “ACTUALIDAD ‘FIDELISTA’”. Autor: Silvio Fontanillas.
 Leyenda: “Nikita: A sus casas Yanquis!”.

Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 10 de enero de 1961, p. 4.



Figura 68. Título: “ACTUALIDAD FIDELISTA”. Autor: Silvio Fontanillas.
 Leyenda: “El Lavado del Cerebro”.
 Fuentes: *El Siglo*, Bogotá, 3 de enero de 1961, p. 4, o *El Correo*, Medellín, 5 de enero de 1961, p. 9.

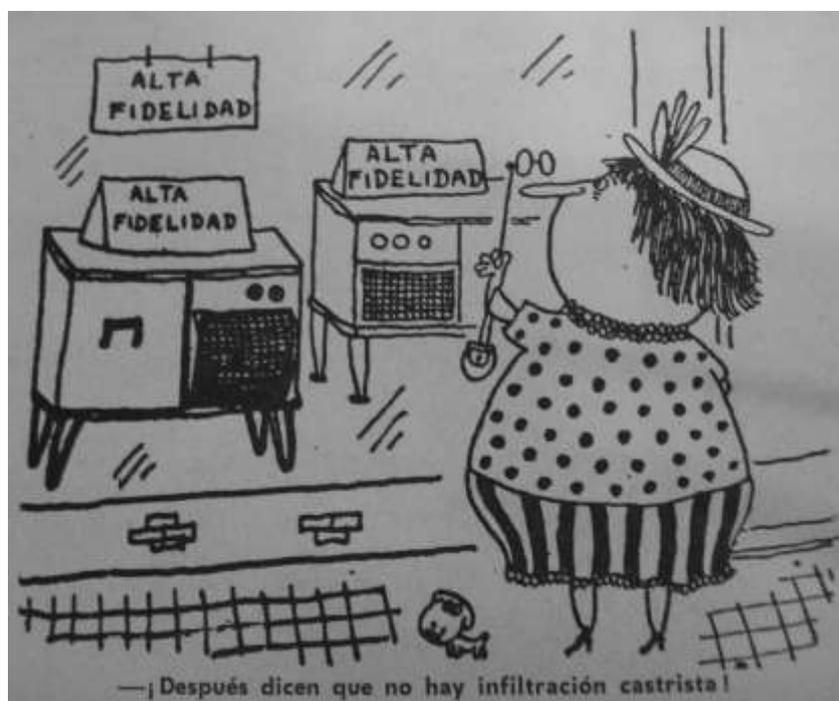


Figura 69. Sin título. Autor: Juan Carlos Colombré, *Landrú*.
 Leyenda: “—¡Después dicen que no hay infiltración castrista!”.
 Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 30, 8 al 14 de noviembre de 1961, p. 80.



Figura 70. Título: “En Cuba”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
Leyenda: “No se sabe si está prendiéndola o apagándola...”.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 20 de noviembre de 1959, p. 4.



Figura 71. Título: “Contrasentido”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 3 de abril de 1961, p. 4.

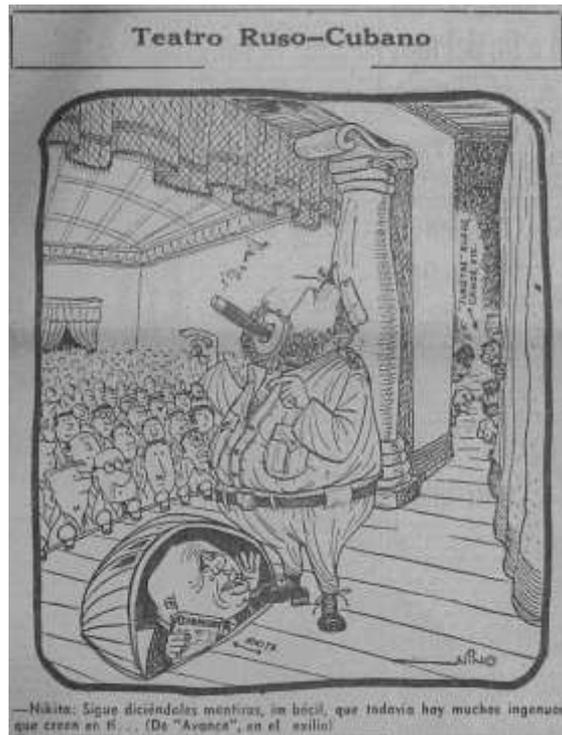


Figura 72. Título: “Teatro Ruso-Cubano”. Autor: *Nimo*.
 Leyenda: “—Nikita: Sigue diciéndoles mentiras, imbécil, que todavía hay muchos ingenuos que creen en ti...”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 27 de enero de 1961, p. 1.



Figura 73. Título: “A los acordes del himno comunista, Fide Castro atacó a la Fuerza Aérea de E.U.”. Autor: Ramón Arroyo.
 Leyenda: “Monumento imposible”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 28 de julio de 1961, p. 1.



Figura 74. Título: “EN LA CUBA DE HOY”. Autor: *Crayón*.
 Leyenda: “(Fórmula de un ciudadano cualquiera para no ser pasados al paredón)”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 19 de septiembre de 1962, p. 4.



Figura 75. Título: “LA HISTORIA SE REPITE”. Autor: Héctor Osuna, *Ho*.
 Leyenda: “—Qué te falta, Fidel?
 —Juicio, mi comandante!”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 27 de julio de 1959, p. 4.

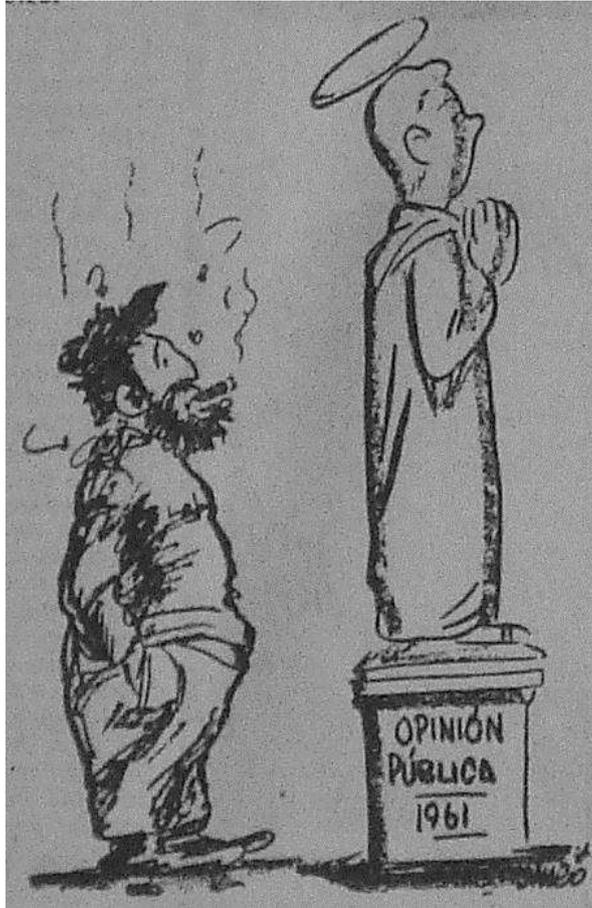


Figura 76. Sin título. Autor: sin identificar.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 24 de diciembre de 1961, p. 14.



Figura 77. Sin título. Autor: anónimo.
Fuente: *La Calle*, Bogotá, 27 de junio de 1958, p. 10.



Figura 78. Título: “Castro: otro cambalache”. Autor: anónimo.
Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, 20 al 26 de octubre de 1962, p. 7.



Figura 79. Título: “Sin Comentarios”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
Leyenda: “Raúl Castro invita a Estados Unidos a invadir a su país”.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 4 de noviembre de 1962, p. 4.



Figura 80. Título: “CREALO! QUE ES VERDURA”. Autor: Nicolás Luhrsen, *Niko*.
 Leyendas: “AUNQUE EN REALIDAD SOLO LE LLEVA OCHO PULGADAS DE ESTATURA, FIDEL CASTRO DEJÓ CHIQUITO A BATISTA POR LARGO RATO”,
 “ENTRE LOS HRMANOS CASTRO, EL QUE NO CORRE.../...VUELA!” y “A PESAR DE QUE EN CUBA SE HAN EXPULSADO A LOS CURAS Y SE PROHIBEN LAS PROCESIONES, SIGUE LA ISLA LLENA DE CRUCES”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 15 de abril de 1962, p. 5.



Figura 81. Título: “...el triunvirato que tiraniza a Cuba...”. Autor: anónimo.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 10 de enero de 1961, p. 4.



Figura 82. Título: “LOS BARQUEROS DEL VOLGA”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefé*.

Leyenda: “Nikita: —Ea, vamos...!”.

Fuente: *El Correo*, Medellín, 30 de abril de 1961, p. 4.



Figura 83. Título: “Actualidad Fidelista”. Autor: Ramón Arroyo.

Leyenda: “Trabajo en serie”.

Fuente: *El Correo*, Medellín, 13 de julio de 1961, p. 1.



Figura 84. Título: “EL Tío Sam vs. Fidel”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velozefe*.
Leyenda: “Una pelea ‘con toda la barba’...”
Fuente: *El Correo*, Medellín, 26 de marzo de 1960, p. 4.



Figura 85. Título: “DISEÑOS DE CABRAL”. Autor: Ernesto García *El Chango Cabral*.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 14 de agosto de 1961, p. 5.



Figura 86. Título: “DISEÑOS DE CABRAL”. Autor: Ernesto García *El Chango* Cabral.
 Leyenda: “— ¡Mozol!...Traiga la que sigue”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 5 de septiembre de 1962, p. 5.

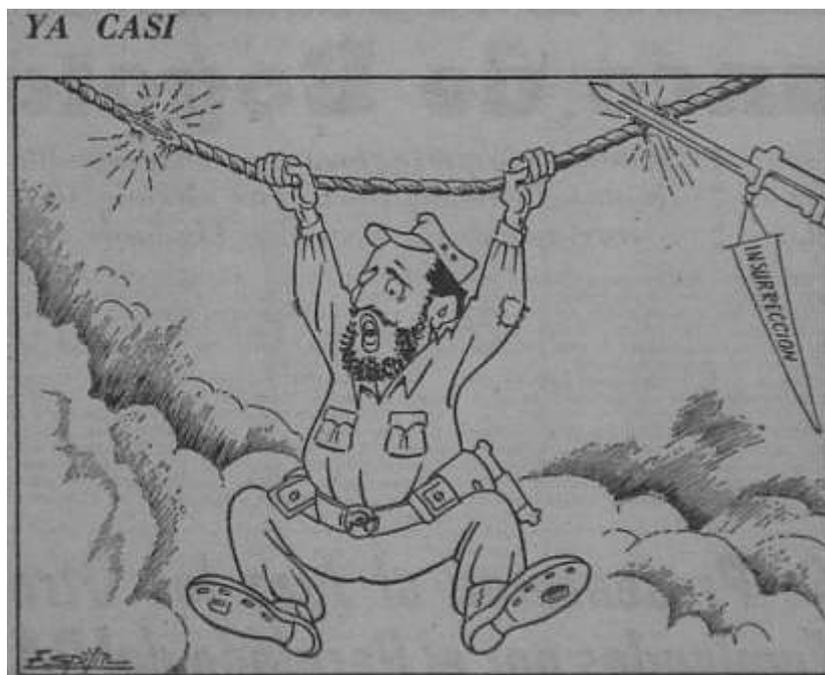


Figura 87. Título: “YA CASI”. Autor: *Espitia*.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 13 de abril de 1961, p. 4.

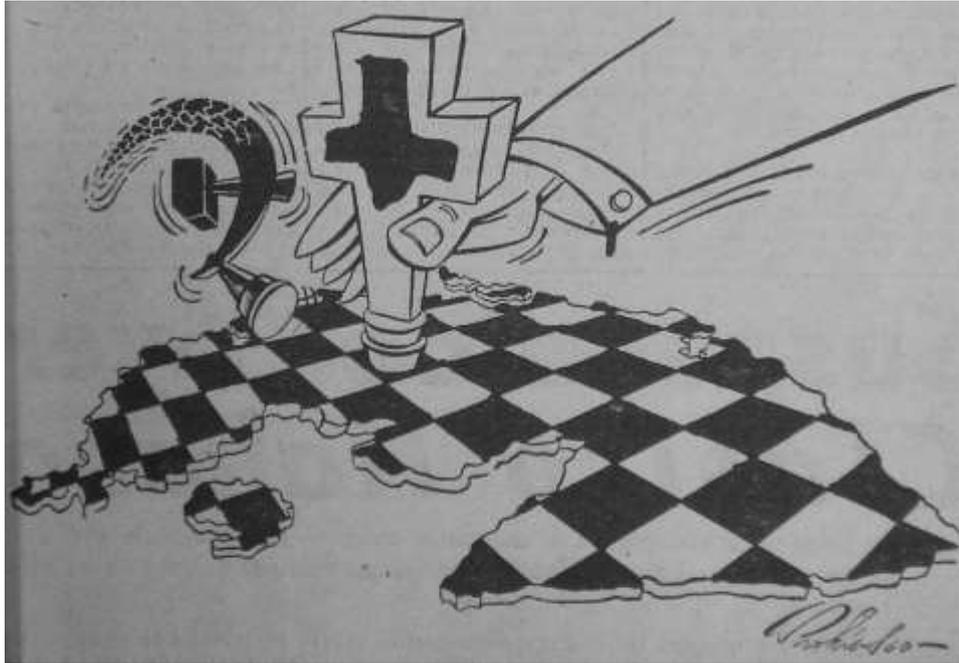


Figura 88. Sin título. Autor: Antonio Prohías.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 17 de abril de 1961, p. 7.



Figura 89. Título: “Una Amarga Verdad”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezele*.
Leyenda: “—Por qué se alegra tanto...? Si la invasión la aplasté fui yo...!”.
Fuente: *El Correo*, Medellín, 24 de abril de 1961, p. 4.



Figura 90. Título: “¿TRAS LAS HUELLAS DE CUAL ROOSVLET?”. Autor: sin identificar.

Fuente: *La Nueva Calle*, Bogotá, 4 de mayo de 1961, p. 7.

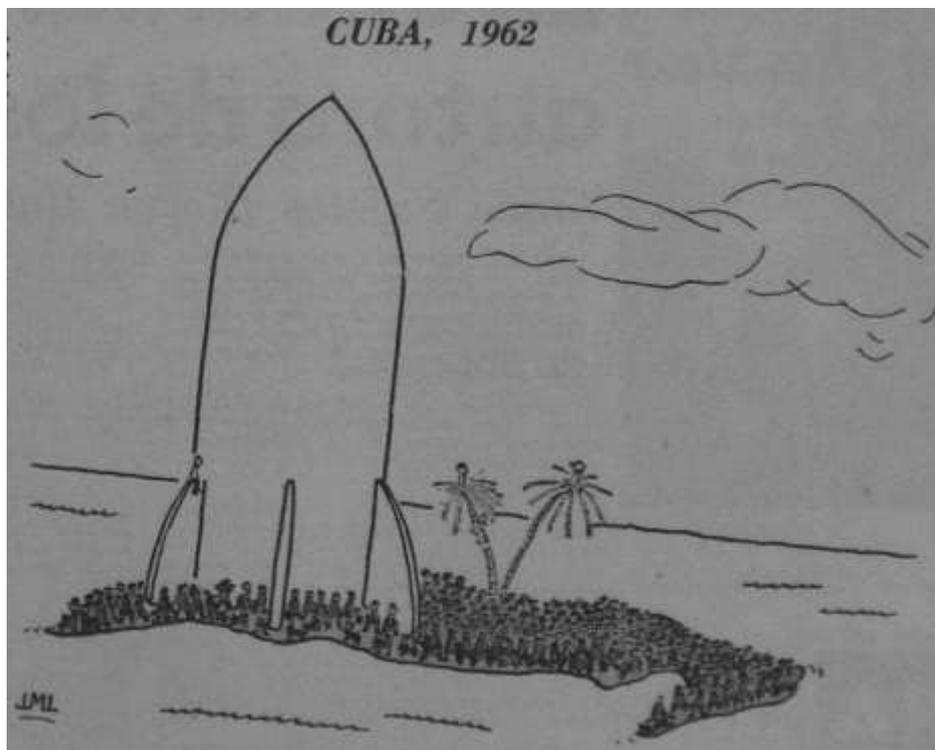


Figura 91. Título: “CUBA, 1962”. Autor: José María López, *Pepón*.

Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 10 de septiembre de 1962, p. 4.



Figura 92. Título: “CRISIS CUBANA”. Autor: *Pin Güin*.
 Leyenda: “—Y hora, chupa con fuerza”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 15 de septiembre de 1962, p. 4.

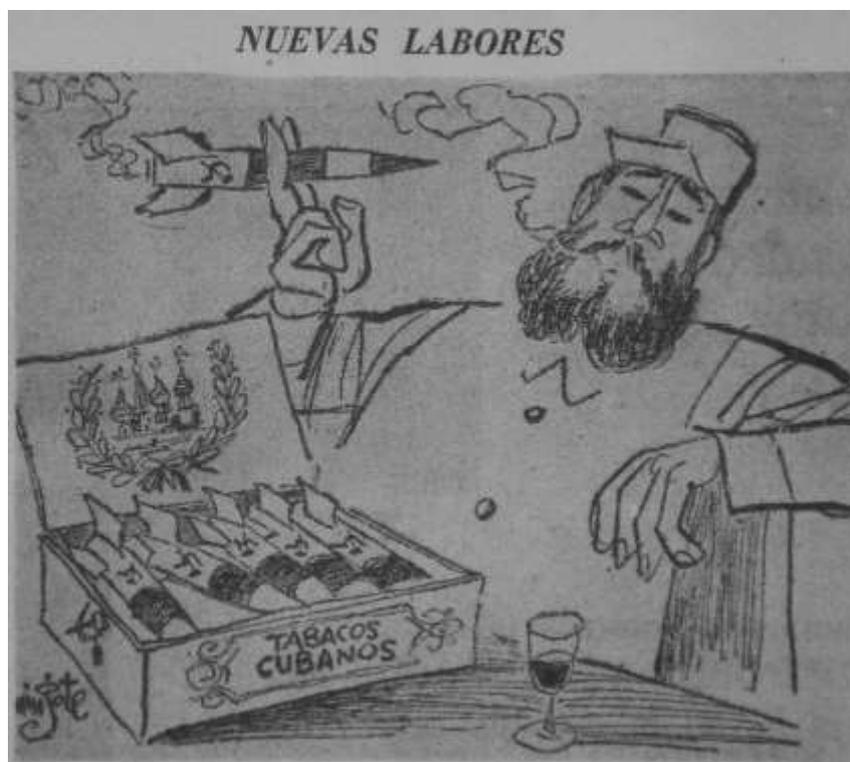


Figura 93. Título: “NUEVAS LABORES”. Autor: Antonio Mingote.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 28 de julio de 1960, p. 4.



Figura 94. Título: “ALTO... Mr. KENNEDY. CUBA NO ESTA SOLA”. Autor: anónimo.

Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 75, 6 al 12 de octubre de 1962, p. 59.



Figura 95. Título: “CUBA NO ESTA SOLA”. Autor: anónimo.

Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 75, 6 al 12 de octubre de 1962, p. 59.



Figura 96. Título: “DONDE ASOME QUEDARA!”. Autor: anónimo.
Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 75, 6 al 12 de octubre de 1962, p. 58.

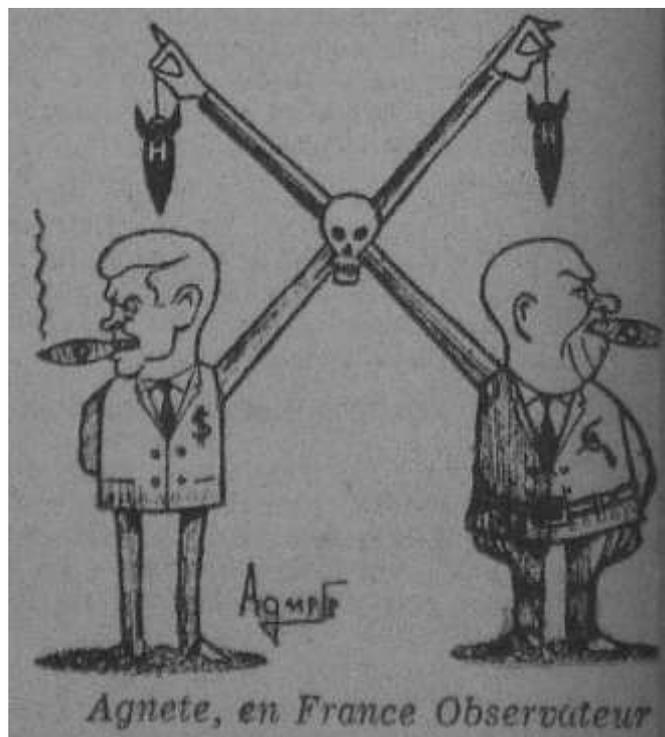


Figura 97. Sin título. Autor: *Agnete*.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 4 de noviembre de 1962, p. 9.

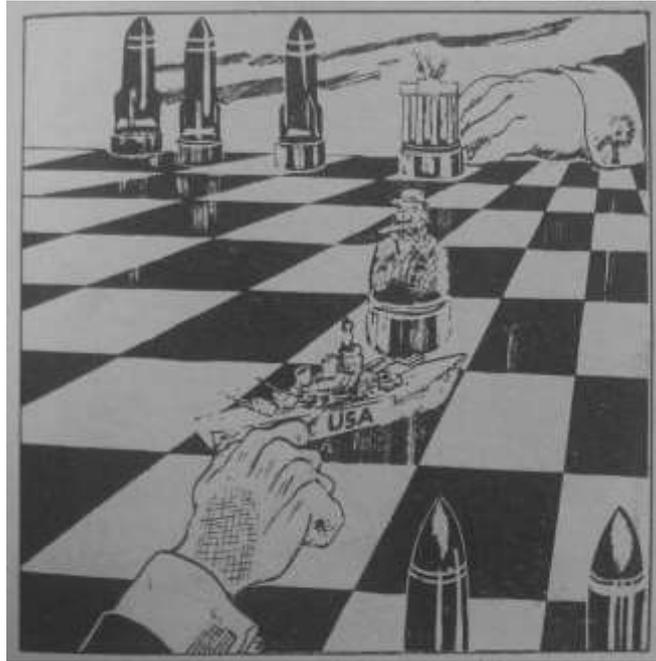


Figura 98. Sin título. Autor: anónimo.
 Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 82, 24 al 30 de noviembre de 1962, p. 55.



Figura 99. Título: “EN EL AEROPUERTO”. Autor: Crayón.
 Leyenda: “—Estoy nervioso desde que supe que estamos al alcance de los proyectiles cubanos...
 —No atortolarse. Esos proyectiles van dirigidos a Lima, y solo hace escala aquí en Bogotá”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 26 de octubre de 1962, p. 4.



Figura 100. Título: “SICOSIS DE PANICO”. Autor: *Crayón*.
 Leyenda: “—Dorotea, Dorotea! Estoy oyendo ruido no sé si de cohete o de proyectil!”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 29 de octubre de 1962, p. 4.



Figura 101. Título: “LA SEMANA EN SERIO. Cohete”. Autor: Juan Carlos Colombes,
Landrú.
 Leyenda: “—¡Un momento! ¿Se puede saber qué lleva ahí?”.
 Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, Nos. 80-81, 17 al 23 de noviembre de 1962, p. 1.



Figura 102. Título: “LA SEMANA EN SERIO. Infiltración”. Autor: Juan Carlos Colombres, *Landrú*.

Leyenda: “—Revise bien la ensalada rusa, Priscila; puede traer un komisario!”.
 Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 82, 24 al 30 de noviembre de 1962, p. 1.



Figura 103. Título: “LA OFRENDA”. Autor: *Espitia*.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 2 de noviembre de 1960, p. 4.



Figura 104. Título: “ATAQUE DE LOCURA”. Autor: *Espitia*.
 Leyenda: “—Al paredón!.. al paredón!.. al paredón!..”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 22 de abril de 1961, p. 4.



Figura 105. Título: “Al Margen del Paredón”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “—Y cuál de todos los poderes le gusta más?
 —Pues el poder EJECUTIVO...”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 21 de octubre de 1960, p. 4.

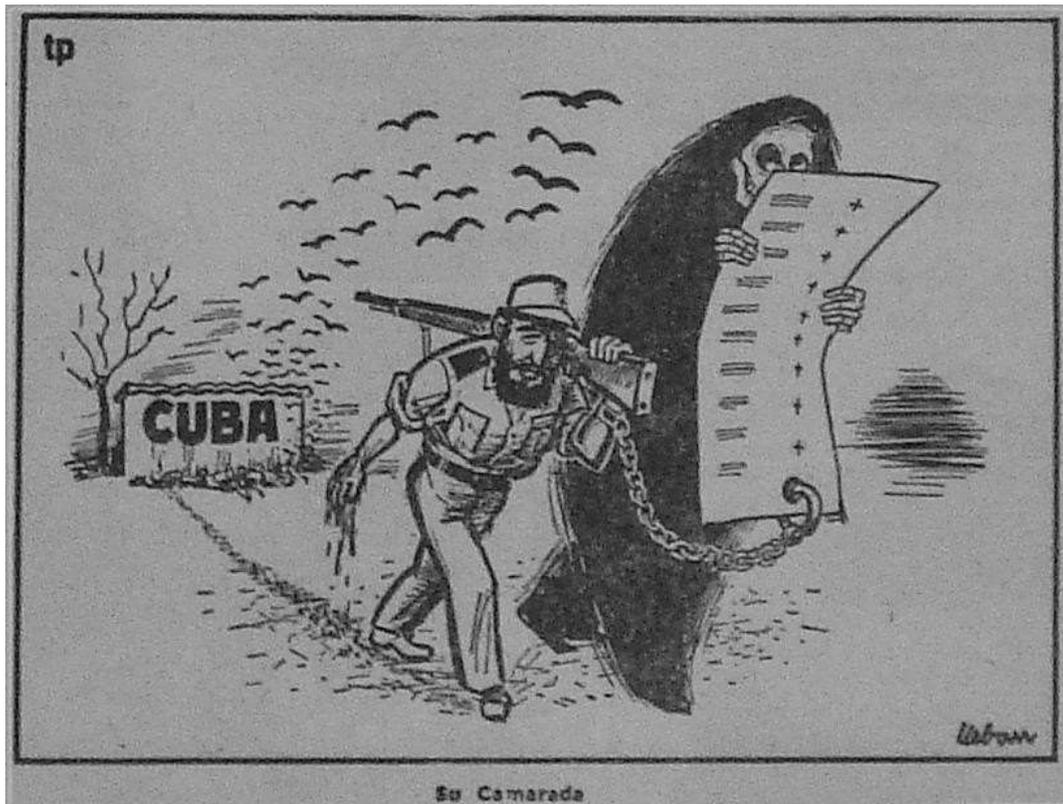


Figura 106. Título: “Su camarada”. Autor: sin identificar.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 29 de octubre de 1961, p. 10.



Figura 107. Sin título. Autor: anónimo.
Fuente: *La Calle*, Bogotá, 6 de febrero de 1959, p. 12.



Figura 108. Título: “Zafra en Cuba”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “—Con esta ‘herramienta’ trabajo mucho mejor...”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 20 de marzo de 1960, p. 4.



Figura 109. Título: “La Vida Social en Cuba”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “—Matrimonio ‘por PODER’...”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 18 de mayo de 1960, p. 4.



Figura 110. Título: "CONTRA EL PAREDON". Autor: *Espitia*.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 19 de octubre de 1960, p. 4.



Figura 111. Título: "CUBA LIBRE". Autor: *Espitia*.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 13 de febrero de 1961, p. 4.



Figura 112. Título: “EN LA CUBA DE FILDE”. Autor: anónimo.
 Leyenda: “—Cómo es eso de que aquí no hay libertad de prensa... cuando las noticias que damos son todas FIDELignas”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 7 de septiembre de 1960, p. 4.



Figura 113. Título: “—Fuera del continente”. Autor: Antonio Prohías.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 4 de enero de 1961, p. 8.



Figura 114. Título: “UN VIEJO REFRAN”. Autor: *Charro Núñez*.
 Leyenda: ““El que a piedra mara, a piedra muere””.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 7 de enero de 1961, p. 1.



Figura 115. Título: “El Leñador Optimista”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “—Quiere derrumbar el árbol con una hoz...”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 4 de diciembre de 1961, p. 4.



Figura 116. Título: “LA SEMANA EN SERIO. Perito Calígrafo”. Autor: Juan Carlos Colombres, *Landrú*.

Leyenda: “—Los documentos creo que son falsos, pero este pelo parece ser de la barba de Fidel”.

Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 28, 25 al 31 de octubre de 1961, p. 1.



Figura 117. Título: “LA SEMANA EN SERIO. Relaciones Exteriores”. Autor: Juan Carlos Colombres, *Landrú*.

Leyenda: “—Siguen discutiendo los documentos cubanos”.

Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 29, 1° al 7 de noviembre de 1961, p. 1.



Figura 118. Título: “Hasta Su Nombre lo Indica”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velazfe*.

Leyenda: “—Aníbal de... Castro”.

Fuente: *El Correo*, Medellín, 9 de septiembre de 1961, p. 4.



Figura 119. Sin título. Autor: sin identificar.

Leyenda: “LOPEZ MICHELSEN: Vea qué enredo éste. Con tal de que no intervengan como en Brasil, los militares...”.

Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 2 de septiembre de 1961, p. 1.



Figura 120. Título: “ALFONSITO Y SUS AMIGOS”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.

Leyenda: “El que entre la miel anda, algo se le pega’...”.

Fuente: *El Correo*, Medellín, 14 de julio de 1961, p. 4.



Figura 121. Título: “FIDEL-IDAD”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.

Leyenda: “Alfonso: —“Contigo a la distancia barbado mío estoy...””.

Fuente: *El Correo*, Medellín, 30 de mayo de 1961, p. 4.



Figura 122. Título: “LA VERDAD”. Autor: Luis Fernando Vélez Ferrer, *Velezefe*.
 Leyenda: “—Lo que yo decía: ese es un grupito de ‘politi-CASTROS’”.
 Fuente: *El Correo*, Medellín, 11 de abril de 1961, p. 4.



Figura 123. Título: “RADICAL”. Autor: anónimo.
 Leyenda: “—Yo soy partidario de romper no solamente con Castro, sino con el Che y Raúl y hasta con Alfonsito y todos los del MRL...!”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 7 de febrero de 1961, p. 4.



Figura 124. Título: “EL MAS INCREDULO. Autor: *Espitia*.
 Leyenda: “Mollete’: —Pa mí, jefe, esos son agitadores comunistas...
 El Canciller: —Puede que lo sean... pero pruebas no tenemos”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 5 de marzo de 1961, p. 4.



Figura 125. Título: “Y SIGUE TAN CAMPANTE...”. Autor: *Espitia*.
 Leyenda: “—Cómo ‘molestan’ esos camaradas, no, ala...?”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 10 de marzo de 1961, p. 4.



Figura 126. Título: “RUPTURA IMPOSIBLE”. Autor: Henry Laverde.
 Leyenda: “—Pruebas! Pruebas! Necesitamos pruebas!”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 12 de marzo de 1961, p. 4.



Figura 127. Título: “EL HAMLET CRIOLLO”. Autor: *Espitia*.
 Leyenda: “—Lleras. Romper o no romper... he aquí el problema!”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 30 de marzo de 1961, p. 4.



Figura 128. Título: “EL LACAYO”. Autor: *Espitia*.
 Leyenda: “...Así lo ven los voceros de Fidel Castro...”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 20 de noviembre de 1961, p. 4.



Figura 129. Título: “UN AMOR QUE SE VA”. Autor: *Donald*.
 Leyenda: “Lleras: El tiempo que yo perdí consagrado a tu querer, hubiera sembrado caña ya estuviera de moler”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 15 de diciembre de 1961, p. 4.



Figura 130. Título: “LO DEJO EL TREN”. Autor: *Crayón*.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 25 de enero de 1962, p. 4.



Figura 131. Título: “DESPUES DE LA EXPULSION”. Autor: *Crayón*.
Leyenda: “—¿Cómo te pareció lo de Punta del Este?
—Pues... que ganamos de punta a punta!”.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 1° de febrero de 1962, p. 4.



Figura 132. Título: “LA SEMANA EN SERIO. Secreta esperanza”. Autor: Juan Carlos Colombres, *Landrú*.

Leyenda: “—Oiga, señorita, ¿falta mucho para que nos secuestre Fidel Castro?”.

Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 18, 15 al 22 de agosto de 1961, p. 1.



Figura 133. Título: “LA SEMANA EN SERIO. La lógica de las señoras”. Autor: Juan Carlos Colombres, *Landrú*.

Leyenda: “—¡No entiendo a los lauranistas! Deberían de estar felices con Julio César por ‘su acción intrépida’...”.

Fuente: *La Nueva Prensa*, Bogotá, No. 20, 30 de agosto al 5 de septiembre de 1961, p. 1.



Figura 134. Título: “METIDA EN LA GRANDE”. Autor: anónimo.
Leyenda: “—Socorro! Sáquenme de este apuro!”.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 31 de agosto de 1961, p. 4.



Figura 135. Título: “EN PLENO VUELO”. Autor: anónimo.
Leyenda: “—Alguno de los señores pasajeros se llama Julio César? Preguntan de Colombia que cuándo regresa...”.
Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 10 de agosto de 1961, p. 4.



Figura 136. Título: “POR FIN SOLOS”. Autor: *Espitia*.
 Leyenda: “EL ‘SECUESTRO’”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 10 de agosto de 1961, p. 1.



Figura 137. Título: “ENTRE UN ZAPATO”. Autor: anónimo.
 Leyenda: “En el zapato de Krushev”.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 23 de agosto de 1961, p. 4.



Figura 138. Sin título. Autor: anónimo.
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 30 de agosto de 1961, p. 1.



Figura 139. Título: “CITA - RECEPCION - ABRAZO - PACHANGA - HASTA PRONTO”. Autor: *Espítia*
 Fuente: *El Siglo*, Bogotá, 13 de agosto de 1961, p. 10.



Figura 140. Sin título. Autor: Joaquín Salvador Lavado, *Quino*.
 Fuente: Quino, *Mafalda, toda*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1993, p. 243.

CONCLUSIONES

Decir que los medios de comunicación tienen discursos cambiantes y acomodados a sus propios intereses sociopolíticos y de clase, a lo mejor sea una perogrullada. Y, más aún, enunciar que la prensa colombiana de mediados del siglo XX tuvo lides bipartidistas, discusiones en torno a la dicotomía democracias-dictaduras y percepciones en su mayoría laudatorias del Frente Nacional y críticas de la revolución cubana (según la adscripción partidista de cada periódico), quizás también *esté de más*. En este trabajo, por ende, no se *descubrió el agua tibia*. Pero no por ello dejó de ser interesante una ejemplificación de tales cuestiones acorde a las opiniones emitidas en la prensa colombiana sobre los principales acontecimientos sociopolíticos que ocurrieron en Cuba entre 1952 y 1962. Porque, con ello, se pudo ver cómo los discursos periodísticos colombianos sobre un hecho a nivel internacional tan polémico y, a fin de cuentas, tan ajeno a los intereses de las altas esferas de este país, como lo fue la revolución cubana, se *moldearon* conforme al contexto en el cuál se reprodujeron, y, asimismo, por qué dichos discursos en ocasiones fueron tan cambiantes —hasta contradictorios, en algunos casos— y tan vehementes. Y, en este mismo sentido, aquí se pudo ver también los periódicos colombianos qué clases de mensajes, símbolos y creencias transmitieron e inculcaron, qué tipo de opinión pública *crearon* y a qué sentimientos (miedo, patriotismo, religión, etc.) acudieron para tales efectos, todo ello en relación a la situación social y política de la isla durante el susodicho período. No en vano el contexto relatado fue tan detallado, los ejemplos de las diferentes opiniones de la prensa, tan minuciosos, y las explicaciones de por qué cada medio adoptó uno u otro lenguaje político, tan reiterativas.

El lector habrá advertido, así, que las percepciones y los discursos de los medios de comunicación colombianos se *acomodaron* a los diversos momentos históricos que vivieron Colombia, América Latina y, si se quiere, el mundo entero. Por ejemplo, respecto al golpe de Estado de Fulgencio Batista de 1952, quedó claro que la prensa liberal y la conservadora (en particular *El Tiempo* y *El Siglo*), en plena época de *La Violencia* y de un gobierno *laureanista*, opinó según sus principios ideológicos y su posición en el escenario sociopolítico colombiano, motivo por el cual el diario liberal reprochó el hecho y pidió democracia para los cubanos, mientras que el diario conservador justificó la implantación de un régimen autoritario en la isla. También habrá advertido el lector que entre 1953 y 1958, por parte de esa misma prensa bipartidista, en un comienzo hubo una notable ausencia de juicios de valor sobre lo que acontecía en territorio isleño, pero conforme Gustavo Rojas Pinilla perdió el afecto de las élites, comenzaron a expresarse numerosas

críticas al militar cubano (las cuales se emitieron a manera de indirectas hacia el dictador colombiano y a manera de clamores por la democracia). Y, asimismo, también se habrá dado cuenta de que en el lapso 1959-1962, a razón de la erección del Frente Nacional, los medios colombianos adoptaron o bien una línea anticomunista y anticastrista (por parte de los medios más *poderosos* y tradicionales, como *El Siglo* y *El Correo*) o bien una línea en la cual se proclamaban el nacionalismo, la soberanía y la autodeterminación de los pueblos latinoamericanos (por parte de la incipiente prensa de oposición al pacto bipartidista, como *La Calle*, *La Nueva Calle* y *La Nueva Prensa*). En otras palabras, en un comienzo primaron las reyertas bipartidistas, luego las proclamas prodemocráticas y más adelante las discusiones en torno a la *validez* del proyecto revolucionario cubano, y todo ello hizo que los medios analizaran la realidad cubana conforme a las diferentes *lupas* que el contexto les *sugirió*.

En este orden ideas, aquí también se pudo ver cómo, según los diferentes momentos históricos, *El Siglo* apoyó o criticó a Fulgencio Batista; *El Correo* elogió o vituperó a Fidel Castro, y los liberales y los conservadores pendenciaron o convergieron en sus opiniones (como quien dice, *el orden de los factores sí altera el producto*). Y, asimismo, se pudo comprender por qué medios como *La Calle*, *La Nueva Calle* y *La Nueva Prensa*, contrario a los periódicos de mayor tradición en Colombia, no reprocharon *mayor cosa* el viraje hacia el comunismo que tomó la revolución cubana, como sí las medidas que se adoptaron a nivel continental contra el proyecto de los barbudos. El *quid* está nuevamente en que el entorno en el cual los periodistas y los caricaturistas emitieron sus opiniones definió la *naturaleza* y los cambios de las mismas. Porque seguramente si no hubiera sido porque en 1952 estaba de presidente de Colombia Laureano Gómez (el dogmático cofundador de *El Siglo*) en el periódico conservador no hubieran apoyado tan abiertamente el golpe de Batista; e, igualmente, si no hubiera sido porque el dictador Gustavo Rojas Pinilla censuró este mismo diario por más de 4 años, allí no hubieran criticado al gobernante cubano en 1957-1958. En *El Correo*, de otro lado, las cosas no fueron muy diferentes: que a finales de los años cincuenta se diera una etapa de *semidemocratización* tanto en Colombia como en América Latina fue seguramente lo que hizo que este diario encomiara la lucha castrista en las montañas cubanas aun cuando se dudaba de las posibles afinidades de la misma con el comunismo; y que en Colombia se hubiera instaurado el Frente Nacional (con su exclusión de terceras fuerzas y su *obediencia* de las políticas estadounidenses) sin duda fue lo que generó que después de 1959 allí criticaran con tanto fervor a la revolución cubana. Lo mismo con el bipartidismo: si La Violencia se hubiera *extendido* más allá de 1959, muy posiblemente las percepciones que sobre Cuba tuvieron los diarios de la *Gran Prensa* hubieran sido

contrapuestas; o si el Frente Nacional hubiera iniciado a principios de los cincuenta, quizás no hubiera habido pendencias tan efervescentes entre liberales y conservadores en torno al golpe de Batista. Y, de igual modo, el hecho de que la coalición entre liberales y conservadores se hubiera cerrado a la posibilidad de que otros movimientos políticos participaran de la contienda política seguramente fue lo que hizo que los semanarios *emerrelistas* tuvieran una línea editorial diferente a la de los periódicos del *establishment* y por ende, en ciertos aspectos, favorable a la revolución cubana. Así pues, más allá de las suposiciones que permite la historia *contrafactual*, lo cierto es que el contexto en el cual se reproducen los discursos periodísticos adquiere suma importancia a la hora de analizar un proceso de *mediana duración* (si es que no resulta atrevido traer a colación a Fernand Braudel) como el que se vivió en Cuba entre 1952 y 1962. Porque sin ese *factor* indudablemente resultaría muy difícil entender los cambios de percepción de los medios respecto a un mismo acontecimiento o a un mismo personaje, e, incluso, comprender las contradicciones —reales y aparentes— que en las diversas opiniones se puedan generar sería más que complejo.

De lo anterior puede inferirse entonces que los mensajes emitidos, las creencias inculcadas, la opinión pública *creada* y las *pasiones* emanadas por los periódicos colombianos en estos once años fueron variables en sumo grado. En efecto, en un comienzo se recurrió al partidismo para emitir mensajes sobre lo comunista o lo fascista del militante del bando opuesto; luego, al patriotismo y a la doctrina liberal para resaltar lo positivo de las democracias y lo negativo de las dictaduras, y, posteriormente, al fervor religioso, al macartismo, al panamericanismo y al nacionalismo para resaltar lo bueno o lo malo de la revolución cubana, y lo bueno o lo malo del papel que el resto de países del continente estaban ejerciendo contra la misma (según los diferentes casos). En vista de todo esto, entre los lectores se *creó*, inicialmente, un ambiente propicio para la confrontación entre los miembros de los diferentes partidos; tiempo después, una concepción negativa de los regímenes militares no sólo de Colombia, sino también de toda la región, y, por último, una mentalidad anticastrista y antirrevolucionaria, por un lado, y un rechazo tajante de las medidas que se tomaron contra la Cuba castrista, por el otro. No obstante, a pesar de lo cambiante de estas cuestiones, según puede observarse, en general primaron los discursos maniqueos y, en consecuencia, la estigmatización de quien se opusiera a las percepciones de cada medio. En palabras del especialista en lingüística Teun Adrianus van Dijk esto puede catalogarse como “estrategias de persuasión y manipulación” en las que se mostró “un

retrato de *Nosotros* como buenos y *Ellos u otros* como malos⁷¹³. Y no sobra tampoco volver a mencionar a Roberta Strauss Feuerlicht y su noción del “grupo maldito” que alude a la necesidad que tienen las sociedades de “achacarle las desgracias y los males que les atormentan” a alguien en particular, lo cual ayuda a explicar cosas inexplicables, a alivianar las *cargas* de las personas, a proteger a los dirigentes de las comunidades, a evadir ciertas responsabilidades y, por si fuera poco, a que la gente manifieste y materialice sus odios y sus miedos⁷¹⁴. Así pues que, a pesar de la multiplicidad de discursos y de percepciones de la prensa colombiana, en sus páginas fueron constantes los lenguajes en los que se resaltaba lo propio y se desvirtuaba la otredad. Y, gracias a ello, se generaron en la opinión pública puntos de vista proclives a la violencia bipartidista, favorables al derrocamiento de los dictadores, contrarios a la revolución cubana y al castrismo (particularmente en la *Gran Prensa*), y, en menor medida (pues el *impacto* de los semanarios *emerrelistas* era menor), propicios a que en Colombia se dieran cambios estructurales tal como estaba ocurriendo en Cuba. Según lo anterior, quizás pueda decirse entonces que no en vano en este país se vivieron cosas como las lides bipartidistas, como el derrocamiento de Rojas Pinilla y como ese extraordinario contraste entre el anticomunismo y el anticastrismo de los unos, y el *antifrentenacionalismo* y el progresismo de los otros.

Así fue, pues, como los medios de comunicación —en este caso con sus opiniones acerca de la revolución cubana— influyeron en la sociedad que los leía. Al respecto, no deja de llamar la atención las cuestiones relativas a lo verídico o no de las informaciones que aquellos publicaban y a la supuesta *imparcialidad* con la que intentaban informar a la opinión pública. Porque, como se habrá visto a lo largo del trabajo, algunas de las percepciones emitidas estuvieron basadas en hechos reales, pero otras no: otras obedecían a *invenciones* de los mismos medios (en especial en la *Gran Prensa*) *encaminadas* a justificar sus líneas editoriales y a guiar los puntos de vista de los lectores sobre tales cuestiones. Y lo mismo con los juicios de valor proferidos: a través de miles de calificativos la prensa no sólo hizo manifiesta su parcialidad en los diferentes acontecimientos, sino que también intentó enardecer y dirigir los ánimos de las personas que los leían acorde sus propios puntos de vista (siendo el caso de Fidel Castro el más representativo, pues desde 1959 en estos periódicos lo trataron casi como si fuera el diablo mismo, también con la intención de justificar la lucha contra el comunismo y el interés de evitar *a toda costa* que en Colombia se diera un proyecto similar al de Cuba). De esta forma, mientras los periódicos del *establishment* defendieron sus

⁷¹³ “Discurso y dominación. 25 años de Análisis Crítico del Discurso”, Grandes conferencias de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, febrero de 2004, p. 28.

⁷¹⁴ *Joe McCarthy y el mccarthysmo. El odio que trastornó a Norteamérica*, Barcelona, Ediciones Grijalbo S. A., Colección Nuevo Norte, 1976, pp. 39-40.

intereses partidistas, sus principios ideológicos y su posición de clase, la prensa *pequeña* y de oposición al Frente Nacional argumentó sus críticas al sistema e hizo saber cuáles eran sus doctrinas a nivel social, político y económico (valga decir, a través de razonamientos más elaborados y de la desestimación de prácticamente todo lo que decía su contraparte, aunque no por ello de manera imparcial y con informaciones verídicas en su totalidad). Respecto a todo lo anterior, vale citar lo planteado por Noam Chomsky y Edward S. Herman acerca de que hay una diferencia notable entre la realidad y la imagen que de esa realidad se muestra en la prensa, pues, según ellos, “el ‘propósito social’ de los [grandes] medios de comunicación es el de inculcar y defender el orden del día económico, social y político de los grupos privilegiados que dominan el Estado y la sociedad del país”⁷¹⁵. No en vano cuando estos autores se refieren a medios *poderosos* —como los que *conformaban* la llamada *Gran Prensa*— dicen que aquellos son “instituciones ideológicas efectivas y poderosas, que llevan a cabo una función propagandística de apoyo al sistema mediante su dependencia de las fuerzas del mercado, los supuestos interiorizados y la autocensura, y sin una coerción abierta significativa”⁷¹⁶. O sea que, en el caso de los periódicos liberales y conservadores, lo que se pretendió al inculcar el fervor partidista, el clamor por la democracia y el rechazo al comunismo, más que informar al lector o que emitir conceptos desprovistos de intencionalidad alguna, fue defender tanto sus tendencias doctrinarias como su *lugar* dentro del *statu quo*, sin importar que para tales fin se engañara o manipulara a la opinión pública. En cuanto a los semanarios *emerrelistas*, de ellos puede decirse que sus críticas al Frente Nacional, a Estados Unidos, al capitalismo y, en fin, al sistema, se dieron gracias a sus dogmas partidistas y, más aún, a que a la sazón estaban marginados del poder político, y entonces para ellos debió resultar relativamente fácil reprochar *lo establecido* (a pesar incluso de que sus propietarios pertenecían también a la clase alta colombiana).

De todo lo anterior se concluye, entonces, que en las páginas precedentes no se pretendió ver cuál periódico tuvo la razón en sus opiniones respecto a la revolución cubana (desde sus *inicios* hasta su *consolidación*), o si ésta fue una empresa *viabile* o no. Lo que se pretendió fue ver cómo el contexto *moldeó* los discursos de la prensa colombiana sobre dicho proceso y cómo estos discursos influyeron en la sociedad colombiana de la época. Y, en últimas, la *lección* que de este análisis se desprende es que las visiones sobre la revolución cubana que los medios de comunicación colombianos le transmitieron a la sociedad fueron susceptibles de estar permeadas por intereses ajenos al mero interés informativo y, por

⁷¹⁵ *Los guardianes de la libertad. Propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*, Barcelona, Editorial Crítica, S. A., 1990, p. 342.

⁷¹⁶ *Los guardianes de la libertad...*, p. 353.

ende, pudieron ser, en muchos casos, alejadas de la realidad o equívocas. Los discursos cambiantes, los mensajes pendencieros, las informaciones falsas y los miles de juicios de valor proferidos, así lo demuestran. O sea que, dado el caso, si se es antirrevolucionario y sólo se leía la *Gran Prensa*, o si se es procastrista y sólo se leían los semanarios *emerrelistas*, hay motivos de sobra para pensar que hay un sesgo en tales posiciones ideológicas. La invitación es, entonces, a no creer ciegamente en las informaciones que emiten los medios de comunicación, cualquiera sea su *naturaleza*, sino más bien a indagar en diversas fuentes por las causas, las características y las consecuencias de los múltiples hechos que ocurren a diario en el mundo, para así formarse una opinión *propia* —no guiada o manipulada— de los mismos. Tener siempre presente que la opinión pública es dirigida y movilizada por el llamado *cuarto poder*, nunca está de más.

1. Fuentes primarias

1.1. *Publicaciones periódicas*

- Alerta*. La Habana, 1953-1956.
Diario de la Marina. La Habana, 1952-1959.
El Colombiano. Medellín, 1953-1957.
El Correo. Medellín, 1952-1962.
El Mundo. La Habana, 1956.
El Siglo. Bogotá, 1952-1953, 1957-1962.
El Tiempo. Bogotá, 1952-1955.
Gaceta Oficial. Santiago de Cuba, 1959.
Hoy. La Habana, 1952-1953, 1959-1961.
La Calle. Bogotá, 1959-1960.
La Nueva Calle. Bogotá, 1961-1962.
La Nueva Prensa. Bogotá, 1961-1962.
Prensa libre. La Habana, 1956-1961.
Revolución. La Habana, 1960-1962.

1.2. *Memorias, diarios, discursos y otros documentos de la época*

- Agudelo Ramírez, Luis E. y Rafael Montoya y Montoya. *Los guerrilleros intelectuales. Cartas, documentos e informaciones que prohibió la censura*. Medellín, Publicaciones Agumont, 1957, 353 págs.
- Albero Lleras. *Antología*, tomo IV: *El gobernante*. Selección y prólogo de Otto Morales Benítez. Benjamín Villegas ed.. Bogotá, Villegas Editores, noviembre 2006, 680 págs.
- Castro, Fidel. “De Martí a Marx”, *El marxismo en América Latina. Antología desde 1909 hasta nuestros días*, Michael Löwy. Santiago de Chile, Editorial LOM, Colección Ciencias Humanas, 2007, 585 págs. [1ª edic. en español: México, Ediciones Era, S. A., 1982. Título original en francés: *Le marxisme en Amérique Latine*, París, Librairie Francois Máspero, 1980].
- _____. *La historia me absolverá*. La Habana, Editora Política, 2002, 82 págs.
- _____. *La Revolución Cubana*. Selección y notas de Adolfo Sánchez Rebolledo. México, Ediciones Era S. A., 1972, 636 págs.

- _____. “Proclamación del carácter socialista de la Revolución”, *Medio siglo de Revolución. Cincuenta momentos históricos*. Prólogo de Ricardo Alarcón Quesada. La Habana, Editorial Arte y Literatura, Colección 50 Aniversario del Triunfo de la Revolución, 2008, pp. 33-34.
- Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet*. La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, 3ª edic., noviembre de 2006, p. 279. [1ª edic. en mayo de 2006].
- De la Osa, Enrique. *En Cuba. Segundo tiempo, 1948-1952*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2005, 517 págs.
- _____. *En Cuba. Tercer tiempo, 1952-1954*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Ediciones Políticas, 2007, 493 págs.
- _____. *En Cuba. Tercer tiempo, 1955-1958*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Ediciones Políticas, 2008, 659 págs.
- Documentos de la revolución cubana*. Bogotá, Ediciones Paz y Socialismo, Colección Cuba Nueva, 1963, 101 págs.
- Fidel en Bohemia. Nuestro más firme baluarte*. Prólogo de Mario Mencía Cobas. La Habana, Editora Política y revista *Bohemia*, 2008, 152 págs.
- Franqui, Carlos. *Diario de la revolución cubana*. Barcelona, Ediciones R. Torres, 1976, 754 págs.
- Gómez Martínez, Fernando. *Mordaza. Diario secreto de un escritor público*. Medellín, Edición de *El Colombiano* y Editorial Granamérica, [s. f.], 229 págs.
- Guevara, Ernesto. *Pasajes de la guerra revolucionaria*. Medellín, Editorial Prisma Ltda., 1971, 167 págs.
- Habla Fidel. 25 discursos en la Revolución*. Selección y prólogo de Pedro Álvarez-Tabío Longa. La Habana, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, Colección 50 Aniversario del Triunfo de la Revolución, Instituto Cubano del Libro, 2008, 697 págs.
- Instituto de Historia del Movimiento Comunista y la Revolución Socialista de Cuba, anexo al Comité Central del PCC. *El pensamiento de Fidel Castro. Selección temática*, tomo I, Vol. I: *enero 1959-abril 1961*. La Habana, Editora Política, 1983, 382 págs.
- Reportajes de la historia de Colombia. 158 documentos y relatos de testigos presenciales sobre hechos ocurridos en 5 siglos*, tomo 2: *Desde la rebelión de Mosquera hasta la época actual*. Selección y presentación de textos: Jorge Orlando Melo. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, 451 págs.
- Rojas Pinilla, Gustavo. *Mensajes y discursos*. Bogotá, Imprenta Nacional, Dirección Nacional de Información y Propaganda del Estado, 1954, 286 págs.
- Saldarriaga Betancur, Juan Manuel. *El régimen del terror o 16 años en el infierno*. Prólogo de Gilberto Gallego Rojas, *Tito*. Medellín, [s. e.], 1951, 213 págs.

Schlesinger, Arthur M. “El desembarco de Bahía Cochinos”, *Reportajes de la Historia. 114 relatos de testigos presenciales sobre hechos ocurridos en 25 siglos*, tomo 4. Selección y estudio de los textos: Martín de Riquer y Borja de Riquer. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, S. A., noviembre de 1988, pp. 19-35.

_____. “La crisis de los cohetes soviéticos en Cuba”, *Reportajes de la Historia. 114 relatos de testigos presenciales sobre hechos ocurridos en 25 siglos*, tomo 4, selección y estudio de los textos: Martín de Riquer y Borja de Riquer, Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, S. A., noviembre de 1988, pp. 57-77.

Zalamea, Alberto. “*La Nueva Prensa*”. *25 años después. 1961-1986*, tomo I. Bogotá, Procultura S. A., Nueva Biblioteca Colombiana de Cultura, 1986, 533 págs.

2. Bibliografía secundaria

2.1. Libros

Abel, Christopher. *Política, Iglesia y partidos en Colombia: 1886-1953*. Trad. por Mercedes Herzig y Jorge Alberto Restrepo. Bogotá, FAES-Universidad Nacional de Colombia, 1987, 373 págs.

Acevedo Carmona, Darío. *La mentalidad de las élites sobre la Violencia en Colombia (1936-1949)*. Prólogo de Gonzalo Sánchez Gómez. Bogotá, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), El Ánocra Editores, 1995, 224 págs.

_____. *Política y caudillos colombianos en la caricatura editorial, 1920-1950. Estudio de los imaginarios políticos partidistas*. César A. Hurtado Orozco ed.. Medellín, La Carreta Editores, Universidad Nacional de Colombia, 2009, 282 págs.

Agudelo Villa, Hernando. *La revolución del desarrollo. Origen y evolución de la Alianza para el Progreso*. Prólogo de Alberto Lleras Camargo. México, Editorial Roble, abril de 1966, 453 págs.

Aranda, Sergio. *La revolución agraria en Cuba*. México, siglo xxi editores, s. a, 6ª edic., 1975, 240 págs. [1ª edic. en 1968].

Arango de Tobón, María Cristina. *Publicaciones periódicas en Antioquia. 1814-1960. Del chibaleta a la rotativa*. Medellín, Fondo Editorial Universidad EAFIT, junio de 2006, 592 págs.

Arboleya Cervera, Jesús. *La revolución de otro mundo. Un análisis histórico de la Revolución Cubana*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 2008, 238 págs.

Arizmendi Posada, Ignacio. *Presidentes de Colombia. 1810-1990*. Presentación de Germán Arciniegas. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, 329 págs. [Volumen complementario a la obra *Nueva Historia de Colombia*].

- Ayala Diago, César Augusto. *Inventando al Mariscal: Gilberto Alzate Avendaño, circularidad ideológica y mimesis política*. Bogotá, Fundación Gilberto Alzate Avendaño, Secretaría de Cultura del departamento de Caldas, Departamento de Historia de la Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, 2010, 559 págs.
- Banco de la República y Grupo de Estudios del Crecimiento Económico. *El crecimiento económico colombiano en el siglo XX*. Bogotá, Banco de la República, Fondo de Cultura Económica, 2002, 460 págs.
- Bobbio, Norberto, Nicola Matteucci y Gianfranco Pasquino. *Diccionario de política*. 2 Vols. Trad. del italiano por Raúl Crisafio, Alfonso García, Miguel Martí, Mariano Martín y Jorge Tula. México-Madrid, Siglo veintiuno editores, s. a. de c. v. y Siglo veintiuno de España editores, s. a., 10ª edic. [1ª edic. en español en 1981-1982. Título original en italiano: *Dizionario di politica*. Turín, unione-tipografico-editrice torinese, 1976].
- Bonilla Vélez, Jorge Iván y María Eugenia García Raya. *Los discursos del conflicto. Espacio público, paros cívicos y prensa en Colombia*. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1997, 166 págs.
- Botero Montoya, Mauricio. *El MRL*. Bogotá, Publicaciones Universidad Central, 1990, 291 págs.
- Botín, Vicente. *Los funerales de Castro*. Prólogo de Lluís Bassets. Barcelona, Editorial Ariel, S. A., junio de 2009, 444 págs.
- Braudel, Fernand. *Las ambiciones de la historia*. Trad. del francés por María José Furió y prólogo de Maurice Aymard. Barcelona, Editorial Crítica, 2002, 528 págs.
- _____. *La Historia y las Ciencias Sociales*. Trad. del francés por Josefina Gómez Mendoza. Prólogo de Felipe Ruíz Martín. Madrid, Alianza Editorial, S. A., 2ª edic. en “El Libro de Bolsillo”, 1970, 220 págs. [1ª edic. en “El Libro de Bolsillo”: 1968. Título original en francés: *Histoire et Sciences Sociales. Pour une économie historique. Les responsabilités de l'Histoire. Histoire et Sociologie. L'apport de l'Histoire des civilisations. Unité et diversité des sciences de l'homme*].
- Cacua Prada, Antonio. *Historia del periodismo colombiano*. Bogotá, Ediciones Sua Ltda., 2ª edic., 1983, 513 págs. [1ª edic. en 1968].
- _____. *La libertad de prensa en Colombia*. Tesis de grado para obtener el título de Doctor de Ciencias Económicas y Jurídicas, Facultad de Derecho, Pontificia Universidad Católica Javeriana. Bogotá, Editorial Prensa Católica, 1958, 302 págs.
- Cavelier, Germán. *Política Internacional de Colombia. IV: 1953-1997*. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, Facultad de Finanzas, Gobierno y Relaciones Internacionales, 1997, 491 págs.
- Chomsky, Noam y Edward S. Herman. *Los guardianes de la libertad. Propaganda, desinformación y consenso en los medios de comunicación de masas*. Trad. del inglés por Carme Castells. Barcelona, Editorial Crítica, S. A., 1990, 373 págs. [Título original en inglés: *Manufacturing consent. The political Economy of the Mass Media*. Nueva York, Pantheon Books, 1988].

- Diccionario de Relaciones Internacionales y Política Exterior*, Juan Carlos Pereira coord.. Barcelona, Editorial Ariel, S. A., 2008, 1005 págs.
- Ferguson, Niall. *Coloso. Auge y decadencia del imperio americano*. Trad. del inglés por Magdalena Chocano Mena. Barcelona, Random House Mondadori, S. A., 2005, 503 págs. [Título original en inglés: *Colossus*. Londres, Allen Lane, Penguin Group, 2004].
- Fluharty, Vernon Lee. *La danza de los millones. Régimen militar y revolución social en Colombia (1930-1956)*. Trad. del inglés por Iván Saldarriaga. Bogotá, El Áncora Editores Ltda., 1981, 372 págs. [Título original en inglés: *Dance of Millions. Military Rule and Social Revolution in Colombia (1930-1956)*. Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1957].
- Fonnegra, Gabriel. *La prensa en Colombia ¿Cómo informa? ¿De quién es? ¿A quién sirve?* Bogotá, El Áncora Editores, Colección Periodismo de hoy, 2ª edic., 1987, 168 págs. [1ª edic en 1984].
- Frank, Waldo. *Cuba, isla profética*. Trad. del inglés por Luis Echávarri. Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1961, 181 págs. [Título original en inglés: *Cuba: the prophetic island*].
- Franqui, Carlos. *Vida, aventuras y desastres de un hombre llamado Castro*. Barcelona, Editorial Planeta S. A., 1988, 480 págs.
- Galeano, Eduardo. *Las venas abiertas de América Latina*. Bogotá, Siglo XXI Editores de Colombia, S. A., 60ª edic., 1990, 486 págs. [1ª edic. en 1971].
- Galvis, Silvia y Alberto Donadio. *El Jefe Supremo. Rojas Pinilla en La Violencia y en el poder*. Medellín, Hombre Nuevo Editores E. U., Colección Historia, 2ª edic., enero de 2002, 567 págs. [1ª edic.: Bogotá, Planeta Colombiana Editorial, 1988].
- Gómez García, Juan Guillermo. *Colombia es una cosa impenetrable. Raíces de la intolerancia y otros ensayos sobre historia política y vida intelectual*. Bogotá, Diente de León, 2006, 454 págs.
- González Reyna, Susana. *Géneros periodísticos 1: periodismo de opinión y discurso*. México D. F., Editorial Trillas S. A. de C. V., 1991, 179 págs.
- Gordon, Lincoln. *Un nuevo trato para América Latina*. Trad. del inglés por Andrés M. Mateo. México, Editorial Limusa-Wiley, S. A., 1964, 151 págs. [Título original en inglés: *New Deal for Latin America*. President and Fellows of Harvard College, 1963].
- Grijalbo. *Diccionario enciclopédico*. Prefacio de Jorge Luis Borges. Barcelona, Grijalbo Mondadori S. A., edición actualizada, 1996, 2.080 págs. [1ª edic. en 1995].
- Gunther, John. *Rusia por dentro, hoy*. Trad. del inglés por Mirta Arlt. Buenos Aires, Editorial Goyanarte, 1958, 660 págs. [Título original en inglés: *Inside Russia Today*. New York, Harper & Brothers, 1958].
- Gutiérrez Sanín, Francisco. *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia. 1958-2002*. Bogotá, Grupo Editorial Norma, enero de 2007, 517 págs.

- Halperin Donghi, Tulio. *Historia Contemporánea de América Latina*. Trad. del italiano por Cesare Colombo. Madrid, Alianza Editorial, S. A., El Libro de Bolsillo, 2ª edic., 1970, 549 págs. [1ª edic. en español en 1969. También se consultaron la 8ª edic. (Madrid, Alianza Editorial, S. A., 1980) y la 13ª edic., revisada y ampliada (Madrid, Alianza Editorial S. A., El libro de bolsillo, 1996, 750 págs). Título original en italiano: *Storia dell' America Latina*. Torino, Giulio Einaudi Editore, s.p.s., Colección "Piccola Biblioteca Einaudi", 1967].
- Hartlyn, Jonathan. *La política del régimen de coalición. La experiencia del Frente Nacional en Colombia*. Trad. del inglés por Pedro Valenzuela, con el apoyo del Banco de la República. Bogotá, Tercer Mundo Editores, Centro de Estudios Internacionales de la Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes, 1993, 351 págs. [Título original en inglés: *The Politics of Coalition Rule in Colombia*. Cambridge, Cambridge University Press, 1988].
- Henderson, James D.. *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez, 1889-1965*. Trad. del inglés por Magdalena Holguín. Medellín, Editorial Universidad de Antioquia, Colección Clío, julio de 2006, 685 págs. [Título original en inglés: *Modernization in Colombia. The Laureano Gómez Years, 1889-1965*. Florida, University Press of Florida, 2001].
- _____. *Las ideas de Laureano Gómez*. Trad. del inglés por María Isabel de la Vega. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1985, 279 págs.
- Hobsbawm, Eric. *Historia del siglo XX. 1914-1991*. Trad. del inglés por Juan Faci, Jordi Ainaud y Carme Castells. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1995, 614 págs. [Título original en inglés: *Age of Extremes. The Short Twentieth Century 1914-1991*. Londres, Michael Joseph Ltd.].
- Kalmanovitz, Salomón. *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*. Bogotá, siglo xxi editores de colombia ltda., 3ª edic., 1988, 559 págs. [1ª edic. en 1985]
- Le Riverand, Julio. *Breve historia de Cuba*. La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1980, 198 págs.
- López Michelsen, Alfonso. *Colombia en la Hora Cero. Proceso y enjuiciamiento del Frente Nacional*. Prólogo de Indalecio Liévano Aguirre. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, Colección Documentos Políticos, noviembre de 1963, 386 págs.
- Márquez Sterling, Carlos. *Historia de Cuba. Desde Cristóbal Colón a Fidel Castro*. New York, Las Américas Publishing Company, 1969, 732 págs.
- Marrero, Juan. *Dos siglos de periodismo en Cuba. Momentos, hechos y rostros*. La Habana, Pablo de la Torriente Editorial, 2003, 148 págs.
- Meertens, Donny. *Ensayos sobre tierra, violencia y género. Hombres y mujeres en la historia rural de Colombia. 1930-1990*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Centro de Estudios Sociales, 2000, 458 págs.
- Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia, tomo III: De 1935 al Frente Nacional*. Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 3ª edic., 1979, 336 págs. [1ª edic. en 1977].

- Monahan, James y Kenneth O. Gilmore. *Cómo el Kremlin se Apoderó de Cuba*. Trad. del inglés por Eduardo Escalona. México D. F., Editorial Diana, S. A, 1963, 205 págs. [Título original en inglés: *The Great Deception*. The Reader's Digest Association, Inc., 1962].
- Montaner, Carlos Alberto. *Viaje al corazón de Cuba*. Barcelona, Plaza & Janés Editores, S. A., 1999, 287 págs.
- Morales Benítez, Otto. *Reflexiones sobre periodismo*. Prólogo de Rafael Santos Calderón. Bogotá, Plaza & Janés Editores Colombia Ltda., 3ª edic, 1989, 279 págs. [1ª edic. en 1982 por Fundación Universidad Central].
- _____. *Origen, programas y tesis del liberalismo*. Bogotá, Partido Liberal Colombiano, Biblioteca del Liberalismo, 1998, 530 págs.
- Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá, Instituto de Estudios Colombianos, Biblioteca Banco Popular, 1978, 339 págs.
- Ortega Ricaurte, Carmen. *Diccionario de artistas en Colombia*. Bogotá, Plaza & Janés Editores Colombia Ltda., 2ª edic. corregida y aumentada, 1979, 543 págs. [1ª edic. en 1965 por Ediciones Tercer Mundo].
- Palti, Elías José. *La invención de una legitimidad. Razón y retórica en el pensamiento mexicano del siglo XX. (Un estudio sobre las formas del discurso político)*. México, Fondo de Cultura Económica, 2005, 544 págs.
- Pardo Llada, José. *Fidel. De los Jesuitas al Moncada*. Bogotá, Enciclopedia Popular Ilustrada, Plaza y Janés Editores Colombia Ltda., 1976, 127 págs.
- Pécaut, Daniel. *Las FARC: ¿una guerrilla sin fin o sin fines?* Trad. del francés por Pedro Lama. Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2008, 188 págs. [Título original en francés: *Les FARC: une guérilla sans fins?* Éditions Lignes de Repères, 2008].
- _____. *Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930-1953*. Trad. del francés por Jesús Alberto Valencia Gutiérrez. Bogotá, Editorial Norma S. A., 2ª edic., 2001, 648 págs. [1ª edic. en 1987 por Siglo XXI Editores y Fondo Editorial Cerec. Título original en francés: *L'ordre et la violence. Évolution socio-politique de la Colombie entre 1930 et 1953*].
- Perea, Carlos Mario. *Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949)*. Bogotá, Editorial Santillana S. A, 1996, 222 págs.
- Pirenne, Jacques. *Historia universal. Las grandes corrientes de la historia*, Vol. IX: *Los años de posguerra (1945-1955)*. Trad. del francés por Esteban Rimbau. México, Editorial Cumbre S. A., 18ª edic., 483 págs. [Título original en francés: *Les grands courants de l'histoire universelle*. Boudry, Neuchâtel, Editions de la Baconnière].
- Powaski, Ronald E.. *La guerra fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Trad. del inglés por Jordi Beltrán Ferrer. Barcelona, Editorial Crítica, 2000, 431 págs. [Título original en inglés: *Cold War. The United States and the Soviet Union, 1917-1991*].

- Randall, Stephen J.. *Alfonso López Michelsen. Su vida, su época*. Trad. del inglés por Paulina Gómez. Bogotá, Villegas Editores S. A., 2ª edic., julio de 2007, 575 págs. [1ª edic. en junio de 2007].
- Rodríguez, Marco Tulio. *La Gran Prensa en Colombia*. Bogotá, Editorial Minerva Ltda., 1963, 183 págs.
- Rodríguez, Omar Roberto. *Cronología de la revolución cubana, 1868-1961*. Bogotá, Ediciones desde abajo, 2008, 75 págs.
- Rodríguez Hernández, Saúl Mauricio. *La influencia de los Estados Unidos en el Ejército colombiano, 1951-1959*. Medellín, La Carreta Editores E. U., abril de 2006, 145 págs.
- Rouquié, Alain. *El Estado militar en América Latina*. Trad. del francés Daniel Zadunaisky. Buenos Aires, Emecé Editores S. A., 1984, 433 págs. [Título original en francés: *L'état militaire en Amérique Latine*. Editions du Seuil, 1982].
- Rovere, Richard H.. *McCarthy y el macarthismo*. Trad. del inglés por Mariana Payro de Bonfanti. Buenos Aires, Editorial Palestra, Colección "Historia Viva", 1960, 221 págs. [Título original en inglés: *Senator Joe McCarthy*. New York, 1959].
- Sáenz Rovner, Eduardo. *Colombia años 50. Industriales, política y diplomacia*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2002, 276 págs.
- Sanz, Daniel Bruno. *Cuba en una encrucijada. La nueva estrategia estadounidense*. South Carolina, BookSurge Publishing, 2009, 257 págs.
- Sanz de Santamaría, Carlos. *Complemento a la Historia Extensa de Colombia. Volumen XIII. Interamericanismo contemporáneo. Reminiscencias*. Prólogo de Carlos Lleras Restrepo. Bogotá, Academia Colombiana de Historia, Plaza & Janés Editores Colombia S. A., junio de 1985, 474 págs.
- Seco, Manuel. *Diccionario de dudas y dificultades de la lengua española*. Prólogo de Salvador Fernández Ramírez. Madrid, Aguilar S. A. de ediciones, 6ª edic., 1973, 531 págs. [1ª edic. en 1961].
- Serpa Erazo, Jorge. *Rojas Pinilla. Una historia del siglo XX*. Prólogo de Carlos Lemos Simmonds. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 2ª edic., agosto de 1999, 557 págs. [1ª edic. en marzo de 1999].
- Simon, Jeffrey David. *The Terrorist Trap: America's Experience with Terrorism*. Bloomington, Indiana University Press, 2ª edic., 2001, 460 págs. [1ª edic. en 1994].
- Strauss Feuerlicht, Roberta. *Joe McCarthy y el mccarthysmo. El odio que trastornó a Norteamérica*. Trad. del inglés por Antonio Priante. Barcelona, Ediciones Grijalbo S. A., Colección Nuevo Norte, 1976, 205 págs. [Título original en inglés: *Joe McCarthy and McCarthysm*. Nueva York, McGraw-Hill Book Company, 1974].
- Talbot, David. *La conspiración. La historia secreta de John y Robert Kennedy*. Trad. del inglés por Rosa María Salleras Puig. Barcelona, Crítica, S. L., 2008, 668 págs. [Título original en inglés: *Brothers*. Free Press, 2007].

- The American Heritage Dictionary of the English Language*. Boston-New York, Houghton Mifflin Company, 3ª edic., 1992, 2.134 págs. [1ª edic. en 1969].
- Thomas, Hugh. *Cuba. La lucha por la libertad*. Trad. del inglés por Neri Daurella. Barcelona, Grupo Editorial Random House Mondadori, S. L., 2004, 1277 págs. [Título original en inglés: *Cuba. The Pursuit of Freedom*. Londres, Pan Books, 2002].
- Tirado Mejía, Álvaro. *Colombia en la OEA*. Prólogo de María Emma Mejía Vélez. Bogotá, Ministerio de Relaciones Exteriores, Banco de la República, El Áncora Editores, 1998, 400 págs.
- Tokatlián, Juan G. y Rodrigo Pardo. *Política exterior colombiana. ¿De la subordinación a la autonomía?* Bogotá, Tercer Mundo Editores, Ediciones Uniandes, abril de 1989, 237 págs.
- Toro Hardy, Alfredo. *Hegemonía e imperio*. Prólogo de Robert Harvey. Bogotá, Villegas Editores, S. A., 2007, 446 págs.
- Uribe Celis, Carlos. *Democracia y medios de comunicación en Colombia*. Prólogo de Antanas Mockus. Bogotá, Foro Nacional por Colombia, 1991, 132 págs.
- Valencia, Luis Emiro. *36 horas con dos personajes de la historia: Fidel Castro y la Revolución cubana*. Bogotá, Ediciones desde abajo, 2008, 75 págs.
- Vallejo Mejía, Maryluz. *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*. Bogotá, Editorial Planeta Colombiana S. A., 2006, 430 págs.
- Van Dijk, Teun Adrianus. *Ideología. Un enfoque multidisciplinario*. Trad. del inglés por Lucrecia Berrone de Blanco. Barcelona, Editorial Gedisa S. A., 2006, 473 págs. [Título original en inglés: *Ideology. A Multidisciplinary Approach*. Londres, SAGE Publications Ltd., 1998].
- Villar Borda, Carlos J.. *La pasión del periodismo*. Prólogo de Jaime Pinzón López. Bogotá, Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2004, 689 págs.
- Villar Borda, Leopoldo. *Alberto Lleras. El último republicano*. “Premio Planeta de Historia” en 1996. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., marzo de 1997, 498 págs.

2.2. Artículos

- “42 Diarios y 10 Hebdomadarios Funcionan hoy en la República”, *Sábado*. Bogotá, 4 de agosto de 1951, p. 8.
- Abel, Christopher y Marco Palacios. “Colombia, 1930-1958”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 16: *Los países andinos desde 1930*. Trad. del inglés por Jordi Beltrán. Barcelona, Editorial Crítica, S.L., 2002, pp. 173-207. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. VIII. America since 1930: Spanish South America*.

III. *Peru and Bolivia*. IV. *Colombia, Ecuador and Venezuela*. Cambridge, Cambridge University Press, 1991].

_____. “Colombia, 1958-c. 1990”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 16: *Los países andinos desde 1930*. Trad. del inglés por Jordi Beltrán. Barcelona, Editorial Crítica, S.L., 2002, pp. 209-258. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. VIII. America since 1930: Spanish South America. III. Peru and Bolivia. IV. Colombia, Ecuador and Venezuela*. Cambridge, Cambridge University Press, 1991].

Alba Gutiérrez, Gabriel Alberto. “Se presume culpable: la construcción de personajes delincuentes en la prensa de élite”, *Signo y Pensamiento*, No. 29, Vol. XV. Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Comunicación y Lenguaje, II semestre de 1996, pp. 95-114.

Álvarez-Tabío Longa, Pedro. “Las primeras leyes revolucionarias y la reacción yanqui”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompарт y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 65-96.

Angell, Alan. “La izquierda en América Latina desde c. 1920”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*. Trad. del inglés por Jordi Beltrán y colaboración editorial de Magdalena Chocano. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A, 1997, pp. 73-131. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. VI. Latin America since 1930: Economy, Society and Politics. Part II. Politics and Society*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994].

Arrubla, Mario. “Síntesis de historia política contemporánea”, *Colombia: Hoy*, V.V.A.A.. Bogotá, Siglo XXI Editores de Colombia, 1982, 8ª edic., pp. 186-220.

Atehortúa Cruz, Adolfo León. “Colombia en la guerra de Corea”, *Folios*, No. 27. Bogotá, Revista de la Facultad de Humanidades, Universidad Pedagógica Nacional, enero-junio de 2008, 2ª época, pp. 63-76.

Ayala Diago, Cesar Augusto. “La Nueva Prensa y su influencia en la política colombiana de los años sesenta”, *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Vol. 37, No. 55. Bogotá, 2000, pp. 60-72.

Bell, Coral. “La doctrina Truman y la guerra fría”, *Historia Mundial del siglo 20*, tomo V. Alonso Mejía M., [sin datos], 480 págs.

Bell Lemus, Gustavo. “La Organización de Estados Americanos y el Caribe”, *Visiones de la OEA. 50 años. 1948-1998*, Álvaro Tirado Mejía ed.. Santafé de Bogotá, Fondo Editorial Cancillería de San Carlos, Serie Análisis, 1998, pp. 111-139.

Bladé, Rafael. “Caza de brujas. La amenaza roja. Fiebre anticomunista en EE UU”, *Historia y vida*, No. 421. Barcelona, abril de 2003, 62-71.

Braun, Herbert. “Los mundos del 9 de Abril, o la historia vista desde la culata”, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez Gómez y Ricardo Peñaranda comps., y César A. Hurtado Orozco ed. de la presente edic.. Medellín, La Carreta Editores E. U., Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI)

de la Universidad Nacional de Colombia, 3ª edic., 2007, pp. 199-228. [1ª edic. en 1986 por Fondo Editorial Cerec].

Cepeda Ulloa, Fernando y Rodrigo Pardo García-Peña. “La política exterior colombiana (1946-1974)”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. III: *Relaciones Internacionales. Movimientos Sociales*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 29-54.

Child, Jorge. “El MRL”, *Entre movimientos y caudillos. 50 años de bipartidismo, izquierda y alternativas populares en Colombia*, Gustavo Gallón Giraldo comp.. Bogotá, CINEP, CEREC, 1989, pp. 68-90.

Chomón Mediavilla, Faure. “La hombrada de José Antonio”, *Memorias de la Revolución I*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 192-203.

Cueva Perus, Marcos. “¿El último imperio?: notas sobre la política exterior estadounidense y el estudio de las relaciones internacionales”, *Relaciones Internacionales*, No. 95. México, Centro de Relaciones Internacionales, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, mayo-agosto de 2006, pp. 13-37.

De la Peña, Guillermo. “Las movilizaciones rurales en América Latina desde c. 1920”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*. Trad. del inglés por Jordi Beltrán y colaboración editorial de Magdalena Chocano. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A, 1997, pp. 193-280. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. VI. Latin America since 1930: Economy, Society and Politics. Part II. Politics and Society*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994].

Delgado Martín, Jaime. “El siglo XX Hispanoamericano: Fases y contenidos”, *Actas del Congreso Internacional de Historia de América. Córdoba, Marzo 1987*, tomo 1: *Iberoamérica en el siglo XX*. Córdoba, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Cajasur, 1988, pp. 1-17.

De Paz Sánchez, Manuel. “Cada amanecer muero. Sobre la libertad de prensa en los inicios de la revolución cubana”, *Cuadernos Hispanoamericanos*, Nos. 589-590. Madrid, julio-agosto de 1999, pp. 139-150.

Domínguez, Jorge. “Cuba, 1959-c. 1990”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 13: *México y el Caribe desde 1930*. Trad. del inglés por Jordi Beltrán y colaboración editorial de Magdalena Chocano. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A, 1998, pp. 183-227. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. VII. Latin America since 1930: Mexico, Central America and the Caribbean*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990].

Donadío, Alberto. “*El Espectador*. Estandarte del periodismo colombiano”, *El Espectador. 120 años de testimonio crítico*, Museo Universitario de la Universidad de Antioquia ed.. Medellín, noviembre de 2008, pp. 35-43.

- Escalante Colás, Amels. “La victoria en la Sierra Maestra”, *Memorias de la Revolución I*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 342-353.
- Escalante Font, Fabián. “La contrarrevolución en los primeros años de la Revolución cubana”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 169-196.
- Fernández Álvarez, José Ramón. “Playa Girón”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 222-258.
- Fernández Uribe, Carlos Arturo. “Una recuperación historiográfica: *Artes plásticas en Colombia*, de Juan de Garganta”, *Artes. La revista*, No. 8, Vol. 4. Medellín, julio-diciembre de 2004, pp. 32-37.
- Ffrench-Davis, Ricardo, Óscar Muñoz y José Gabriel Palmas. “Las economías latinoamericanas, 1950-1990”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 11: *Economía y sociedad desde 1930*. Trad. del inglés por Magdalena Chocano. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A, 1997, pp. 83-161. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. VII. Latin America since 1930: Economy, Society and Politics. Part I. Economy and Society*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994].
- Freeman Smith, Robert. “América Latina, los Estados Unidos y las potencias europeas, 1830-1930”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 7: *América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930*. Trad. del inglés por Jordi Beltrán. Barcelona, Editorial Crítica S. A., 1991, pp. 73-105. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. IV. C. 1870 to 1930*. Cambridge, Cambridge University Press, 1986].
- Garrido Lopera, Rafael. “Currie, Lauchlin”, *Gran Enciclopedia de Colombia*, Vol. 9: *Biografías*, Beatriz Castro Carvajal y Daniel García-Peña Jaramillo dirs. académicos. Bogotá, Círculo de Lectores, S. A., Editorial Printer Latinoamericana Ltda., 1994, pp. 176-178.
- Gaviria Gutiérrez, Juan Felipe. “La economía colombiana. 1958-1970”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. V: *Economía, Café, Industria*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 167-188.
- Gilhodes, Pierre. “La cuestión agraria en Colombia (1958-1985)”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. III: *Relaciones Internacionales. Movimientos Sociales*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 339-370.
- González, Beatriz. “La caricatura política en Colombia. En 160 años, crítica y humor: otra manera de juzgar los hechos”, *Revista Credencial Historia*, ed. No. 10. [s. l.], octubre de 1990, pp. 4-11.
- González González, Fernán. “Iglesia católica y el Estado colombiano (1930-1985)”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 371-396.

- _____. “¿Una historia violenta? Continuidades y rupturas de la violencia política en las guerras civiles del siglo XIX y la violencia del siglo XX”, *Historia de las ideas políticas en Colombia. De la independencia hasta nuestros días*, José Fernando Ocampo T. ed.. Bogotá, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A., Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR, 2008, pp. 299-344.
- Hall, Michael M. y Hobart A. Spalding Jr.. “La clase trabajadora urbana y los primeros movimientos obreros de América Latina, 1880-1930”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 7: *América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930*. Trad. del inglés por Jordi Beltrán. Barcelona, Editorial Crítica S. A., 1991, pp. 281-315. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. IV. C. 1870 to 1930*. Cambridge, Cambridge University Press, 1985].
- Hartlyn, Jonathan y Arturo Valenzuela. “La democracia en América Latina desde 1930”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*. Trad. del inglés por Jordi Beltrán y colaboración editorial de Magdalena Chocano. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A, 1997, pp. 11-72. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. VI. Latin America since 1930: Economy, Society and Politics. Part II. Politics and Society*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994].
- Helg, Aline. “La educación en Colombia. 1946-1957”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. IV: *Educación y Ciencia. Luchas de la Mujer. Vida Diaria*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 111-134.
- Jochims Reichel, Heloisa. “Prensa brasileña y anticomunismo en América Latina durante la primera etapa de la guerra fría (1947-1959)”, *Cuadernos Americanos*, Vol. 04, No. 112. Trad. del portugués por Consuelo Rodríguez Muñoz. México, julio-agosto de 2005, pp. 29-41.
- “La Marcha de ‘El Tiempo’”, *Semana*, Vol. 5, No. 104. Bogotá, 16 de octubre de 1948, pp. 24-26.
- Leal Buitrago, Francisco. “Surgimiento, auge y crisis de la Doctrina de Seguridad Nacional en América Latina y Colombia”, *Análisis Político*, No. 15. Bogotá, enero-abril de 1992, pp. 6-34.
- Lechuga Hevia, Carlos. “La Crisis de Octubre”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp.259-277.
- LeGrand, Catherine. “La política y la violencia en Colombia (1946-1965): interpretaciones en la década de los ochenta”, *Memoria y Sociedad*, Vol. 2, No. 4. Bogotá, 1997, pp. 79-104.
- Lezcano Pérez, Jorge. “La defensa de la Revolución por las masas”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 132-140.
- Long, Norman y Bryan Roberts. “Las estructuras agrarias de América Latina, 1930-1990”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 11: *Economía y sociedad desde 1930*.

- Trad. del inglés por Magdalena Chocano. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A., 1997, pp. 278-334. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. VII. Latin America since 1930: Economy, Society and Politics. Part I. Economy and Society*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994].
- López Portillo, Felicitas. “El mundo de la posguerra: guerra fría y revolución (1945-1959)”, *Latinoamérica. Revista de estudios latinoamericanos*, No. 37. México, 2003/2, Universidad Autónoma de México, 2004, pp. 269-296.
- König, Hans-Joachim. “El intervencionismo norteamericano en Iberoamérica”, *Historia de Iberoamérica*, Manuel Lucena Salmoral coord., tomo III: *Historia Contemporánea*. Madrid, Ediciones Cátedra S. A., Historia Serie Mayor, 3ª edic., 1998, pp. 405-478.
- Medina, Medófilo. “La resistencia campesina en el sur del Tolima” *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez Gómez y Ricardo Peñaranda comps. y César A. Hurtado Orozco ed. de la presente edic.. Medellín, La Carreta Editores E. U., Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia, 3ª edic., 2007, pp. 269-295. [1ª edic. en 1986 por Fondo Editorial Cerec].
- Melo, Jorge Orlando. “The Colombian Connection”, *Revista Credencial Historia*, ed. No. 2, [s. l.], febrero de 1990, pp. 12-13.
- Mencía Cobas, Mario. “El golpe de Estado del 10 de marzo de 1952”, *Memorias de la Revolución I*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 12-31.
- _____. “El Directorio Revolucionario y la FEU de José Antonio Echeverría”, *Memorias de la Revolución I*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 165-191.
- Molano Cruz, Giovanni. “Prensa y nacionalismo. Colombia años sesenta”, *Papel Político*, No. 3. Santa Fe de Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales, marzo de 1996, pp. 75-91.
- Morales Pérez, Salvador E.. “A la sombra de la Guerra Fría: las relaciones cubano-mexicanas durante la dictadura y la rebelión”, *Cuadernos Americanos. Nueva Época*, No. 86, Vol. 2, año XV. México, Universidad Nacional Autónoma de México, marzo-abril de 2001, pp. 55-89.
- Ocampo T., José Fernando. “Un proyecto de izquierda (1957-2006)”, *Historia de las ideas políticas en Colombia. De la independencia hasta nuestros días*, José Fernando Ocampo T. ed.. Bogotá, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A., Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR, 2008, pp. 259-298.
- Oltuski Ozacki, Enrique. “La Revolución toma el poder”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 44-48.
- Pécaut, Daniel. “De las violencias a la violencia”, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez Gómez y Ricardo Peñaranda comps. y César A. Hurtado Orozco

- ed. de la presente edic.. Medellín, La Carreta Editores E. U., Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia, 3ª edic., 2007, pp. 229-238. [1ª edic. en 1986 por Fondo Editorial Cerec].
- Pérez Jr., Louis A. “Cuba, c. 1930-1959”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 13: *México y el Caribe desde 1930*. Trad. del inglés por Jordi Beltrán y colaboración editorial de Magdalena Chocano. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A, 1998, pp. 151-182. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. VII. Latin America since 1930: Mexico, Central America and the Caribbean*. Cambridge, Cambridge University Press, 1990].
- Pineda Cachero, Antonio. “El modelo de propaganda de Noam Chomsky: medios *mainstream* y control de pensamiento”, *Ámbitos. Revista Andaluza de Comunicación*, No. 6. Sevilla, enero-junio de 2001, pp. 191-210.
- Pizarro Leongómez, Eduardo. “Los orígenes del movimiento armado comunista en Colombia (1949-1966)”, *Análisis Político*, No. 7. Bogotá, mayo-agosto de 1989, pp. 7-31
- Puerta Henao, Catalina María. “Discurso político y violencia en Colombia”, *Estudios de Derecho*, Vol. 65, No. 145. Medellín, junio de 2008, pp. 189-220.
- Ramírez Ocampo, Augusto. “La defensa colectiva de la democracia”, *La democracia en América Latina: hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A., 2004, pp. 468-475.
- Restrepo Arango, Luis Antonio. “Literatura y pensamiento. 1946-1957”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. 6: *Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, p. 65-88.
- Restrepo Velásquez, Juan Carlos. “El desarrollo en Colombia: historia de una hegemonía discursiva”, *Revista Lasallista de Investigación*, Vol. 1, No. 1. [s. l.], junio de 2004, pp. 27-36.
- Rodríguez Llompарт, Héctor. “Relaciones con los países socialistas”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompарт y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, p. 141-168.
- Rouquié, Alain y Stephen Suffern. “Los militares en la política latinoamericana desde 1930”, *Historia de América Latina*, Leslie Bethell ed., Vol. 12: *Política y sociedad desde 1930*. Trad. del inglés por Jordi Beltrán y colaboración editorial de Magdalena Chocano. Barcelona, Crítica, Grijalbo Mondadori S. A, 1997, pp. 281-341. [Título original en inglés: *The Cambridge History of Latin America. VI. Latin America since 1930: Economy, Society and Politics. Part II. Politics and Society*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994].
- Sánchez Ángel, Ricardo. “Bajo la égida de los Estados Unidos”, *Historia de las ideas políticas en Colombia. De la independencia hasta nuestros días*, José Fernando Ocampo T. ed.. Bogotá, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A., Instituto de Estudios Sociales y Culturales PENSAR, 2008, pp. 221-258.

Sánchez Gómez, Gonzalo. “La Violencia: de Rojas al Frente Nacional”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 153-178.

_____. “Los estudios sobre la violencia: balance y perspectivas”, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, Gonzalo Sánchez Gómez y Ricardo Peñaranda comps. y César A. Hurtado Orozco ed. de la presente edic.. Medellín, La Carreta Editores E. U., Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), Universidad Nacional de Colombia, 3ª edic., 2007, pp. 17-32. [1ª edic. en 1986 por Fondo Editorial Cerec].

_____. “Tierra y violencia. El desarrollo desigual de las regiones”, *Análisis Político*, No. 6. Texto realizado con la colaboración de Donny Meertens. Bogotá, enero-abril de 1989, pp. 8-34.

Santos Calderón, Enrique. “El periodismo en Colombia. 1886-1986”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. VI: *Literatura, Pensamiento, Artes, Recreación*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 109-136.

Seidman, Sarah y Paul Buhle. “Che Guevara, imagen y realidad”, *Che. Una biografía gráfica*, Spain Rodríguez. Trad. del inglés por Enrique Sánchez Abulí. Madrid, Siglo XXI de España Editores, S. A., 2008, pp. 101-106. [Título original en inglés: *Che. A Graphic Biography*].

Serra Almer, Jorge Alberto. “El Movimiento de Resistencia Cívica en La Habana (De 1957 al 8 de enero de 1959)”, *Memorias de la Revolución I*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 229-269.

Silva Luján, Gabriel. “El origen del Frente Nacional y el gobierno de la Junta Militar”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 179-210.

_____. “Lleras Camargo y Valencia: entre el reformismo y la represión”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 210-236.

Tirado Mejía, Álvaro. “Colombia: siglo y medio de bipartidismo”, *Colombia: Hoy*, V.V.A.A.. Bogotá, Siglo XXI Editores de Colombia, 1982, 8ª edic., pp. 102-185.

_____. “El gobierno de Laureano Gómez, de la dictadura civil a la dictadura militar”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 81-104.

_____. “Rojas Pinilla: del golpe de opinión al exilio”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. II: *Historia política, 1946-1986*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp. 105-126.

- “Un siglo de ‘El Tiempo’”, *Semana*, ed. No. 1499. Bogotá, 24 al 31 de enero de 2011, pp. 28-32.
- Vallejo Mejía, Maryluz. “Revista *Semana* (1946-1961): plataforma periodística del Frente Nacional”, *Medios y nación. Historia de los medios de comunicación en Colombia*. Bogotá, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A., Ministerio de Cultura de Colombia, VII Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado, 2003, pp. 338-365.
- Van Dijk, Teun Adrianus. “Discurso, conocimiento e ideología. Reformulación de viejas cuestiones y propuesta de algunas soluciones nuevas”, *CIC. Cuadernos de Información y Comunicación*, Vol. 10. Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, Universidad Complutense de Madrid, 2005, pp. 285-315.
- Vargas Alzate, Luis Fernando. “La imposibilidad del comunismo”, *La República*. Bogotá, 25 de octubre de 2010, [s. p.].
- Vázquez Carrizosa, Alfredo. “La OEA y la norma de la no intervención”, *Visiones de la OEA. 50 años. 1948-1998*, Álvaro Tirado Mejía ed.. Santafé de Bogotá, Fondo Editorial Cancillería de San Carlos, Serie Análisis, 1998, pp. 141-159.
- Velásquez Rivera, Rodrigo de Jesús. “Historia de la Doctrina de Seguridad Nacional”, *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, año 09, No. 27. México, Coedición de la Universidad Autónoma del Estado de México y de la Universidad del Cauca, enero-abril de 2002, pp. 11-39.
- Velaz Suárez, Aníbal. “La lucha contra bandidos”, *Memorias de la Revolución II*, Enrique Oltuski Ozacki, Héctor Rodríguez Llompart y Eduardo Torres-Cuevas coords.. La Habana, Ediciones Imagen Contemporánea, 2008, pp. 197-221.
- Vélez López, Ana Cristina. “La presión simbólica de la opinión pública en la prensa. Análisis del caso reelección presidencial en Colombia en el periódico El Tiempo 2004-2005”, *Reflexión política. Revista del Instituto de Estudios Políticos de la UNAB*, año 08, No. 16. Bucaramanga, diciembre de 2006, pp. 105-127.
- Villar Borda, Leopoldo. “1906-2006. El siglo de Alberto Lleras”, *Credencial Historia*, No. 199. [s. l.], julio de 2006, pp. 3-13.
- Vitale, Luis. “Latinoamérica y Colombia (1930-1960)”, *Nueva Historia de Colombia*, dir. científico y académico Álvaro Tirado Mejía, Vol. 3: *Relaciones Internacionales. Movimientos Sociales*. Bogotá, Planeta Colombiana Editorial S. A., 1989, pp.141-160

2.3. Inéditos

- Acevedo Carmona, Darío. “Caricatura e imaginarios políticos, Colombia, 1936-1950”, informe de investigación inédito producto de un año sabático, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, agosto de 1996.

Aguilar Ríos, Josefina. “La política, los demonios y lo sagrado”, trabajo de pregrado, Departamento de Sociología, Universidad de Antioquia, 2006, 111 págs.

Cabrera Aguilera, Idalia. “Ultraje a la efigie de Martí en el Parque Central en 1949. Repercusiones en la prensa cubana”, trabajo de investigación, Universidad de La Habana, [sin datos].

Córdoba Restrepo, Juan Felipe. “Laureano Gómez y su accionar político: la palabra”, trabajo de pregrado, Departamento de Historia, Universidad de Antioquia, 1993, 90 págs.

Jaimes Vargas, Lorena y Sandra Aurora Ocaña Padilla. “Doctrina Bush: Reflejo real de la tradición estadounidense en política exterior”, trabajo de licenciatura, Departamento de Relaciones Internacionales e Historia, Universidad de las Américas - Puebla, 2005, 143 págs.

Pérez Gallego, Luis Fernando. “La oposición política en Colombia vista a través de la caricatura, 1810-1957”, trabajo de pregrado, Departamento de Historia, Universidad de Antioquia, 1999, 317 págs.

2.4. Páginas de Internet

[Apartes de la canción que inspiró el nombre *golpe de la sunsundamba* o *golpe del sun sun* para referirse al *putsch* de Batista de 1952]: <http://www.cubadata.com/chronology/2005/8-August%202005%20All%20News.pdf>, en línea abril de 2013.

Balboa Pereira, Malena. “El humor gráfico en los albores de la revolución cubana (1959-1962). Legitimación de un proceso”, en línea abril de 2013: http://revistacaliban.info/articulo.php?numero=3&article_id=36#_edn7.

[Foto del dibujo de Herbert Block, *Herblock*, que creó el epónimo *macartismo*]: <http://upload.wikimedia.org/wikipedia/en/9/90/Herblock1950.jpg>, en línea en abril de 2013.

González Aranda, Beatriz. “La caricatura en Colombia a partir de la independencia”, capítulo 17: “Caricatura ‘a sangre y fuego’”, en línea abril de 2013: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/exhibiciones/la-caricatura-en-colombia/texto17.html>.

_____. “La caricatura en Colombia a partir de la independencia”, capítulo 18: “Dictadura y caricatura”, en línea abril de 2013: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/exhibiciones/la-caricatura-en-colombia/texto18.html>.

_____. “La caricatura en Colombia a partir de la independencia”, capítulo 19: “La caricatura social: moda y trasgresiones”, en línea abril de 2013. <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/exhibiciones/la-caricatura-en-colombia/texto19.html>.

- “La imagen del pueblo en el humor gráfico cubano”, en línea abril de 2013.
http://www.galeriacubarte.cult.cu/g_critica.php?item=66&lang=sp.
- “Osuna 40 años”, *Semana* (artículo publicado en físico el 19 de abril de 1999), en línea abril de 2013. <http://www.semana.com/nacion/osuna-40-anos/37854-3.aspx>.
- “Ramón Arroyo Cisneros. Arroyito”, en línea abril de 2013.
<http://quienesquien.cip.cu/personalidades/ramon-arroyo-cisneros/?searchterm=arroyo>.
- Saint George, Andrew. “Cuban Rebels” (artículo publicado en febrero de 1958 por la revista *Look*), en línea abril de 2013: <http://www.latinamericanstudies.org/cuban-rebels/2-4-58.htm>.
- _____. “‘Why We Fight’ — by Fidel Castro” (artículo publicado en febrero de 1958 por la revista *Coronet*), en línea abril de 2013.
<http://www.latinamericanstudies.org/cuban-rebels/coronet.htm>.
- Van Dijk, Teun Adrianus. “Discurso y dominación. 25 años de Análisis Crítico del Discurso”, Grandes conferencias de la Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá. Trad. de Jennifer Lopera Moreno y Fabio Guerra-Acero O.. Bogotá, febrero de 2004, pp. 2-28. En la página de Internet: http://www.bajofuego.org.ar/textos/Discurso_y_dominacion.pdf, en línea abril de 2013.

2.5. Otros

- García Márquez, Gabriel. *Relato de un naufrago*. Bogotá, Editorial La Oveja Negra Ltda., 18ª edic., enero de 1994, 111 págs. [1ª edic. en julio de 1979].
- La guerra fría. 10. Misiles en Cuba*. Dirección de Tessa Combs y guión de Neal Ascherson. Producida por Turner Original Productions, Inc., 1998.
- Orwell, George. *La rebelión en la granja*. Trad. del inglés por Rafael Abella Bermejo. Bogotá, Casa Editorial El Tiempo, 2004, 182 págs. [Título original en inglés: *Animal Farm*].
- Vargas Llosa, Mario. *La fiesta del chivo*. Madrid, Santillana Ediciones Generales, junio de 2003, 9ª edic., 569 págs. [1ª edic. en 2000].